

CITA CON EL PASADO

Nora Roberts

Traducción de
Esther Roig

Título original: Birthright

Para mi querida Kayla, la nueva luz en mi vida.
Lo que te deseo es demasiado para describirlo,
por eso sólo te desearé amor. Todo lo mágico
y todo lo real, todo lo que importa surge de él

El que le da un capricho a un niño
hace sonar campanas en las calles del paraíso.
Pero el que le da a un niño un hogar
construye palacios en el otro mundo,
y la que da a luz a un niño
trae de nuevo a la Tierra al Cristo Salvador.

JOHN MASEFIELD

Conócete a ti mismo.

Grabado en el templo de Apolo en Delfos

PRÓLOGO

12 de diciembre de 1974

Douglas Edward Cullen tenía ganas de orinar. Los nervios, la excitación y la Coca-Cola que había tomado en el McDonald's como recompensa por haberse portado bien mientras su madre hacía compras se habían aliado para que tuviera la vejiga a punto de explotar.

Se balanceó, mortificado, sobre las puntas de sus zapatillas Keds rojas.

El corazón le latía tan fuerte que creyó que, si no se ponía a gritar o a correr lo más rápido posible, explotaría.

Le encantaba ver explotar cosas en la tele.

Pero mamá le había dicho que tenía que portarse bien. Si los niños no se portaban bien, Papá Noel les dejaba carbón en el calcetín en vez de juguetes. No estaba muy seguro de qué era el carbón, pero sí sabía que quería juguetes. De modo que sólo gritó y corrió mentalmente como le había enseñado su padre que hiciera cuando era muy, muy importante estarse quieto.

El gran muñeco de nieve que tenía al lado sonreía y era aún más gordo que su tía Lucy. No sabía qué comían los muñecos de nieve, pero aquél seguro que comía mucho.

El brillante hocico rojo de *Rudolph*, su reno favorito, parpadeaba tanto que deslumbraba a Douglas. Intentó distraerse contando los topos rojos que bailaban delante de sus ojos, igual que contaba números en *Barrio Sésamo*.

¡Uno, dos, tres! ¡Tres topos rojos! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Pero se estaba mareando.

El centro comercial estaba en pleno bullicio, con música navideña que no hacía más que aumentar su impaciencia, gritos de otros niños y llantos de bebés.

Ahora que tenía una hermanita, Douglas lo sabía todo acerca de bebés llorones. Cuando los bebés lloraban había que cogerlos y pasearlos, cantarles nanas o sentarse con ellos en una mecedora y darles golpecitos en la espalda hasta que eructasen.

Los bebés podían eructar tranquilamente sin que nadie los obligara a disculparse. Porque, claro, ¡los bebés no saben hablar!

Pero ahora Jessica no lloraba. Dormía en su cochecito y parecía una muñequita con el vestido rojo de volantes blancos.

Así es como llamaba la abuela a Jessica: su muñequita. Pero a veces Jessica lloraba y lloraba, y se le ponía la cara roja y arrugada. No había nada que la hiciera parar de llorar: ni canciones, ni paseos ni mecedoras.

En esos casos Douglas opinaba que no parecía una muñequita. Parecía mala y loca. Cuando eso pasaba, su madre estaba demasiado cansada para jugar con él. Antes de que Jessica se le metiera en la barriga, ella nunca se cansaba de jugar con él.

A veces no le gustaba tener una hermanita que lloraba y ensuciaba los pañales y hacía que mamá estuviera demasiado cansada para jugar.

Pero en general no le importaba. Le gustaba mirarla y fijarse en la forma como agitaba las piernas. Y cuando le agarraba un dedo con fuerza le hacía reír.

La abuela decía que él tenía que proteger a Jessica porque eso era lo que hacían los hermanos mayores. La misión había llegado a preocuparle tanto que un día se había echado a dormir en el suelo junto a la cuna por si los monstruos que vivían en el armario salían a comérsela por la noche.

Por la mañana se había despertado en su cama, o sea, que puede que sólo hubiera soñado que se había levantado a protegerla.

La fila avanzó un poco y Douglas miró, un poco asustado, a los elfos sonrientes que bailaban junto al trono de Papá Noel. Parecían un poco malos y locos, como Jessica cuando lloraba con todas sus fuerzas.

Si Jessica no se despertaba, no se sentaría en las rodillas de Papá Noel. Era una tontería que hubieran vestido a Jessie para sentarse en las rodillas de Papá Noel, porque no sabía disculparse cuando eructaba y no podía decir a Papá Noel lo que quería por Navidad.

Pero él sí podía. Tenía tres años y medio. Ya era mayor. O eso decían todos.

Su madre se agachó y habló bajito con él. Cuando le preguntó si necesitaba orinar, él negó con la cabeza. Ella parecía cansada y Douglas temía que si iban al baño no volviesen a ponerse en la fila para ver a Papá Noel.

Ella le apretó la mano, le sonrió y le aseguró que no faltaba mucho.

Douglas quería un coche de carreras, y un muñeco de acción, y un garaje Fisher Price, y algunos coches Matchbox y un gran bulldozer amarillo como el que le habían regalado a su amigo Mitch por su cumpleaños.

Jessica era demasiado pequeña para tener juguetes de verdad.

Sólo le regalaban vestidos bonitos y animalitos de felpa. Las chicas eran bastante tontas, pero las niñas recién nacidas aún lo eran más.

De todos modos, Douglas pensaba hablar con Papá Noel de Jessica, para que no olvidara dejarle unos peluches cuando bajara por la chimenea de su casa.

Su madre estaba hablando con alguien, pero él no estaba atento. Las conversaciones de los mayores no le interesaban. Menos aún le interesaron cuando la fila avanzó, las personas se movieron y vio a Papá Noel.

Era enorme. A Douglas, presa del miedo, le pareció que Papá Noel no era tan grande en los dibujos animados o en los cuentos.

Estaba sentado en el trono frente a un montón de elfos, renos y muñecos de nieve. Todo se movía: cabezas y brazos. Había grandes sonrisas.

Papá Noel tenía una barba muy larga. Apenas se le veía la cara. Y cuando soltó un vigoroso «jo, jo, jo», fue como si a Douglas le apretaran la

vejiga unos dedos malvados.

Las luces parpadearon, un bebé lloró, los elfos sonrieron.

Douglas ya era mayor, un niño mayor. No le tenía miedo a Papá Noel.

Su madre le apretó la mano y le indicó que avanzara. «Ve a sentarte sobre las rodillas de Papá Noel.» Ella también sonreía.

Douglas avanzó un paso y luego otro, pero las piernas le temblaban. Papá Noel lo levantó del suelo.

«¡Feliz Navidad! ¿Te has portado bien?»

El terror golpeó a Douglas en el corazón como un hacha. Los elfos se acercaban, el hocico rojo de *Rudolph* parpadeaba. El muñeco de nieve volvió la cabeza ancha y redonda y lo miró maliciosamente.

El hombretón del traje rojo lo agarraba con fuerza y lo miraba con unos ojos diminutos.

Gritando y forcejeando, Douglas saltó de las rodillas de Papá Noel y cayó de bruces sobre la tarima. Y se mojó los pantalones.

La gente se movió, oyó voces por encima de él y lo único que pudo hacer fue encogerse y gemir.

Entonces llegó su madre, lo abrazó y le dijo que no pasaba nada. Le palpaba la cara porque él se había golpeado la nariz y sangraba.

Su madre lo besó, lo acarició y no le riñó porque se le hubiera escapado el pipí. Douglas todavía respiraba con dificultad cuando se abrazó a ella.

Ella lo apretó fuerte, lo levantó para que apoyara la cabeza en su hombro.

Todavía murmurando palabras tranquilizadoras, se dio la vuelta.

Y empezó a gritar. Y empezó a correr.

Pegado a ella, Douglas miró hacia abajo y vio que el cochecito de Jessica estaba vacío.

PRIMERA PARTE

LA CAPA SUPERFICIAL

Vayamos adonde vayamos en la superficie de las cosas,
otros hombres han estado allí antes que nosotros.

HENRY DAVID THOREAU

El Proyecto Antietam Creek se detuvo de golpe cuando la azada de la excavadora conducida por Billy Younger desenterró el primer cráneo.

Fue una sorpresa poco agradable para el propio Billy, que llevaba rato sentado en la cabina de su máquina sudando y maldiciendo el insoportable calor de julio. Su esposa se oponía completamente a la propuesta de urbanización y aquella mañana le había soltado el habitual discurso airado mientras él intentaba desayunar huevos fritos con salchichas.

En cuanto a Billy, a él le daba lo mismo que se hiciera la urbanización o no. Pero un trabajo era un trabajo y Dolan le pagaba bien. Casi lo bastante para compensar el constante acoso de Missy.

Por culpa de las malditas críticas no había terminado el desayuno, y un hombre que tenía que trabajar como un burro todo el día necesitaba desayunar bien.

Y lo poco que había logrado tragarse antes de que Missy le cortara el apetito le había sentado mal al estómago y se había cocido, pensó amargado, en aquel calor húmedo e insoportable.

Agarró los mandos con la satisfacción de saber que su máquina nunca le hincharía la cabeza por intentar hacer su trabajo. A Billy nada le gustaba más, aun con el pegajoso calor de julio, que hundir aquella enorme pala en la tierra, sintiendo cómo mordía un buen pedazo.

Pero sacar, además de la tierra, un cráneo sucio y pelado que lo miraba maliciosamente bajo el sol abrasador del verano fue suficiente para hacer chillar a Billy, con toda su mole corporal, como una colegiala y hacerle saltar de la máquina con la agilidad de una bailarina.

Sus compañeros se burlarían de él sin piedad hasta que se viera obligado a romperle la nariz a su mejor amigo para confirmar su hombría.

Pero aquella tarde de julio corrió con la velocidad, la decisión e incluso la agilidad que tenía cuando jugaba a fútbol en sus días de colegio.

Cuando recuperó el aliento y la coherencia, informó a su capataz, y éste, a su vez, a Ronald Dolan.

Cuando llegó el sheriff del condado, algunos obreros curiosos habían desenterrado varios huesos más. Se mandó a buscar al forense y llegó un equipo de las noticias locales para entrevistar a Billy, a Dolan o a cualquiera que pudiera contribuir a llenar espacio en el informativo de la noche.

Se corrió la voz. Se habló de asesinato, de fosas comunes, de asesinos en serie. Se sacó todo el jugo al asunto, hasta el punto de que cuando se terminó el examen y se dictaminó que los huesos eran muy antiguos, más de uno no estaba seguro de si estaba contento o decepcionado.

Pero a Dolan, que ya había tenido que pelearse con solicitudes,

protestas y querellas para poder convertir las veinte hectáreas vírgenes de tierras pantanosas y bosque en una urbanización, la edad de los huesos le traía sin cuidado: su mera existencia era un coñazo.

Y cuando dos días después Lana Campbell, la abogada de ciudad trasladada al campo, cruzó las piernas y le sonrió con sorna, Dolan tuvo que hacer un esfuerzo para no pegarle un puñetazo en su preciosa cara.

—Pronto recibirá la orden judicial —dijo ella, sin dejar de sonreír.

Lana había sido una de las voces más insistentes en contra de la urbanización. Por ahora, tenía razones para sonreír.

—No necesita una orden judicial. He parado las obras. Estoy colaborando con la policía y la Comisión de Planificación.

—Digamos que se trata de una medida de seguridad adicional. La Comisión de Planificación del condado le ha concedido sesenta días para redactar un informe y convencerlos de que la construcción de su urbanización debe continuar.

—Conozco el procedimiento, querida. Hace cuarenta y seis años que Dolan construye casas en este condado.

La llamó «querida» para molestarla. Como los dos lo sabían, Lana se limitó a sonreír.

—Me ha contratado la Sociedad Histórica de Conservación. Hago mi trabajo. Miembros del personal docente de los departamentos de arqueología y antropología de la Universidad de Maryland visitarán la obra. Como persona de contacto, le pido que les permita tomar muestras.

—Abogada de sociedades, persona de contacto. —Dolan, un hombre fornido con una ruda cara irlandesa, se recostó hacia atrás en su silla. Su voz rebosaba sarcasmo—. Una mujer muy ocupada.

Metió los pulgares por debajo de los tirantes. Siempre llevaba tirantes rojos sobre una camisa azul de trabajo. Para él era un uniforme. Formaba parte de lo que lo convertía en un hombre corriente, de la clase trabajadora que había hecho de su ciudad, y de su país, algo grande.

Por mucho dinero que tuviera en el banco, y él sabía la cantidad exacta, no necesitaba ropa elegante para fanfarronear.

Seguía conduciendo una camioneta fabricada en Estados Unidos.

Había nacido y crecido en Woodsboro, a diferencia de la bonita abogada de ciudad. Y no creía que ella, o ningún otro, tuviera que decirle qué necesitaba su ciudad. De hecho, sabía mejor que muchos lo que le convenía a Woodsboro.

A él le gustaba mirar hacia el futuro y cuidar de los suyos.

—Los dos somos personas ocupadas, así que iré al grano. —Lana estaba completamente segura de que estaba a punto de borrar la sonrisa de suficiencia de la cara de Dolan—. No puede continuar con las obras hasta que el condado haya estudiado la excavación y le haya dado el visto bueno. Para eso será necesario que se tomen muestras. A usted tampoco le servirían de nada los objetos que se encuentren. En este asunto la colaboración, como los dos sabemos bien, le ayudará a compensar sus problemas actuales con mejores relaciones públicas.

—Para mí no son problemas. —Extendió sus manos de obrero—. La gente necesita casas. La comunidad necesita empleos. La urbanización de Antietam Creek ofrece ambas cosas. A eso se le llama progreso.

—Treinta casas nuevas. Mucho más tráfico en carreteras que no están equipadas para absorberlo, escuelas ya sobresaturadas, pérdida de sensibilidad rural y de espacios abiertos.

Lo de «querida» no la había puesto nerviosa, pero sí la vieja discusión. Respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—La comunidad estaba en contra de la construcción. Se le llama calidad de vida. Pero eso es otro asunto —dijo, antes de que él pudiera contestar—. Hasta que se hagan pruebas a los huesos y se daten, las obras se detienen. —Repiqueteó con los dedos sobre la orden judicial—. A Construcciones Dolan le interesa acelerar el proceso. Le convendría pagar los análisis. Datación por radiocarbono.

—Pagar...

«Sí —pensó ella—, ¿quién gana ahora?»

—La propiedad es suya. Los objetos son suyos. —Había hecho sus deberes—. Sabe que nos opondremos a la construcción y lo enterraremos en órdenes judiciales y papeleo hasta que se resuelva. Pague esos cuatro chavos, señor Dolan —añadió poniéndose en pie—. Sus abogados le aconsejarán lo mismo.

Lana esperó a que la puerta se cerrara detrás de ella antes de permitirse sonreír de oreja a oreja. Salió a la calle, respiró a fondo el aire denso del verano y echó un vistazo a la Main Street de Woodsboro. Se reprimió para no marcarse unos pasos de baile (habría sido indigno), pero casi bajó de la acera saltando como una niña de diez años. Aquella era su ciudad, su comunidad, su hogar, y lo había sido desde que se había mudado allí desde Baltimore hacía dos años.

Era una buena ciudad, arraigada en la tradición y la historia, alimentada por cotilleos, protegida del crecimiento urbano por la distancia y las sombras cercanas de las Blue Ridge Mountains.

Trasladarse a Woodsboro había sido una enorme demostración de fe para una chica nacida y criada en la ciudad. Pero, tras la muerte de su esposo, no habría podido soportar más los recuerdos que le traía Baltimore. La muerte de Steve la había dejado sin ánimos. Había tardado casi seis meses en rehacerse un poco, en salir de la pegajosa neblina de angustia y enfrentarse a la vida.

Y la vida era exigente, pensó Lana. Echaba de menos a Steve. Seguía teniendo un hueco en el lugar que él había ocupado. Pero tenía que seguir respirando, seguir funcionando. Y estaba Tyler: su pequeño, su niño, su tesoro.

No podía devolverle a su padre, pero le podía dar la mejor infancia posible. Ahora tenía espacio para correr y un perro que corría con él. Vecinos y amigos, y una madre que haría lo que fuera necesario para que estuviera a salvo y fuera feliz.

Miró su reloj mientras caminaba. Era el día que Ty iba a casa de su amigo Brock después de la escuela de preescolar. Llamaría a Jo, la madre de

Brock, dentro de una hora. Sólo para comprobar que todo iba bien.

Se paró en el cruce y esperó a que cambiara el semáforo. Había poco tráfico, lo normal en una ciudad pequeña.

Ella no parecía una mujer de ciudad pequeña. Su vestuario había sido pensado para dar una imagen de abogada de éxito en una firma importante de ciudad. Pero que hubiera abierto una oficina en una pequeña mancha rural de cuatro mil personas no significaba que no pudiera seguir vistiéndose pensando en el éxito.

Llevaba un traje azul de verano de hilo. El corte clásico complementaba su delicada figura y su propio sentido de la pulcritud. Su pelo era una melena recta y rubia dorada que enmarcaba una cara bonita y juvenil. Tenía unos ojos azules y redondos que a menudo daban la falsa impresión de ser candorosos, la nariz un poco respingona en la punta y los labios gruesos.

Entró en Treasured Pages, sonrió al hombre de detrás del mostrador y ejecutó por fin su danza de la victoria.

Roger Grogan se quitó las gafas de leer y arqueó las pobladas cejas. Era un hombre delgado y vigoroso de setenta y cinco años, con una cara que a Lana le recordaba a un duende.

Llevaba una camiseta de manga corta y el pelo, una hermosa mezcla de plateado y blanco, le explotaba en mechones rebeldes.

—Pareces muy satisfecha de ti misma. —Su voz era como grava cayendo por un tobogán de acero—. Seguro que has visto a Ron Dolan.

—Acabo de dejarlo. —Lana se permitió otra pirueta antes de apoyarse en el mostrador—. Deberías haber venido, Roger. Sólo para verle la cara.

—Eres demasiado dura con él. —Roger puso un dedo sobre la nariz de Lana—. Hace lo que considera correcto.

Como Lana se limitó a ladear la cabeza y mirarlo con simpatía, Roger se echó a reír.

—No he dicho que estuviera de acuerdo con él. El tipo tiene la cabeza muy dura, lo mismo que su padre. No tiene suficiente sentido común para ver que, si una comunidad está tan dividida sobre algún tema, es necesario reflexionar.

—Ahora reflexionará —prometió Lana—. El análisis y la datación de los huesos le van a provocar importantes retrasos. Con un poco de suerte, serán muy antiguos y llamarán la atención, a escala nacional, sobre la excavación. Podemos retrasar la urbanización durante meses. Puede que años.

—Es tan obstinado como tú. De momento ya le has retrasado varios meses.

—Dice que es el progreso —murmuró ella.

—No es el único.

—El único o no, está equivocado. No se pueden plantar casas como si fueran maíz. Nuestro estudio demuestra...

Roger levantó una mano.

—Predicas a un convencido, abogada.

—Sí. —Soltó un suspiro—. En cuanto tengamos el informe arqueológico,

veremos. No puedo esperar. Mientras tanto, cuanto más se retrase la construcción, más pierde Dolan. Y más tiempo tenemos para recaudar dinero. Podría decidir vender la tierra a la Sociedad de Conservación de Woodsboro. —Se echó el pelo hacia atrás—. ¿Qué te parece si te invito a almorzar? Podríamos celebrar la victoria de hoy.

—¿Cómo es que no dejas que un hombre joven y guapo te invite a ti a almorzar?

—Porque tú me has robado el corazón, Roger, desde el primer momento que te vi. —No estaba muy lejos de la verdad—. De hecho, al diablo el almuerzo. Larguémonos los dos a Aruba.

Eso le hizo reír, casi atragantarse. Había perdido a su esposa el mismo año en que Lana había perdido a su marido. A menudo pensaba que aquél era uno de los motivos por los que enseguida habían congeniado.

Admiraba la mente aguda de ella, su obstinación, la dedicación a su hijo. Él mismo tenía una nieta de la misma edad. En algún lugar.

—Esto sí que animaría la ciudad, ¿no te parece? Sería la noticia más explosiva desde que pillaron al pastor metodista jugando con la directora del coro. El problema es que acaban de llegarme libros y tengo que catalogarlos. No tengo tiempo ni para almorzar ni para islas tropicales.

—No sabía que te hubiera llegado material. ¿Éste es uno?

El hombre asintió y ella dio la vuelta al libro.

Roger trabajaba con libros raros y aquella tiendecita era como una pequeña catedral para ellos. Siempre olía a piel y papel viejos y al Old Spice con que llevaba sesenta años rociándose la piel.

Una librería de libros raros no era la clase de tienda que uno esperaba encontrar en una ciudad rural con sólo dos semáforos. Lana sabía que la mayoría de sus clientes, lo mismo que su material, venían de mucho más lejos.

—Es precioso. —Pasó un dedo por la encuadernación de piel—. ¿De dónde procede?

—De una finca de Chicago. —Volvió la cabeza hacia un ruido procedente del fondo de la tienda—. Pero llegó con algo más valioso.

Esperó, oyó que se abría la puerta entre la tienda y la escalera que llevaba a la vivienda del segundo piso. Lana se dio cuenta de que a Roger se le iluminaba la cara de placer y se volvió.

El recién llegado tenía una cara que hacía pensar en valles profundos y colinas imponentes. Tenía el pelo castaño oscuro con algunas mechas más claras. Se imaginó que era el tipo de pelo que se vuelve plateado y blanco con la edad. Una buena mata le rozaba el cuello de la camisa. Los ojos eran profundos, castaño oscuro, y en aquel momento parecían un poco malhumorados. Como su boca. A Lana le pareció que era una cara que evocaba tanto intelecto como voluntad. Inteligente y obstinado, fue su primer análisis. Pero quizá, admitió, era porque a menudo Roger había descrito así a su nieto.

El que pareciera recién salido de la cama y que se hubiera puesto unos vaqueros viejos a toda prisa le añadía un toque de sensualidad.

Lana sintió un murmullo en la sangre que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

—Doug —pronunció su nombre con orgullo, satisfacción y amor—. Me preguntaba si te decidirías a bajar. Pero has acertado con el momento. Te presento a Lana. Ya te había hablado de ella. Lana Campbell, mi nieto, Doug Cullen.

—Encantada de conocerte. —Le ofreció la mano—. Desde que vivo en Woodsboro nunca habíamos coincidido durante una de tus visitas.

Él le apretó la mano y la miró a la cara.

—Eres la abogada.

—Exacto. He entrado un momento a contarle a Roger las últimas noticias sobre la urbanización de Dolan. Y a tirarle los tejos. ¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad?

—No estoy seguro.

Lana pensó que era un hombre de pocas palabras y lo intentó de nuevo.

—Viajas mucho para comprar y vender libros de anticuario. Debe de ser fascinante.

—A mí me gusta.

Roger metió baza en una pausa incómoda.

—No sé lo que haría sin Doug. Yo ya no puedo viajar como antes. Además, él tiene olfato para el negocio. Un instinto natural. Ya me habría retirado y me habría muerto de aburrimiento de no haberse encargado él del trabajo de campo.

—Ha de ser muy satisfactorio para los dos, compartir un interés y un negocio familiar. —Como Douglas parecía aburrido con la conversación, Lana se dirigió a su abuelo—. Bueno, Roger, como me has rechazado una vez más, es mejor que vuelva al trabajo. ¿Nos veremos mañana en la reunión?

—Allí estaré.

—He tenido mucho gusto en conocerte, Doug.

—Sí. Ya nos veremos.

Cuando la puerta se cerró detrás de Lana, Roger soltó un sonoro suspiro.

—¿Ya nos veremos? ¿Es eso lo único que sabes decirle a una mujer bonita? Me rompes el corazón, chico.

—No hay café arriba y sin café no funciono. Aún suerte si puedo soltar alguna frase coherente.

—Tengo una cafetera detrás —dijo Roger disgustado, y señaló con un dedo—. Esa chica es lista, bonita, interesante y... —añadió mientras Doug se metía detrás del mostrador y cruzaba la puerta— está disponible.

—No busco una mujer.

Sintió el aroma del café y casi se le saltaron las lágrimas. Se sirvió una taza, se quemó la lengua con el primer trago y supo que, de nuevo, todo estaba bien en el mundo.

Volvió a beber, mirando hacia su abuelo.

—Es una pieza muy elegante para Woodsboro.

—Creía que no te habías fijado.

Eso le hizo sonreír y la expresión malhumorada de la cara se convirtió en algo más asequible.

—No me he fijado, lo he visto. No es lo mismo.

—Sabe arreglarse. Pero no es una pedante.

—No pretendía ofender. —Douglas se divertía con el tono enojado de su abuelo—. No sabía que era tu novia.

—Si tuviera tu edad, no dudes que lo sería.

—Abuelo. —Animado por el café, Doug pasó un brazo por los hombros de Roger—. La edad no significa nada. Yo digo que deberías ir a por ella. ¿Te parece bien si me llevo el café arriba? Necesito lavarme y arreglarme para ir a ver a mamá.

—Sí, sí. —Roger hizo un gesto despreocupado—. Nos vemos luego —murmuró mientras Douglas caminaba hacia el fondo de la tienda—. Lástima.

Callie Dunbrook se tragó el resto de su Diet Pepsi mientras se peleaba con el tráfico de Baltimore. Había calculado mal la hora para salir de Filadelfia, donde se suponía que se estaba tomando tres meses sabáticos. Ahora se daba cuenta.

Pero cuando había recibido la llamada pidiéndole una consulta no había tenido en cuenta la duración del trayecto ni la hora punta. Ni tampoco la locura habitual de la Baltimore Beltway a las cuatro y cuarto en una tarde de miércoles.

Ahora no tenía más remedio que aguantarse.

Así lo hizo, pero tocando la bocina y metiendo su viejo y amado Land Rover en un hueco más adecuado para un coche de juguete. Los malos modos del conductor al que había cortado no la distrajerón en absoluto.

Hacía siete semanas que no hacía trabajo de campo. La mera posibilidad de volver a trabajar la impulsaba tan implacablemente como conducía su todoterreno.

Conocía suficientemente bien a Leo Greenbaum para reconocer la reprimida excitación en su voz. Suficientemente bien para saber que no era probable que le pidiera que volviera a Baltimore para ver unos huesos si éstos no eran interesantes.

Como no se había enterado en absoluto del hallazgo en la Maryland rural hasta esa misma mañana, tenía la sensación de que nadie esperaba que fuera especialmente interesante.

Sólo Dios sabía cómo necesitaba un nuevo proyecto. Estaba mortalmente aburrida de escribir colaboraciones para revistas, dar clases y leer artículos que otros habían escrito en las mismas revistas que ella. La arqueología no era para Callie ni el aula ni publicar. Para ella era excavar, medir, asarse al sol, empaparse con la lluvia, hundirse en el fango y ser devorada viva por los insectos.

Para ella, eso era el paraíso.

Cuando la emisora de radio que tenía puesta empezó a dar noticias, puso un CD. No podía escuchar y sortear al mismo tiempo aquel tráfico espantoso, embarullado y peligroso como una roca de cantos afilados.

Empezó a sonar Metallica y le mejoró el humor al instante. Golpeó el volante con los dedos, luego lo agarró fuertemente y se metió en otro hueco. Sus ojos, de un castaño dorado, brillaban tras las gafas oscuras.

Llevaba el pelo largo porque le resultaba más fácil recogerlo en una cola o dentro de una gorra como lo llevaba ahora, que tener que preocuparse por el corte y el estilo. También tenía suficiente vanidad sana para darse cuenta de que el pelo rubio liso le sentaba bien. Tenía los ojos grandes y las cejas casi rectas. Al acercarse a los treinta, su rostro se había transformado de gracioso en atractivo. Cuando sonreía, se le formaban tres hoyuelos. Uno en cada una de sus mejillas bronceadas y el tercero justo sobre la comisura derecha de la boca. La barbilla suave no delataba lo que su ex marido calificaba de tozudez inquebrantable. Pero ella podía decir lo mismo de él. Y así lo hacía a la menor oportunidad.

Apretó el freno y giró, casi sin reducir la velocidad, hacia un aparcamiento.

Leonard G. Greenbaum y Asociados estaba situado en un edificio cuadrado de diez pisos que, en opinión de Callie, no tenía el más mínimo valor estético. Pero el laboratorio y sus técnicos eran de lo mejorcito del país.

Aparcó en una de las plazas de visitante y salió al exterior, donde reinaba un calor pesado y pegajoso. Los pies le empezaron a sudar dentro de las gruesas botas antes de llegar a la entrada del edificio. La recepcionista levantó la mirada y vio a una mujer con un cuerpo atlético y compacto, un sombrero de paja espantoso y unas extravagantes gafas de montura metálica.

—Soy la doctora Dunbrook; venía a ver al doctor Greenbaum.

—Firme, por favor.

La recepcionista le entregó una tarjeta de visitante.

—Tercer piso.

Callie miró su reloj mientras se acercaba a los ascensores. Sólo llegaba cuarenta y cinco minutos tarde sobre la hora que había previsto. Pero la hamburguesa que se había tragado por el camino ya estaba más que digerida.

Pensó que le propondría a Leo salir a comer.

Subió al tercer piso, donde encontró a otra recepcionista. Esta vez le pidieron que esperara.

Era buena esperando. De acuerdo, admitió sentándose en una silla, mejor de lo que lo había sido anteriormente. Echaba mano de la paciencia que necesitaba para trabajar. ¿Qué culpa tenía ella si no le sobraba mucha para utilizarla en otros ámbitos?

Sólo podía trabajar con lo que tenía. Pero Leo no la hizo esperar mucho.

Éste caminaba con rapidez. A Callie siempre le recordaba la forma de moverse de un perro galés: patas rápidas y achaparradas que parecían ir más deprisa que el resto del cuerpo. Medía un metro sesenta y tres, un centímetro más bajo que ella, y llevaba una melena reluciente de pelo castaño oscuro que

se notaba teñida. Tenía la cara estrecha, estropeada por el sol, y los ojos castaños permanentemente entornados tras unas gafas de montura invisible. Como siempre, llevaba pantalones marrones anchos y una camisa de algodón arrugada. Tenía los bolsillos rebosantes de papeles.

Se acercó a Callie y la besó; era el único hombre que conocía, fuera de su familia, a quien le permitía hacerlo.

—Estás muy guapa, rubia.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Espantoso. Haz que haya valido la pena, Leo.

—Oh, creo que sí. ¿Cómo está la familia? —preguntó mientras la guiaba por el camino por donde había venido.

—Estupendamente. Mis padres se han marchado de Dodge un par de semanas. Se han ido a Maine para no pasar tanto calor. ¿Cómo está Clara?

Leo meneó la cabeza pensando en su esposa.

—Está aprendiendo cerámica. Te espera un jarrón espantoso para Navidad.

—¿Y los chicos?

—Ben juega con bonos y acciones. Melissa hace juegos malabares con la maternidad y la odontología. ¿Cómo es posible que un viejo arqueólogo como yo haya tenido unos hijos tan normales?

—Por Clara —apuntó Callie mientras él abría una puerta para que ella pasara.

Aunque se había esperado que la llevara a uno de sus laboratorios, se encontró en la soleada y bien organizada oficina de Leo.

—Había olvidado la maravilla de despacho que tienes aquí, Leo. ¿No ardes en deseos de salir a excavar?

—Bueno, de vez en cuando me entra el gusanillo. Normalmente me echo una siesta y se me pasa. Pero esta vez... Echa un vistazo a esto.

Se puso detrás de la mesa y abrió un cajón. Sacó de él un fragmento de hueso metido en una bolsa sellada.

Callie cogió la bolsa y, después de colgarse las gafas en el escote de la camisa, examinó el hueso.

—Parece parte de una tibia. Por el tamaño y la junta, seguramente era de una joven. Muy bien conservado.

—¿Qué edad le pondrías después de un examen visual?

—Esto es de Maryland occidental, ¿verdad? Cerca de un río con agua. No me gusta adivinar. ¿Tienes muestras de tierra, el informe estratigráfico?

—Aproximado. Venga, rubia, juega.

—Vaya. —Frunció el ceño mientras daba vueltas a la bolsa en la mano. Quería tocar el hueso con los dedos. Empezó a golpear el pie contra el suelo siguiendo un ritmo interior—. No conozco el terreno. Estudio visual, sin conocer los análisis. Diría que tiene quinientos años de antigüedad. Podría ser más antiguo, dependiendo de los depósitos de sedimentos, el lecho del río.

Volvió a darle la vuelta al hueso y su instinto se despertó.

—Es de la zona de la guerra de Secesión, ¿verdad? Esto es anterior. No es de un joven soldado rebelde.

—Precede a la guerra de Secesión —asintió Leo—. De unos cinco mil años.

Cuando Callie levantó la cabeza, él le estaba sonriendo como un tonto.

—El informe de la datación por radiocarbono —dijo, y le pasó la carpeta.

Callie echó un vistazo a las páginas y notó que Leo había realizado los análisis dos veces, con tres muestras diferentes tomadas en el lugar.

Cuando volvió a levantar la cabeza, sonreía con el mismo entusiasmo que él.

—¿Un frankfurt? —propuso.

2

Callie se perdió camino de Woodsboro. Leo le había dado indicaciones, pero al estudiar el mapa había descubierto un atajo. Debería haber sido un atajo. Cualquier persona con dos dedos de frente lo habría tomado por un atajo, que en su opinión era lo que pretendía el cartógrafo.

Callie tenía una enemistad atávica con los editores de mapas.

No le importaba perderse. Al fin y al cabo nunca había estado en la zona y el desvío la ayudaba a hacerse una idea.

Colinas ondulantes y ásperas, desenfrenadamente verdes, con el verano plasmado en los extensos campos preñados de cosechas exuberantes. Peñas de roca plateada sobresalían entre el verde como puños apretados y ondulantes dedos huesudos.

Le hizo pensar en los antiguos agricultores, excavando la tierra con sus herramientas primitivas, abriéndose paso en aquel suelo rocoso para cultivar sus alimentos, para construir sus casas.

El hombre que conducía un tractor sobre esos campos estaba en deuda con ellos. Seguro que no pensaría en ellos cuando araba, plantaba y cosechaba. Por eso ella, y los que eran como ella, lo pensaban por él.

Decidió que era un buen sitio para trabajar.

Las colinas más altas estaban tapizadas de bosques que ascendían hacia un cielo azul y despejado. La sierra formaba un valle que ascendía hacia la cadena montañosa, otorgando a la tierra textura, sombras y envergadura. El sol brillaba sobre el alto maíz, dándole una pátina dorada sobre el verde, y ofrecía a un joven caballo castaño un patio de juegos donde retozar. Casas antiguas construidas con la piedra local, o sus equivalentes contemporáneos de madera, ladrillo o vinilo, se alzaban en terrenos escarpados o llanos con mucho espacio entre ellas.

Las vacas descansaban a la sombra tras murallas de alambre o cercas.

Más allá de los campos estaban los densos bosques de árboles de hoja caduca, zumaque y mimosa silvestre; luego venían las colinas, accidentadas de rocas. El camino serpenteaba y giraba para seguir el curso del río y, por encima, los árboles se arqueaban convirtiéndolo en un sombreado túnel que por un lado caía hacia el agua y por el otro terminaba en un muro desigual de piedra caliza y granito.

Callie condujo quince kilómetros sin cruzarse con ningún coche.

Vio atisbos de casas entre los árboles, y otras que estaban tan cerca de la carretera que le pareció que si salía alguien a la puerta podría estrecharle la mano desde el coche.

Había muchos jardines veraniegos a la vista, estallidos brillantes y salpicaduras de color, llenos de rudbeckias y lirios tigrados.

Vio una serpiente, gruesa como su muñeca, cruzando el pavimento. Después un gato, de color calabaza, acechando en la cuneta desde detrás de la maleza.

Siguiendo el ritmo de la Dave Matthews Band con los dedos sobre el volante, especuló sobre si al final el felino se encontraría con el reptil.

Ella apostaba por el gato.

Dobló una curva y vio a una mujer a un lado de la carretera sacando el correo de un buzón de color gris mustio. Aunque apenas echó un vistazo al Rover, la mujer levantó una mano en un gesto que Callie supuso era un saludo ausente y habitual. Respondió al saludo y siguió cantando con Dave mientras seguía por la zigzagueante carretera en sol y sombra. Cuando la carretera se abrió de nuevo, frenó un poco al pasar al lado de un tramo de tierra cultivada, un motel de carretera y un puñado de casas, con la cadena montañosa enfrente.

El número de casas fue aumentando y su tamaño fue disminuyendo a medida que se acercaba al límite de Woodsboro.

Redujo la marcha, tuvo que pararse en uno de los dos semáforos de la ciudad y se alegró de ver que uno de los negocios cercanos a la esquina de Main y Mountain Laurel era una pizzería. En la otra esquina había una tienda de bebidas.

«Bueno es saberlo», pensó, y aceleró cuando el semáforo se puso en verde.

Recordando mentalmente las indicaciones de Leo, dobló en Main y se dirigió al oeste. Las construcciones que flanqueaban la calle principal eran pulcras. De ladrillo, madera o piedra, estaban confortablemente apoyadas unas en otras, con porches cubiertos ante ellas o pequeños pórticos para protegerse del sol. Las farolas eran de estilo antiguo, de las de carruaje, y las aceras eran de adoquines. Había flores en tiestos colgados de los aleros, postes y barandillas de los porches.

Las banderas estaban inmóviles, tanto la estadounidense como las alegres banderas decorativas que la gente gustaba de colgar para anunciar las estaciones y las vacaciones.

El tráfico de peatones era escaso y tan irregular como el de los vehículos. Precisamente como debía ser en una calle principal de Estados Unidos, suponía Callie.

Observó que había una cafetería, una ferretería, una pequeña biblioteca y una pequeña librería, varias iglesias, un par de bancos y profesionales que anunciaban sus servicios con pequeños rótulos discretos.

Al llegar al segundo semáforo, ya tenía memorizada la parte occidental de la ciudad. Al encontrar una bifurcación, dobló a la derecha y siguió su curso irregular. El bosque volvía a acercarse, denso, sombreado y secreto.

Llegó a una pendiente con todas las montañas a la vista, y allí estaba.

Paró a un lado de la calle junto a un rótulo que anunciaba:

CASAS EN ANTIETAM CREEK

Una urbanización de Construcciones Dolan e Hijo

Callie cogió la cámara y se colgó una pequeña mochila al hombro antes de bajar del coche. Primero contempló el panorama y estudió el terreno. Había una gran extensión de suelo húmedo y, por la apariencia de los montículos de tierra ya extraídos, era muy pantanoso. Los árboles —robles ancianos, chopos altísimos, algarrobos— se alineaban de oeste a sur y se agolpaban alrededor del curso del río como si lo guardaran de los intrusos.

Parte de la excavación estaba acordonada, y en ese punto el río se había ampliado hasta formar una poza de buen tamaño.

En el pequeño plano que le había dibujado Leo se le llamaba Simon's Hole. Se preguntó quién habría sido Simón y por qué bautizaron la poza con su nombre.

Al otro lado de la carretera había un terreno agrícola, un par de cobertizos destartalados, una casa de piedra vieja y máquinas de aspecto horrible.

Vio un gran perro marrón echado en un retazo de sombra. Cuando notó que lo observaba, el animal se esforzó por menear un par de veces la cola por el barro.

—No, no te levantes —dijo ella—. Hace demasiado calor para cortesías.

El aire zumbaba con un silencio veraniego mezcla de calor, insectos y soledad.

Levantó la cámara, tomó una serie de fotos, y estaba a punto de saltar la cerca de construcción cuando a través del silencio oyó el sonido de un coche que se acercaba. Era otro todoterreno. Del tipo pequeño, elegante y, en opinión de Callie, de chica, que había sustituido mayoritariamente al coche familiar en los barrios acomodados. Éste era rojo brillante y limpio como un modelo recién salido del concesionario.

La mujer que bajó de él le dio la misma impresión: femenina, un poco llamativa y salida de un escaparate. Con su pelo rubio liso, los ligeros pantalones amarillos y la blusa, parecía un rayo de sol.

—¿Doctora Dunbrook? —preguntó Lana con una sonrisa.

—Yo misma. ¿Es usted Campbell?

—Sí, Lana Campbell. —Le dio la mano y estrechó la de Callie con entusiasmo—. Estoy encantada de conocerla. Siento haber llegado tarde. Tuve un pequeño problema con la canguro.

—No se preocupe. Acabo de llegar.

—Nos complace mucho tener a alguien con su reputación y experiencia interesado en el asunto. Pero no —añadió al ver que Callie arqueaba las cejas—, no había oído hablar de usted antes de que esto empezara. No conozco nada de su oficio, pero estoy aprendiendo. Aprendo deprisa.

Lana miró hacia la zona acordonada.

—Cuando supimos que los huesos tenían miles de años de antigüedad...

—¿Con «supimos» se refiere a la organización de conservación que representa?

—Sí. Esta parte del país tiene una serie de zonas con una importancia

histórica significativa. Guerra de Secesión, revolución, nativos americanos. — Se recogió el pelo con el dedo y Callie pudo entrever el anillo de bodas—. La Sociedad Histórica y de Conservación y una serie de residentes de Woodsboro y la zona circundante se han unido para protestar contra esta urbanización. El problema potencial que producirían veinticinco o treinta casas más, unos cincuenta coches más, cincuenta niños más por escolarizar, el...

Callie levantó una mano.

—No tiene que convencerme. La política urbana no es mi fuerte. Estoy aquí para efectuar un estudio preliminar del lugar, con permiso de Dolan —añadió—. Hasta ahora está cooperando mucho.

—No seguirá haciéndolo —comentó Lana con los labios apretados—. Quiere construir esta urbanización. Ha invertido un montón de dinero en ella y ya tiene vendidas tres casas.

—Eso tampoco es problema mío. Pero lo será si pone impedimentos a la excavación. —Callie saltó ágilmente la valla y miró hacia atrás—. Puede esperarme aquí. El suelo está muy embarrado. Echará a perder sus zapatos.

Lana dudó, suspiró mirando sus sandalias preferidas y saltó la valla.

—¿Puede contarme algo del procedimiento? ¿Qué piensa hacer?

—Ahora mismo sólo echaré un vistazo, haré fotografías y tomaré unas muestras. Insisto en que con el permiso del dueño. —Miró a Lana de soslayo—. ¿Sabe Dolan que usted está aquí?

—No, y no le gustaría. —Lana se abrió paso entre montañas de barro e intentó mantener el ritmo de la zancada de Callie—. Ha datado los huesos —continuó.

—Vaya por Dios, ¿cuánta gente ha estado pisoteando el lugar? Mire qué desastre.

Enfadada, Callie se inclinó para recoger un paquete de tabaco vacío. Se lo guardó en el bolsillo.

Al acercarse a la poza, las botas se le hundieron ligeramente en el barro blando.

—Las crecidas del río —dijo casi para sí misma—. Ha crecido siempre que era necesario durante miles de años. Cubre el suelo de tierra de aluvión, capa tras capa.

Se agachó y miró dentro del pisoteado agujero. Las huellas que vio le hicieron menear la cabeza.

—Ni que fuera un monumento de interés turístico.

Sacó fotos y distraídamente le pasó la cámara a Lana.

—Tendremos que hacer algunas pruebas sobre el lugar con la pala, efectuar una estratigrafía...

—Significa estudiar los estratos, las capas de depósitos en el suelo. He estado empollando —añadió Lana.

—Buena chica. Bueno, ya que estoy aquí...

Callie sacó una paleta de la mochila y se dejó resbalar hasta el fondo del agujero de metro ochenta de profundidad.

Se puso a excavar lenta y metódicamente, mientras Lana la miraba

desde arriba, ahuyentando mosquitos y preguntándose qué debía hacer.

Esperaba encontrarse a una mujer mayor, alguien más bregado, serio y repleto de historias fascinantes. Alguien que le ofreciera un apoyo ilimitado. En cambio, tenía a una mujer joven y atractiva que parecía más bien poco interesada, incluso cínica, respecto a la batalla que se libraba en la zona.

—Dígame. ¿A menudo descubren sitios como éste? ¿Así, por pura casualidad?

—Bueno... El descubrimiento fortuito es un método. Las causas naturales, por ejemplo un terremoto, son otro. O los reconocimientos, como fotografías aéreas, o las detecciones subterráneas. Existen muchos métodos científicos para detectar una excavación, pero la casualidad es tan buena como otro cualquiera.

—Entonces esto no es tan insólito.

Callie paró un momento y la miró.

—Si espera generar suficiente interés para mantener alejado al gran constructor malo, el método por el que se ha descubierto la excavación no la llevará muy lejos. Cuanto más extendemos la civilización y construimos ciudades, más a menudo encontramos debajo restos de otras civilizaciones.

—Pero si la excavación tuviera un interés científico significativo, llamaría bastante la atención.

—Es probable.

Callie volvió a excavar cuidadosa y lentamente.

—¿No va a traer un equipo? Por mi conversación con el doctor Greenbaum pensé que...

—Un equipo significa dinero, lo que representa subvenciones, lo que implica papeleo. Leo se encarga de eso. Dolan paga las facturas por ahora, para el trabajo preliminar y de laboratorio. —No se molestó en levantar la cabeza—. ¿Creía que iba a pagar un equipo completo, los aparatos, el alojamiento y las facturas del laboratorio para una excavación formal?

—No. —Lana soltó un suspiro—. No, no lo esperaba. Iría contra sus intereses. Nosotros tenemos algunos fondos y estamos tratando de conseguir más.

—Acabo de cruzar su ciudad, señora Campbell. A mí me parece que no podría recaudar suficiente para traer más que a unos pocos estudiantes universitarios con palas y carpetas.

Lana frunció el ceño enojada.

—Creía que alguien de su profesión estaría dispuesta, incluso contenta, de ocupar su tiempo y energía en algo como esto, de hacer lo imposible para impedir que se destruya el lugar.

—No he dicho que no lo estuviera. Páseme la cámara.

Impaciente, Lana se inclinó hacia delante y sintió que las sandalias se le hundían en el barro.

—Lo único que pido es que... Dios mío, ¿ha encontrado otro hueso? Es un...

—Un fémur de adulto —dijo Callie.

La expectación que le hacía hervir la sangre no se reflejó en su voz. Cogió la cámara y sacó varias fotos desde distintos ángulos.

—¿Va a llevarlo al laboratorio?

—No. Éste se queda. Lo sacaré de este suelo húmedo y lo secaré. Necesito contenedores decentes antes de seguir buscando huesos. Pero éste me lo llevo. —Con delicadeza, Callie extrajo una piedra plana y puntiaguda de la pared húmeda de barro—. Écheme una mano para subir.

Estremeciéndose sólo un poco, Lana se inclinó y apretó la mano sucia de Callie con la suya.

—¿Qué es eso?

—Una punta de lanza. —Se agachó de nuevo, sacó una bolsa de la mochila, introdujo la piedra y la etiquetó—. Hace un par de días no sabía nada de esta zona, ni tampoco de su historia geológica. Pero yo también aprendo deprisa.

Se limpió las manos en los vaqueros y se incorporó.

—Riolita. Había mucha en esas colinas. Y esto... —Dio la vuelta en la mano a la piedra de la bolsa—. Y esto a mí me parece riolita. Quizá esto fuera un campamento, un campamento neolítico. Puede que fuera algo más. En aquella era, la gente empezaba a asentarse, a cultivar, a domesticar animales.

De haber estado sola, habría cerrado los ojos y se lo habría representado mentalmente.

—No eran tan nómadas como habíamos creído. Lo que sí puedo decirle, señora Campbell, tras este somero estudio, es que este descubrimiento tiene algo muy atractivo.

—¿Lo bastante atractivo para una subvención, un equipo y una excavación formal?

—Pues sí. —Tras las gafas de cristales de color té, la mirada de Callie exploraba el campo. Ya estaba organizando mentalmente la excavación—. Nadie va a cavar cimientos para construir casas en este lugar durante bastante tiempo. ¿Tienen medios de comunicación locales?

A Lana se le iluminaron los ojos.

—Un pequeño semanario en Woodsboro. Un periódico en Hagerstown. También hay una emisora de televisión local en Hagerstown. Ya están informando sobre el descubrimiento.

—Les daremos más munición y así pasará al ámbito nacional. —Callie observó la cara de Lana mientras guardaba la bolsa en la mochila. Era realmente bonita, como un rayo de sol. Y lista, además—. Seguro que usted sale muy bien en la tele.

—Así es —confirmó Lana con una sonrisa—. Y usted ¿qué?

—Soy una asesina. —Callie echó otro vistazo a la zona y empezó a imaginar. Empezó a hacer planes—. Dolan no lo sabe, pero su urbanización estaba condenada desde hace cinco mil años.

—Le plantará cara.

—Y perderá, señora Campbell.

De nuevo Lana levantó una mano.

—Llámeme Lana. ¿Cuándo quiere que convoquemos a la prensa, doctora?

—Callie. —Apretó los labios y reflexionó—. Déjeme ponerme al día con Leo y buscar alojamiento. ¿Cómo es el motel de las afueras?

—Decente.

—He estado en sitios mucho menos que decentes. Servirá para empezar. Veamos, déjame hacer un poco de trabajo preparatorio. ¿Tienes algún teléfono donde pueda localizarte?

—El móvil. —Lana buscó una tarjeta y le escribió su número—. De día y de noche.

—¿A qué hora dan las noticias de la tarde?

—A las cinco y media.

Callie miró su reloj y calculó.

—Tendremos tiempo suficiente si puedo mover algunos hilos; te llamaré sobre las tres.

Se puso a caminar hacia el coche. Lana intentó atraparla.

—¿Estarías dispuesta a hablar en una asamblea?

—Dejemos eso para Leo. Es mejor que yo con la gente.

—Callie, seamos sexistas.

—Claro. —Callie se apoyó un momento en la valla—. Los hombres son unos cerdos cuyos actos y pensamientos están dictados por el pene.

—Ya, eso no se discute, pero yo me refería en este caso a que la gente se va a sentir más interesada e intrigada por una arqueóloga joven y atractiva que por un hombre de mediana edad que trabaja básicamente en un laboratorio.

—Por eso hablaré yo con la televisión. —Callie saltó por encima de la valla—. No infravalores el impacto de Leo. Era arqueólogo cuando tú y yo nos chupábamos el dedo. Sabe transmitir a los demás la pasión que siente por su trabajo.

—¿Vendrá hasta aquí desde Baltimore?

Callie volvió a mirar el lugar. Hermosos terrenos húmedos, el encanto del río y el centelleo de la poza, el bosque verde y misterioso. Sí, comprendía por qué alguien querría construir casas allí, entre el agua y los árboles.

Sospechaba que ya lo habían hecho antes. Hacía miles de años.

Pero esta vez tendrían que conformarse con otro lugar.

—No podrías mantenerlo alejado. A las tres —repitió, y subió al Rover.

Ya estaba sacando el móvil y marcando el número de Leo cuando arrancó.

—Leo. —Se cambió el teléfono de oreja para poder subir el aire acondicionado—. Hemos topado con una mina.

—¿Es tu opinión científica?

—Tengo un fémur y una punta de lanza que prácticamente me han caído en la mano. Y esto en un agujero excavado por un equipo pesado y pisoteado por más personas que Disneylandia. Necesitamos seguridad, un

equipo, aparatos y, por supuesto, la subvención. Lo necesitamos todo cuanto antes.

—Ya he movido hilos para los fondos. Puedes llevarte estudiantes de la Universidad de Maryland.

—¿Graduados o sin graduar?

—Todavía no se sabe. La universidad quiere ser la primera en estudiar algunos de los hallazgos, y ya estoy en conversaciones con el Museo de Historia Natural. Esto ha arrancado, rubia, pero voy a necesitar mucho más que un par de huesos y una punta de lanza para mantenerlo en marcha.

—Lo tendrás. Es un asentamiento, Leo. Lo presiento. ¿Y las condiciones del suelo? No podrían ser mejores. Podemos tener problemas con el tal Dolan. La abogada se muestra muy firme, pero hay que tener en cuenta la política de la ciudad. Necesitamos armas potentes para lograr su colaboración. Campbell quiere convocar una asamblea.

Callie echó una mirada pensativa a la pizzería antes de tomar la calle que la llevaría al motel de las afueras.

—Te he apuntado a ti para hablar en ella.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor. Yo concederé una entrevista en la televisión local esta tarde.

—Es muy pronto para los medios, Callie. Sólo estamos reuniendo munición. No deberías tirar de la manta antes de que tengamos perfilada la estrategia.

—Leo, estamos a mediados de verano. Nos quedan unos pocos meses antes de que se nos eche encima el invierno. Salir en los medios ejercerá presión sobre Dolan. Por si no se aparta y no nos deja trabajar, por si se niega a donar los hallazgos o utiliza influencias para seguir la construcción, por si resulta ser un cabrón codicioso sin ningún respeto por la ciencia y la historia.

Entró en el aparcamiento del motel, aparcó y, cambiándose otra vez el teléfono de oreja, cogió la mochila.

—No puedes decirles mucho.

—Puedo hacer que un poco parezca mucho —aseguró Callie mientras bajaba del coche y se acercaba a la parte trasera del Rover para coger su bolsa.

Se la colgó del hombro y cogió el estuche del violonchelo.

—Confía en mí y consígueme un equipo. Me quedo con los estudiantes, me servirán de pinches hasta que sepa si sirven para algo.

Abrió de golpe la puerta de la recepción y se acercó al mostrador.

—Necesito una habitación. La cama más grande en el rincón más tranquilo. Consígueme a Rosie —dijo al teléfono—. Y a Nick Long si está disponible. —Sacó una tarjeta de crédito y la dejó en el mostrador—. Pueden instalarse en el motel de las afueras de la ciudad. Me estoy inscribiendo en este momento.

—¿Qué motel?

—Pues no lo sé. ¿Cómo se llama este sitio? —preguntó Callie a la recepcionista.

—Hummingbird Inn.

—No me digas. Qué maravilla. Hummingbird Inn¹, en la carretera Treinta y cuatro de Maryland. Consígueme manos y ojos, Leo. Voy a empezar a hacer pruebas manuales por la mañana. Ya te llamaré.

Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Tienen servicio de habitaciones? —preguntó a la recepcionista.

La mujer parecía una muñequita envejecida y olía fuertemente a lavanda.

—No, querida. Pero el restaurante está abierto desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche todos los días de la semana. El mejor desayuno que pueda imaginar, aparte del de su madre.

—Si usted conociera a mi madre —dijo Callie con una risita— sabría que eso no es decir demasiado. ¿Cree que habrá una camarera o un mozo que quiera ganarse un billete de diez a cambio de traerme una hamburguesa con patatas fritas y una Diet Pepsi a la habitación? La hamburguesa muy hecha. Tengo mucho trabajo que no puede esperar.

—A mi nieta le irían bien diez dólares. Yo me encargaré. —Cogió los diez dólares y entregó a Callie una llave unida a un enorme llavero de plástico rojo—. Le doy la de atrás, la 603. Tiene una cama extragrande y es muy tranquila. Pero la hamburguesa seguramente tardará media hora.

—Se lo agradezco.

—Señorita... ah... —La mujer entornó los ojos ante el garabato de firma en la tarjeta de inscripción—. Dunbock.

—Dunbrook.

—Dunbrook. ¿Es música?

—No. Excavo la tierra para ganarme la vida. Esto —balanceó el gran estuche negro— lo toco para relajarme. Dígle a su nieta que no olvide el ketchup.

A las cuatro, vestida con unos pantalones verde oliva limpios y una camisa de trabajo de color caqui, con el pelo recién lavado y recogido en una sencilla cola, Callie se dirigió de nuevo al lugar de la excavación.

Había redactado sus notas y las había enviado por correo electrónico a Leo. A la vuelta había pasado por correos para enviarle la película sin revelar por correo urgente.

Se había puesto unos pequeños pendientes con un diseño celta y había dedicado diez minutos muy intensos a maquillarse.

El equipo de la televisión ya estaba instalando su parafernalia para la conexión. Callie notó que Lana Campbell también estaba allí, sujetando de la mano a un niño rubio que tenía una costra en la rodilla, la barbilla sucia y la

¹ Literalmente, «posada del colibrí». (*N. de la T.*)

clase de cara de querubín que no auguraba nada bueno.

Dolan, con su habitual camisa azul y tirantes rojos, estaba colocado directamente junto al rótulo de su empresa y ya estaba hablando con una mujer, que Callie imaginó era la periodista.

Decidió que el hombre era Ronald Dolan porque no parecía muy feliz.

En cuanto él vio a Callie, dejó de hablar y avanzó decididamente hacia ella.

—¿Es usted Dunbrook?

—Doctora Callie Dunbrook.

Le dedicó la mejor de sus sonrisas. Callie había conocido hombres que se derretían cuando ella les sonreía así. Pero Dolan parecía inmune.

—¿Qué está pasando aquí?

Le señaló el pecho con un dedo, pero por suerte para él no llegó a establecer contacto.

—La televisión local me ha pedido una entrevista. Intento colaborar siempre; señor Dolan —sin dejar de sonreír, le tocó un brazo como si fueran colegas—, es un hombre muy afortunado. Las comunidades arqueológica y antropológica no olvidarán nunca su nombre. Se darán clases sobre su excavación durante generaciones. He traído una copia de mi informe preliminar. —Le alargó una carpeta—. Con mucho gusto le explicaré cualquier cosa que no entienda. Me doy cuenta de que es bastante técnico. ¿Algún representante del Museo de Historia Natural o del Smithsonian se ha puesto en contacto con usted?

—¿Qué? —Dolan miraba el informe como si tuviera una serpiente viva en la mano—. ¿Qué?

—Quiero estrecharle la mano. —Se la tomó y la apretó con fuerza—. Y darle las gracias por su colaboración en esta increíble historia.

—Haga el favor de escucharme...

—Me gustaría invitarlo, junto con su esposa y sus hijos, a cenar en cuanto sea posible. —Siguió sonriendo, incluso lo reforzó con un par de pestaños, mientras seguía arrollándolo—. Pero me temo que estaré muy ocupada durante varias semanas. ¿Me disculpa? Quiero terminar con esto cuanto antes.

Se puso una mano en el corazón.

—Hablar ante una cámara siempre me pone un poco nerviosa. —Acabó la mentira con una risita ahogada—. Si tiene alguna duda, lo que sea, sobre el informe o sobre la gente que vendrá, pregunte, a mí o al doctor Greenbaum. Pasaré casi todo el día aquí, en la excavación. No le costará localizarme.

Él empezó a defenderse otra vez, pero Callie se apartó y se presentó al equipo de televisión.

—Muy lista —murmuró Lana—. Pero que muy lista.

—Gracias. —Se agachó y se puso a la altura del niño—. Hola. ¿Eres tú el periodista?

—No. —Rió y sus ojos verde musgo soltaron chispas de diversión—. Vas a salir en la tele. Mamá dice que puedo mirar.

—Tyler, te presento a la doctora Dunbrook. Es la científica que estudia cosas muy muy antiguas.

—Huesos y cosas así —apuntó Tyler—. Como Indiana Jones. ¿Por qué no tienes un látigo como él?

—Lo he dejado en el motel.

—Vale. ¿Has visto alguna vez un dinosaurio?

Callie se imaginó que se estaba liando con las películas y le guiñó un ojo.

—Por supuesto. Huesos de dinosaurio. Pero no son mi especialidad. Me gustan los huesos humanos. —Le dio un pellizco en el brazo—. Apuesto a que los tuyos son buenos. Dile a mamá que te traiga de vez en cuando y te dejaré excavar. A lo mejor encuentras alguno.

—¿De verdad? ¿Puedo venir? ¿De verdad? —Abrumado, se puso a bailotear, sin soltar la mano de Lana—. ¿Puedo?

—Si a la doctora Dunbrook le parece bien... Eres muy amable —le dijo a Callie.

—Me gustan los niños —dijo Callie levantándose—. Todavía no han aprendido a cerrarse ante las posibilidades. A trabajar. —Se pasó la mano por el pelo descolorido por el sol—. Ya nos veremos, Ty-Rex.

Suzanne Cullen experimentaba con una nueva receta. Su cocina era a partes iguales un laboratorio de ciencia y un paraíso doméstico. En su juventud hacía pasteles porque le divertía y porque era lo que hacían las amas de casa. Se reía cuando le aconsejaban que abriera una pastelería. Era esposa y después madre, no una mujer de negocios. Nunca había aspirado a hacer una carrera fuera de casa.

Después hizo pasteles para huir de su dolor. Para darle algo a su cabeza en que ocuparse además de su sensación de culpa, su malestar y sus miedos.

Se había sumergido en la masa de pastel, la pasta quebrada y la batidora. Y, en fin, había resultado una terapia más eficaz que la de los médicos, los rezos y las apariciones en público. Mientras su vida, su matrimonio, su mundo iban haciéndose pedazos, los pasteles habían sido una constante. De repente, había querido más. Había necesitado más.

Suzanne's Kitchen había nacido en una habitación corriente y aburrida de una casita pulcra a tiro de piedra de la casa donde creció, y comenzó vendiendo a las tiendas locales. Suzanne Cullen lo había hecho todo por sí misma: la compra, la planificación, la elaboración, el empaquetado y la entrega.

En siete años, la demanda había aumentado tanto que tuvo que contratar personal, comprar una furgoneta y distribuir sus productos por todo el condado. En diez años, su negocio era de ámbito nacional.

Aunque ya no elaboraba pasteles personalmente y el empaquetado, la distribución y la publicidad estaban en manos de distintos departamentos de su empresa, a Suzanne todavía le gustaba pasar el rato en su cocina probando nuevas recetas.

Vivía sola en una gran casa bien protegida por la montaña y escondida de la carretera por un bosque.

Su cocina era enorme y soleada, con metros y metros de superficies azules brillantes, cuatro hornos profesionales y dos despensas ordenadas con rígida meticulosidad. La puerta de la cocina daba a un patio de pizarra y varios jardines temáticos por si necesitaba tomar el aire. Tenía un sofá acogedor y una butaca muy blanda cerca de una ventana salediza por si le daban ganas de acurrucarse y un centro de informática perfectamente equipado por si necesitaba anotar una receta o consultar alguna de las que tenía archivadas. La habitación era la mayor de la casa, y podía pasarse el día entero sin salir de ella.

A los cincuenta y dos años, era una mujer muy rica, que podría haber vivido en cualquier parte del mundo o haber hecho lo que deseara. Ella quería hacer pasteles y vivir en la ciudad donde había nacido.

Aunque para pasar el rato había elegido el televisor de pared mejor que la música, canturreaba mientras batía huevos y crema en una fuente.

Cuando oyó que empezaban las noticias de las cinco y media, se paró un momento para servirse una copa de vino. Probó la masa que estaba preparando, cerró los ojos y evaluó el sabor con la lengua. Le añadió una cucharada de vainilla. Mezcló, probó y aprobó. Anotó meticulosamente el añadido.

Oyó que mencionaban Woodsboro en la televisión, cogió la copa y se volvió. Vio un plano de Main Street y sonrió al ver la tienda de su padre. Apareció después una vista de las colinas y los campos de los alrededores de la ciudad, mientras la periodista hablaba de la comunidad histórica.

Más interesada, pensando que la noticia se centraría en el reciente descubrimiento de Antietam Creek, se acercó un poco al aparato. Meneó la cabeza pensando en lo que le habría gustado a su padre que la periodista hablara de la importancia de la excavación y de las expectativas del mundo científico ante las posibilidades de lo que desenterraran.

Tomó un sorbo y decidió que llamaría a su padre en cuanto terminara la noticia; sin demasiada atención escuchó cómo presentaban a la doctora Callie Dunbrook.

Cuando la cara de Callie llenó la pantalla, Suzanne parpadeó y miró fijamente. Le quemaba la garganta mientras se acercaba más al televisor. El corazón le golpeaba rápida y dolorosamente contra las costillas mientras miraba los oscuros ojos color ámbar bajo unas cejas rectas. Tenía la piel caliente, luego fría, y la respiración se le hizo acelerada y superficial.

Meneó la cabeza. Por dentro todo le zumbaba como un enjambre de abejas. No pudo oír nada más, sólo podía mirar atónita cómo se movía aquella boca ancha con el labio superior ligeramente levantado.

Y cuando la boca sonrió, espléndida y rápidamente, y se formaron tres hoyuelos, a Suzanne se le cayó la copa de los dedos temblorosos y se hizo añicos en el suelo a sus pies.

3

Suzanne estaba sentada en la sala de la casa donde había crecido. Lámparas que ella había ayudado a elegir a su madre hacía quizá diez años descansaban sobre tapetes que su abuela había tejido antes de que ella naciera.

El sofá era nuevo. Había tenido que ponerse dura con su padre para que lo cambiara. Las alfombras estaban almacenadas hasta el invierno y los visillos transparentes de verano, con topes, sustituían las cortinas de invierno. Todas aquellas tareas domésticas las había llevado a cabo su madre todas las temporadas, y su padre seguía efectuándolas por costumbre.

Cuánto echaba de menos a su madre.

Tenía las manos aferradas en el regazo, con los nudillos muy apretados contra el estómago como si estuviera protegiendo al bebé que una vez había llevado en su matriz.

Su cara estaba blanca como la cera, mustia y apagada. Parecía como si hubiera utilizado toda su energía y vitalidad para reunir a la familia. Era como una sonámbula que caminara entre el pasado y el presente.

Douglas estaba sentado en el borde de una butaca reclinable que era más vieja que él. Miraba a su madre por el rabillo del ojo. Estaba quieta como una piedra y parecía tan alejada de él como la luna.

Doug tenía el estómago tenso y apretado como los dedos de su madre.

El ambiente olía al tabaco de cereza de la pipa que fumaba su abuelo después de cenar. Un aroma cálido que casi permanentemente impregnaba la sala. Olía además al frío sudor de la angustia de su madre.

Tenía un olor, una forma, una esencia que era tensión, miedo y culpabilidad, y que le devolvía de golpe a los días horribles e indefensos de su infancia, cuando la niebla amarilla ocupaba todo el ambiente.

Su abuelo cogió el mando con una mano y dejó la otra en el hombro de Suzanne, como si quisiera impedir que se moviera.

—No quería perdérmelo —dijo Roger, y se aclaró la garganta—. Le pedí a Doug que subiera a casa y programara el vídeo en cuanto Lana me lo contó. Todavía no lo he visto.

Había preparado té. Su esposa siempre preparaba té para las enfermedades y las preocupaciones. La visión de la tetera blanca con sus pequeños capullos de rosa la consoló, como los tapetes de ganchillo y los visillos de verano.

—Doug sí que lo ha visto.

—Sí, lo he visto. Está rebobinado.

—Bueno...

—Ponlo, papá. —La voz de Suzanne era aguda, y debajo de la mano de su padre su cuerpo volvió a la vida y tembló—. Ponlo ya.

—Mamá, por favor, no te excites...

—Ponlo. —Suzanne volvió la cabeza y miró a su hijo con unos ojos enrojecidos y un poco desquiciados—. Tú mira.

Roger puso en marcha la cinta. La mano que tenía en el hombro de Suzanne empezó a acariciarla.

—Avance rápido, hasta... aquí. —Recuperada la energía, Suzanne manoseó el mando, peleándose con las teclas. Puso la cinta en velocidad normal cuando la cara de Callie apareció en la pantalla—. Miradla. Dios mío. Oh, Dios mío.

—Virgen santa —murmuró Roger, como un rezo.

—¿Lo ves? —Suzanne le clavó los dedos en una pierna, pero no apartó la mirada de la pantalla. No podía—. ¿Lo ves? Es Jessica. Es mi Jessie.

—Mamá. —A Douglas se le partió el corazón al oír cómo ella decía «Mi Jessie»—. Tiene un parecido, pero... por Dios, mira a la abogada, abuelo. Lana. Ella se parece tanto a Jessie como esa mujer. Mamá, no puedes saberlo.

—Claro que puedo —lo cortó ella—. Mírala. ¡Mira! —Cogió el mando y lo puso en pausa mientras Callie sonreía—. Tiene los ojos de su padre. Tiene los ojos de Jay, el mismo color, la misma forma. Y mis hoyuelos. Tres hoyuelos, igual que yo. Como mi madre. Papá...

—Hay un gran parecido. —Roger se sentía mareado mientras lo decía, desorientado—. La tez, la forma de la cara. Esos rasgos. —Algo que era a medias pánico y a medias esperanza le subía por la garganta—. La última proyección del artista...

—La tengo. —Suzanne se levantó, cogió la carpeta que había traído consigo y sacó una imagen generada por ordenador—. Jessica, a los veinticinco.

Entonces Douglas también se levantó.

—Creía que habías dejado de hacerlas. Creía que lo habías dejado.

—Nunca lo dejé. —Las lágrimas pugnaban por salir, pero las reprimió con la voluntad de acero que la había ayudado a aguantar los últimos veintinueve años—. Dejé de hablar contigo de ello porque te angustiaba. Pero nunca dejé de buscar. Nunca he dejado de esperar. Mira a tu hermana. —Le puso la foto en las manos—. Mírala —exigió, y se volvió hacia el televisor.

—Mamá, por el amor de Dios.

Sostuvo la foto, y el dolor que había reprimido, con una voluntad tan fuerte como la de su madre, volvió a golpearlo. Lo dejó indefenso. Le produjo náuseas.

—Se parece —admitió—. Ojos castaños, pelo rubio. —Al contrario que su madre, él no podía albergar esperanzas. La esperanza lo había destruido—. ¿Cuántas otras chicas, mujeres, has visto y te han parecido Jessica? No puedo ver cómo pasas por esto otra vez. No sabes nada de ella. Cuántos años tiene, de dónde viene.

—Pues lo descubriré. —Cogió la foto y la guardó en la carpeta con unas manos ya más firmes—. Si no puedes soportarlo, mantente al margen. Como

tu padre.

Sabía que estaba siendo cruel, castigando a un hijo por su desesperada necesidad de otro. Sabía que no estaba bien atacar a su hijo mientras apretaba el fantasma de su hija contra el pecho. Pero él tenía que ayudarla o dejarla en paz. Para Suzanne no había medias tintas en la búsqueda de Jessica.

—Lo buscaré en el ordenador. —La voz de Douglas era fría y tranquila—. Te conseguiré toda la información que pueda.

—Gracias.

—Utilizaré el portátil de la tienda. Es rápido. Te mandaré lo que encuentre.

—Iré contigo.

—No. —Podía ser tan contundente y duro como ella—. No puedo hablar contigo cuando estás así. Nadie puede. Lo haré mejor solo.

Salió sin decir nada más. Roger soltó un profundo suspiro.

—Suzanne, está muy preocupado por ti.

—Nadie tiene que preocuparse por mí. Necesito apoyo, pero que se preocupen por mí no me ayuda nada. Ésta es mi hija. Lo sé.

—Puede que lo sea. —Roger se levantó y acarició los brazos de Suzanne—. Y Doug es tu hijo. No lo atosigues, cariño. No pierdas a un hijo por intentar encontrar a otro.

—Él no quiere creer. Y yo tengo que hacerlo. —Miró la cara de Callie en la pantalla—. Tengo que creer.

Tenía la edad correcta, pensó Doug mirando la información de su búsqueda. El hecho de que su cumpleaños fuera una semana después del de Jessica no era concluyente.

Su madre lo consideraría una prueba y haría caso omiso de los otros datos.

Interpretó su estilo de vida a través de los meros datos. Clase media alta. Hija única de Elliot y Vivian Dunbrook, de Filadelfia. La señora Dunbrook, antes Vivian Humphries, había tocado el segundo violín en la Boston Symphony Orchestra antes de casarse. Ella, su marido y la hija pequeña se habían mudado a Filadelfia, donde Elliot Dunbrook logró un trabajo de cirujano interno.

Eso significaba dinero, clase, aprecio por el arte y por la ciencia.

Había crecido en un ambiente privilegiado, se había licenciado, la primera de su clase, en Carnegie Mellon, había hecho un master y, recientemente, un doctorado. Había ejercido como arqueóloga mientras se sacaba sus títulos de postrado. Se había casado a los veintiséis y se había divorciado apenas dos años después. No tenía hijos.

Estaba relacionada con Leonard G. Greenbaum y Asociados, la Sociedad Paleolítica y varios departamentos de arqueología de diversas universidades.

Había escrito artículos que habían recibido buenas críticas. Imprimió todo lo que encontró para estudiarlo posteriormente con más atención. Pero de entrada le pareció una profesional, probablemente muy destacada y

dedicada al trabajo.

Era difícil ver al bebé que agitaba las piernas y le tiraba del pelo entre todas esas cosas.

Lo que veía era una mujer que había sido educada por unos padres ricos y respetables. Un material que nada tenía que ver con bebés. Pero sabía que su madre no lo vería así. Sólo vería la fecha de nacimiento y nada más, como había sucedido ya en tantas ocasiones.

A veces, sólo a veces, se permitía preguntarse cuándo se había fracturado su familia. ¿Había sido en el instante en que Jessica había desaparecido? ¿O había sido por la implacable e inexorable decisión de su madre de encontrarla? ¿O había sido cuando él se había dado cuenta de algo muy simple: que, buscando a un hijo, su madre había perdido a otro?

Parecía que ninguno de ellos había podido superarlo.

Haría lo que pudiera, como había hecho siempre. Mandó los archivos por correo electrónico a su madre.

Luego apagó el ordenador, apagó sus pensamientos y se ensimismó en la lectura de un libro.

No había nada como el inicio de una excavación, el momento en que todo es posible y no hay límites en las posibilidades de descubrimientos. Callie tenía un par de estudiantes sin experiencia que podían ayudar y no ser un estorbo. En aquel momento eran mano de obra gratis que venía junto con una pequeña subvención de la universidad. Aprovecharía lo que le dieran.

Tendría como geóloga a Rase Jordán, una mujer a la que respetaba y que le caía bien. Tenía el laboratorio de Leo, y al propio Leo como asesor. En cuanto asignaran a Nick Long como antropólogo, sería un lujo.

Trabajó con los estudiantes, excavando muestras con la pala, y eligió los dos robles de doble tronco de la esquina noroeste de la poza como su punto de referencia. Desde esta perspectiva empezaron a medir la situación vertical y horizontal de todo lo que estaba en el área de trabajo. Había terminado el plano de la superficie de la excavación la noche anterior, y había empezado a dibujar las secciones de un metro cuadrado. Ese día comenzarían a colocar las cuerdas para señalar las divisiones.

Entonces daba inicio la diversión.

Un frente frío había bajado la humedad y la temperatura a un nivel casi tolerable. También había traído lluvia la noche anterior y había vuelto el suelo fangoso y blando. Callie ya tenía las botas embarradas hasta el tobillo, las manos sucias, y olía a sudor y al aceite de eucalipto que utilizaba para ahuyentar los insectos.

Para Callie no podía ser mejor.

El sonido de una bocina le hizo levantar la cabeza; esta vez la interrupción le hizo apoyarse en la pala y sonreír. Sabía que Leo no podría mantenerse alejado mucho tiempo.

—Seguid así —dijo a los estudiantes—. Excavad despacio, tamizad concienzudamente. Documentadlo todo.

Se levantó para saludar a Leo.

—Estamos descubriendo escamas en todas las muestras —dijo—. Mi teoría es que nos hallamos en una zona de talla de útiles. —Señaló el área donde los dos estudiantes seguían excavando y tamizando el suelo—. Rosie verificará las escamas de riolita. Se sentaban allí, afilando la roca para fabricar puntas de flecha, puntas de lanza, herramientas. Si profundizamos más, encontraremos muestras abandonadas.

—Llegará esta tarde.

—Estupendo.

—¿Cómo se portan los estudiantes?

—Bastante bien. Sonya, la chica, promete. Bob es concienzudo y voluntarioso. Y muy dispuesto. Muy, muy dispuesto. —Se encogió de hombros—. Lo vamos a desengañar en menos que canta un gallo. Te diré lo que estoy pensando. Cada vez que miro, veo a alguien que pasa por aquí para que le demos una clase. Creo que nombraré a Bob relaciones públicas.

Echó un vistazo hacia atrás.

—Tiene esa carita de buen chico de pueblo. Les encantará. Dejaremos que instruya a los visitantes sobre lo que hacemos, lo que buscamos y cómo. Yo no puedo estar parando cada diez minutos para ser simpática con la gente de aquí.

—Hoy puedo encargarme yo.

—Estupendo. Voy a colocar las cuerdas. He elaborado el plan de superficie. Puedes echarle un vistazo y ayudarme a señalar las parcelas siempre que te lo permitan tus obligaciones docentes al aire libre.

Miró su viejo reloj Timex, luego tocó con un dedo la lista que ya había confeccionado y fijado a la carpeta.

—Leo, necesitaré contenedores. No quiero desenterrar huesos y que se me llenen de polvo en cuanto estén fuera del barro. Necesito aparatos. Necesito gas de nitrógeno y hielo seco. Necesito más herramientas. Más tamices, más paletas, más recogedores, cubos. Necesito más manos.

—Lo tendrás todo —prometió Leo—. El gran estado de Maryland te ha concedido tu primera subvención para el Proyecto Antietam Creek.

—¿Ah, sí? —Lo cogió por los hombros y se le iluminó la cara—. ¿Ah, sí? Leo, eres mi verdadero amor.

Le besó ruidosamente en la boca.

—Lo que me recuerda...

Le cogió las manos sucias y la apartó. Callie estaba demasiado complacida para darse cuenta de que él estaba poniendo una distancia de seguridad entre los dos.

—Tenemos que hablar de otro miembro clave del equipo. Pero antes quiero recordarte que todos somos profesionales, y lo que hagamos aquí puede tener un impacto enorme. Antes de que terminemos, este proyecto podría incluir a científicos de todo el mundo. No se trata de las personas sino del descubrimiento.

—No sé dónde quieres ir a parar, Leo, pero no me gusta nada por dónde

vas.

—Callie... —Leo se aclaró la garganta—. El significado antropológico de este hallazgo es tan monumental como el arqueológico. Por consiguiente, tú y el jefe de antropólogos tendréis que trabajar en colaboración como codirectores del proyecto.

—Caramba, Leo, ni que fuera una diva. —Sacó la botella de agua que llevaba colgada a la cintura y bebió un buen sorbo—. No tengo ningún problema para compartir la autoridad con Nick. Pedí que viniera él porque trabajamos muy bien juntos.

—Sí, bueno... —Leo se interrumpió al oír que se acercaba un coche. Y dibujó una sonrisa penosa al distinguir a los recién llegados—. No siempre se consigue lo que se quiere.

Primero fue el impacto, seguido inmediatamente del reconocimiento cuando vio el robusto cuatro por cuatro negro, y luego la vieja camioneta de una repugnante mezcla de rojo, azul oxidado y gris primario tirando de una caravana blanca sucia repleta de rayados y ruidos.

Pintado en un lado de la caravana había un dóberman gruñón y el nombre DIGGER.

La asaltaron un montón de emociones, demasiadas, demasiado mezcladas y demasiado enormes. Le cerraron la garganta, le apretaron el estómago, le apuñalaron el corazón.

—Callie..., antes de que digas nada...

—No vas a hacerme esto. —Tuvo que tragar saliva.

—Está hecho.

—Oh, Leo, no. Maldita sea, te pedí a Nick.

—No está disponible. Está en Sudamérica. El proyecto necesita al mejor, Callie. Graystone es el mejor. —Leo casi se echó atrás cuando ella se volvió para mirarlo—. Lo sabes. Si olvidas los problemas personales, Callie, sabes que es el mejor. Y Digger también. Ha sido su nombre añadido al tuyo lo que ha hecho que nos concedieran la subvención. Espero que te comportes profesionalmente.

Callie enseñó los dientes a Leo.

—No siempre se puede tener lo que se quiere —repitió.

Observó cómo Jacob Graystone, un hombre de metro ochenta y cinco de estatura, bajaba del todoterreno. Llevaba su viejo sombrero marrón, con el ala y la copa raídos y gastados por el uso. El pelo, liso y negro, le salía por debajo. Llevaba una camisa blanca metida en la cintura de unos Levi's descoloridos. Y el cuerpo que había dentro estaba en forma.

Huesos largos, músculos fuertes, todo cubierto por una piel bronceada que era el resultado de trabajar al aire libre y del cuarto de su ascendencia que era apache.

Se volvió y, aunque llevaba gafas de sol, Callie sabía que sus ojos eran de un color precioso, entre gris y verde.

Le sonrió brevemente, con arrogancia, sorna y sarcasmo. Callie pensó que todo ello le pegaba. Era de un guapo insultante, o eso había creído siempre ella. Otra vez esos largos huesos, suficientemente afilados como para

cortar diamantes, la nariz recta, la mandíbula firme con la sombra de una cicatriz que la partía en diagonal.

El pulso se le aceleró y las sienes le retumbaban. Disimuladamente, pasó la mano por la cadena que llevaba al cuello, asegurándose de que la tenía puesta por debajo de la camisa.

—Esto es un asco, Leo.

—Sé que no es una situación ideal para ti, pero...

—¿Cuánto tiempo hace que sabías que vendría? —preguntó Callie.

Esta vez le tocó a Leo tragar saliva.

—Un par de días. Quería decírtelo en persona. Creía que no llegaría hasta mañana. Lo necesitamos, Callie. El proyecto lo necesita.

—Es una mierda, Leo. —Abrió los hombros como un boxeador preparándose para el combate—. Una mierda.

Incluso caminaba con suficiencia, pensó Callie, con ese maldito balanceo de vaqueros que siempre la había sacado de sus casillas.

Su compañero bajó de la camioneta. Stanley Digger Forbes. Cincuenta y siete kilos de fealdad.

Callie reprimió sus deseos de apretar los labios y gruñir. Se puso en jarras y esperó a que los hombres se acercaran.

—Graystone. —Inclinó la cabeza.

—Dunbrook. —Arqueó las cejas entre las gafas de sol y el ala del sombrero. Su voz era arrastrada, un deslizamiento cálido y perezoso de palabras que evocaba imágenes de desiertos y praderas—. Ahora eres doctora Dunbrook, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Felicidades.

Deliberadamente, Callie apartó la mirada. Un vistazo a Digger le hizo esbozar una mueca. Sonreía como una hiena, con su cara aplastada de color nuez animada por un par de ojos negros escalofriantes y el destello del diente de oro.

Llevaba un aro dorado en la oreja izquierda y una cola rubia y sucia de rata colgada del brillante pañuelo rojo que tenía anudado a la cabeza.

—Eh, Dig, bienvenido.

—Callie, estás guapa. Más que nunca.

—Gracias. Tú no.

Él soltó su habitual risa ruidosa.

—¿La chica de las piernas? —Señaló con la barbilla a los estudiantes—. ¿Es legal?

A pesar de su aspecto, Digger era famoso por ligarse a aficionadas a la arqueología tan triunfalmente como un bateador conectando con una pelota alta y rápida.

—No te metas con las estudiantes, Digger.

Él se limitó a caminar despacio hacia las palas.

—Bien, pongámonos de acuerdo —empezó Callie.

—¿No me pones al día? —interrumpió Jake—. ¿No charlamos un poco? ¿No me preguntas qué he estado haciendo desde que nos separamos?

—Me da lo mismo lo que hayas hecho. Leo cree que te necesitamos para el proyecto. —Ya imaginaría formas satisfactorias de matar a Leo más tarde—. No estoy de acuerdo. Pero aquí estás y no vale la pena perder el tiempo discutiendo o rememorando los viejos tiempos.

—Digger tiene razón. Estás guapa.

—A Digger le gusta todo lo que tenga pechos.

—No te lo discutiré.

Pero sí estaba guapa. El mero hecho de verla lo había afectado como una tormenta. Olía el eucalipto que llevaba encima. No era capaz de olerlo sin que se le presentara su cara mentalmente.

Llevaba el mismo reloj destartado y unos bonitos pendientes de plata. El cuello abierto de la camisa dejaba a la vista la base del cuello donde la piel estaba húmeda y sudada.

Tenía el labio superior un poco más grueso y no llevaba carmín.

Nunca se maquillaba para excavar. Pero siempre se había puesto crema en la cara mañana y noche, por malas que fueran las condiciones de vida.

Siempre había creado un hogar por malas que fueran las condiciones de vida: una vela olorosa, su violonchelo, comida reconfortante, buen jabón y champú que olía levemente a romero.

Se imaginaba que seguiría haciéndolo.

Diez meses, pensó, desde la última vez que la vio. Y su cara había estado con él todos los días, y todas las noches. Por mucho que se esforzara por borrarla.

—Dicen que te has tomado una temporada sabática.

Lo dijo como si nada, ni un simple pestañeo traicionó sus pensamientos.

—Lo hice, pero se acabó. Estás aquí para coordinar y para dirigir los detalles antropológicos del proyecto que hemos bautizado como Antietam Creek.

Se apartó como si estuviera estudiando la excavación. La verdad era que le costaba demasiado estar cara a cara con él. Saber que los dos se estaban tomando las medidas. Recordándose.

—Creo que tenemos un asentamiento neolítico. La datación por radiocarbono de los huesos humanos ya excavados del lugar los sitúa hace cinco mil trescientos setenta y cinco años, cien más cien menos. Riolita...

—He leído los informes, Callie. Lo que tienes entre manos es importante. —Echó un vistazo evaluador—. ¿Por qué no hay seguridad?

—Estoy en ello.

—Bien. Mientras la consigues, Digger puede acampar aquí. Iré a buscar mi equipo de campo y luego me das una vuelta. Nos pondremos a trabajar.

Callie soltó un largo suspiro cuando él se dirigió hacia el cuatro por cuatro. Contó hasta diez.

—Te mataré por esto, Leo. Acabaré contigo.

—Ya habíais trabajado juntos. Hicisteis vuestros mejores trabajos juntos.

—Quiero a Nick. En cuanto esté disponible quiero a Nick.

—Callie...

—No me digas nada, Leo. Ahora mismo no me digas nada.

Apretó los dientes, se aprestó para la lucha y se mentalizó para llevar de gira a su ex marido.

Trabajaban bien juntos. Mientras se duchaba para quitarse la porquería del día, Callie pensó que aquello resultaba aún más irritante. En el terreno profesional, se estimulaban mutuamente y de algún modo ese estímulo los forzaba a complementarse. Siempre había sido así.

A Callie le encantaba cómo funcionaba la mente de Jake, aunque fuera dentro de la cabeza más dura contra la que había tenido que topar. Era tan observador, tan flexible, tan abierto a todas las posibilidades... Se fijaba en los detalles más ínfimos, los estudiaba y los elaboraba hasta que lucían como el oro.

El problema es que también se estimulaban personalmente.

Y durante un tiempo..., durante un tiempo se habían complementado.

Pero básicamente habían peleado como perros rabiosos. Cuando no se estaban peleando, era porque estaban en la cama.

Cuando no se estaban peleando o en la cama o trabajando en un proyecto común, se... se frustraban el uno al otro, suponía Callie.

Era absurdo que se hubieran casado. Ahora lo veía. Lo que les había parecido romántico, excitante y sensual de fugarse como un par de adolescentes alocados se había convertido en dura realidad. Y el matrimonio se había transformado en un campo de batalla en el que cada uno trazaba límites que el otro se empeñaba en cruzar.

Por supuesto, los límites que ponía él eran absurdos, mientras que los de ella eran racionales. Pero eso no tenía ninguna importancia.

Recordaba que no eran capaces de dejar de tocarse. Y su cuerpo todavía recordaba, intensamente, el tacto de sus manos.

Sin embargo, se había puesto dolorosamente de manifiesto que las manos de Jacob Graystone no eran excesivamente selectivas a la hora de elegir sobre dónde se posaban. El muy cabrón. La morena de Colorado había sido la gota que colmó el vaso. La tetuda Veronica de la voz de niña. La muy cerda.

Cuando ella le había planteado claramente sus conclusiones, cuando le había acusado en términos claros y diáfanos de engañarla sin escrúpulos, él no había tenido la cortesía (no había tenido huevos, se corrigió con la sangre encendida) de confirmarlo o negarlo.

¿Qué la había llamado? Ah, sí. Apretó los labios al recordar el impacto de sus palabras.

«Una mujer histérica, infantil y reprimida.»

No estaba segura de qué parte de la frase la sacaba más de sus casillas, pero había empañado de rojo su visión. El resto de la discusión era como una inmensa niebla ardiente. Lo único que recordaba claramente era haber pedido el divorcio: la primera cosa sensata que había hecho después de conocerlo. Y haberle pedido que se largara de la casa y del proyecto, o se largaría ella.

¿Había luchado por ella? Ni hablar. ¿Había suplicado que lo perdonara, jurándole amor y fidelidad? Ni por asomo.

Se había ido. Lo mismo que la morenita tetuda, menuda coincidencia, ja, ja.

Todavía enfurecida por el recuerdo, Callie salió de la ducha y cogió una de las finas y diminutas toallas que proporcionaba el hotel. Después cerró la mano sobre el anillo que llevaba colgado del cuello.

Se había quitado la alianza del dedo (más bien recordaba habérsela arrancado) en cuanto recibió los papeles del divorcio para firmarlos. Había estado a punto de tirarlo al río Platte, donde estaba trabajando.

Pero no había sido capaz. No había sido capaz de dejarlo atrás como creía haber dejado atrás a Jacob. Él era el único fracaso en su vida.

Se dijo a sí misma que llevaba el anillo para no volver a fracasar.

Se quitó la cadena y la guardó en el armario. Si él la veía, creería que Callie no lo había superado. O algo igual de despreciable.

No quería seguir pensando en él. Trabajaría con él, pero eso no significaba que desperdiciara un solo minuto de su tiempo libre pensando en él. Jacob Graystone había sido un error personal, un fracaso personal. Y ella había seguido con su vida.

Y por supuesto, él también. Su pequeño mundo era lo bastante endogámico para que ella estuviera enterada de lo fácil que le había resultado volver al ambiente de soltero ligón.

Su estilo eran las arqueólogas ricas y aficionadas, pensó Callie mientras buscaba unos vaqueros limpios. Arqueólogas ricas y aficionadas con pechos grandes y cabezas vacías. Alguien que luciera cogida de su brazo y le hiciera sentir superior intelectualmente. Eso era lo que él quería.

—Que le den —murmuró, y se puso unos vaqueros y una camisa.

Quería preguntarle a Rosie si le apetecía salir a comer, y no pensaba dedicar ni un minuto más a pensar en Graystone.

Abrió la puerta y casi se dio de bruces con una mujer que estaba de pie afuera.

—Perdone. —Callie se metió la llave de la habitación en el bolsillo—. ¿Quería algo?

A Suzanne se le bloqueó la garganta. Las lágrimas pugnaban por salir mientras miraba a Callie fijamente. Se obligó a sonreír y apretó la cartera como si fuera un hijo muy querido. En cierto modo, lo era.

—No pretendía asustarla —dijo Callie viendo que la mujer la seguía mirando—. ¿Busca a alguien?

—Sí. Sí, busco a alguien. A usted... Necesito hablar con usted. Es

enormemente importante.

—¿Conmigo? —Callie se colocó delante de la puerta, bloqueándola. La mujer le parecía un poco desquiciada—. Lo siento, pero no la conozco.

—No. No me conoce. Me llamo Suzanne Cullen. Es muy importante que hable con usted. En privado. Si me permite pasar unos minutos...

—Señora Cullen, si se trata de la excavación, le agradecería que viniera durante el día. Cualquiera de nosotros le explicará el proyecto con mucho gusto. Pero ahora no es un buen momento. Estaba a punto de salir. He quedado con alguien.

—Si me concediera cinco minutos, vería lo importante que es. Para las dos. Por favor. Cinco minutos.

El tono de la mujer era tan apremiante, que Callie se echó atrás.

—Cinco minutos. —Pero dejó la puerta abierta—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No pensaba venir esta noche. Pensaba esperar hasta que... —Había estado a punto de contratar un detective. Había estado a punto de descolgar el teléfono para hacerlo. Y luego esperar a que se comprobaran los datos—. Pero ya he perdido tanto tiempo. Demasiado.

—A ver, ¿por qué no se sienta? No parece encontrarse bien. —La verdad era que, en opinión de Callie, la mujer parecía tan frágil como si fuera a hacerse añicos en cualquier momento—. Tengo agua mineral.

—Gracias.

Suzanne se sentó en la cama. Quería mantener la calma y expresarse claramente. Quería coger a su hijita y abrazarla tan fuerte como para que se desvanecieran tres décadas de separación.

Cogió la botella que le ofrecía Callie. Bebió y se recompuso.

—Necesito preguntarle algo. Es muy personal y muy importante. —Respiró hondo—. ¿Es usted adoptada?

—¿Qué? —Con un sonido que era en parte risa, en parte sorpresa, Callie meneó negativamente la cabeza—. No. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Quién es usted?

—¿Está segura? ¿Está totalmente segura?

—Por supuesto. Por Dios, señora. Mire...

—El 12 de diciembre de 1974 se llevaron a mi hija Jessica del cochecito en el centro comercial Hagerstown Mall.

Ahora hablaba con calma. A lo largo de los años había dado muchas charlas sobre niños desaparecidos y sobre su caso concreto.

—Había ido allí para que mi hijo Douglas, de tres años, viera a Papá Noel. Hubo un momento de distracción. Un momento. No hizo falta más. Ella había desaparecido. La buscamos por todas partes. La policía, el FBI, la familia, los amigos, la comunidad. Organizaciones de bebés desaparecidos. Sólo tenía tres meses. No la encontramos nunca. Cumplirá veintinueve años el 8 de septiembre.

—Lo siento. —El enojo se convirtió en simpatía—. Lo siento mucho. No puedo imaginar lo que ha tenido que pasar usted y su familia. Si tenía alguna

esperanza de que yo fuera esa niña, lo siento también. Pero no lo soy.

—Quiero enseñarle algo. —Aunque su respiración era agitada, Suzanne abrió la cartera cuidadosamente—. Ésta es una foto mía de cuando tenía su edad. ¿Quiere mirarla, por favor?

Con reticencia, Callie la cogió. Un escalofrío le recorrió la columna mirando aquella cara.

—Existe un parecido. Estas cosas ocurren, señora Cullen. Una herencia parecida, o una mezcla de genes. Se dice que todo el mundo tiene un doble. Y se dice porque es básicamente cierto.

—¿Ha visto los hoyuelos? ¿Los tres? —Suzanne le rozó la mano con sus dedos temblorosos—. Usted también los tiene.

—También tengo padres. Nací en Boston el 11 de septiembre de 1974. Tengo el certificado de nacimiento.

—Mi madre. —Suzanne sacó otra fotografía—. Ésta también la tomaron cuando ella tenía treinta años. Puede que unos pocos menos, mi padre no está del todo seguro. Ya ve lo mucho que se parece usted a ella. Y a mi marido.

Suzanne sacó otra foto.

—Los ojos. Tiene sus ojos, la misma forma, el mismo color. Incluso las cejas. Oscuras y rectas. Cuando nació, cuando Jessica nació, dije que sus ojos serían como los de Jay. Y se estaban volviendo del mismo color ámbar cuando, cuando... Dios mío. Cuando la vi en la televisión, lo supe. Lo supe.

Callie tenía el corazón acelerado, como si tuviera un caballo nervioso en el pecho, y le sudaban las palmas de las manos.

—Señora Cullen, no soy su hija. Mi madre tiene los ojos castaños. Somos casi de la misma estatura y peso. Sé quiénes son mis padres, mi historia familiar. Sé quién soy y de dónde procedo. Lo siento. No puedo decirle nada para hacer que se sienta mejor. No puedo hacer nada para ayudarla.

—Pregúnteselo —suplicó Suzanne—. Míreles a los ojos y pregúnteselo. Si no lo hace, ¿cómo va a estar segura de ello? Si no lo hace, iré a Filadelfia y se lo preguntaré yo misma. Porque sé que es mi hija.

—Quiero que se vaya. —Callie fue hacia la puerta. Le temblaban las piernas—. Quiero que se vaya ahora mismo.

Suzanne dejó las fotografías sobre la cama y se levantó.

—Nació a las cuatro treinta y cinco de la madrugada, en el Washington County Hospital de Hagerstown, Maryland. Le pusimos Jessica Lynn.

Cogió otra fotografía de la bolsa y la dejó sobre la cama.

—Ésta es una copia de la fotografía que le hicimos poco después de nacer. Los hospitales las hacen para las familias. ¿Alguna vez ha visto una foto suya antes de los tres meses?

Calló un instante y después se dirigió a la puerta. Se paró un momento y rozó con su mano la de Callie.

—Pregúnteles. Mi dirección y número de teléfono están en las fotos. Pregúnteles —repitió, y se marchó a toda prisa.

Temblando, Callie cerró la puerta y se apoyó en ella.

Era una locura. La mujer estaba triste y se engañaba. Y estaba loca. La

pérdida de su hija le había trastornado el cerebro o algo así. No podía culparla. Probablemente veía a su hija en todas las caras que guardaban un parecido remoto.

Más que remoto, susurró Callie mentalmente mientras observaba las fotos que le había dejado sobre la cama. Era un parecido claro y extraordinario.

No significaba nada. Era una estupidez pensar lo contrario.

Sus padres no eran ladrones de bebés, por el amor de Dios. Eran personas buenas, cariñosas e interesantes. Eran la clase de personas que sentirían una gran compasión hacia alguien como Suzanne Cullen.

El parecido y la similitud de edad eran sólo coincidencias.

«Pregúnteselo.»

¿Cómo se puede preguntar una cosa así a los propios padres? «Eh, mamá, ¿no estarías por casualidad en el centro comercial de Maryland en la Navidad del setenta y cuatro? ¿Te llevaste a un bebé junto con los regalos de última hora?»

—Dios santo. —Se apretó la mano sobre el estómago como para impedir que reventara—. Dios santo.

Al oír que llamaban a la puerta, se volvió y la abrió de golpe.

—Ya le he dicho que no... ¿Qué coño quieres?

—¿Te apetece una cerveza? —Jake golpeó las dos botellas que llevaba cogidas del cuello—. ¿Una tregua?

—No quiero cerveza y no hay necesidad de treguas. No tengo el suficiente interés para pelearme contigo; por lo tanto, una tregua está fuera de lugar.

—No es propio de ti rechazar una cerveza gratis al final del día.

—Tienes razón.

Le arrebató una y enseguida empujó la puerta. Le habría golpeado con gusto en la cara, pero Jake siempre había sido rápido.

—Eh, sólo intento ser amable.

—Ve a serlo con otra. Se te da bien.

—Ah, eso suena a bastante interés en pelear conmigo.

—Lárgate, Graystone. No estoy de humor.

Se volvió y vio la alianza sobre la cómoda. Mierda. Lo que faltaba. Dio un par de zancadas, le puso una mano encima y se guardó la cadena en el puño.

—La Callie Dunbrook que todos conocemos y queremos siempre está de humor para una buena discusión. —Se acercó a la cama y ella aprovechó para guardarse el anillo y la cadena en el bolsillo—. ¿Qué es esto? ¿Estás mirando fotos familiares?

Callie se volvió y se quedó pálida como el hielo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque están en la cama. ¿Quién es esta? ¿Tu abuela? Nunca la conocí, ¿verdad? Pero, claro, no dedicábamos mucho tiempo a relacionarnos

con las familias respectivas.

—No es mi abuela. —Le arrancó la foto de la mano—. Lárgate.

—Espera. —Se golpeó la mejilla con los nudillos, un gesto habitual en él que hizo que a Callie se le hiciera un nudo en la garganta—. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que me gustaría tener un poco de intimidad.

—Cariño, conozco esa cara. No estás enfadada conmigo, estás preocupada. Cuéntame qué pasa.

Quería contárselo. Quería destapar el corcho y soltarlo todo.

—No te incumbe. Tengo mi propia vida. No te necesito.

Los ojos de Jake se volvieron fríos y duros.

—Nunca me necesitaste. Te dejaré en paz. Tengo mucha práctica en dejarte en paz.

Se fue hacia la puerta. Echó un vistazo al estuche del violonchelo colocado en un rincón, la vela de sándalo ardiendo sobre la cómoda, el ordenador sobre la cama y la bolsa de galletas abierta junto al teléfono.

—La Callie de siempre —murmuró.

—¿Jake? —Se acercó a la puerta, casi tocándolo. Faltó poco para que se rindiera al impulso de ponerle una mano en el brazo y hacerle entrar—. Gracias por la cerveza —dijo, y le cerró la puerta, esta vez con suavidad, en la cara.

Callie se sentía como una ladrona. No importaba que tuviera una llave de la puerta, que conociera todos los ruidos y olores del barrio, todos los rincones y armarios de la gran casa de ladrillo de Mount Holly. La verdad era que se estaba colando en la casa a las dos de la madrugada.

No había logrado tranquilizarse después de la visita de Suzanne Cullen. No había sido capaz de comer, dormir o concentrarse en el trabajo. Había decidido que se volvería loca si se quedaba sentada en aquella habitación barata de hotel obsesionándose por el bebé perdido de una desconocida.

Aunque no hubiera creído que ella era ese bebé. Ni por un segundo.

Pero era científica, investigadora, y sabía que hasta que no tuviera respuestas no pararía de rascar el misterio para lograr que se desprendiera como si fuera una costra.

Leo no estaba contento con ella, pensó mientras entraba en el aparcamiento de la casa de sus padres. Amenazó, se quejó e hizo preguntas que ella no podía responder cuando le llamó para comunicarle que se tomaba un día libre.

Pero tenía que ir.

Durante el trayecto de Maryland a Filadelfia se había convencido a sí misma de que estaba haciendo lo más lógico. Aunque eso supusiera entrar en casa de sus padres cuando ellos no estaban, aunque eso supusiera fisgar en sus archivos y documentos en busca de pruebas de lo que ya sabía.

Ella era Callie Ann Dunbrook.

El elegante barrio estaba silencioso como una iglesia. Aunque intentó cerrar la puerta del coche con cuidado, el ruido resonó como un disparo e hizo que un perro se pusiera a ladrar.

La casa estaba a oscuras, exceptuando un débil destello en una ventana del segundo piso, la salita de su madre. Sus padres debían de haber conectado el sistema de seguridad que encendía las luces a horas distintas del día y en habitaciones diferentes mientras estaban en Maine.

Habrían avisado de que no les trajeran el periódico y les guardaran el correo, e informado a sus vecinos de los días que estarían fuera.

Cruzó el paseo de losas hacia el gran porche principal pensando que sus padres eran personas responsables y sensatas. Les gustaba jugar al golf y dar fiestas con gente interesante. Disfrutaban estando juntos y se reían de las mismas bromas. A su padre le gustaba ocuparse del jardín y cuidar las rosas y los tomates. Su madre tocaba el violín y coleccionaba relojes antiguos. Trabajaba de voluntaria cuatro días al mes en una clínica gratuita. Daba clases de música a niños con pocos recursos.

Llevaban treinta y ocho años casados y, aunque discutían y a veces se

peleaban, seguían cogiéndose de la mano por la calle.

Callie sabía que su madre delegaba las decisiones importantes en su padre, y también muchas de las decisiones menores. Era algo que sacaba de quicio a Callie, algo que consideraba un servilismo que sólo fomentaba la dependencia y la debilidad.

A menudo se avergonzaba de sí misma por pensar que su madre era una persona débil y que su padre era un poco presuntuoso por fomentar esa dependencia. En realidad su padre daba una asignación a su madre. No lo llamaban así, por supuesto, sino gastos domésticos. Pero para Callie era lo mismo.

Aunque estos fueran los peores defectos que encontraba en sus padres, no podía imaginárselos como unos monstruos secuestradores de bebés.

Sintiéndose como una idiota, culpable y absurdamente nerviosa, Callie entró en la casa, encendió la luz del recibidor y apretó el código de la alarma. Se quedó un momento quieta absorbiendo la sensación de estar allí. No recordaba la última vez que había estado sola en la casa. Sin duda antes de mudarse a su propio piso.

Percibía el olor del jabón oleoso Murphy, que significaba que Sarah, la mujer de la limpieza de toda la vida, había estado en la casa hacía pocos días. También olía a rosas, demasiado; el aroma fuerte y dulzón del popurrí favorito de su madre. Vio que había flores frescas, un elegante ramo de verano, en la mesa del vestíbulo que quedaba debajo de la escalera. Su madre habría pedido a Sarah que se encargara de ello, pensó Callie. Habría dicho que a la casa le gustaban las flores, tanto si había alguien en ella como si no.

Cruzó el embaldosado suelo de damero y subió la escalera. Se paró primero frente a su habitación. La habitación de su infancia.

Había pasado por varias encarnaciones, desde los adornos infantiles, que eran el primer recuerdo de la habitación y de su madre, hasta los colores vivos que había elegido ella misma cuando empezó a tener ideas propias, pasando por la cueva desordenada donde guardaba las colecciones de fósiles y botellas viejas, huesos de animales y todo lo que lograba desenterrar.

Ahora era un espacio elegante para alojarla a ella o a otro invitado. Paredes de color verde pálido y cortinas blancas transparentes, un edredón antiguo sobre una cama con dosel. Y todos los pequeños objetos que su madre coleccionaba cuando salía de compras con las amigas.

Exceptuando las vacaciones, los días que dormía en casa de amigos, los campamentos de verano y las noches de verano en que plantaba una tienda en el jardín, siempre había dormido en aquella habitación hasta que fue a la universidad. Esto la convertía, a su parecer, y en cualquiera de sus encarnaciones, en parte de ella.

Cruzó el amplio rellano hacia el estudio de su padre. Dudó un momento, parpadeando ante la visión del hermoso escritorio de caoba con la superficie inmaculada, el secante nuevo sobre un soporte de piel de color borgoña, el juego de bolígrafos de plata, el encantador capricho de un tintero antiguo con pluma.

La silla era de la misma piel blanda, y era como si viera a su padre, seguramente estudiando un catálogo de jardinería o una publicación médica. Le resbalarían las gafas sobre la nariz, y el pelo rubio claro, salpicado de

plata, le caería sobre la frente ancha.

En esta época del año llevaría una camisa de golf y unos pantalones de algodón sobre su cuerpo en forma. Tendría música puesta, seguramente clásica. De hecho, su primera cita formal con la chica que sería su esposa había sido un concierto.

Callie había entrado a menudo en aquella habitación, se había sentado en una de las confortables butacas de piel y había interrumpido a su padre con novedades, quejas o preguntas. Si estaba realmente ocupado, él la miraba fría y largamente por encima de las gafas, lo que la hacía marcharse inmediatamente. Pero la mayoría de las veces era bienvenida.

En aquel momento se sentía como una intrusa.

Se ordenó a sí misma no pensar en eso. Haría lo que había venido a hacer y basta. Al fin y al cabo eran sus documentos.

Se acercó al primer archivador de madera. Sabía que todo lo que necesitaba encontrar estaría en aquella habitación. Su padre se encargaba de las finanzas, así como de conservar los documentos y archivarlos.

Abrió el primer cajón y empezó la búsqueda.

Una hora después, bajó a prepararse una cafetera. Ya que estaba allí, miró en la despensa y encontró una bolsa de patatas bajas en sodio. Lástima, decidió, llevándose el aperitivo arriba. ¿Qué sentido tenía vivir más tiempo si tenías que comer cartón?

Se tomó diez minutos de descanso en la mesa. Al ritmo que llevaba, no tardaría tanto como había creído. Su padre tenía los archivos meticulosamente organizados. Ya habría terminado si no se hubiera encandilado con la carpeta dedicada a sus informes de estudios y títulos.

No había podido resistir la tentación de volver al pasado. Repasar su expediente de estudios le había hecho pensar en los amigos que había tenido, en las excavaciones que había organizado en los jardines durante la escuela primaria. Su compañero Donny Riggs se había llevado una buena bronca de su madre por los agujeros que ambos habían excavado en su jardín.

Pensó en su primer beso de verdad. No fue con Donny, sino con Joe Torrento, su amor a los trece años. Él llevaba una chaqueta de piel negra y botas de motorista. A los trece, él le parecía muy sexy y peligroso. Por lo que sabía, ahora enseñaba biología en la St. Bernadette's High School de Cherry Hill, tenía dos hijos y era el director de la sección local del Rotary.

También estaba su vecina y mejor amiga, Natalie Carmichael. Eran como hermanas, compartían todos los secretos. Luego fueron a la universidad y tras un año de intentar mantener la relación se habían ido distanciando.

Como pensar en eso la ponía triste, se levantó y se puso a mirar el segundo archivador.

Al igual que su expediente escolar, los informes médicos estaban organizados con precisión. Dejó la carpeta etiquetada con el nombre de su madre y la de su padre y sacó la suya.

Se dio cuenta de que era por allí por donde debería de haber empezado

y, convencida de que la sencilla prueba que quería estaría allí, se sentó. Abrió la carpeta. Repasó las vacunas de la infancia, los rayos X y los informes del brazo que se había roto a los diez años al caer de un árbol. También estaba la tonsilectomía en junio de 1983. El dedo que se había dislocado intentando parar una pelota en un partido de baloncesto a los dieciséis años.

Cogió más patatas fritas mientras seguía repasando los documentos. Su padre incluso había guardado los datos básicos de las revisiones anuales hasta que ella se había ido de casa. Por Dios, hasta las del ginecólogo.

—Papá —murmuró—. Esto es propio de la fase anal.

No reaccionó hasta que no terminó de repasar todos los papeles. Entonces dio la vuelta a la carpeta y repasó todos los documentos por segunda vez, pero no encontró ningún registro del hospital sobre su nacimiento. Ningún informe de un examen pediátrico antes de los tres primeros meses de vida.

No significaba nada. Se frotó un puño entre los pechos cuando la respiración se le aceleró. Seguramente los habría archivado en otra parte. En una carpeta especial de su época de bebé. O los habría juntado con los informes médicos de su madre.

Sí, tenía que ser eso. Había guardado la documentación del embarazo y había puesto los informes más tempranos de su hija con ella. Para concluir el caso.

Para demostrarse a sí misma que no estaba preocupada, se sirvió más café y bebió un poco mientras se levantaba para guardar su carpeta y coger la de su madre.

No podía, no debía sentirse culpable por mirar unos papeles que no eran suyos. Lo hacía para quedarse tranquila. Los miró por encima intentando detectar fechas clave para no leer lo que consideraba la intimidad de su madre.

Encontró el informe y el tratamiento del primer aborto en agosto de 1969. Estaba enterada de esto, y del que siguió en otoño de 1971.

Su madre le había contado lo destrozada que estaba y que incluso había estado ingresada por depresión. Y lo que había significado para ella tener por fin un hijo sano.

Con un estremecimiento de alivio, Callie encontró el informe del tercer embarazo. El tocólogo estaba preocupado, evidentemente, con el diagnóstico de hueso cervical incompetente que había provocado los dos abortos anteriores y le había prescrito medicación y reposo absoluto en el primer trimestre.

El embarazo había sido cuidadosamente controlado por el doctor Henry Simpson. La habían ingresado en el hospital dos días durante su séptimo mes por problemas de hipertensión y deshidratación debida a continuas náuseas matinales. Pero la habían tratado y le habían dado el alta.

Y aquí, para gran confusión de Callie, terminaba toda la documentación del embarazo. El siguiente documento era de un año después, sobre un tobillo torcido.

Empezó a pasar papeles más rápidamente, convencida de que los encontraría traspapelados en otro lugar, pero no estaban. No había nada. Era

como si el embarazo de su madre se hubiera detenido a los siete meses.

Tenía un nudo en el estómago cuando volvió a levantarse y se acercó otra vez al archivador. Abrió el siguiente cajón, y con el dedo buscó más informes médicos. Cuando no encontró nada de lo que estaba buscando, se agachó e intentó abrir el último cajón.

Estaba cerrado.

Se quedó un momento donde estaba, en cuclillas, delante del reluciente archivador de madera, con una mano en el tirador de bronce. Después se incorporó y, obligándose a no pensar, buscó la llave en la mesa de su padre.

Como no la encontró, cogió el abrecartas, se arrodilló ante el cajón y forzó la cerradura. Dentro encontró una caja larga de metal a prueba de incendios, también cerrada. Se la llevó a la mesa y se sentó. Se quedó un buen rato mirándola, deseando que desapareciera.

Podía volver a guardarla, arreglar la cerradura y hacer como si no existiera. Lo que estaba dentro era algo que su padre se había tomado muchas molestias para guardar en privado.

¿Qué derecho tenía ella a vulnerar la intimidad de su padre? Sin embargo, ¿no era eso lo que hacía todos los días? Vulneraba todos los días la intimidad de los muertos, de desconocidos, porque el conocimiento y los descubrimientos eran más sagrados que sus secretos.

¿Cómo podía excavar, analizar, tocar los huesos de muertos desconocidos y no abrir la caja que podía contener secretos que concernían a su propia vida?

—Lo siento —dijo, y atacó la cerradura con el abrecartas.

Levantó la tapa y empezó.

No había habido un tercer aborto. Tampoco había habido un nacimiento de un bebé vivo. Callie se obligó a leer como si se tratara de un informe de laboratorio de una excavación. La primera semana del octavo mes de su embarazo, el feto de Vivian Dunbrook había muerto en la matriz. Se le provocó el parto y dio a luz a una niña muerta el 29 de junio de 1974.

Diagnóstico: hipertensión inducida por el embarazo, con el resultado de un embarazo malogrado.

El defecto cervical que había provocado el aborto y la extrema hipertensión resultante de la muerte del feto hacían peligroso intentar otro embarazo.

Menos de dos semanas después, una histerectomía recomendada debido a daño cervical lo hizo imposible.

La paciente fue tratada por depresión.

El 16 de diciembre de 1974, adoptaron a una niña a quien pusieron Callie Ann. Una adopción privada, advirtió Callie cuidadosamente, tramitada por un abogado. La tarifa por sus servicios fue de diez mil dólares. Además, otra tarifa de doscientos cincuenta mil dólares se pagó a través de él a la madre biológica, cuyo nombre no figuraba.

El bebé (en cierto modo la ayudaba pensar en ella como en el bebé) fue examinado por el doctor Peter O'Malley, un pediatra de Boston, y se había certificado su buen estado de salud.

El siguiente examen era una revisión de rutina a los seis meses, por la doctora Marilyn Vermer, de Filadelfia, que siguió siendo la pediatra de la niña hasta que la paciente cumplió los doce años.

—Cuando me negué a volver a ir a un médico de niños —murmuró Callie, y observó con cierta sorpresa que una lágrima caía sobre los papeles que tenía en la mano.

—Dios santo. Oh, Dios santo.

Tenía el estómago contraído y tuvo que doblarse, apretándose el diafragma, y respirar hondo hasta que se le pasó el dolor.

No podía ser real. No podía ser cierto. ¿Cómo podía ser que dos personas que nunca le habían mentado en los asuntos más banales hubieran vivido con una mentira todos esos años?

Sencillamente no era posible.

Pero cuando se forzó a incorporarse y se forzó a leer otra vez los papeles, vio que no sólo era posible: era real.

—¿A qué viene eso de que se ha tomado un día libre? —Jake se echó el sombrero hacia atrás y fulminó a Leo con una mirada inquisitiva—. Estamos en un momento crítico de la planificación de la excavación ¿y ella se va de vacaciones?

—Dijo que había surgido un imprevisto.

—¿Qué imprevisto pudo surgir que fuera más importante que hacer su trabajo?

—No me lo dijo. Puedes cabrearte cuanto quieras. Conmigo, con Callie, pero los dos sabemos que no es propio de ella. Los dos sabemos que ha trabajado estando enferma, exhausta o herida.

—Sí, sí. Y sería muy propio de ella largarse del proyecto porque yo estoy en él.

—No, no lo sería. —Como empezaba a irritarse, Leo atacó. La diferencia de altura le impedía pegar a Jake un puñetazo en la cara, de modo que lo compensó apuntándole el pecho con un dedo—. Sabes perfectamente que ella no juega a esas tonterías. Por muchos problemas que tenga contigo, o conmigo por haberte traído, se aguantará. Y no interferirá en el proyecto. Es demasiado profesional, y es demasiado obstinada para dejarlo ahora.

—De acuerdo, tienes razón. —Jake se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el campo que habían empezado a segmentar. Era la preocupación lo que le había hecho reaccionar con ira—. Anoche le pasaba algo.

Se había dado cuenta, lo había visto. Pero en vez de convencerla para que le contara lo que le pasaba, había dejado que se lo sacara de encima, restregándole su orgullo y mal genio.

Las malas costumbres son difíciles de abandonar.

—¿De qué hablas?

—Pasé por su habitación. Estaba preocupada. Tardé un rato en darme cuenta de que no tenía nada que ver conmigo. Me gusta pensar que todo lo

que le pasa a Callie tiene algo que ver conmigo. No quiso contármelo. No me sorprende. Pero tenía unas fotos en la cama. Parecían fotos familiares.

Lo que Jake sabía de la familia de Callie cabría en una palada de tierra.

—¿Te lo contaría si le pasara algo a su familia?

Leo se frotó la nuca.

—No lo creo. Sólo me dijo que tenía un asunto personal pendiente que no podía esperar. Que intentaría volver esta noche o, como muy tarde, mañana.

—¿Tiene novio?

—Graystone...

Lo dijo en voz baja. Las excavaciones siempre eran un suelo fértil para los cotilleos.

—Por favor, Leo. ¿Sale con alguien?

—Y yo ¿cómo voy a saberlo? No me habla de su vida amorosa.

—Clara lo sabría. —Jake se volvió—. Nadie puede ocultarle nada a Clara cuando se huele algo. Y Clara te lo contaría.

—Por lo que respecta a Clara, Callie debería seguir casada contigo.

—¿Ah, sí? Tienes una esposa muy lista. ¿Te habla alguna vez de mí?

Leo lo miró inexpresivamente.

—Clara y yo hablamos de ti cada noche durante la cena.

—Callie... Por Dios, Leo, deja de fastidiarme.

—No puedo repetir lo que Callie me ha dicho de ti. No utilizo ese lenguaje.

—Muy bonito. —Jake miró hacia la poza, con los ojos protegidos por las gafas de sol—. Diga lo que diga, piense lo que piense, tendrá que empezar a acostumbrarse. Si tiene problemas, conseguiré que me lo cuente.

—Si tanto te preocupa, si tanto te interesa, ¿por qué te divorciaste de ella?

Jake se encogió de hombros.

—Buena pregunta, Leo. Muy buena pregunta. Cuando sepa la respuesta, serás el segundo o el tercero en saberlo. Mientras tanto, con arqueóloga o no, debemos seguir trabajando.

Se había enamorado de ella, se había enamorado como un tonto la primera vez que la había visto, Jake tenía que admitirlo. En un abrir y cerrar de ojos, su vida se había dividido en antes y después de Callie Dunbrook.

Había sido aterrador y molesto. Ella había sido aterradora y molesta.

Él tenía treinta años, ninguna atadura —a menos que se contara a Digger— y estaba decidido a seguir así. Le encantaba su trabajo. Le encantaban las mujeres. Y cuando un hombre podía combinar las dos cosas, la vida no podía ser más perfecta.

No tenía que responder ante nadie, y sin duda no tenía ninguna intención de hacerlo ante una bonita arqueóloga con mal genio.

Dios mío, cómo le gustaba el mal genio de Callie.

El sexo había sido casi tan tormentoso y fascinante como sus peleas, pero no había solucionado su problema. Cuanto más la tenía, más la deseaba. Ella le había dado su cuerpo, su compañía y el desafío de una mente que siempre le llevaba la contraria. Pero nunca le había dado lo único que podría haberle hecho sentar la cabeza: su confianza. Nunca había confiado en él. Nunca había confiado en que la apoyaría, que lo compartiría todo con ella. Y por supuesto no confiaba en su fidelidad.

Durante meses después de que ella lo echara de casa, se había consolado pensando que la absurda falta de fe de ella lo había estropeado todo. Y también durante meses se había aferrado a la convicción de que ella volvería arrastrándose.

Ahora reconocía que había sido un estúpido. Callie no se arrastraba nunca. Era algo que los dos tenían en común. Y con el paso del tiempo, había empezado a pensar que tal vez, quizá, posiblemente, no había manejado la situación con toda la destreza que se podía esperar de él. Que se debía esperar de él.

No es que dejara de culparla, que era exactamente lo que Callie se merecía, pero sí había abierto una puerta a considerar otros enfoques.

Entre ellos seguía habiendo algo, lo reconocía. No había ninguna duda. Si el Proyecto Antietam les ofrecía una forma de canalizar ese algo, lo utilizaría.

Haría lo que fuera necesario para recuperarla.

Si tenía algún problema, bien: él conseguiría que se lo contara. Callie le dejaría ayudarla aunque tuviera que atarla y sacárselo con fórceps.

Callie no esperaba poder dormir, pero después del alba se había acurrucado en la cama de su antiguo dormitorio. Se había metido una almohada debajo del brazo, como hacía de pequeña, cuando estaba enferma o se sentía desgraciada.

La fatiga física y emocional había superado incluso el dolor de cabeza y la náusea. Se había despertado cuatro horas después al oír que la puerta principal se cerraba y que alguien la llamaba alegremente.

Por un momento, se había sentido como una niña otra vez, acurrucada en la cama el sábado por la mañana hasta que su madre la despertaba. Habría cereales para desayunar, con fresas recién cogidas en la taza y el azúcar de más que ella le pondría cuando su madre no estuviera mirando.

Se volvió. El dolor muscular, el dolor de cabeza y el peso que tenía en el pecho le recordaron que ya no era una niña cuya mayor preocupación fuera poner azúcar a los cereales.

Era una mujer. Y no sabía de quién era hija.

Sacó lentamente las piernas de la cama y se sentó en el borde, con la cabeza entre las manos.

—¡Callie! —La alegría animaba la voz de Vivian cuando entró en la habitación—. Hija, no teníamos ni idea de que venías. Me he llevado una sorpresa al ver tu coche fuera.

Abrazó a Callie y después le pasó una mano por el pelo.

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche. —No levantó la cabeza. No estaba preparada para mirar a su madre a la cara—. Creía que tú y papá estabais en Maine.

—Estábamos allí. Decidimos volver a casa hoy en lugar del domingo. A tu padre empezaba a obsesionarle el jardín, y el lunes tiene un día muy cargado en el hospital. Hija... —Vivian puso una mano en la barbilla de Callie y la obligó a levantar la cabeza—. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

—Sólo estoy un poco aturdida. —Los ojos de su madre eran castaños, pensó Callie. Pero no como los suyos. Los de su madre eran más oscuros, más profundos, y encajaban perfectamente con la piel rosada y el pelo suavemente rizado que había tenido el color y la textura de un visón rubio—. ¿Está papá en casa?

—Sí, por supuesto. Está echando un vistazo a las tomateras antes de entrar el resto de las maletas. Niña, estás muy pálida.

—Tengo que hablar con vosotros. Con los dos.

«No estoy preparada. No estoy preparada. No estoy preparada», protestaba su mente, pero se obligó a ponerse de pie.

—¿Quieres pedirle a papá que entre? Sólo voy a lavarme un poco.

—Callie, me estás asustando.

—Por favor. Déjame un minuto para lavarme la cara. Bajaré enseguida.

Sin darle a Vivian la posibilidad de discutir, salió y se metió en el baño.

Se apoyó en el lavabo, respiró hondo, lentamente, porque el estómago empezaba a contraérsele otra vez. Abrió el grifo de agua fría, lo más fría que pudo soportar, y se refrescó la cara.

No se miró al espejo. Tampoco estaba preparada para eso.

Cuando salió y empezó a bajar, Vivian estaba en el recibidor, agarrada a la mano de su esposo.

«Qué alto es él —pensó Callie—. Qué alto, apuesto y guapo.» Y qué buena pareja hacían. El doctor Elliot Dunbrook y su preciosa Vivian.

Le habían mentado; todos los días de su vida.

—Callie. Has asustado a tu madre. —Elliot se acercó, la cogió con sus brazos y le dio un fuerte abrazo—. ¿Qué le pasa a mi niña? —preguntó con los ojos brillantes de lágrimas.

—No os esperaba hoy. —Se deshizo de su abrazo—. Creía que tendría más tiempo para pensar en lo que voy a deciros. Ahora no lo tengo. Es mejor que nos sentemos.

—Callie, ¿tienes problemas?

Ella miró a su padre a la cara y no vio más que amor y preocupación.

—No sé lo que tengo —dijo sencillamente, y cruzó el recibidor hacia la sala.

«Una sala perfecta —pensó—, para personas con gusto y recursos.» Antigüedades seleccionadas cuidadosamente y bien mantenidas. Butacas cómodas de los colores oscuros que les gustaban a los dos. Bellos objetos de

artesanía en las paredes, la elegancia del cristal antiguo.

Fotos familiares en la chimenea que le dolieron en el corazón.

—Tengo que preguntaros...

No, no podía hacerlo dándoles la espalda. A pesar de lo que había sabido, a pesar de lo que sabría, se merecían que hablara mirándolos a la cara. Se volvió y respiró hondo.

—Tengo que preguntaros por qué no me dijisteis nunca que era adoptada.

Vivian hizo un ruido gutural como si le hubieran dado un puñetazo en la garganta. Le temblaban los labios.

—Callie, ¿de dónde has...?

—Por favor, no lo niegues. Por favor, no me hagas eso. —Apenas lograba pronunciar las palabras—. Lo siento, pero busqué en vuestros archivos. —Miró a su padre—. Forcé el cajón cerrado y la caja de seguridad que guardas dentro. Vi los informes médicos y los documentos de adopción.

—Elliot.

—Siéntate, Vivian. Siéntate. —La acompañó hasta una silla y la obligó a sentarse—. No pude destruirlos. —Acarició la mejilla de su esposa como si se tratara de un niño asustado—. No estaba bien.

—En cambio, ¿estaba bien ocultarme las circunstancias de mi nacimiento? —preguntó Callie.

A Elliot se le hundieron los hombros.

—Para nosotros no era importante.

—No era...

—No culpes a tu padre. —Vivian alargó la mano buscando la de Elliot—. Lo hizo por mí —dijo mirando a Callie—. Se lo hice prometer. Se lo hice jurar, necesitaba...

Empezó a llorar, con unas lágrimas que le caían lentamente por la cara.

—No me odies, Callie. Dios mío, no me odies por esto. Fuiste mi niña desde el primer momento en que te tuve en brazos. Lo demás no importaba.

—¿Una sustituta de la niña que perdiste?

—Callie —la interrumpió Elliot—. No seas cruel.

—¿Cruel? —¿Quién era aquel hombre que la miraba con unos ojos tristes e indignados? ¿Quién era su padre?—. ¿Puedes hablarme tú de crueldad después de lo que habéis hecho?

—¿Qué hemos hecho? —protestó él—. No te lo dijimos. ¿Por qué es tan importante? Tu madre..., tu madre necesitaba engañarse al principio. Estaba destrozada, inconsolable. No pudo dar a luz nunca. Cuando surgió la oportunidad de adoptarte, la aprovechamos. Te quisimos, te queremos, no porque seas como si fueras nuestra, sino porque eres nuestra.

—No pude soportar la pérdida de la niña —dijo Vivian—. Después de dos abortos, después de hacer todo lo posible para que la niña naciera sana. Tampoco podía soportar que la gente te viera como una sustituta. Nos mudamos aquí y empezamos de nuevo. Nosotros tres. Y lo dejé todo atrás. No cambia nada de quién eres. No cambia quiénes somos nosotros o cuánto te

amamos.

—Pagasteis por un bebé del mercado negro. Os quedasteis con un bebé que habían robado a otra familia, ¿y eso no cambia nada?

—¿Qué estás diciendo? —La cara de Elliot se mudó por la ira—. Lo que dices es una perversidad. Una maldad. A pesar de lo que hayamos hecho no nos merecemos esto.

—Pagasteis un cuarto de millón de dólares.

—Es verdad. Tramitamos una adopción privada y el dinero lo acelera. Puede que no sea justo para las parejas que no se lo pueden permitir, pero no es ilegal. Acordamos un precio y estuvimos de acuerdo en dar una compensación a la madre biológica. Que nos acuses de haberte comprado, de haberte robado, denigra todo lo que hemos sido como familia.

—¿No me preguntáis por qué estoy aquí, por qué he buscado en los archivos, por qué he husmeado en vuestros documentos privados?

Elliot se pasó una mano por el pelo y después se sentó.

—Estoy perdido. Callie, por el amor de Dios, ¿esperas que nos comportemos con lógica después de que hayas salido con esto?

—Anoche vino una mujer a mi habitación. Había visto una entrevista que me hicieron en las noticias sobre mi proyecto actual. Dijo que yo era su hija.

—Tú eres mi hija —dijo Vivian, en voz baja pero feroz—. Eres mi hija.

—Dijo —continuó Callie— que el 12 de diciembre de 1974 le robaron a su hija. En un centro comercial de Hagerstown, Maryland. Me enseñó fotos de ella a mi edad y de su madre a mi edad. Existe un gran parecido. El color de la piel, la forma de la cara. Los dichosos tres hoyuelos. Le dije que no podía ser. Le dije que no era adoptada. Pero sí lo soy.

—No puede tener nada que ver con nosotros. —Elliot se pasó una mano por la frente—. Es una locura.

—Se equivoca. —Vivian meneó la cabeza lentamente. De un lado a otro—. Se equivoca de medio a medio.

—Pues claro que se equivoca. —Elliot volvió a buscar su mano—. Por supuesto que se equivoca. Lo hicimos a través de un abogado —dijo a Callie—. Un abogado respetable que estaba especializado en adopciones privadas. Nos lo recomendó el tocólogo de tu madre. Aceleramos el proceso de adopción, sí, pero nada más. Nunca habríamos participado en un rapto, en el secuestro de un bebé. No puedes creer eso.

Callie lo miró y miró a su madre, que la observaba con los ojos húmedos.

—No. No —dijo, y sintió que se liberaba de un peso—. No, no lo creo. Pero hablemos de lo que hicisteis exactamente.

Primero se acercó a la silla de su madre y se agachó.

—Mamá. —Le tocó la mano y repitió—: Mamá.

Con un sollozo, Vivian se inclinó hacia delante y abrazó a Callie.

Callie preparó café, tanto para dar tiempo a sus padres a serenarse como por necesidad. Eran sus padres. Eso no había cambiado.

La sensación de rabia y traición se iba desvaneciendo. ¿Cómo podía mantenerla ante la cara desolada de su madre y la pena de su padre?

Pero aunque pudiera olvidar la ofensa, no podía olvidar la necesidad de entender, de tener respuestas que pudiera hacer encajar para tener una visión completa.

Por mucho que los quisiera, necesitaba saber.

Llevó el café a la sala y vio que sus padres estaban sentados en el sofá, con las manos unidas.

Una unidad, pensó. Como siempre, eran una unidad.

—No sé si podrás perdonarme alguna vez —empezó Vivían.

—No creo que lo entiendas. —Callie sirvió el café. Aquella sencilla tarea le daba algo que hacer con las manos y podía mantener los ojos posados en la cafetera y las tazas—. Tengo que conocer los hechos. No puedo entenderlo hasta que todas las piezas encajen. Somos una familia. Eso no cambia nada, pero tengo que conocer los hechos.

—Siempre has sido una persona lógica —replicó Elliot—. Te hemos hecho daño.

—Ahora no pensemos en eso. —En lugar de sentarse en un sillón, Callie se sentó en el suelo al otro lado de la mesa, con las piernas cruzadas—. Primero tengo que entender... lo de la adopción. ¿Sentisteis que os hacía a vosotros, a mí..., a nosotros, menos válidos?

—Siempre que se forma una familia es un milagro —respondió Elliot—. Fuiste nuestro milagro.

—Pero lo escondisteis.

—Es culpa mía. —Vivían luchó contra las lágrimas otra vez—. Fue culpa mía.

—No es culpa de nadie —protestó Callie—. Sólo quiero que me lo contéis.

—Queríamos tener un hijo. —Vivían apretó la mano de Elliot—. Deseábamos tanto tener un hijo... Cuando tuve el primer aborto, fue espantoso. No puedo ni explicártelo. La sensación de pérdida, dolor y miedo. De... fracaso. Mi médico dijo que podíamos intentarlo de nuevo, pero que podía tener..., podía tener dificultades para terminar un embarazo. Cualquier futuro embarazo tendría que controlarse cuidadosamente. Y aunque así lo hice, volví a abortar. Me quedé..., me sentí... destrozada.

Callie levantó una taza y se la ofreció a su madre.

—Lo sé. Lo entiendo.

—Me dieron un medicamento para superar la depresión. —Intentó sonreír entre las lágrimas—. Elliot me hizo dejar las pastillas. Me hizo mantenerme activa. Las antigüedades, el teatro. Fines de semana en el campo siempre que podíamos. —Se llevó la mano de su marido a la mejilla—. Me hizo salir del pozo.

—Ella creía que era culpa suya, que había hecho algo para provocarlo.

—Había fumado mucha hierba en la universidad.

Callie parpadeó y sintió que algo inesperado le subía por la garganta. Era risa.

—Oh, mamá, qué mala.

—Bueno, es verdad. —Vivian se secó las lágrimas con una sonrisa temblorosa en los labios—. Y una vez tomé LSD, y tuve dos ligues en una noche.

—Vaya, ahora sí que lo entiendo. Menuda estabas hecha. ¿Tienes hierba escondida en casa?

—¡No! Por supuesto que no.

—Qué bien, así podremos hablar sin alucinar. —Callie se inclinó hacia delante y acarició la rodilla de su madre—. Así que eras una putilla colocada. Me ha quedado claro.

—Sólo intentas hacérmelo más fácil. —Con la respiración agitada, Vivian apoyó la cabeza en el hombro de Elliot—. Se parece mucho a ti. Es fuerte, como tú. Quise intentarlo de nuevo. Elliot quería esperar un poco más, pero yo estaba decidida. No quise escuchar a nadie. Supongo que estaba obsesionada. Nos peleamos por culpa de eso.

—Me preocupaba la salud de tu madre. Física y emocionalmente.

—Me había propuesto que adoptáramos, me trajo información sobre ello. Pero no quise escucharle. Veía a aquellas mujeres embarazadas, o con bebés. Creía que tenía derecho a ello, que era mi función. Mis amigas tenían hijos. ¿Por qué ellas sí y yo no? Se compadecían de mí y aún me sentía peor.

—No podía soportar verla tan infeliz. Tan perdida. No podía soportarlo.

—Volví a quedarme embarazada. Estaba muy contenta. Tenía mareos, como las otras veces, me mareaba de un modo terrible, y tenían que darme hidratación. Pero yo me cuidaba mucho. Cuando me dijeron que hiciera reposo, me quedé en la cama. Aquella vez superé el primer trimestre y parecía que todo iba bien. Sentía moverse el bebé. ¿Te acuerdas, Elliot?

—Sí, me acuerdo.

—Me compré ropa premamá. Empezamos a decorar la habitación del niño. Leí montones de libros sobre el embarazo, el parto y el cuidado de bebés. Tuve problemas con la tensión, nada grave, pero el séptimo mes me ingresaron unos días. Sin embargo parecía que todo iba bien hasta que...

—Fuimos a una visita —siguió Elliot—. No se oía latido fetal. Las pruebas demostraron que el feto había muerto.

—No podía creerlo. No quería. A pesar de que había dejado de sentir patadas del bebé. Seguí leyendo libros, seguí haciendo planes. No dejaba que

Elliot me hablara de ello, me ponía como una loca cuando lo intentaba. No quería que se lo dijera a nadie.

—Provocamos el parto.

—Era una niña —dijo Vivian bajito—. Nació muerta. Tan bonita, tan pequeña. La tuve en brazos y por un momento creí que estaba dormida. Pero sabía que no lo estaba y cuando me la quitaron me desmoroné. Tomé pastillas para soportarlo. Le..., oh, Dios, le robé a tu padre unas recetas y conseguí Alivan y Seconal. Pasaba los días como en una niebla, pasaba las noches como un cadáver. Estaba reuniendo el valor para tomarlas todas de golpe y terminar de una vez.

—Mamá...

—Sufrió una depresión profunda. El bebé muerto, la histerectomía. La pérdida, no sólo de otro bebé, sino de toda esperanza de volver a concebir.

«¿Cuántos años tendría? —pensó Callie—. ¿Veintiséis? Muy joven para afrontar tantas pérdidas.»

—Lo siento mucho, mamá.

—Me mandaban flores —siguió Vivian—. Las odiaba. Me encerraba en el cuarto del bebé y doblaba y desdoblaba las mantas y la ropita que habíamos comprado. Le pusimos Alice. No fui al cementerio. No permití que Elliot se llevara la cuna. Mientras no fuera a su tumba, mientras pudiera seguir doblando las mantas y la ropita, no estaría muerta.

—Estaba asustado. Aquella vez me asusté de verdad —reconoció Elliot—. Cuando me di cuenta de que tomaba más fármacos de los que le habían recetado, me aterroricé. Me sentía inútil, incapaz de ayudarla. Quitarle los fármacos no iba a servir para erradicar el problema. Hablé con su médico. Él planteó la posibilidad de la adopción.

—Tampoco entonces quise escucharle —interrumpió Vivian—. Pero Elliot me obligó a sentarme y me lo planteó en puros términos médicos. Un tratamiento de shock, por decirlo de algún modo. No habría más embarazos. Aquello ya no cabía como posibilidad. Podíamos seguir viviendo los dos solos. Me quería y podíamos ser felices. Si queríamos tener un hijo, había llegado la hora de explorar otras formas de conseguirlo. Me recordó que éramos jóvenes. Solventes económicamente. Éramos personas inteligentes y responsables que podíamos ofrecer un hogar seguro y lleno de afecto. ¿Quería un hijo o sólo quería estar embarazada? Si quería un hijo, podíamos tener uno. Quería tener un hijo.

—Fuimos a una agencia, a varias —añadió Elliot—. Había listas de espera. Cuanto más larga era la lista, más difícil era para Vivian.

—Mi nueva obsesión. —Suspiró—. Repinté el cuarto del bebé. Regalé la cuna y compré otra. Regalé todo lo que habíamos comprado para Alice para que el nuevo hijo, cuando llegara, lo tuviera todo nuevo. Me sentía como si estuviera embarazada. En alguna parte había un bebé que era mío. Sólo esperábamos el momento en que nos encontraríamos. Y todas las esperas eran como una nueva pérdida.

—Empezaba a animarse gracias a la esperanza. No podía soportar la idea de que se desanimara otra vez, de ver cómo la tristeza se apoderaba de ella de nuevo. Hablé de esto con Simpson, su médico. Le dije lo frustrante y

doloroso que era para nosotros que nos dijeran que podía tardar años. Me dio el nombre de un abogado que tramitaba adopciones privadas. Directamente de la madre.

—Marcus Carlyle —dijo Callie, recordando el nombre de los documentos.

—Sí. —Más compuesta, Vivian tomó un poco de café—. Se portó estupendamente. Estuvo amable y comprensivo. Y lo mejor de todo es que nos dio muchas más esperanzas que las agencias. La tarifa era muy elevada, pero para nosotros no había dinero que lo pagara. Dijo que tenía una cliente que no podía quedarse con su hijita. Una chica joven que había tenido un bebé y se daba cuenta de que no podía cuidarla como Dios manda siendo madre soltera. Le hablaría de nosotros, la informaría de la clase de personas que éramos, incluso de nuestro capital. Si estaba de acuerdo, él nos proporcionaría la niña.

—¿Por qué a vosotros? —preguntó Callie.

—Dijo que éramos la clase de personas que ella estaba buscando. Estables, con recursos económicos, bien educados, sin hijos. Dijo que la chica quería terminar el instituto e ir a la universidad, empezar una nueva vida. Se había metido en deudas intentando mantener a su bebé ella sola. Tenía que pagarlas y necesitaba saber que su pequeña tendría la mejor vida posible con unos padres que la querrían. —Vivian se encogió de hombros—. Dijo que nos daría una respuesta al cabo de pocas semanas.

—Intentamos no entusiasmarnos demasiado, no hacernos demasiadas ilusiones —explicó Elliot—. Pero parecía cosa del destino.

—Nos llamó ocho días después a las cuatro y media de la tarde. —Vivian dejó su taza de café que apenas había tocado—. Lo recuerdo con exactitud. Estaba interpretando a Vivaldi con el violín, intentando distraerme con la música, y sonó el teléfono. Lo supe. Sé que parece una tontería. Pero lo supe. Y cuando descolgué el teléfono, me dijo: «Felicidades, señora Dunbrook. Es una niña». Me eché a llorar allí mismo. Fue tan paciente conmigo, estaba tan sinceramente contento por mí... Dijo que eran momentos como aquel los que hacían que su trabajo valiera la pena.

—No llegasteis a conocer a la madre biológica.

—No. —Elliot meneó negativamente la cabeza—. En aquella época no se hacía así. No se intercambiaban nombres. La única información que se daba era médica y la historia hereditaria, un perfil básico. Fuimos a su oficina al día siguiente. Había una enfermera contigo en brazos. Tú dormías. El procedimiento era que no firmáramos los documentos ni pagáramos el resto de la tarifa hasta que te hubiéramos visto y aceptado.

—Fuiste mía desde el primer momento en que te vi, Callie —dijo Vivian—. En el mismo instante. La mujer te puso en mis brazos y ya eras mi hija. Ni una sustituta ni un recambio. Mía. Le hice prometer a Elliot que nunca volveríamos a hablar de la adopción, que no lo contaríamos ni lo comentaríamos a nadie. Porque eras nuestra hija.

—No parecía tan importante —dijo Elliot—. Sólo tenías tres meses. No lo habrías comprendido. Y era tan vital para el estado mental de Vivian. Tenía que apartarla del dolor y la desilusión. Nos llevábamos a nuestra hija a casa. Era lo único que importaba.

—Pero la familia... —empezó Callie.

—Estaban tan preocupados por ella como yo —aclaró Elliot—. E igual de encantados contigo, totalmente enamorados de ti. Simplemente lo olvidamos. Luego nos mudamos aquí, para que fuera más fácil olvidar. Un sitio nuevo, gente nueva. Nadie lo sabía, ¿para qué íbamos a contarlo? De todos modos, conservé los documentos, a pesar de que Vivian me pidió que me deshiciera de ellos. No me parecía correcto. Los escondí bajo llave, como escondimos bajo llave todo lo que había pasado antes de que tú llegaras a casa.

—Callie. —Ya compuesta del todo, Vivian la tocó—. Esa mujer, la que tú... No sabes si tiene algo que ver. Es una locura. El señor Carlyle era un abogado respetable. No lo habríamos tramitado con una persona que no fuera de absoluta confianza. Me lo recomendó mi propio médico. Eran, son hombres compasivos y éticos. No es posible que estuvieran metidos en una red de mercado negro de bebés.

—¿Sabes lo que es una coincidencia, mamá? Es el destino rompiendo una cerradura para que puedas abrir una puerta. El bebé de la mujer fue robado el doce de diciembre. Tres días después, vuestro abogado os llama y dice que tiene una niña para vosotros. Al día siguiente firmáis los papeles, extendéis los cheques y me traéis a casa...

—No sabes si le robaron a su bebé —insistió Vivian.

—No, pero eso es fácil de verificar. Tengo que hacerlo. La forma en que me educaron mis padres me hace imposible actuar de otra manera.

—Si confirmas el secuestro —Elliot se estremecía por dentro mientras hablaba—, pueden hacerse pruebas para decidir si... si existe una relación biológica.

—Ya lo sé. Lo haré si es necesario.

—Yo podría acelerarlo, intentar que te dieran los resultados más deprisa.

—Gracias.

—¿Qué harás si...? —Vivian no pudo terminar la frase.

—No lo sé. —Callie soltó un suspiro—. No lo sé. Lo decidiré cuando toque. Eres mi madre. Nada puede cambiarlo. Papá, necesitaré llevarme los documentos. Necesito verificar a todos los que participaron en la adopción. Al doctor Simpson, a Carlyle. ¿Supisteis el nombre de la enfermera que me llevó a la oficina?

—No. —Meneó la cabeza—. Que yo recuerde no. Puedo localizarte a Simpson. Para mí será más fácil. Haré algunas llamadas.

—Házmelo saber en cuanto sepas algo. Ya tienes mi número de móvil y te dejaré el número del motel de Maryland.

—¿Ya te vas? —preguntó Vivian—. Oh, Callie, ¿no puedes quedarte?

—No puedo, lo siento. Os quiero. Descubra lo que descubra, seguiré queriéndolos. Pero hay una mujer que ha sufrido mucho por haber perdido a su hija. Se merece algunas respuestas.

Doug no recordaba la última vez que había estado tan enfadado. No había forma de hablar con su madre, ya se había rendido. Era como golpearse

la cabeza contra la pared de acero que era su voluntad. Su abuelo tampoco le brindaba mucha ayuda. La realidad, la razón, el recordatorio de las docenas de desilusiones que habían sufrido anteriormente, no habían logrado cambiar su convicción.

Y encima, saber que su madre había hablado con la tal Callie Dunbrook. Que había llegado a ir a su motel, y encima con las fotos familiares. Humillándose, abriendo antiguas heridas, arrastrando a una extraña a una tragedia familiar personal.

Tal como funcionaba Woodsboro, la historia de la familia Cullen no tardaría mucho en salir a la luz, en ser comentada y discutida interminablemente, una y otra vez.

Así que había decidido hablar él mismo con Callie Dunbrook. Le pediría que no hablara con nadie de la visita de su madre, si no era ya demasiado tarde, y se disculparía.

No iría para verla más de cerca, se dijo a sí mismo. Para él, Jessica había desaparecido. Hacía mucho tiempo, y por mucho que lo desearan, la buscaran o mantuvieran la esperanza, no volvería.

Y en caso de que volviera, ¿qué sentido tendría? Ya no era Jessica. Si todavía estaba viva, era una persona diferente, una mujer adulta con una vida propia que no tenía nada que ver con el bebé que ellos habían perdido.

Pasara lo que pasase, sólo representaba más dolor para su madre. Nada de lo que él le dijera podía convencerla de ello. Jessica era su Santo Grial, el objetivo de su vida.

Se paró en un lado de la carretera junto a la valla de construcción.

Se acordaba de aquel lugar, del terreno blando del campo, de los misteriosos caminos del bosque. Él había ido a nadar al Simon's Hole. Se había bañado desnudo una noche iluminada por la luna con Laurie Worrell y casi la había convencido para que perdiera la virginidad junto a aquellas aguas frescas y oscuras.

Ahora había agujeros en el terreno, montículos de tierra y cuerdas delimitadoras por todas partes. Nunca podría entender por qué las personas no eran capaces de dejarse en paz las unas a las otras.

Cuando bajaba del coche y se dirigía a la valla, un hombre bajo con la ropa sucia de barro se separó del grupo y fue a recibirlo.

—¿Cómo va? —dijo Doug, porque no sabía qué decir.

—Muy bien. ¿Le interesa el proyecto? —preguntó Leo.

—Bueno...

—Seguramente le parecerá un poco confuso ahora mismo, pero en realidad son los primeros días de una excavación arqueológica muy organizada. El examen inicial reveló objetos que hemos datado en la era neolítica. Un obrero de una urbanización en construcción con una excavadora desenterró unos huesos humanos de hace casi seis mil años...

—Sí, lo sé. Dolan, le... le vi en el telenoticias —añadió Doug, y miró a las personas que trabajaban por encima del hombro de Leo—. Creía que había una tal Callie Dunbrook al mando.

—La doctora Dunbrook es la arqueóloga jefa del Proyecto Antietam

Creek, con el doctor Graystone como antropólogo jefe. Estamos segmentando la zona —siguió Leo, gesticulando hacia la excavación—, midiendo los metros cuadrados. A cada metro se le adjudicará un número de referencia. Es uno de los pasos vitales, la documentación. Al excavar, destruimos el lugar. Al documentar todos los segmentos, con fotografías y sobre papel, mantenemos su integridad.

—Vaya. —A Doug le importaba un rábano la excavación—. ¿Está la doctora Dunbrook?

—Lo siento, pero no. Sin embargo, si tiene alguna duda, el doctor Graystone o yo podemos ayudarlo.

Doug se volvió y le vio la cara. Por Dios, pensó, el hombre creía que él era otro idiota que había ido con la esperanza de ver a la mujer que había salido en la tele. Disimuladamente, cambió de táctica.

—Lo único que sé de estas cosas es lo que he visto en *Indiana Jones*. No es lo que me esperaba.

—No es tan espectacular. No hay nazis malvados ni escenas de persecución. Pero es igual de emocionante.

Doug se dio cuenta de que no podía irse sin más. Se esperaba que hiciera alguna pregunta. Y, que Dios lo ayudara, que mantuviera una conversación banal.

—¿Y cuál es el objetivo? ¿Qué pretenden encontrar mirando esos huesos antiguos?

—Quiénes eran. Quiénes somos. Por qué vivieron aquí, cómo vivían. Cuanto más sepamos del pasado, más nos entenderemos a nosotros mismos.

En opinión de Doug, el pasado pasado estaba, y el futuro todavía no había llegado. Era el hoy lo que tenía importancia.

—No tengo la sensación de tener mucho en común con... ¿cómo era?, un hombre de hace seis mil años.

—Comía y dormía, hacía el amor y envejecía. Enfermaba, tenía frío y calor. —Leo se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con la camisa—. Tenía inquietudes. Gracias a esas inquietudes, progresó y ofreció un camino a los que venían detrás. Sin él, usted no estaría aquí.

—Entendido —concedió Doug—. Bueno, sólo quería echar un vistazo. Cuando era pequeño jugaba en este bosque. Me bañaba en el Simon's Hole en verano siempre que podía.

—¿Por qué le llaman Simon's Hole?

—¿Qué? Oh. —Doug miró a Leo—. La historia dice que un niño llamado Simón se ahogó allí hace doscientos años. Merodee por el bosque, si le interesan estas cosas.

Con los labios apretados, Leo volvió a colocarse las gafas.

—¿Quién era?

Doug se encogió de hombros.

—No lo sé. Un niño cualquiera.

—Ésa es la diferencia. Yo necesitaría saberlo. ¿Quién era Simón? ¿Cuántos años tenía? ¿Qué hacía aquí? Me interesa. Al ahogarse aquí, cambió

vidas. La pérdida de cualquiera, pero sobre todo de un niño, cambia vidas.

Doug sintió un dolor apagado en el estómago.

—Sí. En eso tiene razón. No le entretendré más. Gracias por atenderme.

—Vuelva cuando quiera. Nos gusta que la comunidad se interese por nosotros.

Casi mejor que Callie no estuviera, se dijo Doug mientras volvía al coche. ¿Qué podría haberle dicho, en realidad, que no hubiera empeorado las cosas?

Otro coche se paró detrás del suyo. «Esto es una atracción turística», pensó Doug con amargura. Nadie podía dejar nada en paz.

Lana bajó del coche y lo saludó alegremente con la mano.

—Hola. ¿Echando un vistazo al sitio más famoso de Woodsboro?

La recordó. La cara de Lana no era de las que un hombre olvida con facilidad.

—Un montón de agujeros en el suelo. No sé si es mucho mejor que las casas de Dolan.

—Oh, te diré hasta qué punto. —El pelo se le agitaba en la brisa. Ella lo dejó volar y poniendo los brazos en jarras miró hacia la excavación—. Ya hemos empezado a atraer cierta atención a escala nacional. Suficiente para que Dolan no se atreva a poner más cemento próximamente. O nunca. A ver... —Apretó los labios—. No veo a Callie.

—¿La conoces?

—Sí, nos conocimos. ¿Has dado una vuelta por el lugar?

—No.

Lana se movió un poco e inclinó la cabeza.

—¿Eres antipático por naturaleza o es que te he caído fatal?

—Soy antipático por naturaleza, creo.

—Bueno, es un alivio.

Lana se apartó un poco y, maldiciéndose mentalmente, Doug le tocó un brazo. No era antipático, pensó. Reservado era distinto de antipático. Pero la grosería era la grosería y su abuelo quería mucho a Lana.

—Oye, perdona, es que estoy preocupado.

—Se nota. —Se apartó otro paso y después se volvió rápidamente—. ¿Le pasa algo malo a Roger? Me habría enterado si...

—Está bien. Está bien. Te cae bien, ¿verdad?

—Me encanta. Estoy loca por él. ¿Te ha contado cómo nos conocimos?

—No.

Ella esperó un momento y luego se rió.

—Bueno, no me atosigues. Te lo contaré. Unos días después de instalarme aquí entré en la librería. Estaba montando el despacho, había buscado guardería para mi hijo y tenía la cabeza hecha un lío. Por eso fui a dar un paseo y acabé en la tienda de tu abuelo. Me preguntó si podía hacer algo por mí y yo me eché a llorar. Allí mismo, me puse a sollozar como una

tonta. Él salió de detrás del mostrador, me rodeó con sus brazos y me dejó llorar en su hombro. Una completa desconocida que tenía una crisis de llanto en su librería. Desde entonces lo quiero.

—Así es mi abuelo. Es bueno con las almas extraviadas. —Doug hizo una mueca—. No pretendía ofender.

—No me has ofendido. No era un alma extraviada. Sabía dónde estaba, cómo había llegado aquí y adonde iba. Pero en ese momento todo era tan enorme, tan pesado, tan horrible... Y Roger me abrazó y me consoló. Incluso cuando intenté disculparme, puso el rótulo de «Cerrado» en la puerta y me llevó a la trastienda. Me preparó un té y me dejó contarle lo que me pasaba. Cosas que ni sabía que me pasaban y que no había sido capaz de contarle a nadie. No hay nada que yo no hiciera por Roger. —Volvió a callarse—. Hasta casarme contigo, que es lo que a él le gustaría. O sea, que cuidado.

—Vaya. —Instintivamente, Doug dio un paso atrás—. ¿Qué se supone que debo contestar a eso?

—Podrías invitarme a cenar. Sería agradable que cenáramos un par de veces antes de empezar a planificar la boda.

La cara de él estaba tan perfecta, tan impagable y tan completamente repleta de horror masculino que Lana se rió hasta que le dolieron los costados.

—Tranquilo, Doug, no he empezado a comprarme el ajuar. Sin embargo, creí que debía decírtelo. Por si no te habías dado cuenta, Roger tiene fantasías sobre tú y yo. Nos quiere a los dos y por eso cree que seríamos perfectos el uno para el otro.

Doug pensó un momento.

—Nada de lo que pueda decir en este momento sería lo correcto. Por lo tanto me callo.

—Mejor así, voy retrasada. Y quiero ver los progresos que han hecho antes de volver al despacho. —Empezó a caminar hacia la valla, pero se volvió con una amplia sonrisa—. ¿Por qué no vamos a cenar juntos esta noche? Al Old Antietam Inn. ¿A las siete?

—No creo...

—¿Asustado?

—Claro que no, no estoy asustado. Es que...

—A las siete. Invito yo.

Doug manoseó las llaves del coche que todavía llevaba en el bolsillo y frunció el ceño.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Sí —gritó ella—. Siempre.

Un momento después de que Lana entrara en su despacho, apareció Callie. Sin hacer ningún caso de la secretaria sentada ante una mesa del despacho exterior, Callie miró directamente dentro del despacho de Lana.

—Necesito hablar contigo.

—Claro. ¿Lisa? No me pases ninguna llamada hasta que termine con la

doctora Dunbrook. Pasa, Callie. Siéntate. ¿Quieres algo frío para beber?

—No, no, gracias.

Cerró la puerta.

La oficina era pequeña, pero bonita, acogedora y femenina como una salita.

La ventana que quedaba detrás de la moderna mesa daba a un parque. De lo que Callie dedujo que, por barato que estuviera el mercado inmobiliario en una ciudad de aquel tamaño, Lana Campbell tenía suficiente dinero para tener un lugar privilegiado y suficiente buen gusto para decorarlo con elegancia.

No dedujo por eso que Lana fuera una buena abogada.

—¿Dónde estudiaste? —preguntó Callie.

Lana se sentó y se apoyó en el respaldo.

—Trabajé en el estado de Michigan antes de graduarme. Me trasladé a la Universidad de Maryland al conocer a mi marido. Él era de allí. Me saqué el título al mismo tiempo que él.

—¿Por qué te mudaste aquí?

—¿Es un interrogatorio personal o profesional?

—Profesional.

—De acuerdo. Trabajaba para una firma en Baltimore. Tuve un hijo. Perdí a mi marido. Cuando pude volver a pensar con sensatez, decidí empezar de nuevo en una zona donde pudiera ejercer con menos presiones y criar a mi hijo tal como su padre y yo habíamos planeado. Quería que tuviera una casa con jardín y una madre que no se viera obligada a pasar diez horas en la oficina y trabajar dos horas más en casa. ¿De acuerdo?

—Sí. Sí. —Callie se acercó a la ventana—. Si te contrato, lo que hablemos aquí es confidencial.

—Por supuesto.

Sólo viéndola, pensó Lana, la mujer le transmitía olas de energía y se preguntó si sería muy agotador vivir en esa corriente tan vibrante.

Lana abrió un cajón y sacó un cuaderno nuevo.

—Tanto si me contratas como si no, todo lo que me digas aquí será confidencial. ¿Por qué no me lo cuentas para que decidamos?

—Estoy buscando un abogado.

—Pues parece que ya has encontrado uno.

—No, otro abogado, un tal Marcus Carlyle. Ejercía en Boston entre 1968 y 1979.

Esto lo había descubierto ella misma con el móvil durante el viaje de regreso.

—¿Y después de 1979?

—Cerró el despacho. Es lo único que sé. También sé que al menos una parte de su trabajo consistía en tramitar adopciones privadas.

Callie sacó una carpeta de su bolso y de ella extrajo los papeles de su adopción. Los dejó sobre la mesa de Lana.

—También quiero que compruebes esto.

Lana anotó los nombres y levantó la cabeza.

—Entiendo. ¿Intentas encontrar a tus padres biológicos?

—No.

—Callie, si quieres que te ayude, debes confiar en mí. Puedo iniciar la búsqueda de Carlyle. Con tu permiso por escrito puedo intentar saltarme algunos de los impedimentos por cláusulas de intimidad de las adopciones de los años setenta y conseguirte respuestas sobre tu familia biológica. Puedo hacer ambas cosas sólo con la información que me has dado. Pero puedo hacerlas más rápido y mejor si me das más.

—No estoy preparada para darte más. Por ahora. Querría que descubrieras todo lo que puedas sobre Carlyle. Que lo localices si es posible y que descubras todo lo que puedas sobre el proceso que condujo a mi adopción. Yo tengo que hacer algunas indagaciones por mi cuenta. Cuando tengamos resultados, veremos si necesito que sigas. ¿Quieres un anticipo?

—Sí. Empezaremos con quinientos.

Con la idea de comprar algunos artículos en la ferretería, Jake se dirigió a Woodsboro. Varias veces al día había estado tentado de llamar a Callie al móvil, pero como sabía que seguramente la conversación acabaría en una discusión, se ahorró el dolor de cabeza.

Si no estaba en la excavación al día siguiente, ya hablarían. Hacerla enfadar era una forma segura de forzarla a decir lo que le pasaba.

Cuando vio el Rover aparcado frente a la biblioteca, paró junto a la acera. Aparcó tocándole el parachoques por si acaso ella decidía darle esquinazo, salió, cruzó la acera y subió la escalera de cemento del viejo edificio de piedra.

En el mostrador de recepción había una mujer anciana. Jake era muy bueno con las ancianas, así que poniendo en juego todo su encanto se apoyó en el mostrador.

—Buenas tardes, señora. No quería molestarla, pero he visto el coche de mi socia aquí delante. Soy Jacob Graystone, del Proyecto Antietam Creek.

—Usted es uno de los científicos. Le prometí a mi nieto que lo llevaría a ver lo que están haciendo en cuanto pudiera. Estamos muy emocionados con todo eso.

—Nosotros también. ¿Cuántos años tiene su nieto?

—Diez años.

—Cuando venga a la excavación pregunte por mí. Les enseñaré todo.

—Es muy amable por su parte.

—Queremos educar tanto como documentar. ¿Puede decirme si ha venido la doctora Dunbrook? Callie Dunbrook. Una rubia muy atractiva, de esta altura más o menos.

Se llevó una mano al hombro y la mujer asintió.

—No vienen muchas caras desconocidas por aquí. Está en la sala de

recursos, en el fondo.

—Gracias.

Le guiñó el ojo y se fue.

Le pareció que la biblioteca estaba vacía exceptuando a la anciana y a Callie, que estaba pasando una microficha en una mesa.

Tenía las piernas cruzadas bajo la silla, de lo que Jake dedujo que llevaba allí al menos veinte minutos. Siempre acababa sentándose así cuando trabajaba sentada más de veinte minutos.

Se situó detrás de ella y leyó por encima de su hombro.

Con los dedos de la mano izquierda repiqueteaba sobre la mesa, otra señal de que llevaba allí un buen rato.

—¿Por qué estás mirando periódicos locales de hace treinta años?

Callie casi saltó de la silla y se levantó lo suficiente para golpearle con fuerza en la barbilla.

—Mierda —gritaron los dos a la vez.

—¿Por qué apareces por la espalda de esta manera? —preguntó Callie.

—¿Por qué no apareces por la excavación?

Al tiempo que hablaba le sujetó la mano para que no pudiera apagar la máquina.

—¿Qué interés tienes en un secuestro de 1974?

—Aparta, Graystone.

—Cullen. —Siguió sujetándole la mano y leyendo—. Jay y Suzanne Cullen. —Suzanne Cullen, aquel nombre le sonaba de algo—. «Jessica Lynn Cullen, de tres meses, fue robada de su cochecito ayer en el centro comercial de Hagerstown» —leyó—. Por Dios, la gente es realmente bestia. ¿La encontraron?

—No quiero hablar contigo.

—Lástima, porque sabes que no pienso dejarte en paz hasta que me cuentes por qué esto te tiene tan trastornada. Estás a punto de echarte a llorar, Callie, y tú no lloras fácilmente.

—Es que estoy cansada. —Se frotó los ojos como una niña—. Estoy espantosamente cansada.

—Entendido.

Le puso las manos en los hombros y se los masajeó para aliviarle la tensión. No iba a ser necesario hacerla enfadar, pensó. Mejor, porque no le apetecía nada hacerlo.

Si estaba a punto de llorar, estaría más dispuesta a abrirse que nunca. De todos modos, no tenía ganas de aprovecharse de su debilidad.

—Te llevaré al motel. Puedes descansar un rato.

—No quiero volver allí. No quiero volver allí todavía. Oh, Dios mío. Dios mío, necesito una copa.

—Estupendo. Dejaremos tu coche en el motel e iremos a tomar una copa.

—¿Por qué quieres portarte bien conmigo, Graystone? Ni siquiera nos caemos bien.

—Cada pregunta a su tiempo, cariño. Venga. Buscaremos un bar.

6

El Blue Mountain Hideaway era un parador muy arreglado, apartado de la carretera y a varios kilómetros de los límites de la ciudad. Servían lo que la carta plastificada denominaba COMIDAS, además de BEBIDAS.

Había tres reservados alineados como soldados en una pared, y media docena de mesas con sillas plegables agrupadas en el centro de la sala como si alguien las hubiera tirado allí y se hubiera olvidado por completo de ellas.

La barra estaba negra por los años de uso y el suelo era de un linóleo beis salpicado de gris. La única camarera era joven y seca como un pajarito. En la máquina de discos sonaba Travis Tritt.

Algunos hombres, que Callie tomó por trabajadores locales, estaban sentados a la barra tomando una cerveza después del trabajo. Por las botas, las gorras y las camisetas sudadas, dedujo que eran obreros. Tal vez formaban parte de la cuadrilla de construcción de Dolan.

Todos volvieron la cabeza cuando Callie y Jake entraron, y ella notó que no eran especialmente sutiles mirándola.

Callie se sentó en un reservado e inmediatamente se preguntó para qué había ido. Estaría mucho mejor tendida en la cama del motel, durmiendo para no pensar.

—No sé qué estoy haciendo aquí. —Miró a Jake, con atención. Pero no descubrió nada. Ése había sido uno de sus problemas, pensó. Nunca había estado segura de qué pensaba él—. ¿Qué demonios es esto?

—Comida y bebida. —Empujó una carta hacia ella—. Es de tu gusto.

Ella echó un vistazo. Si no era frito, no era *comida*, decidió.

—Sólo una cerveza.

—Nunca habías rechazado comida, especialmente cuando estaba cubierta de grasa. —Puso un dedo sobre la carta y la apartó cuando llegó la camarera—. Un par de hamburguesas, veamos..., con patatas fritas, y dos cervezas, de las que tenga, de barril.

Callie empezó a protestar, luego se encogió de hombros y volvió a ensimismarse.

Esto le preocupó. Si no tenía ni ánimos para discutir que él tomara una decisión por ella, la que fuera, es que estaba en baja forma. No parecía sólo cansada; nunca la había visto así de cansada. Parecía exhausta. Deseaba cogerle la mano, apretarla y decirle que, pasara lo que pasase, encontrarían una solución. Ésa sí que sería una manera segura de iniciar una trifulca.

En lugar de eso decidió inclinarse hacia ella.

—¿Este lugar te recuerda algo?

Callie hizo un esfuerzo para echar un vistazo a su alrededor. Travis Tritt

había sido sustituido por Faith Hill. Los hombres del bar bebían cervezas y lanzaban miradas hostiles. El ambiente olía como una freidora cuando no se le ha cambiado el aceite en un pasado reciente.

—No.

—Venga. Aquel local de España, cuando trabajábamos en la excavación de El Aculadero.

—¿Eres tonto o qué? Este local no tiene nada que ver con aquél. Aquél tenía una música muy rara y había moscas por todas partes. El camarero era un tipo de ciento treinta kilos con el pelo hasta la cintura y sin dientes.

—Sí, pero también tomamos una cerveza. Como ahora.

Callie le lanzó una mirada fulminante.

—¿Dónde no hemos tomado una cerveza?

—Bebimos vino en el Véneto, que es completamente distinto.

Eso la hizo reír.

—¿Qué pasa, te acuerdas de todas las bebidas alcohólicas que hemos tomado?

—Te sorprendería lo que recuerdo. —La risa le soltó el nudo del estómago—. Recuerdo que me destapabas todas las noches y te empeñabas en dormir en medio de la cama. Y que unas friegas en el pie te hacen ronronear como un gatito.

Callie no dijo nada mientras les servían las cervezas. No dijo nada hasta que tomó el primer sorbo.

—Yo recuerdo que echaste hasta la primera papilla después de unas almejas en mal estado en Mozambique.

—Siempre fuiste una romántica, Cal.

—Sí. —Levantó la jarra y volvió a beber—. Eso sí que es verdad. —Jake intentaba animarla, pero Callie no entendía por qué se molestaba—. ¿Cómo es que no estás protestando porque no me he presentado en el trabajo hoy?

—Ahora iba a empezar. Sólo quería tomar una cerveza primero. —Le sonrió—. ¿Quieres que empiece ahora o espero a que hayamos comido?

—Tenía algo que hacer. No podía esperar. Y como no eres mi jefe, no tienes autoridad para quejarte y protestar si me tomo un día libre. Estoy tan comprometida con el proyecto como tú. Más, porque yo llegué primero.

Se echó atrás mientras la camarera les servía las hamburguesas.

—Uau, creo que aquí tenemos la respuesta.

—Oh, para ya, Graystone. No tengo por qué...

Se calló al ver que los hombres de la barra se acercaban a la mesa.

—¿Ustedes dos están con esos idiotas que excavan cerca del Simon's Hole?

Jake se echó mostaza amarilla en la hamburguesa.

—Exacto. De hecho, somos los idiotas jefes. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

—Pueden largarse, dejar de tocar los huevos con un puñado de huesos y dejar que las personas decentes se ganen la vida.

Callie cogió la mostaza y observó a los hombres mientras se la echaba en la hamburguesa. El que llevaba la voz cantante era gordo, pero era una gordura maciza. Debía de ser sólido como un tanque. El otro tenía una mirada perversa inducida por el alcohol.

—Disculpen. —Dejó la mostaza y abrió el ketchup—. Tendré que pedirles que vigilen su lenguaje. Mi socio es muy quisquilloso.

—Pues que le jodan.

—Yo lo he hecho, en realidad, y no está mal. Pero no tiene importancia. Así que... —siguió en tono informal— ¿trabajáis con Dolan?

—Eso mismo. Y no necesitamos que venga un puñado de listillas a decirnos lo que tenemos que hacer.

—En eso no estamos de acuerdo.

Jake se echó sal en las patatas y le pasó el salero a Callie.

El tono amable y los movimientos relajados daban la impresión de un hombre poco interesado en meterse en una pelea o de estar preparado para ella.

Los que confiaban en esta impresión, Callie lo sabía, corrían un gran riesgo.

Jake se echó pimienta en la hamburguesa y volvió a taparla con el pan.

—Como es poco probable que ninguno de los dos sepa nada de investigación arqueológica o estudio antropológico, o alguno de los campos asociados como dendrocronología o estratigrafía, hemos venido a encargarnos de eso. Y estamos encantados de hacerlo. ¿Quieres otra cerveza? —preguntó a Callie.

—Sí, gracias.

—Si cree que porque utiliza palabras importantes nos va a impedir que lo echemos a patadas, piénseselo mejor. Imbécil.

Jake sólo suspiró, pero Callie reconoció el destello gélido de sus ojos.

Los hombres todavía tenían una posibilidad, calculó Callie, mientras Jake prefiriera comer en paz a divertirse con una pelea de bar.

—Supongo que imaginan que, porque somos unos idiotas de universidad, sólo tenemos palabras rimbombantes para defendernos. —Se encogió de hombros y cogió una patata frita—. Tienen que saber que mi socia es cinturón negro de kárate y es más mala que una serpiente. Tengo motivos para saberlo. Es mi esposa.

—Ex esposa —corrigió Callie—. Pero tiene razón. Soy mala como una serpiente.

—¿Cuál quieres? —preguntó Jake a Callie.

—Quiero el grande.

Miró a los dos hombres con una sonrisa alegre.

—Vale, pero quiero que te controles —advirtió Jake—. La última vez, con aquel gordo mexicano, lo dejaste en coma cinco días. No quiero tantos problemas.

—Oye, fuiste tú el que le partiste la mandíbula a aquel tipo y le desprendiste la retina. En Oklahoma.

—No creía que un vaquero se rindiera tan fácilmente. Vivir para ver. — Jake apartó el plato—. ¿Os parece bien que salgamos afuera? Es un rollo tener que cargar con los daños cada vez que le pegamos una paliza a alguien en un bar.

Los hombres se agitaron y abrieron y cerraron los puños. Después el grandote soltó una risita.

—Ya les hemos dicho cómo están las cosas. No peleamos con mariquitas y chicas.

—Como gusten. —Jake hizo una señal a la camarera—. ¿Nos trae otra ronda? —Cogió la hamburguesa y la mordió como si estuviera disfrutando, mientras los hombres se iban hacia la puerta, murmurando insultos—. Ya te dije que era como aquel local de España.

—No son peligrosos. —La camarera dejó dos cervezas sobre la mesa y recogió las vacías—. Austin y Jimmy sólo son estúpidos, pero no son peligrosos.

—No pasa nada —dijo Jake.

—En general todo el mundo está muy contento con lo que están haciendo en Simon's Hole. Pero a algunos no les parece tan bien. Dolan contrató una cuadrilla extra y se quedaron sin nada cuando los trabajos se pararon. La gente se vuelve mezquina cuando le tocan la cartera. ¿Estaban bien las hamburguesas?

—Estupendas, gracias —dijo Callie.

—Si necesitan algo, pídanmelo. Y no se preocupen por Austin y Jimmy. Es la cerveza que les hace hablar.

—La cerveza hace hablar muy alto —dijo Jake cuando la camarera los dejó solos—; podría ser un problema. Digger está acampado en la excavación, pero deberíamos pensar en añadir algo de seguridad.

—Ya necesitamos más manos, de hecho. Hablaré con Leo. Quería pasar por allí después de..., pensaba pasar y ver lo que habíais hecho hoy.

—Tenemos el terreno parcelado y los segmentos están introducidos en el ordenador. Hemos empezado a deshacernos de la capa superficial de tierra.

Callie hizo una mueca. Le habría gustado estar allí cuando el equipo había apartado la primera capa de suelo.

—¿Estuvieron tamizando los chicos?

—Sí. Te he mandado el informe de hoy al ordenador. Si quieres lo hablamos ahora, pero vas a tener que leerlo de todos modos. Callie, cuéntame qué pasa. Dime por qué, en lugar de estar trabajando, estabas en la biblioteca leyendo acerca de un secuestro que tuvo lugar en 1974. El mismo año en que naciste tú.

—No he venido aquí para hablar de eso. He venido a tomar una cerveza.

—Bien. Ya hablaré yo. Anoche pasé por tu habitación y tenías unas fotografías sobre la cama. Estabas preocupada. Dijiste que no eran fotos de familia a pesar de que guardaban un gran parecido contigo. Hoy desapareces y te encuentro rebuscando en los archivos de un diario local que informa del secuestro de una niña que ahora tendría tu edad. ¿Qué te hace pensar que tú podrías ser aquella niña?

Callie no habló, sólo apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza en las manos. Sabía que lo deduciría. A Jake le dabas un puñado de detalles sin aparente conexión y lo convertía en una pintura cohesionada en menos tiempo del que tarda la mayoría en resolver el crucigrama del día.

Además sabía que acabaría contándoselo. En cuanto la había localizado en la biblioteca se dio cuenta de que él era la persona a quien se lo contaría.

No estaba preparada aún para analizar el porqué.

—Suzanne Cullen vino a mi habitación —empezó Callie.

Y se lo contó todo.

Jake no la interrumpió, ni apartó los ojos de su cara.

Conocía perfectamente todas sus expresiones. No siempre podía descifrar sus causas, pero conocía todas las expresiones. Todavía estaba bajo los efectos del impacto, y junto con él la culpa.

—O sea, que... tendremos que hacernos análisis —acabó Callie—. Para verificar la identidad. Pero, bueno, la ciencia está repleta de suposiciones. Sobre todo en nuestro campo. Y dados los datos y sucesos actuales, es razonable hacer la suposición de que Suzanne Cullen está en lo cierto.

—Tienes que localizar al abogado, al médico, a todos los que participaron en la adopción y el intercambio.

Callie lo miró en ese momento. Se dio cuenta de que ésta era una razón sólida para contárselo. No la agobiaría con simpatías o indignaciones. Entendería que, para superarlo, necesitaba ceñirse a los datos prácticos.

—Ya he empezado. Mi padre está buscando al médico. Yo he topado con un punto muerto con el abogado y por eso he contratado a uno. Lana Campbell es la abogada que representa a la Sociedad de Conservación. La conocí el otro día. Me parece una persona concienzuda e inteligente, y no es de las que se rinden fácilmente. Podríamos decir que necesito arrancar la capa superficial de tierra para ver lo que encuentro debajo.

—El abogado tenía que saberlo.

—Sí. —Callie apretó los labios—. Él tenía que saberlo.

—Por lo tanto, él es tu objetivo principal. Todo parte de él. Quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—A los dos nos encantan los rompecabezas, nena. Pero juntos no tenemos rival.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Siempre ha sido difícil colarte algo. —Apartó el plato y le cogió la mano. Apretó los dedos cuando ella intentó soltarse—. No seas tan quisquillosa, por Dios, Dunbrook, te he tocado todos los centímetros del cuerpo y ahora te pones nerviosa porque te cojo los dedos.

—No estoy nerviosa, y son mis dedos.

—¿Crees que dejaste de importarme porque me echaste de tu vida?

—No te eché de mi vida —replicó ella con furia—. Tú...

—Dejémoslo para otro día.

—¿Sabes una cosa de ti que me pone mala?

—Tengo una lista de cosas en un banco de datos.

—Que me interrumpas siempre que sabes que tengo razón.

—Añadiré ésta. Creo que llegamos a ser muchas cosas el uno para el otro, pero nunca fuimos amigos. Me gustaría intentarlo, y nada más.

Si le hubiera dicho que había decidido abandonar la ciencia y ponerse a vender productos de Avon de puerta en puerta, Callie no se habría quedado más sorprendida.

—¿Quieres que seamos amigos?

—Te ofrezco mi amistad, cabeza dura. Quiero ayudarte a descubrir qué pasó.

—Llamarme cabeza dura no es muy amable.

—Es más amable que la palabra alternativa que se me ha pasado por la cabeza.

—Vale, tú ganas. Hay mucha basura entre nosotros, Jake.

—Un día de estos quizá podamos hablar de ello. Pero ahora tenemos dos prioridades. —Le pasó un pulgar por los nudillos. No pudo evitarlo—. La excavación y tu rompecabezas. No tenemos más remedio que trabajar juntos en la primera. ¿Por qué no hacemos lo mismo en la segunda?

—Discutiremos.

—Discutiremos de todos modos.

—Eso es cierto. —Esto no la molestaba tanto como las ganas apremiantes que sentía de anudar sus dedos con los de él—. Te lo agradezco, Jake. De verdad. Pero suéltame la mano. Empiezo a sentirme como una boba.

Se la soltó y sacó la cartera.

—Podemos ir a tu habitación y te froto los pies.

—Esos días ya han pasado, Jake.

—Lástima. Me encantaban tus pies.

Pagó la cuenta y salió con las manos en los bolsillos.

Callie parpadeó, un poco sorprendida por la intensidad del sol. Le parecía que llevaban horas dentro del bar. Pero aún quedaban muchas horas de claridad, calculó. Suficientes para acercarse a la excavación y echar un vistazo, si lograba reunir la energía necesaria.

Buscó las gafas de sol y apretó los labios cuando Jake arrancó una hoja de papel de debajo del limpiaparabrisas.

—«Volved a Baltimore o nos las pagaréis» —leyó Jake. Arrugó la nota y la tiró dentro del coche—. Creo que pasaré a ver cómo le va a Digger.

—Iremos a ver cómo le va a Digger.

—Bien. —Subió al coche y esperó a que ella se sentara a su lado—. Anoche te oí tocar un rato —comentó—. Estoy en la habitación de al lado. Las paredes son finas.

—Entonces tendré que tener la música baja cuando invite a Austin y a Jimmy a una fiesta.

—¿Ves lo considerada que te has vuelto desde que somos amigos?

Mientras ella estaba riendo, él se inclinó y le estampó un beso en los labios.

Callie tuvo un momento de pánico. ¿Cómo podía seguir sintiendo tanto ardor? ¿Cómo? Y junto al pánico sintió una necesidad primaria y urgente de responderle, abrazarse a él y arder y sentirse viva.

Antes de que pudiera reaccionar, él estaba apartándose y metiendo la llave en el contacto.

—El cinturón —advirtió como si nada.

Callie apretó los dientes, más furiosa consigo misma que con él. Dio un tirón al cinturón mientras Jake hacía marcha atrás.

—Aparta de mí tus manos y tus labios, Graystone, o esta amistad no va a durar mucho.

—Sigue gustándome tu sabor. —Maniobró para salir del aparcamiento—. No se entiende cómo después de... Espera, espera. —Dio un manotazo al volante—. Hablando de sabores. Suzanne Cullen. ¿Suzanne's Kitchen?

—¿Qué?

—Sabía que me sonaba. Por Dios, Cal. Suzanne's Kitchen.

—¿Galletas? ¿Aquellas increíbles galletas de chocolate?

—De chocolate con avellanas y macadamia. —Emitió un ruidito de placer—. Calla, estoy disfrutando.

—Suzanne Cullen es Suzanne's Kitchen.

—Una gran historia. Hacía pasteles en su casita del campo. Llevaba las tartas y pasteles a las ferias del condado. Montó un pequeño negocio y, patapam, es patrimonio nacional.

—Suzanne's Kitchen —repitió Callie—. Qué cabrón eres.

—Podría explicar tu obsesión genética por el azúcar.

—Muy gracioso. —Pero lo que sentía en la garganta no eran cosquillas provocadas por la risa—. Tengo que ir a verla, Jake. Tengo que ir a decirle que tenemos que hacernos análisis. No sé qué decirle.

Él le tocó una mano, pero fue un contacto breve.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Tiene un hijo. Me imagino que también tendré que pensar en qué decirle a él.

Doug estaba intentando pensar en algo que decirle a Lana Campbell.

Ya estaba sentada a la mesa cuando él llegó al restaurante. Estaba tomando una copa de vino. Llevaba un vestido de verano, claro, ligero y sencillo, en lugar de los trajes chaqueta elegantes con los que la había visto hasta entonces.

Le sonrió cuando le vio acercarse, y después ladeó la cabeza de la forma en que ya le había visto hacerlo cuando estaba ponderando algo o a alguien.

—No estaba segura de que aparecieras.

—De no haber venido, mi abuelo me habría desheredado.

—Qué malos somos, agobiándote de este modo. ¿Te apetece beber algo?

—¿Tú qué estás tomando?

—¿Esto? —Lana levantó la copa hacia la vela que había entre ellos—. Un chardonnay californiano bastante agradable, afrutado, pero no demasiado, con un delicioso bouquet que casa perfectamente con un buen cuerpo.

Los ojos le reían mientras bebía.

—¿Te parece bastante pomposo?

—Casi. Lo probaré. —Dejó que ella lo pidiera, junto con una botella de agua mineral—. Bueno, ¿por qué me atosigáis?

—Roger porque te quiere, está orgulloso de ti y se preocupa por ti. Tuvo una vida estupenda con tu abuela y cree que tú no tendrás una buena vida a menos que encuentres a la mujer que está destinada a compartir la vida contigo.

—Que serías tú.

—Que sería yo, por ahora —aceptó ella—. Porque él también me quiere. Y le preocupa que yo esté sola, educando a un hijo sin padre. Es un hombre anticuado, en la mejor definición posible del término.

—Esto por lo que se refiere a él. Y tú ¿qué?

Lana se tomó su tiempo. Siempre le había divertido el arte del flirteo y por eso dejó que su mirada se posara sobre la cara de él.

—Yo pensé que sería divertido salir a cenar con un hombre atractivo. Tú fuiste el elegido.

—¿Cuándo entré en el sorteo? —preguntó él, y la hizo reír.

—Seré sincera contigo, Doug. No he salido mucho desde que mi marido murió. Pero me gusta la gente, tener compañía y charlar. Dudo mucho que Roger tenga que preocuparse por ninguno de los dos, pero eso no significa que no podamos hacerlo feliz cenando juntos y pasándolo bien. —Abrió la carta—. Y aquí la comida es estupenda.

El camarero trajo la bebida y se lanzó a un animado monólogo enumerando las sugerencias del día antes de marcharse para darles tiempo para decidirse.

—¿Cómo murió?

Ella calló sólo un momento; pero fue suficiente para que Doug notara cómo venía el dolor y se marchaba.

—Lo mataron. Le dispararon en un atraco a una tienda. Había salido de noche porque Ty estaba pesado y no nos dejaba dormir.

Todavía la hacía sufrir; Lana sabía que siempre le haría sufrir. Pero ya no temía que el recuerdo la hiciera llorar.

—Yo quería un helado. Steve se acercó al 7—Eleven a comprármelo. Entraron justo cuando él se acercaba a la caja a pagar.

—Lo lamento.

—Yo también. Fue algo absurdo. No había apenas dinero y ni Steve ni el cajero se resistieron ni les provocaron. Y fue espantoso. Mi vida era de una forma y, al instante siguiente, era de otra.

—Sí, te entiendo perfectamente.

—¿Ah, sí? —Antes de que pudiera responder, ella se inclinó y le tocó la mano—. Perdona, lo había olvidado. Tu hermana. Supongo que eso significa que tenemos un hecho traumático en común. Esperemos que tengamos una relación mutua más alegre. Me gustan los libros. Me temo que los trato de cualquier manera, de una forma que haría llorar a bibliófilos como Roger y tú.

Doug se dio cuenta de que era más dura de lo que parecía. Lo suficiente como para recoger los pedazos después de que le hicieran daño. Sintiendo un nuevo respeto por ella, hizo un esfuerzo por comportarse bien durante la velada.

—¿Pasas las páginas con el dedo mojado?

—Por favor, ni siquiera yo llegaría tan lejos. Pero los desencuadernó. Los mancho de café. Y una vez me cayó una novela de Elizabeth Berg en la bañera. Creo que era una primera edición.

—Está claro que esta relación no tiene ninguna posibilidad. ¿Te parece que pidamos?

—Y tú ¿qué? —empezó ella después de que pidieran—. ¿Lees o sólo compras y vendes?

—No son acciones, son libros. No tendría sentido trabajar con libros si no los valorara.

—Me imagino que hay algunos tratantes que no los valoran. Sé que a Roger le encanta leer. Pero yo estaba en la tienda cuando abrió uno de tus envíos y encontró un ejemplar de la primera edición de *Moby Dick*. Acarició el libro tiernamente como si fuera una amante. No se habría sentado a leerlo en su butaca aunque le hubieran apuntado con una pistola.

—Para eso ya están las buenas ediciones en rústica.

Lana ladeó la cabeza y él captó el destello de las piedrecillas de colores que llevaba en las orejas.

—¿Es el descubrimiento? ¿La caza del tesoro?

—En parte.

Ella esperó un momento.

—Sin duda eres un charlatán. Ya hemos hablado bastante de ti. ¿Vas a preguntarme por qué me hice abogada?

—¿Sabes cuál es el problema cuando preguntas algo a alguien?

Ella sonrió por encima del borde de la copa.

—Que te contestan.

—Tú lo has dicho. Pero ya que estamos aquí, te lo preguntaré. ¿Por qué te hiciste abogada?

—Me gusta discutir.

Le sirvieron el primer plato y ella cogió el tenedor.

—¿Eso es todo? Te gusta discutir. ¿No vas a darme más explicaciones?

—Mmm. Por ahora no. Así, la próxima vez que me preguntes algo, sabré que lo haces porque realmente quieres saberlo. ¿Qué más te gusta hacer, además de leer y conseguir libros?

—En eso se me va casi todo el tiempo.

Si hablar con él había de ser como arrancar dientes, sería mejor que sacara las tenazas.

—Te gustará viajar.

—Tiene sus momentos.

—¿Como cuáles?

La miró con una cara de frustración tan expresiva, que Lana se echó a reír.

—Soy incansable. Yo que tú me rendiría y contaría cosas de mí mismo. Veamos... ¿Tocas algún instrumento musical? ¿Te gustan los deportes? ¿Crees que Lee Harvey Oswald actuó solo?

—No. Sí. Y no tengo una opinión definida.

—Te pillé. —Le señaló con el tenedor—. Has sonreído.

—No es verdad.

—Oh, sí señor. Y ahora estás sonriendo otra vez. Una bonita sonrisa, además. ¿Duele?

—Sólo un poco. Me falta práctica.

Lana cogió la copa y soltó una risita.

—Creo que eso se puede arreglar.

Doug se había divertido más de lo que esperaba. Claro que, teniendo en cuenta que había ido a la cena sólo para que su abuelo lo dejara en paz, no era decir mucho.

Pero si era sincero se había divertido con Lana. Era... intrigante, pensó, mientras salía del restaurante. Era una mujer inteligente e interesante que había sido lo bastante fuerte para afrontar un terrible trauma personal y llevar una vida satisfactoria.

La admiraba por eso, porque él mismo no había logrado tan buenos resultados en este aspecto.

Además, no era desagradable mirarla. La verdad era que mirarla, escucharla, dejar que le soltara la lengua le había hecho olvidar su situación familiar por unas horas.

—Lo he pasado bien. —Cuando llegaron al coche, ella sacó las llaves de un bolso del tamaño de un sobre—. Me gustaría repetirlo. —Se echó el pelo hacia atrás y lo miró con sus ojos azules—. La próxima vez invitas tú —dijo, se puso de puntillas y lo besó.

Tampoco había esperado aquello. Un beso en la mejilla no le habría extrañado. Incluso un roce de labios le habría parecido acorde con la personalidad de ella.

Pero aquel beso fue una cálida invitación. Una intimidad seductora que podía hacer caer a un hombre por un precipicio en el que ni siquiera sabía que estaba situado.

Los dedos de ella jugaron con su pelo, la lengua bailó ligeramente sobre la de él y las curvas de su cuerpo se adaptaron a los ángulos de él.

Doug saboreó el vino que habían bebido y el chocolate que había tomado ella de postre. El ligero aroma del perfume que llevaba ella le creó una niebla en el cerebro. Oyó el crujido de los neumáticos de un coche que entraba o salía del aparcamiento. Y un pequeño suspiro de ella.

Entonces ella se apartó y le dejó la cabeza rodando.

—Buenas noches, Doug.

Subió al coche y le lanzó una mirada larga y sexy a través de la ventana cerrada antes de hacer marcha atrás y marcharse.

Doug tardó casi un minuto en juntar dos pensamientos coherentes.

—Dios santo —murmuró, y se dirigió a su coche—. Dios santo, abuelo, ¿en qué lío me has metido?

Callie decidió trabajar en la excavación tanto horizontal como verticalmente. Eso daría al equipo la posibilidad de descubrir y estudiar los períodos de población y las relaciones entre los objetos y ecoobjetos que desenterraran, a la vez que atravesaban las épocas para anotar los cambios de un período a otro en un segmento diferente de la excavación.

Necesitaba el método horizontal para verificar y demostrar que el lugar había sido un poblado neolítico.

También tenía que reconocer que para eso necesitaba a Jake. Un antropólogo con sus conocimientos y experiencia podía identificar y analizar los objetos y ecoobjetos desde una perspectiva cultural. Mejor aún, podía elaborar teorías y desarrollarlas con los hallazgos, y dejar que ella dedicara su tiempo a los huesos.

Digger ya estaba trabajando en su cuadrado, con la delicadeza de un cirujano, peinando el suelo con sondas dentadas y pinceles finos. Llevaba unos auriculares sobre el preceptivo pañuelo y Callie sabía que la música estaría a todo volumen. A pesar de eso, su concentración en el trabajo era total.

Rosie estaba un cuadrado más arriba y su bonita piel color tofe estaba perlada de sudor. Llevaba el pelo recogido en un moño prieto.

Los dos estudiantes transportaban cubos de tierra hacia la zona de tamizado. Leo y Jake estaban filmando con las cámaras en aquel momento. Callie eligió el extremo más alejado de la primera cuadrícula, cerca de la poza.

Pensó que necesitarían un fotógrafo para el proyecto. Un ayudante para los hallazgos. Más excavadores. Más especialistas. Todavía era pronto, pero para ella nunca era demasiado pronto para montar un buen equipo.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Tenía que concentrarse y la mejor manera que conocía de hacerlo era separarse lo más posible del grupo. Pensar sólo en el trabajo, en un cuadrado concreto. Traslado tierra de su cuadrado a un tamizador. De vez en cuando paraba para documentar una nueva capa con la cámara y en su hoja de registro.

Haciendo caso omiso de los mosquitos que zumbaban y las moscas que se arremolinaban siguió concentrada en lo que podía hacer, metódicamente, centímetro a centímetro.

Cuando desenterraba un hueso, lo registraba, lo limpiaba de tierra y lo depositaba en el balde. Le caía el sudor por la cara y por la espalda. En un determinado momento se paró para quitarse la camisa y seguir trabajando con la húmeda camiseta de debajo. Luego se sentó sobre los talones, levantó la cabeza y miró hacia la excavación.

Como si la hubiera oído, Jake dejó de trabajar y se volvió hacia ella. Aunque ninguno de los dos había hablado, él empezó a cruzar el campo. Se

paró a su lado, miró y se agachó.

Hundidos en el húmedo suelo, los huesos descansaban perfectamente articulados desde el esternón hasta el cráneo. Ya seguirían excavando los demás.

Los restos contaban una historia sin palabras. El esqueleto más grande con el más pequeño al lado, acurrucado en el ángulo del codo.

—Los enterraron juntos —dijo Callie al cabo de un rato—. Por el tamaño de los restos, el bebé murió al nacer o poco después. La madre probablemente también. El laboratorio lo confirmará. Los enterraron juntos —repitió—. Esto es más íntimo que tribal. Es familiar.

—Leo debería verlo. Tenemos que excavar el resto de estos esqueletos. Y el resto de este segmento. Si tenían cultura para enterrar con esta intimidad, estos dos no estarán solos aquí.

—No. —Era lo que pensaba ella hacía rato—. No están solos aquí. Esto es un cementerio.

¿Se habían amado?, se preguntó. ¿Se forjaba tan rápidamente el vínculo entre madre e hijo, entre hijo y madre? ¿La había abrazado Suzanne así, poco después de que ella respirara por primera vez, protegida junto a ella, cuando todavía estaban recientes los dolores del parto? ¿Qué quedaba impreso en la matriz, en esos primeros momentos de vida? ¿Permanecería grabado para siempre?

Pero ¿no era lo mismo, exactamente lo mismo para su madre? ¿No era el mismo vínculo que cuando Vivian Dunbrook había cogido, para tenerla protegida junto a ella, a la niña que tanto había deseado?

¿Qué convertía a una hija en hija si no era el amor? Y aquella era la prueba de que el amor podía durar miles de años.

¿Por qué esto la ponía tan espantosamente triste?

—Necesitamos a un asesor nativo americano antes de desenterrar. — Por costumbre, Jake le puso una mano en el hombro mientras estaban arrodillados uno junto al otro—. Haré las llamadas.

Callie volvió a la realidad.

—Encárgate tú. Pero tenemos que sacarlos. No empieces —dijo, antes de que él pudiera hablar—. Rituales y sensibilidades a un lado, yo los he expuesto al aire. Necesitan que los tratemos y conservemos o se secarán y desintegrarán.

Jake echó un vistazo al cielo que amenazaba tormenta.

—Hoy no se va a secar nada. Va a caer una tormenta. —Sin tener en cuenta su resistencia, le dio un tirón para levantarla—. Vamos a documentarlo antes de que estalle.

Con un dedo rozó un corte que tenía Callie en el revés de la mano.

—No estés triste.

Conscientemente, Callie se apartó de él.

—Es un hallazgo clave.

—Y que te toca más de cerca en este momento.

—Éste no es el tema.

No podía dejarlo. Se agachó, recogió la cámara y se puso a documentar.

Ella se había apartado de él y el único sonido era el clic del obturador. Se ordenó a sí mismo tener paciencia.

—Haré las llamadas.

—No dejaré que esta mujer y su hijo se me desintegren mientras tú te lías con conferencias. Date prisa, Graystone —ordenó, y se fue a buscar a Leo.

El hallazgo de Digger de un cuerno y un hueso hueco que podrían haberse utilizado como una especie de silbato quedó eclipsado por los esqueletos. Pero con ellos, las lascas y las puntas de lanza rotas que Rosie había desenterrado, Callie empezó a hacerse una imagen mental del asentamiento.

Estalló la tormenta, tal como Jake había predicho. Gracias a eso pudo encerrarse en la habitación del motel y esbozar su idea del asentamiento. La zona de talla de herramientas y útiles, las chozas, el cementerio. Si estaba en lo cierto, esperaba encontrar el basurero de la cocina entre las parcelas D-25 y E-12.

Necesitaba más manos, y esperaba que el hallazgo de aquel día le proporcionara algunas.

Cuando sonó el teléfono, lo descolgó distraídamente. En cuanto oyó la voz de su padre, su concentración se hizo añicos.

—No estaba seguro de encontrarte a esta hora del día, pero preferí intentarlo antes de probar con tu móvil.

—Está cayendo una tormenta —explicó ella—. Me estoy dedicando al papeleo.

—Quería decirte que he localizado a Henry Simpson. Está retirado y vive en Virginia. He... he hablado un poco con él. La verdad es que no sabía hasta qué punto querías que fuera sincero con él. Le dije que te interesaba saber algo más de tus padres biológicos. Espero haber acertado.

—Parece lo más sencillo.

—No pudo decirme mucho. Creía que Marcus Carlyle se había mudado. No parecía saber dónde ni cuándo, pero me... me dijo que intentaría enterarse.

—Te lo agradezco. Sé que no es fácil para ti, ni para mamá. Ah, si decido hablar con el doctor Simpson en persona, seguramente te pediré que hables con él otra vez y le des más detalles.

—Lo que tú quieras. Callie, esa mujer, Suzanne Cullen..., ¿qué piensas decirle?

—No lo sé. No puedo dejar las cosas como están, papá. —Recordó otra vez los huesos. Madre e hijo—. No sería capaz de vivir así.

Hubo un largo silencio y un breve suspiro.

—No, supongo que no. Ya sabes dónde estamos si necesitas... algo.

—Siempre lo he sabido.

Después de colgar decidió que no podía seguir trabajando. Tampoco

quería empezar a pasear por la habitación. Miró el violonchelo. Pero pensó que había veces en que la música no amansaba a las bestias salvajes.

La única forma de avanzar era efectuar el siguiente paso; por eso, sin darle más vueltas, llamó a Suzanne.

Las indicaciones eran detalladas y exactas. De eso dedujo Callie que Suzanne podía, si era necesario, mantener el control y ser organizada. «Es normal», pensó mientras entraba por el largo paseo de grava que atajaba entre los árboles. No era posible montar una empresa a escala nacional a partir de la nada si eres hipernerviosa y dispersa, como le había parecido en su primera visita a su habitación.

También era evidente que le gustaba conservar su intimidad, dedujo Callie. Seguía arraigada a la zona, pero enterraba sus raíces en un suelo retirado.

La casa demostraba su buen gusto, seguridad económica y el deseo de espacio. Era de madera color miel, de líneas contemporáneas, con dos grandes pisos y mucho cristal. Mucha flora, también, observó Callie, y todo lujoso y bien mantenido, con lo que parecían piedras talladas o caminos de piedra que serpenteaban entre robles o parterres de césped recortado.

Para Callie, aquel estudio del tipo de la vivienda era una forma justa de analizar a una persona. Se imaginó que Jake estaría de acuerdo. Cómo y dónde elegía vivir una persona hablaba de su personalidad individual, de sus antecedentes y de su cultura interior.

Mientras aparcaba detrás de un monovolumen último modelo, Callie intentó recordar qué llevaba puesto Suzanne cuando la visitó en el motel. La elección de la indumentaria, los complementos y el estilo eran otras señales de clase y categoría.

Pero tenía la visita borrosa en la cabeza.

La tormenta eléctrica había pasado pero la lluvia seguía cayendo. Callie salió del coche y llegó al porche goteando. La puerta se abrió inmediatamente.

La mujer llevaba unos pantalones negros muy elegantes con una blusa bien cortada de color verde mar. Su maquillaje parecía reciente y el peinado, de peluquería. Iba descalza. A su lado tenía un gran labrador negro, que meneaba la cola golpeando la pared como un alegre metrónomo.

—Por favor... entra. *Sadie* es inofensiva, pero puedo encerrarla si te molesta.

—No. Me gusta. —Callie bajó la mano para dejar que la perra la oliera y la lamiera antes de acariciarle la cabeza detrás de las orejas—. Qué perra tan bonita.

—Tiene tres años y es un poco bulliciosa. Pero me hace mucha compañía. Me gusta vivir aquí, pero me siento más segura con *Sadie* en casa o corriendo por fuera. Claro que es tan buena que lo único que haría sería matar a un ladrón a lametones si..., perdona, estoy hablando demasiado.

—No pasa nada.

Callie se sentía un poco incómoda y acariciaba la cabeza de la perra

mientras Suzanne la miraba.

—Tenemos que hablar.

—Sí. Claro. He hecho café. —Suzanne hizo un gesto hacia la sala—. Estoy tan contenta de que hayas llamado. No sabía exactamente qué hacer. —Se paró junto al sofá y se volvió—. Todavía no lo sé.

—Mis padres.

Callie necesitaba quitarse eso de encima primero, establecer la pauta y sus lealtades. Aun así se sentía miserablemente desleal mientras se sentaba en la elegante sala de Suzanne con la simpática perra echada a sus pies.

—Has hablado con ellos.

—Sí, he hablado con ellos. Me adoptaron en diciembre de 1974. Fue una adopción privada. Mis padres son personas buenas y respetuosas con la ley, personas cariñosas. Señora Cullen...

—Por favor. —No permitiría que le temblaran las manos. Decidida, cogió la cafetera y sirvió el café sin derramar una gota—. No me llames así. ¿Podrías llamarme Suzanne al menos?

«Por ahora —pensó—. Sólo por ahora.»

—Fue una adopción privada —siguió Callie—. Contrataron a un abogado aconsejados por el médico de mi madre. Él les entregó una niña muy rápidamente y por unos honorarios muy sustanciales. Les dio cierta información básica sobre la madre biológica.

—Me dijiste que no eras adoptada —interrumpió Suzanne—. No lo sabías.

—Tenían razones para no decírmelo. Razones que no tienen nada que ver con nadie más que con ellos mismos. Por mala que sea esta situación, debes entender de entrada que no hicieron nada malo.

Pero las manos sí le temblaban, un poco.

—Los quieres mucho.

—Sí. Esto también tienes que entenderlo. Si yo era la niña que te robaron...

—Sabes que lo eres.

«Jessica. Mi Jessie.» Estaba llorando por dentro.

—Puedo elucubrar, pero no lo sé. Podemos hacernos análisis para determinar la coincidencia genética.

Suzanne respiró hondo. Tenía la piel tan caliente, que sentía que se le iba a fundir con los huesos.

—¿Estás dispuesta a hacértelos?

—Necesitamos saberlo. Tú mereces saberlo. Haré lo que pueda para descubrir la verdad. No sé si puedo ofrecerte más que eso. Lo siento. —El corazón de Callie empezó a desgarrarse al ver lágrimas en los ojos de Suzanne—. Esto es difícil para todos. Pero aunque yo fuera aquel bebé, ahora ya no soy la misma.

—Me haré los análisis. —Tenía lágrimas en la voz, también, enmarañándola. Desdibujando las palabras—. Y Jay, tu... mi ex marido. Le llamaré. También se los hará. ¿Cuánto tardaremos en saberlo? De forma

concluyente.

—Mi padre es médico. Acelerará el resultado de las pruebas.

—¿Cómo puedo estar segura de que no manipulará los resultados?

El primer parpadeo de mal genio se reflejó en la cara de Callie.

—Porque él es como es. Tienes que confiar en mí o no vale la pena que sigamos adelante. Tengo la información aquí. —Sacó un pedazo de papel de la bolsa, lo dejó sobre la mesa junto a la bandeja del café y las galletas—. Esto explica lo que tenéis que hacer, dónde mandar las muestras de sangre. Si tienes alguna pregunta sobre cómo funciona, tu propio médico podrá aclarártelo.

—No puedo pensar. Es como si no pudiera pensar. —Luchó contra las lágrimas porque le nublaban la visión. Era su hija. Tenía que ver a su hija—. Mi vida cambió en aquel momento que te di la espalda, mientras dormías en el cochecito. Un minuto —dijo Suzanne con toda la calma de que fue capaz—. Puede que dos. No más que eso. Y mi vida cambió. Lo mismo que la tuya. Quiero tener la posibilidad de recuperar algo, de saber quién eres, de compartir contigo algo de esos años perdidos.

—Ahora mismo lo único que puedo darte son respuestas. Cómo, por qué y, con suerte, quién. Nada de eso puede reparar lo que te sucedió. Nada de eso nos hará volver atrás ni me convertirá otra vez en tu hija.

Aquello no estaba bien, pensó Suzanne. Con desesperación, con amargura. Encontrar a su hija y que hablara con esa voz fría y distante. Que su propia hija la mirara como si fueran dos extrañas.

—Si es así como te sientes, ¿por qué has venido? Podrías no haberme hecho caso o haber insistido en que no hubo ninguna adopción.

—No me educaron para mentir o para desdeñar el dolor de los demás. Lo que pasó no fue culpa tuya, ni mía ni de mis padres. Pero alguien es culpable. Alguien cambió nuestra vida y lo más probable es que lo hiciera por dinero. Yo también quiero saber la verdad.

—No te muerdes la lengua y eres sincera. A menudo me he imaginado cómo sería volver a verte, hablar contigo. Nada de lo que imaginé era así.

—Buscas o esperas una especie de reencuentro que no puedo darte, un vínculo que no siento.

Todas las cicatrices cerradas de su corazón se abrieron y sangraron.

—¿Qué sientes?

—Pena. Señora Cullen... Suzanne —se corrigió, y deseó abrazarla. Deseó poder superar sus propias barreras y abrazarla—. Siento pena por ti y por tu familia. Y por la mía. Y me angustia un poco todo el asunto. Una parte de mí desea que no me hubieras visto en las noticias porque, en cuanto lo hiciste, volviste a cambiar mi vida. Y ahora no sé en qué dirección va.

—Nunca haría nada que te hiciera daño.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo, pero me temo que casi todo lo que haga va a hacerte daño.

—A lo mejor podrías contarme algo de ti misma. Algo que hayas hecho o que te gustaría hacer. Sólo... algo.

—Hoy he encontrado unos huesos. —Cuando Suzanne parpadeó, Callie se esforzó por sonreír y cogió una galleta—. En la excavación —siguió—. Creo que hemos encontrado un asentamiento. Un asentamiento neolítico junto al lecho del río, cerca de las montañas donde una tribu construyó sus hogares, crió a sus hijos, cazó y empezó a cultivar. Hoy he encontrado pruebas que creo que empezarán a verificar esta teoría. Si es un asentamiento tan grande como espero, podemos pasarnos varias temporadas excavando.

—Oh, pues a Ronald Dolan le va a dar un ataque.

—Seguramente. Pero no le servirá de nada. Atraeremos mucha atención, de los medios, de la comunidad científica. Dolan tendrá que contabilizar la urbanización como una pérdida.

—Si paso un día por la excavación, ¿me enseñarás lo que haces?

—Claro. ¿Las has hecho tú? —Callie levantó la galleta que estaba mordiendo—. ¿Tú misma?

—Sí. ¿Te gustan? Te daré una caja para llevar. Yo...

—Son deliciosas. —Era una forma de acercarse a ella, pensó Callie. Lo máximo que podía hacer por ahora—. Mi... socio —acabó, decidiendo que era la forma más sencilla de describir a Jake— reconoció tu nombre. ¿Suzanne's Kitchen? He estado devorando tus dulces desde hace años.

—¿De verdad? —Las lágrimas pugnaban por salir otra vez, pero las contuvo. Y un cierto placer se reflejó en sus ojos—. Me alegro de saberlo. Eres muy amable.

—No, no lo soy. Soy obstinada, me irrito con facilidad, soy egoísta, impulsiva y no suelo ser simpática. Ni siquiera me acuerdo de serlo.

—Has sido buena conmigo y una parte de ti seguro que... No me había dado cuenta hasta ahora. Una parte de ti seguro que está enfadada conmigo.

—No lo sé. No me he enfrentado a eso todavía.

—Y eres cuidadosa con tus sentimientos. —Como Callie fruncía el ceño, Suzanne se afanó con el plato de galletas—. Lo que quiero decir es que me parece que no muestras tus sentimientos con facilidad. Douglas es así. Incluso cuando era pequeño, era cuidadoso. Pensaba mucho, no sé si me entiendes. Casi podías ver cómo pensaba «¿qué quieres decir exactamente con eso?».

Rió, cogió una galleta y la volvió a dejar.

—Hay tantas cosas que quiero decirte. Tanto que... Hay algo que me gustaría darte.

—Suzanne...

—No es un regalo en realidad. —Se levantó, se acercó a una mesita y cogió una caja—. Son cartas. Te escribí una carta todos los años por tu cumpleaños. Me ayudaba a seguir adelante.

—Todavía no estamos seguras de que las escribieras para mí.

—Las dos lo sabemos. —Volvió a sentarse y dejó la caja en el regazo de Callie—. Significaría mucho para mí que te las llevaras. No tienes por qué leerlas, pero creo que lo harás. Eres curiosa con todo o no te dedicarías a este trabajo. Estás destinada a interesarte también por esto.

—De acuerdo. Mira, tengo que trabajar.

Callie se levantó.

—Hay tantas cosas que todavía quisiera...

Cuando Suzanne empezó a levantarse, *Sadie* soltó un alegre ladrido y corrió hacia la puerta.

La puerta se abrió y entró Doug.

—Para. —Con una risa exasperada, apartó los cuarenta kilos de perro que le habían caído encima—. ¿En qué habíamos quedado la última vez? A ver si muestras un poco de dignidad y...

Se interrumpió al mirar hacia la sala.

Le pasaron mil cosas por la cabeza, el corazón y la cara antes de quedarse paralizado.

—Doug. —Suzanne se llevó la mano a la garganta, y jugó con el último botón de la blusa—. No sabía que venías. Es... Dios mío.

—Callie. —Aunque lo único que quería era huir de la tensión eléctrica de la habitación, se colocó la caja debajo del brazo—. Callie Dunbrook.

—Sí, lo sé. Perdona. —Desvió la mirada hacia su madre—. Debería haber llamado.

—No digas tonterías, Doug.

—Yo ya me iba. Ya... te llamaré —dijo Callie a Suzanne.

—Te acompaño.

—No es necesario.

Callie mantuvo la mirada en la cara de Doug mientras se disponía a salir. Y aunque el corazón le latía aceleradamente mantuvo la compostura al rozarlo para abrir la puerta.

Fue rápidamente al coche, abrió la portezuela y tiró la caja en el asiento.

—¿Por qué has venido?

Callie se apartó el pelo mojado de los ojos y se volvió. Vio a Doug de pie a su lado bajo la lluvia. Desprendía la misma tensión eléctrica, casi visible. Casi esperaba uno ver crepitar la lluvia al tocarle la piel.

—No ha sido para fastidiarte. Ni siquiera te conozco.

—Mi madre está en un estado delicado en este momento. No necesita que tú lo agraves viniendo a tomar café y galletas.

—Oye, mira. Si quiero venir a tomar café y galletas, no está prohibido. Pero resulta que no he venido por eso. No quiero angustiar a tu madre. No quiero complicaros la vida. Pero todos necesitamos saber la verdad.

—¿Para qué?

—Para saber la verdad.

—Cada dos años desde que Suzanne's Kitchen se hizo famoso en todo el país, aparecía alguien diciendo ser su hija perdida. Con el trabajo que haces, significaría más subvenciones y donaciones, ¿verdad?

Callie levantó la cabeza, se adelantó hasta que sus botas tropezaron con los zapatos de él y le habló directamente a la cara.

—Vete a la mierda.

—No permitiré que le hagan daño. Otra vez no.

—¿Y eso te convierte en el hijo bueno?

—Por lo menos seguro que no me convierte en tu hermano.

—Bueno, pues qué alivio. Deja que te recuerde, Doug, que fue ella la que vino a verme. Sin más, y ahora mi vida está totalmente del revés. Ayer dejé a mis padres en un estado lamentable. Tengo que hacerme análisis de sangre y enfrentarme a algo que no fue culpa mía. Y no me hace nada feliz, así que déjame en paz.

—Ella no significa nada para ti.

—Eso tampoco es culpa mía. —Pero la culpa pesaba—. Ni de ella. Si te preocupa la herencia, tranquilízate. No quiero su dinero. Mira, estoy de bastante mal humor después de pasar veinte minutos viendo cómo intentaba no echarse a llorar. Si quieres que me desahogue contigo, por mí encantada. Si no, tengo cosas mejores que hacer que mojarme mientras discuto contigo.

Se volvió, subió al Rover y cerró la puerta ruidosamente.

Si eso era lo que significaba tener un hermano, pensó, intentando resistir la tentación de pisarle los pies, había tenido mucha suerte durante los primeros veintiocho años de su vida.

Cuando llegó al hotel, su mal humor había llegado al cenit. Justo cuando abría la puerta sonó el móvil y el teléfono de la habitación.

Sacó el móvil del bolso.

—Dunbrook, espere un momento. —Descolgó el teléfono de la habitación—. Dunbrook, ¿qué pasa?

—Bueno, no me muerdas —dijo Lana—. Llamaba para ponerte al día. Pero si vas a gruñirme, te subiré la tarifa.

—Perdona. ¿Qué has descubierto?

—Preferiría hablar contigo en persona. ¿Puedes pasar?

—Acabo de llegar al motel. Estoy un poco agobiada.

—Ya iré yo. Dentro de media hora.

—¿No podrías...?

—No. Media hora —dijo Lana, y colgó.

—Mierda. —Callie colgó el teléfono y estaba a punto de coger el móvil cuando llamaron a la puerta—. Vaya, estupendo. —Abrió la puerta de par en par y miró con furia a Jake—. ¿Es que nadie tiene nada mejor que hacer que chincharme?

Le dio la espalda y recogió el móvil.

—Sí, ¿qué pasa?

—Sólo quería saber dónde estabas. —La voz de Jake le llegó en estéreo, por el oído y por la espalda. Se volvió y lo vio apoyado en el marco de la puerta con su propio móvil en la oreja y la lluvia detrás—. Estaba en el restaurante y quería contarte las novedades. No contestabas al teléfono y he probado con el móvil.

—¿Por qué coño me hablas por el móvil si estás aquí mismo?

—¿Por qué lo haces tú?

Callie miró al techo con desesperación y tiró el teléfono sobre la cama.

—¿Qué novedades?

Jake entró y cerró la puerta. Cuando Callie vio que se seguía acercando a ella, levantó una mano como un guardia de tráfico en un cruce. Conocía aquella mirada.

—Alto ahí.

—Estás toda mojada. Sabes que me vuelves loco cuando estás toda mojada.

—Y te vas a volver loco del todo cuando te rompa esta lámpara en la cabeza. Aparta, Graystone. No estoy de humor para juegos.

—A mí me parece que te sentaría bien jugar.

—Ése es un eufemismo estúpido, ¿por qué los hombres siempre creéis que una mujer está de mal humor porque necesita sexo?

—¿La esperanza es lo último que se pierde? —sugirió él, y le complació ver un destello de humor en los ojos de ella, aunque fuera breve.

—¿Qué quieres, aparte de sexo?

—Todo lo demás está en segundo lugar con diferencia, pero... —Calló, se dejó caer en su cama y cruzó las piernas por los tobillos—. Me he enterado de algunos chismes que corren por el pueblo. Frieda, mi camarera, dice que Dolan ya se ha enterado del hallazgo de hoy. Se ha subido por las paredes; lo ha sabido por su sobrino, que resulta que trabaja para Dolan y estaba presente cuando él recibió las noticias.

Era interesante oír un drama que no tenía nada que ver con el suyo, pero se encogió de hombros por tozudería.

—¿Y qué?

—Pues que está amenazando con llevarnos ante los tribunales. Diciendo que nos lo estamos inventando todo, que estamos conchabados con los de la sociedad conservacionista y que todo el asunto es un complot para impedir su urbanización. ¿Tienes cervezas?

—No. No tengo cervezas. Por mí puede despotricar cuanto quiera. Los huesos están allí.

—Otro rumor que corre...

—Los tienes a montones, veo.

—La gente dice que la excavación está maldita. Lo de las tumbas de los antepasados profanadas por científicos locos.

Más divertida, cogió un encendedor y acercó la llama a la mecha de una vela.

—Otra vez lo de la momia no.

—Con alguna variación. Estamos liberando fuerzas y poderes antiguos que no comprendemos y todo ese rollo. —La siguió con los ojos al baño, donde ella cogió una toalla y empezó a frotarse el pelo mientras paseaba inquieta por la habitación—. Éste, según Frieda, tiene piernas. Ya sabes cómo adorna la gente las cosas.

—Así que tenemos una excavación maldita, un constructor cabreado y necesitamos a un asesor nativo americano para que supervise los trabajos.

Sacó una camisa seca del armario y, con gran desilusión para él, se fue al baño a quitarse la mojada y ponerse la otra.

—Todavía nos falta personal, y mañana el campo estará hecho un barrizal gracias a esta lluvia.

Jake ladeó la cabeza para intentar ver algo mientras Callie se desnudaba frente al espejo. Un hombre tenía derecho a pequeños placeres.

—Eso es todo más o menos.

Callie volvió a la habitación y abrió una botella de agua. Paseó arriba y abajo.

«Nadie —pensó Jake— podría acusar a Callie Dunbrook de ser una mujer inactiva.»

—Qué buen rollo, visto en conjunto —decidió, y sonrió—. Me encanta este trabajo.

—¿Adonde has ido?

La sonrisa de Callie se desvaneció instantáneamente.

—Asuntos personales.

Golpeó la gran caja de zapatos que estaba a los pies de la cama con el pie.

—¿Te has comprado zapatos? ¿Te me estás volviendo femenina, Dunbrook?

—No he ido de compras. —Cogió la caja y soltando un suspiro la dejó sobre la cómoda—. Son cartas. Suzanne Cullen las escribió para su hija todos los años por su cumpleaños. Dios mío, Jake. Dios mío, si hubieras visto su cara cuando fui a verla, a hablar con ella. Toda esa necesidad, y no sé qué hacer con ella.

—Habría podido ir contigo.

Ella negó con la cabeza.

—Ya era bastante difícil sin que se le añadiera más gente. Para colmo, cuando me iba llegó su hijo y no estaba nada contento con todo el asunto. Me insultó como si hubiera sido yo solita la que salió de aquel maldito cochecito hace todos estos años para fastidiarle la vida. Nos quedamos debajo de la lluvia gruñéndonos como un par de idiotas. Llegó a acusarme de ir detrás del dinero.

—¿Cuánto tiempo estará hospitalizado?

El comentario la hizo sentir vagamente mejor. Levantó la cabeza y buscó sus ojos en el espejo.

—Tú tienes hermanos, ¿verdad? Uno de cada. ¿Os peleáis por vuestros padres como perros por un hueso?

—Nos peleamos y basta —dijo él—. Es lo normal en la relación. Rivalidad, competición, ofensas tontas. Es una cuestión tribal, como lo es la unidad frente a los forasteros. Yo le puedo pegar una patada en el culo a mi hermano, pero si lo intenta otro, le doy el doble de fuerte. Y si algo le pasara a mi hermana pequeña, me volvería loco.

—Yo fui su hermana pequeña tres meses. ¿Qué vínculo es ése?

—Visceral, Cal. Instintivo. Es carne de tu carne. Encima es el chico, el mayor, y probablemente le habían dicho mil veces que tenía que cuidarte.

Le hizo un gesto para que le pasara el agua.

—Seguramente ya lo sabía, instintivamente, quizá le fastidiaba, quizá le encantaba, pero la verbalización de los parientes confirmaría sus instintos. Tú eras la indefensa, la débil, y él debía protegerte. —Calló, tomó un sorbo y le devolvió la botella—. Fracasó. Ahora es un hombre y, como único hijo, supongo que transfirió esos deberes a su madre. Tú eres a la vez una extraña y su hermana perdida. Siente una contradicción primaria.

—Parece que te pongas de su lado.

—Sólo elaboro teorías básicas. Pero si vienes aquí, te pones encima de mí y me pides que le pegue una paliza, me lo pensaría.

La llamada a la puerta hizo que Callie lo señalara con un dedo.

—Vete.

Pero cuando ella fue a abrir, Jake unió las manos detrás de la cabeza y se acomodó.

8

Lana sacudió el paraguas antes de entrar en la habitación del motel. A Callie le pareció que no le había caído ni una gota encima. Era un poco raro que una mujer no se mojara en una tormenta.

—Menudo tiempecito —empezó Lana—. No se puede ni... Oh. —Ladeó la cabeza cuando vio a Jake tumbado en la cama—. Perdona, no sabía que tenías visita.

—No es una visita, es un pesado que no se va ni a tiros. Jacob Graystone, Lana Campbell.

—Sí, nos conocimos el otro día cuando pasé por la excavación. Me alegro de volver a verlo, doctor Graystone.

—Jake —corrigió él—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. —Pesado o no, parecía sentirse muy a gusto—. Oye, Callie, si es un mal momento podemos quedar mañana.

—Es tan buen momento como cualquiera. Aunque estemos un poco apretados —añadió mirando expresivamente a Jake.

—Hay mucho sitio —comentó Jake golpeando la cama con la mano.

—De hecho, lo que tengo que hablar con Callie es confidencial.

—No pasa nada —rebatía él—. Estamos casados.

—Divorciados. —Callie le pegó una palmada en el pie—. Si has descubierto algo, puedes decírmelo delante de este idiota. Está enterado del lío.

—Entonces es que sabe más que yo en este momento. Bien. —Lana echó un vistazo a la habitación y decidió sentarse en la estrecha silla colocada junto a la puerta—. Tengo información sobre Marcus Carlyle. Ejerció la abogacía en Boston durante el período de tiempo que me dijiste. Antes de eso había ejercido en Chicago, catorce años, y trece en Houston. Después de Boston, donde estuvo diez años, se trasladó a Seattle, donde ejerció otros siete años.

—El tío no paraba —comentó Jake.

—No. Cerró el despacho en 1986. Ahí es donde le he perdido por ahora. Puedo seguir buscando o puedo contratar a un investigador que pueda, a diferencia de mí, viajar a Seattle, Boston, Chicago, Houston y recoger más información. Costará bastante más dinero. Antes de que te decidas —siguió sin dar tiempo a que Callie pudiera hablar—, necesitas saber las otras cosas que he descubierto.

—Si trabajas tan deprisa, no vas a poder quedarte con el anticipo de quinientos dólares.

—Oh, creo que sí que podré. —Lana abrió la cartera y sacó los papeles

de adopción de Callie—. Hice una copia para mis archivos. También hice una comprobación. Estos papeles no se llegaron a registrar.

—¿Qué quieres decir con que no se llegaron a registrar?

—Quiero decir que no hubo adopción. No hubo procedimiento legal en ningún juzgado de Boston o de Massachusetts, de hecho. No hay registro en ninguna parte de que Elliot y Vivian Dunbrook adoptaran a una niña en esa fecha, o fecha anterior o posterior a la de esos papeles.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que Marcus Carlyle no presentó la petición en el juzgado. El número de caso que aparece en la petición y el fallo final es falso. No existe. La firma del juez en el fallo y el sello del juzgado probablemente también sean falsos. Como este juez murió en 1986, no puedo verificarlo con seguridad. Pero puedo intentarlo. Lo que tú tienes, Callie, son documentos elaborados por el gabinete jurídico de Carlyle que nunca salieron de su despacho. La adopción no tuvo lugar.

Lo único que pudo hacer Callie fue mirar los papeles, los nombres de sus padres.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Podría tenerlos si me dijeras por qué me contrataste para buscar a ese abogado.

Jake se levantó, cogió a Callie por los hombros y la llevó a la cama.

—Siéntate, cielo.

Se agachó y le acarició los muslos con las manos.

—¿Quieres que lo sepa?

Callie asintió con la cabeza.

En opinión de Callie, Jake expuso los hechos con claridad y concisión. Su cabeza funcionaba así, clara y concisamente, de modo que podía obviar detalles superfluos e ir al meollo del asunto. Era casi como escuchar una sinopsis de un suceso que no tuviera nada que ver con ella. Cosa que, suponía, era precisamente su intención.

Mientras él hablaba, Callie se levantó, fue al baño y cogió las aspirinas de su botiquín. Se tragó tres y se quedó delante del lavabo mirándose la cara en el espejo.

«¿Fuiste alguna vez lo que creías que eras? —se preguntó—. ¿De verdad fuiste lo que creías que eras?» Fuera lo que fuese, unos documentos legales no iban a cambiarlo.

Nadie ni nada puede arruinarte la vida excepto tú mismo. Mientras tuviera fe en eso, no le pasaría nada. Lo superaría.

Cuando volvió a la habitación, Lana estaba atareada tomando notas en uno de sus cuadernos.

Lana levantó la cabeza.

—Callie, tengo que hacerte una pregunta vital, y necesito que dejes a un lado tus emociones antes de contestar. ¿Es posible que Elliot y Vivian Dunbrook estuvieran implicados, de alguna forma, en el secuestro?

—Mi madre se siente culpable si se le pasa la fecha de devolución de un

libro en la biblioteca. —Estaba cansadísima, pensó Callie. Si Jake volviera a golpear la cama con la mano, probablemente se dejaría caer de cara—. El amor de mi padre por ella le hizo aceptar que no me diría nada de la adopción. Su integridad le hizo guardar los documentos en la caja de seguridad. No tuvieron nada que ver. No podrían. Además, vi sus caras cuando les hablé de Suzanne Cullen. Son tan víctimas como ella.

«Como tú —pensó Lana, pero sólo asintió—. La niña de los Cullen —pensó otra vez—. La hermana de Douglas Cullen. La nieta de Roger. ¿Cuántas vidas volverían a cambiar completamente otra vez?»

—No los conoces —continuó Callie—. Por lo tanto no estás convencida. Puedes confirmar la información que te acaba de dar Jake. Puedes investigarlos si quieres. Pero no quiero que pierdas tiempo investigándolos cuando puedes dedicarlo a buscar a ese hijo de puta.

Tiró los documentos sobre la cama.

—No sólo robaba bebés, los vendía. Es imposible, totalmente imposible que yo fuera la única. Tenía un sistema, y se aprovechó de parejas desesperadas sin hijos para obtener beneficios.

—Estoy de acuerdo contigo, pero tendremos que demostrarlo.

—Contrata al investigador.

—Será un gasto adicional considerable.

—Que empiece. Ya te diré cuándo se cierra el grifo.

—Entendido. Me encargaré esta misma noche. Conozco a alguien que trabajaba para el gabinete de mi marido en Baltimore. Si no está disponible, me recomendará a alguien. Callie, ¿lo saben los Cullen?

—Hoy he ido a ver a Suzanne. Vamos a hacernos análisis.

Lana hizo otra anotación en el cuaderno y luego dejó el bolígrafo.

—Debo decirte que tengo una relación personal con Roger Grogan. Ah, el padre de Suzanne Cullen —explicó cuando vio la cara inexpresiva de Callie—. Somos amigos, buenos amigos. Y además anoche salí con Douglas Cullen.

—Creía que estabas casada.

—Lo estaba. Mi marido murió asesinado hace casi cuatro años. Siento un interés personal por Doug. Si para ti representa un problema, tendríamos que resolverlo antes de seguir adelante.

—Vaya por Dios. —Callie se frotó los ojos con la mano—. Las ciudades pequeñas. No creo que sea un problema, siempre que recuerdes que me representas a mí.

—Sé a quién represento. No puedo ni imaginar lo que esto supone para ti, o para cualquiera de las personas implicadas. Pero soy tu abogada.

—Tu novio cree que voy detrás del dinero de su madre.

—Una cena no significa que sea mi novio —dijo Lana tranquilamente—. Imagino que habrá algunas fricciones hasta que se aclare todo. Me doy cuenta de que no se trata de un hombre apacible y sencillo.

—A mí me pareció un cretino.

Lana sonrió al levantarse.

—Sí, sí que da esta impresión al principio. Voy a hacer algunas averiguaciones y pondré en marcha la investigación. Me gustaría que pasaras por mi despacho mañana. Con un poco de suerte tendré noticias para ti y tú puedes extenderme un cheque.

Cogió la mano de Callie y le dio un cálido apretón.

—No voy a decirte que no te preocupes. Yo estaría muy preocupada. Pero sí te diré que haremos todo lo que se pueda hacer. Soy tan buena en mi trabajo como tú en el tuyo.

—Entonces lo resolveremos con rapidez. Yo soy muy buena en mi trabajo.

—Pásate mañana —dijo mientras recogía el paraguas—. Adiós, Jake.

—Lana.

Como le pareció el tipo de mujer que lo esperaba, fue a abrirle la puerta.

Cuando la cerró, dudó un momento. No estaba muy seguro de qué hacer con o para Callie. Había disimulado delante de Lana, pero podía ver que estaba angustiada e insegura. Y que se sentía desgraciada.

Había visto la combinación en otras ocasiones. Sólo que en las anteriores era él quien la hacía desgraciada.

—Vamos a comer una pizza —decidió.

Ella se quedó donde estaba como si no le entendiera.

—¿Qué?

—Vamos a comer una pizza; luego podemos trabajar un poco.

—No sé... ¿No acabas de volver del restaurante?

—Sólo he tomado un café. Bueno, un trozo de tarta también, pero eso no cuenta porque era sólo una tapadera para hacer hablar a Frieda. Pero estaba buena. De melocotón.

—Lárgate.

—Si me voy, vas a deprimirte. No vale la pena. No puedes hacer nada hasta que tengas más datos. Seguro que hay una pizzería en la ciudad.

—Modesto's, en la esquina de Main y Mountain Laurel.

Jake cogió el teléfono.

—Sabía que tenías claras las prioridades. Yo la tomaré de champiñones.

—No.

—La mitad. Tengo derecho a champiñones en mi mitad.

—Si cae algún hongo en mi mitad, tendrás que pagarla toda.

—Pagué la última vez.

—Pues no pidas champiñones. El número está en el cuaderno, junto al teléfono.

—Ya lo veo. Pizza, tienda de bebidas, correos. —Empezó a marcar—. No cambiarás nunca.

Pidió la pizza, recordando que a ella le gustaba el *pepperoni* y las aceitunas negras, y añadió champiñones a su mitad.

—Treinta minutos —dijo al colgar—. Oye, este sitio no nos sirve. Deberíamos pensar en alquilar una casa.

—Estamos casi en agosto. No nos queda mucho tiempo esta temporada.

—Suficiente. Seguro que hay algo para alquilar por un mes.

—No sé qué voy a decirles a mis padres. —Se rindió, levantó las manos y luego las dejó caer—. ¿Qué voy a decirles?

—Nada. —Se acercó a ella—. No vale la pena decirles nada hasta que sepas algo más. Sabes cómo trabajar en una excavación, Callie. Capa a capa, punto por punto. Si empiezas a elaborar teorías demasiado pronto, te pierdes detalles.

—No puedo pensar.

—Ya podrás. —Esperó un momento, después le tocó la cara con los nudillos—. ¿Por qué no pruebas a apoyarte en mí un minuto? Todavía no lo has probado nunca.

—No...

Pero la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él. Después de resistirse un momento, Callie apoyó la cabeza en su hombro y respiró hondo.

El punto debajo de su corazón se agitó. Se calmó.

—Así.

—No sé por qué no estoy enfadada. Es como si no pudiera enfadarme.

—Oh, ya te enfadarás.

—Pronto. Espero que sea pronto. —Cerró los ojos. Él tenía razón, suponía, no lo había probado nunca. No estaba tan mal—. ¿Otro ofrecimiento de amistad?

—Sí. Bueno, eso y la posibilidad de que te pongas caliente y quieras un poco de sexo. Ya veremos.

Le mordió la oreja, luego la barbilla.

Cómo conocía ella estos gestos. Jake era muy bueno. Podía oponerse o seguirle la corriente. La siguió, volviendo la cabeza lo justo para encontrar aquellos sabios labios sobre los suyos, para sentir aquel impacto de sensualidad y promesa.

Apretó su cuerpo contra el de él y sintió cómo los corazones latían al unísono. Con un gemido de aprobación, lo abrazó hasta que él metió una mano debajo de la camisa como lo había hecho antes tan a menudo. La feroz posesividad de aquella mano siempre la había excitado y desconcertado.

El deseo instantáneo, el de él, el de ella, fue una especie de alivio. Aquella caída ardiente que hicieron juntos fue una especie de bautismo.

Seguía siendo ella, igual de real. Seguía siendo Callie Ann Dunbrook. Y pensó que todavía deseaba cosas que no le convenían.

Entonces las manos de él le cogieron la cara, le apretaron las mejillas con un toque suave que la descolocó y sus labios rozaron los de ella en un susurro que desprendía más afecto que pasión.

—Sigue aquí, Callie.

—Ése nunca fue nuestro problema.

—Ya lo creo que no. —Todavía sujetándole la cara, le apretó los labios sobre la frente—. ¿Quieres cerveza para la pizza? Tengo en la habitación.

Callie se apartó de él y lo miró con desconfianza.

—¿Rechazas el sexo por una pizza y una cerveza?

—No lo digas así. Duele. ¿Quieres la cerveza o no?

—Sí, claro. Lo que sea. —Se encogió de hombros y, sintiéndose extrañamente rechazada, se volvió hacia el ordenador—. Voy a acabar de introducir los hallazgos de hoy.

—Adelante. Vuelvo enseguida.

Esperó a llegar a su habitación antes de golpearse la cabeza contra la pared. Todavía sentía el sabor de ella, aquel gusto único que era Callie. Todavía sentía el olor de su pelo, el aroma suave de la lluvia que los había mojado.

La llevaba dentro como una droga. No, meditó mientras abría la tapa de la nevera portátil. Como un maldito virus. No podía hacer nada por impedirlo. Peor aún, hacía meses que había llegado a la conclusión de que no quería hacer nada por impedirlo. Quería recuperarla y pensaba recuperarla como fuera. O moriría en el intento.

Se sentó en el borde de la cama para calmarse un poco. El momento no podía ser peor, decidió. Tenía problemas y necesitaba ayuda. No era la seducción constante, disimulada y sutil que tenía pensada cuando se unió al equipo.

Llevarse a la cama no serviría de nada, por triste que fuera. Tenía que lograr que se acostumbrara a tenerlo cerca y después hacer que se enamorara de él y, entonces, llevarla a la cama. Ése era el plan. O había sido el plan hasta que todo se había liado.

Había visto cómo le dolía cuando Lana le había contado lo de la adopción. Pero no se había quejado, no se había compadecido de sí misma. Así era su chica, pensó Jake. Dura como una roca.

Pero ahora le necesitaba. Finalmente le necesitaba. Y él necesitaba demostrar, a los dos, que no iba a abandonarla. Por mucho que la quisiera, no iba a complicar la situación con el sexo esta vez.

Había estado casi un año sin ella y en todos esos meses había pasado por toda la gama: de la rabia a la ofensa, de la amargura a la desesperación, de la aceptación a la determinación.

Algunas especies se aparejaban para toda la vida, pensó mientras se levantaba. A fe que él pertenecía a una de ellas. Iba a darle tiempo a ella para que lo descubriera. Mientras tanto, la ayudaría a salir del apuro en que estaba metida. Después empezarían de nuevo.

Sintiéndose mejor, cogió las cervezas y volvió a la habitación de ella justo antes de que llegara la pizza.

Había acertado poniéndose a trabajar, pensó Callie mientras se disponía a meterse en la cama. No sólo había alejado las preocupaciones, sino que le había puesto en marcha el cerebro otra vez. La niebla se había aclarado.

Veía lo que necesitaba hacer, cómo tenía que hacerlo. Haría que Lana le buscara un laboratorio cercano que le extrajera la sangre y mandara la

muestra al socio de su padre en Filadelfia. Haría que Lana fuera testigo de que sellaban y etiquetaban la muestra. Se tomarían las mismas precauciones con un testigo independiente, en el otro laboratorio. No habría posibilidad de trapicheos. Todo sería oficial.

No diría nada de lo que Lana había descubierto hasta ahora. Jake tenía razón, no valía la pena hasta que se descubrieran más datos.

Trataría sus asuntos personales tal como gestionaba sus asuntos profesionales. Metódica, científica y concienzudamente.

Introduciría los descubrimientos. De hecho, escribiría un informe diario. La ayudaría a tenerlo todo organizado.

Y para sacarse a Douglas Cullen de encima, le diría a Lana que redactara un documento legal eximiendo o rechazando, o como se dijera, toda reclamación de cualquier parte de la herencia de Suzanne Cullen.

Era un buen plan, se dijo Callie. Y ahora había llegado el momento de olvidarlo por aquella noche.

Cerró los ojos y se abrió a la música de Bach: las bellas, complicadas y románticas notas de la *Suite Número 1 en sol mayor* para violonchelo solo.

Su mente podía descansar con la música. Fluir con ella. Calma. Ése era su consuelo, las matemáticas y el arte fundidos en la belleza.

Era por estos momentos preciosos por lo que arrastraba el pesado instrumento por todos los aviones, camiones, trenes y las excavaciones, por problemático que fuera.

Más tranquila, dejó el arco. Siguiendo su rutina, se aplicó la crema hidratante de noche en cara y cuello y apagó la vela.

Se metió en la cama.

Cinco minutos después de apagar la luz, volvió a encenderla, saltó de la cama y cogió la caja que le había dado Suzanne.

Sí, era curiosa por naturaleza, se dijo a sí misma. Por eso era buena en su trabajo. Por eso encontraría la respuesta a aquel rompecabezas y recuperaría el equilibrio.

Abrió la caja, vio las cartas, todas en sobres blancos, todas ordenadas por fechas.

Suzanne era otra persona organizada, dedujo. Otro animal de costumbres. Muchas personas lo eran.

Las leería. Le darían una mejor idea de la mujer y posiblemente otra pieza del rompecabezas. Más datos, se dijo mientras sacaba el primer sobre de la caja. Cuando abrió el sobre con el nombre de «Jessica» sintió la misma expectación ante el descubrimiento que cuando quitaba la tierra a un objeto.

Mi querida Jessica:

Hoy has cumplido un año. No parece posible que haya pasado un año desde que te tuve en brazos por primera vez. Este año sigue siendo como un sueño para mí. Todo incoherente, borroso e irreal. A veces pienso que realmente ha sido un sueño. Hay veces que te oigo llorar y me voy a tu habitación. Otras veces juraría que te siento moverte dentro de mí, como si todavía no hubieras nacido.

Pero entonces me acuerdo y creo que no podré soportarlo.

Mi propia madre me hizo prometer que te escribiría esta carta. No sé qué habría hecho sin mi madre estos últimos meses. No creo que nadie pueda entender lo que estoy pasando como no sea otra madre. Tu padre lo intenta, y sé que te echa de menos, muchísimo, pero no creo que pueda sentir el mismo vacío.

Estoy vacía por dentro. Tanto que a veces creo que me estoy derrumbando hacia la nada.

Es lo que desea una parte de mí, pero tengo a tu hermano. Mi pobre pequeño. Está tan desconcertado. No entiende por qué no estás aquí.

¿Cómo puedo explicárselo, si no lo entiendo ni yo misma?

Sé que volverás pronto. Jessie, tienes que saber que nunca dejaré de buscarte. Rezo todos los días para que un día vuelvas a estar en casa, en tu cuna. Hasta entonces, rezo todos los días porque estés a salvo y bien. Que no tengas miedo. Rezo todos los días porque quien te apartó de mí sea bueno contigo y cariñoso. Que te acune como te gusta y te cante tus nanas preferidas.

Un día se dará cuenta de que lo que hizo está mal y te devolverá.

Lo siento, siento mucho haberte dado la espalda. Te juro que fue sólo un momento. Si pudiera volver atrás, te abrazaría muy fuerte. Nadie podría volver a arrebatarme a mi niña.

Estamos buscándote todos, Jessie. Todos nosotros. Mamá y papá, el abuelo y la abuela, el yayo y la yaya. Todos los vecinos y la policía. No pienses nunca que te hemos olvidado. Porque nunca te hemos olvidado. Nunca te olvidaremos.

Estás en mi corazón. Mi pequeña, mi Jessie.

Te quiero. Te echo de menos.

MAMÁ

Callie dobló cuidadosamente las páginas y las metió en el sobre. Tapó la caja y la dejó en el suelo. Se inclinó para apagar la luz.

Y se quedó en la oscuridad, sufriendo por una mujer a la que apenas conocía.

Callie se pasó casi todo el día siguiente enfrascada en la laboriosa tarea de desenterrar los restos del esqueleto. Le llevó horas, trabajando con pinceles, con sondas dentadas y con depresores de lengua para apartar la tierra. Pero gracias al último hallazgo les habían mandado dos estudiantes graduados de la universidad.

La fotografía era Dory Teasdale, una morena alta y de piernas largas. Y el ayudante de hallazgos era Bill McDowell, que no parecía tener edad para comprar cerveza pero tenía a sus espaldas la experiencia de cinco temporadas en tres excavaciones.

Dory le pareció competente y entusiasta, y Callie procuró pasar por alto que tenía el mismo tipo físico que una tal Verónica Weeks: la mujer que había sido el catalizador, la última gota, en la destrucción de su matrimonio con Jake.

Daba igual que Dory tuviera voz de gato satisfecho y meloso mientras cumpliera con su trabajo.

—Tengo otro. —Jake se paró en el sector de Callie y señaló con la cabeza a un hombre larguirucho que estaba de pie con Digger—. Itinerante, tiene sus propias herramientas. Se llama Matt Kirkendal. Ha oído hablar del

proyecto y quiere ayudar. Parece saber lo que se hace.

Callie observó al recién llegado. Tenía una larga trenza de pelo canoso, botas de trabajo gastadas y un tatuaje de algo que le serpenteaba por debajo de la manga de la camiseta.

Parecía que él y Digger se habían caído bien.

—Todo ayuda —pontificó Callie. Pensó que parecía fuerte y bregado—. Déjalo con Digger un par de días, a ver qué es capaz de hacer.

—Ése es mi plan.

Miró cómo ella pasaba una cuerda entre dos clavos como preparación para el corte vertical a través de los depósitos acumulados en su sección.

—¿Quieres que te eche una mano?

—Ya está. ¿Qué te parecen los nuevos estudiantes graduados?

—La chica está de buen ver. —Obviando que ella podía hacerlo sola, pegó un trozo de cinta a los clavos con alfileres. Captó la mirada que le lanzó Callie y respondió tan ancho—. A pesar de ese apellido tan fino, Teasdale, no le asusta ensuciarse las manos. El chico es como un animalito ansioso, muy ansioso diría yo, porque quiere impresionarte. Te echa miraditas anhelantes.

—No es verdad.

—Está colado por ti. Le entiendo perfectamente.

Ella soltó una risita burlona.

—Estar colado es distinto de querer desnudar a una mujer y tirártela sobre la primera superficie plana que encuentres.

—Oh, bueno, entonces supongo que no le entiendo.

Callie se negó a reírse y sólo se permitió una mínima sonrisa cuando Jake se marchaba.

El último hallazgo había atraído también más prensa. Callie concedió una entrevista a una periodista de *The Washington Post*, arrodillada entre los dos esqueletos, descansando la espalda y los hombros.

—Los huesos adultos son de mujer —explicó Callie—. Una mujer entre veinte y veinticinco años.

La periodista también era mujer y estaba muy interesada en sentarse en cuclillas demasiado cerca de los huesos hasta que Callie le indicó impacientemente que se apartara.

—¿Cómo sabe la edad sin pruebas de laboratorio?

—Si sabe algo de huesos, como yo, puede adivinar la edad. —Utilizando el depresor de lengua, señaló las articulaciones, la fusión, la formación—. Y mire esto, es interesante. Tiene una fisura en el húmero. Seguramente se la hizo en la infancia. Sobre los diez o los doce años. Se le curó, pero se soldó mal.

Deslizó el depresor de lengua suavemente por la fisura.

—Seguro que tenía este brazo débil y que le producía muchas molestias. La fisura es muy limpia, lo que me indica que fue por una caída más que por

un golpe. No es una herida defensiva que hubiera podido recibir en una pelea. A pesar de la herida, gozaba de buena salud, lo que quiere decir que no la echaron de la tribu. Cuidaban a los enfermos y heridos. Esto lo ilustra la forma en que la enterraron con su hijo.

—¿Cómo murió?

—Como no hay otras heridas y los restos del niño indican que era un recién nacido, es probable que ella y el niño murieran en el parto. Verá que no sólo los enterraron juntos. Los pusieron de modo que ella sostuviera a su bebé. Esto indica compasión, incluso sentimiento. Por supuesto, ceremonia. Le importaban a alguien.

—Y a nosotros, ¿por qué deberían importarnos?

—Estaban aquí antes de nosotros. Fueran quienes fuesen hicieron posible que ahora estemos aquí.

—Algunas personas se oponen a la exhumación y el estudio de los muertos. Por motivos religiosos o sencillamente porque la naturaleza humana a menudo cree que los muertos deben dejarse en paz. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Puede ver por usted misma con cuánto cuidado los tratamos aquí. El respeto con que los tocamos. Ellos guardan conocimientos —dijo Callie, inclinándose de nuevo para apartar tierra—. La naturaleza humana también exige, o debería, que busquemos más conocimientos. Si no la estudiamos, no la estamos honrando. La estamos menospreciando.

—¿Qué puede decirme de la maldición?

—Puedo decirle que esto no es un episodio de *Expediente X*. Lo siento, tengo que volver al trabajo. Puede seguir hablando con el doctor Greenbaum.

Trabajó una hora más, sin parar y en silencio. Mientras estaba cogiendo la cámara, se le acercó Jake.

—¿Qué es esto?

—Parece un caparazón de tortuga. Está metido entre los dos cadáveres. Necesito fotos de los huesos, in situ.

—Llamaré a Dory. Necesitas descansar.

—Todavía no. Coge la documentación. Luego quiero descubrir qué es esto.

Se apartó un poco y estiró las piernas como pudo mientras esperaba que llegara Dory a tomar las fotografías.

Dejó la mente en blanco mientras las voces de Dory y Jake zumbaban detrás de ella. Ya se habían hecho amigos, notó. Entonces, enfadada consigo misma por la punzada de resentimiento, la vieja costumbre, se recordó a sí misma que él podía llevarse bien con quien le diera la gana, con Dory o con quien fuera.

—Ya está —declaró Dory—. No es por criticar el resto de la excavación, pero tú tienes la mejor parcela. Es fascinante. —Echó un vistazo a los esqueletos otra vez—. Y triste. Hasta los restos antiguos son tristes cuando hay un bebé entre ellos.

—Por eso los trataremos bien. Quiero tener esas fotos cuanto antes mejor.

—Las tendrás. De hecho, he terminado el carrete. Puedo llevarlo a revelar ahora si quieres.

—Perfecto.

Mientras Dory se marchaba a toda prisa, Callie se arrodilló otra vez y empezó la pesada tarea de desenterrar el caparazón. Al levantarlo con cuidado oyó un murmullo de piedras en su interior.

—Es un sonajero —murmuró—. Querían que tuviera un juguete.

Callie se sentó sobre los talones.

Jake oyó el ruido.

—Es probable que su padre o su abuelo se lo hicieran antes de que naciera. Esperaban su nacimiento, lo deseaban. Y lloraron su pérdida.

Callie recogió la carpeta y anotó el hallazgo.

—Le diré a Leo que están a punto para los paquetes húmedos y el traslado. Tengo una cita. Volveré dentro de una hora.

—Cariño. —Le pegó suavemente en la cara con los nudillos—. Estás muy sucia.

—Me lavaré un poco.

—Antes de que lo hagas, venía a decirte que Leo acaba de hablar con Dolan. Está amenazando con una orden para impedir que nos llevemos algo de la excavación.

—Va a quedar como un idiota.

—Puede que sí, pero si es listo lo planteará como si estuviera en contra de perturbar las tumbas de los muertos y todo eso. Puede encontrar apoyo para eso.

—Entonces ¿cómo piensa construir las casas? —insistió ella.

—Buena pregunta, y seguro que está pensando en ello. —Giró sobre sus talones y posó la mirada sobre el agua quieta de la poza, la verde extensión de los árboles—. Es un sitio precioso.

—Imagino que las personas enterradas aquí también lo creían.

—Sí, seguro. —Distraídamente, agitó el sonajero—. Lo más importante es que quiere que dejemos de excavar. Es el propietario de la tierra. Puede impedirnos que nos llevemos objetos si se pone duro.

—Pues nosotros nos pondremos más duros.

—Primero probaremos la razón y la diplomacia. Mañana he quedado con él.

—¿Tú? ¿Por qué tú?

—Porque es menos probable que le pegue un puñetazo que tú. Un poco menos probable —añadió Jake antes de inclinarse para tocarle los labios con los suyos—. Y porque yo soy el antropólogo y puedo soltar más palabras altisonantes sobre cultura y sociedades antiguas y su impacto en la ciencia que tú.

—Eso es una estupidez —murmuró ella dirigiéndose al coche—. Tú tienes pene. Leo cree que ese tipo se entenderá contigo porque tienes lo que hay que tener.

—Ése es un factor. Tendremos una charla de hombre a hombre e intentaré convencerlo.

—Hazlo, Graystone, para que no tenga que pegarle con una pala en la cabeza.

—Lo intentaré. ¿Dunbrook? —añadió mientras ella abría el coche—. Lávate la cara.

Al día siguiente, cuando Callie salió de la habitación del motel, lo vio todo rojo.

Su Rover estaba cubierto de pintadas groseras y malintencionadas, de parachoques a parachoques, en una pintura tan brillante y espesa como la sangre fresca.

«¡PUTA DOCTORA!», anunciaban. Junto con «¡LADRONA DE TUMBAS!», y un surtido de obscenidades, sugerencias y peticiones de «¡VUELVE A TU CASA!».

Su primera reacción fue adelantarse, como saltaría una madre para defender a un hijo al que atosigaran en el parque. Sonidos ininteligibles se le agolpaban en la garganta mientras sus dedos iban pasando por encima de las letras brillantes. Con incredulidad, atontada, siguió las manchas de la capota que decían «LESBIANA CHIFLADA».

La furia estaba a sólo un paso de la conmoción. Mientras las dos emociones batallaban en su interior, entró en la habitación como en tromba, cogió la guía de teléfonos y buscó la dirección de Dolan e Hijos.

Salía dando un portazo cuando Jake abrió la puerta de su habitación.

—¿Cuántas veces más piensas cerrar de un portazo antes de...?

Se calló cuando vio el coche.

—Vaya mierda. —Aunque todavía iba descalzo y sólo llevaba vaqueros, se acercó a verlo de cerca—. ¿Sospechas de Austin y Jimmy, o de sus compinches?

—Sospecho que voy a descubrirlo.

Lo apartó de un empujón y abrió de golpe la puerta del conductor.

—Espera. Espera. —Conocía aquella mirada y sólo significaba venganza—. Espera dos minutos y voy contigo.

—No necesito refuerzos cuando se trata de un par de paletos sin sesos.

—Tú espérame.

Para asegurarse de que lo esperaba, le arrancó las llaves de la mano y volvió a su habitación a por la camisa y los zapatos.

Treinta segundos después, maldiciendo, salió corriendo otra vez, a tiempo para ver cómo Callie se marchaba. Había olvidado que siempre guardaba unas llaves de recambio en la guantera.

—Qué hija de puta. Joder, qué hija de puta.

Callie no miró atrás. Su mente estaba concentrada en lo que la esperaba. Hacía seis años que tenía el Rover. Era parte de su equipo. Todas sus abolladuras y rayaduras eran un recuerdo. Eran como una medalla de

honor. Y nadie profanaba lo que era suyo.

Minutos después, pegó un frenazo frente a la oficina de Dolan en Main Street. Echando humo, bajó de un salto y resistió a duras penas el deseo de echar la puerta abajo a patadas cuando la encontró cerrada. Se limitó a aporrearla.

Una mujer de aspecto agradable abrió la puerta desde dentro.

—Lo siento. No abrimos hasta dentro de quince minutos.

—Dolan. Ronald Dolan.

—El señor Dolan está en una obra esta mañana. ¿Quiere que le dé una cita?

—¿En qué obra?

—Ah, en la de Turkey Neck Road.

Callie sonrió.

—Indíqueme la dirección.

Tardó veinte minutos, porque se le pasó el desvío y se perdió por un camino rural. Ni el mágico encanto de la mañana, ni la luz dorada que se filtraba entre los árboles ni el tonto canto del gallo habían atenuado su rabia.

Cuanto más lo pensaba, más rabia sentía. Y sólo tenía que desviar la mirada de la carretera a la capota para volver a encenderse.

Alguien, se prometió a sí misma, iba a pagarlo. Por ahora, no sabía exactamente quién, o cómo.

Entró en un camino privado por un bonito puentecito que cruzaba el río, y luego estuvo a punto de tomar un atajo por el bosque.

Oía sonidos de construcción. El martillo, las sierras, la música de una radio. Parte de su cerebro dedujo que Dolan, fuera lo que fuese o hiciera lo que hiciese, aparentemente construía bien.

El almacén de la casa desprendía solidez y encajaba bien con el terreno rocoso y el pintoresco bosque. Los habituales escombros de construcción estaban amontonados, a punto de ser cargados en un enorme camión.

Furgonetas pick-up y otros todoterrenos estaban aparcados de cualquier manera sobre el barro que había producido la lluvia de la noche anterior; varios hombres fornidos y ya sudorosos estaban trabajando.

Vio a Dolan, con los pantalones de trabajo todavía immaculados, las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos y una gorra de béisbol azul de Construcciones Dolan en la cabeza mientras supervisaba las obras con las manos en jarras.

De nuevo cerró dando un portazo y el estallido resonó por encima de la música y el ruido. Dolan miró hacia ella, después se volvió y observó cómo Callie caminaba dando zancadas hacia la casa y se encaramaba con facilidad a la plataforma.

—Austin y Jimmy —soltó secamente—. Los gemelos bobos. ¿Dónde están?

Dolan se agitó y echó un vistazo a la pintura del coche de ella. Una pequeña parte resentida de su corazón se agitó.

—Si tiene un problema con alguno de mis hombres, tiene un problema

conmigo.

—Perfecto. —Era lo que esperaba—. ¿Ha visto eso? —preguntó señalando el Rover—. Lo considero responsable.

Dolan sabía que los hombres estaban mirando y se metió los dedos debajo de los tirantes.

—¿Dice que yo he hecho esas pintadas en su coche?

—Digo que las ha hecho alguien que trabaja para usted. Quien lo hizo le escuchó a usted y sus estúpidos puntos de vista sobre lo que está haciendo mi equipo en Antietam Creek.

—No sé nada de eso. A mí me parece cosa de niños. Y por lo que respecta a lo que está haciendo en Antietam Creek, no espere hacerlo mucho tiempo más.

—Tiene a un par de intelectuales llamados Austin y Jimmy en nómina, Dolan. Y me parece que ha sido cosa de ellos.

Algo se movió en los ojos de él. Y cometió un enorme error. Sonrió afectadamente.

—Tengo mucha gente en nómina.

—¿Esto le parece divertido? —Callie perdió el mínimo control que tenía sobre su ira y le pegó un ligero empujón. Los obreros dejaron de trabajar—. ¿Cree que destruir intencionadamente la propiedad privada, el vandalismo, pintar insultos y amenazas en mi coche es motivo de risa?

—Creo que cuando eres alguien a quien no se quiere, y haces algo que mucha gente no quiere que hagas, tienes que pagar el precio. —Deseaba devolverle el empujón, quería demostrar a sus hombres que una mujer no podía tratarlo así. Pero se limitó a señalarla con el dedo—. En lugar de venir a llorarme, debería seguir el consejo y largarse de Woodsboro.

Ella le apartó el dedo de un manotazo.

—Esto no es una película del Oeste de John Ford, idiota descerebrado. Y ya veremos quién paga por esto. Si cree que voy a dejar que usted o cualquiera... —siguió, dirigiendo una mirada asqueada a las caras de los obreros que los rodeaban— se salga con la suya, no puede estar más equivocado. Si cree que este comportamiento infantil y malicioso va a asustarme para que me vaya, es más estúpido de lo que parece.

Alguien soltó una risita y la cara de Dolan se puso colorada.

—Está en mi propiedad. Quiero que se vaya. No queremos a los de su clase aquí, quitando empleos a los trabajadores honestos. Ni que venga a llorar a la persona equivocada por un poco de pintura.

—¿A esto le llama llorar? Usted sí que va a llorar, Dolan, cuando le meta la cabeza por el culo.

Esto levantó una oleada de gritos y silbidos entre los hombres. Y el jaleo provocó que Callie cerrara los puños y se preparara. Lo que estaba dispuesta a hacer no estaba claro, pero una mano la agarró por el hombro con fuerza.

—Creo que el señor Dolan y su banda de alegres obreros tendrán más que decir a la policía —sugirió Jake—. ¿Por qué no nos encargamos de esto?

—Yo no sé nada de lo ocurrido —repitió Dolan—. Y esto es exactamente lo que le voy a decir al sheriff.

—Le pagan por escuchar. —Jake arrastró a Callie hacia el coche—. Pienso que hay unos doce hombres armados con herramientas eléctricas y grandes mazos. —Habló en voz baja mientras la empujaba hacia el Rover—. Y pienso que seguramente los utilizarían conmigo primero porque no soy una mujer. Y cállate.

Callie se zafó de su mano y abrió la puerta del coche. Pero no podía dominarse.

—Esto no ha acabado, Dolan —gritó—. Voy a paralizar su preciosa urbanización. No va a poder poner un metro de cemento en una década. Lo convertiré en mi cruzada personal.

Cerró la puerta de golpe y, al hacer marcha atrás, levantó una lluvia de barro.

Condujo un kilómetro y después se paró a un lado de la carretera. Jake paró su coche junto al de ella. Los dos cerraron la puerta de golpe después de bajar.

—Te dije que no necesitaba ayuda.

—Te dije que esperaras dos minutos, joder.

—Es mi coche. —Golpeó el Rover con el puño—. Es mi problema.

La levantó en volandas y la sentó en la capota.

—¿Y qué sacaste de tu discusión de mierda con Dolan?

—¡Nada! No se trata de eso.

—Se trata de que cometiste un error táctico. Te enfrentaste a él en su terreno y delante de todos sus hombres. Si se ve enfrentado a una mujer de sesenta kilos en esas circunstancias, no tiene otro remedio que hacerte pedazos, no tiene más remedio que demostrar que tiene cojones. Por favor, Dunbrook, sabes algo de psicología. Es un macho. No puedes pegarle empujones delante de sus empleados. Él no puede permitirse quedar como un flojo.

—¡Estoy cabreada! —Empezó a bajar, pero él se lo impidió cogiéndole las manos—. Me importa un rábano la psicología. Me importa un rábano todo. La dinámica de género y la jerarquía tribal. Si me disparan, yo respondo. ¿Desde cuándo te echas tú atrás en una pelea? Normalmente eres el que las empiezas.

No es que no lo deseara. Le habría gustado entrar como un toro cuando la vio allí. Rodeada.

—No las empiezo cuando me superan de diez a uno en número, y cuando varios de ellos tienen sierras eléctricas y taladradoras en la mano. Y verme obligado a retirarme no me pone precisamente de buen humor.

—Nadie te ha pedido que te metas.

—No. —Le soltó las manos—. Nadie.

Ni la ira la cegaba bastante para no notar el cambio que se produjo en él. De fuego a hielo, en un abrir y cerrar de ojos. Se sintió avergonzada.

—Vale, quizá no debería haber ido sola, quizá no debería haber ido

hasta que me hubiera calmado un poco. Pero ya que estabas allí, ¿no podrías haber pegado un par de puñetazos?

Era lo más parecido a darle la razón de lo que ella era capaz.

—No pretendo acabar una pelea en plena forma, pero sí pretendo terminarla de una pieza.

—Me gusta mucho este coche.

—Ya lo sé.

Callie suspiró. Inquieta, dio una patada al neumático delantero. Miró con el ceño fruncido la imaculada pintura negra del Mercedes de Jake.

—¿Por qué no habrán pintado el tuyo?

—Puede que no se enteraran de que tu cólera era mucho más grande que la mía.

—No me gusta nada perder los estribos hasta el punto de no poder pensar como Dios manda. Esto tampoco me va a gustar. —Lo miró a la cara—. Tenías razón.

—Espera. Voy a buscar la grabadora al coche.

—Si te vas a poner cínico, no te daré las gracias.

—¿Que yo tenía razón y me das las gracias? Me voy a fundir en un segundo.

—Debería haber sabido que te aprovecharías.

Saltó de la capota. Miró hacia el alegre curso del río sobre las rocas.

Había ido tras ella, pensó. Y en el fondo sabía que habría arrasado con la construcción si alguien le hubiera levantado la mano.

Eso la hizo sentirse demasiado bien y agitada por dentro.

—Lo único que digo es que no debería haber ido tras Dolan con una docena de hombres alrededor y que seguramente no debería echarle la culpa de esto a él. Por eso te agradezco que me sacaras de allí antes de que lo empeorara. Creo.

—De nada. Creo. ¿Quieres llamar a la policía?

—Sí. —Soltó un suspiro—. A la mierda. Primero quiero un café.

—Yo también. Sígueme.

—No necesito...

—Conducías en dirección contraria.

Volvió al coche sonriendo.

—Devuélveme las llaves. —Las recogió al vuelo—. ¿Cómo supiste dónde estaba, por cierto?

—Fui al despacho de Dolan, le pregunté a la pálida y temblorosa secretaria si una mujer echando fuego por las orejas había pasado por allí. El resto fue fácil.

Subió al coche.

—Pagas el café.

Cuando Lana aparcó cerca de la excavación aquella tarde, llevaba a Tyler con ella. Esperaba que Callie hubiera hablado en serio al invitar al niño a volver. No había parado de hablar de ello desde entonces.

Había cerrado el despacho antes y había ido a casa a ponerse unos vaqueros, una camisa y las zapatillas viejas de tenis. Si tenía que perseguir a su hijo por una excavación, necesitaba vestirse en consonancia.

—Si encuentro algún hueso, ¿me lo puedo quedar?

Lana dio la vuelta al coche para desabrochar el cinturón de seguridad de su hijo.

—No.

—Mamá...

—No sólo soy yo la que digo que no puedes quedártelo, chico, estoy segura de que la doctora Dunbrook va a decirte lo mismo. —Le besó en los labios contrariados y lo bajó del coche—. ¿Recuerdas las otras normas?

—No puedo correr, no puedo acercarme al agua y no puedo tocar ninguno.

—Nada.

—Lo que sea.

Lana rió, se lo subió a la cadera y se acercó a la puerta.

—¿Mamá? ¿Qué significa «coño»?

Lana se paró de golpe, con la boca abierta, y volvió la cabeza para mirarle la cara. Tyler tenía los ojos entornados como siempre que intentaba entender algo. Siguió caminando y reprimió una exclamación al ver el Rover de Callie.

—Ah, nada. Nada, cariño. Habrán... habrán olvidado alguna letra.

—¿Por qué han escrito cosas en el coche? ¿Por qué?

—No lo sé. Tendré que preguntarlo.

—Mira a quién tenemos aquí. —Leo se limpió las manos en los pantalones y se acercó a recibirlos—. Pareces un joven arqueólogo.

—Puedo cavar. He traído mi pala.

Ty agitó la palita roja de plástico que había insistido en traer.

—Estupendo. Te pondremos a trabajar.

—Éste es Tyler. —Lana se tranquilizó al ver que se había olvidado de las obscenidades—. Ty, te presento al doctor Greenbaum. Espero no molestar. Callie dijo que podía traerlo un día. Se moría de ganas de venir.

—Por supuesto. ¿Quieres venir conmigo, Ty?

Sin dudarle ni un momento, Ty se echó hacia delante para pasar de los brazos de su madre a los de Leo.

—Vaya, me han sustituido.

—Feromonas de abuelo —dijo Leo con un guiño—. Sabe que soy una mina. Tenemos una bonita colección de puntas de lanza y flecha en la zona de talla. ¿Te interesa?

—La verdad es que sí. Pero primero querría hablar con Callie.

—Pasa cuando hayas terminado. Ty y yo tenemos trabajo.

—¿Puedo quedarme un hueso? —pregunto Tyler en lo que creía un murmullo mientras se alejaba con Leo.

Lana meneó la cabeza, después esquivó montículos y cubos de camino a la parcela donde trabajaba Callie.

—Eh, bonita. —Digger dejó de trabajar para guiñarle el ojo—. Si quieres saber algo, sólo tienes que preguntármelo.

Estaba situado en otra parcela, pero salió de ella ágilmente para llamar su atención. Lana notó que olía a menta y sudor y parecía un poco un topo de dibujos animados.

—De acuerdo. ¿Qué está haciendo aquí con...? —Se inclinó para mirar el agujero y vio que estaba cortado en planos geométricos—. ¿Eso son huesos?

—Sí. Pero no creo que sean humanos. Esto es el basurero de la cocina. Huesos de animales. He encontrado restos de antílope. ¿Ves los diferentes colores de la tierra?

—Más o menos.

—Tenemos la arcilla de invierno y el sedimento del verano. Por la inundación, ¿entiende? Las capas de huesos nos muestran que aquí hubo un asentamiento de larga duración. Nos dan la pauta de caza. Tenemos reses. Domesticadas. Por lo tanto eran pastores.

—¿Deducen todo eso de la tierra y los huesos?

Él se tocó un lado de la nariz.

—Tengo instinto para estas cosas. Tengo un montón de objetos interesantes en mi caravana. Si te pasas esta noche, te los enseñaré.

—Ah...

—Digger, deja de tirarle los tejos a mi abogada —gritó Callie—. Lana, apártate de él. Es contagioso.

—Anda, si soy más inofensivo que un bebé.

—Un bebé de tiburón —contestó Callie.

—No seas celosa, Callie, cariño. Sabes que eres mi único amor.

Le mandó un beso ruidoso, guiñó otra vez el ojo a Lana y volvió a meterse en su agujero.

—Se ofreció a enseñarme unos objetos —comentó Lana a Callie cuando llegó a su sección—. ¿Es una versión arqueológica del truco de los grabados antiguos?

—Digger saca a relucir sus objetos a la menor provocación. Es un huesero ambulante. Y por razones misteriosas liga con sorprendente facilidad.

—Bueno, es mono.

—Anda ya, es más feo que el culo de una mula.

—Sí, por eso es mono. —Lana miró lo que estaba haciendo Callie—. ¿Qué le ha pasado a tu Land Rover?

—Parece que alguien pensó que sería divertido decorarlo con una variedad de insultos y observaciones obscenas. Sospecho de alguno de los

empleados de Dolan. —Se encogió de hombros—. Se lo comuniqué esta mañana.

—Has hablado con él de esto.

Callie sonrió. Pensaba que Lana parecía tan limpia y bonita como una estudiante de instituto en un picnic de verano.

—Podríamos decir que hablamos.

Lana ladeó la cabeza.

—¿Necesitas un abogado?

—Todavía no. El sheriff del condado lo investigará.

—¿Hewitt? Es un poco lento, pero es concienzudo. No lo dejaré pasar.

—No; me dio la impresión de que se lo tomaba en serio. Sé que pensaba hablar con Dolan.

—Por mucho que lo sienta por tu coche, cuantas más complicaciones tenga Ron Dolan ahora mismo, mejor para mí.

—Me alegro de poder ayudar. Ya que estás aquí, quería preguntarte algo. ¿Por qué plancha la gente los vaqueros?

Lana echó un vistazo a los Levi's perfectamente planchados que llevaba.

—Por respeto al duro trabajo del fabricante. Y porque me resaltan mejor el culo si están planchados.

—Es bueno saberlo. Veo que Leo ha encandilado a Ty-Rex.

—Fue una atracción instantánea, y mutua. —Miró el trabajo de Callie. Reprimió un escalofrío—. Eso no son huesos de animales.

—No, son humanos. —Callie cogió una jarra y sirvió té frío en un vaso de plástico—. Un hombre de unos sesenta años. Casi inválido por la artritis, el pobre.

Le ofreció el té y cuando Lana lo rechazó se lo bebió ella misma.

—En esta zona tenemos un poco de mezcla. Mira. —Callie tocó un hueso largo con un pico de dentista—. Ésta es una mujer, de la misma edad, creo. Y éste es hombre, pero un adolescente.

—¿Los enterraban a todos juntos?

—No lo creo. Creo que los encontramos esparcidos y mezclados aquí debido a los cambios del nivel del agua y al clima. La inundación. Creo que cuando ahondemos más en esta sección, seguramente la temporada que viene, encontraremos restos más articulados. Eh, Leo ha puesto a Ty a cavar.

Lana se incorporó y miró hacia donde Tyler estaba cavando la mar de feliz en una pequeña pila de tierra, al lado de Leo.

—Está encantado de la vida.

—Esa pila ya ha sido tamizada —explicó Callie—. Apuesto veinte dólares a que Leo ha escondido una piedra o un fósil de los que tiene en el bolsillo para que el niño lo encuentre.

—Es muy simpático.

—Le chiflan los críos.

—Mientras ellos están ocupados, necesito hablar contigo.

—Me lo imaginaba. Vamos a dar un paseo. Necesito estirar las piernas.

—No quiero dejar a Ty.

—Créeme —replicó Callie mientras se sacudía el polvo—, Leo lo mantendrá ocupado y contento.

Se marchó, sin dejar a Lana otra posibilidad que seguirla.

—Tengo más información sobre Carlyle.

—¿El investigador lo ha encontrado?

—Todavía no. Pero hemos encontrado algo interesante. Mientras practicaba en Chicago y Houston, Carlyle representó a diversas parejas en más de setenta adopciones. Debidamente registradas a través del juzgado. Esto era prácticamente lo más importante de su ejercicio y de sus ingresos. Durante su época en Boston, sólo participó como mediador en diez adopciones.

—¿Qué significa?

—Espera. Durante su época en Seattle, medió en cuatro adopciones. A través del juzgado —añadió Lana—. Es menos de una por año. ¿Qué deduces de la pauta?

—Lo mismo que tú, supongo: que le pareció más lucrativo robar bebés y venderlos que pasar por todo el jaleo del sistema. —Callie se adentró en el bosque que seguía el curso del río—. Es una hipótesis razonable, pero no tenemos datos suficientes para probarlo.

—Todavía no. Si pudiéramos encontrar a alguno de los padres adoptivos que lo recomendaron a un amigo o a alguien de un grupo de apoyo, alguien que acudiera a él, pero cuya petición y sentencia no estuviera registrada, tendríamos más. Tiene que haber un rastro. Por muy cuidadoso que seas, siempre se deja algún rastro.

—¿Qué les vamos a decir, si los encontramos? —preguntó Callie, y pegó una patada a un tronco caído—. ¿Les decimos que los niños que criaron fueron robados a otra familia? ¿Que legalmente nunca fueron suyos?

—No lo sé, Callie, no lo sé.

—No quiero involucrar a otras familias. No puedo. Al menos por ahora. Esas personas formaron una familia. No es culpa suya que aquel cabrón convirtiera algo tan noble y honorable como la adopción en beneficios y dolor.

«Beneficios para él —pensó Lana—. Dolor para ti.»

—Si lo encontramos, y lo que ha hecho sale a la luz... algún día...

—Sí, algún día. —Miró atrás, hacia la excavación. Capa a capa—. No puedo pensar en el futuro. Tengo que ir decidiendo sobre la marcha.

—¿Quieres que anule la investigación?

—No. Sólo quiero que se concentre en encontrar a Carlyle, no en acumular datos. Ya veremos lo que hacemos... cuando sea necesario. Me escribió cartas.

Callie calló; observó un gordo arrendajo atravesando el bosque. Más adentro del bosque, un pájaro carpintero picoteaba como un loco mientras al otro lado del camino un sabueso dormía en su habitual retazo de sol.

—Suzanne me escribió cartas todos los años por mi cumpleaños. Y las

guardó en una caja. Anoche leí una. Me partió el corazón, y aun así no hace que me sienta vinculada con ella. No de la forma que ella necesita. No es mi madre. Nada la convertirá nunca en mi madre. —Meneó la cabeza—. Pero alguien tiene que pagarlo. Encontraremos a Carlyle y lo pagará. Él y los que tomaron parte en esto. Eso es lo que puedo hacer por ella.

—He intentado imaginarme cómo sería que alguien me arrebatara a Tyler. Y no puedo. No puedo porque es aterrador. Pero sí puedo imaginar que encontrarte por fin es al mismo tiempo una alegría tremenda y un dolor inmenso para ella. No sé qué más puedes hacer además de lo que ya estás haciendo. Y lo que haces es muy considerado y muy valiente.

Callie se rió, pero sin humor.

—No lo es. Sólo es necesario.

—Te equivocas, pero no perderé el tiempo discutiendo con una clienta. Por eso no te discutiré lo innecesario que fue hacerme redactar esto. —Sacó unos papeles del bolso—. La declaración rechazando cualquier parte de la herencia de Suzanne o Jay Cullen. Tienes que firmarlo, donde está indicado. Hay que firmarlo delante de testigos.

Callie asintió y cogió los papeles. Al menos eran un paso definido.

—Leo hará de testigo.

—Me gustaría aconsejarte que te tomaras unos días para decidirlo.

—No es mi madre, no para mí. No tengo derecho a nada de ella. Quiero que le entregues una copia, personalmente, a Douglas Cullen.

—Oh, por Dios, Callie.

—Si se lo metes por la garganta o no, es cosa tuya, pero quiero que tenga una copia.

—Muchas gracias —replicó Lana—. Eso me ayudará mucho para que me pida salir otra vez.

—Si te rechaza por culpa mía, es que no vale la pena que pierdas el tiempo con él.

—Para ti es fácil decir eso. —Lana se puso a su lado al ver que Callie empezaba a volver a la excavación—. Tú ya tienes uno.

—No es verdad.

—Oh, vamos.

—Si te refieres a Graystone, estás muy equivocada. Se acabó, hemos terminado.

—No te lo crees ni tú.

Callie se paró y se bajó un poco las gafas para mirar a Lana por encima del borde.

—¿Eso es un término legal?

—Con mucho gusto buscaré la traducción en latín para que te suene más oficial —añadió ella, cambiándose el bolso de hombro mientras empezaba a caminar de nuevo—. Llamémoslo una observación sincera, con sólo un ligero toque de envidia inofensiva. Está como un tren.

—Sí, es guapo. —Desvió su atención hacia donde Jake estaba agachado con Sonya mirando un dibujo de sección—. Jake y yo tenemos que trabajar

juntos y aprender a tolerarnos para poder estar en la misma habitación sin pegarnos puñetazos.

—La otra noche parecíais haberlo logrado. Sé cuándo un hombre mira a una mujer como si se la quisiera tragar de un gran bocado: de ahí la envidia. Alguna vez había pillado a mi marido mirándome así. Son cosas que no se olvidan, y lo vi cuando Jake te miraba.

¿Cómo explicarlo?, reflexionó Callie observando cómo Jake le daba a Sonya un distraído golpecito en el hombro antes de levantarse. Miró cómo se iba hacia Ty y lo volvía del revés hasta que el chico casi se ahogó de risa.

Era tan bueno con los niños como con las mujeres, meditó. Después, enfadada consigo misma, admitió que era bueno con la gente. Punto.

—Tenemos una conexión primaria. Nuestras relaciones sexuales eran..., éramos fantásticos en eso. Pero no parecía que nos hiciéramos ningún bien el uno al otro fuera de la cama.

—Sin embargo le contaste lo que te pasaba.

Callie se golpeó el muslo con los papeles mientras caminaba.

—Me pilló en un momento vulnerable. Además, se puede confiar un secreto a Jake. No se dedicará a divulgarlo. Y es una fiera con los detalles. No se le escapa nada.

Con Ronald Dolan no le salió bien. El hombre se mantenía en sus trece. Jake intentó todo lo que se le ocurrió durante la reunión que mantuvieron a última hora de la tarde. Primero explotó la complicidad masculina, con un toque de burla por lo que había hecho Callie aquella mañana.

Ella le arrancaría las pelotas si se enteraba de que se había disculpado en su nombre, pero Jake necesitaba encontrar una entrada con Dolan. Por el bien del proyecto.

A continuación probó con su encanto, con lo sagrado de la ciencia, con la paciencia y con el humor. Nada movió a Dolan de la trinchera en que había decidido situarse.

—Señor Dolan, la verdad es que la Comisión de Planificación del condado ha paralizado su urbanización, y por una buena razón.

—Unas pocas semanas y se habrá acabado. Mientras tanto, tengo un puñado de personas destrozándose la propiedad.

—Una excavación de esta envergadura es muy sistemática y organizada.

Dolan sonrió con suficiencia y se echó hacia atrás en la butaca.

—Cuando yo voy, sólo veo un montón de agujeros. Muchos chiquillos dando vueltas y probablemente fumando hierba y vete a saber qué. Y encima están desenterrando cuerpos y se los llevan.

—Los restos se tratan con cuidado y con respeto. El estudio de los restos prehistóricos es vital para el proyecto.

—No para mi proyecto. Y a muchas personas no les gusta la idea de que manoseen las tumbas. Sólo tenemos su palabra de que tienen miles de años

de antigüedad.

—Se han efectuado pruebas concluyentes...

—La ciencia no tiene nada de concluyente. —Dolan cerró el puño y después sacó el índice como si disparara un arma—. Cambia de idea continuamente. Caramba, si los científicos ni siquiera se ponen de acuerdo sobre cuándo empezó el mundo. Si habla con el viejo de mi esposa, le dará un montón de razones de por qué todo el rollo ese de la evolución es una tontería. —Se dio un tirón a los tirantes—. Estoy bastante de acuerdo.

—Podríamos pasarnos horas debatiendo sobre la evolución frente al creacionismo, pero no solucionaríamos nuestro problema actual. Lo mire por donde lo mire, hay pruebas sólidas de que existió un poblado neolítico junto a Antietam Creek. Los huesos, los objetos y los ecoobjetos excavados y datados hasta ahora lo corroboran.

—Eso no cambia nada el hecho de que cuando ellos pusieron los cadáveres allí no pretendían que los desenterraran y los colocaran debajo de un microscopio. Deberían tener un poco de respeto y dejar que los muertos descansen en paz; así es como lo veo yo.

—Si ése es el caso, ¿cómo piensa seguir con los planes de la urbanización?

Lo tenía pensado. No todo, pero sí lo suficiente para hacer callar a los opositores.

—Pondremos una cerca, eso es lo que haremos.

Lo había pensado cuidadosamente, especialmente cuando se dio cuenta de que un gran retraso cortaría sus ingresos. Podía permitirse prescindir de media hectárea, seccionarla y colocar unas piedras con un poco de gusto para destacar un puñado de huesos.

Incluso podía utilizarlo como gancho para vender, aprovechar el impacto prehistórico tal como a menudo utilizaba la historia de la guerra de Secesión para anunciar una urbanización.

Pero lo único que no podía permitirse mucho tiempo más era quedarse sentado esperando.

—Todavía tenemos que determinar toda la zona que sospechamos es un cementerio neolítico —señaló Jake—. ¿Dónde demonios va a poner la cerca?

—Encargaré mi propio estudio, y lo haremos bien. Ustedes tienen a un indio, perdone, un nativo americano, que va a dar su opinión y les dará el visto bueno. Bien, yo he hecho algunas llamadas por mi cuenta y puedo traer a un nativo americano que protestará por la profanación de estos cadáveres.

Jake se echó hacia atrás.

—Sí, seguramente. Existe desacuerdo entre las tribus sobre cómo deben enfocarse estos asuntos. Pero créame, señor Dolan, en ese campo no puede vencernos. Hace casi quince años que me dedico a esto, y tengo contactos que usted no puede ni imaginar. Además de esto, resulta que yo tengo un cuarto de sangre india, perdone, nativa americana. Y aunque algunos creen que las tumbas deberían dejarse en paz, simpatizarán más con la sensibilidad con que tratamos este proyecto que con la idea de que esas tumbas se llenen de cemento y se tapen para que usted pueda ganar dinero con su inversión.

—Pagué por esa tierra. —La mandíbula de Dolan estaba crispada—. Fue un trato justo. Me pertenece.

—Es verdad. —Jake asintió—. Legalmente es así. Pero al final será la ley la que nos dará la razón.

—¡No me hable de la ley! —Por primera vez desde que habían empezado la reunión, Dolan estalló. A Jake no le sorprendió; hacía rato que lo veía venir—. Estoy harto de tener a unos listillos de ciudad diciéndome lo que puedo hacer y lo que no. He vivido en el condado toda mi vida. Mi padre creó esta empresa hace cincuenta años y hemos dedicado la vida a que la gente de la comarca tenga casas decentes. De repente nos llegan los ecologistas y los abrazaárboles quejándose y protestando porque hacemos casas en terreno cultivable. No les preguntan a los agricultores por qué venden: porque están hartos de partirse la espalda año tras año para salir adelante y a lo mejor están hartos de oír a la gente quejarse de que el precio de la leche es demasiado elevado. Usted no sabe nada de este lugar y no tiene derecho a venir a mi oficina a decirme que no me importa más que el dinero.

—No sé lo que le importa, señor Dolan. Pero sé que ya no estamos hablando de terreno agrícola ni de pérdida de espacio virgen. Hablamos de un hallazgo científico importantísimo y de impacto histórico. Para conservarlo, lucharemos contra usted con todos los medios a nuestro alcance. —Se puso en pie—. Mi padre es ranchero en Arizona, y le he visto partirse la espalda año tras año para salir adelante. Sigue haciéndolo y tiene todo el derecho. Si vendiera, también tendría todo el derecho. No conozco su comunidad, pero conozco veinte hectáreas de ella, y antes de terminar la voy a conocer mejor de lo que usted conoce su jardín. Allí vivió gente, trabajó, durmió y murió. En mi opinión, eso lo convierte en su hogar. Voy a hacer todo lo posible para que esto se reconozca.

—Quiero que todos ustedes se vayan de mis tierras.

—Hable con el estado de Maryland, con la Comisión de Planificación de su condado, con el juzgado. —Los ojos de Jake ahora eran fríos y verdes, y su voz ya no era amable—. Si nos echa, Dolan, la prensa lo va a destrozar antes de que el juzgado decida quién tiene razón. Dolan e Hijos acabará siendo un objeto prehistórico más.

Jake salió del despacho. Al hacerlo, notó por los ojos muy abiertos y sobresaltados de la secretaria, por el ávido interés que ponía en el teclado, que había oído la última parte del estallido de Dolan.

«Se correrá la voz», pensó. Imaginó que tendrían muchos visitantes en la excavación en los próximos días.

Sacó el teléfono móvil mientras subía al coche.

—Pon en marcha la rueda legal, Leo. Dolan es inmovible y lo único que he hecho es cabrearlo más. Voy a pasar a ver a Lana Campbell, la abogada de la Sociedad de Conservación, para ponerla al día.

—Todavía está aquí.

—Entonces voy para allá.

A dos kilómetros de la ciudad, al final de una calle de grava, en una

casa construida por Dolan, Jay Cullen estaba sentado con su ex esposa y miraba a Callie Dunbrook en vídeo.

Como siempre que Suzanne lo empujaba a enfrentarse a aquella pesadilla otra vez, sentía una angustia en el pecho, una desazón en el estómago.

Era un hombre tranquilo. Siempre había sido un hombre tranquilo. Se había graduado en el instituto de la ciudad, se había casado con Suzanne Grogan, la chica de la que se había enamorado a primera vista a los seis años, y se había sacado el título de profesor.

Durante doce años había enseñado matemáticas en su antiguo instituto. Después del divorcio, cuando no pudo soportar más la obsesión de Suzanne con la hija perdida, se había mudado al condado vecino y había pedido el traslado a otra escuela.

Había encontrado cierta armonía y paz. A veces pasaban semanas sin que pensara conscientemente en su hija, pero nunca pasaba un día sin que pensara en Suzanne.

Ahora estaba en una casa donde no había vivido nunca y que le hacía sentirse incómodo. Era demasiado grande, demasiado abierta, demasiado elegante.

Y habían vuelto de nuevo al ciclo que los había tragado y había destruido su matrimonio y hecho pedazos sus vidas.

—Suzanne...

—Antes de que me digas todas las razones por las que no puede ser Jessica, deja que te cuente el resto. La adoptaron cuatro días después de que se llevaran a Jessica. Una adopción privada. Estaba sentada donde estás tú ahora y me explicó que, después de llevar a cabo unas investigaciones, creía necesario que nos hiciéramos análisis. No te pido que estés de acuerdo conmigo, Jay, no te pido eso. Te pido que aceptes hacerte las pruebas.

—¿Para qué? Ya estás convencida de que es Jessica. Te lo veo en la cara.

—Porque ella necesita convencerse. Y tú, y Doug...

—No vuelvas a meter a Doug en esto, Suz. Por el amor de Dios.

—Ésta es su hermana.

—Es una desconocida. —Distraídamente, puso una mano sobre la cabeza de *Sadie* cuando la perra se apoyó en su rodilla—. Digan lo que digan las pruebas, seguirá siendo una desconocida.

Apartó la mirada de la imagen del vídeo, la apartó del peor de los dolores.

—No recuperaremos nunca a Jessica, Suzanne. Por mucho que intentes volver atrás.

—Preferirías no saberlo, ¿verdad? —La amargura le obstruía la garganta—. Preferirías cerrarlo, olvidarlo. Olvidarla para poder seguir el resto de tu vida sin más problemas.

—Eso mismo. Le pido a Dios que me permita olvidarlo. Pero no puedo. No puedo olvidar, pero no puedo dejar que domine mi vida como haces tú, Suzanne. No puedo dejarme abofetear y destruir una y otra vez como haces

tú.

Acarició la cabeza de *Sadie*, las orejas sedosas, y deseó que fuera tan fácil consolar a Suzanne. Consolarse a sí mismo.

—Lo que nos pasó el doce de diciembre no sólo me costó una hija. No sólo perdí a una hija. Perdí a mi esposa, a mi mejor amiga. Perdí todo lo que me importaba porque tú dejaste de verme. Lo único que veías era a Jessica.

Ella ya había oído aquellas palabras, había visto la misma pena silenciosa en la cara de él cuando las decía. Le dolía, todavía le dolía. Aun así, él no era suficiente.

—Te rendiste. —Las lágrimas habían superado la amargura—. Abandonaste, como habrías abandonado de haber perdido un perrito.

—Eso no es verdad. —Pero su enfado ya se había disuelto en cansancio—. No me rendí. Lo acepté. Tenía que hacerlo. Tú no veías nada de lo que yo hacía, de lo que sentía. No podías verlo, porque dejaste de mirarme. Y después de siete años así, ya no quedaba nada por ver. No quedaba nada de nosotros.

—Me culpabas a mí.

—Oh, no, cariño, nunca te culpé. —No podría soportarlo, no podría resistir ver cómo caía otra vez en aquella desesperación, culpa y aflicción—. Ni una sola vez.

Se levantó y se acercó a ella. Seguían complementándose, dos partes de un todo, como siempre. La abrazó, sintiendo cómo temblaba al llorar. Y supo que era de tan poca ayuda y tan inútil para ella como lo había sido desde el momento en que lo había llamado para decirle que Jessica había desaparecido.

—Me haré las pruebas. Dime lo que quieres que haga.

Pidió hora de visita en el médico antes de marcharse de casa de Suzanne. A ella pareció tranquilizarla, a pesar de que había agitado a Jay y lo había dejado con una opresión en el pecho que le hacía sentir enfermo.

No pensaba acercarse a la excavación. Suzanne se lo había pedido, casi le había suplicado que hablara con la tal Callie Dunbrook.

Pero él no se veía con ánimos. Además, ¿qué podía decirle, o qué podía decirle ella?

El día del vigésimo primer cumpleaños de Jessica había tenido una revelación. Su hija, si seguía viva, y él rezaba porque así fuera, era una mujer. Nunca, nunca le pertenecería.

No podía afrontar la vuelta a casa en coche y la velada que le esperaba. La soledad. Sabía que era soledad y un cierto grado de paz lo que había buscado cuando había aceptado divorciarse. Tras años de angustias y aflicción, de tensión y conflicto, había deseado, casi ansiado, estar solo. Se decía a sí mismo que aquella necesidad de soledad era la razón por la que no había vuelto a casarse y apenas salía.

Pero, en el fondo, Jay Cullen era un hombre casado. Jessica podía ser el fantasma viviente en la vida de Suzanne, pero en la de Jay lo era su

matrimonio.

Cuando cedía a la presión de los amigos, o a las propias necesidades, y se llevaba alguna mujer a la cama, lo consideraba un adulterio emocional. Ningún documento legal podía convencer a su corazón de que Suzanne no seguía siendo su esposa.

Intentaba no pensar en los hombres con quien había estado Suzanne durante aquellos años. Sabía que ella le diría que aquél era su principal defecto: el instinto que le hacía ignorar lo que le hacía desgraciado, lo que perturbaba el fácil curso de su vida.

No podía discutirlo, porque era absolutamente cierto.

Fue a la ciudad y sintió la familiar punzada de la añoranza y la conflictiva sensación de placer primario. Aquélla era su casa, aunque ahora viviera lejos. Sus recuerdos estaban allí.

Helados y desfiles de verano. Los partidos de liga, el paseo diario hasta la escuela por la acera atajando por el patio de la señora Hobson perseguido por su perro *Chester* hasta la verja.

Encontrar a Suzanne esperándolo en la esquina. Luego, cuando eran mayores, disimulando, haciéndose la encontradiza, como si no lo esperara.

La veía a ella y se veía a sí mismo, en todas las etapas.

Las colas de caballo que llevaba ella cuando estaban en primer curso, y los graciosos pasadores de flores rosa y mariposas azules que se ponía después en el pelo.

Él a los diez años, subiendo la escalera de la biblioteca para hacer un trabajo, con unos Levi's tan nuevos y rígidos que parecían de cartón.

La primera vez que la había besado, allí mismo, bajo el roble de la esquina de Main y Church. La nieve había hecho que salieran antes de la escuela, y él la había acompañado a casa en lugar de ir con los amigos a hacer una batalla de nieve.

Había valido la pena, creía Jay. Había valido todo el terror y el sudor frío y la angustia que había acumulado hasta aquel momento. Tener sus labios sobre los de Suzanne, a los doce años, los dos tiernos e inocentes.

El corazón le latía tan acelerado que se había sentido mareado. Ella le había sonreído, aunque lo apartó. Y cuando había salido corriendo, se reía, como hacen las chicas, pensó, porque saben mucho más que los chicos a aquella edad.

Y él casi no tocaba con los pies en el suelo cuando corrió a reunirse con sus compañeros ya enfrascados en la batalla con bolas de nieve.

Recordaba lo felices que fueron cuando él se sacó el título y pudieron volver a Woodsboro. El pequeño apartamento que habían alquilado cerca de la universidad nunca había sido suyo. Era como jugar a casitas, jugar a estar casados. Pero al volver, cuando Douglas todavía era un bebé, se habían instalado como una familia.

Paró en una plaza libre antes de darse cuenta de que pretendía aparcar. Bajó del coche y caminó media travesía hasta Treasured Pages.

Vio que Roger estaba en la caja atendiendo a un cliente. Jay meneó la cabeza, levantó una mano y se puso a curiosear entre los estantes y las pilas

de libros.

Jay había tenido mejor relación con Roger que con su propio padre, que habría sido más feliz si su hijo hubiera marcado goles en lugar de acumular sobresalientes.

Algo más que había perdido junto con Jessica. Roger nunca lo había tratado de forma distinta después del divorcio, pero todo era diferente.

Se paró cuando vio a Doug ordenando libros en la sección de biografías.

Había visto a Doug un par de veces desde que éste había vuelto a Woodsboro, y todavía le sorprendía darse cuenta de que aquel hombre alto y de hombros anchos era su hijo.

—¿Tienes algo bueno para leer en la playa? —preguntó Jay.

Doug miró por encima del hombro y su cara solemne se iluminó con una sonrisa.

—Tengo unos libros bastante sensuales en mi biblioteca privada. Pero te costarán una pasta. ¿Qué haces en la ciudad?

En cuanto lo preguntó, supo la respuesta. Y la sonrisa se desvaneció.

—No contestes. Mamá te lo ha contado.

—Has visto la cinta.

—He hecho más que ver la cinta. La he visto de cerca, en vivo y en directo.

Jay se acercó más a su hijo.

—¿Qué te pareció?

—¿Qué voy a pensar? No la conocía. Ha alterado mucho a mamá, es lo único que sé.

—Tu madre me ha dicho que fue ella la que acudió a verla, no la chica a tu madre.

—Sí, bueno —dijo Doug con un encogimiento de hombros—. ¿Qué diferencia hay?

—¿Qué dice Roger?

—La cinta de las noticias lo puso muy nervioso, pero ahora se lo toma con calma. Ya conoces al abuelo.

—¿Ha ido a la excavación a verla?

—No. —Doug meneó la cabeza—. Dijo que temía que, si la atosigábamos demasiado, se marchara o se negara a hacerse las pruebas. Pero le gustaría. Ha estado leyendo libros de arqueología, como si quisiera tener algo de que hablar con ella cuando volvamos a ser todos una gran familia feliz.

—Si es tu hermana..., si lo es, tenemos que saberlo. No sé lo que haremos, pero tenemos que saberlo. Voy a hablar con Roger antes de marcharme. Cuida de tu madre, ¿de acuerdo?

10

Excitadísimo por su experiencia en la excavación, Tyler se deshizo de la mano de su madre al entrar en la librería. Tenía la cara roja de emoción y sudor cuando corrió hacia el mostrador blandiendo un pedazo de roca plana.

—Mira, abuelo Roger, ¡mira lo que tengo!

Con una mirada de disculpa hacia Jay, Lana se acercó corriendo.

—Ty, no interrumpas.

Antes de que pudiera detener a su hijo, Roger se ajustó las gafas y se inclinó.

—¿Qué tenemos aquí, hombretón?

—Es una parte de una lanza, una lanza india, y a lo mejor mataron a gente con esto.

—No fastidies. ¿No es sangre eso que veo ahí?

—Nooo. —Pero, fascinado con la idea, Ty miró la punta de lanza—. A lo mejor.

—Disculpe. —Lana levantó a Ty y se lo puso en la cadera—. Nuestro Indiana Jones ha olvidado los modales.

—Cuando sea mayor, podré excavar huesos.

—Qué divertido. —Lana hizo una mueca y se acomodó bien a Ty. Dentro de poco, pensó con un poco de pesar, ya no podría llevarlo así—. Pero, por mayores que seamos, no interrumpimos a las personas cuando están conversando.

—Deja este peso aquí encima. —Roger señaló el mostrador—. Lana, te presento a mi... —Yerno era la palabra que le venía naturalmente—. Éste es el padre de Douglas, Jay. Jay, te presento a Lana Campbell, la abogada más guapa de Woodsboro, y a su hijo, Tyler.

Lana sentó a Tyler en el mostrador y alargó la mano.

—Encantada de conocerlo, señor Cullen.

Vio los ojos de Callie y la nariz de Doug. ¿Sentiría él el mismo asombro placentero viendo aquellos rasgos de sí mismo en sus hijos que ella cuando veía los suyos en Ty?

—Tyler y yo venimos de visitar el Proyecto Antietam Creek.

«Lo sabe —pensó al ver la expresión alterada de la cara de él—. Sabe que la hija que le robaron hace tantos años está ahora a pocos kilómetros de distancia.»

—Tienen partes de esqueletos y montones de rocas y fo... ¿Qué son? —preguntó Ty a su madre.

—Fósiles.

—El doctor Leo dejó que me quedara con esto, y tiene millones de años.

—Por Dios. —Roger sonrió, aunque Lana vio que tocaba un brazo de Jay con la mano—. Es más viejo que yo.

—¿En serio? —Ty miró fijamente la cara arrugada de Roger—. Puedes venir conmigo a excavar. Yo te enseñaré cómo se hace. Y me dieron caramelos. ¡El doctor Jake los encontró en mi oreja!

—¡No puede ser! —Complaciente, Roger se inclinó a buscar en la oreja de Ty—. Seguro que te los has comido todos.

—Era sólo uno. El doctor Leo ha dicho que era magia y el doctor Jake conoce muchos trucos. Pero no he visto ninguno más.

—Veo que lo has pasado en grande. —Divertido, Jay acarició una de las sucias rodillas de Ty—. ¿Me dejas ver tu piedra?

—De acuerdo. —Ty vaciló—. Pero no te la puedes quedar.

—No. Sólo mirarla. —Sólo tener algo en la mano, pensó Jay, que tuviera una relación con Jessica—. Es muy chula. Cuando era pequeño coleccionaba piedras, y también tenía balas de la guerra de Secesión.

—¿Mataron a alguien? —quiso saber Ty.

—Puede ser.

—Últimamente Ty está muy sediento de sangre. —Lana captó un movimiento por el rabillo del ojo y se volvió—. Hola, Doug.

—Lana. —Observó al nervioso chiquillo sobre el mostrador, que intentaba reprimir, imaginó Doug, sus deseos de pedir a un adulto que le devolviera su tesoro. Un niño simpático, pensó. Se parecía a su madre. Distraídamente, Doug acarició el pelo enredado de Ty—. ¿Has matado a alguien últimamente?

Ty abrió mucho los ojos.

—Noooo. ¿Y tú?

—No. —Cogió la punta de lanza de la mano de Jay, la miró un momento y se la devolvió a Ty—. ¿Serás arqueólogo?

—Seré... ¿cómo se llama lo otro? —preguntó a Lana.

—Paleontólogo —ofreció ella.

—Voy a ser eso para encontrar dinosaurios. Los dinosaurios son los mejores. Tengo un libro de cromos de ellos.

—Sí, son los mejores. Yo tenía una colección de dinosaurios. Siempre se estaban peleando, intentando comerse unos a otros. ¿Te acuerdas, papá?

—Es difícil olvidar tantos gritos espeluznantes y mordiscos.

—¿Es tu papá? —inquirió Ty.

—Sí.

—Mi papá se fue al cielo, pero todavía me cuida, porque eso es lo que hacen los padres. ¿Verdad?

—Lo intentamos.

Jay sintió una nueva oleada de aflicción.

—¿Juegas al béisbol? —Fascinado, como siempre, con la idea de los

padres, Ty empezó a balancear las piernas—. Yo jugaba y mamá me ayudaba. Pero no coge muchas pelotas.

—Vaya, qué bonito. —Lana hizo cosquillas a Ty en la barriga con un dedo—. ¿Tienes un momento? —preguntó Lana a Doug—. Tengo que hablar contigo.

—Claro.

Como él no hacía ningún gesto para llevarla a un lugar más privado, Lana se volvió con expresión exasperada hacia Roger.

—Deja al chico conmigo —ofreció Roger—. Doug, ¿por qué no te llevas a Lana detrás y le ofreces algo de beber?

—De acuerdo. —Dio un golpecito cariñoso a Ty en la nariz—. Nos vemos luego, Ty-Rex. ¿Qué? —preguntó mientras Lana soltaba una risita.

—Nada. Gracias, Roger. Me alegro de haberlo conocido, señor Cullen. Ty, pórtate bien.

Después de esto, siguió a Doug a la trastienda.

—Bueno. —Se echó el pelo hacia atrás mientras él buscaba refrescos en la mininevera—. Supongo que no lo pasaste tan bien como yo la otra noche.

Doug sintió un cosquilleo de malestar en la columna.

—Te dije que sí.

—No me has llamado para preguntarme si podíamos vernos otra vez.

—He estado muy ocupado. —Le ofreció una Coca-Cola—. Pero lo he pensado.

—No puedo leerte el pensamiento.

Mientras ella abría la lata, Doug pensó que estaba muy guapa con vaqueros ajustados.

—Seguramente es mejor —soltó él.

Ella ladeó la cabeza.

—Probablemente crees que eso es un cumplido.

—Bueno, mis pensamientos eran bastante halagadores. —Abrió la lata y, mientras se la llevaba a la boca, le hizo un repaso a Lana—. No me imaginaba que tuvieras vaqueros. Siempre que te he visto ibas de punta en blanco.

—Las otras veces estaba trabajando o iba a salir a cenar con un hombre interesante. Hoy estaba jugando con mi hijo.

—Es muy simpático.

—Sí, yo también lo pienso. Si vas a pedirme que salgamos, me gustaría que fuera ahora.

—¿Por qué? —Sintió que se le endurecían los músculos del cuello con sólo verla arquear las cejas—. De acuerdo, de acuerdo. Bueno. ¿Te apetece salir mañana por la noche?

—Sí, me apetece. ¿A qué hora?

—No lo sé. —Se sentía como si lo exprimieran suave pero concienzudamente—. A las siete.

—Me va bien. —Una vez concluidos los asuntos personales, dejó la cartera sobre la mesa de Roger—. Ahora que ya hemos quedado, debo decirte que soy la abogada de Callie Dunbrook.

—¿Cómo dices?

—Represento a Callie Dunbrook en la cuestión de establecer su identidad.

Ahora los músculos del cuello estaban prietos como puños.

—¿Para qué demonios necesita un abogado?

—Eso es entre mi cliente y yo. Sin embargo, sí hay un asunto que quiere que trate contigo. —Lana abrió la cartera y sacó unos documentos—. He redactado estos documentos a petición de ella. Me pidió que te diera una copia.

El no los cogió. Tuvo que reprimirse para no cogerse las manos detrás de la espalda. Primero las maniobras para sacarle una cita, la cita número dos, se corrigió. Luego le suelta la bomba. Y todo eso sin sudar una gota.

Todo el rato con ese aspecto de mamá rural salida de *Vogue*.

—¿Qué demonios pasa contigo?

—¿En qué contexto?

Dejó la lata sobre la mesa de golpe.

—¿Has venido a sacarme una cita o a entregarme unos documentos legales?

Lana apretó aquellos labios tan sexys de garita.

—Supongo que la palabra «sacar» es bastante precisa, aunque no sea halagadora. Sin embargo, no te estoy entregando documentos. Te ofrezco una copia a petición de mi denta. De modo que si reformulamos la pregunta, y me preguntas si he venido a sacarte otra cita o a darte unos documentos, la respuesta es sí a ambas cosas.

Cogió su lata de refresco y la dejó sobre un posavasos para no dejar un cerco en la mesa.

—Pero si no te sientes a gusto saliendo a cenar conmigo mientras represento a Callie, lo respetaré.

Tomó un sorbito de Coca-Cola. Muy pequeñito, porque el gesto era más para crear el efecto que para saciar su sed.

—Aunque me parece una tontería y corto de miras.

—Eres una lianta.

—Llamar lianta a una abogada es redundante. Y ya he oído todos los chistes. ¿Quieres retirar tu petición de salir mañana a las siete?

Doug hervía de frustración.

—Entonces sería un tonto y un corto de miras.

Lana sonrió muy, muy dulcemente.

—Exacto. Y claro, te privarías de mi estimulante compañía.

—¿Llevas una cinta para hacerle un nudo cada vez que enredas a un tipo?

—¿Qué color preferirías?

Eso le hizo reír y tuvo que retroceder.

—Me siento atraído por ti. Esto está claro. Me gustas —añadió—. Todavía no sé por qué. Pero como me gustas voy a ser sincero contigo. No soy persona de relaciones serias.

—A lo mejor sólo quiero sexo sin compromiso.

Doug se quedó con la boca abierta. Se sentía como si la mandíbula le llegara a los pies.

—Bueno..., pues...

—No es lo que quiero. —Lana cogió el refresco de él y se lo ofreció. Parecía que le habría hecho más feliz algo más fuerte—. Pero es sexista y estrecho de miras por tu parte presuponer que porque soy mujer intento montarme una relación sólo a partir de un par de citas. O peor: que, por ser una viuda joven con un crío pequeño, estoy buscando a un hombre que complete mi pequeño mundo.

—No quería decir... Creía que... —Se calló y tomó un buen sorbo—. En este punto no hay nada que pueda decir para no meter aún más la pata. Nos veremos mañana a las siete.

—Bien. —Volvió a ofrecerle los papeles.

Él esperaba que los hubiera olvidado.

—¿De qué se trata?

—Son muy claros, pero si quieres leerlos ahora, estaré encantada de responder a cualquier duda que tengas.

Resolvió el asunto metiéndoselos en la mano hasta que él se vio obligado a cogerlos.

Sin las gafas tuvo que empequeñecer los ojos; aquellos ojos oscuros se estrecharon y brillaron mientras leía. La ira le hacía guapo, decidió Lana. Era curioso que el mal genio fuera tan sexy en cierto tipo de hombres.

Un hombre difícil, pensó, y ella era una loca por querer ligar con él. Pero también sabía por experiencia que la vida era demasiado corta como para no divertirse haciendo locuras de vez en cuando.

Su propia tragedia le había enseñado a no dar nada por descontado, ni que fuera una amistad incipiente con un hombre complicado.

La vida, y todo lo que pasaba en ella, conllevaba trabajo. ¿Por qué iba a ser él diferente?

Doug dejó los papeles y estalló.

—Puedes decirle a tu cliente que se los meta donde le quepan.

Lana mantuvo una expresión neutra y la voz serena.

—Preferiría que lo hicieras tú mismo.

—Bien. Lo haré.

—Antes de que lo hagas —le puso una mano en el brazo y sintió cómo los músculos se estremecían—, no creo que sea romper la confidencialidad del cliente decirte que mi impresión de Callie es que es una mujer fuerte y buena que en este momento está pasando un momento muy angustioso e intenta

hacer lo que es mejor para todos los implicados. Creo que eso te incluye a ti.

—No me importa.

—Puede que no. O es posible que no puedas. —Lana cerró la cartera—. Te puede interesar saber que cuando Callie conoció a Ty, habló con él unos minutos y le llamó Ty-Rex. Como has hecho tú ahora.

Doug parpadeó, y algo se movió en sus ojos que no tenía nada que ver con la ira.

—¿Y qué? Habla de dinosaurios, se llama Ty. Es un chiste fácil.

—Puede que sí. Pero es interesante. Nos veremos mañana.

—No creo...

—No. —Lana meneó la cabeza y puso la mano en la puerta—. Un trato es un trato. A las siete. Roger tiene mi dirección.

Callie trabajaba con Jake, envolviendo huesos exhumados en trapos húmedos y plástico para conservarlos. Los habían fotografiado, dibujado y catalogado. Los análisis darían más información. Otros científicos, estudiantes y especialistas los estudiarían y aprenderían cosas.

Sabía que habría personas que sólo verían una tibia o un húmero. Nada más que huesos, despojos y los muertos. Eso era suficiente para ellos, el conocimiento que extraían era bastante para ellos.

Y ella no encontraba ningún defecto en este enfoque. Pero no era el suyo.

Pensó que ella, de un hueso, podía llegar a ver a un ser humano que había vivido y muerto. Que tenía un valor.

—¿Quién era él? —preguntó a Jake.

—¿Quién?

—El fémur.

—Era un hombre de treinta y cinco años. De un metro sesenta. —Pero sabía qué quería saber ella—. Sabía cultivar, sabía cultivar alimentos para él y para su tribu. Sabía cazar, pescar. Su padre le enseñó, y recorría el bosque de niño.

Callie se pasó un brazo por la frente húmeda.

—Creo que el húmero y aquellos huesos del dedo también son de él. Tienen la edad adecuada, la medida adecuada.

—Podría ser.

—Y el mango de hacha que encontramos. —Callie se agachó—. Eso es lo que lo mató. No ésta, no le habrían enterrado con lo que lo había matado, sino con una suya. Aquel corte en el húmero es de un golpe de hacha. ¿Habría una guerra?

—Siempre hay una guerra.

Ella libraba una, pensó Jake. Lo veía en su cara, y sabía que utilizaba la idea del hombre que estaban construyendo entre los dos para mantenerla alejada de ella.

—Otra tribu —dijo Jake—. O tal vez una batalla más personal dentro de la suya. Tendría una compañera, hijos. Podría haber muerto para protegerlos.

Callie sonrió un poquito.

—O a lo mejor era un imbécil que se puso como una moto con jugo fermentado, se metió en una pelea y acabó muerto.

—Oye, Dunbrook, no deberías ser tan romántica.

—Eso sí que es verdad. Los idiotas machistas no son un fenómeno moderno. Existen desde el principio de los tiempos. Tipos pegándose coscorrónes con una piedra porque les parecía divertido. No siempre era por comida o por la tierra o para defenderse. A veces era por pura maldad. Respetar los restos, estudiar y aprender no significa que tengamos que pintar a nuestros antepasados de color de rosa.

—Deberías escribir un artículo: «El idiota machista: su influencia en el hombre moderno».

—Puede que lo escriba. Fuera lo que fuese, era el hijo de alguien, probablemente el padre de alguien.

Callie hizo girar el cuello para relajar la tensión, pero volvió la cabeza al oír el portazo de un coche. Se le dibujó una sonrisa burlona en los labios.

—Hablando de idiotas.

—¿Conoces a ese chico?

—Es Douglas Cullen.

—¿Ah, sí? —Jake se incorporó junto a ella y tomó las medidas al hombre, como Callie—. No parece muy fraternal ahora mismo.

—No te metas, Graystone.

—¿Por qué has tenido que decir eso?

—Lo digo en serio.

Pero cuando avanzó a grandes zancadas, Jake la siguió.

Doug se metió en la excavación como un hombre que entra en una batalla que no tiene intención de perder. Vio al hombre de pie al lado de Callie y lo desdeñó. Tenía un propósito y sólo uno. Si alguien quería pegarle por eso, también le daba igual. Estaba de humor para ello.

Se acercó a Callie y apretó los dientes cuando ella levantó la barbilla y se puso en jarras. Sin decir nada, sacó los documentos del bolsillo trasero del pantalón.

Los sostuvo para que ella pudiera ver lo que eran y después los rompió.

Nada de lo que pudiera haber hecho la habría hecho enfadar más rápidamente, aparte de infundirle respeto.

—Estás ensuciando nuestra excavación, Cullen.

—Tienes suerte de que no te los meta en la boca y les prenda fuego.

Jake avanzó un paso.

—¿Por qué no recoges los pedazos, los masticas y te los tragas?

—¡No te metas!

Callie clavó un codo en el estómago de Jake, pero no logró moverlo ni

un centímetro.

Los demás dejaron de trabajar, lo que le recordó a Callie su enfrentamiento con Dolan. Se le pasó por la cabeza que ella y Douglas Cullen podían tener más en común de lo que ninguno de los dos quería admitir.

—Esto es entre ella y yo —gritó Doug.

—En eso tiene razón —convino Callie.

—Cuando hayamos terminado, si quieres pelea, estaré a tu disposición.

—Igual de idiotas a través de los tiempos —gruñó Callie, y resolvió el problema metiéndose entre los dos—. Si alguien quiere pelea, hay pelea. Recoge lo que has tirado y lárgate.

—Esos documentos son un insulto para mí y para mi familia.

—¿Ah, sí? —No sólo levantó la barbilla, la adelantó. Y detrás de las gafas de sol, sus ojos se humedecieron—. Bien, acusarme de ir detrás del dinero de tu madre fue insultante para mí.

—Eso es verdad. —Echó un vistazo a los pedazos de papel—. Diría que estamos en paz.

—No, estaremos en paz cuando me presente en tu lugar de trabajo y monte una bronca delante de tus empleados.

—De acuerdo, tienes razón. Estoy trabajando en la librería de mi abuelo. Treasured Pages, en Main Street, en la ciudad. Abrimos seis días a la semana, de diez a seis.

—Lo apuntaré en mi agenda. —Se metió los pulgares en los bolsillos y echó el cuerpo adelante, haciéndolo a modo de insulto—. Mientras tanto, lárgate. O cederé a la tentación de pegarte una patada y enterrarte en el basurero de la cocina.

Lo dijo sonriendo, con una sonrisa grande y maliciosa. Y aparecieron los hoyuelos.

—Dios santo.

Doug la miró fijamente y sintió que se le caía el alma a los pies.

Se quedó pálido, y sus ojos parecían tan oscuros que Callie se temió que se desplomara allí mismo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Seguro que ni siquiera sabes lo que es un basurero.

—Eres igual que mi madre. Como mi madre con los ojos de mi padre. Tienes los ojos de mi padre, por el amor de Dios. ¿Qué voy a hacer?

El desconcertado tono de voz y la descarnada emoción de su expresión eran más de lo que el mal genio de Callie podía soportar. Se quedó indecisa, balbuceando:

—No lo sé. No sé qué vamos a hacer ninguno... Jake.

—¿Por qué no te lo llevas a la caravana de Digger? —Le puso una mano en el hombro, le acarició la espalda y siguió—. Yo terminaré el trabajo. Ve, Cal. —Jake le dio un codazo—. A menos que quieras quedarte aquí para que todo el mundo pueda cotillear a gusto.

—Es verdad. Mierda. Vamos.

Jake se agachó a recoger los pedazos de papel. Echó un vistazo a la izquierda, hacia donde Digger y Bob habían dejado de trabajar para observar. La mirada larga y fría de Jake hizo salir los colores a la cara de Bob y una amplia sonrisa en la de Digger.

Los dos volvieron a afanarse en su trabajo inmediatamente.

Con los hombros encorvados, Cal caminó hacia la caravana de Digger. No esperó a ver si Doug la seguía. Su cara le decía que lo haría y, si se resistía, Jake ya se encargaría.

Entró y avanzó con paso seguro a través del desorden hacia la mininevera.

—Tenemos cerveza, agua y Gatorade —dijo sin volverse cuando oyó pasos detrás de ella.

—Por Dios, esto es un vertedero.

—Sí, Digger ha dado el día libre a los criados.

—¿Digger es una persona?

—Eso todavía debe confirmarse científicamente. Cerveza, agua, Gatorade.

—Cerveza.

Callie sacó dos latas, las abrió y le ofreció una.

Él se limitó a mirarla.

—Lo siento. No sé cómo manejar esto.

—Ya somos dos.

—No te quiero aquí. No quiero que existas. Eso hace que me sienta como escoria, pero no quiero que mi familia pase por esto, ni yo. Otra vez no.

Aquella sinceridad absoluta, aquel sentimiento que ella podía comprender y sentir, hicieron que lo viera desde otro punto de vista. Se dio cuenta de que, en otras circunstancias, podría llegar a gustarle.

—A mí tampoco me entusiasma. También tengo familia. Esto les está haciendo daño. ¿Quieres la cerveza o no?

Doug la cogió.

—Quiero que mi madre se equivoque. Ya se ha equivocado otras veces. Se llena de esperanza, se anima, y todo para volver a hundirse. Pero esta vez, cuando te miro no puedo creer que se equivoque.

Callie se dio cuenta de que si ella caminaba por un campo de minas emocional, él también lo hacía. A ella le habían tirado a la cara un hermano. A él le habían dado una patada en las partes con una hermana.

—No, no creo que se equivoque. Los análisis tendrán que confirmarlo, pero ya tenemos suficientes datos para poder hacer una suposición firme. Así es como me gano la vida, con suposiciones firmes.

—Eres mi hermana.

Decirlo en voz alta le dolió en la garganta. Echó un trago de cerveza.

A Callie se le agitó el estómago y otra vez aumentó su simpatía por él, que debía de estar sufriendo un movimiento similar.

—Es probable que yo fuera tu hermana.

—¿Podemos sentarnos?

—Nos arriesgamos a una variedad de infecciones, pero sí.

Apartó del estrecho sofá empotrado libros, revistas porno, piedras y botellas vacías de cerveza y dos excelentes esbozos de la excavación.

—Es que..., es que no quiero que le hagas daño. Sólo eso.

—¿Por qué habría de hacérselo?

—No lo entiendes.

—No, claro. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Házmelo entender.

—No lo ha superado. Creo que si hubieras muerto, habría sido más fácil para ella.

—Un poco difícil para mí pero, sí, lo entiendo.

—La incertidumbre, la necesidad de creer que te encontraría, cada día, y la desesperación, cada día, cuando no te encontraba. La cambió. Lo cambió todo. Tuve que vivir todo eso con ella.

—Sí. —Él tenía tres años, recordó Callie de los artículos de periódico. Había vivido su vida con eso—. Y yo no.

—Tú no. Destrozó a mis padres. De muchas maneras los destrozó. Ella se montó una nueva vida, pero la montó sobre el naufragio de la que había tenido antes. No quiero volver a ver cómo se hunde, cómo naufraga otra vez.

La hacía sentirse enferma, enferma y dolorida. Sin embargo, era algo que le era ajeno. Como le era ajena la muerte del hombre cuyos huesos había desenterrado.

—No quiero hacerle daño. No puedo sentir por ella lo que sientes tú, pero no quiero hacerle daño. Quiere recuperar a su hija y eso no puede ser. Sólo puedo darle el conocimiento, incluso quizá el consuelo, de saber que estoy viva, que estoy bien, que tuve una buena vida con buenas personas.

—Que te robaron.

Las manos de ella se cerraron, dispuestas a defenderse.

—No, ellos no me robaron. No lo sabían. Y porque son la clase de personas que son, sufren porque ahora lo saben.

—Tú los conoces. Yo no.

Ella asintió.

—Precisamente.

Doug lo comprendió. Ninguno de los dos conocía a la familia del otro. No se conocían. Parecía que habían llegado a un punto en que deberían conocerse.

—Y tú ¿qué? ¿Qué sientes con todo esto?

—Estoy... asustada —admitió—. Estoy asustada porque me parece como si esto fuera parte de una rueda que va a empezar a dar vueltas y a desplazarme. Ya ha cambiado mi relación con mis padres. Nos ha hecho precavidos los unos con los otros, algo que no debería suceder. No sé cuánto tardaremos en estar cómodos otra vez, pero sé que nunca será lo mismo. Y eso me cabrea. Y lo lamento —añadió—, porque tu madre no hizo nada para

merecer esto. Ni tu padre. Ni tú.

—Ni tú. —Y echarle la culpa a ella, admitió, había sido una forma de mantener enterrado su sentido de culpa—. ¿Cuál es tu primer recuerdo claro?

—¿El primero? —Ella reflexionó y tomó un sorbo de cerveza—. Que mi padre me llevaba a hombros. En la playa. Martha's Vineyard, me imagino, porque íbamos casi todos los años un par de semanas, en verano. Yo me agarraba a su pelo y me reía mientras él se movía arriba y abajo en el agua. Y recuerdo que mi madre decía: «Elliot, con cuidado». Pero también se reía.

—El mío es esperar en la cola para ver a Papá Noel en el centro comercial de Hagerstown. La música, las voces, el gran muñeco de nieve que daba un poco de miedo. Tú dormías en el cochecito.

Tomó otro sorbo de cerveza y se serenó porque sabía que tenía que sacarlo fuera.

—Llevabas puesto un vestido rojo, de terciopelo. Yo no sabía que era terciopelo. Tenía encaje aquí. —Se pasó una mano por el pecho—. Mamá te había quitado el gorro porque te enfadabas cuando lo llevabas. Tenías el pelo liso. Muy suave y muy claro. Eras casi calva.

Ella sintió algo por él en aquel momento, una conexión con aquel niño que la hizo sonreír mientras jugaba con la melena.

—Ya lo he superado.

—Sí. —Logró sonreírle mientras le miraba el pelo—. Yo sólo pensaba en ver a Papá Noel. Me moría de ganas de hacer pis, pero no habría salido de la cola por nada del mundo. Sabía lo que quería. Pero cuanto más nos acercábamos, más miedo me daba todo. Aquellos elfos grandes y feos acechándome...

—No me extraña que la gente piense que los elfos son terroríficos.

—Entonces me tocó el turno y mamá me dijo que me adelantara, que me sentara en las rodillas de Papá Noel. Tenía los ojos húmedos. No entendí que se había puesto sentimental. Me pareció que pasaba algo, algo malo. Me quedé petrificado. El centro comercial, Papá Noel... No se parecía en nada a lo que yo había esperado. Era demasiado grande. Cuando me levantó y soltó el típico «jo, jo, jo», me aterroricé. Me puse a chillar, a empujar, y caí de sus rodillas de cara. Me sangró la nariz.

»Mamá me recogió, me abrazó y me acunó. Ahí supe que todo estaba bien. Mamá me abrazaba y no permitiría que me sucediera nada. Entonces se puso a gritar y miré. Ya no estabas.

Tomó un largo sorbo.

—No recuerdo nada después de esto. Lo tengo todo mezclado. Pero ese recuerdo es claro como si hubiera sucedido ayer.

«Tres años», pensó Callie otra vez. Aterrorizado, se imaginó. Traumatizado y evidentemente cargado de culpa.

Por eso lo trató como le habría gustado que la trataran a ella. Tomó otro sorbo de cerveza y se echó hacia atrás.

—¿Todavía te asustan los hombres gordos con trajes rojos?

Doug soltó una risa breve y explosiva. Y sus hombros se relajaron.

—Oh, sí.

Era más de medianoche cuando Dolan salió del límite de los árboles y miró hacia la excavación que él había planificado y dividido cuidadosamente en parcelas de construcción. «El Proyecto Antietam Creek —pensó—. Mi legado a la comunidad.»

Buenas casas, sólidas y a un precio justo. Hogares para familias jóvenes, para familias que querían vivir en el campo con las comodidades modernas. En un lugar tranquilo, pintoresco, histórico y estético, y a quince minutos de la interestatal.

Había pagado mucho dinero por esa tierra. Bastante para que los intereses del préstamo le arrebataran un año de beneficios si no podía recuperar el tiempo perdido y construir las malditas casas. Iba a perder los contratos que ya tenía si el retraso superaba los sesenta días. Lo que significaba reembolsar dos depósitos mayúsculos.

No era justo, se dijo. No era justo que personas que no tenían nada que hacer allí le dijeran cómo gestionar Dolan e Hijos. Que le dijeran lo que podía hacer o no con la tierra que le pertenecía.

Las malditas Sociedades Históricas de Conservación le habían costado más tiempo y dinero de los que ninguna persona razonable podía permitirse. Pero no se había salido ni un pelo de la legalidad. Había pagado abogados, había hablado en asambleas locales y había concedido entrevistas. Lo había hecho todo siguiendo las normas.

Había llegado la hora de saltarse las normas.

Por lo que él sabía, por lo que sabía cualquiera, Lana Campbell y sus abrazaárboles habían montado aquel tinglado como medida de presión para que les vendiera la tierra con pérdidas.

En su opinión, aquellos malditos científicos hippies les seguían el juego al convertir un puñado de huesos en una maravilla.

La gente no podía vivir de huesos. Necesitaba casas. Y él las construiría.

Se le ocurrió la idea cuando aquel pedante de Graystone había estado en su despacho, intentando acoquinarlo. ¡Que les dieran a él y a su gran impacto científico e histórico! A ver qué tenía que decir la prensa cuando se enterara de que parte de aquel impacto no eran más que huesos de ciervo, de cerdo y de vaca. Siempre tenía un buen montón en el congelador del garaje, para los perros. Con satisfacción, miró la bolsa de basura que traía del coche que había aparcado a un kilómetro de allí. Le enseñaría un par de cosas a Graystone, y también a aquella bruja de Dunbrook.

¡Cómo se había presentado en la obra, fanfarroneando y gritando delante de sus hombres! Le había echado encima al maldito sheriff del condado. Tener que responder preguntas lo había humillado por segunda vez. Él era un pilar de la comunidad, no un adolescente idiota con un spray de pintura.

No pensaba dejarlo pasar. No señor.

Ella quería acusarlo de vandalismo; bien, pues él le daría motivos.

Querían jugar sucio, pensó. Les enseñaría cómo se jugaba sucio. Todo hijo de vecino se iba a reír de ellos y él podría volver a trabajar.

Las personas tenían que vivir ahora, se dijo, mientras arrastraba la bolsa. Necesitaban criar a sus hijos y pagar las facturas, necesitaban colgar cortinas y cuidar sus jardines. Y Dios sabe que necesitaban una casa para vivir. Hoy.

No necesitaban preocuparse por un hombre mono que vivió hace seis mil años. Aquello eran gilipolleces.

Sus hombres dependían de él para trabajar, y esos hombres tenían familias que dependían de ellos para poder comer. Aquello lo hacía para la comunidad, pensó Dolan virtuosamente mientras salía sigilosamente del bosque.

Vio la silueta de la caravana al otro lado del campo. Uno de aquellos papanatas estaba dentro, pero no había luz. Estaría colocado y durmiendo como un bebé.

—Que le den —murmuró, e iluminó los montículos y las trincheras con la linterna bolígrafo.

No distinguía un agujero del otro y se había convencido a sí mismo de que nadie los distinguía.

Tenía que creerlo, con el banco que le metía prisas, con las cuadrillas extra que había contratado y que venían a preguntar cuándo volverían a trabajar, con su esposa preocupada día y noche por el dinero que ya había invertido en la urbanización.

Caminó silenciosamente hacia una de las parcelas, sin dejar de mirar la caravana, y luego miró hacia los árboles donde le pareció oír un ruido.

El grito súbito de una lechuza le hizo soltar la bolsa, y luego se rió de sí mismo. Quién se lo iba a creer, un hombre bregado como él asustado en la oscuridad. Él, que había paseado por el bosque desde que era niño.

No por aquel bosque, claro, pensó con otra mirada nerviosa a la profunda negrura de los árboles silenciosos. La mayoría tendía a mantenerse lejos del bosque del Simon's Hole. Aunque él no creía en fantasmas. Pero había muchos lugares donde cazar, acampar, y pasear, aparte de aquel sitio que le ponía los pelos de punta a un hombre por la noche.

Estaría bien cuando se acabara la urbanización, se dijo manteniendo cautamente un ojo en el bosque y recogiendo la bolsa de huesos; estaría bien tener personas cortando el césped y niños jugando en los jardines. Parrilladas al aire libre y partidas de cartas, la cena en el horno y las noticias de la noche en la tele.

«Vida», pensó, y se secó el sudor que le mojaba el labio superior mientras aquellas sombras parecían moverse, juntarse, acercarse.

Le temblaban las manos al meter una en la bolsa y cerrarla sobre un hueso frío y húmedo.

Pero no quería meterse en el agujero. Para él era como una tumba. ¿Qué clase de personas dedicaban su tiempo a cavar agujeros en busca de huesos como si fueran espíritus necrófagos?

Cogería una de las palas, eso haría. Cogería una de las palas y

enterraría los huesos por todos los agujeros y los montículos de tierra. Así lo haría.

Volvió a oír ruido, un «flop» en el agua, un roce de pincel. Esta vez se volvió y enfocó su estrecho haz de luz hacia los árboles, hacia la poza donde un niño llamado Simón se había ahogado antes de que Dolan naciera.

—¿Quién anda ahí? —Su voz era baja, temblorosa, y el haz de luz se movió zigzagueando en la oscuridad—. No tiene derecho a acercarse de forma sigilosa. Ésta es mi propiedad. Tengo un arma y no me da miedo utilizarla.

Quería una pala, como arma y como instrumento. Se precipitó hacia una lona, tropezó con una de las cuerdas. Cayó de golpe, arañándose las manos al intentar frenar la caída. La linterna salió volando.

Se maldijo a sí mismo y se arrodilló. Allí no había nadie, se dijo. Claro que no había nadie allí a la una de la madrugada. Era un tonto que se sobresaltaba con las sombras.

Pero cuando la sombra le cayó encima no tuvo tiempo de gritar. El agudo dolor en la nuca le duró sólo unos segundos.

Cuando su cuerpo fue arrastrado hacia la poza y lanzado a las oscuras aguas, Dolan estaba tan muerto como Simón.

SEGUNDA PARTE

LA EXCAVACIÓN

¿Por qué buscar a los vivos entre los muertos?

LUCAS 24,5

Digger chorreaba agua y fumaba, con largas y ansiosas caladas, el Marlboro que le había sacado a uno de los ayudantes del sheriff.

Había dejado de fumar hacía dos años, tres meses y veinticuatro días. Pero encontrar un cadáver cuando había salido a vaciar la vejiga en la neblina del amanecer le había parecido una razón perfecta para empezar de nuevo.

—Me he zambullido de un salto. No lo he pensado, me he tirado. Lo he visto cerca de la orilla antes de darme cuenta de que tenía el cráneo aplastado. No valía la pena intentar el boca a boca. Ja. No valía la pena.

—Has hecho lo que has podido. —Callie le rodeó los delgados hombros con un brazo—. Deberías ponerte ropa seca.

—Han dicho que querrían hablar conmigo otra vez. —El pelo le caía en mechones mojados por la cara. La mano con que se llevaba el cigarrillo a la boca temblaba—. Nunca me ha gustado hablar con polis.

—Y ¿a quién le gusta?

—Están registrando mi caravana.

Callie hizo una mueca al mirar por encima del hombro la roñosa caravana.

—¿Tienes hierba allí dentro? ¿Algo que te pueda traer problemas?

—No. Dejé la hierba, casi del todo, más o menos en la misma época en que dejé de fumar. —Sonrió tristemente mirando el Marlboro que se había fumado casi hasta el filtro—. A lo mejor recuperaré los dos vicios de golpe. Dios mío, Cal, esos imbéciles creen que pude hacerlo yo. —La mera idea se le agitaba en el estómago como unos dados grasientos.

—Sólo tienen que hacer comprobaciones. De todos modos, si estás preocupado, llamaremos a un abogado. Puedo llamar a Lana Campbell.

Exhaló el humo y meneó la cabeza.

—No, que miren. Que busquen y miren. Allí dentro no hay nada que tenga que ver con esto. Si fuera a matar a alguien lo haría un poco mejor. Ni siquiera conocía al hombre. Ni siquiera lo conocía.

—Anda, ve a sentarte un rato. Yo iré a ver si me entero de algo.

Él asintió y, tomándole la palabra, se sentó en el suelo allí mismo, mirando los débiles halos de niebla que se levantaban del Simon's Hole.

Callie le hizo una seña a Rosie para que se quedara con él y se acercó a Jake.

—¿Qué dicen?

—No mucho. Pero se puede adivinar el resto.

Estaban examinando la zona. El sheriff y tres ayudantes se encontraban

en la escena del crimen y ya habían colocado cinta amarilla, bloqueando los segmentos B-10 a D-15. El cadáver de Dolan estaba exactamente donde lo había dejado Digger, boca abajo, sobre la hierba pisoteada junto a la poza. La herida había dejado de sangrar. Callie podía ver la rara forma del cráneo; una depresión provocada por un golpe, especuló. Una buena piedra, un golpe desde arriba. Probablemente con las dos manos, y por encima de la cabeza. Tendría una idea mejor si pudiera examinar el cráneo de cerca.

Podía ver la mancha de sangre en la zona donde Dolan había caído, donde había empezado a sangrar. Después, el rastro que conducía hasta el agua.

Había huellas por toda la zona. Algunas serían las suyas, pensó.

Algunas de Jake; el resto, del equipo. Había impresiones ligeras de los pies desnudos de Digger en dirección hacia la poza, luego otras más profundas, más separadas, que demostraban claramente que había corrido de vuelta a la caravana.

Los policías también podían verlo, se dijo a sí misma. Podían ver tan claramente como ella que él había caminado hacia la poza, había visto el cuerpo flotando y se había zambullido para sacarlo. Y que había vuelto corriendo a la caravana para llamar al nueve uno uno.

Tenían que ver que decía la verdad.

Y verían por qué estaba Ron Dolan en la excavación.

Cerca de la parcela B-14 había una gran bolsa verde en el suelo. Y huesos de animal esparcidos por los alrededores.

Uno de los ayudantes estaba sacando fotos del cadáver, de la bolsa y del surco poco profundo en el suelo donde, concluyó Callie, los pies de Dolan se habían hundido al ser arrastrado unos pocos metros hasta el agua.

Sabía que el forense estaba de camino, pero no necesitaba saber mucho de ciencia forense para deducir lo que había pasado.

—Debió de venir con la intención de esparcir huesos de animal por la excavación. Para amargarnos un poco. Estaba lo bastante cabreado para hacer eso —dijo bajito—. Quizá pensó que nos desacreditaría, que detendría los trabajos. Pobre infeliz. Entonces alguien le abrió el cráneo. ¿Quién diablos haría eso? Si vino con alguien, sería con un amigo, alguien a quien conocía y en quien confiaba.

—No lo sé.

Jake miró hacia Digger y le alivió verlo sentado en el suelo con Rosie, bebiendo café.

—Está mal —comentó Callie—. Tiene un miedo espantoso de que crean que ha sido él.

—Eso no se sostendría. Ni siquiera conocía a Dolan. Y cualquiera que conozca a Digger jurará sobre una montaña de Biblias que no es capaz de matar a nadie. Caramba, si una ardilla suicida se le metió debajo de las ruedas hace unas semanas y estuvo una hora hecho polvo.

—Entonces ¿por qué parece preocupado?

—Un asesinato es suficiente motivo para preocupar a cualquiera. Y un asesinato en la excavación va a hacer más para retrasar o impedir los trabajos

que unos huesos de ciervo.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar antes de lograr decir:

—Por Dios, Jake, ¿crees que alguien mató a Dolan para fastidiarnos? Es una locura.

—El asesinato es una locura —replicó él—. Prácticamente siempre.

Instintivamente Jake le puso una mano en el hombro, uniéndose a ella, al ver que el sheriff Hewitt se les acercaba.

Era un hombre alto y fornido, que se movía con lentitud, casi pesadamente. El uniforme marrón le hacía parecer un oso grandote pero afable.

—Doctora Dunbrook. —Saludó con la cabeza—. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—No sé qué puedo decirle.

—Podemos empezar por lo que hizo ayer. Para que me haga una idea.

—Vine a la excavación antes de las nueve. Trabajé en ese segmento casi todo el día.

Señaló la zona acordonada por la cinta amarilla.

—¿Sola?

—Parte del día sola, parte del día con el doctor Graystone, porque estábamos preparando los restos para trasladarlos. Hice una pausa, de una hora, a mediodía. Comí y trabajé en mis notas allí. —Señaló un par de sillas plegables a la sombra, junto al río—. Trabajamos hasta las siete y lo dejamos. Compré comida en el italiano de la ciudad y me la llevé a mi habitación porque quería seguir trabajando.

—¿Volvió a salir?

—No.

—Se quedó en su habitación del Hummingbird.

—Exacto. Sola —añadió antes de que se lo pudiera preguntar—. Mire, ya sabe lo de mi enfrentamiento con Dolan ayer, en la obra. —Miró hacia su Rover, donde las pintadas destacaban ostensiblemente sobre el monótono verde—. Estaba enfadada porque alguien había destrozado mi coche. Todavía lo estoy. Pero no mato a alguien por pintarme el coche o porque conozca a alguien que lo haya hecho. Si me está pidiendo una coartada, no la tengo.

—No salió de la habitación —dijo Jake, con lo que hizo que Callie y el sheriff se volvieran a mirarlo—. La mía es justo la de al lado. Te pusiste a tocar el violonchelo a las once. Estuviste tocando el maldito trasto una hora.

—Si no te gusta, cámbiate de habitación.

—No he dicho que me molestara. —Como no había dicho que había estado echado en la oscuridad, escuchando aquellas notas graves y sombrías, deseándola—. Toca Bach cuando intenta serenarse y prepararse para meterse en la cama —dijo al sheriff.

—Reconoces a Bach —comentó Callie—. Estoy impresionada.

—Sé cómo actúas tú. Te desvías poco de tus costumbres. Finalmente dejó de tocar a las doce. Imagino que si se lo pregunta a la persona que ocupa la habitación del otro lado se lo confirmará. Su Rover estaba aparcado

enfrente, junto al mío. Tengo un sueño ligero. Si hubiera salido, habría oído cómo se ponía en marcha el motor.

—Ayer tarde hablé con el señor Dolan, por lo de su queja. —Tomándose su tiempo, Hewitt se metió una mano en el bolsillo y sacó un cuaderno. Se mojó el dedo índice y pasó una página. Mojó, pasó, con un ritmo metódico, hasta que encontró lo que buscaba—. Cuando usted y el difunto discutieron ayer, ¿lo agredió físicamente?

—No. Yo... —Se interrumpió y dominó su mal genio—. Le pegué un empujón, creo. Un pequeño empujón. —Lo demostró, apretando una mano contra el sólido torso de Hewitt—. Si esto es una agresión física, soy culpable. Él blandió un dedo delante de mi cara unas pocas veces, o sea, que creo que estábamos en paz.

—Vaya. ¿Y le amenazó con matarlo si no se apartaba de su camino?

—No —contestó Callie sin dudar—. Le dije que le metería su cabeza en el culo si volvía a meterse conmigo, lo que es una posición incómoda, pero no letal.

—Usted también tuvo una discusión con Dolan, ayer mismo.

Hewitt se volvió a mirar a Jake.

—Así es. El señor Dolan no estaba contento con la situación. Quería que nos marcháramos y por eso, supongo, vino aquí anoche. —Jake miró significativamente la bolsa de basura—. De haber sabido algo de lo que hacemos aquí, de cómo y por qué lo hacemos, habría sabido que esto era inútil. El problema era que no quería saber nada de lo que hacíamos. A lo mejor eso lo hacía estrecho de miras, tal vez egoísta, pero no debería haber muerto por ello.

—No puedo decir que yo sepa mucho de lo que están haciendo aquí, pero sí sé que no podrán hacerlo durante los próximos dos días, al menos. Necesito que todos ustedes estén a mi disposición.

—No vamos a irnos —prometió Callie—. Él tampoco entendía esto.

—Ahora que los tengo aquí... —Hewitt se mojó el dedo y pasó otra página—. Ayer pasé por la ferretería de Woodsboro. Parece que alguien compró un par de sprays de pintura roja que coinciden con la de su coche.

—¿Alguien? —repitió Callie.

—Hablé con Jimmy Dukes anoche. —La cara de Hewitt adoptó una expresión amarga—. Y su amigo Austin Seldon. Jimmy dice que compró la pintura para el coche de su hijo, pero la verdad es que el vehículo está oxidado y la pintura ha desaparecido. No tardaron mucho en confesarlo todo.

—Confesarlo todo —repitió Callie.

—Puedo acusarlos y encerrarlos si es lo que usted quiere. O puedo procurar que le pinten el coche de nuevo y vengan a disculparse con usted cara a cara.

Callie respiró hondo.

—¿Con cuál de los dos fue usted a la escuela?

La sonrisa de Hewitt se hizo más cálida.

—Con Austin. Y está casado con una prima mía. Esto no significa que no

pueda encerrarlo, que no pueda encerrarlos a los dos, si usted quiere denunciarlos.

—Cuando tenga un presupuesto para la pintura, quiero un cheque certificado en la mano en veinticuatro horas. La disculpa pueden ahorrársela.

—Me ocuparé.

—¿Sheriff? —Jake esperó a que Hewitt se guardara el cuaderno en el bolsillo—. Probablemente conoce bastante bien a Austin para saber que puede ser un follonero.

—Dígamelo a mí.

—Y como amigo, como observador de la naturaleza humana, sabe de qué es capaz. Y de qué no.

Hewitt observó a Jake, y luego miró detrás de él donde Digger estaba sentado fumando otro cigarrillo que había gorreado.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando llegó el forense, Callie y Jake se fueron hacia la verja, desde donde podían observar sin estorbar.

—Nunca había sido sospechosa de asesinato —comentó—. No es tan emocionante como creía. Es más bien insultante. Y lo de proveernos de una coartada el uno al otro no se sostiene.

—Tampoco se sostiene que uno de nosotros le partiera el cráneo a Dolan por la excavación. —Metió la mano en el bolsillo de atrás y encontró una bolsa de pipas que había olvidado que tenía—. Hewitt es más listo de lo que parece.

—Sí, eso es verdad.

Jake se guardó la bolsa en la mano, la metió por debajo del pelo de Callie y después giró la muñeca como si hubiera encontrado la bolsa allí. Los hoyuelos aparecieron brevemente en un atisbo de sonrisa cuando él le ofreció la bolsa abierta.

—Si todavía no se ha enterado, pronto se dará cuenta de que Dolan es un obstáculo mayor muerto que vivo.

Callie masticó, reflexionando.

—Insensible, pero exacto.

—Vamos a perder varios días, en una primera temporada ya corta de por sí. Habrá un escándalo en la ciudad y seguramente tendremos miles de mirones cuando nos dejen volver a trabajar.

Rosie se acercó a ellos.

—Han permitido que Digger vaya a cambiarse. El pobre está deshecho.

—Encontrar un cadáver reciente o encontrar uno que lleva miles de años muerto es bastante diferente —observó Callie.

—Dímelo a mí. —Rosie hinchó los carrillos y resopló—. Mirad, no tengo ganas de quedarme mientras están con esto. Tampoco nos dejarán trabajar hoy. Pensaba llevarme a Digger. Apartarlo del campo de batalla, llevarlo a ver

una peli quizá. ¿Os queréis apuntar?

—Yo tengo cosas personales que hacer. —Callie miró hacia la caravana—. ¿Seguro que puedes encargarte de él?

—Sí. Le dejaré creer que puede ligar conmigo. Eso lo animará.

—Déjame hablar con él primero. —Jake tocó el hombro de Callie—. No te vayas hasta que vuelva.

—¿Tú y Jake volvéis a estar juntos? —preguntó Rosie a Callie cuando se quedaron solas.

Ella miró la bolsa de pipas que le había dado Jake.

—No es eso.

—Cariño, vosotros dos siempre estáis así. Echáis chispas y quemáis a los pobres transeúntes. Es un buen ejemplar —añadió, mirando el trasero de Jake mientras éste abría la puerta de la caravana de Digger.

—Sí, es guapo.

Rosie dio un ligero codazo a Callie.

—Sabes que todavía estás loca por él.

Concienzudamente, Callie cerró la bolsa y se la guardó en el bolsillo.

—Lo que sé es que me vuelve loca. Hay una diferencia. ¿Qué, también intentas animarme?

—Algo tengo que hacer. La única vez que tuve polis en una excavación fue en Tennessee. Tenía un taller de talla de piedra, y un buscafósiles insensato se despeñó por un precipicio y se rompió el cuello. Fue bastante desagradable. Pero esto es peor.

—Sí. —Callie observó que uno de los ayudantes abría una bolsa para guardar el cadáver—. Esto es peor.

—Le he dicho que le gustas —dijo Jake a Rosie cuando volvió. Con un movimiento casual se puso entre Callie y lo que estaba sucediendo en la poza—. Se ha animado tanto que se está duchando.

—Qué afortunada soy —exclamó Rosie marchándose.

—Ya he visto el cadáver, Jake.

—No hace falta que sigas viéndolo.

—Quizá deberías ir con Rosie y Dig.

—No. —Jake cogió a Callie del brazo, hizo que se volviera y se puso a caminar hacia la verja abierta—. Me voy contigo.

—He dicho que tenía asuntos personales.

—Sí que lo has dicho. Te llevaré.

—Ni siquiera sabes adonde voy.

—Pues dímelo.

—Me voy a Virginia a ver al doctor Simpson. No necesito compañía y quiero conducir.

—Yo quiero vivir, o sea, que conduciré.

—Soy mejor conductora que tú.

—Ja, ja. ¿Cuántas multas por exceso de velocidad te pusieron el año pasado?

Callie sentía unos deseos irrefrenables de reír y de gruñir.

—Eso no viene al caso.

—Viene extremadamente al caso. Además está el hecho de que dudo mucho que quieras ir hasta Virginia con el coche pintado con obscenidades.

Callie soltó un suspiro.

—Mierda. —Pero como tenía razón se subió al coche de él—. Si tú conduces, yo me encargo de la radio.

—Ni hablar, nena. —Se sentó y puso el CD—. Las normas de la carretera dicen que el conductor elige la música.

—Si crees que voy a pasarme horas escuchando música country, es que estás mal de la cabeza.

Apagó el CD y puso la radio.

—La música country es la historia cantada de la cultura americana, refleja sus costumbres sociales, sexuales y familiares.

Volvió a poner el CD. Clint Black pudo soltar un compás antes de que ella encendiera la radio y ahogara su voz con Garbage.

Discutir por la selección musical durante los siguientes quince minutos les hizo olvidar el mal comienzo del día.

Henry Simpson vivía en una urbanización de lujo en las afueras que Callie estaba segura que habría sido del agrado de Ronald Dolan. El césped estaba uniformemente recortado y verde; las casas, bien construidas y pulcras, como soldados a la espera de la inspección.

Todas eran grandes y casi todas ocupaban prácticamente la parcela de punta a punta. Unas tenían porches; otras, garajes. Algunas tenían fachadas de piedra mientras otras eran blancas e inmaculadas como el vestido de novia de una virgen. Pero el conjunto desprendía una monotonía que a Callie le pareció deprimente.

No había árboles viejos. Nada grande, retorcido e interesante. En lugar de ello había adornos de enanitos o algún que otro joven arce. Había parterres de flores, casi siempre en grupos aislados. De vez en cuando se veía uno que demostraba que el propietario, o su jardinero, tenía un poco de creatividad. Pero en general todos eran soldados preparados para la inspección, con begonias y caléndulas y balsaminas alineadas en hileras estáticas o círculos concéntricos.

—Si tuviera que vivir aquí, me pegaría un tiro.

—No. —Jake entró en una calle sin salida mirando los números de las casas—. Te pintarías la puerta de púrpura, pondrías flamencos rosa en el patio y convertirías en la misión de tu vida volver locos a los vecinos.

—Sí. Sería divertido. Es ésa, la casa blanca con el Mercedes negro en la entrada.

—Hombre, gracias, eso sí es una buena pista.

Callie tuvo que reírse.

—A la izquierda, la siguiente entrada. Oye, como habíamos quedado, yo llevo la voz cantante.

—No hemos quedado en nada. Lo único que he dicho es que no paras de hablar. —Entró en el paseo y paró el motor—. ¿Dónde vivirías si tuvieras que elegir un lugar?

—Seguro que aquí no. Yo me encargo de esto, Jake.

—No, claro. —Salió del coche—. En una casa grande y decadente en el campo. Algo con historia y carácter que tú pudieras arreglar un poco. Dejarle tu marca.

—¿De qué hablas?

—Del sitio que elegirías para vivir, si estuvieras buscando uno.

—Tú no te limitarías a arreglarla. —Callie sacó un cepillo del bolso y se peinó un poco—. Tú investigarías, te asegurarías de que lo que haces respeta esa historia y ese carácter. Y tendrías que tener árboles. Árboles de verdad —añadió mientras subían por el camino de ladrillo blanco hacia la casa blanca—. No estos sustitutos de adorno.

—De los que pueden sostener un columpio.

—Exacto.

Pero lo miró frunciendo el ceño. No habían hablado nunca de casas.

—¿Qué?

—Nada. —Echó atrás los hombros—. Nada. Venga, allá vamos.

Apretó el timbre y oyó los tres repiques. Antes de que pudiera bajar la mano, Jake se la cogió.

—¿Qué haces?

—Te apoyo.

—Bueno..., puedes apartarte y apoyarme desde allí. —Le pegó un manotazo en la mano—. Me estás poniendo nerviosa.

—Todavía me quieres, ¿a que sí?

—Sí, todavía te quiero. Te quiero asando dulces en el infierno. Suéltame la mano o...

Calló y oyó la risita ahogada de Jake; la puerta se abrió.

La mujer que la abrió era de mediana edad y había encontrado la forma de seguir espléndida. Su pelo era de un castaño reluciente, cortado en capas ligeras y cortas que enmarcaban la piel clara de la cara. Llevaba unos pantalones ajustados y una blusa blanca suelta. Las uñas de los pies de color salmón destacaban en las sandalias de tiras.

—Tú debes de ser Callie Dunbrook. Soy Bárbara Simpson. Me alegro mucho de conocerte. —Le ofreció una mano—. Y tú eres...

—Es mi socio, Jacob Graystone —explicó Callie—. Les agradezco a usted y al doctor Simpson que me reciban tan rápidamente.

—Qué dices..., no es ningún problema. Por favor, pasa. Hank estuvo encantado de saber que iba a conocerte cuando le llamé. Ha estado jugando al golf y se está aseando. ¿Por qué no nos sentamos en la sala? Poneos

cómodos. Traeré unos refrescos.

—No quiero que se moleste, señora Simpson.

—No es ninguna molestia. —Bárbara le tocó un brazo a Callie y le indicó el sofá de piel del rincón de la sala de estar—. Por favor, sentaos. Vuelvo enseguida.

Había un arreglo floral enorme, exótico y blanco en la mesita de cristal y marco lacado. La chimenea, llena para el verano con más flores y velas, era de ladrillo blanco.

Callie se imaginó que el armario blanco lacado de la pared contenía algún equipo de música de última generación.

Había dos butacas más, también de piel, en rojo carmín. Las botas de trabajo de Callie se hundieron en la moqueta que iba de pared a pared, de un tono más claro que el sofá.

Un poco incómoda observó el conejo de cerámica de noventa centímetros de un rincón.

—No tienen hijos —dijo Jake apoyándose en los cojines de piel—. Ni nietos con dedos pegajosos que puedan perderse por aquí.

—Mi padre dijo que él tenía una hija de su primer matrimonio. Y un par de nietos. Pero siguen viviendo en el norte. —Con más cuidado que Jake, Callie se sentó en el borde del largo sofá—. Ésta, mmm... Bárbara, es su segunda esposa. Mis padres no la llegaron a conocer. Ellos se casaron después de que mis padres se mudaran a Filadelfia. Luego Simpson se fue a vivir a Virginia. Perdieron el contacto.

Jake se echó hacia delante y puso una mano sobre la rodilla de Callie para impedir que le temblara la pierna.

—Estás meneando la pierna.

—No es verdad. —No soportaba darse cuenta de que lo hacía—. Dame un codazo si empiezo a hacerlo.

Enseguida se levantaron para saludar a Henry Simpson. Tenía un bronceado uniforme de golfista y una barriga del tamaño de un balón de fútbol debajo de la camiseta de algodón. Su pelo era completamente blanco y llevaba un flequillo de monje, así como gafas de montura metálica.

Callie sabía que el hombre tenía setenta y pocos años, pero le dio un apretón de hombre joven cuando le cogió la mano con las suyas.

—La pequeña de Vivian y Elliot hecha una mujer. Es un tópico decir que no nos damos cuenta de cómo pasa el tiempo, pero te aseguro que yo no sé cómo. No te veía desde que tenías unos pocos meses. Me hace sentir inseguro.

—No lo parece. Le presento a Jacob Graystone. Mi...

—Otro arqueólogo. —Simpson estrechó la mano de Jake con calor—. Fascinante. Fascinante. Por favor, sentaos. Bárbara está preparando una limonada y galletas. Así que ahora eres la doctora Callie Dunbrook —dijo mientras tomaba asiento y sonreía—. Tus padres deben de estar orgullosos.

—Eso espero, doctor Simpson.

—Llámame Hank, por favor.

—Hank, no sé qué te habrá contado mi padre cuando ha hablado contigo esta mañana para pedirte que me recibieras.

—Me ha contado bastante. Bastante para preocuparme, para que me sentara a pensar y recordar todo lo que podría serte de utilidad.

Miró a su mujer, que entraba empujando un carrito de cristal y cromo.

—No, no, sentaos —dijo ella, haciendo un gesto a Jake, que se había levantado—. Ya me encargo yo. Veo que habéis empezado a hablar.

—Le he hablado a Bárbara de la conversación con tu padre. —Hank se recostó en el asiento con un suspiro—. Tengo que ser sincero contigo, Callie, creo que esa mujer que vino a verte se equivoca. Marcus Carlyle tenía una reputación excelente en Boston. De otro modo nunca lo habría recomendado a tus padres.

—Hank. —Bárbara colocó una bandeja de diminutas galletas y luego acarició el brazo de su marido—. Le preocupa que, si hay alguna posibilidad de que esto sea cierto, le hagan responsable.

—Yo mandé a Vivian y Elliot a Carlyle. Los animé para que pensaran en la adopción.

Cerró la mano sobre la de su esposa.

—Todavía recuerdo cuando tuve que decirle a Vivian que necesitaba una histerectomía. Parecía tan joven y frágil, tan desesperada... Deseaba mucho tener un hijo. Los dos lo querían.

—¿Por qué les recomendaste específicamente a Carlyle? —preguntó Callie.

—Había tenido otra paciente cuyo marido era infértil. Habíamos explorado otros métodos de concepción, pero no funcionaron. Como tus padres, se pusieron en la lista de espera de las agencias de adopción. Cuando mi paciente vino a hacerse la revisión anual, estaba loca de contento. Ella y su marido habían podido adoptar a un niño a través de Carlyle. Me ensalzó sus cualidades, no tenía más que palabras de elogio hacia él. En mi especialidad, a menudo trato a pacientes que no pueden concebir o no pueden llevar a buen término un embarazo. Y estoy en contacto con otros médicos de mi campo.

Cogió el vaso de la limonada que sirvió Bárbara.

—Había oído hablar bien de Carlyle. Lo conocí poco después en una fiesta en casa de una paciente. Hablaba bien, era divertido, buena persona y parecía decidido a ayudar a formar familias. Recuerdo que fue así como lo describió. Formar familias. Me causó buena impresión, y cuando Elliot y yo hablamos de sus problemas se lo recomendé.

—¿Se lo recomendó a otros?

—Sí. A tres o cuatro pacientes más, que yo recuerde. Un día me llamó para darme las gracias. Descubrimos que a los dos nos apasionaba el golf y después de eso jugamos juntos a menudo. —Dudó—. Nos hicimos lo que se podría llamar amigos profesionales. No puedo evitar pensar que tiene que haber un error, Callie. El hombre que conocí no podía estar metido en secuestros.

—¿Puedes hablarme un poco de él?

—Era dinámico. —Simpson calló y asintió para sí mismo—. Sí, yo lo

describiría así. Un hombre dinámico. Con una mente muy brillante y un gusto exquisito, además de unos modales distinguidos. Estaba muy orgulloso de su trabajo. Recuerdo que decía que sentía que estaba contribuyendo a algo importante dedicando su ejercicio a las adopciones.

—¿Qué sabes de su familia? —insistió Callie—. O de personas a las que estuviera unido personal o profesionalmente.

—Profesionalmente, no podría decirte. Socialmente, los dos conocíamos a docenas de personas. Su esposa era una mujer encantadora, algo distraída. Esto no es exactamente así —añadió Simpson con un asentimiento de disculpa—. Era silenciosa, vivía para él y para su hijo. Pero parecía... diría que un poco insignificante en sí misma. No, ahora que lo pienso, no era la clase de mujer que emparejarías con un hombre de su energía. Era del dominio público que él disfrutaba de la compañía de otras mujeres.

—Engañaba a su esposa.

La voz de Callie se volvió fría.

—Hubo otras mujeres. —Simpson se aclaró la garganta y se agitó incómodo—. Era un hombre guapo y, repito, dinámico. Parece que su esposa decidió hacer la vista gorda cuando se trataba de las indiscreciones. Pero al final acabaron divorciándose.

Simpson se inclinó hacia delante y puso una mano en la rodilla de Callie.

—La infidelidad puede ser un signo de debilidad masculina, pero eso no le convierte a uno en un monstruo. Y si me lo permites, esa niña que fue raptada era de Maryland. A ti te dieron en adopción en Boston. —Le dio una palmadita en la rodilla y volvió a acomodarse—. No entiendo cómo pueden estar conectados los dos acontecimientos.

Meneó la cabeza y agitó un poco el hielo en el vaso.

—¿Cómo podía saber, cómo podía saber nadie que se presentaría la oportunidad de robar un bebé en ese lugar y ese momento, justo cuando se necesitaba un bebé en otro lugar?

—Eso es precisamente lo que pretendo descubrir.

—¿Sigue en contacto con Carlyle? —preguntó Jake.

Simpson meneó la cabeza y apoyó su espalda en el respaldo.

—No desde hace varios años. Se mudó a Boston. Perdimos el contacto. De hecho Marcus era bastante mayor que yo. Podría estar muerto.

—Oh, Hank, qué morboso.

Afectada, Bárbara levantó el plato de galletas para ofrecérselo a Callie.

—Realista —replicó él—. Ahora tendrá noventa años, o casi. Sin duda no estará ejerciendo. Yo me retiré hace quince años y nos mudamos aquí. Quería huir de los inviernos de Nueva Inglaterra.

—Y jugar más al golf—añadió Bárbara con una sonrisa indulgente.

—Sin duda.

—Aquella mujer, la de Maryland —empezó Bárbara—, sufrió un golpe terrible. No tengo hijos, pero cualquiera puede imaginarse cómo se siente. ¿No es normal que, dadas las circunstancias, se agarre a un clavo ardiendo?

—Sí —aceptó Callie—. Pero a veces, cuando te agarras a un clavo ardiendo, te agarras al clavo correcto.

Callie se recostó en el asiento del coche de Jake y cerró los ojos. Estaba contenta de que condujera él. Ella no tenía suficiente energía.

—No quiere creerlo. Sigue pensando en Carlyle como un amigo. El adúltero guapo y dinámico.

Jake puso marcha atrás.

—Y a ti te pareció que te sonaba esa descripción.

O sea, que no se le había pasado por alto, pensó ella, y sintió una punzada de dolor de cabeza.

—No entremos en eso.

—Bien. —Salió del paseo dando marcha atrás.

Se daba cuenta de que no podía. No podía reunir la energía necesaria para empezar una pelea. Peor aún, no podía volver a aquel terreno viejo y rocoso.

—Sólo puedo mirar hacia unos pocos sitios a la vez.

Jake paró el coche en medio de la calle hasta que logró superar el resentimiento. Había prometido ayudarla, se recordó a sí mismo. Qué coño, la había obligado a dejar que la ayudara. No la ayudaría mucho si la agobiaba con sus propias necesidades.

—A ver. Acabamos de salir de la casa y ninguno de los dos ha comentado nada todavía.

La sorpresa la llevó a hacer una pregunta sencilla.

—¿Por qué?

Jake le frotó una mejilla con los nudillos.

—Porque... me importas. Lo creas o no.

Ella tenía ganas de desabrocharse el cinturón y sentarse en las rodillas de él. Quería que la abrazara y abrazarlo a él. Pero nunca se rendiría a sus propios deseos.

—De acuerdo, estamos en el coche. Mi primer comentario es: no hemos alegrado precisamente el día a Hank y Bárbara, ¿verdad?

Jake puso el todoterreno en primera.

—¿Esperabas alegrárselo?

—No sé qué esperaba. Pero sé que, aunque no quiera creerme, he hecho sentirse mal y culpable a una persona. Y que va a sentirse mal, culpable y preocupado por todos los demás pacientes que recomendó a Carlyle. Por si acaso están en la misma situación. Entonces una piensa, caramba, ¿a cuántas personas recomendaron estos a Carlyle?

—He pensado que eso debió de ser un factor vital para su ejercicio. El boca a boca. Clientes ricos e infértiles que tienen relaciones con otros clientes ricos e infértiles. Algunos clientes incluso pueden repetir. Todo funcionando básicamente del mismo modo. Y ya tienes tu producto...

—Por Dios, Graystone, ¿producto?

—Piénsalo así —insistió él—. Es así. Consigues el producto de otro tipo de ambiente. Ingresos de bajos a medios. Personas que no pueden permitirse contratar investigadores privados. Padres jóvenes de clase media. O madres adolescentes, personas así. Y te vas fuera de tu estado. No cogería sus productos de la zona de Boston mientras estaba trabajando en Boston.

—No metas el ganado donde tengas el sembrado —murmuró ella, pero se recostó otra vez—. Debía de tener una red. Contactos. Casi todo el mundo quiere bebés, ¿no? Además, los niños más mayores no servirían. Tenía que buscar bebés. Y no iría paseando por ahí a ver si se presentaba la ocasión de raptar un bebé. Tenía que tener objetivos.

—Ahora te escucho. —Y observó que le había vuelto el color a la cara—. Necesitarías información y tendrías que estar seguro de que te llevas un bebé sano, un buen producto, un buen servicio al cliente, o tendrías quejas en lugar de prestigio.

—Contactos en el hospital. Salas de maternidad. Doctores, enfermeras, quizá servicios sociales si estamos tratando con solteras y adolescentes, o parejas con ingresos muy bajos.

—¿Dónde nació Jessica Cullen?

—En el Washington County Hospital, el 8 de septiembre de 1974.

—Vale la pena que comprobemos algunos datos, que busquemos al médico de Suzanne; quizá que ella haga un poco de memoria. Lana está investigando a Carlyle. Nosotros podemos investigar en otra parte.

—Puede que todavía te quiera un poco.

—Nena, nunca tuve ninguna duda. Hay muchos moteles en la interestatal. Puedo parar en uno si necesitas saltarme encima.

—Es increíblemente generoso por tu parte, pero todavía puedo controlarme. Tú conduce.

—De acuerdo, pero avísame en cuanto ese autocontrol se agote.

—Serás el primero en saberlo. ¿Graystone?

Él la miró y vio que lo estaba observando con la expresión especulativa que le había visto tantas veces.

—No me cabreas tanto como antes.

Le acarició la mano.

—Dame tiempo.

A las siete, Lana estaba doblando la ropa limpia. Había fregado la cocina de arriba abajo, había pasado la aspiradora por toda la casa y había lavado al perro contra su voluntad. Había hecho todo lo que se le había ocurrido para mantener la cabeza alejada de lo que le había sucedido a Ronald Dolan.

No había servido.

Ella le había dicho cosas horribles, pensó, mientras enrollaba un par de calcetines blancos de Tyler. Había pensado cosas peores de las que le había dicho. En los últimos catorce meses había utilizado todo su poder para

fastidiar los planes de las veinte hectáreas de Antietam Creek.

Le había criticado, se había quejado de él y le había maldecido.

Y ahora estaba muerto.

Recordaba cada pensamiento, cada acto; cada sonrisa burlona y cada una de sus palabras la obsesionaban.

El perro pasó como una tromba por su lado mientras ella levantaba el cesto hasta la cadera. Se puso a ladrar como un desaforado y atacó la puerta principal segundos antes de que alguien llamara.

—¡De acuerdo, de acuerdo, calla! —Le dio un tirón al collar con la mano libre para hacerle sentar—. En serio.

Cuando iba a abrir la puerta, Tyler bajó las escaleras corriendo.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—No lo sé. Mi visión de rayos X debe de estar apagada.

—¡Mami!

El niño cayó sobre el perro, muerto de risa.

Lana abrió la puerta. Parpadeó al ver a Doug al tiempo que Tyler y el perro se le echaban encima.

—¡Parad! ¡*Elmer*, quieto! ¡Tyler, compórtate!

—Le tengo. —Para delicia de Tyler, Doug se lo pasó por debajo del brazo como si fuera un balón—. Parece que tenían ganas de salir. —Sosteniendo al niño chillón, se agachó para acariciar al perro blanco y negro entre las orejas—. ¿*Elmer*? ¿Éste es Fudd o Gantry?

—Fudd —contestó Lana—. A Ty le chiflan los dibujos de Bugs Bunny. Oh, Doug, lo siento mucho. Olvidé que habíamos quedado.

—¿Has oído? —Dio la vuelta a Tyler para que pudiera sonreírle a la cara—. Es el sonido de mi ego haciéndose pedazos.

—No oigo a nadie.

—Nada —corrigió Lana—. Por favor, pasa. Es que estoy un poco desarreglada.

—Estás muy guapa.

—Ya. Me lo imagino.

Llevaba pantalones cortos, con pétalos de rosa en la cintura, y una camiseta sin mangas rosa y blanca. Calzaba zapatos de lona y llevaba unos aros de oro en los lóbulos. Se había recogido el pelo en un moño. Automáticamente, se lo tocó para asegurarse de que seguía recogido.

Según él, parecía un caramelo con palo muy apetitoso.

—Pregunta: ¿siempre coordinas el vestuario para hacer la colada?

—Por supuesto. Ty, ¿me haces un favor? ¿Te llevas un rato a *Elmer* a tu habitación?

—¿Puedo enseñarle mi habitación?

—Se llama señor Cullen. Puede que luego. Ahora llévate a *Elmer*.

Doug dejó a Ty en el suelo.

—Tienes una casa muy bonita —comentó, mientras Tyler subía las

escaleras con el perro pisándole los talones.

—Gracias.

Miró distraídamente la sala, entonces limpia como una patena y con las paredes de color verde pálido con muebles sencillos a prueba de niños.

—Doug, de verdad que lo siento. Se me fue de la cabeza. Se me fue todo después de enterarme de lo de Ron Dolan. No logro olvidarlo.

—Es tan gordo que ha trastornado a toda la ciudad.

—Me porté de manera horrible con él. —Se le quebró la voz mientras dejaba el cesto de la ropa sobre la mesita—. Horrible. No era un mal hombre. Lo sé y lo sabía. Pero era un adversario y tuve que pensar que era malo. Así es como funcionan las cosas. Eres el enemigo y hago lo que sea para vencerte. Pero era un buen hombre, con esposa, hijos, nietos. Él creía tener tanta razón como yo...

—Eh. —Le puso las manos en los hombros y la obligó a volverse—. A menos que quieras confesar que fuiste al Simon's Hole y le diste en la cabeza, no fue culpa tuya. Castigarte por haber hecho tu trabajo no sirve para nada.

—Pero ¿no es espantoso que piense mejor de él muerto que vivo? ¿Qué dice eso de mí?

—Que no eres una santa y que necesitas salir un rato. Vamos.

—No puedo. —Levantó las manos en un gesto de indefensión—. No soy buena compañía. No tengo canguro. Yo...

—Trae al niño. Le gustará lo que tenía pensado.

—¿Llevarnos a Ty? ¿Quieres que nos llevemos a Ty?

—A menos que creas que no le gustará ver una película triple X. Pero mi opinión es que nunca es demasiado pronto para empezar a explorar la sexualidad.

—Ya tiene su propia colección de vídeos —contestó ella—. Tienes razón, me gustaría salir un rato. Gracias. Me cambio en un momento.

—Estás estupenda. —Le cogió la mano y tiró de ella hacia el pie de las escaleras. No pensaba dejar que se quitara esos pantaloncitos cortos—. ¡Eh, Ty-Rex! Baja, que nos vamos.

El último lugar donde Lana esperaba pasar el sábado por la noche era en un minibéisbol. El parque tenía tres, y tres más para niños de menos de doce años. También tenía una pista de minigolf, una tienda de helados y una pista de coches de carreras. Era un sitio ruidoso, lleno hasta los topes y repleto de niños sobreexcitados.

—No, no, no tienes que darle a nadie. Tienes que darle a la pelota.

Detrás de ella, Doug se inclinó para cogerle las manos con que agarraba el bate.

—No he jugado nunca al béisbol, sólo a atrapar pelotas con Ty en el jardín.

—No intentes utilizar una infancia desgraciada para ganarte mi simpatía. Vas a aprender a hacerlo. Primero los hombros. La parte superior del cuerpo. Luego las caderas.

—¿Puedo hacerlo yo? ¿Puedo? —suplicó Ty por detrás de la reja de

protección.

—Primero una generación y después otra, bateador. —Doug le guiñó el ojo—. Déjame enseñarle algo a tu madre y después tú y yo le demostraremos cómo batean los hombres.

—Los comentarios sexistas no te harán ganar puntos —le informó Lana.

—Tú mira la pelota —dijo Doug—. La pelota va a ser todo tu mundo. Tu único propósito en la vida será golpear esa pelota con tu bate. Tú eres el bate y la pelota.

—Vaya, jugamos a béisbol zen.

—Ja, ja. ¿Preparada?

Lana se mordió el labio inferior y asintió. Se odió a sí misma por ser esa clase de chica que grita y se encoge cuando la pelota sale de la máquina y vuela hacia ella.

—Has fallado, mami.

—Sí, Ty, lo sé.

—Una. Probemos de nuevo.

Esta vez Doug la cogió con los brazos y guió su movimiento con el bate cuando la pelota salió disparada hacia ellos.

El golpe del bate de madera y la vibración ligera que le provocó en los brazos la hicieron reír.

—Hazlo otra vez.

Golpeó varias más, con gran entusiasmo de Tyler. Luego se volvió hacia atrás y levantó la cabeza hasta que sus labios casi rozaron la mandíbula de Doug. Esperó hasta que él bajó la mirada.

—¿Cómo lo hago? —murmuró.

—Nunca vas a jugar en la liga, pero vas aprendiendo.

Le puso una mano en la cadera, la dejó allí un momento y después se apartó.

—Vale, Ty, te toca.

Lana los observó, las manos grandes del hombre sobre las pequeñas del niño agarradas a un gran bate de plástico. Por un momento su corazón se encogió de dolor por el hombre que había amado y perdido. Y por un momento casi lo sintió a su lado, de pie, como le pasaba a veces cuando miraba cómo dormía su hijo por la noche.

Entonces se oyó el apagado golpe del plástico sobre el plástico y con él la alegre y sincera risa de Ty. El dolor desapareció.

Sólo existía su hijo y el hombre que le guiaba las manos sobre un grueso bate de plástico.

Tardaron tres días en dejarles volver a trabajar en la excavación. Durante ese tiempo, Callie escribió informes y pasó un día en el laboratorio de Baltimore. Cooperó con el sheriff del condado, declarando durante una hora en su oficina y respondiendo preguntas.

Sabía que no estaban más cerca de encontrar al asesino de Dolan. Estuvo atenta a los cotilleos de la ciudad y leyó los periódicos.

Y cuando se puso a rascar y cavar la tierra supo que estaba explorando el lugar donde un hombre había sido asesinado.

Allí habían muerto otras personas, pensó. Por enfermedad, por heridas. Por violencia. Acerca de ellas podría recoger datos, reconstruirlos y perfilar teorías razonables.

Acerca de Dolan, estaba tan a oscuras como la policía local.

Podía imaginar la vida, el orden social, incluso la rutina diaria de personas que habían vivido miles de años antes de que naciera ella. Sin embargo, no sabía casi nada de un hombre que había conocido y con el que se había peleado.

Allí podía excavar y descubrir. Sin embargo, no podía aprender nada de un hombre que había muerto a pocos metros de donde ella trabajaba.

Podía excavar en su propio pasado y descubriría los hechos. Pero no cambiaría nada.

—Nunca eras tan feliz como cuando tenías un montón de tierra y una pala.

Volvió la cabeza, secándose distraídamente el sudor que le bajaba por las sienes. Y sintió que el corazón le daba un vuelco al ver a su padre.

—Es un pico dental —dijo, y lo levantó. Lo dejó a un lado, saltó por encima de la cámara y las demás herramientas, y se encaramó fuera del agujero—. Voy a hacerte un favor y no darte un abrazo porque llevas un traje muy bonito.

Pero ladeó la cabeza para besarle en la mejilla.

Se limpió las manos en la parte trasera de los vaqueros.

—¿Ha venido mamá contigo?

—No. —Echó un vistazo a su alrededor, tanto por interés como para aplazar explicar el propósito de su visita—. Parecéis muy ocupados.

—Intentamos recuperar el tiempo perdido. Tuvimos que dejarlo todo como estaba durante tres días hasta que la policía terminó la investigación en la escena del crimen.

—¿La policía? ¿Es que hubo un accidente?

—No. Se me olvida que esto es el culo del mundo. Supongo que las noticias no han llegado tan al norte. Hubo un asesinato.

—¿Un asesinato? —Se le petrificó la expresión y le cogió la mano—. Por Dios, Callie. ¿Alguien de tu equipo?

—No. No. —Le apretó la mano y el malestar inicial que habían sentido los dos desapareció—. Vamos a la sombra.

Callie se inclinó para coger dos botellas de agua de la nevera.

—Fue el propietario de la tierra, el constructor. Parece que vino, en plena noche, con la intención de esconder unos huesos de animales. No estaba muy contento con los problemas que le creábamos para sus planes respecto al terreno. Alguien le partió el cráneo. Seguramente con una piedra. Por ahora no sabemos ni quién ni por qué.

—¿Tú no vives aquí, no? Estás en un motel de la ciudad.

—Sí, estoy en un motel. Estoy perfectamente segura. —Le pasó una de las botellas y ambos se pusieron a caminar hacia los árboles—. Digger es el que vive aquí. ¿Te acuerdas de Digger, del taller de talla de piedra que tú y mamá visitasteis en Montana? —Hizo un gesto hacia donde trabajaba él, prácticamente trasero con trasero con Rosie—. Digger encontró el cadáver al día siguiente. Le afectó mucho. Y la policía no lo deja en paz. Tiene un par de antecedentes por consumo y un par por destrucción de la propiedad o algo así. Peleas de bar —dijo con un encogimiento de hombros—. Está muerto de miedo por si lo van a arrestar.

—¿Estás segura de que no fue él?

—Sí. Tan segura como de que no fui yo. Dig está un poco loco y le gusta pegarse, sobre todo si hay una mujer de por medio. Pero nunca le haría daño de verdad a nadie. Nunca aparecería por detrás de nadie para aplastarle el cráneo con una piedra. Es probable que fuera alguien de la ciudad. Alguien resentido con Dolan. Por lo que yo sé, tenía tantos enemigos como amigos, y los bandos estaban divididos respecto a esta urbanización.

—¿Qué pasará ahora con tu proyecto?

—No lo sé. —Sabía que era un error apegarse demasiado a una excavación. Y siempre cometía el mismo error—. Lo vamos tomando como viene. Graystone ha llamado a un representante de los nativos americanos para que dé el visto bueno al traslado de los restos.

Hizo un gesto hacia Jake y el hombre fornido que estaba a su lado.

—Se conocen, han trabajado juntos en otras ocasiones, así que en ese sentido todo va bien.

Su padre miró al hombre que había sido su yerno. El hombre al que casi no conocía.

—¿Y cómo te va trabajando otra vez con Jake?

—Pasable. En cuanto al trabajo, es el mejor. Y como yo soy la mejor, nos entendemos. En el otro campo, nos llevamos mejor de lo que solíamos. No sé por qué, ha sido menos pelma de lo que era antes. Eso, a su vez, me hace ser menos pelma a mí. Pero no has venido desde Filadelfia para ver el proyecto o preguntarme por Jake.

—Siempre me interesa tu trabajo y tu vida. Pero no es por eso por lo

que he venido.

—Tienes los resultados de los análisis de sangre.

—Todavía son resultados preliminares, Callie, pero... pensé que querías saberlo.

La Tierra no dejó de girar sobre su eje, pero en aquel momento el mundo de Callie dio el salto final que lo cambiaba todo.

—Ya lo sabía. —Tomó la mano de su padre y la apretó cálidamente—. ¿Se lo has dicho a mamá?

—No. Se lo diré esta noche.

—Dile que la quiero.

—Lo haré. —A Elliot se le nubló la visión. Se aclaró la garganta—. Lo sabe, pero le gustará saber que fue lo primero que dijiste. Está tan preparada como cualquiera de nosotros puede estarlo. Soy consciente de que tienes que decírselo a... los Cullen. Pensé que quizá querías que te acompañara cuando lo hicieras.

Callie siguió mirando hacia delante hasta que estuvo segura de que podía hablar sin que se le quebrara la voz.

—Eres tan buena persona... Te quiero muchísimo.

—Callie...

—No, espera. Tengo que decirlo. Todo lo que soy os lo debo a ti y a mamá. No tiene importancia el color de mis ojos ni la forma de mi cara. Eso es una ruleta biológica. Todo lo que cuenta os lo debo a vosotros. Eres mi padre. Y esto no puede... Lo siento por los Cullen. No sabes hasta qué punto lo siento. Y estoy enfadada por ellos, por ti y por mamá, y por mí misma. Y no sé lo que va a pasar. Me asusta. No sé lo que va a pasar, papá.

Se volvió hacia él y escondió la cara en su pecho.

Él la apretó, abrazándose a ella. Sabía que Callie lloraba pocas veces. Incluso cuando era pequeña las lágrimas no eran su respuesta al dolor o la ira. Cuando lloraba, era porque el dolor era tan hondo que no podía arrancárselo para examinarlo.

Quería ser fuerte para ella, ser sólido y seguro. Pero las lágrimas de su hija se le atragantaron.

—Me gustaría arreglarlo todo, cariño. Pero no sé cómo.

—Quiero que sea un error. —Volvió la mejilla caliente y húmeda hacia el hombro de él—. ¿Por qué no puede tratarse de un error? Pero no lo es. —Soltó un suspiro tembloroso—. No lo es. Y tengo que afrontarlo. Y sólo puedo hacerlo a mi manera. Paso a paso, punto por punto. Como en un proyecto. No puedo limitarme a mirar la superficie y estar satisfecha. Tengo que mirar lo que hay debajo.

—Lo sé. —Elliot sacó un pañuelo del bolsillo—. Toma. —Le secó las mejillas—. Te ayudaré. Haré lo que sea para ayudarte.

—Ya lo sé. —Le cogió el pañuelo—. Ahora tú —murmuró, y suavemente se secó las lágrimas—, no le digas a mamá que he llorado.

—No se lo diré. ¿Quieres que vaya contigo a hablar con los Cullen?

—No. Pero gracias. —Le puso las manos en las mejillas—. Todo irá bien,

papá. Todo saldrá bien.

Jake los observaba. Lo sabía, como Callie lo había sabido desde el primer momento que vio a Elliot. Y cuando ella había llorado, en brazos de su padre, le había partido el corazón. Los miró tal como estaban, con Callie cogiendo la cara de su padre con las manos. «Intentando consolarse mutuamente», pensó. Ser fuertes para el otro.

Había una ternura entre ellos que él nunca había experimentado en su familia. Pensó que los Graystone no eran muy hábiles expresando sus emociones.

Él hubiera descrito a su padre como un estoico. Un hombre de pocas palabras que trabajaba de sol a sol y no se quejaba casi nunca. Jamás había dudado de que sus padres se amaran, o de que amaran a sus hijos, pero no recordaba que su padre hubiera dicho nunca «te quiero» a nadie. Las palabras le parecerían superfluas. Él demostraba su amor procurando que hubiera comida en la mesa, enseñando a sus hijos con una llave de yudo afectuosa o con una palmadita en la espalda de vez en cuando.

Su tribu, pensó Jake, no había dedicado mucho tiempo a los aspectos tiernos de la familia. Ése había sido su ambiente, su cultura y su aprendizaje. Quizá por eso nunca se había sentido cómodo diciéndole a Callie las cosas que a las mujeres les gusta escuchar. Que era bonita. Que la quería. Que era el centro de su mundo y todo lo que importaba.

No podía volver atrás y cambiar lo que había sido, pero esta vez no se marcharía. Estaría al pie del cañón durante toda la crisis tanto si ella lo quería como si no.

La vio caminar hacia el río. Elliot recogió las botellas de agua que habían tirado y al incorporarse miró hacia Jake. Cuando sus ojos se encontraron, Elliot salió de la sombra de los árboles y volvió al sol brutal que caía sobre la excavación.

Jake lo encontró a medio camino.

—Jacob. ¿Cómo estás?

—Bastante bien.

—Quería decirte que tanto Vivian como yo sentimos mucho que las cosas no funcionaran entre tú y Callie.

—Os lo agradezco. Tengo que decirte que sé lo que está pasando.

—¿Te lo ha confiado?

—Podría decirse así. O podría decirse que se lo hice confesar.

—Bien, bien —repitió Elliot, y se frotó la nuca para aliviar la tensión—. Es agradable saber que tiene a alguien cerca en quien apoyarse ahora mismo.

—No se apoyará. Es uno de sus problemas. Pero estoy aquí de todas maneras.

—Antes de que vuelva, dime, ¿tengo que preocuparme por lo que ha sucedido aquí? ¿Por el asesinato?

—Si te refieres a si tiene algo que ver con ella, no lo creo. Además yo estoy siempre cerca.

—¿Y cuando clausuréis la excavación por esta temporada?

Jake asintió.

—Tengo algunas ideas sobre esto. —Miró por detrás de Elliot hacia Callie, que se dirigía a la excavación—. Tengo muchas ideas.

Sabía que era una falta de responsabilidad, que era una cobardía. Pero Callie había pedido a Lana que llamara a Suzanne y la convocara a una reunión en su despacho al día siguiente. Lo habría dejado para más tarde, pero Lana tenía un hueco a las tres. Poner excusas para cambiar el día no era más que otra evasión de responsabilidades que Callie no podía justificar.

Intentó trabajar en su informe diario, pero no lograba concentrarse. Intentó evadirse con un libro, con una película antigua de la televisión, pero no lo consiguió.

Pensó en salir a dar una vuelta con el coche, pero era una tontería. No tenía a donde ir ni nada que hacer una vez llegara allí.

Pensó que tal vez se sentiría menos enjaulada si dejaba la habitación del hotel y acampaba en la excavación.

Era una idea.

Pero mientras tanto estaba atrapada en una habitación de cuatro por cuatro metros con una sola ventana, una cama dura como la piedra y sus agobiantes pensamientos.

Se echó en la cama y abrió la caja de zapatos. No quería leer otra carta. Se veía obligada a leer otra carta.

Esta vez eligió una al azar.

Feliz cumpleaños, Jessica. Hoy has cumplido cinco años.

¿Eres feliz? ¿Estás sana? En algún rincón de tu corazón ¿me recuerdas?

Aquí hace un día precioso. Apenas se huele la llegada del otoño.

Los álamos empiezan a volverse amarillos y el matorral frente a la casa de la abuela ya está rojo como el fuego.

Tus dos abuelas han venido esta mañana. Saben, claro que lo saben, que para mí es un día difícil. Los padres de tu padre hablan de mudarse a Florida. Tal vez el año que viene, o el otro. Están cansados de los inviernos. No sé por qué algunas personas desean que sea verano todo el año.

Las abuelas creían que me ayudaban viniendo a verme, charlando de los planes que tenían para pasar el día. Querían hacerme salir. Iríamos a los almacenes, dijeron. A los almacenes de Virginia Occidental y empezaríamos a comprar regalos de Navidad. Almorzaríamos.

Yo estaba enfadada. ¿No veían que no tenía ganas de salir? No quería compañía, ni risas ni centros comerciales. Quería estar sola. Las he ofendido pero no me importa.

No quiero que me importe.

Hay veces que lo único que deseo es gritar. Gritar y gritar y no parar nunca. Porque hoy cumples cinco años y no te encuentro.

Te he preparado un pastel. Un pastel de cabello de ángel, y lo he adornado con azúcar rosa. Es una preciosidad. He puesto cinco velas en el pastel, las he encendido y te he cantado «Cumpleaños feliz».

Quería que lo supieras, que supieras que te he preparado un pastel y le he

puesto velas para ti.

No puedo contárselo a tu padre. Se enfada conmigo y nos peleamos. O aún peor, no dice nada. Pero tú y yo lo sabremos.

Cuando Doug volvió de la escuela, le di un pedazo. Estaba tan triste y solemne sentado a la mesa y comiéndoselo. Ojalá pudiera hacerle entender que te he preparado un pastel porque ninguno de nosotros puede olvidarte.

Pero sólo es un niño.

No me he rendido, Jessica. No me he rendido.

Te quiero,

MAMÁ

Mientras doblaba otra vez la carta, Callie se imaginó a Suzanne encendiendo velas y cantando «Cumpleaños feliz» al fantasma de su pequeña en una casa vacía.

Y recordó las lágrimas en las mejillas de su padre aquella tarde.

El amor, pensó mientras guardaba la caja, muy a menudo estaba cargado de dolorosas espinas. Era increíble que la humanidad siguiera persiguiéndolo.

Pero quizá la soledad era peor.

No podía soportar estar sola en aquel momento. Se volvería loca si seguía mucho tiempo más sola en aquella habitación. Tenía la mano en la puerta cuando se detuvo, cuando se dio cuenta de adonde iba.

«A ver a Jake —pensó—. A la habitación de al lado con Jake.» ¿Para qué? ¿Para apagar la pena con sexo? ¿Para olvidar su soledad con una conversación banal? ¿Para provocar una pelea?

Cualquiera de las tres cosas le serviría.

Pero no quería ser ella la que lo buscara. Apretó la frente contra la puerta. No tenía ningún derecho a buscarlo.

En lugar de eso, abrió el estuche del violonchelo. Puso colofonia al arco y se sentó en la silla recta. Pensó en Brahms, pero cuando estaba a punto de tocar las cuerdas con el arco, se lo pensó mejor.

Lanzó una mirada a la pared que separaba su habitación de la de Jake.

Aunque no quisiera correr a buscarlo, ¿significaba eso que no podía hacer que él corriera a buscarla a ella? ¿Qué más daba otra falta de responsabilidad?

La mera idea ya la animó lo suficiente para hacerla sonreír, quizá un poco maliciosamente, al tocar las primeras notas.

Él tardó sólo treinta segundos en golpear la pared con el puño. Sonriendo, ella siguió tocando.

Él siguió aporreando.

Unos segundos después los golpes en la pared cesaron; Callie oyó una puerta que se cerraba de un portazo y luego los golpes comenzaron en la suya.

Sin apresurarse, dejó a un lado el arco, apoyó el instrumento en la silla y fue a abrir.

Estaba muy sexy cuando estaba enfadado.

—Para.

—¿Perdona?

—Para —repitió él, y le dio un pequeño empujón—. Lo digo en serio.

—No sé de qué me hablas. Y vigila a quién empujas.

Le devolvió el empujón, más fuerte.

—Sabes que no soporto que toques eso.

—Puedo tocar el violonchelo siempre que me apetezca. No son ni las diez. No molesto a nadie.

—Me da igual la hora que sea y puedes tocar hasta el amanecer, pero eso no.

—Vaya, ¿ahora eres crítico de música?

Cerró la puerta de golpe.

—Mira, sólo tocas el tema de *Tiburón* para cabrearme. Sabes que me pone los pelos de punta.

—Que yo sepa, no ha habido un tiburón en el oeste de Maryland durante el último milenio. Puedes dormir tranquilo.

Recogió el arco y jugó con él en la palma de la mano.

Los ojos de Jake eran verdes e intensos, y la atractiva cara huesuda estaba lívida.

«Aquí está —pensó Callie vanidosamente—, todo para mí.»

—¿Algo más?

Le arrancó el arco de la mano y lo tiró.

—¡Eh!

—Tienes suerte de que no te lo haya enrollado en el cuello.

Callie se echó adelante para poder reírse en su cara.

—Prueba.

Él le pasó una mano por debajo de la barbilla y le apretó el cuello.

—Prefiero hacerlo con las manos.

—No me das miedo. Nunca me has dado miedo.

La levantó del suelo. Podía olerle el pelo, la piel. La vela que tenía encendida en la cómoda. La lujuria le subía por el cuerpo a la par que la ira.

—Ya te lo daré.

—¿Sabes lo que te cabreaba, Graystone? Nunca pudiste obligarme a hacerlo todo a tu manera. Te volvía loco que tuviera mi propia forma de pensar. No podías decirme entonces lo que debía hacer y puedes estar seguro de que no puedes hacerlo ahora. Por lo tanto lárgate.

—Esto ya me lo dijiste una vez. Sigue sin gustarme. Y no era tu forma de pensar lo que me volvía loco, era tu obstinación, tu ego empapado de malicia.

Le cogió el puño un instante antes de que le diera en las tripas. Forcejearon un momento.

Luego cayeron sobre la cama.

Ella le arrancó la camiseta, desgarrando el algodón, y se la pasó con impaciencia por la cabeza. Su respiración ya era acelerada. Él se volvió, abriéndole la camisa por delante y haciendo volar botones. Le hundió los dientes en el hombro, las manos en el pelo.

«Gracias a Dios, gracias a Dios», era lo único que podía pensar Callie cuando empezó a sentir el placer, cuando el cuerpo de él se prendió al suyo, cuando la boca de él bajó por su cuerpo.

La vida se despertó dentro de ella, tan brillante y ardiente que se dio cuenta de que había estado fría y muerta. Arqueó su cuerpo contra el de él, su mente gritaba pidiendo más. Y sus manos se adhirieron a él para obtenerlo.

Conocía la línea de sus huesos, el tacto de sus músculos, la forma de todas sus cicatrices. Conocía tan bien el cuerpo de él como el suyo. El sabor de su carne, la aspereza de la barba incipiente al frotarle la piel.

Conocía la emoción única e impactante que le hacía sentir.

Era rudo. Ella le despertaba algo, siempre lo había hecho, que lo convertía de civilizado en primitivo. El deseo, el anhelo que mostraba él, bordeaba el dolor. Por aparearse, dura y rápidamente, quizá con un poco de maldad. Quería invadir, enterrarse en el calor húmedo y hacer que ella se hundiera con él.

Meses de separación, de negación, de necesidad acumulados dentro de él como una herida que hacía que todo le doliera. Todo estaba sensible.

Ella era la respuesta. Siempre lo había sido.

Le cogió los pechos con las manos y después con la boca. Ella se apartó, metió la mano entre sus cuerpos y forcejeó con la cremallera de los pantalones de él.

Giraron otra vez, jadeando y forcejeando para liberarse de los vaqueros. El ímpetu los hizo caer de la cama y aterrizar en el suelo con un golpe. En plena sacudida ya la estaba penetrando.

Ella gritó, un sonido breve y asombrado, y sus piernas se enrollaron alrededor de él como cadenas.

No podía hablar, no podía parar. Cada empujón violento le encendía la sangre hasta que su cuerpo fue una masa de nervios sensibles. Se apretó contra él, empujando las caderas, y la visión se le borró.

Fue como si el orgasmo le saliera de las puntas de los pies, desgarrándola en su ascensión hacia la ingle, el corazón, la cabeza. Por un instante le vio la cara, viva y clara sobre la suya. Los ojos de él eran casi negros y estaban fijados en los suyos con la clase de intensidad que siempre la hacía sentir desnuda hasta los huesos.

Incluso cuando se volvieron borrosos, cuando ella sabía que estaba saliendo de sí mismo, la observaba.

Callie se volvió sobre el estómago y se quedó echada en el suelo. Él se quedó a su lado, mirando al techo.

«Una habitación de motel de segunda clase —pensó Jake—, una discusión tonta, sexo sin pensar.»

¿Algunas pautas no cambian nunca?

Aquellos no habían sido sus planes. Lo único que habían conseguido había sido un alivio temporal de la tensión. ¿Por qué los dos parecían siempre tan dispuestos a conformarse con sólo eso?

Él había querido darle más. Dios sabía que había querido dar mucho más a los dos. Pero quizá, si lo pensaba bien, aquello era lo único que había entre ellos.

La mera idea le rompió el corazón.

—¿Te sientes mejor? —preguntó sentándose para buscar sus vaqueros.

Ella volvió la cabeza y lo miró con ojos cautos.

—¿Tú no?

—Claro. —Se puso en pie y tiró de los vaqueros—. La próxima vez que te apetezca un polvo, sólo golpea la pared. —Vio una chispa de emoción en la cara de ella antes de que volviera la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Te he ofendido? —Oyó el tono cruel en su propia voz y le dio igual—. Venga, Dunbrook, no lo adornemos. Tú has apretado la tecla y has obtenido lo que querías. Nadie ha salido perjudicado.

—Exacto. —Deseaba que se fuera. Deseaba que se agachara y la levantara en brazos, que la abrazara. Que se quedara con ella—. Así los dos dormiremos mejor esta noche.

—No tengo problemas para dormir, cariño. Hasta mañana.

Callie esperó hasta que oyó que se cerraba la puerta, hasta que oyó que él abría la de su habitación. Y la cerraba.

Luego, por segunda vez aquel día, lloró.

Callie se dijo a sí misma que estaba serena cuando se sentó en la oficina de Lana la tarde del día siguiente. Haría lo que tenía que hacer. Aquello sólo era un paso.

—¿Quieres un café? —preguntó Lana.

—No, gracias. —Le daba miedo que le explotara el organismo si le añadía más cafeína—. Estoy bien.

—No parecestarlo. De hecho, parece que haga una semana que no duermes.

—He pasado mala noche, es verdad.

—Ésta es una situación difícil para todos. Para ti más que para nadie.

—Yo diría que lo es más para los Cullen.

—No. La lucha de la cuerda es más dura para la cuerda que para los que tiran de ella.

Incapaz de hablar, Callie se limitó a mirarla. Después se apretó los dedos contra los párpados.

—Gracias. Gracias por entenderlo y no limitarte a ser una asesora legal.

—Callie, ¿has pensado en buscar ayuda psicológica?

—No necesito ayuda. —Dejó las manos en las rodillas—. Estaré bien. La terapia que necesito es encontrar respuestas.

—Entendido. —Lana se sentó a su mesa—. El investigador ha descubierto que Carlyle ha tenido una actuación similar desde mediados de los cincuenta. Es decir, tiene una disminución en las peticiones de adopción después de establecerse en una zona nueva. Sin embargo, por lo que hemos averiguado, parece que sus ingresos y su cartera de clientes aumentaban. Es plausible asumir que la mayor parte de sus ingresos procedía del mercado negro de adopciones. Todavía estamos intentando localizarlo después de Seattle. No hay constancia de que practicara la abogacía en ningún lugar de Estados Unidos después de cerrar su oficina en esa ciudad. Pero hemos encontrado otra cosa.

—¿Cuál?

—A su hijo, Richard Carlyle, que vive en Atlanta. Es abogado.

—Mira qué oportuno.

—Mi investigador cree que está limpio. Tiene cuarenta y ocho años, está casado, tiene dos hijos. Se licenció en Harvard, se graduó entre los cinco mejores de su clase. Trabajó como socio en un gabinete importante de Boston. Conoció a su esposa a través de amigos comunes en una visita a Atlanta. Estuvieron saliendo dos años a distancia. Cuando se casaron, él se trasladó a Atlanta y entró como socio en otro gabinete. Ahora tiene el suyo propio.

Lana dejó la carpeta.

—Ha ejercido dieciséis años en Atlanta, sobre todo en temas relacionados con propiedades. Nada indica que viva por encima de sus ingresos. Debía de tener diecinueve o veinte años cuando te secuestraron. No hay razón para creer que tuvo algo que ver.

—Pero podría saber dónde está su padre.

—El investigador está preparado para preguntárselo, si es lo que tú quieres.

—Sí.

—Se lo comunicaré. —Sonó su intercomunicador—. Son los Cullen. ¿Estás preparada?

Callie asintió con la cabeza.

—Si quieres que tome la palabra, en cualquier momento, si quieres que me encargue yo o quieres parar un momento, sólo tienes que hacerme una señal.

—Acabemos de una vez.

Fue un momento extraño: estaba frente a la que podría haber sido su familia si el destino hubiera dado un giro diferente. No estaba segura de lo que debía hacer cuando entraran. ¿Debía levantarse o permanecer sentada? ¿Adonde debía mirar? ¿Cómo debía estar?

Intentó echar un vistazo a Jay Cullen sin mirarlo descaradamente. Llevaba unos pantalones de algodón, una camisa con pequeños cuadros azules y verdes y unas Hush Puppies muy viejas. Una corbata azul. Parecía... agradable, decidió. Bastante atractivo y en forma, y encajaba perfectamente con su trabajo de profesor de matemáticas.

Y si las ojeras que tenía bajo los ojos —Dios mío, los ojos de ella— podían considerarse una pista, no había dormido bien.

No había suficientes sillas en el pequeño despacho de Lana para acomodarlos a todos. Por un momento —segundos, supuso Callie, pero parecieron alargarse interminablemente—, todos estuvieron de pie, incómodamente formales, como posando para una fotografía.

Entonces Lana se adelantó con la mano alargada.

—Gracias por venir, señora Cullen. Lo siento, no pensé que Doug vendría con ustedes. Iré a buscar otra silla.

—Me quedaré de pie —dijo él.

—No es ninguna molestia.

Él negó con la cabeza. Hubo otro momento de silencio, como un cuchillo cortando a través de los tensos saludos.

—Siéntese, señora Cullen. Por favor, señor Cullen. ¿Les apetece un café? ¿Un refresco?

—Lana. —Doug puso una mano en el hombro de su madre y la acompañó a una silla—. Esto no puede hacerse con normalidad. Es muy difícil para todos. Hagámoslo y basta.

—Es una situación delicada. —Y nada de lo que ella hiciera, admitió Lana, la haría más sencilla. Se instaló detrás de su mesa, separándose de ellos. Ella estaba allí sólo como enlace, como asesora legal. En caso necesario, como arbitro—. Como saben —empezó—, represento los intereses de Callie en el asunto de su parentesco. Recientemente, ciertas cuestiones e informaciones han salido a la luz con respecto a...

—Lana. —Callie se armó de valor—. Yo lo haré. Los resultados preliminares de los análisis que decidimos hacernos han llegado. Son todavía muy básicos. Los estudios de ADN más complejos tardarán bastante más. Uno de los análisis, el de paternidad, es en realidad una prueba negativa. Demuestra que un individuo no puede ser el padre. Este no es el caso.

Oyó que Suzanne contenía la respiración y se apretaba las manos. Tenía

que mantenerse tranquila, lógica, incluso práctica.

—Por ahora los resultados ofrecen una fuerte probabilidad de que... estemos relacionados biológicamente. Además de estos resultados está la otra información y el...

—Callie. —Doug mantenía la mano en el hombro de Suzanne. La sentía temblar bajo su mano—. Sí o no.

—Sí. Por supuesto hay un margen de error, pero es muy poco. No lo sabremos de forma concluyente hasta que no localicemos e interroguemos a Marcus Carlyle, el abogado que tramitó mi adopción. Pero estoy aquí mirándoos y es imposible negar el parecido físico. Es imposible negar el momento y las circunstancias. Es imposible negar los datos científicos recogidos hasta la fecha.

—Casi veintinueve años. —La voz de Suzanne era apenas un susurro, pero fue como si sacudiera la habitación—. Pero sabía que te encontraríamos. Sabía que volverías.

—No...

«No he vuelto», quería decir Callie. Pero no tuvo corazón para decirlo en voz alta viendo cómo las lágrimas caían por las mejillas de Suzanne.

Se puso de pie, en un movimiento instintivo, casi defensivo, cuando Suzanne se adelantó. Cuando Suzanne la rodeó con sus brazos fue como si su corazón y su mente chocaran y se hicieran pedazos.

«Tenemos la misma altura —pensó Callie tristemente—. Casi exactamente la misma.» Suzanne olía a una colonia ligera de verano que no se ajustaba al drama del momento. Su pelo era suave, espeso, un poco más oscuro que el de ella. Y el corazón le latía fuerte y rápidamente, aunque temblara.

A través de su propia visión borrosa, Callie vio que Jay se ponía de pie. Por un instante sus ojos se encontraron y se miraron.

Después, incapaz de soportar la tormenta de emoción de la cara de él, el brillo de lágrimas en sus ojos, el horrible pesar, Callie cerró los suyos.

—Lo siento. —No podía pensar en nada más que decir, y no sabía si hablaba con Suzanne o consigo misma—. Lo siento muchísimo.

—Ahora ya está. —Suzanne acarició el pelo de Callie, la espalda. La rozó suavemente como haría con una niña—. A partir de ahora todo irá bien.

¿Cómo? Callie luchó contra una necesidad urgente de apartarse del abrazo y huir. Correr hasta que encontrara otra vez el ciclo normal de su vida.

—Suze.

Jay tocó el hombro de Suzanne y la apartó suavemente. Él estaba allí, preparado para abrazarla cuando ella se volvió.

—Nuestra pequeña, Jay. Nuestra pequeña.

—Calla. No llores. Siéntate. Aquí; tienes que sentarte. —La ayudó y le llevó un vaso de agua que Lana le ofrecía—. Toma, querida, anda, bebe un poco de agua.

—Hemos encontrado a Jessica. —Le agarró la mano libre sin hacer caso del vaso—. Hemos encontrado a nuestra pequeña. Te lo dije. Siempre te lo he

dicho.

—Sí, siempre me lo has dicho.

—Señora Cullen, ¿por qué no me acompaña? —Lana pasó una mano por el brazo de Suzanne—. Le irá bien refrescarse un poco. ¿Por qué no viene conmigo? —repitió, y obligó a Suzanne a levantarse otra vez.

Para Lana fue como levantar una muñeca. Rodeó la cintura de Suzanne con un brazo y miró a Doug mientras la sacaba de la habitación. Su cara era inescrutable.

Jay esperó hasta que se cerró la puerta, y la siguió mirando un segundo más antes de volverse hacia Callie.

—Pero no es así, ¿verdad? —dijo en voz baja—. No eres Jessica.

—Señor Cullen...

Él dejó el vaso con una mano temblorosa. La habría vertido de no haberla dejado. Pero entonces sus manos estaban vacías.

—Digan lo que digan los análisis. La biología no importa. Tú lo sabes, te lo leo en la cara. Ya no eres nuestra. Y cuando ella lo comprenda...

Se le quebró la voz, y Callie le vio esforzarse por terminar la frase.

—Cuando finalmente lo comprenda, será como volver a perderte otra vez.

Callie levantó las manos.

—¿Qué queréis que diga? ¿Qué queréis que haga?

—Ojalá lo supiera. Tú, bueno, no tenías que hacer esto. No tenías que decírnoslo. Quiero... No sé si puedes entenderlo o no, pero necesito decir que estoy orgulloso de que seas la clase de persona que no huye.

Ella sintió que algo se le soltaba por dentro.

—Gracias.

—Decidas lo que decidas hacer o no hacer, no le hagas más daño del necesario. Necesito tomar el aire. —Se dirigió rápidamente a la puerta—. Doug —dijo sin mirar atrás—. Ocúpate de tu madre.

Callie volvió a sentarse en la silla y, como sentía un peso espantoso en la cabeza, la echó hacia atrás.

—¿Tienes algo profundo que decir? —preguntó.

Él se acercó, se sentó y dejó colgar las manos entre las piernas. Le miraba la cara con intensidad.

—Toda mi vida, desde que puedo recordar, has sido un fantasma en nuestra casa. En cualquiera de nuestras casas, siempre estabas allí, por el mero hecho de no estar. Todas las vacaciones, todas las fiestas, todos los días normales, tu sombra oscurecía los rincones. Hubo momentos, muchos momentos, en que te odié por eso.

—Fue una desconsideración por mi parte dejarme secuestrar.

—De no haber sido por ti, todo habría sido normal. Mis padres seguirían juntos.

—Oh, vaya —exclamó Callie con un suspiro.

—De no ser por ti, todo lo que hice durante mi infancia no habría tenido

una sombra encima. No habría visto el pánico en los ojos de mi madre cada vez que tardaba más de cinco minutos en volver de la escuela. No la habría oído llorar por la noche o pasearse por la casa como si buscara algo que no estaba allí.

—Eso no puedo arreglarlo.

—No, no puedes. Me da la impresión de que tuviste una buena infancia. Fácil, normal, un poco de niña rica, pero no tanto para que te estropearan del todo.

—Y tú no.

—No, no tuve nada fácil ni normal. Si tuviera que hacer un análisis rápido, es probable que me impidiera hacer una vida normal, hasta ahora. Sin embargo, quizá..., no lo sé, pero quizá por eso creo que seré capaz de afrontar esto mejor que el resto de vosotros. Es más fácil para mí, creo, enfrentarme a alguien de carne y hueso que a un fantasma.

—Jessica sigue siendo un fantasma.

—Sí, lo sé. Querías apartarla cuando te abrazó, pero no lo hiciste. ¿Por qué no la apartaste? ¿Por qué?

—No tengo ningún problema en portarme como una bruja, pero no soy una bruja sin corazón.

—Eh, nadie le llama bruja a mi hermana. Excepto yo. Yo te quería. —Se le escapó sin pensarlo—. Mira, sólo tenía tres años, o sea, que para mí debía de ser como querer a un cachorrito. Espero que podamos intentar ser amigos.

Callie soltó un suspiro agitado. Respiró hondo y lo miró. Los ojos de él eran directos, pensó. Y de un marrón oscuro. Mezclada con la angustia que veía en ellos observó una bondad que no se esperaba.

—No es tan difícil aceptar a un hermano como lo es...

Dirigió una mirada hacia la puerta.

—No estés tan segura. Tengo que ponerme al día de muchas cosas. Por ejemplo, ¿quién es ese Graystone? Estás divorciada, ¿no? ¿Por qué sigue a tu lado?

Callie parpadeó.

—¿Me tomas el pelo?

—Sí, pero más adelante puede que no. —Se inclinó un poco más cerca de ella—. Háblame del cabrón de Carlyle.

Callie abrió la boca, pero volvió a cerrarla cuando se abrió la puerta.

—Luego —murmuró, y se levantó al ver que Lana entraba con Suzanne.

—Lo siento, no quería hacer una escena. ¿Dónde está Jay? —preguntó Suzanne echando un vistazo a su alrededor.

—Ha salido a tomar el aire —dijo Doug.

—Ya.

Y apretó los labios en una línea fina.

—Déjalo tranquilo, mamá. Para él también es un golpe.

—Hoy es un día feliz. —Tomó la mano de Callie al sentarse—. Deberíamos estar juntos. Sé que estás abrumada —dijo dirigiéndose a Callie—

. Sé que necesitarás tiempo, pero quiero hablar contigo de muchas cosas. Quiero preguntarte muchas cosas. No sé ni por dónde empezar.

—Suzanne. —Callie miró sus manos unidas—. Lo que te pasó, lo que os pasó a todos, es despreciable. Pero no podemos hacer nada para cambiarlo.

—Pero ahora lo sabemos. —La voz le fallaba en un balbuceo histérico—. Sabemos que estás bien. Que estás aquí.

—No lo sabemos. No sabemos cómo, no sabemos por qué. No sabemos quién. Tenemos que descubrirlo.

—Por supuesto que sí. Por supuesto. Pero lo importante es que estás aquí. Podemos ir a casa. Ahora podemos ir a casa y...

—¿Qué? —preguntó Callie con un cierto pánico. No, antes no había apartado a Suzanne. Pero ahora lo haría. Tenía que hacerlo—. ¿Volver al punto donde lo dejamos? He tenido una vida entera entre entonces y ahora, Suzanne. No puedo compensarte por todo lo que perdiste. No puedo ser tu hijita, ni siquiera tu hija mayor. No puedo abandonar lo que soy para ser lo que tú tenías. No sabría cómo hacerlo.

—No puedes pedirme que me vaya, que me olvide de ti, Jessie...

—Ella no soy yo. Tenemos que descubrir por qué. Nunca te rendiste —dijo, al ver que los ojos de Suzanne se humedecían de nuevo—. Eso es algo que tenemos en común. Yo tampoco me rindo. Descubriré por qué. Puedes ayudarme.

—Haré lo que sea por ti.

—Entonces necesito que dediques un poco de tiempo a pensar en el pasado. A recordar. Sobre tu médico cuando estabas embarazada de mí. Sobre las personas de su consulta, las personas con quienes estuviste en contacto durante el parto. El pediatra y el personal de su consulta. ¿Quién sabía que ibas a ir al centro comercial? ¿Quién podía conocerte o conocer tus costumbres suficientemente para estar ahí en el momento correcto? Hazme una lista —añadió Callie—. Soy una fiera con las listas.

—Sí, pero ¿de qué va a servir?

—Tiene que haber alguna relación entre tú y Carlyle. Alguien que te conocía. Fuiste un objetivo. Estoy segura. Todo pasó demasiado deprisa, demasiado fácilmente para que fuera debido al azar.

—La policía...

—Sí, la policía —dijo Callie con un asentimiento de cabeza—. El FBI. Dame todo lo que recuerdes de las investigaciones. Todo lo que tengas. Soy buena haciendo indagaciones. Sé cómo convertir los datos en una imagen coherente. Tengo que hacerlo por mí misma, y por ti. Ayúdame.

—Lo haré. Claro que lo haré. Todo lo que quieras. Pero necesito verte. Por favor.

—Ya pensaremos algo. Déjame que te acompañe al coche.

—Ve, mamá. —Doug fue a abrir la puerta—. Yo iré enseguida.

Cerró la puerta detrás de las dos mujeres y se apoyó en ella mirando a Lana.

—Hemos ampliado el concepto de «familia disfuncional». Quiero darte

las gracias por ayudar a mi madre a serenarse.

—Es muy fuerte. Tenía todo el derecho a hundirse. Casi me echo a llorar yo. —Soltó un suspiro—. Y tú ¿cómo estás?

—Todavía no lo sé. No me gustan los cambios. —Se acercó a la ventana y contempló la hermosa vista del parque—. La vida es menos complicada si las personas dejan las cosas como están.

—Mírame a mí, nada es igual para siempre. Ni lo bueno, ni lo malo ni lo indiferente.

—La gente no lo permitirá. Callie no es de la clase de personas que dejan las cosas como están, no por mucho tiempo. Desprende energía, una especie de inquietud incluso cuando está quieta. Lo que ha pasado aquí es... sólo un efecto dominó. Cae una ficha y va empujando las otras. Y cambia todo el panorama.

—Y el viejo panorama era más cómodo para ti.

—El viejo panorama lo entendía. —Se encogió de hombros—. Pero se ha ido a paseo. Acabo de tener una conversación con mi... con mi hermana. La segunda que tengo con ella en pocos días. Antes de eso, la última vez que la vi, era calva y no tenía dientes. Es un poco surrealista.

—Y todos te necesitan a su propia manera.

Doug frunció el ceño y se volvió hacia ella.

—No lo creo.

—Ha sido bastante evidente para esta observadora objetiva. Y para mí explica por qué te vas y por qué vuelves.

—Me voy por mi trabajo y por él también vuelvo.

—Te obliga a marcharte hasta cierto punto —aceptó ella—. Pero no tendrías por qué volver. Bueno, una visita de vez en cuando, como hacen las familias. Pero tú también vuelves por ellos, por ti mismo. Eso me gusta de ti. Me gustan muchas cosas de ti. ¿Por qué no te olvidas un poco de todo esta noche? Pasa por casa. Te prepararé una cena.

Doug no sabía si alguna vez había visto a una mujer más guapa. Al menos no a una mujer tan bien arreglada. O una que lograra arrinconar a un hombre de una forma tan elegante.

—No pienso quedarme. Ya lo sabes.

—Me he ofrecido a asar un poco de pollo, no a vaciar un armario para que puedas instalarte en casa.

—Quiero acostarme contigo.

Como lo dijo en un tono casi indignado, Lana arqueó las cejas.

—Bueno, no entra en el menú de hoy. Puede que entre algún día, en el futuro. Pero por ahora no pienso vaciar ningún armario.

—Tengo tendencia a fastidiar las relaciones, por eso he dejado de tenerlas.

—Te lo comunicaré cuando estés fastidiando ésta. —Se acercó a él y le rozó los labios con los suyos—. Pollo asado, Doug. Desgraciadamente no podrá haber sexo de postre porque tengo que pensar en Ty. Pero puedes seducirme para que descongele el pastel de melocotón que tengo en el

congelador. Es de Suzanne's Kitchen —añadió con una sonrisa—. Toda una institución en casa.

Se iba a complicar más, pensó él. La vida se le iba a complicar. La mujer, el hijo, las sensaciones que cada uno de ellos despertaba en él. Pero no estaba preparado para alejarse. Todavía no.

—Siempre he sentido debilidad por el pastel de melocotón de mi madre. ¿A qué hora cenamos?

Jay estaba mirando fijamente el tiesto de geranios del porche cuando Callie salió con Suzanne. Callie observó que antes que nada miraba la cara de Suzanne. Como quien mira un barómetro para prepararse para las condiciones climáticas que se avecinan.

—Ahora iba a subir.

—¿Ah, sí? —comentó Suzanne fríamente.

—Necesitaba un momento para aclararme la cabeza, Suzanne.

Fue a tocarle el brazo, pero ella se apartó en un gesto claro como una bofetada.

—Ya hablaremos —dijo ella, con el mismo tono gélido—. Creía que tendrías algo que decirle a tu hija.

—No sé qué decir ni qué hacer.

—Y por eso desapareces. —Deliberadamente, Suzanne se volvió y besó a Callie en la mejilla—. Bienvenida a casa. Te quiero. Esperaré a Doug en el coche.

—Nunca podré compensarla —dijo Jay bajito—. Ni a ti.

—A mí no tienes que compensarme por nada.

Se volvió para mirarla, aunque mantuvo casi medio metro de distancia entre ellos y las manos a los lados.

—Eres preciosa. Es lo único que se me ocurre decirte. Eres preciosa. Te pareces a tu madre.

Empezó a bajar las escaleras justo cuando Doug salía por la puerta.

—Te vas a encontrar en medio de eso.

Callie señaló con la cabeza el coche hacia donde se dirigía Jay.

—He estado en medio de eso toda mi vida. Oye, no quería pedirte nada, pero ¿podrías pasar algún día a ver a mi abuelo? En la librería de Main.

Callie se masajeó las sienes.

—Sí, de acuerdo.

—Gracias. Ya nos veremos.

—Doug. —Callie bajó un escalón cuando él llegó a la acera—. Podríamos tomar una cerveza un día de éstos. Podríamos probar lo de ser amigos, y puedes explicarme cuatro cosas sobre la dinámica de la familia Cullen. No sé cómo comportarme con ellos.

Doug soltó una risa breve.

—Ya somos dos. ¿La dinámica familiar? Tendremos que tomarnos un barril entero.

Callie le observó subir al coche y se hizo una idea de aquella dinámica por la posición que tomó cada uno. Doug al volante, Suzanne a su lado y Jay atrás.

¿Dónde la habrían puesto a ella?, se preguntó. Se dirigió a su coche y entonces vio a Jake apoyado en la capota.

Eso le hizo aminorar el paso y, aunque se recuperó enseguida, estaba segura de que él lo habría notado. Pocas cosas le pasaban por alto. Deliberadamente, sacó las gafas de sol y se las puso.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba.

Callie se balanceó sobre los talones.

—¿Dónde tienes el coche?

—En la excavación. Me trajo Sonya. Tiene buenas patas esa chica. Le suben hasta la clavícula.

Le ofreció una amplia sonrisa.

—Sus piernas, como el resto de ella, tienen veinte años.

—Veintiuno. Y Dig ya ha reclamado sus derechos, o sea, que mis esperanzas se han ido al traste.

Callie sacó sus llaves y las agitó.

—¿Que pasaras por aquí, por el barrio, significa que ya no estás enfadado conmigo?

—No diría tanto.

—Puede que te utilizara, pero tú no opusiste mucha resistencia.

Él le cogió el brazo antes de que pudiera pasar de largo.

—Nos utilizamos mutuamente. Puede que me cabree un poco que fuera tan fácil para los dos. ¿Quieres que discutamos por eso?

—Ahora mismo no tengo ningunas ganas de discutir.

—Me lo imaginaba. —Le puso las manos en los hombros y los masajeó—. ¿Ha sido muy fuerte?

—Podría haber sido peor. No sé cómo, pero podría haberlo sido. ¿Qué haces aquí, Jake? ¿Has venido a rescatarme?

—No. —Le quitó las llaves—. A conducir.

—Es mi coche.

—Eso quería preguntarte. ¿Cuándo vas a llevarlo al mecánico para que te tapen esa porquería?

Callie frunció el ceño y miró las pintadas.

—Me estoy acostumbrando. Es como una declaración de principios. ¿Qué haces?

—Oh, por el amor de Dios, Dunbrook, te abro la puerta del coche.

—¿Es que me he roto el brazo?

—Podría solucionarse.

Decidió borrarle la expresión divertida de la cara de otro modo y lo puso en práctica de forma impactante levantándola y tirándola dentro del coche.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo mismo que me pasa siempre. —Se sermoneó a sí mismo mientras daba la vuelta al coche, abría la puerta del conductor y subía—. A la mierda —decidió, y la atrajo hacia sí, le inmovilizó los brazos y le tapó la boca con la suya.

Ella forcejeó, se debatió e intentó recuperar el equilibrio mientras su organismo daba vueltas en círculos enloquecidos.

—Para.

—No.

Callie era fuerte, pero él siempre había sido más fuerte. Era una de las cosas que la ponían furiosa y la atraían de él. Su mal genio era otra. Podía dispararse porque sí y cocerse en una olla oculta hasta que explotaba sobre los incautos.

Como ahora, pensó mientras la boca de él violaba la suya.

Nunca se podía estar segura con Jacob. Nunca se podía estar a salvo. Y eso la fascinaba.

Se esforzó por calmar su respiración mientras la boca de él bajaba por su cuello.

—Hace un minuto estabas enfadado porque anoche nos utilizamos mutuamente. Ahora estás dispuesto a hacerlo otra vez, a la luz pública y en plena calle.

—Estás dentro de mí, Callie. —Él le tapó los labios y la besó larga y ardientemente. Luego la apartó—. Como un maldito tumor.

—Dame un bisturí. Procuraré solucionarlo.

Jake repiqueteó con los dedos sobre el volante mirándola fríamente a través de las gafas oscuras.

—Te ha distraído un par de minutos, ¿a que sí?

—Un buen codazo habría hecho el mismo efecto.

—Como no suelo pegar a mujeres, ni siquiera a ti, era lo mejor que podía hacer. De todos modos, no he venido aquí a besuquearte en el coche ni a intercambiar insultos, por muy divertido que sea.

—Has empezado tú.

—Tú sigue así y lo terminaré. Hemos alquilado una casa.

—¿Perdona?

—Será nuestro nidito de amor, cariño. Pégame con ese puño y puede que cambie mi política de no pegar a las mujeres. —Puso el coche en marcha—. Las habitaciones del hotel son demasiado pequeñas, demasiado incómodas. El equipo necesita una base.

Ella había pensado lo mismo, pero le molestaba que él le hubiera tomado la delantera.

—Dentro de pocos meses tendremos que clausurar la temporada. El

motel es barato, y sólo Rosie, tú y yo pasamos allí la noche.

—Y los tres necesitamos más espacio para trabajar. Dory, Bill y Matt también pasarán la noche allí. Y esta tarde llegan un par de tortolitos de Virginia Occidental.

—Y esos dos tortolitos, ¿qué van a hacer...?

—Ligar entre ellos cuanto más mejor. Él tiene bastante experiencia y está haciendo un master. En antropología. Ella está más verde que la hierba, pero está deseando hacer todo lo que le manden.

Callie apoyó los pies en la guantera y se lo pensó.

—Bueno, necesitamos manos.

—Ya lo creo. Y a Leo le iría bien tener un sitio donde quedarse cuando venga. Los ayudantes temporales o visitantes y los especialistas pueden utilizarlo. Necesitamos un sitio para almacenar los hallazgos. Necesitamos una cocina.

Jake salió de la ciudad sabiendo que ella estaba furiosa y pensando en un argumento mejor.

—Y —añadió— tú necesitarás una base aquí después de la temporada. Tenemos otras indagaciones que hacer.

—¿Tenemos?

—Te dije que te ayudaría. O sea, que tendremos una base de operaciones para eso también.

Callie frunció el ceño cuando él salió de la carretera y se metió por un camino lleno de baches.

—No sé qué debo pensar de ti, Jake. A veces eres el mismo imbécil imposible que has sido siempre y a veces eres un imbécil imposible que intenta ser simpático. —Se bajó un poco las gafas y lo miró por encima de la montura—. ¿Me tomas el pelo?

Él se limitó a sonreír y levantar la barbilla.

—¿Tú qué crees?

Era una casa grande y rodeada de árboles. Un tramo del río pasaba por su lado. Un tramo activo, pensó Callie saliendo del coche al oír el fragor del agua. Era una estructura de madera que parecía haber sido construida en tres partes. Una especie de rancho sencillo, con un piso añadido y otro anexo a un lado con un pequeño porche.

Había que cortar el césped. A Callie le llegaba la hierba a los tobillos cuando caminó hacia la puerta de la casa.

—¿Dónde la encontraste?

—Uno de los visitantes de la ciudad que pasó por la excavación se lo comentó a Leo. La casa es de su hermana. El matrimonio se acabó hace pocos meses y alquilan la casa hasta que decidan lo que van a hacer con ella. Tiene algunos muebles. No es gran cosa: lo que ninguno de los dos quiso llevarse. Tenemos un contrato de seis meses que sale más barato que el motel.

A Callie le gustó la sensación que le produjo la casa, pero no le daba la gana de admitirlo.

—¿A qué distancia estamos de la excavación? No me he fijado.

—A nueve kilómetros.

—No está mal. —Caminó hacia la puerta e intentó abrirla—. ¿Tienes llave?

—¿Dónde la habré puesto?

Se puso detrás de ella, le enseñó una mano vacía, giró la muñeca y le mostró la llave.

La hizo sonreír de mala gana.

—Abre la puerta de una vez, Houdini.

Jake abrió la puerta y de nuevo la levantó del suelo.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Nunca te he hecho cruzar la puerta en brazos. —Apretó su boca contra la de ella durante diez cálidos segundos en que todo zumbaba a su alrededor.

—Para. Además nunca tuvimos una puerta que cruzar. —Tenía los músculos del estómago hechos un nudo y ella se apartó de un empujón—. La habitación del hotel de Las Vegas donde pasamos la noche de bodas no cuenta.

—No lo sé. Tengo buenos recuerdos de esa habitación de hotel. Aquella gran bañera en forma de corazón, el espejo sobre la cama, el...

—Me acuerdo.

—Te recuerdo metida en la bañera con burbujas hasta la barbilla y cantando «Soy demasiado sexy».

—Estaba borracha.

—Sí, estabas ciega. Desde entonces tengo debilidad por esa canción.

Él la soltó y le dio una palmada en el culo.

—Esto es la sala, la zona común.

—¿Qué demonios le ha pasado a ese sofá?

Jake miró el brazo rasgado del sofá estampado con una tela de cuadros beis y rojos.

—Tenían gatos. Estaban abajo en una salita a medio construir. La cocina está allí y está totalmente equipada. Hay comedor. Hay un baño y un aseo en este piso, otro arriba con los tres dormitorios. Otro dormitorio u oficina allí, y allí...

Cruzó la sala, se volvió y señaló una habitación de dimensiones considerables con una puerta corredera de cristal y un bonito porche. Callie estaba abriendo la boca cuando él meneó la cabeza.

—Demasiado tarde, pequeña, ya me la he apropiado yo.

—Cabrón.

—Muy bonito, yo que te había reservado la habitación más grande de arriba. Podemos mudarnos mañana.

—Perfecto. —Cruzó la habitación hacia el porche—. Qué tranquilidad.

—No la habrá cuando nos mudemos.

Se sentía normal, pensó. Por raro que fuera, se sentía normal después

de la hora en el despacho de Lana.

—¿Te acuerdas de aquel sitio donde estuvimos en El Cairo? Sólo estuvimos unas semanas.

—Y fueron demasiadas.

—Fue una serpiente de nada.

—A mí no me pareció tan pequeña cuando se metió en el baño conmigo.

—Gritaste como una nena.

—De ninguna manera. Rugí como un hombre. Y aunque estaba desnudo, la liquidé con mis propias manos.

—La hiciste picadillo con un portatoallas.

—Que arranqué de la pared con mis propias manos. Es lo mismo.

Todavía lo veía, totalmente desnudo, sin perder la compostura y con la serpiente muerta enrollada en el portatoallas.

Aquellos eran buenos tiempos.

—Lo pasamos bien. Tuvimos buenas épocas.

—Muchas. —Jake le puso una mano en la nuca—. ¿Por qué no lo sueltas, Callie? ¿Por qué te cuesta tanto soltar nada que no sea tu ira?

—No lo sé. Se echó a llorar, Jake. Se desmoronó en el despacho de Lana. Me abrazaba tan fuerte que casi no me dejaba respirar. No sé lo que sentí, lo que siento. No sé identificarlo. Pero empecé a pensar: ¿cómo serían ellos, cómo serían mis padres, cómo sería yo si todo esto no hubiera pasado? Si no se hubiera dado la vuelta aquellos pocos segundos y yo hubiera crecido... aquí.

Cuando ella empezó a apartarse, Jake la cogió con más fuerza y se lo impidió.

—Sigue hablando. Como si yo no estuviera.

—Se te nota la asignatura de psicología —comentó ella—. Sólo he hecho cábalas. ¿Y si hubiera crecido siendo Jessica? Jessica Lynn Cullen seguiría la moda. Conduciría un pequeño monovolumen. Probablemente tendría ya dos hijos. A lo mejor estaría licenciada en arte y utilizaría sus conocimientos para decorar su casa con gusto. Piensa que volverá a trabajar cuando los niños sean mayores, pero por ahora es presidenta de la asociación de padres y está contenta. O a lo mejor es Jessie. Jessie es la que ha vencido. Eso sería diferente.

—¿Por qué?

—Jessie habría sido animadora. Seguro. Capitana del equipo. Estaría enamorada del capitán del equipo de fútbol y estarían muy unidos durante el instituto, pero no duraría. Jessie se casaría con un compañero de la universidad, que elegiría entre los muchos que le irían detrás porque ella es tan exuberante y divertida. Jessie colecciona recortes de periódico y trabaja a tiempo parcial, para ayudar a complementar los ingresos. También tiene un hijo, y energía para manejar todas las bolas que mantiene en el aire.

—¿Es feliz?

—Claro. ¿Por qué no? Pero ninguna de esas mujeres se pasaría el día excavando o sabría cómo identificar una tibia de seis mil años de antigüedad.

No tendrían una cicatriz en el hombro izquierdo de cuando cayeron sobre una roca en Wyoming a los veinte años. Seguro que no se habrían casado contigo, lo que habla a favor de ellas.

Miró por encima del hombro.

—Tú les habrías dado un miedo terrible. Y por todos esos motivos, incluido el error de casarme contigo, me alegro de no haber sido ninguna de ellas. Pensaba en eso cuando Suzanne lloraba abrazada a mí. Me alegro de ser quien soy.

—Ya somos dos.

—Sí, pero no somos muy buenas personas. Suzanne quiere a una de esas dos mujeres: Jessica o Jessie. Peor aún, quiere recuperar a su hija. He utilizado ese deseo para que me ayude a encontrar las respuestas que necesito.

—Ella también las necesita.

—Espero que lo entienda cuando las encontremos.

Callie trabajó como un demonio, diez horas al día en el sofocante calor, cavando, limpiando, enumerando. Cavó en el barro provocado por una feroz tormenta y se asfixió en el bochornoso calor de agosto que azotaba Maryland.

Por la noche redactaba informes, esbozaba hipótesis, estudiaba y dibujaba objetos sellados antes de que se mandaran al laboratorio de Baltimore. Tenía una habitación para ella, con un saco de dormir en el suelo, una mesa que había comprado en un mercadillo, una lámpara de Superman que había adquirido en una venta callejera, su ordenador portátil, una montaña de notas y el violonchelo.

Tenía todo lo que necesitaba.

No pasaba mucho rato abajo, en lo que denominaban zona común. Para ella era demasiado acogedora. Como casi todos solían cenar en la ciudad o en la excavación, Rosie se hacía cara de ver y dejaba obvia y regularmente solos a Callie y a Jake.

Era un poco demasiado parecido a jugar a casitas, demasiado parecido a como había sido cuando habían tenido que vivir juntos en una casa alquilada o en un motel durante una excavación.

Sus sentimientos hacia él estaban más cerca de la superficie de lo que quería admitir. Y encima estaban profundamente arraigados. De hecho, se daba cuenta de que nunca había olvidado a Jacob Graystone.

Por desgracia era el amor de su vida. El muy cabrón.

Se había imaginado que algún día coincidirían en una excavación. Era inevitable. Pero creía que tendría más tiempo para resolver sus emociones con relación a él y estaba segura de que podría controlar esas emociones. Controlar a Jake.

Pero él lo había agitado todo y después había añadido algo inesperado a la mezcla. Le había ofrecido amistad.

Su propia forma de amistad, meditó mientras hacía garabatos en un cuaderno. Nunca podías estar segura de si te fastidiaría, te besaría o te acariciaría la cabeza como si fueras una niña. Pero era un camino diferente del que habían seguido antes.

A lo mejor tenía que ver con lo que le había pasado a ella desde que había llegado allí, pero se preguntaba dónde estarían ella y Jake si hubieran intentado un par de caminos diferentes la primera vez. Si se hubieran tomado tiempo para ser amigos, para hablar de ellos mismos en lugar de dar por sentado que ya lo sabían.

Un solo momento te puede cambiar la vida. Ahora lo sabía por experiencia. ¿Qué habría pasado si en lugar de la última pelea en que los dos se habían acusado de todo, desde estupidez hasta infidelidad, donde se habían

lanzado la palabra «divorcio» a la cara antes de irse cada uno por su lado, hubieran aguantado?

Si hubieran superado aquel momento juntos, ¿habrían luchado por su matrimonio o se habrían apartado?

No había forma de estar segura, pero podía especular, como especulaba sobre la tribu que había construido el asentamiento del río. Como especulaba sobre el derrotero que podría haber tomado su vida si hubiera crecido con los Cullen.

Si ella y Jake hubieran superado aquel momento, si hubiesen seguido rascando la superficie, excavando, podrían haber encontrado algo que valiera la pena conservar. Matrimonio, familia, compañerismo y, sí, incluso la amistad que él parecía tan decidido a forjar esta vez.

Ahora podía admitir que no había confiado en él. No en cuestión de mujeres. Él tenía una reputación con las mujeres. Había oído hablar de Jake *el Ligón* antes de conocerlo. Era algo que no le había tenido en cuenta hasta que se había enamorado de él. Pero luego debía admitir que era algo que tenía metido en la cabeza, y no era capaz de deshacerse de ello ni olvidarlo.

No había creído que la quisiera, no tanto como ella lo quería. Y eso la volvía loca. Porque, pensó suspirando, si ella lo quería más, él podía controlarla. Le daba poder. Por eso lo había presionado para que le demostrara que la quería. Y siempre que la decepcionaba, ella lo presionaba más.

¿Quién podía culparla? El malnacido era tan reservado que nunca se lo había dicho. Directa, sencilla y simplemente no se lo había dicho nunca. Nunca había pronunciado esas palabras.

Gracias a Dios, todo había sido culpa de Jake.

Como la conclusión la hacía sentir mejor, trabajó treinta minutos más hasta que su estómago le anunció que la lata de chile que se había tomado para cenar estaba digerida. Miró el reloj y bajó a ver qué podía encontrar para su habitual tentempié de medianoche.

No encendió ninguna luz. Había suficiente luz de luna para guiarla y siempre había tenido un buen instinto cuando se trataba de comida.

Entró descalza en la cocina y caminó en línea recta hacia la nevera. Cuando cogía el mango de la puerta, se encendió la luz.

Se le subió el corazón a la garganta y se le escapó un grito. Logró convertirlo en una palabrota.

—Maldita sea, Graystone —dijo volviéndose rápidamente—. ¿De qué vas? ¿Por qué haces eso?

—¿Por qué caminas sigilosamente en la oscuridad?

—No camino sigilosamente. Intento encontrar comida sin despertar a nadie.

—Sí. —Miró su reloj—. Las doce y diez. Eres un animal de costumbres, Dunbrook.

—¿Y qué?

Vio una bolsa de galletas de Suzanne's Kitchen sobre la barra y se olvidó de la nevera para ir a cogerla.

—Eh, que son mías.

—Cóbramelas —masculló ella con la boca llena.

Abrió la nevera y sacó una jarra de zumo de naranja. Jake esperó mientras Callie se servía un vaso y se lo bebía con la primera galleta.

—Oye, esa combinación es asquerosa. ¿Por qué no bebes leche?

—No me gusta.

—Deberías intentarlo. Dame las galletas.

Ella abrazó la bolsa posesivamente.

—Te compraré otra.

—Dame una galleta, caramba.

Le arrancó la bolsa y metió la mano dentro.

Con una galleta entre los dientes, sacó la leche y se sirvió un vaso pequeño.

No llevaba más que unos boxers negros. Ella no pensaba comentar nada al respecto ni quejarse. Como ex esposa tenía derecho a disfrutar de la vista. Tenía un buen cuerpo, pensó. Larguirucho y robusto al mismo tiempo, con algunas cicatrices interesantes para que no fuera demasiado bonito.

Y ella sabía que toda su piel tenía el mismo color dorado oscuro.

Había habido una época en que ella no habría resistido, no habría podido, la tentación de saltarle encima en un momento así y hundirle los dientes en el primer pedazo de carne que encontrara a mano.

Luego habrían hecho el amor sobre la mesa de la cocina, en el suelo o, de haberse sentido más civilizados, se habrían arrastrado el uno al otro a la cama.

Pero le arrancó la bolsa, comió otra galleta y se felicitó por su asombroso dominio personal.

—Ven a echar un vistazo —dijo él, y salió de la cocina—. Trae las galletas.

Callie no quería ir con él, no quería estar con él a medianoche cuando estaba medio desnudo y su mero olor le provocaba estremecimientos. Pero, confiando en su asombroso dominio, lo siguió al despacho improvisado.

Jake no se había comprado una mesa, sino que se había montado una larga superficie de trabajo con una tabla de conglomerado y un par de caballetes. Había clavado un gran expositor de corcho y en él había pegado fotografías varias, esbozos y mapas.

Con sólo una ojeada superficial, Callie podía ver los procesos mentales de él, su organización de los datos. Cuando se trataba de trabajo, al menos, conocía tan bien su mente como la propia.

Pero fue el dibujo que había sobre la mesa, que Jake había sujetado con una botella vacía de cerveza y un pedazo de cuarzo, lo que le llamó la atención.

A partir de la cuadrícula, de la visión de conjunto de la excavación, del mapa, había recreado sobre papel el asentamiento con lápices de colores.

No había carretera, ni una vieja granja al otro lado. El campo era más

extenso, los árboles que bordeaban el río proyectaban sombras y formas. Alrededor de los supuestos límites del cementerio había dibujado un muro bajo de piedras. Había cabañas, agrupadas en el lado oeste. Más rocas y herramientas de piedra se encontraban en la zona de trabajo. Más allá, el campo tenía el color verde de un cultivo de cereales a principios de verano.

Pero eran las personas las que daban vida al dibujo. Hombres, mujeres, niños que efectuaban sus tareas cotidianas. Una pequeña partida de caza caminaba hacia los árboles, un anciano estaba sentado fuera de la cabaña y una joven le ofrecía un cuenco poco hondo. Una mujer le daba el pecho a un bebé, el hombre de la zona de trabajo elaboraba herramientas y armas. Había un grupo de niños sentados en el suelo jugando con piedras y ramitas. Uno de ellos, un niño de unos ocho años, echaba la cabeza hacia atrás y se reía mirando al cielo.

Desprendía una sensación de orden y de comunidad. «De tribu», pensó Callie. Y por encima de todo, de la humanidad que Jake había podido ver en una punta de lanza rota o un útil de arcilla hecho pedazos.

—No está mal.

Como él no dijo nada y sólo se limitó a coger una galleta, Callie se rindió.

—Vale, es estupendo. Es la clase de cosa que nos recuerda por qué hacemos esto, y a Leo le irá bien para apoyar los datos recogidos cuando hable con los patrocinadores.

—¿A ti qué te dice?

—Vivíamos. Cultivábamos y cazábamos para alimentarnos. Cuidábamos a nuestras criaturas y a los ancianos. Enterrábamos a nuestros muertos y no los olvidábamos. No nos olvidamos.

Jake le pasó un dedo por el brazo.

—Por eso eres más buena que yo dando conferencias.

—Ojalá supiera dibujar así.

—No lo haces mal.

—No, pero comparada contigo, doy pena. —Levantó la cabeza—. Me da mucha rabia.

Cuando él le tocó el pelo, ella se apartó, abrió la mosquitera de la puerta corredera y salió al porche.

Los árboles estaban plateados por la luna y se oía el gorgoteo del río y el coro de las cigarras. El aire era cálido, suave y quieto.

Oyó que él se acercaba por detrás y apoyaba las manos en la barandilla.

—A veces..., cuando estás excavando, sobre todo cuando estás tan concentrada que es como si estuvieras sola... ¿Me sigues?

—Sí, claro.

—¿Sientes a veces a las personas que estás desenterrando? ¿Las oyes alguna vez?

—Por supuesto. —Se rió y se echó el pelo hacia atrás—. Por supuesto. Siempre me siento muy privilegiada cuando ocurre, y cuando ha pasado me siento como una imbécil. No me gusta nada la parte imbécil, nunca se lo he

contado a nadie.

—Nunca te ha gustado nada parecer tonta.

—Tengo que estar a la altura de muchas cosas. Mis padres, mis profesores, el trabajo. Por mucho que te digan, si eres una mujer, en este trabajo siempre estarás en minoría. Una mujer se comporta como una tonta en la excavación, dice que oye susurrar a los muertos, y los hombres la toman por chiflada.

—No lo creo. —Volvió a tocarle el pelo—. Yo nunca te he tomado por una chiflada.

—No, pero tú querías llevarme a la cama.

—Lo quería. —Le rozó la nuca con los labios—. Lo quiero. Pero me excitaba casi por igual tu inteligencia. Siempre he respetado tu trabajo, Cal. Como todos.

Oírle decir algo que nunca le había dicho la hizo sentirse bien.

—Puede ser, pero ¿para qué arriesgarse? Es mejor ser lista, práctica y de fiar.

—Es más seguro.

—Como quieras. Tú eras la única tontería que he hecho en mi vida. Y mira lo bien que me salió.

—Todavía no ha terminado.

Le acarició los brazos con las manos, de una forma posesiva. Le apretó la cara contra el pelo.

Callie sintió cómo aspiraba. Cómo la aspiraba.

Su cuerpo deseaba más, el ardor y el tacto. Se esforzó por resistir. Sería un error, sabía que no sería más que otro error.

—Me encanta tu pelo, sobre todo cuando lo llevas de cualquier manera como ahora. Me encanta lo suave que es, cómo huele cuando le acerco la cara.

—No vamos a repetir lo de la otra noche. —Tenía los nudillos blancos de tanto apretar la barandilla—. Yo lo empecé y asumo la responsabilidad. Pero no volverá a suceder.

—No. —Le apartó el pelo a un lado y le rozó la nuca con los labios. Subió hacia la oreja—. Esta vez será diferente.

Una lengua ardiente de lascivia le lamió la piel hasta el punto que tuvo que hundir los dedos en la madera para evitar volverse y abrazarlo. Las rodillas le temblaban y el tirón largo y líquido que sentía en el estómago casi la hizo gemir.

—Empecemos como empecemos, sigue acabando del mismo modo.

La risa de él fue cálida en su cuello.

—Lo importante es el camino, Cal. ¿No has pensado nunca que para nosotros la parte más fácil era el sexo? Nos resultaba sencillo acoplarnos. Rápidamente, con fuerza, sin límites. Pero ¿sabes lo que no hacíamos nunca?

Callie miró hacia delante, esforzándose por dominar ese gemido. Se dijo a sí misma que debía volverse y apartarlo. Alejarse de él. Pero entonces él no podría tocarla de esa manera. Y ella no se sentiría así.

¡Dios mío, cuánto echaba de menos sentirse así!

—No creo que nos saltáramos nada.

—Sí que lo hacíamos.

Le rodeó la cintura con los brazos. Callie esperó que le acariciara los pechos con las manos. No lo habría detenido. Deseaba aquel apretón posesivo, aquel instante impactante antes de saber que podía poseer y ser poseída.

En lugar de eso, Jake la atrajo contra él, rozándola con la nariz.

—Nunca nos hemos cortejado.

A Callie le latía el pulso en una docena de sitios del cuerpo al tiempo que sentía que se fundía en sus brazos.

—No somos personas románticas.

—En eso te equivocas. —Le rozó la mejilla en el pelo. Quería absorber su aroma, su textura. Quería, más que nunca, sentirla sometida—. En eso me equivoqué. Nunca te seduje.

—No hizo falta. No perdíamos el tiempo en juegos.

—No parábamos de jugar. —Le rozó los hombros con los labios y subió por la curva del cuello. Y la sintió temblar—. ¿Por qué no vamos en serio?

—Sólo nos haremos daño otra vez. —La voz de Callie sonó dolorida, sorprendiéndolos a los dos—. No puedo volver a pasar por ello.

—Callie...

Ella cerró con fuerza la mano en la suya, apretando.

—Hay alguien ahí fuera —susurró.

Sintió que el cuerpo de Jake se ponía rígido. Mantuvo los labios cerca de su oreja, como si siguiera besándola.

—¿Dónde?

—A las dos, a unos cinco metros, entre los árboles. Primero creí que era una sombra, pero no lo es. Alguien nos observa.

No lo puso en duda. Sabía que los ojos de Callie eran como los de un gato. Sin dejar de abrazarla, ladeó la cabeza para poder observar las sombras, evaluar el terreno.

—Quiero que te pongas hecha una furia, que me apartes de ti y te metas dentro. Yo iré detrás de ti.

—Te he dicho que no. Que no, nunca. —Lo empujó y se deshizo de él. Aunque su voz sonaba airada, sus ojos seguían serenos y tranquilos—. Vete con una de esas estudiantes que te adoran. Dios sabe que las hay a montones.

Se volvió de golpe y entró en la casa a grandes zancadas.

—No vas a echarme eso en cara otra vez.

Él la siguió como una tromba y cerró la puerta de cristal de golpe. Le dio un empujoncito para que siguiera moviéndose y por el camino recogió unos vaqueros.

—Asegúrate de que todas las puertas están cerradas —ordenó, y cerró la luz de su oficina—. Luego sube y quédate ahí.

—Que te lo crees.

—¡Hazlo! —Se puso los vaqueros a oscuras y cogió unos zapatos—. Saldré por detrás. Cierra la puerta detrás de mí y luego comprueba las otras.

Vio que cerraba la mano sobre la Louisville Slugger que estaba apoyada en la pared.

—Por el amor de Dios, Jake, ¿qué te crees que vas a hacer?

—Escúchame. Alguien mató a Dolan a pocos kilómetros de aquí. No pienso arriesgarme. Cierra las puertas, maldita sea, Callie. —Siguió moviéndose, tan ágil como ella en la oscuridad—. Si no estoy de vuelta en diez minutos, llama a la policía.

Abrió la puerta de atrás y observó la oscuridad.

—Cierra —repitió, y se deslizó fuera.

Ella se lo pensó unos diez segundos, luego dio la vuelta a la casa y entró en el baño para coger su propia versión de arma. Una lata de repelente de insectos.

Cruzó la puerta principal apenas un minuto después de que Jake saliera por detrás. Avanzó con cuidado, mirando hacia la oscuridad, evaluando las sombras y esforzándose por oír el más leve movimiento por encima del canto de las cigarras. Hasta que salió de la hierba y entró en la arboleda no se maldijo por no haberse detenido a ponerse los zapatos como había hecho Jake. Pero a pesar del terreno rocoso, no tenía intención de volver a por ellos.

Eso la obligó a caminar más despacio, pero recordaba bastante bien dónde había visto la figura entre los árboles. Teniendo en cuenta la dirección que Jake había tomado, rodearían a cualquiera que estuviera observando la casa por cualquier lado. Lo rodearían, pensó, reprimiendo una maldición cuando otra piedra se le clavó en el arco del pie.

Uno de aquellos idiotas —Austin o Jimmy otra vez—, se imaginó, parándose y aguzando los oídos. O alguien como ellos. La clase de personas que pintaban insultos con spray en un coche. Probablemente esperando hasta que la casa estuviera en silencio y a oscuras para poder entrar y hacer alguna barrabasada con otro de los coches, o tirar una piedra a una ventana.

Oyó ulular a una lechuza, un par de notas lúgubres. A lo lejos un perro no paraba de ladrar. El río rugía a su derecha y las incansables cigarras cantaban como si su vida dependiera de ello.

Y algo más, algo más grande, acechaba entre las sombras.

Callie se apartó de la luz de la luna y quitó el tapón de la lata.

Empezó a rociar cuando oyó un movimiento súbito a la izquierda, hacia la casa. Cuando se preparaba para salir disparada a perseguirlo, estalló un tiro de escopeta.

Tras el eco, todo quedó en silencio: los ladridos, el zumbido de los insectos, la lúgubre lechuza. En aquellos segundos de silencio, su propio corazón se detuvo.

Volvió a latirle con un sobresalto asustado, llenándole la garganta, explotando fuera de ella, y entonces se puso a llamar a Jake a gritos. Corrió, saltando por encima de rocas y raíces. Su miedo y su concentración eran tan totales que no oyó el movimiento detrás de ella hasta que era demasiado

tarde.

Cuando empezó a volverse, para defenderse, para atacar, el impacto de un golpe la mandó volando contra el tronco de un árbol.

Sintió el golpe salvaje del dolor, sintió el sabor de la sangre y se sumió en la oscuridad.

Más aterrado al oír a Callie gritar su nombre que por el tiro de escopeta, Jake cambió de dirección. Corrió hacia el sonido de la voz de Callie, arrasando con las ramas bajas, aplastando los espinosos brezos que obstruían el bosque.

Cuando la vio, caída en un retazo de luz de luna, las piernas dejaron de sostenerlo.

Cayó de rodillas y las manos le temblaban al tocarle la garganta para buscarle el pulso.

—Callie, Dios mío.

Se la puso sobre las rodillas, acariciándole el pelo. Tenía sangre en la cara, que le salía de una fea herida sobre la frente. Pero el pulso era fuerte y no encontró ninguna otra herida cuando la palpó.

—Estás bien. Estás bien. —La meció, abrazándola fuerte hasta que superó aquel instante de terror primitivo—. Venga, despierta. Maldita sea, tendré que despertarte yo mismo.

Le apretó los labios contra los suyos y, más sereno, la levantó. Mientras la llevaba hacia la casa, su pie tropezó con la lata de repelente de insectos.

Lo único que pudo hacer fue apretar los dientes y seguir.

Ella comenzó a agitarse cuando llegaron a las escaleras. Jake vio que los párpados empezaban a abrirse.

—Te conviene permanecer inconsciente, Dunbrook, hasta que me calme un poco.

Ella oyó su voz, pero las palabras no eran más que un ruido inconexo en su cerebro. Movié la cabeza y soltó un gemido cuando el dolor irradió de la coronilla a los pies.

—Duele —murmuró.

—Ya me lo imagino.

Tuvo que agitarla para abrir la puerta. Pero como su enfado empezaba a superar la inquietud, no sintió ninguna compasión cuando ella volvió a gemir.

—¿Qué ha pasado?

—Deduzco que te diste de cabeza contra un árbol. Sin duda el árbol se ha llevado la peor parte.

—Oh, uau.

Callie levantó una mano y se palpó cautelosamente el punto dolorido; se le volvió a nublar la cabeza cuando vio los dedos rojos y húmedos.

—No vuelvas a desmayarte. No lo hagas. —La llevó a la cocina y la dejó sobre la barra—. Quédate aquí, respira despacio. Voy a buscar algo para ponerte en ese cráneo de granito que tienes.

Callie apoyó la cabeza en un armario mientras él abría otro en el que guardaban un pequeño botiquín.

—No me di con un árbol. —Tenía los ojos cerrados e intentaba no pensar en el doloroso latido de su cabeza—. Alguien se me acercó por detrás y me golpeó, justo después de...

Calló y se incorporó bruscamente.

—El tiro de escopeta. Por Dios, Jake. ¿Estás herido? ¿Estás...?

—No. —Le cogió las manos antes de que pudiera saltar de la barra—. Quieta. ¿Te parece herido?

—Oí un disparo.

—Sí, yo también. Y vi lo que deduje sabiamente que era una bala en un árbol a un metro y medio a mi izquierda. —Mojó un trapo con agua—. Quédate quieta.

—Alguien te ha disparado.

—No lo creo. —Era una herida fea, pensó, mientras se la limpiaba más suavemente de lo que se merecía—. Creo que dispararon contra el árbol, a menos que sean ciegos como un murciélago y tengan una puntería lamentable. No estaba a más de tres metros de mí cuando disparó.

Callie le hundió los dedos en un brazo.

—Alguien te ha disparado.

—Más o menos. Te dije que cerraras las puertas y te quedaras dentro.

—Tú no eres el jefe. ¿Estás herido?

—No, no estoy herido. Pero te prometo que tú lo estarás cuando te ponga antiséptico en el golpe. ¿Preparada?

Callie respiró un par de veces. Asintió. El escozor le cortó el aliento.

—Oh, mierda, mierda, mierda, mierda.

—Casi está. Sigue jurando.

Lo hizo, furiosa, hasta que él empezó a soplar para aliviar el ardor.

—Vale, lo peor ha pasado. Ahora mírame. ¿Cómo va tu visión? —preguntó.

—Está bien. Quiero un analgésico.

—Todavía no. Estuviste inconsciente. Vamos a repasar. ¿Mareos?

—No.

—¿Náuseas?

—Sólo cuando recuerdo que he dejado que ese desgraciado me sorprendiera. Estoy bien. Pero tengo un dolor de cabeza brutal. —Alargó una mano—. Tienes la cara un poco arañada.

—Las zarzas.

—Te iría bien un poco de ese bonito antiséptico.

—No lo creo. —Pero lo guardó en el armario antes de que a ella se le ocurriera alguna idea—. No puede ser que fuera una sola persona. Tú estabas a unos quince metros de donde yo estaba cuando dispararon contra el árbol.

—Y se me acercó por detrás —corroboró ella—. Oí el tiro y eché a

correr.

—Gritaste.

—No grité. Te llamé porque estaba comprensiblemente preocupada cuando pensé que te habían disparado.

—Gritaste mi nombre. —Se situó entre las piernas de ella—. Eso siempre me ha gustado.

—Grité —corrigió ella, pero sus labios se crisparon—. Y eché a correr. Pero no llegué lejos. Creo que pasaron unos diez o quince segundos entre el tiro y cuando me desvanecí. Por lo tanto tenía que haber al menos dos. ¿Nuestros viejos amigos Austin y Jimmy?

—Si es así, han aumentado las apuestas.

—Quiero darles una patada en el culo.

Con los labios Jake le tocó muy suavemente la piel cercana a la herida.

—Ponte a la cola.

—Deberíamos llamar a la policía.

—Eso parece.

Pero no se movieron, todavía no; se siguieron mirando.

—Me asusté —dijo Callie al cabo de un rato.

—Yo también.

Callie abrió los brazos y lo atrajo hacia ella. Pensó que era gracioso que estuviera más temblorosa ahora que lo abrazaba que antes. Pero no lo soltó.

—Si alguien va a pegarte un tiro, seré yo.

—Es justo. Y yo, evidentemente, soy el único que tiene derecho a abrirte la cabeza.

Oh, sí, pensó ella con la cara apretada contra la suya. El irritante cabrón era el amor de su vida. Qué suerte tenía.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo. Ahora llamemos al sheriff.

—Enseguida.

—¿Sabes aquello de lo que hablábamos antes de que nos interrumpieran con tan poco tacto? ¿Lo de que nunca dedicamos tiempo a hacernos la corte? ¿Que nunca me sedujiste? Yo tampoco te seduje.

—Callie, tú me sedujiste en cuanto te puse los ojos encima.

Ella soltó una risita, casi tan sorprendida por la afirmación como por todo lo que acababa de pasar.

—No es verdad.

—Nunca lo creíste. —Se apartó, le rozó una mejilla con los labios y luego la otra en un gesto que hizo que ella lo mirara tan sorprendida como desconfiada—. Nunca entendí por qué no te lo creías. Llamaré al sheriff y luego te daré algo para el dolor de cabeza.

—Ya lo cogeré yo.

Empezó a bajar, pero él la agarró del brazo.

La miraba con expresión desilusionada, algo que ella no le había visto

nunca sí no era teñida de enfado.

—¿Por qué no me dejas cuidarte? Ni siquiera ahora que estás herida.

Desconcertada, Callie señaló el armario.

—Está... aquí mismo.

—Bien, vale. —La soltó y le dio la espalda—. Cógelo tú misma.

Ella empezó a bajar, pero se detuvo. No estaba segura de los pasos de aquel nuevo baile que parecían haber iniciado, pero al menos podía intentar encontrar el ritmo.

—Mira, puedes echarme una mano. Si me muevo, creo que se me va a caer la cabeza. Y creo que también me he hecho daño en los pies.

Sin decir nada, él se volvió y le levantó los pies uno por uno. Maldijo en voz baja y luego la agarró por la cintura y la levantó. Suavemente, notó Callie. Se había comportado con suavidad con ella varias veces aquella noche, más en una sola noche de lo que ella podía recordar desde que lo conocía.

Tenía la cara arañada, el pelo desordenado y los ojos preocupados. Todo se ablandó dentro de ella.

—Supongo que me trajiste a casa en brazos.

—O eso o te quedabas allí fuera. —Pasando un brazo por encima de su cabeza cogió un frasco de píldoras del armario—. Toma.

—Gracias. ¿Sabes?, creo que necesito sentarme.

Así lo hizo, en el suelo, tanto para ver cómo reaccionaba como por necesidad.

Lo vio, una inquietud momentánea que le cruzó la cara antes de desaparecer. Abrió el grifo, le llenó un vaso de agua y se agachó para dárselo.

—¿Estás mareada?

—No. Sólo me duele como un castigo divino. Me quedaré aquí sentada, drogándome, a esperar a la policía.

—Les llamaré y luego te pondré un poco de hielo en la cabeza. A ver si sirve de algo.

—Vale.

Meditabunda, agitó las píldoras mientras él se dirigía al teléfono. No estaba segura de qué significaba aquel nuevo aspecto de Jacob Graystone. Pero sin duda era interesante.

Callie no se veía capaz de dormir tres horas seguidas. El golpe de la frente le provocaba un dolor constante y embotador que no le permitía resolver ningún papeleo.

Dormir la siesta era una habilidad que no había poseído nunca y que estaba sólo un punto por encima de su capacidad menos cultivada: no hacer nada.

Durante veinte minutos se dedicó a experimentar maneras variadas de disimular el moratón y la herida. Si se echaba el pelo en la cara parecía una imitación barata de Verónica Lake. Si se ponía un pañuelo parecía una mezcla entre una hippie trasnochada y una mujer pirata. Ninguno de los dos era el efecto que estaba buscando.

Aun sabiendo que probablemente se arrepentiría, se cortó un poco de pelo en un flequillo desigual. La volvería loca cuando creciera, pero por el momento cumplía la función básica de satisfacer su vanidad. Con las gafas de sol y el sombrero decidió que apenas se notaba la diferencia de color con la parte despellejada.

Si salía, y pensaba hacerlo, no quería aguantar la pesadez de ser el centro de atención.

Había estado aplazando la promesa que había hecho a Doug de pasar por Treasured Pages, pero ya había llegado la hora de tomar decisiones. Comprendía por qué se lo había pedido y tenía que admitir que sentía curiosidad por el otro miembro de la familia Cullen.

Pero ¿qué iba a decirle al abuelo?, se preguntó mientras buscaba una plaza de aparcamiento en Main. «Hola, abuelo, ¿cómo estás?» Por ahora su estancia en Woodsboro estaba resultando demasiado interesante. Viejos secretos familiares, pintadas obscenas en su Rover —por eso llevaba el enorme Jeep Cherokee de Rosie—, asesinato, misterio y finalmente tiros de escopeta y ligera conmoción.

Era suficiente para tener ganas de volver al circuito de las conferencias.

Encima, se veía obligada a aparcar en paralelo con un vehículo que no era suyo, en una calle estrecha que, para fastidiarla, de repente se había llenado de tráfico.

No creía que las cosas pudieran ponerse peor.

Maniobró, adelante y atrás, girando el volante y maldiciendo la predilección de la ciudad por las aceras altas hasta que, sudada, irritada y un poco avergonzada, logró meter el jeep entre una camioneta pick-up y un coche con puerta trasera.

Salió y notó que, ahora que había completado su tarea, el tráfico había disminuido a tres coches de nada y un menonita con un caballo y un carruaje.

Era de esperar.

Pero el enfado la ayudó a no ponerse nerviosa cuando caminó hacia la librería.

Cuando Callie entró, había una mujer en el mostrador y, tras él, un hombre con una gran mata de pelo gris y una camisa blanca con los pliegues tan marcados que podrían haber cortado pan. Callie vio el impacto instantáneo en la cara del hombre, que se detuvo en medio de una frase como si alguien le hubiera golpeado la garganta con un puño.

La mujer se volvió y, al ver a Callie, frunció el ceño.

—¿Señor Grogan? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, por supuesto. Perdona, Terri, se me ha ido el santo al cielo. Estaré contigo enseguida —dijo a Callie.

—Está bien. Echaré un vistazo.

Miró los títulos de los libros, encontró algunos que había leído, otros que no entendió quién podía leer, y escuchó la conversación que tenía lugar detrás de ella.

—Eres muy amable, Terri. Ya sabes que Doug o yo habríamos ido a valorarlos.

—Pensé que podía traerlos, para que me hiciera una oferta. A la tía Francie le encantaban sus libros, pero yo no tengo sitio para guardarlos ahora que no está. Si valen algo, me iría bien el dinero. —Volvió a mirar por encima del hombro, hacia Callie—. Ahora que Pete tiene menos trabajo. Éste debe de valer algo, está encuadernado en piel.

—Es lo que llamamos media encuademación —explicó, e intentó no seguir todos los movimientos de Callie—. Mira, tiene piel en el lomo y en un par de centímetros de las cubiertas. El resto de la encuademación es de tela.

—Oh.

La desilusión que se dibujó en la cara de la mujer hizo que él le diera un golpecito en la mano.

—Tienes buenos libros, Terri. Francie los cuidaba bien. Este *Las uvas de la ira* es una primera edición.

—Creía que éste no valdría mucho. La cubierta está rota.

—La sobrecubierta está un poco estropeada, tiene un par de rasgaduras, pero está en buenas condiciones. ¿Por qué no me los dejas unos días y te llamo para darte un precio?

—De acuerdo. Se lo agradeceré, señor Grogan. Cuanto antes me llame, mejor. Dígale a Doug que mi Nadine ha preguntado por él.

—Lo haré.

—Me alegro de que esté en la ciudad. A ver si se queda esta vez.

—Podría ser.

Deseando que se marchara, salió de detrás del mostrador e intentó guiarla hacia la puerta, pero ella se puso a caminar hacia Callie.

—¿Usted está con los arqueólogos?

Callie se volvió.

—Sí.

—Su cara me suena.

—Hace semanas que estoy aquí.

La mujer se fijó en el moratón disimulado por el flequillo, pero no encontró una forma educada de preguntar por él.

—Fue mi cuñado quien desenterró el cráneo que inició todo.

—No me diga. Debió de ser un momento importante para él.

—Le ha costado perder mucho trabajo. Como a mi marido.

—Sí. Lo comprendo. Y lo siento.

Terri frunció el ceño otra vez, esperando algún argumento para el debate. Luego agitó los pies.

—Algunas personas de aquí creen que el lugar está maldito porque están profanando tumbas.

—Algunas personas ven demasiadas películas de terror.

Los labios de Terri temblaron antes de que pudiera controlarlos.

—Sea como sea, Ron Dolan está muerto. Y eso es algo terrible.

—Lo es. Lo ha conmocionado todo. Nunca había conocido a nadie que fuera asesinado, ¿y usted?

La actitud de Callie mostraba suficiente simpatía y disposición al cotilleo para que Terri se relajara.

—La verdad es que no. Pero mi nieto va tres días a la semana a la guardería con el niño de Lana Campbell y su padre fue asesinado en un atraco a una tienda de Baltimore. Pobrecillo. Te hace pensar, ¿no cree? Nunca se sabe.

«No lo sabía», pensó Callie con un sobresalto. Había hablado con Lana de detalles íntimos de su propia vida, pero no sabía en qué circunstancias se había quedado viuda.

—No, nunca se sabe.

—Bueno, tengo que irme. A lo mejor llevaré a Petey a ver ese lugar que están excavando. Muchos otros niños ya han pasado por allí.

—Por favor, estamos encantados de enseñar la excavación y explicar lo que hacemos y cómo.

—De verdad que me suena su cara —repitió Terri—. Me he alegrado de hablar con usted. Adiós, señor Grogan. Espero su llamada.

—Un par de días, Terri. Dale recuerdos a Pete.

Roger esperó a que se cerrara la puerta.

—Has sabido tratarla muy bien —comentó.

—Mantener buenas relaciones con la población forma parte de la clase de trabajo que hago. Entonces... —Hizo un gesto hacia la caja de cartón y los libros esparcidos por el mostrador—. ¿Tiene algo espectacular?

—El Steinbeck le va a dar una alegría. El resto tendré que estudiarlo con atención. Voy a poner el cartel de «Cerrado» si te parece bien.

—Claro.

Se metió las manos en los bolsillos mientras Roger se acercaba a la puerta, daba la vuelta al rótulo y cerraba con llave.

—Doug me pidió que pasara. He estado muy ocupada.

—Esto es difícil para ti.

—La verdad es que sí.

—¿Te gustaría que pasáramos a la trastienda? ¿A tomar un café?

—Claro, gracias.

No la tocó, ni intentó cogerle la mano. No la observó ni se mostró torpe. Y su tranquilidad se trasladó a Callie cuando entraron en la trastienda.

—Qué lugar tan agradable y cómodo. Siempre pensé que los bibliófilos eran fanáticos remilgados que guardaban los libros tras cristales cerrados.

—Yo siempre pensé que los arqueólogos eran jóvenes fornidos que llevaban cascos con linternas y exploraban pirámides.

—¿Quién dice que yo no tenga un casco? —replicó ella, y le hizo reír.

—Quería ir a la excavación a ver lo que hacías. A verte. Pero no quería... agobiarte. Ya te ha caído bastante encima. Pensé que un abuelo extra podía esperar.

—Doug dijo que me caerías bien. Creo que tenía razón.

Él sirvió el café y lo llevó a la diminuta mesa.

—¿Leche, azúcar?

—¿Por qué estropear algo bueno?

—¿Cómo te has golpeado la cabeza?

Callie tiró de su flamante flequillo.

—Veo que no cumple su función en absoluto.

Iba a decirle alguna tontería para salir del paso, pero se encontró contándole la verdad.

—Dios mío. Qué locura. ¿Qué ha dicho el sheriff?

—¿Hewitt? —Se encogió de hombros—. Lo que dicen siempre los polis. Que lo investigarán. Va a interrogar a un par de tipos que nos amenazaron, a mí y a Jake, cuando llegamos y que decoraron mi coche con obscenidades creativas y pintura roja.

—¿Quiénes son?

—Unos idiotas llamados Austin y Jimmy. Un tipo grande y otro pequeño. Una versión palurda de Laurel y Hardy.

—¿Austin Seldon y Jimmy Dukes? —Meneó la cabeza y se subió las gafas por la nariz—. No, no puedo imaginármelos. No son los chicos más listos de la clase, pero ninguno de los dos dispararía a un hombre o golpearía a una mujer. Los conozco de toda la vida.

—Quieren que abandonemos el proyecto. Y no son los únicos.

—La urbanización ya no es el problema. Ayer hablé con Kathy Dolan, la viuda de Ron. Quiere vender la tierra a la Sociedad de Conservación. Nos costará un poco reunir el dinero, pero lo conseguiremos. No habrá urbanización en Antietam Creek.

—Eso no va a hacer muy populares a los conservacionistas.

—Entre algunos no. —Su sonrisa era tranquila, irónica y muy atractiva—. Pero mucho entre otros.

—Sólo estoy especulando, pero ¿podría haber matado alguien a Dolan para que su esposa se viera obligada a vender?

—Tampoco puedo imaginármelo. Claro que no quiero imaginármelo. Conozco esta ciudad y a sus ciudadanos. No hacemos las cosas así.

Se acercó a la cafetera a rellenar su taza. En la tienda sonó el teléfono pero lo dejó sonar.

—Muchas personas tenían una excelente opinión de Ron y muchas otras no. Pero no conozco a ninguna que fuera capaz de partirle el cráneo y tirarlo al Simon's Hole.

—Yo podría decir lo mismo de mi equipo. A algunos no los conozco tan bien como tú a tus conciudadanos, pero los arqueólogos no tienen por costumbre cargarse a la población por un desacuerdo sobre la excavación.

—Te gusta mucho tu trabajo.

—Sí. Me encanta.

—Para ti cada día es una aventura.

—Hay días más aventureros que otros. Debería volver a trabajar. —Pero no se levantó—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Una cuestión personal?

—Por supuesto.

—Suzanne y Jay. ¿Qué pasó entre ellos?

Él soltó un largo suspiro y se recostó en el asiento.

—Pienso que, a menudo, la tragedia engendra tragedia. Nos volvimos locos cuando te secuestraron. Estábamos tan aterrorizados que no puedo ni describirlo.

Se quitó las gafas como si de repente le pesaran demasiado.

—¿Quién podía robar a un bebé inocente de aquella manera? ¿Qué te harían? ¿Cómo podía haber pasado? Durante semanas, sólo pensamos en ti, nos preocupamos por ti, rezamos por ti. Había pistas, pero nunca llevaban a ninguna parte. La verdad pura y simple era que te habías esfumado sin dejar rastro.

Calló un momento y recogió las manos sobre la mesa.

—Éramos personas normales, que vivíamos vidas corrientes. Se supone que esas cosas no les pasan a las personas con vidas corrientes. Pero pasó y nos cambió. Cambió a Suzanne y a Jay.

—¿Cómo? Me refiero a lo que no es tan obvio.

—Encontrarte era una obsesión para Suzanne. Atosigaba a la policía, salió en televisión, habló con los periódicos, con revistas. Siempre había sido una chica alegre. No de una forma exuberante, pero tú ya me entiendes. Satisfecha, conforme con la vida que llevaba. No tenía ambiciones extraordinarias. Quería casarse con Jay, tener una familia, crear un hogar. Aquello era lo que había querido toda su vida.

—Las ambiciones sencillas son la base de la sociedad. Sin hogar no tenemos estructura sobre la que construir niveles más complejos.

—Una forma interesante de plantearlo. La estructura era sin duda el objetivo. Para ambos. Jay era, y sigue siendo, un buen hombre. Sólido y de fiar. Un profesor estupendo que se preocupa por su trabajo y por los alumnos. Se enamoró de Suzanne, creo, cuando los dos tenían seis años.

—Qué tierno —dijo Callie—. No sabía que hubiesen crecido juntos.

—Suze y Jay. Los demás decían sus nombres como si fueran una sola palabra. —Y le partía el corazón que ya no lo fueran—. Ninguno de los dos salió en serio con otra persona. Más que ella si cabe, Jay prefería el camino tranquilo y discreto, que es el que siguieron. Se casaron, tuvieron a Doug, Jay daba clases, Suzanne llevaba la casa. Luego tuvieron una hija. Un panorama perfecto. La joven pareja, dos hijos, una bonita casa en su ciudad natal.

—Entonces la tierra se hundió bajo sus pies.

—Sí.

Roger nunca había olvidado el sonido de la voz de Suzanne cuando le llamó. «Papá, papá, alguien se ha llevado a Jessie. Alguien se ha llevado a mi niña.»

—La tensión rompió algo en su interior y rompió algo entre ella y Jay que no sabían cómo enmendar. Por supuesto que se habían peleado a veces cuando salían.

Volvió a ponerse las gafas.

—Recuerdo que ella entraba en casa hecha una furia después de salir con él, jurando que no volvería a hablar nunca más con Jay Cullen. Y al día siguiente, él estaba en la puerta con una sonrisa avergonzada.

—Pero aquello no fue una pelea.

—Fue una transformación. A medida que Suzanne se volvía más extravertida, Jay se encerraba más dentro de sí mismo. De repente aquella joven era una activista, era una mujer con una misión. Y cuando no trabajaba activamente para encontrarte, o participaba en grupos de apoyo o seminarios, estaba horriblemente deprimida. Jay no podía seguir su ritmo, no de la forma en que ella lo necesitaba. No podía darle energía, al menos de la forma que ella requería.

—Debió de ser triste para Doug.

—Lo fue. Estaba atrapado entre los dos. Dieron una imagen de normalidad durante una temporada, pero no duró. Lo intentaron.

La tocó, tenía que hacerlo. Le puso la punta de los dedos sobre el dorso de la mano.

—Son dos personas buenas y cariñosas que adoraban a su hijo.

—Sí, lo comprendo. —Y como lo comprendía, volvió la mano y enlazó sus dedos con los de Roger—. Pero no pudieron reconstruir su vida normal faltándoles una pieza.

—No. —Soltó un suspiro—. Algo ponía en marcha a Suzanne: una nueva pista, una información de las noticias sobre otro niño desaparecido, y todo empezaba de nuevo. Los últimos dos años vivieron como dos extraños y sólo siguieron juntos por Doug. No sé qué les hizo traspasar ese límite y divorciarse. No se lo pregunté.

—Él sigue queriéndola.

Roger apretó los labios.

—Sí, lo sé. Pero tú ¿cómo lo sabes?

—Algo que dijo él cuando estaba fuera del despacho. La forma como lo dijo. Lo siento mucho. Pero no sé que hacer por ellos.

—No hay nada que tú ni nadie pueda hacer. No conozco a las personas que te educaron, pero también deben de ser personas buenas y cariñosas.

—Sí, lo son.

—Por todo lo que te dieron, les estoy agradecido. —Se aclaró la garganta—. Pero Suzanne y Jay también te dieron algo al nacer. Si puedes aceptarlo y valorarlo, quizá sea suficiente.

Callie miró los dedos enlazados.

—Me alegro de haber venido.

—Espero que vuelvas. Oye..., quizá los dos estaríamos más cómodos si me llamas Roger.

—De acuerdo. —Se levantó—. ¿Qué, Roger, tienes que volver a abrir enseguida?

—Uno de los privilegios de tener tu propio negocio es que de vez en cuando puedes hacer lo que te da la gana.

—Si te apetece, podrías venir a la excavación conmigo. Te haría una visita guiada.

—Es la mejor oferta que me han hecho en mucho tiempo.

—¡Callie, eh! —No había tenido ni tiempo de parar el coche cuando Bill McDowell corrió hacia ella, pasándose nerviosamente los dedos por el pelo desordenado para aplastarlo—. ¿Dónde estabas?

—Tenía cosas que hacer. —Bajó del coche—. Roger Grogan, Bill McDowell. Bill es uno de nuestros estudiantes graduados.

—Sí, hola —soltó Bill antes de que su atención se centrara otra vez en Callie—. Hoy quería trabajar contigo. ¡Uau! ¿Qué te ha pasado en la cara?

No le gruñó. Habría sido como gruñirle a un gran y torpe cachorro que no puede evitar mordisquearte la pierna.

—Me pegué un trompazo.

—Caramba. ¿Te duele? ¿Por qué no te sientas a la sombra? Te traeré algo de beber.

Le abrió la verja.

—No, gracias, voy a dar una vuelta con Roger y... —Se interrumpió cuando vio a Jake de pie, frente a frente con el tipo grande del bar. El tipo grande que le había hecho un trabajo de pintura a su Rover—. ¿Qué demonios hace ése aquí?

—Oh, ¿ése? Te buscaba a ti. Jake le ha parado los pies. —Bill apenas miró a Jake, el rival en su imaginación del afecto de Callie—. Ya tenemos bastante jaleo sin que Jake provoque más.

—Si Jake buscara jaleo, ese gorila idiota ya estaría en el suelo. Lo

siento, Roger. Tengo que solucionar esto. Bill, ¿me haces el favor de enseñar al señor Grogan la zona de trabajo?

—Claro, claro, si tú quieres, pero...

—Podría hablar con Austin —se ofreció Roger—. Le regalaba caramelos de menta cuando era niño.

—Ya me encargo yo. No tardaré.

—Callie cruzó la excavación a grandes zancadas, limitándose a saludar rápidamente con la cabeza cuando alguien la llamaba. Sin embargo Dory apareció a su lado y le tiró de la manga.

—¿Crees que deberíamos llamar a la policía? —susurró—. ¿Crees que deberíamos llamar al sheriff? Si se pelean...

—Es su problema. Ve a ayudar a Frannie un rato. No te metas.

—Pero no crees que... ¿Qué te ha pasado en la cara?

—No te metas, por favor.

Callie estaba dispuesta para el ataque cuando llegó al lado de Jake y Austin.

—Me han dicho que me buscaba —empezó.

—Tengo un cheque para usted. Sólo he venido a traerle el cheque. Por los daños.

Sin decir nada, Callie alargó la mano. Después de que él lo buscara en el bolsillo y lo dejara en su mano, Callie lo desplegó y leyó la cantidad. Era el total del presupuesto que le había dado a Hewitt.

—Bien. Ahora váyase lejos de aquí.

—Tengo algo que decir. —Tiró los hombros atrás—. Se lo diré a usted como se lo he dicho a él —señaló a Jake con el dedo— y como se lo dije a Jeff, al sheriff Hewitt. Ayer sobre las once estaba en casa, en la cama, con mi esposa. No me había quedado a ver las últimas noticias ni el programa de Leno porque esta mañana tenía que trabajar. Un trabajo que me he perdido viniendo aquí para decirle esto a la cara. Quizá Jimmy y yo nos pasamos con su todoterreno...

—¿Quizá? —La voz de Jake era demasiado tranquila para ser segura.

Los músculos de la mandíbula de Austin temblaron.

—Nos pasamos y lo estamos compensando. Pero yo no pego a mujeres ni tiroteo a nadie, por el amor de Dios. Y Jimmy tampoco. Jeff ha venido hoy donde estábamos trabajando y nos ha dicho que teníamos que decirle dónde estábamos anoche, alrededor de medianoche, y qué hacíamos y si alguien podía jurar que decíamos la verdad.

Era la mortificación que Callie vio en su cara lo que le apagó un poco la rabia.

—Si no hubiesen pintado mi coche, Hewitt no los habría molestado en el trabajo. Creo que estamos en paz, porque es bastante molesto tener que circular con una pintada de «lesbiana asquerosa» en la capota.

Austin se puso rojo hasta parecer su cara una luna manchada de sangre.

—Le pido disculpas. También en nombre de Jimmy.

—¿Te tocó la pajita más corta? —preguntó Jake.

El pequeño tirón de los labios de Austin fue un reconocimiento.

—Tiramos una moneda. No sé qué pasó anoche, pero le aseguro que nunca he levantado la mano contra una mujer en mi vida. Ni una sola vez —dijo mirándole rápidamente la frente a Callie—. Tampoco he disparado a nadie. No quiero que estén aquí, y se lo digo a la cara. Ron Dolan era un buen hombre y un amigo mío. Lo que le pasó... no estuvo bien. Simplemente no estuvo bien.

—En eso estamos de acuerdo.

Callie se guardó el cheque en el bolsillo.

—A mí me parece que lo que dice la gente es verdad. Sobre que este lugar está maldito. —Dirigió una mirada inquieta hacia la poza—. No me gustaría trabajar aquí ahora.

—Pues déjenos hacerlo a nosotros. Olvidado —añadió Jake, y le ofreció una mano.

Austin pareció momentáneamente confuso, pero le tomó la mano cautelosamente.

—Un hombre que le pega a una mujer —dijo señalando la frente de Callie con la cabeza— se merece que le rompan la mano.

—Otro punto en el que estamos de acuerdo —comentó Jake.

—Bueno..., no tengo más que decir. —Saludó con la cabeza y se fue.

—Bueno, ha sido divertido. —Callie se tocó el bolsillo—. Ese tontaina no te disparó. ¿Por qué estabas a punto de desafiarle a un combate?

—Ha entrado con una expresión de resentimiento que me he sentido obligado a borrar. Decía que no le daba la gana de hablar conmigo y todo el rollo, lo que, naturalmente, ha llevado a que nos insultáramos un poco. Lo que habría podido ser un rato de sana diversión se ha echado a perder cuando has aparecido tú y te ha visto la cara.

Jake le apartó suavemente el flequillo.

—Espero que esto sea un nuevo peinado y no un intento de disimular el moratón.

—Calla.

—Porque no es un mal peinado pero es un disimulo lamentable. —Se inclinó y le rozó el golpe con los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiera tropezado con un árbol.

—Ya. ¿Quién es el viejo?

Callie miró hacia donde Roger estaba agachado en un segmento, entre Bill y Matt.

—Roger Grogan. El padre de Suzanne. He ido a hablar con él esta mañana. Es... enormemente simpático. Le voy a dar una vuelta.

—Preséntamelo. —Le tomó la mano—. Lo pasearemos los dos. —Le apretó más la mano cuando ella intentó deshacerse—. Sé buena. Bill se pone frenético cuando te toca.

—Déjalo en paz. Es inofensivo.

—Quiere mordisquearte los dedos de los pies mientras te adora. — Deliberadamente se llevó la mano de Callie a los labios—. Si tuviera un arma, yo estaría sangrando por múltiples heridas en este momento.

—Eres un cabrón mezquino.

Jake se rió, le soltó la mano y le pasó un brazo por los hombros.

—Eso es lo que te gusta de mí, pequeña.

A la mañana siguiente, Callie estaba sacando sus herramientas y organizando mentalmente su trabajo del día cuando se presentó Lana.

Bastante divertida, Callie observó cómo cruzaba la verja, se miraba los bonitos zapatos, ponía cara de desesperación y empezaba a cruzar la excavación.

—¿No es un poco temprano para que una abogada esté trabajando? — gritó Callie.

—No cuando la abogada tiene un hijo en la guardería y un perro que tiene que ir al veterinario. —Al acercarse se bajó las gafas de sol e hizo una mueca al ver la frente de Callie—. Uau.

—Ni que lo digas.

—Debo puntualizar que enterarme de tus aventuras nocturnas de segunda y tercera mano ha sido un poco embarazoso. Deberías haberme llamado.

—No sé a quién demandar por esto.

—¿La policía no tiene sospechosos?

—Han sacado una posta de un álamo. Si encuentran el arma de donde salió, supongo que tendrán un sospechoso.

—¿Por qué no tienes miedo?

—Lo tengo. Jake dice que el tiro le pasó a un metro y tengo que pensar que ha sido sincero en eso. Pero la verdad es que alguien estaba allí fuera pegando tiros. Y alguien estuvo aquí, haciendo algo peor.

—¿Crees que los dos incidentes están relacionados?

—El sheriff no parece creerlo, pero es muy reservado. Son sólo especulaciones. A algunos no les gusta que estemos aquí. Una forma de hacernos marchar es complicar el proyecto. Un cadáver y unos tiros son una buena manera de complicarlo.

—Tengo noticias que no van a hacerte más feliz.

—El investigador.

—Empezaré por él. El hijo de Carlyle no quiere colaborar. Le dijo al investigador que no sabía dónde estaba su padre y que de todos modos no era asunto suyo.

—Quiero que siga investigando.

—Es tu dinero.

—Todavía me queda un poco. —Soltó aire—. Un poco —admitió—. Pero puedo pagarlo durante un par de semanas más.

—Avísame cuando necesites recalcular los gastos. Me gusta el flequillo, por cierto.

—¿Sí? —Callie le dio un pequeño tirón—. Me va a molestar cuando se me meta en los ojos.

—Para eso se inventaron las peluquerías. La siguiente parte de mi agenda matinal tiene que ver con los cotilleos del pueblo.

—¿Debería ir a buscar café y galletas?

—Podrías venir hasta aquí. Si voy yo, se me ensuciarán los zapatos.

Mientras Callie dejaba las herramientas, Lana echó un vistazo a la excavación.

Como siempre, se oían los golpes de herramientas contra la roca y el raspado en la tierra. Por encima de eso se oía música. Hacía un calor que había hecho que su ropa estuviera pegajosa dos minutos después de salir de casa.

Olía a sudor, a repelente de insectos y a tierra.

No tenía ni idea de que el trabajo progresara tan uniformemente, con tantos cuadrados y rectángulos recortados en el suelo y trincheras formadas por centímetros y centímetros de tierra evaluada.

Había pilas de herramientas, palas, paletas y pinceles anchos. Lonas extendidas aquí y allá. Alguien había dejado una carpeta encima de una cámara. Para darle sombra, imaginó. En los alrededores de casi todos los segmentos había jarras y botellas de agua, y las camisas que se habían quitado los hombres se abrasaban al sol.

—¿Qué están haciendo allí?

Callie miró hacia donde trabajaban Jake y Dory.

—Jake flirtea con la atractiva fotógrafa del proyecto. —Después se encogió de hombros, sorprendida de no sentir una punzada de celos al notar la familiaridad con que Jake tocaba el hombro y el brazo de Dory—. Seguramente le explica lo que quiere obtener de las fotografías, los ángulos. —Distraídamente, se frotó un rasguño con el dorso de la mano—. Han encontrado tuestos en esa zona.

—Iré a echar un vistazo antes de irme. Oye... —Volvió su atención a Callie—. Ayer fuiste a ver a Roger.

—Pues sí. ¿Y qué? Me cae bien.

—A mí también. Mucho. Después te lo llevaste de paseo.

—Lo traje aquí a visitar la excavación. ¿Qué problema hay?

—Había alguien en la tienda cuando fuiste.

—Sí, una mujer que quería vender unos libros. —Callie se agachó a recoger la jarra de té frío. Como había perdido la taza, bebió directamente de la jarra—. Dijo que era la cuñada del tipo que desenterró el primer cráneo. ¿Por qué te interesa?

—Te reconoció.

—¿De las noticias? —Sólo tardó un instante en entenderlo—. Eso no es posible. No puede ser que hablara dos minutos conmigo y dedujera que soy Jessica Cullen.

—No sé cuánto tardó, pero empezó a atar cabos. Notó que Roger cerraba la tienda cuando ella se iba. Y le vio salir contigo más tarde. Por lo que he sabido, se lo comentó a alguien, y ese alguien te había visto salir de mi despacho con Suzanne. Vio a Jay allí. Es una ciudad pequeña, Callie. Las personas se conocen y recuerdan. Empieza a correr el rumor de que eres la hija perdida de Suzanne y Jay. Creí que debías saberlo para decidir cómo quieres enfocarlo. Cómo quieres que lo enfoque yo.

—Por el amor de Dios. —Callie se quitó el sombrero y lo tiró al suelo—. No lo sé. «Sin comentarios» no va a funcionar. «Sin comentarios» sólo hace que la gente piense que sabe eso que no quieres comentar.

—Si llega a los medios ocurrirá lo inevitable. Tendrás que hacer una declaración. Los Cullen tendrán que hacer una declaración. Lo mismo que tus padres. Y todos tendréis que decidir qué línea vais a seguir.

Callie miró al otro extremo del campo. Jake se había movido y ahora estaba agachado donde Frannie trabajaba con Chuck. La mano de Jake estaba apoyada en la espalda de Frannie.

Bill estaba con Dory, charlando sin parar. Por la expresión de su cara, Dory no estaba tan contenta con su compañía como lo había estado con la de Jake.

Habría deseado no tener nada más grave en que pensar que los pequeños dramas de los miembros de su equipo.

—No quiero hablar con los medios. No quiero que mis padres tengan que pasar por eso.

—No vas a poder elegir, Callie. Fue una gran noticia en su momento. Y Suzanne es una celebridad local. Deberías prepararte.

—Nadie puede prepararse para una bomba. Encárgate tú. ¿Lo sabe Suzanne?

—He quedado con ella dentro de una hora. Lo que no sepa ya, se lo diré yo.

Callie recogió el sombrero y volvió a colocárselo en la cabeza.

—Necesito esa lista. Los nombres de su médico, las enfermeras, las personas que compartieron habitación con ella cuando dio a luz. No me he visto con ánimo de presionarla más.

—Pero quieres que lo haga yo. —Lana asintió—. No te preocupes.

—Consígueme la dirección y el teléfono del hijo de Carlyle. Podría convencerlo para que hable con nosotros. Tengo que llamar a mi madre y advertirla. Mi madre —dijo cuando Lana siguió en silencio—. Te dejo a Suzanne a ti.

—Comprendo.

—Es un alivio saber que alguien lo comprende. Roger parecía hacerlo. Me lo puso muy fácil.

—Es un hombre especial. Y puede que, no sé, genéticamente una cosa como ésta sea menos complicada a nivel emocional para un hombre que para una mujer. Para una madre. Sé que Doug está trastornado por esto, pero puede mantener la serenidad.

—¿Hay algo entre vosotros?

—Bueno. La definición del «algo» todavía es borrosa, pero sí. Creo que sí. ¿Es un problema?

—Para mí no. Sólo es raro, otra conexión rara. Elijo una abogada que tiene «algo» con mi hermano biológico. Me encargo de lo que podría ser uno de los proyectos más importantes de mi carrera y primero me encuentro con mi ex marido y después descubro que nací a poca distancia de donde estoy trabajando. Mi madre biológica resulta ser la fuerza impulsora de mis galletas de chocolate preferidas y una o varias personas desconocidas se dedican a asesinar y complicarme la vida. Cualquiera de estos factores sería raro. Pero todos juntos son...

—Una puta bomba.

—No suena tan mal cuando lo dices tú, pero sí, es eso. Consigue esa lista de Suzanne —repitió Callie un momento después—. Ha llegado el momento de parcelar este proyecto y empezar a excavar en serio.

Suzanne escuchó todo lo que Lana tenía que decirle. Sirvió té y pastel de café. Le proporcionó una lista pulcramente organizada con los nombres de su pasado. Estuvo absolutamente tranquila hasta que acompañó a Lana a la puerta.

Entonces se volvió hacia Jay.

—Te pedí que vinieras esta mañana porque Lana dijo que era importante que hablara con los dos. Pero tú no has dicho nada. No has contribuido de ningún modo.

—¿Qué querías que dijera? ¿Qué querías que hiciera? Tú ya te has encargado de todo.

—Sí, yo me he encargado de todo. Como siempre.

—No me has dejado ayudar. Como siempre.

Suzanne cerró los puños y pasó por el lado de él en dirección a la cocina.

—Vete, Jay. Vete.

Él estuvo a punto de hacerlo. Ella le había dicho lo mismo hacía años. «Vete, Jay.» Y se había ido. Pero esta vez la siguió y al llegar a la cocina le cogió un brazo.

—Entonces me apartaste y ahora me estás apartando otra vez. Y después de hacerlo, me miras asqueada. ¿Qué quieres, Suzanne? Lo único que he intentado siempre es darte lo que querías.

—¡Quiero a mi hija! Quiero a Jessie.

—No puedes tenerla.

—Tú no puedes, porque no haces nada. Apenas hablaste con ella en el despacho de Lana. Ni la tocaste.

—Ella no quería que la tocara. ¿De verdad piensas que esto no me está matando?

—Creo que la borraste de tu vida hace mucho tiempo.

—Eso es una estupidez. Estaba triste y dolorido, Suzanne. Pero tú no lo

veías, no me escuchabas. Para ti no había nada aparte de Jessie. No podías ser mi esposa, no podías ser mi amante. Ni siquiera podías ser mi amiga porque estabas demasiado decidida a ser su madre.

Las palabras eran como flechas rápidas y afiladas que se hundían en su corazón. Nunca le había dicho cosas así. Nunca había parecido tan enfadado, tan dolido.

—Eras un adulto. Eras su padre. —Se deshizo de él y empezó a recoger las tazas de té con manos temblorosas—. Me abandonaste cuando más te necesitaba.

—Puede que lo hiciera. Pero tú también lo hiciste. Yo también te necesitaba, Suzanne, y no me hacías ni caso. Quería intentar mantener lo que teníamos entre nosotros y tú estabas dispuesta a sacrificarlo todo por lo que habíamos perdido.

—Era mi pequeña.

—Nuestra pequeña. Maldita sea, Suze, nuestra pequeña.

A Suzanne se le aceleró la respiración.

—Querías sustituirla.

Él se apartó como si le hubiera abofeteado.

—Eso es una estupidez. Es estúpido y cruel. Quería tener otro hijo contigo. No un sustituto. Quería que volviéramos a ser una familia. Quería a mi esposa y no me dejabas tocarla. Perdimos a nuestra hija, Suzanne. Pero yo también perdí a mi mujer. Perdí a mi mejor amiga, perdí a mi familia. Lo perdí todo.

Suzanne se secó las lágrimas.

—Esto no lleva a ninguna parte. Necesito salir a ver a Jessica... Callie.

—No.

—Pero ¿qué dices? ¿Es que no has oído a Lana? Le han hecho daño.

—He oído lo que ha dicho. También ha dicho que la gente ha empezado a hablar, y esto la colocará en una situación difícil. Si vas a la excavación, te verán, y no harás más que abonar los cotilleos.

—Me da igual que la gente hable. Es mi hija. ¿Por qué no van a saberlo los demás?

—Porque a ella le importa, Suzanne. Porque si te presentas allí no harás más que alejarla. Porque si no esperas que venga ella a ti, si no le dejas marcar los límites, la perderás por segunda vez. No nos quiere.

Los labios de Suzanne temblaron.

—¿Cómo puedes decirme eso? Sí nos quiere. En el fondo, en su interior, nos quiere. Tiene que querernos.

—Odio decirte esto. Odio hacerte daño. Preferiría marcharme otra vez, alejarme otra vez, que causarte un solo momento de dolor. Pero si no te lo digo, aún te harás más daño.

Él le cogió los brazos y apretó con fuerza cuando ella intentó zafarse. «Como debería haber hecho desde el principio —pensó—. Debería haberla agarrado con fuerza.»

—Ella siente pena por nosotros. Se siente obligada hacia nosotros. Pero

puede que, si le dejamos tiempo y espacio, sienta algo más.

—Quiero que venga a casa.

—Cariño. —Le apretó los labios en la frente—. Ya lo sé.

—Quiero abrazarla. —Rodeándose fuertemente la cintura con los brazos, Suzanne empezó a mecerse—. Quiero que vuelva a ser un bebé para poder cogerla en mis brazos.

—Yo también lo quería. Sé que no me crees, pero lo deseaba con todo mi corazón. Sólo... sólo tocarla.

—Oh, Dios mío, Jay. —Suzanne levantó una mano y le secó una lágrima de la mejilla—. Lo siento. Lo siento mucho.

—Por esta vez podrías abrazarme a mí. O dejar que yo te abrace. —La rodeó con sus brazos—. Deja que te abrace, Suzanne.

—Intento ser fuerte. He intentado ser fuerte estos días, y ahora no puedo dejar de llorar.

—Está bien. Estamos solos. Nadie debe saberlo.

Hacía tanto tiempo, pensó Jay, que no le dejaba acercarse tanto. Que no apoyaba la cabeza en su hombro. Que no la rodeaba con los brazos.

—Pensé... La primera vez que fui a verla, pensé que sería suficiente saber que nuestra hija estaba sana y salva. Que se había convertido en una mujer preciosa e inteligente. Creí que sería suficiente, Jay. Pero no lo era. Cada día quiero más. Que me devuelvan cinco minutos, luego una hora. Un día, un año.

—Tiene unas manos hermosas. ¿Las has visto? Están un poco ásperas, por el trabajo, supongo. Pero son estrechas y de dedos largos. Cuando las vi pensé que le habríamos pagado clases de piano. Con esas manos debería tocar el piano.

Lentamente, con cuidado, ella se apartó. Después le cogió la cara con las manos y la levantó. Él lloraba, con lágrimas silenciosas. «Siempre callaba —recordó Suzanne— cuando esperabas un estallido de pena o de alegría.»

Recordó entonces que él había llorado así con el nacimiento de cada uno de sus hijos. Cogiéndole las manos, con lágrimas resbalándole por las mejillas, sin hacer ningún ruido.

—Oh, Jay. —Con el corazón, apretó los labios contra sus mejillas húmedas—. Toca el violonchelo.

—¿En serio?

—Sí. Lo vi en la habitación del motel, y en la página web hay una pequeña biografía de ella, además de algunos de los proyectos en los que ha trabajado. Dice que toca el violonchelo. Y que se graduó con honores en Carnegie Mellon.

—¿Ah, sí? —Intentó serenarse, pero su voz era espesa y rota mientras sacaba el pañuelo—. Es una universidad muy dura.

—¿Quieres ver lo que imprimí? Hay una foto de ella. Está tan intelectual y seria.

—Eso me gusta.

Ella asintió y se dirigió al ordenador.

—Jay, sé que tienes razón en lo de que ella debe venir a nosotros, en lo de que debe definir lo que vamos a ser para ella. Pero me cuesta tanto esperar. Cuesta tanto, ahora que está tan cerca, esperar.

—A lo mejor no costaría tanto si esperaríamos juntos.

Ella sonrió, como sonrió antaño cuando su mejor amigo le dio el primer beso.

—Puede que sí.

Tuvo que hacer algunas maniobras. Siempre era así cuando se trataba de Douglas, pensó Lana. No obstante, logró sacarle otra cita. Sin embargo, esta vez lo convenció para que quedaran en el piso que tenía encima de la librería.

Lana quería ver dónde vivía, por temporal que fuese. Y pensó que podrían empezar a definir ese «algo» que había entre los dos.

Cuando Lana llamó a la puerta, él gritó «adelante». En Woodsboro era una costumbre generalizada no cerrar las puertas. Era una costumbre que ella no había adoptado, ni siquiera después de más de dos años. Ella era demasiado de ciudad, decidió mientras abría la puerta.

El sofá de la sala estaba tapado con una funda amplia de color azul marino y la única butaca era de un verde oscuro con los brazos gastados. La elección no parecía tener nada que ver con la alfombra, que era de una mezcla de marrón y naranja.

A lo mejor era daltónico.

Había una barra que separaba la zona de estar de la cocina. Y Lana observó con aprobación que estaba inmaculada.

O bien valoraba la limpieza o no cocinaba nunca. Lana se sentía cómoda con cualquiera de las dos opciones.

—Saldré enseguida —gritó Doug desde la habitación—. Tengo que terminar esto.

—No hay prisa.

Eso le dio tiempo a fisgonear un poco. Había algunos recuerdos expuestos. Un trofeo del campeonato de béisbol del instituto, un guante de béisbol muy roto, lo que parecía una maqueta de una catapulta medieval. Y, por supuesto, los libros.

Éstos también merecieron su aprobación, pero fue la selección de arte de las paredes lo que le produjo envidia y le hizo interesarse más por el hombre.

Había litografías de *Las cuatro estaciones* de Mucha, una sirena de Waterhouse y *Éxtasis* y *Amanecer* de Parrish.

Un hombre que tenía cosas bellas en las paredes y guardaba un trofeo de béisbol del instituto era un hombre que valía la pena conocer mejor.

Para empezar, se acercó a la puerta del dormitorio.

Una cama muy sencilla, observó. Sin cabecera y con una colcha azul arrugada y colocada de cualquier manera. La cómoda parecía una reliquia de

familia, de caoba oscura y envejecida, con tiradores de bronce. Sin espejo.

Doug estaba trabajando en un ordenador portátil sobre una mesa de metal maltrecha y movía los dedos con eficiencia sobre las teclas.

Llevaba una camiseta negra, vaqueros y, lo que fascinó a Lana, gafas de concha.

Lana sintió una punzada de lascivia en el estómago y entró en la habitación.

Notó que él tenía el pelo húmedo, sólo un poco. Olía levemente a jabón, de la ducha que debía de haber tomado poco antes.

Se dejó llevar por un impulso y, colocándose detrás de él, introdujo los dedos en la oscura y húmeda mata de pelo.

Él se sobresaltó, se volvió en la silla y la miró a través de las gafas.

—Perdona. Me he despistado. Quería acabar este inventario... ¿Qué? —dijo al ver que ella seguía sonriendo sin decir nada.

—No sabía que llevaras gafas.

—Sólo para trabajar. Con el ordenador. Y para leer. ¿Has llegado pronto?

—No, a la hora. —Él parecía un poco nervioso porque ella estuviera allí, en su dormitorio. Y por eso ella se sentía poderosa—. Pero no hay prisa. La película no empieza hasta dentro de una hora.

—Una hora. Vale. —Ella todavía llevaba puesto el traje de rayas de abogada. De rayas finas. ¿Por qué les quedaban tan bien las rayas a las mujeres?—. Íbamos a comer algo antes.

—Íbamos. —Le encantaba la forma como se le abrieron los ojos cuando se sentó en sus rodillas—. O podríamos quedarnos. Podría preparar algo.

—No hay mucho para... —Se interrumpió cuando ella bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos—. No hay gran cosa, pero seguramente podríamos hacer algo. Si es lo que tú quieres.

Ella le subió las manos por el pecho y las unió por detrás de su cuello.

—¿Tienes hambre?

—Oh, sí.

—¿Qué te apetece? —preguntó Lana, y rió cuando él le apretó los labios sobre la boca.

16

Lana se abrazó a él. Que ella lo estaba rodeando era lo único que podía pensar él, a través de la niebla que le producían el sabor, el aroma y el cuerpo de ella.

Fue como si lo hubieran poseído, y todo había empezado cuando ella se había puesto de puntillas para rozarlo con los labios delante de aquel restaurante.

No estaba seguro de si quería arrancarse esa necesidad de su organismo o avivarla. Sólo sabía que necesitaba poseerla. Ahora.

—Deja...

La silla crujió siniestramente bajo el peso de los dos. Un coche pasó por la calle. Pero él sólo podía pensar en lo deprisa que quería meter las manos entre sus cuerpos, desabrocharle los botones de la blusa y tocarla.

—Eso intento. —El corazón de Lana latía apresuradamente, con fuerza, en el corazón y en la garganta. Le encantaba la sensación, ese bombeo de vida. Se echó hacia atrás para dejar espacio a las manos de él—. Las gafas han sido el detonante, ¿sabes?

—No me las quitaré nunca más.

—No hace falta. —Le pasó los dedos por el pelo, le quitó las gafas y las dobló cuidadosamente. Las dejó sobre la mesa mientras él le desabrochaba los botones de la blusa blanca—. El mal ya está hecho.

—Yo podría decir lo mismo de las rayas. Me han matado.

—Es de Brooks Brothers.

—Que Dios se lo pague. —Era tan perfecta, tan pequeña, con la piel suave y blanca como la leche. La podría haber lamido como un gato. Pero por qué no... Le quitó la chaqueta y se la dejó a la altura de los hombros. Tenía la blusa abierta y el sujetador era de seda brillante sobre el bulto de los pechos—. Eres maravillosa —dijo, y le atacó la garganta con los dientes.

Olía a fresco y a absolutamente femenina. El rápido latido del pulso bajo sus labios fue un impacto brutal.

Tenía los brazos inmovilizados y la carne a la vista. Había algo oscuro y erótico en aquel rápido cambio de control, en la rendición momentánea a su poder. Lana se dejó llevar por él y por el pánico vertiginoso de la boca que la reclamaba.

Se levantó con un movimiento tan ágil y fluido que le cortó la respiración. Demostró una fuerza que ella no esperaba y que le hizo perder algún latido. La llevó a la cama sin dejar de atacarla con la boca.

Entonces se encontró debajo de él en la cama, con los brazos impedidos por la chaqueta, el cuerpo cautivo y maravillosamente indefenso. Él dio un

tirón y le liberó los brazos. Antes de que pudiera reaccionar, rodó en la cama y se la colocó sobre el estómago.

—No tengo nada contra Brooks Brothers —dijo mientras le bajaba lentamente la cremallera de la falda—. Pero aquí ya somos suficientes. Nos desharemos de ellos.

Lana miró por encima del hombro y un mechón de pelo le cayó sobre los ojos.

—Yo podría decir lo mismo de los Levi's.

—Tendrán que esperar un minuto. —Le quitó la blusa y le pasó un dedo por la columna—. Bonita espalda, abogada.

Le bajó la falda por las caderas. Llevaba unas medias que terminaban en el muslo con unas ligas de encaje y un portaligas de satén que Doug dudaba que procediera de los dignos hermanos Brooks.

—El resto de ti está a la altura.

Ella se rió y empezó a decir algo ingenioso. Pero sólo pudo gemir cuando él le recorrió la columna con los labios. Los dedos le acariciaron la parte trasera de la rodilla hasta la punta de la media y los dedos de Lana se clavaron en la colcha.

—No podré volver a verte nunca con uno de esos trajes de abogada sin pensar en lo que hay debajo.

Tenía la boca en los riñones de ella y seguía bajando.

—No me parece mal.

La estaba arrastrando hacia una meseta de placer de tal modo que los músculos se le relajaron y las extremidades se le atontaron. Era como resbalar por una niebla suave y gris, hundirse en ella sin pensar en el destino final.

«¿Quién necesita el poder? —pensaba mientras la niebla se cerraba sobre ella— cuando puedes limitarte a... sumergirte?»

Doug la oyó suspirar, sintió cómo se volvía débil. Su cuerpo era suyo para explorarlo, para evaluarlo, para probarlo. La cintura estrecha, los muslos finos, la fragancia que desprendía su piel en los omóplatos. Le desabrochó el sujetador, le rozó la piel con los labios.

Ella sólo podía ronronear.

Le dio la vuelta lentamente, le saboreó los labios, la garganta, después los pechos.

Suaves, aromáticos y sedosos, y con un calor que empezaba a esparcirse por toda su bonita piel. Ella le acarició con las manos el pelo, los hombros, la espalda. Suspiró dentro de él, le quitó la camiseta por la cabeza y la tiró a un lado.

Y el contacto de carne con carne la hizo temblar.

«Es paciente —pensó soñadoramente— y muy considerado.» Ése era un hombre que quería dar tanto como tomaba, tanto dar placer como tomarlo. Un hombre que podía hacerla estremecer y que se le detuviera el corazón.

Y por todo esto, se arqueó para ofrecerse más a él. Gimió pronunciando su nombre cuando los labios y las manos de él se hicieron más impacientes.

Ahora iba más deprisa, sólo un poco más deprisa, avivando el fuego que ya estaba encendido, convirtiendo paciencia en urgencia y fantasía en exigencia.

La apretó con las manos, atormentándolos a los dos, hasta que metió un dedo por debajo del satén dentro de ella.

Lana le clavó las uñas en el hombro. Él vio cómo los ojos se le volvían opacos y que todo su cuerpo se abandonaba a esa dejadez. Le tapó el gemido con la boca, saboreando los labios cuando se corrió.

Las sensaciones se agolpaban en ella, demasiado deprisa para discernirlas, demasiado enormes para resistirlas. Forcejeó con el botón de los vaqueros. Dios mío, lo quería todo de él, quería experimentar el zambullido inconsciente. Sus caderas se movían inquietas al desabrocharle los pantalones, al cerrar su mano sobre él.

—Doug, Douglas —repitió, y lo guió dentro de ella.

El placer lo atravesó como un misil, la gloria en estado puro de llenarla, de tenerla, rodeándolo con su calor húmedo. Él resistió la necesidad de abandonarse y se movió lentamente, saboreando cada subida, cada bajada estremecida de los cuerpos.

La luz estaba disminuyendo. Los últimos haces silenciosos se filtraban por la ventana abierta sobre la cara de Lana. Vio cómo agitaba las pestañas y el latido del pulso en la garganta cuando arqueaba la cabeza hacia atrás. El placer crecía con cada empujón lento y profundo.

Sabía que ella se aferraba, como él, al escurridizo resto de razón. Cuando sintió que se pegaba a él, Doug juntó la boca con la de ella de nuevo y se dejó llevar.

—¿Doug?

Lana le acarició el pelo con los dedos y miró por la ventana. Desde donde estaba echada podía ver el brillo de las farolas de la calle que acababan de encenderse.

—Mmm. Sí.

—Tengo algo que decir sobre esto. —Soltó un largo suspiro, se estiró lo mejor que pudo con el peso de él que la apretaba contra el colchón—. Mmmmm.

Él le apretó los labios contra el cuello.

—Eso lo define muy bien.

—Creo que ahora te debo una cena.

—Creo que sí. ¿Significa eso que vas a ponerte de nuevo el traje de rayas y me vas a poner cachondo otra vez?

—De hecho, quería pedirte si podías dejarme una camisa mientras miro en la cocina a ver qué tienes.

—Tengo una camisa, pero te advierto que en la cocina no hay gran cosa.

—Puedo hacer mucho con poco. Oh, y tengo algo más que decir.

Esta vez él levantó la cabeza y la miró.

—¿Qué?

—Tengo a la canguro hasta medianoche. Espero que haya algo de proteína en la cocina, porque no he terminado contigo todavía.

Le sonrió, encantado, halagado y excitado.

—¿Cómo es que no te había visto nunca antes cuando venía a la ciudad?

—Supongo que no habría llegado la hora. Ahora vas a echarme de menos cuando te vayas.

Como aquello sonaba a verdad, a demasiado verdadero, él se volvió y se levantó.

—Tengo que evaluar una biblioteca —dijo caminando hacia el armario—. En Memphis.

—Oh. —Se sentó y mantuvo un tono muy sereno—. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de un par de días. —Doug sacó una camisa—. Volveré en cuanto haya terminado. —Se volvió y le dio la camisa—. No creo que sea una buena idea estar mucho tiempo fuera con todo lo que está pasando.

Lana asintió y se levantó de la cama para ponerse la camisa.

—Estoy de acuerdo. Tu familia te necesita.

—Sí. Y hay otra cosa.

Lana miró por encima del hombro mientras se abotonaba la camisa.

—¿Sí?

—No creo que haya terminado contigo tampoco.

—Bien. —Lana se acercó a él, se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos—. Está bien.

Lo dejó así y se fue a la cocina.

Doug se pasó una mano por el pelo y la siguió.

—Lana, no sé qué estás buscando.

Ella abrió la nevera y, con la camisa a la altura de los muslos, le echó un vistazo.

—Yo tampoco hasta que lo encuentre.

—No hablaba de comida.

—Sé de lo que estás hablando. —Se volvió para mirarlo—. Puedes relajarte, Doug. Soy buena viviendo el momento y afrontando las cosas día a día. —Miró de nuevo dentro de la nevera y meneó la cabeza—. Lo mismo que tú, por lo que veo, porque tienes tres cervezas, un cartón de leche, dos huevos solitarios y un tarro de mayonesa sin empezar.

—Olvidas el jamón del estante.

—Bueno, me encantan los retos.

Empezó a abrir armarios y encontró cuatro platos que no hacían juego, tres vasos de agua, una copa de vino y una caja de Cap'n Crunch, que hizo que mirara a Doug con compasión.

—Es una debilidad de la infancia —admitió él—. Como los Pop-Tarts.

—Uau. También tienes patatas fritas, un tarro de pepinillos, media barra de pan blanco blando y media bolsa de galletas.

Incómodo y temeroso de que volviera a mirar en la nevera y encontrara el helado y la pizza congelada, se situó entre ella y el frigorífico.

—Ya te he dicho que no había gran cosa. Podemos salir o hacer que nos traigan algo.

—Si crees que no puedo hacer una comida con esto, te equivocas de medio a medio. Necesito un cazo para hervir estos huevos. Tendrás un cazo, supongo.

—Tengo un cazo. ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias.

Le entregó el cazo y dijo:

—Vuelvo enseguida.

Lana se arremangó y se puso manos a la obra.

Los huevos empezaban a hervir cuando Doug regresó, un poco falto de aliento y con una botella de vino.

—He ido a la tienda —comentó.

—Qué detalle, sí, me apetece una copa de vino.

—¿Qué estás preparando?

—Bocadillos de jamón y huevo. Los comeremos con las patatas fritas como si fuera un picnic.

—A mí ya me va bien.

Abrió la botella y le sirvió un poco en la única copa.

—¿Qué dice tu madre de que no sepas cocinar?

—Intentamos no hablar de ello, porque es un tema doloroso. ¿Quieres que ponga música?

—Sí. ¿Tienes velas?

—Bonitas no, pero sí tengo, para cuando se va la luz.

—Nos servirán.

Lana se tomó en serio lo del picnic y extendió una manta en el suelo de la sala. Con las velas encendidas y la música de fondo, comieron los bocadillos y bebieron vino.

Volvieron a hacer el amor, perezosamente, sobre la manta, y después se quedaron abrazados en silencio.

Ninguno de los dos se movió cuando sonaron las sirenas.

—Hará calor en Memphis —dijo ella al cabo de un rato.

—Seguro.

—¿Irás a Graceland, ya que estás allí?

—No.

Se dio la vuelta, se puso encima de él y le estudió la cara.

—¿Por qué no?

—Porque..., primero, es un tópico y, segundo, voy a trabajar, no a rendir homenaje a Elvis.

—Podrías hacer las dos cosas. —Ladeó la cabeza—. Deberías ir, para

divertirte y por la experiencia. Y deberías comprarme algo muy tonto. —Le besó la punta de la nariz—. Tengo que irme.

Doug no quería que se marchara, y el deseo de atraerla hacia él y abrazarla era bastante aterrador.

—¿Quieres que probemos a ir al cine otra vez, cuando vuelva?

A Lana le gustó que por primera vez le pidiera él para salir.

—Sí.

Cuando iba a levantarse, empezó a sonar el móvil que Lana llevaba en la cartera.

Doug percibió el miedo primitivo e instantáneo en los ojos de ella cuando fue corriendo a cogerlo.

—Tiene que ser Denny, la canguro.

Abrió la cartera y se obligó a sí misma a no ser una alarmista cuando contestara.

—¿Diga? Denny, qué... ¿Qué? Dios mío. Sí. Sí, claro.

Corrió hacia el dormitorio mientras colgaba.

—Tyler. ¿Qué le ha pasado a Tyler? —preguntó Doug corriendo tras ella.

—Nada. Está bien. Ty está bien. —Recogió su blusa—. Dios mío, Doug. Dios mío. Mi oficina está ardiendo.

No podía hacer nada más que mirar. Desde el otro lado de la calle, contemplar el humo y las llamas y ver cómo ardía parte de su vida.

Podría haber sido peor, se recordó a sí misma. Mucho peor que una oficina, el equipo, los papeles y algunos muebles. Todo se podía sustituir. Podía reconstruirlo. No había nada de madera o ladrillo que no se pudiera sustituir o reparar.

Sin embargo, ya añoraba la vieja casa de piedra con sus bonitas habitaciones y hermosas vistas.

Los bomberos habían mojado las casas de los lados, y lo que habían sido céspedes bien recortados eran ahora un barro sucio de escombros.

Salía humo de las ventanas rotas y se elevaba desde el tejado hacia el claro firmamento nocturno de verano.

Docenas de personas habían salido de casa o parado el coche para observar.

Vio a los cuatro miembros de la joven familia que vivía en el piso de la segunda planta de la casa contigua. Parecían aterrados, mientras se abrazaban junto a los pocos bienes que se habían llevado en la precipitada salida. Mientras esperaban a ver si su casa estaba destruida.

—Lana.

—Roger.

Casi se echó a llorar. Verlo con la camisa del pijama metida en los pantalones y zapatillas en los pies casi la hizo llorar. Pero le cogió la mano y aguantó.

—Las sirenas me despertaron —dijo él—. Me levanté y fui a buscar un vaso de agua. Finalmente miré por la ventana. Sólo vi humo. ¿Estabas dentro?

—No, estaba con Doug. Alguien llamó a casa y se lo dijo a mi canguro. Ella me llamó. Dios mío, que no se extienda. Que no se extienda, por favor.

Roger miró a Doug.

—Quizá deberíamos buscar un sitio para que descanses.

—No se irá —dijo Doug—. Ya lo he intentado.

—No sé cómo ha podido pasar. Lo hice inspeccionar todo cuando lo alquilé. El cableado estaba al día. Lo comprobé.

—Tendremos que esperar para saberlo —dijo Doug, y Roger sintió que se le quitaba un peso de encima cuando vio que su nieto besaba el pelo de Lana.

Callie se enteró del incendio a las 6.50 de la mañana siguiente, cuando Jake la despertó.

—Lárgate o te mato.

—Despierta, Dunbrook. Anoche se incendió la oficina de tu abogada.

—¿Qué? ¿Eh? —Giró sobre su estómago, se apartó el pelo y lo miró parpadeando—. ¿Lana? Dios mío. ¿Dónde está?

—Ella está bien. —Le impidió que saltara de la cama poniéndole una mano en el hombro—. No tengo muchos detalles, sólo lo que han dicho en las noticias locales, pero han informado de que no había nadie en el edificio cuando empezó el incendio.

—¡Dios! —Se frotó la cara con las manos y se echó otra vez—. Aquí, si no es una cosa es otra. ¿Saben cómo se inició?

Jake se sentó junto a su saco de dormir.

—Se sospecha que fue intencionado. Lo están investigando.

—¿Intencionado? Pero ¿quién demonios...? —Se interrumpió cuando le vino una idea a la cabeza—. Es mi abogada.

—Es cierto.

—En su oficina habría documentos de nuestra investigación.

—No hay duda.

—Sigue siendo un poco aventurado.

—No tanto, a mi modo de ver. Puede que resulte que fueron unos chicos jugando con cerillas, o que resulte que el dueño tiene problemas con el juego y lo incendió para cobrar el seguro. O puede que a alguien no le guste que estés buscando información sobre lo que te pasó hace veintinueve años. —Le tocó la piel herida de la frente con la punta del dedo—. Ya no somos muy populares por aquí.

—Creo que debería ir a ver cómo está y después despedirla. Tiene un niño, Jake. No quiero que ella o ese niño corran peligro porque me esté ayudando a buscar la verdad.

—No la conozco mucho, pero me parece que no es de las que se

acobardan con facilidad.

—A lo mejor no, pero le voy a dar la posibilidad de retirarse. Luego me voy a Atlanta. Vete, que tengo que vestirme.

—Ya he visto cómo te vestías otras veces. —Se quedó sentado mientras ella salía del saco—. Quieres enfrentarte al hijo de Carlyle, cara a cara.

—¿Tienes una idea mejor?

—No, por eso sé que hay un vuelo de Delta a Atlanta dentro de dos horas, con un par de plazas libres.

Callie lo miró mientras buscaba los vaqueros.

—Sólo necesito una plaza.

—Bien, porque sólo tendrás una. Yo me quedo con la otra. Voy contigo, Callie —dijo antes de que pudiera hablar—. No necesito tu permiso. Podemos perder el tiempo discutiendo y ganaré yo, o puedes aceptar la derrota con serenidad para variar. No vas a ir sola. Es así y basta.

—Te necesitan en la excavación.

—La excavación puede esperar. Acéptalo o haré que pierdas el avión. Me divertiría mucho —dijo levantándose con agilidad—. Porque recuerdo lo interesante que puede ser un saco de dormir cuando te meto desnuda en uno.

Como no llevaba nada más que una camiseta enorme encima, Callie pensó que él le llevaba ventaja.

—Si vas a venir, más vale que hables con Leo. Estaré lista en diez minutos. Podemos pasar a ver a Lana camino del aeropuerto.

—Es un buen plan. —Fue hacia la puerta pero se detuvo—. No permitiré que te pase nada malo. Es así. Ésta es otra cosa que debes aceptar.

—Los dos sabemos que puedo cuidarme sola.

—Sí, lo sabemos. Lo que no se te había ocurrido era que no siempre tiene que ser así.

—No, no fueron chicos jugando con cerillas.

Lana estaba sentada en la cocina tomando la última de un interminable número de tazas de café. Tenía la voz ronca de fatiga.

—Dicen que se inició en mi oficina, en el segundo piso. Incluso me han dicho que entraron por la puerta trasera. La cerradura estaba forzada. Lo que no saben decirme es qué pueden haberse llevado de los archivos, si es que se han llevado algo, o del ordenador, antes de que el cabrón rociara el suelo y la mesa con un líquido inflamable, dejara un rastro de éste y papel en la entrada, bajara las escaleras, encendiera una cerilla y se largara.

—¿Ésta es la conclusión? —preguntó Callie.

—Intencionado sin duda, según los bomberos con los que he podido hablar. El inspector de incendios quizá me diga algo más. La buena noticia es que no dañó la estructura de los edificios contiguos. El muy bruto no pensó en las familias que vivían al lado ni en las oficinas que puede haber arruinado porque decidió fastidiarme a mí. —Apartó la taza de café—. Otra cosa en la que no pensó fue en que tengo copias de todos los archivos en casa. Que

todos los días lo meto todo en un disco y me lo llevo a casa.

—Vaya. —Jake se puso detrás de ella y le masajeó los hombros—. Estás diciéndome que no sabía que eras anal.

—Exactamente. Oh, gracias. —Soltó un suspiro de placer al sentir que se soltaban las primeras capas de tensión—. Te daría un beso para agradecértelo pero no puedo levantarme. Además no creo que a Callie le gustara.

—Sus labios son suyos —dijo Callie.

Sin embargo, observó la forma en que masajeaba los hombros de Lana. Era algo instintivo, decidió. Ella tenía un problema y él automáticamente le echaba una mano.

—No sabes cuánto lo siento, Lana. De verdad. Y estás despedida.

—¿Cómo dices?

—Mándame la factura por los servicios prestados y te extenderé un cheque. Lamento tener que llevarme al masajista, pero tenemos que coger un avión.

Bajo las manos de Jake, los hombros de Lana se pusieron rígidos.

—Si crees que puedes pagarme y despedirme porque especulas con que el incendio está relacionado con el trabajo que estoy haciendo para ti, es que te equivocaste de abogada. Quédate con tu dinero. Así no podrás decirme lo que tengo que hacer.

—La roca ha topado con un sitio duro —murmuró Jake sin dejar de masajear.

Detrás de ella, decidió, era el lugar más seguro para un hombre.

—Si no quiero que metas la nariz en mis asuntos, tú no metes la nariz en mis asuntos.

—Si no trabajo para ti, no puedes impedírmelo.

—Por el amor de Dios, Lana, si esto está relacionado conmigo, no sabes lo que puede llegar a pasar. Debes pensar en tu hijo.

—No presumas de saber cómo hacer de madre o cómo debo cuidar a mi hijo. Y no des por supuesto que dejo de cumplir un acuerdo porque se pone feo. Alguien le ha pegado fuego a mi oficina, maldita sea, y procuraré que pague por ello. De un modo u otro.

Callie volvió a sentarse y repiqueteó con los dedos sobre la mesa.

—Entonces ¿para qué te pago si piensas hacer el trabajo de todos modos?

—Juego limpio.

—Graystone te dirá que no me importa jugar sucio.

—Le encanta —corroboró él—. Pero contigo jugará limpio porque le gustas. Ahora sólo está cabreada porque antes le he dicho que no te echarías atrás.

—Calla. —Callie le lanzó una mirada asesina—. ¿Quién te ha preguntado?

—Tú.

—Niños, no os peleéis en la mesa. ¿Qué avión vais a coger?

—Yo... Nosotros —se corrigió Callie al ver el ceño fruncido de Jake— nos vamos a Atlanta a hablar con el hijo de Carlyle.

—¿Por qué crees que hablará contigo si no ha querido hacerlo con el investigador?

—Porque no pienso dejarle elegir.

Jake se inclinó y habló en un susurro cerca de la oreja de Lana.

—No para hasta que echas a correr gritando o te rindes.

—No es verdad. Soy persistente.

—No me gusta tener que deciros esto, pero todavía estáis muy casados. —Sintió que los dedos de Jake se hundían y agitaban en sus hombros, y vio la mueca de Callie—. De todos modos, creo que es una gran idea. Le será más difícil negarte la información a ti. Si quiere hablar conmigo, dale mis números de teléfono. Trabajaré en casa hasta que encuentre otro despacho.

No hablaron durante el trayecto hacia el aeropuerto. Y cuando llegaron sólo intercambiaron cuatro palabras. En cuanto despegaron, Jake echó hacia atrás el asiento.

Callie sabía que él se dormiría en menos de diez segundos. En su opinión, era una de sus habilidades más envidiables. En los aviones podía dormirse instantáneamente, tanto si estaba cómodamente sentado en un jet como en una avioneta de cinco asientos con hélice.

Si seguía la pauta habitual, no se despertaría hasta que anunciaran el descenso, y entonces, despejado y fresco, pondría el asiento en posición vertical.

La ponía enferma.

Callie echó su asiento hacia atrás, dobló los brazos e intentó pensar en algo que no fueran las dos horas de vuelo.

A su lado, Jake seguía con los ojos cerrados. Era tan consciente de los pensamientos de Callie como si los hubiera verbalizado. Sabía que en dos minutos volvería a poner el asiento en posición vertical, inquieta por la inactividad. Hojearía una de las revistas de la compañía. Se maldeciría por no haber traído un libro y le manosearía la bolsa para ver si él llevaba uno. Miraría el reloj cada cinco o seis minutos, y tendría ideas malignas sobre él porque estaba dormido y ella no.

«Todavía estáis muy casados.»

«Lana —pensó, e intentó moderar su hiperatención sobre la mujer que tenía sentada al lado—, no conoces ni la mitad de la historia.»

La oficina de Carlyle en el elegante barrio de Buckhead tenía el aire de la distinción sureña y la exclusividad del dinero. La zona de recepción era de madera oscura y tonos intensos, decorada con antigüedades pulidas hasta el brillo.

En el ambiente reinaba un zumbido de tranquila eficiencia.

La mujer al mando de la enorme mesa de cedro era tan elegante y cara como el mobiliario. Su sonrisa era cálida y su tono, dulce como el jarabe. Y la columna vertebral, de acero.

—Lo siento mucho, el calendario del señor Carlyle está muy lleno. Puedo concertarles una cita. Tiene un hueco el jueves de la semana que viene.

—Sólo estaremos hoy en la ciudad —dijo Callie.

—Qué mala suerte. Podría concertarles una consulta por teléfono.

—Las conversaciones telefónicas son muy impersonales, ¿no le parece?
—Jake echó un vistazo al nombre de la placa de bronce sobre la mesa, lució su sonrisa y la miró—. Señora Biddle.

—Depende de lo que deseen. Si me explicaran para qué quieren verlo, podría derivarlos a uno de los socios del señor Carlyle.

—Es un asunto personal —soltó Callie, y se ganó una mala mirada de la señora Biddle.

—Puedo transmitir un mensaje de su parte al señor Carlyle y, como he dicho, concertarles una cita para el jueves de la semana que viene.

—Asuntos personales familiares —añadió Jake. Deliberadamente puso el pie encima del de Callie y lo dejó allí mientras dedicaba toda su atención a la señora Biddle—. Tiene que ver con Marcus Carlyle, el padre de Richard. Creo que, si nos hiciera un hueco de unos minutos para verlo hoy, estaría dispuesto a hablar con nosotros.

—¿Son familia del señor Carlyle?

—Existe una relación. Estaremos en Atlanta pocas horas. Esos pocos minutos podrían representar una gran diferencia, y creo que también para Richard. Estoy seguro de que no le gustaría que volviéramos a Maryland sin haber hablado con él.

—Si me dan sus nombres, le diré que están aquí. Es lo más que puedo hacer.

—Callie Dunbrook y Jacob Graystone. Se lo agradecemos mucho, señora Biddle.

—Si hacen el favor de esperar, le diré al señor Carlyle que están aquí en cuanto termine de hablar por teléfono.

Tan pronto como le soltó el pie, Callie dio a Jake una rápida patada en el tobillo; después fue a sentarse en una de las butacas de respaldo alto.

—No sé cómo una mentira nos hará atravesar esa puerta —gruñó.

—No he mentado. He prevaricado. Y eso la ha ablandado lo suficiente para que le diga que estamos aquí.

Callie cogió una revista y volvió a dejarla inmediatamente.

—¿Por qué tienes que flirtear con todas las hembras que se te ponen por delante?

—Es un impulso genético. Soy víctima de mi propia fisiología. Vamos, nena, sabes que eres la única para mí.

—Sí, ya lo he oído antes.

—Lo has oído, pero nunca lo has escuchado. Callie, hay muchas cosas que debemos corregir. En cuanto encuentres las respuestas que necesitas a este asunto, vamos a descubrir unas cuantas respuestas para nosotros.

—Ya las hemos encontrado.

Pero el problema era, pensó con una punzada de pánico, que empezaba a considerar erróneas algunas de las respuestas que había descubierto.

—Nunca nos hicimos las preguntas, para empezar. Me he pasado casi todo un año haciéndomelas.

Callie tenía un nudo de ansiedad en el pecho.

—No empieces con eso, Jake. Ya tengo bastantes líos en la cabeza por ahora.

—Ya lo sé. Callie, quiero que sepas...

Se interrumpió al ver que la señora Biddle se acercaba.

«En mal momento», pensó irritado. Desde que había logrado volver a acercarse a Callie siempre había sido un mal momento.

—El señor Carlyle puede concederles diez minutos. Suban las escaleras hasta el segundo piso y su ayudante los recibirá.

—Gracias. —Jake cogió a Callie del brazo para subir las escaleras—. ¿Lo ves? No desprecies el poder de la prevaricación.

El segundo piso era tan elegante y encantador como el primero. Estaba claro que Carlyle era rico y tenía clase y éxito.

Tanto su aspecto como su despacho respaldaban esa impresión.

El despacho recordaba el estudio de un caballero. Un gran estudio, para entendernos, pero con un tono que para Callie era varonil e íntimo. Estantes de libros y recuerdos en dos paredes. Había pinturas de artistas estadounidenses así como antigüedades del país.

El estilo masculino se manifestaba en los colores vino y azul marino, y en la abundancia de piel y bronce.

Richard Carlyle estaba de pie detrás de su escritorio. Era alto y bien proporcionado. El pelo, salpicado de gris, estaba bien cortado y la frente despejada. Tanto la nariz como la boca eran finas. Cuando le ofreció la mano a Callie, ella observó los gemelos grabados. El Rolex. El destello de diamantes en la alianza.

Recordó que Henry Simpson había descrito a Marcus Carlyle como un hombre guapo, dinámico y con un gusto exquisito.

De tal palo tal astilla, decidió.

—Señora Dunbrook, señor Graystone. Me temo que me llevan ventaja; no estoy al corriente de nuestra relación familiar.

—La relación es con su padre —dijo Callie—. Y la relación es con mi familia. Es muy importante que lo localice.

—Entiendo. —Unió los dedos y su cara perdió todo el interés—. Como ésta es la segunda vez que me preguntan por mi padre en pocos días, daré por supuesto que las dos visitas están relacionadas. No puedo ayudarla, señora Dunbrook. Y no tengo mucho tiempo, de modo que...

—¿No quiere saber por qué?

Él soltó algo parecido a un suspiro.

—Si le he de ser sincero, señora Dunbrook, no puede decirme muchas cosas de mi padre que me interesen. Si me disculpan...

—Organizó el secuestro de bebés, y después su venta a parejas sin hijos que pagaban grandes sumas sin saber que eran niños secuestrados. Redactó documentos fraudulentos de adopción para estos casos, que nunca fueron presentados en el juzgado.

Richard la miró fijamente sin pestañear.

—Eso es absurdo. Le advierto que es una afirmación difamatoria además de ridícula.

—No si es verdad. No si existen pruebas.

La siguió mirando con los fríos ojos azules que hacían pensar que en el juzgado podía ser letal.

—¿Qué pruebas podría tener?

—Yo misma, para empezar. Me robaron siendo un bebé y me vendieron a una pareja que era cliente de su padre. El intercambio se realizó en su despacho de Boston, en diciembre de 1974.

—Está mal informada —replicó él.

—No. Lo que tengo son muchas preguntas para su padre. ¿Dónde está?

Él calló un momento, tan silencioso que Callie le oía respirar.

—No esperará que crea esas acusaciones criminales, que me fíe de su palabra.

Callie buscó algo en el bolso.

—Copias de los documentos de adopción. Puede comprobarlos. No se presentaron nunca en el juzgado. Copias de las facturas que su padre cobró por el intercambio. Copias de los análisis iniciales realizados para probar que soy la hija biológica de Jay y Suzanne Cullen, cuya hija fue raptada en diciembre de 1974. Informes de la policía —añadió, señalando con la cabeza los papeles que había dejado sobre la mesa—. Recortes de periódico.

—Debería leerlos —sugirió Jake, y se sentó—. Tómese su tiempo.

A Richard le temblaban ligeramente los dedos cuando buscó en el bolsillo las gafas de leer con montura dorada. Sin decir nada, se puso a leer.

—Esto no son pruebas —dijo al cabo de un rato—. Está acusando a un hombre de traficar con bebés, de secuestro y de fraude. —Se quitó las gafas y las dejó a un lado—. Por muchos problemas personales que tengamos mi padre y yo, no me lo puedo creer. Si persiste en estas acusaciones, la demandaré.

—Adelante —invitó Callie—. Porque no pararé hasta que sepa la verdad. No pararé hasta que sean castigadas las personas responsables de lo que les sucedió a los Cullen y a otras familias. ¿Dónde está su padre?

—Hace más de quince años que no veo a mi padre —contestó Carlyle furioso—. Si supiera dónde está, no se lo diría. Me ocuparé de esto personalmente, de eso puede estar segura. No creo que sus alegaciones sean ciertas. Pero si descubro que lo son, haré lo que pueda para localizar a mi padre y... Haré lo que pueda.

—Ha habido varios intentos de impedirnos que lo encontráramos y que descubriéramos la verdad. —Jake mantuvo la calma—. Ataques físicos, incendios intencionados.

—Por el amor de Dios, tiene noventa años. —Richard recuperó la compostura y se pasó una mano por el pelo—. La última vez que lo vi se estaba recuperando de un infarto. Tiene mala salud. Es imposible que tenga fuerzas para atacar a nadie físicamente ni para provocar incendios.

—Una persona que pudo organizar un mercado negro de bebés podría contratar fácilmente a alguien para que le hiciera el trabajo sucio.

—No he dicho que creyera que mi padre tenía algo que ver con el mercado negro. Todo lo que veo aquí es circunstancial; suposiciones. El hombre que conocí era un padre mediocre, un fracaso total como marido y a menudo un ser humano difícil. Pero era un buen abogado, con un gran respeto por el sistema y una gran dedicación a la figura de la adopción. Ayudaba a crear familias. Estaba orgulloso de eso.

—Lo suficiente para destruir unas familias para crear otras —planteó Callie—. ¿Lo suficiente para jugar a ser Dios?

—Ya le he dicho que me ocuparía de ello. Debo insistir en que desistan de hacer afirmaciones difamatorias o denigrantes acerca de mi padre. Dele a mi ayudante los números de teléfono donde puedo localizarla y me pondré en contacto con usted en cuanto haya tomado una decisión.

Jake se puso en pie antes de que Callie pudiera hablar.

—¿Es raro, no, Carlyle, que su percepción de la familia, su sentido del yo se trastorne en un instante? —Cogió la mano de Callie y la obligó a levantarse—. Esto es exactamente lo que le pasó a ella. Veremos si tiene tantas agallas como ella. La mitad de su entereza. Estúdielo y tome una decisión. Y recuerde esto: lo encontraremos. Dedicaré mi vida a buscarlo. Porque nadie hace desgraciada a Callie y se sale con la suya.

Le apretó la mano cuando ella lo miró asombrada.

—Excepto yo. Vamos.

Callie no dijo nada hasta que salieron a la calle.

—Menudo discursito de despedida, Graystone.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido muy efectivo. No se me había ocurrido que fuera desgraciada. Estoy enfadada, decidida, confusa, pero no me siento desgraciada.

—Pero lo eres.

—No me parece lo más importante, teniéndolo todo en cuenta.

—Yo te hice desgraciada. He pensado bastante en ello este último año.

—Nos hicimos desgraciados mutuamente.

Le puso una mano bajo la barbilla y la obligó a girar la cara para mirarle.

—Puede que sí. Pero una cosa sé seguro. Era más feliz contigo que sin ti.

A Callie se le agolparon los pensamientos en la cabeza, negándose a cobrar sentido.

—Maldita sea, Jake —fue lo único que pudo decir.

—Quería que lo supieras. Como eres una mujer inteligente serás capaz de deducir que prefiero ser feliz a desgraciado. Por lo tanto voy a recuperarte.

—No soy un... yoyó.

—Un yoyó vuelve, si tienes buena coordinación entre mano y ojo. No eres un juguete, Dunbrook. Eres trabajo. Bien, ¿quieres quedarte en una acera de Atlanta hablando sobre nuestra futura felicidad?

—No.

—Podemos quedarnos e intentar presionar un poco más a ese tipo o podemos dejar que se lo piense. Los Braves están en la ciudad. Podríamos intentar ir a un partido. O podemos volver al norte a trabajar.

—¿Qué es esto? ¿Vas a decirme lo que tengo que hacer?

Jake hizo una mueca.

—Estoy intentando corregirme. ¿Cómo lo hago?

—Pues no lo haces mal. —Dejándose llevar por un impulso, le tocó la cara, e inmediatamente se volvió para mirar hacia el despacho de Richard Carlyle—. Dijo que hacía quince años que no veía a su padre, pero su primer instinto ha sido defenderlo.

—Es el instinto: cultural, social y familiar. Cerrar filas frente a los forasteros.

—No creo que no sepa dónde está su padre. A lo mejor no se sabe de memoria la dirección exacta, pero tiene que saber cómo ponerse en contacto con él. Si lo presionáramos, su instinto le haría levantar una barricada, ¿no?

—Seguramente. Después de esto, o querrá preguntar a su padre sobre la información que le acabamos de poner en las manos o querrá avisarle.

—No tenemos que preocuparnos porque le avise, porque Carlyle ya sabe que lo buscamos. De eso estoy segura. Démosle unos días. Voto por volver a trabajar, en la excavación y con la lista de nombres que me dio Suzanne.

—Imagino que ya puedo olvidarme de una suite en el Ritz y mis fantasías de emborracharte y desnudarte.

—Más o menos. —A lo mejor era una idiota, pensó Callie, pero ella también era más feliz con él que sin él—. Pero puedes invitarme a una copa en el bar del aeropuerto y hacerme insinuaciones sexuales.

—Si es lo único que me queda, busquemos un taxi y empecemos.

—Has vuelto.

Bill McDowell corrió hacia Callie en cuanto ella llegó a la excavación.

Su cara juvenil y formal todavía brillaba debido al afeitado matinal.

Callie gruñó mientras miraba a través del visor de nivel la vara de topógrafo que Frannie sostenía.

—Sólo hemos estado un día fuera, Bill.

—Sí, ya lo sé, pero nadie sabía cuándo volveríais. Esta mañana tenía visita en el dentista; si no, habría venido antes.

—Vaya. ¿Y cómo te ha ido?

—Bien. Estupendamente. No tenía nada. Tú sí que tienes unos dientes bonitos.

Callie logró sofocar una risita.

—Gracias. —Anotó la altura de la vara que le daba la distancia vertical—. Próximo punto, Frannie.

Jake tenía razón, como siempre, sobre aquel par de Virginia Occidental. Frannie era delgaducha, tontorrón y estaba obsesionada con Chuck, pero no deseaba otra cosa que obedecer. Y, a diferencia de Bill, no se le pegaba al cogote y le hacía preguntas continuamente.

Hizo girar el telémetro móvil hasta que lo enfocó en la nueva posición y tomó una segunda lectura. Bill no dejó de rondarla por detrás todo el rato. Olía su loción de afeitar, el repelente de insectos y un toque de Listerine.

—Ayer encontré fragmentos de cerámica —dijo él—. Tengo las fotos si te apetece verlas. Hice Polaroids para mi archivo. Dory sacó las demás. ¡Eh, Dory! ¿Cómo va?

—Hola, Bill. ¿Alguna caries?

—No. Bueno..., mmm, ¿Callie?

—¿Sí?

—Anoche redacté el informe. Son fantásticos, los útiles. Digger dijo que probablemente eran de una cacerola. Los registramos y demás.

—Bien hecho. —Anotó las mediciones—. Ya está, Frannie. Gracias. —Empezó a hacer cálculos en un papel y habló distraídamente con Bill—. Quédate en el mismo sitio hoy, a ver si encuentras algo.

—Me hacía ilusión trabajar contigo.

—Tal vez más tarde.

—Bueno, vale. Como quieras. Esto es mucho más emocionante de lo que creía. Es verdad que se tarda mucho, pero de repente, ¡pam!, tropiezas con algo y es una pasada. Pero si me necesitas, iré a ayudarte. —Hizo un gesto hacia la zona marcada como cementerio—. Con los huesos. Me parece que aprendería más contigo en un día que en un mes con cualquier otro.

Eso le recordó a Callie que estaba allí tanto para enseñar como para excavar. Ilustrar era tan esencial como descubrir.

—Veremos si puede ser mañana.

—Genial.

Se marchó corriendo a su parcela.

—Te va a salir urticaria si te dan tanta coba —comentó Jake.

—Calla. Está muy ilusionado. Podrías poner a una de tus misses a empezar otra triangulación. A Sonya, y Dory podría trabajar con ella.

—Ya las he puesto a trabajar. —Señaló hacia donde estaban las dos mujeres trabajando con cintas y una plomada—. A partir de la semana que viene, Sonya sólo vendrá los fines de semana. Empieza las clases todo el día.

—¿Y Dory?

—Ha pedido una temporada sabática. No quiere dejar la excavación.

Chuck y Frannie se quedan. Matt también. Por ahora al menos. A Bill no podrías echarlo ni con un tiro de mulas. Perderemos a un par de los itinerantes, a los no graduados. Leo está buscando sustitutos.

—Si vamos a quedarnos cortos de personal, más vale que los hagamos trabajar mientras están aquí.

Se separaron, Jake para trabajar en lo que llamaban «la zona de cabañas» y Callie, otra vez en el cementerio.

Podía trabajar allí con el eco de la música rock de Digger, la charla del equipo de planificación y el canturreo de los pájaros en los árboles a su espalda. Podía trabajar en su propia burbuja de silencio donde esos sonidos sencillamente hacían presión contra los bordes de su concentración.

Tenía la tierra húmeda bajo los dedos y su música se transmitía del desplantador al cubo de tierra. Tenía el sol en la espalda y una brisa de vez en cuando que la refrescaba.

Utilizaba desplantador, cepillo y sonda, excavando dificultosamente el lejano pasado, y su mente empezó a repasar cuidadosamente los elementos que conocía de sí misma.

William Blakely, el tocólogo, retirado doce años después de ayudar a dar a luz a Suzanne Cullen a una hija sana. Tres kilos doscientos. Había muerto de cáncer de próstata catorce años después dejando una esposa, que había sido tanto secretaria como enfermera, y tres hijos.

La recepcionista de Blakely durante el período en cuestión también estaba retirada, pero se había mudado a otra zona.

Callie pensaba visitar a la viuda y descubrir algo más de la recepcionista en cuanto le fuera posible.

Localizaría a la enfermera de la sala de partos que había asistido a Suzanne en los suyos. Y la compañera de habitación que había tenido durante la estancia hospitalaria.

El pediatra al que acudía Suzanne seguía ejerciendo. También iría a verlo.

Era como una triangulación, pensó. Cada uno de esos nombres era una especie de punto en el panorama de su pasado. Ella los marcaría, los mediría y los planificaría. Y de alguna manera perfilaría la cuadrícula que empezaría a darle una visión de qué había detrás de todo aquello.

Meticulosamente, apartó la tierra de la mandíbula de un cráneo.

—¿Quién eras? —murmuró pensativamente.

Iba a sacar la cámara, pero no la encontró y se puso a buscarla.

—La tengo yo. —Dory se agachó y enfocó el cráneo—. Me ha tocado ir a comprar el almuerzo. —Se levantó y se situó en otra posición para sacar otra serie de fotos desde un ángulo diferente—. Me llamo Dory y hoy soy tu servidora. ¿Qué te apetece?

—Me tomaría uno de esos bocadillos de albóndigas, con salsa y queso. Una bolsa de patatas y, si tienen, cebolla y nata cortada.

—¿Cómo puedes comer todo eso y no engordar? Yo, con sólo mirar una bolsa de patatas me engordo tres kilos. —Dory bajó la cámara—. No os soporto, a las mujeres como tú. Yo tomaré un yogur, para variar.

Dejó la cámara en el suelo para sacar el cuaderno de un bolsillo de la mochila y apuntar el pedido de Callie.

—¿Necesitas dinero?

—No, todavía queda del fondo. Hablando de eso, queríamos montar una partida de póquer esta noche. ¿Te apuntas?

—Tendría que trabajar.

—Todos necesitamos divertirnos. Tú no has tenido una noche libre desde que empezamos a trabajar. Y cuando no estás aquí, estás viajando. A Atlanta, ida y vuelta en un día; un día en el laboratorio la semana pasada.

—¿Cómo sabes que he ido a Atlanta?

Dory parpadeó ante el tono seco de Callie.

—Rosie lo mencionó. Dijo que tú y Jake habíais ido a Atlanta por unos asuntos. Perdona, no quería meterme donde no me llaman.

—No te has metido donde no te llaman. Mira, si puedo pasaré, pero tengo que avanzar trabajo en un proyecto alternativo que me está tomando mucho tiempo.

—Bueno, siempre podemos poner otra silla. —Dory se levantó, se limpió las rodillas y señaló el cráneo con la cabeza—. Ése seguro que no comió muchas albóndigas para almorzar.

—No es probable.

—Algo bueno que decir del progreso —dijo Dory, y se fue hacia el coche.

Callie esperó a que se marchara y luego salió del agujero. Le hizo un gesto a Rosie, que estaba cerca de la nevera.

—¿Qué sucede? —preguntó Rosie.

—¿Le comentaste a alguien que ayer estaba en Atlanta?

Rosie sacó de la nevera una lata de Gatorade con su nombre.

—Es probable. —Tomó un buen sorbo—. Sí, tu evidente admirador estaba muy decepcionado de que no estuvieras aquí. Le dije que tenías asuntos en el sur y que volverías dentro de un día o dos. Puede que se lo dijera a alguien más. ¿Era una misión secreta o algo así?

—No. —Echó los hombros atrás—. Es que estoy un poco nerviosa. —Miró hacia donde trabajaba Bill y frunció el ceño—. ¿Te ha preguntado algo más de mí?

—Sí, pregunta sin parar. Qué te gusta hacer en tu tiempo libre. Si tenías novio.

—¿Novio? Por favor...

—Dirige miradas ceñudas y como marcando territorio a Jake cuando está completamente seguro de que no lo está mirando. Y a ti, miradas de cordero.

—Tiene doce años.

—Veinticuatro cumplidos. Venga, Callie. —Rosie le dio un codazo amistoso en las costillas—. Es un encanto. Sé simpática con él.

—Soy simpática con él.

Pero aquello le hizo pensar en percepciones, dinámica de equipo y cotilleos. Por lo tanto decidió seguir estudiando las piezas de su propio rompecabezas sin Jake.

Lorna Blakely tenía el pelo gris, llevaba bifocales y tenía cuatro gatos en casa. Tenía la mosquitera cerrada con pestillo y miró desconfiadamente a través de ella, con los gatos maullando y metiéndose entre sus piernas.

—No conozco a ningún Dunbrook.

—No, señora. No me conoce. —El barrio de Hagerstown parecía tranquilo, sereno y pacífico. Callie no entendía por qué la mujer parecía tan paranoica y por qué creía que una mosquitera cerrada impediría la entrada a un intruso—. Quería hablar con usted de una de las pacientes de su marido. Suzanne Cullen.

—Mi marido está muerto.

—Sí, señora. Era el médico de Suzanne Cullen. La asistió en los dos partos. ¿La recuerda?

—Por supuesto que la recuerdo. No estoy senil. Vive al sur del condado y se hizo famosa por los pasteles. Era una chica estupenda y tuvo unos hijos preciosos. A una la raptaron. Fue terrible.

—Sí, señora. De eso quería hablar con usted.

—¿Es de la policía? Eso debió de suceder hace treinta años. Ya hablé con la policía entonces.

—No, no soy de la policía. —¿Hasta qué punto podía fiarse de su instinto, de su buen juicio? Los dos le decían que aquella mujer diminuta y desconfiada no era del tipo que secuestraba los bebés que su marido se dedicaba a ayudar a traer al mundo—. Señora Blakely. Soy la niña secuestrada. Soy la hija de Suzanne Cullen.

—¿Por qué caramba no lo ha dicho inmediatamente? —Lorna recorrió el pestillo y abrió la mosquitera—. ¿Cómo está su madre? No me había enterado de que la habían encontrado. La verdad es que no escucho a menudo las noticias. Desde que Wil'm murió.

—No me enteré de la relación hasta hace muy poco. Si pudiera hacerle algunas preguntas me ayudaría a descubrir lo que sucedió.

—Ver para creer. —Lorna meneó la cabeza y se le deshicieron un par de horquillas—. Como uno de esos *Más buscado de América* o algo por el estilo. Siéntese, por favor.

La acompañó a una salita conjuntada hasta el último detalle, con mesas de arce a juego, dos lámparas chinas idénticas, un sofá y una butaca con el mismo estampado floral azul y rosa.

Lorna se sentó en la butaca y apoyó los pies en un reposapiés también a juego. Cuando Callie se sentó en el sofá, los gatos le saltaron encima.

—No se preocupe. No tienen mucha compañía. La pequeña de Suzanne, después de tanto tiempo. ¿No es increíble? Se parece a ella, ahora que me fijo. Una buena casta —añadió—. Tuvo dos embarazos sin ningún problema. Era una chica fuerte y sana, y rompía el corazón ver cómo se desmoronó al

perder a su bebé.

—Usted trabajaba con su marido.

—Por supuesto. Trabajé con él veintidós años.

—¿Recuerda, cuando visitaba a Suzanne durante el embarazo, si alguien hizo preguntas sobre ella o parecía claramente interesado?

—La policía me interrogó cuando sucedió. No pudimos decirles nada. Wil'm estaba destrozado. Le encantaban los niños.

—¿Qué sabe de las demás personas que trabajaban en la consulta de su esposo en aquella época?

—Tenía una recepcionista y otra enfermera. Hallie estuvo diez años con nosotros. No, once. Once años.

—Hallie era la otra enfermera. ¿Qué me dice de Karen Younger, la recepcionista?

—Vino aquí desde Washington. Trabajó para nosotros seis años. Después trasladaron a su marido a algún sitio de Texas. Todos los años me manda una felicitación de Navidad. Siempre dice que echa de menos al doctor Wil'm. Era una buena chica. Billy la ayudó a dar a luz a su segundo hijo, un niño. Trabajó para nosotros dos años más, antes de mudarse.

—¿Sabe dónde vive en Texas?

—Por supuesto que sí. ¿No le he dicho que no estaba senil? En Houston. Ya tiene dos nietos.

—¿Podría darme su dirección y la de Hallie? Para preguntarles si recuerdan algo.

—No sé qué pueden recordar ahora que no recordaran antes. Un desconocido te raptó. Eso es lo que pasó. Eso es lo que puede llegar a hacer la gente.

—También había personas en el hospital. Personas que conocían a su marido, que sabían que Suzanne había tenido un bebé. Auxiliares, enfermeras, otros médicos. Una de las enfermeras de partos estuvo con Suzanne en los dos partos. ¿Se acuerda de su nombre?

Lorna hinchó los carrillos.

—Podría ser Mary Stern o Nancy Ellis. No estoy segura, pero Wil'm trabajaba a menudo con ellas.

—¿Todavía siguen aquí?

—Que yo sepa sí. Cuando enviudas pierdes el contacto con la gente. Si quiere contactar con todo el mundo que trabajó en aquella época en el hospital, hable con Betsy Poffenberger. Trabajó allí más de cuarenta años. Todo lo que pasó o dejó de pasar lo sabe ella. Siempre metía la nariz en los asuntos de los demás.

—¿Dónde puedo encontrarla?

Betsy vivía a veinte minutos de distancia, en una urbanización que Callie se enteró de que había sido construida por Ronald Dolan.

—¿La manda Lorna Blakely? —Betsy era una mujer robusta con el pelo negro como el carbón y repleto de laca para mantener la forma esférica. Estaba sentada en el porche con unos prismáticos a mano—. La vieja bruja.

Nunca le caí bien. Creía que me sentía atraída por Wil'm. Entonces no estaba casada, y para Lorna todas las mujeres solteras eran ladronas.

—Cree que podrá decirme quién trabajó en la sala de partos con Suzanne Cullen cuando nació su hija. Y a lo mejor quién fue compañera de cuarto durante su estancia. Los nombres de las enfermeras y el personal que trabajaba en la unidad de maternidad. Esa clase de información.

—Hace mucho tiempo. —Echó una ojeada a Callie—. La he visto en la tele.

—Trabajo en el proyecto de arqueología de Antietam Creek.

—Eso. Eso. No esperará que le cuente nada sin que me explique el porqué.

—Ya sabe usted que secuestraron a la niña de Suzanne Cullen. Tiene que ver con eso.

—¿Es arqueóloga o detective?

—A veces es lo mismo. Le agradecería mucho que me ayudara, señora Poffenberger.

—Me supo mal por la señora Cullen cuando sucedió. Como a todos. Esa clase de cosas no pasan aquí.

—Aquella vez sí. ¿Recuerda algo o a alguien?

—No hablamos de nada más durante semanas. Alice Lingstrom era la enfermera jefe de la planta de maternidad. Es muy amiga mía. Ella, Kate Regan y yo hablamos mucho de ello mientras tomábamos café y comíamos. Kate trabajaba en administración. Fuimos juntas a la escuela. No puedo decir que me acuerde de todo ahora mismo, pero puedo enterarme. Tengo mis fuentes —dijo con un guiño—. Es lo mínimo que puedo hacer. Jay Cullen le daba clases al hijo de mi hermana en la escuela. Mike no es ninguna lumbrera, usted ya me entiende, pero mi hermana dijo que el señor Cullen lo había ayudado mucho para que no se quedara atrás. De modo que intentaré enterarme.

—Gracias. —Callie sacó un papel y anotó su número de móvil—. Puede localizarme en este número. Le agradeceré cualquier información que pueda darme.

Betsy apretó los labios mirando el número, luego miró a Callie a la cara mientras se levantaba.

—¿Es pariente de los Cullen?

—Eso parece.

La partida de póquer estaba en marcha cuando Callie regresó. Desde la cocina podía oír el ruido de las fichas. Fue a la escalera con la esperanza de subir a su habitación pasando desapercibida.

Pero por lo visto Jake tenía un radar para detectarla. Estaba a medio camino cuando le cogió el brazo, la hizo volver y la obligó a bajar.

—Eh, quítame las manos de encima.

—Vamos a dar un paseo. —No le soltó el brazo y la empujó a través de

la puerta—. Para que nadie pueda interferir cuando te abofetee.

—Si sigues tirando de mí te vas a encontrar en el suelo mirando el firmamento.

—¿Por qué te has escapado?

—No me he escapado, me he ido. En mi vehículo recién pintado.

—¿Adonde has ido?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—¿Adonde has ido, y por qué tenías el teléfono apagado para que no pudiera llamarte y pegarte la bronca?

Cuando llegaron al río, ella se soltó.

—Quería hacer unas indagaciones, y quería hacerlas sola. No quiero que los demás empiecen a hablar de nosotros porque siempre estamos juntos. Sabes cómo pueden extenderse los cotilleos en una excavación.

—A la mierda las habladurías. ¿No se te ha ocurrido que podía estar preocupado? ¿No se te ha pasado por la cabeza que podía preocuparme si no sabía dónde habías ido y no podía ponerte en contacto contigo?

—No. Se me ha ocurrido que estarías enfadado.

—Estoy enfadado.

—Eso me da igual, pero no pretendía que te preocuparas. —Y vio con claridad que lo estaba—. Lo siento.

—¿Qué has dicho?

—Que lo siento.

—Te has disculpado sin que tuviera que obligarte a someterte. —Levantó las manos y miró al cielo—. Es un día de milagros.

—Y ahora voy a decirte qué puedes hacer con la disculpa.

—No. —Le cogió la cara con las manos y apretó los labios contra los de ella—. Déjame disfrutar.

En vista de que no le pegaba una patada ni lo empujaba, la atrajo más cerca. Siguió con el beso, y le metió los dedos entre el pelo.

Sus labios eran cálidos y agradables. Las manos, más persuasivas que posesivas. No era así como él solía demostrar su mal genio, pensó Callie mientras se dejaba flotar en el beso. No en su experiencia. El hecho era que no podía recordar que jamás la hubiera besado así. Con paciencia y con ternura. Como si le importara muchísimo.

—¿Qué te pasa? —murmuró ella junto a su boca.

—Eso pregunto yo. —Se apartó y soltó un largo bufido—. Más vale que hablemos o se me olvidará que estoy enfadado contigo. ¿Adonde has ido?

Callie estuvo a punto de negarse a contestar, pero se dio cuenta de que era una reacción automática. «Tú pides —pensó—, yo me niego. Y no vamos a ninguna parte.»

—¿Por qué no nos sentamos?

Se acomodó a la orilla del río y se lo contó todo.

Callie estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, relleno una hoja de hallazgos. Sus notas y hojas de registros estaban cogidas con un clip a la carpeta y se agitaban con la brisa.

Se oían voces por todas partes. El equipo del fin de semana se había ampliado con excavadores aficionados y estudiantes curiosos. Leo estaba hablando de organizar un taller de talla de piedra el mes siguiente para atraer más colaboradores y más interés antes de que terminara la temporada.

Callie imaginaba que en aquella parte del mundo el otoño sería un momento perfecto para acampar y dar clase al aire libre. Con seguridad muchos de los que acudirían serían más una molestia que una ayuda, pero no le importaba intentarlo siempre que eso reportara más atención y más manos al proyecto.

Oyó que un coche se paraba ante la verja y le llegaron más voces. Uno de los estudiantes daría la charla habitual y respondería a las preguntas de los turistas o los ciudadanos que pasaran por allí.

Una sombra se proyectó sobre ella, pero siguió escribiendo.

—Puedes llevarte los cubos a la pila de desechos. Pero no olvides devolvérmelos.

—Me encantaría, si supiera qué es una pila de desechos y dónde encontrarla.

Callie volvió la cabeza, haciéndose sombra delante de los ojos con la mano. Fue un sobresalto ver a Suzanne con gafas y gorra de béisbol. Fue casi como ver una versión mayor de sí misma.

—Lo siento. Creí que era una de las ayudantes.

—Te he oído en la radio esta mañana.

—Sí, Jake, Leo y yo nos turnamos para hablar con los medios.

—Hacías que todo pareciera muy fascinante. Creí que ya era hora de que pasara por aquí y echara un vistazo por mí misma. Espero que te parezca bien.

—Por supuesto. —Callie dejó la carpeta y se puso en pie—. Bien... —Metió las manos en los bolsillos para evitar que le temblaran—. ¿Qué te parece?

—La verdad... —Suzanne echó un vistazo a su alrededor—, es más ordenado de lo que me imaginaba. Y más frecuentado.

—Los fines de semana vienen muchos voluntarios.

—Sí, se nota —dijo Suzanne, sonriendo hacia donde el pequeño Tyler metía una palita en un montoncito de tierra—. Empiezan jóvenes.

—Es el hijo de Lana Campbell. Es un habitual de los sábados. Le damos

tierra que ya hemos tamizado. Uno de nosotros mete un par de pequeños objetos en el montón. Se lo pasa en grande. La tierra que sacamos de las parcelas se tamiza para que no se nos escape ningún objeto por pequeño que sea.

—Y cualquier pieza os dice algo de los que vivieron aquí y cómo vivían. Si entendí bien tu entrevista en la radio.

—Exacto. Tienes que encontrar el pasado para poder entenderlo, y entenderlo para poder reconstruirlo. —Se paró pensando en lo que acababa de decir—. Es lo que trato de hacer, Suzanne.

—Sí, ya lo sé. —Suzanne tocó el brazo de Callie con la mano—. Estás incómoda conmigo y en parte es culpa mía por haberme echado a llorar en el despacho de Lana el otro día. Jay me sermonizó a base de bien.

—Bueno, era muy comprensible...

—No, no lo entenderías. —En sus palabras había una tristeza apagada—. Jay no es la clase de hombre que se enfada. Es muy paciente, muy tranquilo. Es una de las razones por las que me enamoré de él cuando tenía seis años. Pero el otro día me cantó las cuarenta. Fue muy inesperado. Pero creo que fue exactamente lo que necesitaba.

—Imagino que tampoco es fácil para él.

—No, no lo es. Esto es algo que decidí muy convenientemente olvidar todos estos años. Antes que nada tengo que decirte que no voy a agobiarte más.

Soltó un pequeño suspiro, y una risita.

—Intentaré no agobiarte más. Quiero conocerte, Callie. Quiero tener la oportunidad. Quiero que tú me conozcas. Sé que intentas... reconstruir. Betsy Poffenberger me ha llamado esta mañana. También te ha oído en la radio.

—Un programa con audiencia.

—Eso parece. Me dijo que habías ido a verla. Dijo que quería asegurarse de que yo estaba de acuerdo en que te diera la información, pero lo que quería era sonsacarme. No le dije nada, pero la gente empieza a atar cabos.

—Lo sé. ¿Te parece bien?

—Todavía no lo sé. —Se apretó el estómago con la mano—. Estoy nerviosa casi todo el tiempo. La idea de responder preguntas cuando las cosas todavía están cambiando tanto es difícil. Más difícil de lo que podía imaginar. Pero lo superaré. Soy más fuerte de lo que tú puedes creer por lo que has visto hasta ahora.

—He leído algunas de tus cartas. Creo que eres una de las mujeres más fuertes que he conocido.

—Oh, bien. —Con los ojos brillantes, Suzanne apartó la cabeza—. Es muy agradable oír decir eso a una hija. Me gustaría que me explicaras más cosas de tu trabajo aquí. Me gustaría entender más de esto y de ti. Quiero que nos sintamos cómodas juntas. Por ahora sería suficiente. Que estemos cómodas juntas.

—Trabajo en esta sección. —Con un esfuerzo, Callie le cogió el brazo a Suzanne e hizo que se volviera—. Estamos descubriendo que esta zona fue un asentamiento neolítico. Y esta sección, su cementerio. Aquí verás que hemos

descubierto una pared baja de tierra, que creemos que la tribu construyó para rodear las tumbas. Al excavar huesos... Los huesos son mi especialidad, por cierto.

—¿Los huesos son tu especialidad?

—Sí. Estuve a punto de hacer arqueología forense, pero hay que pasar demasiado tiempo en el laboratorio. Me gusta excavar. Mira, esto es muy conmovedor. Lo encontré el otro día.

Se agachó a coger la carpeta, pasó páginas y sacó la foto de un cráneo.

—Ya está en el laboratorio, así que no te lo puedo enseñar al natural.

—Esto está bien. —Cuidadosamente, Suzanne cogió la foto—. Tiene un agujero. ¿Es una herida?

—Trepanación. Una operación —explicó Callie cuando Suzanne la miró con expresión desorientada—. Le rascaron o cortaron hueso, utilizando un cuchillo o trepanador de piedra. El objetivo, imaginamos, podría haber sido aliviar la presión craneal provocada por fracturas o tumores.

—No puede ser.

—Sí. Debió de dolerle una enfermedad. Pero lo intentaron, ¿no? Por brutal que fuera la cura, intentaban sanar a los enfermos y heridos. Y la tribu se reunía para la defensa y la supervivencia, y evolucionaba en un asentamiento. Viviendas, rituales: puedes hablar con Graystone si te interesan estos temas. Cazar, recolectar, organizar las tareas, el liderazgo, la curación, el apareamiento. El cultivo —añadió, gesticulando hacia la zona todavía intacta—. Cereales, animales domesticados. De un asentamiento a un poblado, y de un poblado a un pueblo. Y de un pueblo a una ciudad. ¿Por qué? ¿Por qué aquí y por qué ellos?

—Primero descubres el quién y el cómo.

—Sí. —Complacida, Callie miró a Suzanne y continuó—: Para hacerlo, tenemos que parcelar el lugar. Eso si se tiene permiso para excavar, apoyo económico y un equipo. Hay que hacer estudios. Una vez se empieza la excavación, destrozas el lugar. Todos los pasos y escenarios tienen que registrarse con detalle. Mediciones, lecturas, fotografías, esbozos, informes.

Jake miró cómo Callie hacía una visita guiada con Suzanne. Detectaba el estado emocional de Callie por su lenguaje corporal. Se había cerrado inmediatamente al ver a Suzanne, después se había puesto a la defensiva, a continuación se había sentido incómoda y finalmente se había relajado.

Ahora estaba en su elemento, decidió, viendo cómo utilizaba las manos para gesticular y hacer dibujos.

—Es agradable verlas juntas —comentó Lana colocándose a su lado—. Que sean capaces de estar juntas. No ha de ser fácil para ninguna de las dos buscar un terreno común sin cruzar los límites. Sobre todo para Callie, creo, dado que tiene tendencia a parcelar mucho los ámbitos.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, tú ya me entiendes, creo. Este proyecto es su interés profesional ahora mismo, le supone un desafío y la estimula. Al mismo tiempo, tiene que resolver el trauma de descubrir la verdad sobre su pasado, intentar construir una relación con Suzanne que sea satisfactoria para las dos. Y en medio de

todo esto estás tú. Personalmente, profesionalmente, en todas partes. Si no te importa que lo diga...

—Me importe o no, me pareces el tipo de mujer que dice lo que tiene ganas de decir.

—En eso tienes razón. Y tú me pareces un hombre difícil. A mí siempre me han gustado los hombres difíciles porque casi nunca son aburridos. Encima, me gusta mucho Callie. Por eso me alegro de verla relajada con Suzanne y me alegro de que vosotros dos intentéis resolver vuestros asuntos.

—Hace mucho tiempo que estamos en ello.

Se volvió al ver que Ty se acercaba con un hueso apretado en su sucia manita.

—¡Mira! Mira lo que tengo. He encontrado un hueso.

Jake soltó una risita al oír el suspiro de asco esencialmente femenino que Lana intentó disimular. Levantó a Ty y lo meció para que el niño pudiera agitar el hueso ante la cara de su madre.

—¿Está bien, eh, mamá?

—Mmm. Muy bien.

—¿Es de persona? ¿Un muerto?

—Ty, no sé de dónde has sacado ese macabro interés por los muertos.

—Los muertos están bien —anunció Jake sobriamente—. Vamos a verlo. —Pero seguía observando a Callie—. ¿Por qué no le preguntamos a la experta?

—¿Y agitar huesos delante de una mujer no es macabro? —dijo Lana sin aliento.

—Cuando es Callie no. ¡Eh! Tenemos un hallazgo, doctora Dunbrook.

—¡Es un hueso! —gritó Ty, agitándolo como una bandera mientras Callie se acercaba con Suzanne.

—Ya lo creo.

Callie se acercó más y lo examinó a fondo.

—¿De un muerto? —preguntó Ty.

—Un ciervo —dijo, y vio que la cara del niño se llenaba de desilusión—. Es un hallazgo muy importante —le dijo—. Alguien cazó este ciervo para que la tribu pudiera comer. Para que pudieran confeccionar ropa, herramientas y armas. ¿Ves ese bosque, Ty-Rex? —Le puso una mano en la cabeza para hacerle mirar—. A lo mejor ese ciervo vivía en ese bosque. Puede que un niño, no mucho mayor que tú, fuese con su padre, su hermano y su tío, en un día como hoy, a cazar. Estaba excitado, pero sabía que tenía una misión. Un trabajo importante. Su familia, su tribu, dependían de él. Cuando cazó este ciervo puede que fuera la primera vez que se encargaba de ese trabajo. Y tú tienes esto para recordarlo.

—¿Puedo llevarlo a la clase?

—Te enseñaré a limpiarlo y etiquetarlo.

Ty alargó los brazos y Callie fue a cogerlo. Por un momento, ella y Jake sostuvieron al niño entre los dos. Ella sintió un mariposeo en el estómago cuando sus ojos se encontraron.

—Esto..., podrías explicarle la excavación a Suzanne desde el punto de vista antropológico —dijo—. Ty y yo tenemos trabajo.

—Claro.

—Vivir para ver —comentó Suzanne cuando Callie se alejó con Ty.

—Ya lo creo.

—Eres mi yerno. Más o menos. Pero como no conozco las circunstancias de tu relación con Callie, no sé si debo estar enfadada contigo, desilusionada o compadecerte.

—Seguramente me merezco un poco de todo.

—La estabas esperando frente a la oficina de Lana el día que nos reunimos allí. Y fuiste con ella a Atlanta. ¿Significa eso que la estás cuidando?

—Sí.

—Me alegro.

Jake pensó un momento y después sacó la cartera del bolsillo. Mirando hacia atrás para asegurarse de que Callie estaba ocupada con Ty, la abrió y sacó una fotografía.

—No te la puedo dar —dijo—. Es la única que tengo. Pero creo que te gustará verla. La foto de la boda. Más o menos. Fuimos a Las Vegas y lo hicimos en uno de esos lugares rápidos. De hecho buscamos el más cursi que encontramos. Unos tipos nos hicieron esta foto fuera, justo después.

La fotografía estaba muy gastada, pero los colores todavía eran vivos y brillantes. Callie había elegido el rojo sirena para su vestido de novia, y lo de «vestido de novia» era una exageración. El vestido era corto, ajustado y sin tirantes. Llevaba una rosa roja detrás de la oreja y rodeaba la cintura de Jake con los brazos.

Jake llevaba un traje oscuro y una corbata con un loro verde y azul sobre fondo rojo. La rodeaba con los brazos.

La pared de detrás era de color rosa caramelo y la puerta roja en forma de corazón tenía un rótulo que decía «TODO PARA SU BODA».

Los dos sonreían como idiotas y parecían ridículamente felices.

—Ella eligió la corbata —comentó Jake—. Fue la primera y la única vez que me la puse, te lo aseguro. Allí había tiovivos con caballos vestidos de novia y novio. Te ponías allí mientras giraba y un tipo vestido de payaso... En fin.

—Parecéis muy enamorados —observó Suzanne—. Y bastante tontos.

—Sí, el tema era la tontería.

—Todavía sigues queriéndola.

—Mírala. ¿Cómo demonios se hace para quitártela de dentro? Por lo tanto... —Jake cerró la cartera y se la guardó en el bolsillo—. Ya que eres mi suegra, más o menos, ¿podrías prepararme unos brownies de avellana?

Ella le sonrió.

—Podría.

—Deberíamos mantenerlo entre tú y yo, porque si alguno de los tragones de la casa se entera, no me dejarán ni las migas. —Su atención se

distrajo con un ruido—. Parece que hoy es día de visita.

Suzanne miró un coche que se paraba.

—Es Doug. No esperaba que volviera tan pronto.

Suzanne fue hacia la verja, pero se detuvo al ver que Lana corría y su hijo la levantaba cogiéndola por la cintura y le daba un beso por encima de la verja.

—Oh. —Suzanne se apretó una mano sobre el corazón que le latía apresuradamente—. Vaya. Esto no lo había visto venir.

—¿Te molesta? —preguntó Jake.

—No, no —decidió ella—. Me ha sorprendido. —Vio que Ty corría blandiendo todavía el hueso de ciervo. Cuando Doug saltó la verja y se agachó a mirarlo, Suzanne se apretó más fuerte la mano sobre el corazón—. Me ha sorprendido mucho.

Doug examinó el hueso, escuchó el parloteo de Ty y después meneó la cabeza.

—Es estupendo. No sé si vas a querer lo que te he traído después de encontrar algo así.

—¿Qué es? —preguntó Ty con excitación mirando la bolsita que Doug tenía en la mano—. ¿Es para mí?

—Sí. Pero si no lo quieres, ya me lo quedo.

Doug abrió la bolsa y sacó un tiranosaurus de la medida de la mano.

—Es un dinosaurio. ¡Es un T—rex! ¡Gracias! —Ty saltó al cuello de Doug, agradecido, para demostrarle el amor que un niño de cuatro años tiene en abundancia—. ¡Me encanta! ¿Puedo enterrarlo y sacarlo otra vez?

—Claro que sí. —Doug se incorporó y Ty salió disparado hacia el montón de tierra—. Parece que le ha gustado. —Se volvió a mirar a Lana, que sonreía—. ¿Quieres un regalo?

—Sí.

Volvió a abrir la bolsa y vio que Lana abría la boca al ver lo que sacaba.

—Esto es...

—Sí, lo es. Un matamoscas azul en forma de guitarra eléctrica de Elvis. Tras una búsqueda y meditación considerables, fue la cosa más tonta que encontré. Espero que sirva.

—Es perfecto.

Riendo, Lana le dio un abrazo, tal como había hecho Ty.

—Te he echado de menos. No sé si eso me gusta o no. No estoy acostumbrado a echar de menos a nadie, pero a ti te he echado de menos.

Lana se apartó.

—¿Estás acostumbrado a que te echen de menos?

—La verdad es que no.

—Se te ha echado de menos —aseguró Lana, y le cogió la mano.

Callie había ordenado a todo el equipo que recogiera cuando llegó el último visitante. Digger y los estudiantes empezaron la rutina de recoger las herramientas para su limpieza y almacenaje.

Bill McDowell, con los brazos llenos de palas y paletas, pasó corriendo.

—¿Quieres que me encargue yo, Callie? —Indicó con la cabeza el pequeño coche azul—. No me importa.

—No te preocupes. —Callie observó que Betsy Poffenberger bajaba del asiento del conductor del Camry azul—. La conozco.

—Vale. Oye, unos cuantos nos quedaremos a acampar aquí esta noche. Asaremos unas salchichas y tomaremos unas cervezas. ¿Te apuntas?

—No lo sé. Puede que sí.

—Recogeré tus cosas.

—Gracias. —Habló distraídamente mientras ya se alejaba—. Señora Poffenberger.

—Vaya por Dios. Mira cuántos agujeros en el suelo. Y cuántas trincheras. ¿Los ha hecho usted misma?

—Algunos. Esperaba que me llamara.

—Decidí pasar por aquí, para echar un vistazo personalmente. La he oído esta mañana en la radio. Parecía muy científico.

—Gracias. ¿Ha descubierto algo para mí?

Betsy miró a Callie a la cara.

—No mencionó que fuera usted la hija de Suzanne Cullen.

—¿Cambia eso algo?

—Por supuesto. Es como una historia de misterio. Recuerdo cuándo sucedió. La foto de Jay y Suzanne Cullen en los periódicos. La de usted también. Claro que entonces sólo era un bebé. También pegaron carteles por todo Hagerstown. Y ahora está aquí. Vaya por Dios.

—Le agradeceré todo lo que pueda decirme. Si algo de lo que me dice me ayuda, seguramente habrá más artículos en los periódicos. Imagino que los periodistas querrán hablar con usted.

—¿Usted cree? Vaya por Dios. Bueno, hablé con Alice y con Kate, y Alice recordó que fue Mary Stern la enfermera que atendió los partos de Suzanne Cullen. Lo recordaba porque dijo que había hablado con Mary de usted después de que la secuestraran. Alice cotillearía de la fase de la luna si pudiera. Tengo un par de nombres más para usted, personas que ella recordaba. La enfermera de noche y eso. No sé si todas siguen en la zona.

Sacó una hoja de papel.

—Busqué los nombres en la guía yo misma. Por curiosidad. Mary Stern vive en Florida, se divorció y se volvió a casar. Tuvo un hijo cuando estaba a punto de cumplir los cuarenta. Sandy Parker murió en un accidente de tráfico hace unos cinco años. Fue espantoso, lo leí en el periódico. Hacía el turno de noche.

Callie intentó arrebatárle el papel, pero Betsy lo tenía bien agarrado; se colocó las gafas y siguió leyendo.

—A ésta, una tal Bárbara Halloway, no la recordé hasta que Alice me

habló de ella. No estuvo trabajando más de un año y también de noche. No conocía muy bien al personal de noche, pero cuando Alice me refrescó la memoria, me acordé de ella.

—Gracias, señora Poffenberger, seguro que me será útil.

—Era una chica muy fina —siguió—. Recién salida de la escuela de enfermería. Pelirroja, estaba decidida a pescar a algún médico, por lo que oí. Y lo logró, según tengo entendido. Pero no aquí, más al norte. Se mudó poco después de que sucediera aquello. Es por eso por lo que no la recordé enseguida. Era un poco pedante. Yo la investigaría a fondo si fuera usted. Era una creída.

—Gracias. Lo haré. Y le comunicaré lo que descubra.

—También había varios ordenanzas. Un tal Jack Brewster, que era muy pegajoso. Siempre corría detrás de las enfermeras, casadas o no.

—¿Doctora Dunbrook? —interrumpió Jake—. Lamento interrumpirlas, pero la necesitan en la parcela treinta y cinco.

—Oh, claro. Tendrá que dispensarme, señora Poffenberger. Le repito que le agradezco las molestias.

—No se preocupe por eso. Llámeme si necesita algo. Como una historia de misterio.

Callie se guardó el papel en el bolsillo trasero del pantalón y se apartó de la verja mientras Betsy subía al coche.

—No existe la parcela treinta y cinco —anunció.

—Estabas mandando señales de pánico y decidí acudir al rescate.

—No era pánico, es que me silbaban los oídos. No se callaba. —Callie soltó un suspiro—. Pero me ha hecho un favor enorme. Tengo nombres. Al menos una docena.

—¿Cómo quieres enfocarlo?

—Creo que empezaré con una búsqueda en la red. A ver cuántos quedan vivos en la zona. Ya veremos.

—¿Quieres que te ayude?

—Estás muy solícito estos días.

Jake se inclinó y le mordió el labio inferior.

—Te pasaré factura más adelante.

—Me vendría bien una ayuda. E incluso podría avanzarte algo de la factura.

—Nena. —Sus labios se quedaron inmóviles sobre los de ella, luego se apartó—. No te preocupes. Confío en ti.

Cuando se alejaba, Callie meneó la cabeza.

—Otra historia de misterio —murmuró.

Bill McDowell se emborrachó un poco. Con una sola cerveza ya se habría alegrado, pero se tomó dos para asegurarse de que se mantenía así un rato más.

Había visto las insinuaciones de Jake con Callie. Y peor aún, había visto cómo le respondía ella. Aquella noche ella no volvería a la excavación a pasar el rato, a charlar. Para que él pudiera mirarla. No era tonto. Sabía lo que pasaba, ahora, en este mismo momento mientras él bebía la segunda cerveza y escuchaba al bromista oficial, Matt, tocando la misma versión defectuosa de *Free Bird* a la guitarra.

Lynyrd Skynyrd, por el amor de Dios. Hablando de antigüedades prehistóricas...

Ahora mismo, mientras él bebía cerveza bajo las estrellas, escuchando *Free Bird* y mirando cómo las luciérnagas se volvían locas en la oscuridad, aquel imbécil de Jake Graystone estaba seduciendo a Callie.

Era demasiado buena para él. Cualquiera podía verlo. Era demasiado inteligente y hermosa. Y cuando se reía, aquellos tres hoyuelos lo volvían completamente loco.

Si le diera una oportunidad, él le demostraría cómo debía tratarse a una mujer. Bebió la cerveza y se imaginó pegándole una paliza a Jacob Graystone.

Sí, eso era lo que pasaría.

Asqueado, se puso en pie, y se balanceó un momento intentando serenarse.

—Tranquilo, Poncho. —Divertido, Digger le cogió un brazo para sostenerlo—. ¿Cuántas te has tomado?

—Suficientes.

—Eso parece. ¿Adonde ibas?

—Tengo que mear. Si no te importa.

—No me importa —contestó Digger alegremente—. ¿Quieres usar el baño de la caravana?

—Quiero pasear. —Decidido a no hacer migas con ningún asociado de su enemigo, Bill se deshizo de su brazo—. Aquí hay demasiada gente.

—Es verdad. Cuidado que no te caigas al agua y te ahogues.

Decidiendo que una parada para vaciar la vejiga era una buena idea, Digger se fue a la caravana.

Bill se alejó de las tiendas, lejos de la música y la compañía. Quizá cogería el coche y volvería a la casa. ¿Para qué quería seguir allí si Callie no estaba? No sabía si ella estaba con Jake en la cama. Al menos con seguridad. A lo mejor quería venir a la excavación, pensó, mientras esquivaba los árboles. A lo mejor quería venir y Jake se lo había impedido.

Ésta se la guardaba a aquel cabrón.

Podía ir a la casa, enfrentarse al bruto y liberar a Callie. Ella se lo agradecería, meditó, mientras meaba.

«¡Oh, Bill, gracias! Me alegro tanto de que hayas venido. Está loco. He pasado tanto miedo...»

Sí, así sería. Iría a la casa y lo arreglaría todo.

Se imaginó a Callie abrazada a él, se imaginó levantándole la cara, y los hoyuelos temblorosos al sonreír. E imaginándose el primer beso agradecido, no oyó el sonido detrás de él. El golpe le hizo caer de bruces. Gimió una vez

mientras lo arrastraban hacia la poza, pero ya estaba perdiendo el conocimiento cuando su cabeza se sumergió en el agua.

—Veamos, ésta es la cuadrícula básica.

Jake utilizó papel de dibujo mientras Callie se encargaba del ordenador.

Después de discutirlo un poco, decidieron instalarse en el despacho de Jake. Durante las primeras dos horas trabajaron con el ruido de fondo de una película de acción que alguien había alquilado. Después la casa quedó en silencio, exceptuando el sonido de los ronquidos de Leo en el sofá de la sala.

Callie apartó la vista de la pantalla para estudiar lo que había hecho Jake. Tenía que reconocer que era bueno.

La había puesto a ella en el centro, con sus padres a un lado, y los Cullen al otro. Cada uno estaba conectado con los nombres relevantes.

Henry Simpson, Marcus Carlyle, Richard Carlyle, el pediatra de Boston y los nombres del personal estaban apuntados en secciones en el bando de sus padres.

Los nombres de las listas que le habían dado Suzanne y Betsy Poffenberger estaban situados al otro lado.

—Tú eres la única relación conocida —empezó él—. Pero tiene que haber otras. Eso es lo que debemos descubrir. Ésta es tu cronología. La muerte del feto, tu fecha de nacimiento, la primera visita de tus padres a Carlyle y lo demás.

—Introducimos datos de cada uno de esos nombres —apuntó Callie.

—Y encontraremos relaciones. ¿Te has comido la última galleta?

—No me he comido la última galleta. Tú te has comido la última galleta. Y te has bebido el último café. O sea que vete a preparar más café y yo introduciré los datos.

—Tú haces mejor el café.

—También tecleo más deprisa.

—Yo no cometo tantos errores.

—Yo estoy sentada en la silla.

—Vale, como quieras. Pero luego no te quejes si sabe a agua sucia.

Callie hizo una mueca. Jake no soportaba hacer café. Era una de sus peculiaridades. Fregaba los platos, y cocinaba siempre que fuera algo parecido al desayuno. Incluso hacía la colada sin quejarse demasiado. Pero siempre protestaba cuando se trataba de preparar el café.

En consecuencia, siempre que lo obligaba a hacerlo, Callie sentía el agradable calor de una misión cumplida.

Estaban empezando a repetir viejas pautas, pensó. Con algunas variaciones nuevas e interesantes. No se peleaban tanto, y sin duda no lo hacían de la misma manera. Por algún motivo, uno de los dos siempre se retractaba antes de que la cosa se pusiera fea.

Sin duda no saltaban entre las sábanas a la menor oportunidad. Esa...

contención, suponía ella, añadía una cierta tensión muy agradable a todo el asunto.

Seguían deseándose el uno al otro, esa parte de la pauta no había cambiado. Incluso después del divorcio, cuando ella estaba a miles de kilómetros de distancia de él en todos los sentidos, ella lo deseaba.

Sólo volverse por la noche y tropezar con su cuerpo. Y la forma como él le agarraba la cintura con el brazo para que no se apartara.

Añoraba aquello, le añoraba.

Esperaba que él la añorara. Esperaba que maldijera su nombre como ella maldecía el de él. Y sufría.

Si él la hubiera querido tanto como ella lo quería, no se habría marchado. No habría podido marcharse por mucho que ella lo hubiera empujado a hacerlo. Si él le hubiera dicho alguna vez lo que ella necesitaba oír, ella no habría tenido que empujarlo.

Cuando sintió el antiguo resentimiento y rabia empezando a encenderse lo mandó callar. Aquello había pasado, se recordó a sí misma. Había pasado.

Había cosas que era mejor dejar enterradas.

Obligó a su cabeza a que se despejara para poder concentrarse en los datos que estaba almacenando. Entonces bostezó al observar el artículo sobre Henry Simpson.

—¿Para qué narices me sirve un artículo estúpido sobre un torneo de golf de caridad?

Iba a apartarlo, pero se detuvo. Era como tamizar la tierra, se recordó. Podía ser un trabajo pesado, pero era un paso necesario.

—¿Cuánto se tarda en hacer una cafetera, puñeta? —refunfuñó, y apoyó la barbilla en la mano mientras leía el artículo.

Casi le pasó por alto. Sus ojos habían seguido adelante antes de que su cerebro registrara la información. Su dedo pegó un salto sobre el ratón, después lo apartó lentamente.

—Nos hemos quedado sin leche —anunció Jake al volver con la cafetera—. Por malo que esté te lo tomarás solo.

Estaba dejando la cafetera cuando volvió la cabeza y le vio la cara.

—¿Qué has encontrado?

—Una relación. Bárbara Simpson, Holloway de soltera.

—Holloway. Bárbara Holloway. La enfermera de maternidad.

—No es una coincidencia. Es curioso que no comentara que había trabajado en el hospital donde nació la niña de Suzanne Cullen. Es curioso que no mencionara que vivía en la zona cuando secuestraron al bebé.

Jake dejó la cafetera.

—Tendremos que verificarlo.

—Oh, lo haremos. Poffenberger estuvo cotilleando sobre ella. Pedante, dijo. Una pelirroja presumida recién salida de la escuela de enfermería. Esa asquerosa participó, Jake. Simpson está relacionado con Carlyle, Holloway está relacionada con Simpson, y éste con Carlyle. Simpson y Carlyle con mis padres. Holloway con Suzanne.

—Lo verificaremos —repitió—. Descubriremos dónde estudió. Y pasaremos al siguiente nivel.

—Estuvimos en su casa. Estuvimos en su casa y ellos fingieron sorpresa y simpatía, y nos sirvió limonada, la muy zorra.

—Se lo haremos pagar. —Le puso las manos en los hombros, suavemente—. Te lo prometo.

—Tengo que volver a Virginia y decírselo a la cara.

—En cuanto tengamos todos los datos sobre ella, iremos. Iremos juntos.

Ella levantó una mano y la cerró sobre la de él.

—Consoló a mi madre. Utilizó la pena de mi padre. Los voy a matar.

—Bien dicho. Déjame que te ayude.

—No. Yo puedo hacerlo. Necesito hacerlo —dijo, cogiéndole la mano cuando vio que la expresión de él se ensombrecía—. Necesito hacerlo por mis padres, por los Cullen. Por mí misma. Pero no sé si podré si tú te apartas de mí.

—No me voy a ninguna parte.

Esta vez ella le cogió la cara entre las manos.

—Hay muchas maneras de apartarse de alguien. Nunca fui capaz de hacértelo entender. Tú te encierras y yo no puedo encontrarte.

—Si no me encierro, me partes en dos.

—No sé de qué me hablas. Nunca te he hecho daño.

—Me rompiste el corazón. Dios santo, me rompiste el corazón.

Las manos de Callie cayeron inermes sobre el regazo.

—No es verdad. No lo hice.

—No me digas. —Más furioso consigo mismo que con ella, se volvió y empezó a pasear—. Es mi corazón. Debería saberlo.

—Tú... me dejaste.

—Idioteces. —Se volvió de golpe—. Eso son idioteces, Callie. Tienes una memoria muy interesada. Te diré exactamente lo que pasó... ¡Mierda!

Apretó los puños al oír que sonaba el teléfono. Lo descolgó con rabia.

—Graystone. —Levantó una mano para pasarse los dedos por el pelo. Se le quedaron paralizados. Y Callie se puso a temblar de pies a cabeza al ver su expresión—. Por el amor de Dios. ¿Cómo? Entendido. Entendido. Mantened la calma. Vamos enseguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Callie—. ¿Quién está herido?

—Bill McDowell. No está herido, Callie. Está muerto.

Callie estaba sentada en el borde del campo en barbecho más allá de la excavación. El cielo estaba repleto de estrellas, todas ellas espléndidamente brillantes, como si las hubieran grabado con láser sobre vidrio negro. Y la media luna era un globo blanco partido con un hacha afilada.

El aire traía un ligero frescor en forma de brisa. Parecía que el otoño se iba acercando a las montañas. Oía el gimoteo de los insectos en la hierba y el ocasional ladrido ronco de un perro al otro lado de la carretera cuando la actividad nocturna perturbaba su rutina.

El señor y la señora Granjeros, como llamaba ella a los dueños de los perros, habían salido a enterarse de la razón del alboroto. Ya habían vuelto dentro, pero la vieja granja seguía iluminada.

Callie había salido corriendo con Jake de la casa minutos después de la llamada, con Rosie y Leo detrás de ellos. Habían llegado al lugar diez minutos antes que la policía. Pero habían llegado demasiado tarde para Bill McDowell.

Ahora Callie sólo podía observar y esperar.

Sonya estaba sentada a su lado, llorando desconsoladamente con la cabeza apoyada en las rodillas. Otros miembros del equipo estaban sentados o de pie. El parloteo inicial provocado por el impacto y el pánico se había transformado en una especie de entumecimiento que imposibilitaba hablar.

Veía el movimiento de las luces entre los árboles, donde trabajaba la policía, y de vez en cuando oía una voz que cruzaba el campo transportada por el aire. Muy de cuando en cuando alguien susurraba: «¿Qué va a pasar?».

No «¿cómo ha podido pasar?», aunque ésta había sido la primera pregunta. Ya habían superado este estadio y ahora estaban en el de «y ahora ¿qué?».

Callie sabía que esperaban que ella les diera la respuesta. Con Jake en la caravana con Digger y Leo en el bosque con la policía, ella era la única autoridad.

Pero era otra respuesta que no tenía.

—No creo que pueda soportarlo. No creo que pueda aguantar. —Sonya volvió la cabeza, apoyando la mejilla en las rodillas dobladas—. No entiendo cómo puede estar muerto. Así. Hace unas horas estábamos aquí sentados hablando de cosas que ni siquiera recuerdo. Ni siquiera le vi dirigirse a la poza.

—Yo sí. —Bob movió los pies—. No me pareció raro. Él y Digger hablaron un momento y entonces Bill se fue hacia el bosque. Pensé que, bueno, que tenía que mear. No pensé que estuviera tan borracho ni nada. La verdad es que no me fijé.

—Nadie se fijó —interrumpió Dory—. Por Dios, estaba medio dormida y

pensando en meterme en la tienda. Y yo... oí que Digger decía algo como «No vayas a caerte al agua y ahogarte». Me reí. —La voz se le ahogó en un sollozo—. Me reí.

—Siempre nos reíamos de él. Era tan inocente...

Dory se secó las mejillas.

—No es culpa tuya —le dijo a Bob—. No lo habríamos encontrado tan pronto de no haberte preguntado a ti dónde se había metido, y haber recordado que se había ido por allí. Todavía estaría en el agua si tú...

—Quiero irme a casa. —Sonya se echó a llorar otra vez—. Quiero volver a casa. No quiero seguir con esto.

—Vuelve a la casa. —Callie le rodeó los hombros con un brazo—. En cuanto el sheriff diga que podemos, vuelve a la casa a pasar la noche. Mañana ya decidirás lo que quieres hacer.

Miró hacia la caravana y después a Dory. Le indicó con un gesto el suelo al lado de Sonya, se levantó y dejó que Dory se sentara y abrazara a Sonya.

«Que lloren juntas», pensó Callie. Ella no tenía lágrimas.

En la caravana, Jake puso otra taza de café frente a Digger.

—Bebe.

—No quiero café, maldita sea. Jake, el chico está muerto.

—No puedes ayudarlo. No puedes ayudarte si no te serenás un poco y empiezas a pensar.

—¿En qué hay que pensar? Le dejé marcharse, medio borracho, para que se cayera en la maldita poza y se ahogara. Yo estaba al mando. Debería haber ido con él.

—No eres un canguro, y no eres responsable de lo que le ha pasado a McDowell.

—Oh, por Dios, Jake, por Dios. —Levantó su cara de pasa quemada—. Son todos unos críos. Son sólo críos.

—Ya lo sé.

Jake apretó la frente contra el armario, hizo un esfuerzo por serenarse y luego cogió otra taza de café.

¿Cuántas veces había hecho rabiar al pobre chico? Y le había provocado aposta utilizando a Callie. Sólo por diversión.

—Pero era bastante mayor para estar aquí y bastante mayor para beber. No estás aquí para cuidarlos, Dig. Estás aquí para asegurarte de que nadie se meta en la excavación.

—Pues lo hago muy bien cuando un chico se ahoga en el río. ¿Dónde está mi tabaco?

Jake recogió lo que quedaba de un paquete arrugado tirado sobre una barra y se lo lanzó.

—Bébetelo maldito café, fúmate el maldito cigarrillo y luego cuéntame exactamente lo que ha pasado. Si quieres llorar, ya llorarás después.

—Veo que el señor Sensibilidad está en plena faena.

Callie lanzó una mirada indignada a Jake al entrar.

—Sólo intenta darme ánimos —intervino Digger.

Se quitó el pañuelo del pelo y se sonó la nariz furiosamente.

—Sí, y si te metiera la cara en el váter, diría que lo hace para mejorar tu piel.

Dio la vuelta a la mesita plegable e hizo algo que nunca había hecho en su vida, ni esperaba hacer. Rodeó los hombros huesudos de Digger con los brazos y le acarició el largo pelo enmarañado.

—Vine aquí para utilizar el baño y para sacar la cama. Iba a poner un poco de música por si podía convencer a Sonya para que se quedara. Sabía que Bill estaba medio borracho. Apenas había terminado la segunda cerveza y ya estaba medio borracho. Los estuve vigilando, lo juro por Dios. Sólo para que no cometieran estupideces. Me pareció que todo el mundo quería irse a la cama.

Suspiró un poco y rozó la mejilla contra Callie para consolarse.

—Matt tocaba la guitarra. Toca fatal pero siempre está bien que alguien toque. Los dos de Virginia Occidental, Frannie y Chuck, se estaban pegando el lote. Bob estaba escribiendo. Tenía una linterna atada a la cabeza como un minero. Dory ya estaba medio dormida y Sonya cantaba *Free Bird*. Se hacía un lío con la letra, pero me gustaba escucharla de todos modos. —Cerró los ojos—. Hacía una bonita noche. Despejada, un poco fresca. Muchas luciérnagas, y las cigarras armando barullo. Vi que el chico se levantaba, tambaleándose como si estuviera en un barco en plena tormenta. Era un poco delicado con la bebida. Normalmente siempre sonreía como un bobo. Menos contigo —añadió con una pequeña sonrisa en dirección a Jake—. No le gustabas nada porque creía que le estabas pisando su oportunidad con Callie.

Jake no dijo nada, bebió café y miró directamente a Callie a la cara.

—Le dije que podía usar el baño de la caravana, pero me dio un empujoncito y me dijo que quería pasear. Creo que quería decirme que me fuera a paseo, pero incluso borracho no era su estilo. De modo que dije... Dios mío, le dije que no se cayera al agua y se ahogara. Pero se cayó. Eso es lo que hizo.

Como se estaban observando, Callie vio la emoción pasar por la cara de Jake. El impacto, el horror y después la piedad.

—¿Cuánto tardasteis en buscarlo? —preguntó Jake.

—No lo sé exactamente. Estuve un rato aquí dentro. Pensé que debía recoger un poco por si tenía suerte. Elegí música, puse un CD. Saqué las velas. A las universitarias les gusta el romanticismo, ¿verdad, Cal?

—Sí. —Lo abrazó más fuerte—. Nos chifla.

—Limpié un poco. Creo que estuve aquí unos quince minutos. Puede que veinte. Aún oía la guitarra. Luego salí, empecé a trabajar a Sonya. Fue Bob el que preguntó por Bill. Alguien, no sé quién, dijo que creía que se había ido a la cama, y otro dijo que había ido a mear. Bob dijo que él también necesitaba ir y que iría a ver si Bill se había dormido en el bosque. Un par de minutos después volvió corriendo y gritando. Fuimos todos hacia allí. Todos.

—Ha sido otra vez como con Dolan. Ha sido como con Dolan.

Hasta más de una hora después Callie no pudo estar un momento a solas con Leo.

—¿Qué sabes?

—No me han dicho mucho. No quieren aventurar la causa de la muerte hasta después de la autopsia. En cuanto terminen de tomar declaraciones, creo que deberíamos dejar el campamento.

—Ya le he pedido a Rosie que se ocupe de que todos los que estaban instalados aquí vuelvan a la casa a pasar la noche. Pero alguien debería quedarse y Digger no está en condiciones.

—Me quedaré yo.

—No, deberíamos hacer turnos. Jake y yo nos quedaremos hasta que se haga de día. Tú y Rosie lo haréis mejor manteniendo la calma del equipo. No me gusta la forma como Hewitt mira a Digger.

—A mí tampoco, pero la realidad es que estaba presente en dos muertes.

—En esta había un montón de personas y Digger estaba en la caravana. Por lo que sabemos, Bill se cayó y se ahogó. Fue un accidente. Nadie podía tener un motivo para matar a ese chico.

—Espero que tengas razón. —Se quitó las gafas y las limpió metódicamente con la punta de la camisa—. Rosie y yo nos llevaremos a los demás. Volveremos por la mañana.

—¿A trabajar?

—Los que quieran excavar, que excaven. Tendremos a los medios, Callie. ¿Podrás encargarte tú?

—Sí. Duerme un poco, Leo. Haremos lo que haga falta.

Callie entró en la caravana en cuanto pudo, tiró el apestoso café que había preparado Jake y preparó una cafetera nueva.

El aroma de la fragancia que Digger había utilizado para limpiar se mezcló con el aroma de canela de las velas que había encendido. Estaban los dos en el ambiente, como pequeños soplos de simplicidad y expectativa.

Callie oyó las voces de los demás que se marchaban. Y los coches que arrancaban. Y se imaginó que la mayoría de los que se iban a la casa estarían levantados hasta tarde dándole vueltas a lo sucedido.

Quería estar tranquila. Hubiera preferido tener tranquilidad y soledad. Pero Leo no le habría permitido quedarse sola de noche. Tenía que reconocer que Jake era la única persona cuya compañía podía soportar en una noche como aquella.

Se sirvió la primera taza de café, pero al oír pasos que se acercaban sirvió otra.

—He tirado el tuyo —dijo—. Era un asco. Éste es recién hecho. —Se volvió y le alargó una taza.

—No pienso dormir fuera porque tú estés enfadada conmigo.

—No espero que acampes fuera, y no estoy enfadada contigo. No especialmente. No recuerdo dónde estábamos cuando sonó el teléfono. No puedo hablar de eso ahora.

—Por mí de acuerdo.

Callie conocía ese tono, no podía contar las veces que se habían dado de cabeza contra aquella fría pared. No tenía ánimo para pelear, pero tampoco estaba dispuesta para la retirada.

—No me gustó la manera como tratabas a Digger. Sé que lo hacías por su bien, pero no me gustó. Y por si no lo has notado, le he sacado más yo con un poco de consuelo y simpatía que tú con tus tonterías de macho.

A Jake le dolía la cabeza. Le dolía el corazón.

—¿Por qué las mujeres relacionáis automáticamente macho con tonterías, como si fueran una sola palabra?

—Porque somos astutas.

—Quieres que te diga que tienes razón. —Agotado, se dejó caer sobre los delgados almohadones del sofá—. Tienes razón. No tenía lo que tú podías ofrecerle. Los dos estamos de acuerdo en que consolar no es uno de mis fuertes.

Parecía exhausto, observó Callie. Lo había visto destrozado de fatiga por el trabajo, pero no estaba acostumbrada a verlo sencillamente agotado por la tensión, por la inquietud.

Tuvo que dominar un impulso de echarle los brazos al cuello, como había hecho con Digger.

—No sabías nada del comentario que le había hecho a Bill antes de que se alejara. Yo sí.

—Por Dios. Nunca podrá olvidarlo del todo. El resto de su vida tendrá esa observación irreflexiva metida en la cabeza junto con la imagen del chico flotando.

—¿No creerás que Bill se cayó al agua?

Jake levantó la mirada de la taza y sus ojos eran tan cautos y fríos como su voz.

—Todos han dicho que estaba borracho.

—¿Por qué no oyeron el chapuzón? ¿Cuánto pesaba? ¿Noventa kilos? Tanto peso, cuando cae, hace ruido. En una noche tan clara y silenciosa lo habrían oído. Yo he podido oír fragmentos de conversaciones entre los policías en el bosque. ¿Por qué no gritó cuando se cayó? Digger ha dicho que había tomado dos cervezas. Vale, era un mal bebedor, pero un chico de su tamaño no se desmaya de golpe hasta el punto de no despertarse cuando cae en el agua. El agua también está fría. Te devuelve la sobriedad de golpe, lo bastante para cabrearte si te caes.

La expresión, la cara y la voz de Jake no cambiaron.

—A lo mejor había tomado algo más que cerveza. Sabes que a veces las drogas corren por las excavaciones.

—Digger lo habría sabido. Nos lo habría dicho. Eso no le pasa por alto a Digger. Habría confiscado las drogas y se habría guardado los porros para

cuando le apeteciera fumarse uno.

Callie se acercó al sofá y se sentó en el otro extremo. Sabía lo que estaban haciendo: interpretando los dos bandos. Le parecía interesante que no estuvieran haciéndolo a grito pelado.

—Dos hombres mueren en el mismo charco de agua en las afueras de la misma ciudad, en la misma excavación, con pocas semanas de diferencia. Quien piense que es sólo una coincidencia está loco. Hewitt no me parece un loco. Sé que tú no estás loco.

—No, no creo que sea una coincidencia.

—Y no te tragas la teoría popular de que la excavación esté maldita.

Jake sonrió un poquito.

—Me hace gracia, pero no. Alguien mató a Dolan por alguna razón. Alguien ha matado a McDowell por alguna razón. ¿Cómo están relacionados?

Callie cogió su café y dobló las piernas.

—La excavación.

—Ése es el nexo obvio. Ésa es la relación que se ve más fácilmente. Sube un plano más y estás tú.

Por la cara que puso, Jake vio que ella había llegado a la misma conclusión y asintió.

—Aparte de ti tenemos la excavación, la urbanización, el porcentaje de ciudadanos que están mosqueados porque no cobran un sueldo. Se puede teorizar que alguien estaba suficientemente mosqueado para matar a dos personas con el fin de asustar al equipo de la excavación, u obligar a las autoridades a clausurarla.

—Pero no es tu teoría. —Callie se inclinó para encender una de las velas de Digger.

—Es una teoría, pero no es mi preferida.

—Tu preferida es la que parte de mí hacia los Cullen, Carlyle, todos aquellos nombres de la lista y una red de mercado negro que se especializa en bebés. Pero la relación con Dolan y Bill es muy débil.

—¿Te acuerdas de esto?

Jake abrió las manos, volvió las palmas hacia arriba y giró la muñeca. Sostuvo una moneda entre los dedos. Otra vuelta de muñeca y había desaparecido.

—Podrías ganarte un sobresueldo actuando en fiestas infantiles —comentó Callie.

—Direcciones erróneas. Engañar el ojo para que mires hacia allí... —Le pasó la mano derecha por delante de la cara—. Y te pierdes lo que está pasando aquí. —Y le tiró de la oreja con la izquierda, creando la ilusión de que la moneda había salido de allí.

—¿Crees que alguien ha matado a dos personas para llevarme en una dirección errónea?

—¿No ha funcionado, hasta cierto punto? ¿No estás tan distraída que no piensas en lo que acabas de descubrir hace pocas horas sobre Bárbara Hallows? A todos nos caía bien el chico. Incluso a mí, no podía evitarlo. Y me

hacía cierta gracia cómo te adoraba. Si alguien lo ha matado es porque estaba a mano. Porque se separó del grupo el tiempo suficiente.

Como si nada, Callie apartó una de las cortinas descoloridas de Digger y miró a través de la ventana mugrienta.

—Y nos vigilan. Sean quienes sean. Como nos estaban vigilando la otra noche en casa. Fríos. Tienen que ser fríos. Y si no me dejo engañar, si sigo indagando, ¿va a morir alguien más?

—Echarte la culpa es otra forma de engañarte.

—Me lo quité de encima, Jake. —Con un tirón brusco volvió a correr la cortina sobre el cristal sucio—. Cuando estábamos recogiendo, se acercó y me dijo que se quedaban a acampar esta noche. Ni siquiera lo estaba escuchando. «Sí, de acuerdo, puede que sí, lo que sea.» Me lo quité de encima como a una mosca. —Meneó la cabeza antes de que Jake pudiera hablar—. Y todo lo que estás diciendo es lo que pienso yo. Lo que siento dentro. Y si tenemos razón, significa que está muerto porque alguien quiere detenerme. Está muerto, y hoy no pude molestarme en dedicarle un minuto de mi tiempo.

—Ven, ven aquí. —La atrajo hacia él—. Échate —ordenó, y la empujó hasta que la obligó a apoyar la cabeza en sus rodillas—. Deberías intentar descansar.

Callie estuvo un rato callada, escuchando los sonidos de la noche, absorbiendo la tranquila sensación de que Jake le acariciara el pelo. ¿La había tocado así antes? ¿Le había hecho caso alguna vez?

—¿Jake?

—Sí.

—Tenía planes para esta noche.

—¿Ah, sí?

Se volvió para poder verle la cara. Desde ese ángulo podía ver cómo la cicatriz de la barbilla le penetraba sólo una pizca en la mandíbula. Le habría gustado rozarla con el dedo o rozarle los labios. Reconocer aquella diminuta imperfección.

—Había planeado dejar que me llevaras a la cama. O llevarte a ti a la cama. Lo que pareciera más divertido en su momento.

Jake le pasó un dedo por la curva de la mejilla. «Sí—pensó ella—. Sí, la había tocado así antes. ¿Por qué no había prestado más atención a aquellos pequeños gestos? ¿Por qué no había sido consciente de lo importantes que eran para ella?»

¿Necesitaba tanto las palabras que había pasado por alto las señales de afecto más calmadas y sencillas?

—Lástima que no funcionara —comentó Jake.

—Todavía podría funcionar.

El dedo de Jake se sobresaltó, como si hubiera tocado inesperadamente algo caliente, y lo alejó.

—No es una buena idea, para ninguno de los dos. ¿Por qué no duermes un poco? Mañana tendremos mucho trabajo.

—No quiero pensar en mañana. No quiero pensar en hoy ni en la

semana que viene ni en ayer. Sólo quiero ahora.

—Tuvimos ahora a montones, ¿no? El sexo es una respuesta muy común, muy humana a la muerte. —Jugó con su pelo con la esperanza de convencerla para que se durmiera—. Es la prueba de la vida.

—Estamos vivos. No quiero estar sola. —No hablaba sólo de esa noche, sino de todas las noches sin él—. Creía que sí, pero no quiero estar sola.

—No estás sola. —Le cogió la mano y se la acercó a los labios—. Cierra los ojos.

Pero ella se incorporó, cuerpo contra cuerpo, hasta que le rodeó el cuello con los brazos.

—Quédate conmigo. —Le tapó la boca con la suya y se introdujo dentro de ella—. Por favor, quédate conmigo.

Temblaba, notó Jake. En parte por miedo, en parte por necesidad, en parte por agotamiento. Ella apretó más fuerte, le acercó la cara a la curva del cuello.

—Dime que me necesitas. Sólo una vez.

—Te necesito. Tócame. Tú eres el único que ha podido hacerlo nunca.

—Yo no quería que fuera así. —Le rozó la mandíbula con los labios mientras la dejaba caer sobre el estrecho sofá—. Para ninguno de los dos. Pero quizá deba ser así. No pienses. —Le besó las sienes, las mejillas—. Sólo siente.

—No puedo dejar de temblar.

—Tranquila.

Le desabrochó la camisa y se inclinó para besarle el cuello, los hombros. Pero cuando ella lo buscó, él se apartó y la obligó a bajar las manos.

—No. Espera. Cierra los ojos. Tú cierra los ojos. Yo te tocaré.

Callie dejó que se le cerraran los párpados. Incluso aquello fue un alivio. La suave oscuridad le alivió el dolor de cabeza que no era consciente que la mortificaba. El aire era fresco en su piel cuando él le quitó la camisa. Los dedos de Jake eran cálidos al viajar por su cuerpo. Cálidos, con la aspereza de los callos. Le tembló el estómago cuando él bajó y le desabrochó el botón de sus viejos pantalones.

Sus labios ejercieron una ligera presión por encima de la cintura y la hicieron gemir.

—Levanta las caderas —ordenó él, y le bajó el gastado algodón por las piernas.

Le arrancó las botas y los calcetines. Luego empezó a frotarle los pies.

Ella gimió más fuerte.

—Hubo una época en que podría haber intercambiado un masaje de pies por cualquier favor sexual exótico.

Callie abrió un ojo y vio que le sonreía.

—¿Qué tenías pensado?

—Ya te lo comunicaré. —Le apretó la base de la mano sobre el arco y vio cómo pestañeaba—. Sigue funcionando, ¿a que sí?

—Oh, sí. Sigo pensando que el primer orgasmo de verdad empezó en los pies.

—Me gustan tus pies. Son pequeños, casi delicados. —Le pasó los dientes por un lado y volvió a sonreír cuando el cuerpo de ella se arqueó—. Y muy sensibles. Y luego están las piernas.

Paseó la boca por el tobillo y la pantorrilla.

—No puedo decir bastante de tus piernas.

De repente, le apretó la cara contra el estómago.

—Dios mío, Callie, hueles igual. Me despierto sintiendo tu olor cuando estás a miles de kilómetros de distancia. Me despierto deseándote —murmuró, y le tapó la boca con la suya.

«Todos los días, todas las noches», pensó dejándose rodear por aquel aroma. Obsesionándolo y mofándose de él hasta que deseaba con todas las fibras de su cuerpo poder odiarla.

Ahora ella estaba aquí, rodeándolo con los brazos y la boca ansiosa bajo la de él. Y le hacía sentir flojo.

El amor por ella le atravesó y lo dejó indefenso.

Alargó las manos para cogerle la cara. La presión de los labios se hizo más suave.

El cambio de tono hizo que ella abriera los ojos.

—Jake.

—Calla. —Le estampó un beso de infinita ternura en el hueco del cuello—. No pienses —repitió—. Sólo siente.

Cuando su boca volvió a buscarla en un beso de máxima dulzura, ella se plegó debajo de él.

«Una rendición», pensó él. Los dos se rendían de una forma que no habían experimentado antes. El corazón de Callie latía pesadamente bajo los labios y su respiración era lenta y entrecortada. Aun así, la ternura que sentía por ella pesaba sobre el deseo como una neblina.

El aire era tan pesado, pensaba ella. Tan pesado y caliente. Tan blando. Le resbalaba por encima, y ella encima de él hacía un mundo en el que sólo había placer.

Él la había llevado allí.

Callie suspiró su nombre mientras sus labios, su lengua, sus manos la acariciaban, calmaban y excitaban, adormecían y despertaban. Cuando sus labios encontraron los de ella otra vez, cuando se demoraron allí como si no hubiera nada más vital en el mundo que un simple beso, el corazón de Callie se derretió.

La sensación de él bajo sus manos, aquel largo y delgado torso cuando se quitó la camisa. Las estrechas caderas y los músculos duros. Su cuerpo la excitaba, y saber que era de ella, de ella para disfrutarlo, le produjo un placer insoportable.

Se estremeció y le clavó los dientes en el hombro cuando la presión aumentó.

—Jake.

—Esta vez sin prisas. —Él bajó, atormentándolos a los dos—. Deprisa es demasiado fácil.

Tiempo, nada más que tiempo. El aroma de ella, el estremecimiento de su cuerpo, el calor que empezaba a desprender su piel. Lo quería todo y mucho más.

Tenerla entonces borraba todas las horas solitarias sin ella.

Apretó los labios contra la garganta, el hombro, la boca, dejando que su deseo por ella le apasionara a él. Al arrastrarla hacia el primer orgasmo, el grito estrangulado le resonó en la sangre.

Se miraron el uno al otro cuando él la penetró, se observaron mientras empezaban a moverse al unísono. Jake vio que los ojos de ella se nublaban, tanto de placer como de lágrimas cuando él le cogió las manos.

—Quédate conmigo. —Le tapó la boca con la suya—. Quédate conmigo.

Le desnudó el corazón. A Callie le parecía que él lo oiría latir en su mano. Le parecía que podría verlo en su cara al tiempo que las lágrimas le cegaban los ojos.

Así que los cerró, siguió cogiéndole las manos, se quedó con él. Se quedó con él. Y seguía con él cuando los dos estallaron.

Callie se durmió primero profundamente durante una hora y después agitadamente porque los sueños la perseguían. En el bosque, en la oscuridad, en el agua fría. Se cerraba sobre su cabeza, y había manos que tiraban de ella en direcciones opuestas. No podía liberarse de ellas, no podía salir a la superficie. No podía respirar. Al debatirse, el agua se alteró, cambió, pesó y se transformó en una tumba.

Se despertó con un sobresalto, pugnando por respirar. La caravana estaba a oscuras, fría. Tenía una colcha fina sobre las piernas y estaba sola.

Presa del pánico, saltó y se golpeó una cadera contra la mesa, buscando la puerta. Tenía la garganta obstruida y eso la obligaba a luchar por respirar, como en el sueño. Se apretó una mano contra el pecho como si quisiera arrancarse la presión que sentía allí.

Forcejeó con la puerta y su respiración era sibilante cuando logró levantar el pestillo. Un grito le desgarraba el pecho, la garganta. Cuando finalmente logró abrir la puerta, salió disparada.

Y cayó de rodillas en la sombría frialdad del amanecer.

Al oír ruidos de pasos que corrían, intentó levantarse. Pero los músculos de los brazos le pesaban como el plomo.

—Eh, ¿qué ha pasado?

Jake se agachó a su lado y le levantó la cabeza.

—No puedo respirar —logró decir—. No puedo respirar.

—Sí, sí puedes. —Tenía las pupilas dilatadas, la cara con una blancura mortal y húmeda. Le puso una mano en la nuca y le hizo colocarla entre las piernas—. Despacio, con cuidado, despacio. Respira.

—No puedo.

—Sí, sí puedes. Respira. Inhala. Respira. Ahora otra. Suelta el aire. — Sintió que la tensión en el estómago se le aflojaba al ver que Callie empezaba a aspirar aire—. Sigue así.

—Estoy bien.

Él la obligó a mantener la cabeza baja.

—Más. Adentro y afuera. Ahora levanta la cabeza, lentamente. ¿Estás mareada?

—No. Estoy bien. No sé..., me he despertado y me he sentido desorientada.

—Ni hablar. Has tenido un ataque de pánico brutal.

Callie no estaba del todo serena, pero sí lo suficiente para sentir la punzada de la vergüenza.

—Yo no tengo ataques de pánico.

—Ahora sí. A menos que salgas desnuda corriendo de las caravanas para divertirme.

—Yo... —Se miró y vio que había salido sin taparse con nada—. Dios mío.

—No pasa nada. Me gusta verte desnuda. Tienes un cuerpo estupendo, incluso cuando lo tienes húmedo de sudor. Arriba. Tienes que echarte un rato.

—No. No me trates como a una niña.

—Eres demasiado lista para castigarte por sufrir ansiedad. Y demasiado cabezona para no hacerlo. Un duro dilema para ti, Dunbrook. Siéntate. —La introdujo de nuevo en la caravana, la empujó hacia el sofá y la tapó con una manta—. Cállate un rato o retiro la parte buena de lo que he dicho. No tienes nada más que estrés, tensión, angustia y demasiado trabajo durante más de un mes. Eres humana. Date un respiro.

Sacó una botella de agua, la abrió y se la pasó.

—He tenido una pesadilla. —Se mordió el labio para que no le temblara—. Y me he despertado; estaba sola y no podía respirar.

—Lo siento. —Se sentó a su lado—. He salido a echar un vistazo, a comprobar algunas cosas. No te quería despertar.

—No es culpa tuya. —Dio un largo sorbo de agua—. No me asusto fácilmente.

—Como si no lo supiera.

—Pero ahora estoy asustada. Si se lo dices a alguien, tendré que matarte. Pero ahora estoy asustada y no me gusta.

—Tranquila.

La rodeó con un brazo y le dio un beso en la sien.

—Cuando no me gusta algo, me deshago de ello.

Los labios de ella se curvaron contra su piel.

—Como si no lo supiera —repitió Jake.

—Por lo tanto no pienso estar asustada. —Respiró hondo, aliviada al ver que el aire no se le encallaba en los pulmones o la garganta—. No estaré asustada y basta. Descubriré lo que necesito saber. Me voy a Virginia y los

Simpson van a contarme lo que quiero saber. Quiero que vengas conmigo.

Él le levantó la mano y la besó.

—Más vale que primero te vistas.

Mientras las últimas piezas de beicon se freían en la cazuela negra de hierro, Jake batió dos docenas de huevos en una fuente. Había intimidado a Callie para que preparara el café antes de meterse en la ducha, así que eso estaba hecho. Pero si alguien quería tostadas, otro tendría que encargarse de prepararlas.

No le importaba cocinar. No si se trataba de un desayuno sencillo, sin sofisticaciones. En definitiva, todos tenían que comer y nadie parecía tener energía suficiente para meterse en la cocina.

Un equipo, o una tribu, cualesquiera que fueran sus rituales o costumbres, necesitaba combustible para funcionar. La muerte de un miembro imponía una nueva intimidad entre los supervivientes. La comida era un símbolo y la preparación, la presentación y el consumo eran una ceremonia común a muchas culturas durante el luto por una buena razón.

Como el sexo, la comida era vida. Junto con la aflicción y la culpabilidad, el alivio de seguir con vida cuando uno de los tuyos había muerto debía reconocerse.

Aquella forzada intimidad era temporal, se recordó a sí mismo, pensando en Callie. A menos que trabajara y se esforzara para mantenerla.

Cuando Doug entró en la cocina, vio al hombre que él consideraba el ex marido de Callie apoyando una cadera en la cocina con un trapo colgando de la cintura de los vaqueros descoloridos, mientras agitaba lo que parecía un rastrillo en una fuente redonda.

Era un panorama bastante curioso, pero aún más si tenía en cuenta que le había dejado entrar en la casa un tipo en calzoncillos, con el pelo largo hasta la cintura y que le había indicado vagamente la cocina antes de volver a echarse en un sofá desvencijado.

Doug había saltado por encima de dos bultos del suelo, que por los ronquidos dedujo que eran personas.

Si ésa era la clase de lugar donde Callie había decidido vivir, tendría que recorrer un largo camino antes de entenderla bien.

—Siento interrumpir.

Jake siguió batiendo huevos.

—Si buscas a Callie, se está duchando.

—Oh. Creía que ya estaríais levantados a esta hora.

—Hoy vamos tarde. El café está recién hecho.

—Gracias.

Había varias tazas alineadas en el mostrador. Doug cogió una y se acercó a la cafetera.

—Hay leche si quieres. También es de hoy. La he comprado viniendo de la excavación esta mañana.

—¿Estuvisteis trabajando toda la noche?

—No. —Jake dejó de batir los huevos y le dio la vuelta al tocino—. Pensaba que habrías venido para ver cómo estaba Callie. Pero supongo que no te has enterado.

—¿Qué quieres decir con cómo estaba? ¿Qué ha ocurrido?

Jake lo notó inmediatamente preocupado. La sangre tira.

—Anoche se ahogó un miembro del equipo. En Simon's Hole. No sabemos cómo. La policía lo está investigando. Callie y yo hicimos el turno de noche. Lléname la taza azul, por favor.

—Pareces muy sereno.

Jake levantó la mirada de la cacerola.

—Tenemos que mantener unido al equipo. El equipo se compone de personas y Callie y yo somos responsables de ellas. Ella se lo ha tomado muy mal. No voy a hacerle ningún favor si hago lo mismo.

Miró hacia el techo que crujía. Ahora Callie estaba en el dormitorio, pensó Jake. Así que le quedaban un par de minutos.

—Alguien mató a ese chico —dijo bajito.

—Acabas de decir que se ahogó.

—Creo que alguien lo ayudó. Creo que dos personas han muerto porque Callie está indagando en su pasado y que esas muertes no tienen nada que ver con la excavación.

Doug se acercó más a la cocina y bajó la voz como había hecho Jake.

—¿Ron Dolan y ese chico fueron asesinados porque Callie está indagando quién se la llevó del cochecito en 1974? Es ir un poco lejos.

—No tanto como crees. Bajaré enseguida, no tarda mucho en ponerse una camisa y unos pantalones, así que iré al grano. No quiero que esté sola, ni siquiera una hora. Cuando yo no pueda acompañarla, lo harás tú.

—¿Crees que alguien intentará hacerle daño?

—Creo que cuanto más se acerque, más intentarán detenerla. No permitiré que nadie le haga daño, y tú tampoco porque te criaron en una cultura en que un hermano, sobre todo un hermano mayor, es educado para vigilar a sus hermanas. El hecho de que las circunstancias te privaran de esa tarea durante tus años de formación te habrá convertido en un adulto aún más decidido a asumir ese papel en este momento.

—¿O sea que te ayudaré a protegerla debido a que mi cultura me lo exige?

—Por eso y porque la relación sanguínea todavía te tira. —«Un poco desconcertado», concluyó Jake, estudiando la cara de Doug. «Un poco avergonzado, pero ha funcionado»—. Porque es una mujer, y a ti te han educado para defender a las mujeres. Y porque te gusta.

Doug no pensaba contradecirle.

—¿Cuál es tu excusa?

Jake apartó la cacerola del fuego.

—Mi excusa está bajando las escaleras ahora y pronto empezará a fastidiarme para que eche queso en los huevos.

Se arrancó el trapo de los vaqueros y lo utilizó para coger el mango de la cacerola y verter la grasa ardiente en una lata vacía de cerdo con judías.

—Le dejo a Leo la tarea de despertar a los perezosos que hay esparcidos por toda la casa —dijo Callie al entrar—. Doug —añadió después de la primera sorpresa—. Hola. ¿Cómo estás?

—Jake acaba de contarme lo que pasó. ¿Estás bien?

—Sí, un poco atontada todavía. —Siguió mirándolo y alargó una mano. Jake le colocó una taza de café en ella—. Creía que estabas fuera.

—Volví ayer. Pasé por la excavación pero estabas ocupada.

—Oh, vaya. ¿Les has puesto queso a los huevos? —preguntó a Jake, y ya estaba abriendo la nevera para buscarlo.

—No a todo el mundo le gusta el queso con los huevos.

—A todo el mundo debería gustarle el queso con los huevos. —Le alargó el queso y pasó por su lado para abrir una bolsa de pan—. Pon en mi parte, y si cae en la de otro, mala suerte.

Doug observó cómo Jake alargaba una mano para que Callie le pasara el cuchillo que había sacado de un cajón, observó cómo ella metía pan en la tostadora y recogía la fuente que le pasaba él.

Era como un pequeño baile, dictaminó, en que cada uno conocía los pasos y el ritmo que adoptaría el otro con antelación.

—He pasado para darte algo que te he traído de Memphis.

Hubo otro momento de sorpresa evidente en la cara de Callie, antes de que lograra dibujar una sonrisa.

—¿Una barbacoa?

—No. —Doug le dio una bolsita marrón—. Sólo es un recuerdo de Graceland.

—¿Fuiste a Graceland? Siempre he querido ir a Graceland. No tengo ni idea de por qué. Uau, mira esto, Graystone, es un portacervezas oficial de Elvis.

—Nunca se tienen bastantes portacervezas.

Jake examinó el recipiente rojo complacientemente.

—Que no te lo vea Digger. Le encantan los portacervezas bonitos.

—Pues éste ni mirarlo. —Hizo un paso en dirección a Doug y dudó. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Debía darle un beso o darle un golpecito en el brazo?—. Gracias. —Se conformó con tocarle el hombro.

—De nada. —Ellos, pensó Doug, no conocían los pasos y el ritmo de su baile—. Tengo que irme.

—¿Has desayunado?

Callie abrió un cajón y sacó una espátula justo cuando Jake echaba los huevos en la cacerola.

—No.

—¿Por qué no te quedas? Hay en cantidad, ¿verdad, Jake?

—Claro.

—Me encantaría, y por suerte para mí, me gusta el queso en los huevos.

—Coge un plato —indicó Callie.

Jake se apartó hacia la derecha cuando ella se inclinó para abrir la puerta del horno y sacar la fuente de tocino que él había freído.

—Leo me ha dicho que viniera —anunció Lana entrando en la cocina—. Doug, he visto tu coche fuera. Supongo que ya te has enterado.

—Coge dos platos —dijo Callie a Doug, y rellenó la tostadora—. ¿Necesitamos un abogado?

—Leo está preocupado. He venido para aliviar esa preocupación. Al menos legalmente. En cuanto al resto... —Levantó las manos—. Es espantoso. No sé qué decir. Precisamente ayer por la tarde hablé con Bill. Dejó que Ty hablara por los codos del dichoso hueso de ciervo.

—¿Dónde está Ty?

Doug le pasó un plato de papel del montón que había sobre la barra.

—¿Qué? Ah, con Roger. No creo que pueda comer. Sólo quiero hablar con Leo.

—Cuando yo cocino, todos comen. —Jake sacó un tarro enorme de mermelada de piña de la nevera y se lo pasó a Callie—. Más vale que cojas una silla antes de que entren las hordas y las ocupen todas. ¿Cuántos somos, Dunbrook?

—Rosie y Digger están en la excavación. Contando a los invitados, esta mañana somos once para desayunar.

Fueron entrando todos, en varios estados de vestimenta o desnudez. Algunos se sirvieron y se marcharon con sus platos. Otros buscaron un sitio en la mesa gastada que Rosie había comprado en un mercadillo.

Pero Jake tenía razón. Cuando él cocinaba, todos comían.

Callie se concentró en la comida, en pincharla con el tenedor y llevársela a la boca. No se molestó en escuchar mientras Lana discutía de asuntos legales con Leo.

—Puede que nos obliguen a parar —comentó Sonya. Desmenuzó una tostada sobre los huevos que apenas había tocado—. Me refiero a la policía, al Ayuntamiento o lo que sea. Puede que quieran clausurar la excavación.

—La Sociedad de Conservación ha comprado la tierra —le dijo Lana—. Cerraremos el trato en pocas semanas. Como socia, y después de hablar esta mañana con uno de los miembros clave, puedo prometeros que nadie va a culpar al equipo de lo sucedido. El trabajo que hacéis allí no es responsable de lo que le ha pasado a Bill McDowell.

—Murió cuando estábamos todos sentados allí. Estábamos todos allí reunidos.

—¿Os habríais quedado sentados de saber que estaba en peligro? —preguntó Jake.

—No, no, por supuesto que no.

—¿Habríais hecho cualquier cosa para ayudarlo de haber sabido que lo

necesitaba?

Sonya asintió.

—Pero no lo sabíais y no pudisteis hacerlo. La excavación era importante para él, ¿no crees?

—Oh, sí. —Sorbió por la nariz y empujó el tenedor entre los huevos—. Siempre hablaba de ella, y se ponía como loco cada vez que encontrábamos algo. Cuando no hablaba del trabajo, hablaba de Callie. —Paró, parpadeó y miró tímidamente a Callie—. Perdona.

—No pasa nada.

—En muchas culturas, en muchas sociedades —continuó Jake—, se demuestra el respeto a los muertos honrando su trabajo. Excavaremos.

—No quiero fastidiar —intervino Dory—. Pero ¿qué pasa si la familia de Bill nos demanda? A los propietarios del terreno y a los jefes de equipo, o algo así. La gente presenta demandas por una uña rota, así que no sería raro que lo hicieran por lo de Bill. ¿En qué podría afectar eso a la subvención? ¿Nos la podrían quitar?

—La gente apesta. —Después de soltar esta afirmación, Matt se encogió de hombros y se sirvió más tocino—. Quiero decir que Dory tiene razón. En una sociedad litigante, materialista y egoísta, es una evolución natural pasar de la emoción al cálculo. ¿Quién va a pagar por esto, y cuánto puedo sacar?

—Yo me ocuparé de eso —aseguró Lana—. Mi consejo ahora es que sigáis con lo que teníais programado. Colaborad con la policía y con los medios, pero antes de hacer declaraciones a nadie, debéis consultar conmigo o con otro abogado.

—También vamos a implantar un sistema de compañeros estricto. —Leo apartó su plato y se sirvió más café—. Nadie se mete sólo en el bosque bajo ninguna circunstancia. Los que se quedan durante la semana harán turnos de noche en la excavación. No menos de dos por turno. No vamos a perder a nadie más.

—Organizaré los turnos —apuntó Callie.

—Bien. Tengo que ir a Baltimore esta noche, pero volveré a media semana. Creo que es mejor que hoy nos tomemos el día libre. Todos los que se quedan deben estar a punto para trabajar mañana.

—Yo tengo que ir a Virginia a resolver unos asuntos. —Callie miró a Jake—. Dory y los tortolitos de Virginia Occidental pueden relevar a Rosie y Digger esta tarde. Bob, Matt y Digger harán el turno de noche. Mañana tendré preparado un horario diario.

—Yo fregaré los platos antes de marcharme. —Sonya se puso en pie—. Sé que tienes razón —dijo dirigiéndose a Jake—. En mi cabeza. Pero no puedo superarlo. No sé si volveré. Siento abandonaros, pero no sé si puedo continuar.

—Tómate un descanso —propuso Callie—. Necesito ponerme al día. Y necesito informes completos, toda la película de lo que pasó ayer de todos vosotros, para hoy a última hora.

Fue a la oficina de Jake a imprimir el artículo de Simpson y abrió una carpeta para las listas y el gráfico.

—¿Qué hay en Virginia? —preguntó Doug desde la puerta.
—Quién. Tengo que hablar con alguien.
—¿Se trata de..., tiene que ver con Jessica?
—Sí. —Callie se guardó la carpeta en el bolso—. Ya te diré lo que descubro.
—Iré contigo.
—Jake me acompañará. Está todo controlado.
—Iré contigo —repitió él, y se apartó un momento para que Lana pudiera pasar.
—¿Qué ocurre?
—Tenía que comprobar una información.
—¿Vas con ellos? —preguntó Lana a Doug.
—Sí, voy.
Lana frunció el ceño y miró el reloj.
—Dejadme hablar con Roger a ver si puede quedarse con Ty hasta que volvamos.
—¿«Volvamos» quiénes? —preguntó Callie.
—Creo que es lo que suele denominarse un equipo. Soy la parte legal del equipo. Déjame hacer la llamada y me pones al día en el coche.
—Puede que acabe haciendo algo ilegal —murmuró Callie mientras Lana sacaba el móvil.
Lana se recogió el pelo detrás de la oreja.
—Entonces está claro que me necesitas.

No se veía con ánimos para conducir y tuvo que conformarse de mala gana con sentarse en el todoterreno de Jake en lugar de en su coche. Mientras se le pasaba el mal humor, entregó la carpeta a Doug para que él y Lana leyera la información en el asiento trasero.

Pero el silencio no duró mucho porque los dos empezaron a acribillarla a preguntas.

—Mirad, lo que sé está todo ahí. Lo que voy a descubrir está en Virginia.

—Siempre está quisquillosa cuando no ha dormido bien —comentó Jake—. ¿A que sí, cariño?

—Tú calla y conduce.

—¿Lo veis?

—¿Durante cuánto tiempo fue Simpson el médico de tu madre?

Lana sacó un cuaderno del bolso y empezó a tomar notas.

—No lo sé. Al menos desde 1966.

—¿Y entonces no estaba casado con Bárbara Halloway?

—No, creo que eso fue sobre 1980. Él tiene unos veinte años más que

ella.

—Y según tu información, ella trabajó en el Washington County Hospital desde julio o agosto del 74 hasta la primavera del siguiente año, y estaba en la planta de maternidad cuando ingresaron a Suzanne Cullen. En la primavera del siguiente año se mudó. No sabes dónde.

—Voy a descubrir dónde, y puedes apostar lo que quieras a que en algún momento entre la primavera del 75 y la del 80 pasó una temporada en Boston. —Se volvió para mirar atrás—. Todavía trabajaba en Hagerstown cuando secuestraron a Jessica Cullen. Un detalle así no se olvida. Pero cuando hablamos con ellos en julio, todo era una novedad para ella. Una novedad para los dos, y eso no me lo trago.

—Es circunstancial. —Lana siguió escribiendo—. Pero estoy de acuerdo.

—Circunstancial, una mierda. Mira la cronología, los puntos de convergencia, y verás lo fácil que es hacerse una idea de la cadena de sucesos. Holloway pertenecía a la organización de Carlyle. Era uno de los contactos médicos clave. Una enfermera de obstetricia. Se enteró de que se busca un bebé, preferiblemente niña, seguramente el encargo llega con una descripción básica de los clientes, puede que con sus rasgos físicos. Suzanne Cullen tiene una niña que se ajusta al perfil.

—Pero tardaron tres meses en llevarse a la niña —apuntó Doug.

—Incluso una pareja desesperada puede sospechar si pide un bebé para adoptar y se lo entregan inmediatamente. Esperan un par de meses, se aseguran de que la niña está sana, que no tiene problemas médicos, se dedican a estudiar la rutina de la familia, esperan la mejor oportunidad. Y durante el período de espera van cobrando.

—Debió de ser ella la que se la llevó —dijo Doug bajito—. Debió de ser ella la que estaba allí, la que tuvo la oportunidad de seguir a los padres, a nosotros. Tuvo tiempo de estudiar el centro comercial y cómo salir rápidamente.

—Eso me parece —corroboró Callie—. Mis padres dijeron que una enfermera me llevó a la oficina de Carlyle.

—Otros factores —musitó Lana—. Seguramente Jessica no era la única candidata. Lo más probable es que les hubieran echado el ojo a dos o tres más. Si aceptamos que Bárbara Holloway fue una persona clave, habría otras niñas recién nacidas que se ajustaban a los requisitos durante ese período. Y también es probable que ella no fuera la única infiltrada. Habría otros en distintas instalaciones por todo el país. Jessica fue el único bebé secuestrado en la zona, pero Carlyle, según nuestras suposiciones, entregó a bastantes bebés a lo largo de los años.

—A cada nivel que excavas encuentras más datos, más relaciones, y el panorama se amplía —resumió Jake—. Holloway es nuestro hallazgo por ahora.

—La desenterramos, la sellamos y la etiquetamos —intervino Callie.

—Obviamente, es necesario interrogarla. —Lana dibujó varios círculos alrededor del nombre de Bárbara Holloway en su cuaderno—. Aunque tu información sea todavía muy especulativa y circunstancial, creo que tenemos suficientes piezas para ir a la policía. ¿No es más probable que hable en un

interrogatorio oficial con las autoridades que contigo?

Callie se limitó a mirar a Jake de soslayo y a sonreír cuando él le devolvió la mirada.

Notando el intercambio de miradas, Lana meneó la cabeza.

—Bueno, en serio, ¿qué pensáis hacer? ¿Atarla a una silla y pegarle una paliza?

Callie estiró las piernas. Jake repiqueteó con los dedos en el volante. Doug miró fijamente por la ventana.

Y Lana finalmente soltó un largo suspiro.

—No llevo suficiente dinero para pagar la fianza por múltiples cargos de agresión. Callie. —Se inclinó hacia delante—. Déjame hablar con ellos. Soy abogada. Soy una buena oradora. Puedo hacer que parezca que sabemos mucho más de lo que sabemos. Sé cómo apretarles las tuercas.

—¿Quieres probar con ella? Puedes preguntarle a quién mandaron a Maryland y si sabían cómo se llamaba Bill McDowell cuando lo mataron.

—¿Lo mataron? Pero yo creía que... Dios mío.

Lana buscó frenéticamente el teléfono en el bolso para preguntar por su hijo.

—Estará bien —la tranquilizó Doug mientras ella marcaba—. El abuelo no dejará que le pase nada malo.

—Por supuesto que no. Sólo quiero... ¿Roger? No, no pasa nada.

Se apoyó en el asiento, más tranquila cuando los dedos de Doug se entrelazaron con los suyos.

—No pretendía asustarte —dijo Callie cuando Lana colgó.

—Pues me asustaste, pero te lo agradezco. Es fácil pensar en esto como algo que sucedió hace años y olvidarte del presente. Deberías ir a la policía.

—Después de hablar con los Simpson, le contaré al sheriff Hewitt todo lo que sé. Aunque no sirva para nada. —Viéndolos con las manos unidas, Callie se volvió aún más—. ¿Vosotros qué? ¿Ya dormís juntos?

—¿Cómo te atreves a preguntar eso? —exigió Doug.

—Pruebo el papel de hermana. No he tenido ocasión de pasar por todas las etapas, la de hermana pesada y todo eso. Por eso me las salto. ¿Cómo va el sexo, por cierto? ¿Bien?

Lana se pasó la lengua por los dientes.

—Si te he de ser sincera...

—Calla.

—Los chicos se ponen nerviosos cuando las mujeres hablan de sexo —comentó Callie.

—Yo no. —Jake le acarició el muslo.

—Eres una aberración. Pero Graystone es bueno en la cama.

—No tengo ganas de oírlo —suplicó Doug.

—Estoy hablando con Lana. ¿Sabes que algunos chicos sólo son buenos en una cosa? Besan bien, pero tienen manos de pez y la resistencia de un

asmático de noventa años.

—Sí, por supuesto.

Lana tapó el bolígrafo y se lo guardó en el bolso.

—Pues Graystone lo domina todo. Tiene buenos labios. Y sabe hacer esos pequeños trucos de magia, tiene unas manos mañosas. Unas manos realmente creativas. Casi compensa sus numerosos defectos e irritantes cualidades.

Lana se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Doug usa gafas para leer. De concha.

—¡No fastidies! Las gafas de concha me ponen a cien. ¿Las llevas encima? —Alargó la mano para pegar un empujón a la rodilla de Doug, pero no le sacó más que una mirada fulminante a cambio—. Empiezas a pensar que no fue tan malo que alguien se me llevara del cochecito aquel día, ¿eh?

—Estaba pensando cómo podría convencerlos para que volvieran a secuestrarte.

—Encontraría el camino de vuelta. Estás muy callado, Graystone.

—Me divierto viendo cómo fastidias a otro para variar. Ya estamos llegando, Doug.

—Recordad que yo llevo la voz cantante —dijo Callie cuando Jake tomó la salida—. Vosotros sólo sois refuerzos.

—Ahora es Kinsey Milhone —gruñó Doug.

Callie se sentía más bien como el personaje de Sigourney Weaver en *Alien*. Quería azotar y quemar. Pero dominó su ira cuando Jake entró en el paseo. El mal genio no iba a cegarla.

Bajó del coche, caminó hacia la puerta y apretó el timbre.

No oyó nada más que los cantos de los pájaros en un día de finales de verano y el rugido monótono de una cortadora de césped en algún lugar de la calle.

—Voy a mirar en el garaje.

Jake se fue mientras Callie volvía a apretar el timbre.

—Podrían haber salido, a comer o a jugar al tenis —sugirió Lana.

—No. Saben lo que está pasando. Saben que he hablado con personas que podrían recordar a Bárbara. No están bebiendo cócteles y jugando a dobles de tenis en el club.

—El garaje está vacío —informó Jake.

—Pues romperemos una ventana.

—Calma, calma. —Doug puso una mano en el hombro de Callie para tranquilizarla—. Aunque lográramos entrar sin que nos viera nadie a la luz del día, seguro que esta casa tiene un sistema de alarma. Si rompes una ventana o echas abajo una puerta, la policía llegará antes de que hayamos podido encontrar nada. Si es que hay algo que encontrar.

—No seas lógico. Estoy cabreada.

Pegó un puñetazo a la puerta.

—No pueden haber sabido que venía. Tan rápidamente no.

—Paso a paso. Doug tiene razón acerca del vecindario. —Jake echó un vistazo a las casas del otro lado de la calle—. Lujo, seguridad. Pero un pueblo es un pueblo y siempre hay cotilleos. Siempre hay alguien que dedica el tiempo a enterarse de lo que hacen los demás. Nos dividiremos, llamaremos a algunas puertas y preguntaremos amablemente por nuestros amigos los Simpson.

—De acuerdo. —Callie se dominó—. Iremos por parejas. Las parejas dan menos miedo. Jake y yo iremos hacia el sur. Doug y Lana iréis hacia el norte. ¿Qué hora es?

Miró su reloj mientras repasaba ideas mentalmente.

—Vale, es un poco tarde, pero servirá. Habíamos quedado para tomar unas copas con Barb y Hank. Ahora no sabemos si nos hemos equivocado de día o si ha sucedido algo.

—Funcionará. —Jake le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos cuando ella intentó zafarse—. Somos una pareja, recuérdalo. Una pareja simpática, inofensiva y agradable, preocupada por sus amigos Barb y Hank.

—Si alguien piensa que eres inofensivo, es que está sordo, mudo y ciego.

Lana y Doug se fueron en dirección opuesta.

—No se portan como dos divorciados —dijo él.

—¿En serio? ¿Para ti cómo se portan los divorciados?

—Así no. Vi cómo preparaban el desayuno entre los dos. Era como una coreografía. Y ya has visto cómo estaban en el coche. Cada uno sabe lo que piensa el otro sin decir una sola palabra; cuando les da la gana.

—¿Como cuando Callie quiso distraernos atormentándote?

—Él sabía perfectamente lo que ella estaba haciendo. No sé qué se traen entre manos, pero me alegro de que esté aquí. La vigilará.

Apretó el timbre de la primera casa.

Cuando Jake tocó el timbre de la tercera casa, ya tenían la historia tan ensayada que surgía suave como el terciopelo. La mujer respondió tan rápidamente que Jake dedujo que los había estado siguiendo con la mirada de casa en casa.

—Lamento molestarla, señora, pero mi esposa y yo estamos preocupados por los Simpson.

—Seguro que nos hemos equivocado de día, cariño.

Pero Callie echó una mirada preocupada hacia la casa de los Simpson.

—Sólo quiero asegurarme de que no ha pasado nada grave. Habíamos quedado para tomar unas copas —dijo dirigiéndose a la mujer—. Pero no contestan al timbre.

—¿Los cuatro venían a visitar a los Simpson?

—Sí —confirmó Jake sin vacilar, y sonrió. Sin duda había estado espiando la casa—. Mi cuñado y su prometida han ido por el otro lado a ver si alguien podía ayudarnos.

—Mi hermano y yo somos viejos amigos de Hank y Barb. —Callie siguió

con la historia de Jake, como si fuera la pura verdad—. Es decir, mis padres conocen al doctor Simpson desde hace años. Nos trajo al mundo a mi hermano y a mí. Nuestro padre también es médico. El caso es que mi hermano acaba de prometerse. Es por eso por lo que veníamos a visitarlos. Para celebrarlo.

—No sé cómo van a celebrarlo si están fuera de la ciudad.

La mano de Callie apretó más fuerte la de Jake.

—¿Fuera de la ciudad? Pero... cómo puede ser. Nos habremos equivocado de día —dijo mirando a Jake—. No mencionaron ningún viaje cuando hablé con ellos hace un par de semanas.

—Fue una decisión repentina —informó la mujer—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Cuánto lo siento. —Callie le ofreció la mano—. Somos los Brady, Mike y Carol. No queremos molestarla, señora...

—Fissel. No se preocupe. ¿No los vi por aquí hace poco?

—Sí, este verano. Acabamos de mudarnos al este. Estamos recuperando antiguas amistades, ¿sabe? Ha dicho que fue una decisión repentina. No sería una emergencia, espero. Oh, Mike, espero que no le haya sucedido nada a... —¿cómo demonios se llamaba la hija?— Angela.

—Me dijeron que no. —La señora Fissel salió al patio—. Por casualidad los vi cuando cargaban el coche al salir para recoger el periódico. En este barrio los vecinos velamos unos por otros, de modo que me acerqué y pregunté si había sucedido algo. El doctor Simpson dijo que habían decidido irse a los Hampton, a pasar unas semanas. Me pareció raro que se llevaran los dos coches. Dijo que Bárbara quería tener el suyo. Se llevaron maletas para estar un año fuera, la verdad. Pero a Bárbara le encanta la ropa. No es propio de ella olvidarse de que venían. No se le escapa nada.

—Nos habremos confundido. ¿No le dijeron cuándo volverían?

—Ya le he dicho que unas semanas. Está jubilado, como sabrán, y ella no trabaja, de modo que pueden ir y venir cuando les plazca. Ya estaban fuera de la casa a las diez, esta mañana, cargando el coche, y a Bárbara nunca se la ve un domingo antes de mediodía. Debían de tener prisa para ponerse en marcha.

—Es mucho trecho hasta los Hampton —apuntó Callie—. Gracias. Tendremos que llamarles más adelante.

—Mike y Carol Brady —musitó Jake cuando cruzaban la calle—. ¿Somos la familia Brady?

—Fue lo primero que se me ocurrió. Era demasiado mayor para haber visto la serie la primera vez que la pasaron y la mujer no me ha parecido el tipo de las que ven reposiciones. Maldita sea, Jake.

—Te entiendo. —Levantó sus manos unidas y le besó los nudillos.

—¿Crees que habrán ido a los Hampton?

—Por mucha prisa que tuvieran, no creo que los Simpson fueran tan tontos para decirle a la cotilla oficial adonde iban.

—Yo tampoco. Y tampoco creo que piensen volver.

—Han tenido que ir a alguna parte y, sea donde sea, dejarán un rastro. Los encontraremos.

Callie asintió y miró hacia la casa vacía con expresión frustrada.

—Venga, Carol, vayamos a buscar a Alice y a los niños y volvamos a casa.

—De acuerdo. De acuerdo —gruñó ella, y se puso a caminar. Si tenía que llegar al fondo de aquello, y pensaba hacerlo, debía mantener el control y la perspectiva—. O sea, que Carol Brady no te parecía atractiva.

—Oh, Dios, ¿bromeas? ¡Fumaba!

TERCERA PARTE

LOS HALLAZGOS

Cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda,
por improbable que sea, ha de ser verdad.

SIR ARTHUR CONAN DOYLE

20

—Has hecho bien.

De nuevo en Maryland, Lana estaba con Callie de pie junto a su coche, jugando con las llaves en la mano. No tenía ganas de marcharse aunque ya había abusado bastante de Roger por un día.

Saber que los Simpson se habían escapado era frustrante. Tenía que reconocer que había soñado con hacer un alarde, con la perspectiva de machacar a los Simpson con preguntas y enredarlos con hechos y especulaciones.

Y el largo trayecto de vuelta, sólo para ofrecer al sheriff del condado las dispersas piezas del rompecabezas y dejarlo todo más o menos como estaba al principio del día, era otra desilusión.

Tenían que poder hacer algo más. Algo.

—Hewitt no parecía especialmente entusiasmado con nuestros razonamientos deductivos.

—A lo mejor no, pero no lo pasará por alto. Además, ahora tiene constancia oficial de todo. Y él...

—Lo investigará —terminó Callie con una risa triste—. No le culpo por mostrarse escéptico. Un delito de hace treinta años resuelto por un par de arqueólogos, una abogada y un vendedor de libros.

—Perdona, dos reputados científicos, una gran abogada y un astuto tratante de libros antiguos.

—Así suena mejor. —Inquieta, Callie cogió una piedra y la tiró al río, donde cayó con un sonoro plop—. Oye, te agradezco mucho todo lo que has hecho, mucho más allá de las horas facturadas y demás.

—No es un caso habitual para mí, pero reconozco que es emocionante.

—Sí. Que te quemen el despacho es de lo más emocionante.

—Nadie salió herido, tengo entendido, y el hecho de que me hayan cabreado juega a tu favor. Estoy metida en esto hasta el final. Que esto sea muy importante para Doug le añade incentivo.

—Mmm. Eh, mira, una serpiente negra.

—¿Qué? ¿Dónde?

Aterrorizada, Lana saltó sobre la capota del coche.

—Tranquila. —Callie cogió otra piedra y apuntó—. Allí..., más abajo —dijo, y lanzó la piedra hacia el río, donde cayó a pocos centímetros a la derecha de la serpiente. Indignada, ésta se deslizó por la orilla hacia los árboles—. Son inofensivas.

—Son serpientes.

—Me gusta cómo se mueven. En fin. Doug. Es un chico interesante. Me trajo un recuerdo de Elvis de Memphis.

—¿Ah, sí? —A Lana se le escapó un suspiro sin querer—. ¿Por qué será que me conmueve?

—Porque estás loca por él.

—Es cierto. Muy cierto.

—Escucha, aquellas tonterías del coche sobre tu vida sexual sólo eran una forma de...

Calló, se volvió y, antes de que Lana saltara para ponerse a cubierto, aplastó la abeja como un bateador devolviendo una pelota rápida.

El sonido sordo del contacto hizo estremecer a Lana.

—Madre mía. ¿Te ha picado?

—No. Éstas sólo se dedican a hacer ruido y molestar a la gente. Como los adolescentes, supongo.

—¿Por casualidad eras una chicarrona de pequeña?

—No me gusta ese nombre. ¿Por qué no se les llama chicarrones a los niños que manifiestan hábitos y capacidades tradicionalmente adscritas a las chicas?

Lana meneó la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Sería lo justo. En fin, ¿qué estaba diciendo?

—Hablabas... de mi vida sexual.

—Ah, sí. Aquello del coche era broma.

Dándose cuenta de que Callie se encargaría de cualquier bestia que pasara por allí, Lana bajó de la capota y se apoyó en la puerta de su coche.

—Ya lo sé.

—No es que no me guste oír hablar de la vida sexual de los demás.

—Vivos o muertos.

—Exactamente. Toda vida tiene sus momentos decisivos.

Callie miró hacia la casa, donde alguien había puesto música. Al distinguir la música de los Backstreet Boys a través de las ventanas, se imaginó que había sido Frannie.

—El primero de mi vida fue cuando dormía en un cochecito en diciembre de 1974 —continuó—. Los momentos decisivos pueden crear la cuadrícula de una pauta, pero es el día a día lo que conforma la pauta. Lo que comes, lo que haces para ganarte la vida, con quién duermes, con quién creas una familia, cómo cocinas o cómo te vistes. Los grandes hallazgos, como descubrir un sarcófago antiguo, son el desencadenante de una carrera. Pero son las cosas ordinarias las que me atraen. Como un juguete fabricado a partir de un caparazón de tortuga.

—O un portacervezas de Elvis.

—Eres muy lista —reconoció Callie—. Creo que Doug y yo nos habríamos llevado bien de pequeños. Creo que nos habríamos gustado. Me resulta más fácil que me guste él, y me siento menos incómoda con él o con

Roger que con Suzanne o Jay.

—Y es más fácil buscar a las personas responsables, buscar las razones por las que pasó y cómo, que enfrentarse al resultado. No es una crítica —añadió Lana—. Creo que estás afrontando una situación compleja y difícil con un admirable sentido común.

—Eso no impide que todos salgan perjudicados hasta cierto punto. Y si estamos en lo cierto, dos personas que no tenían nada que ver están muertas porque tengo el admirable sentido común de exigir respuestas.

—Podrías dejarlo.

—¿Podrías tú?

—No. Pero creo que puedo tomarme un descanso, pensarlo con calma y estudiar la situación en que me encuentro y cómo he llegado allí. Puede que si tú haces lo mismo, te sea más fácil aceptarlo todo cuando encuentres las respuestas.

No era una mala idea, decidió Callie, apartarse un poco del rompecabezas y utilizarlo como punto de referencia para otro. ¿Cuál era su situación y cómo había llegado allí? ¿Qué dejaría al descubierto cada una de las capas de su vida, de su cultura personal y de su papel en la sociedad?

Se sentó ante el ordenador y empezó a escribir una cronología personal desde la fecha de su nacimiento.

Nacida el 11 de septiembre de 1974

Secuestrada el 12 de diciembre de 1974

Entregada a Elliot y Vivían Dunbrook el 16 de diciembre de 1974

Esa parte era fácil. Rebuscando en la memoria, añadió las fechas en que había empezado la escuela, el verano en que se había roto el brazo, la Navidad en que había suplicado y recibido su primer microscopio. Su primera clase de violonchelo, su primer recital, su primera excavación. La muerte de su abuelo paterno. Su primera experiencia sexual. La fecha de su graduación en la universidad. El año en que se había mudado a su primer piso.

Destacados momentos profesionales, la obtención de su título de master, lesiones físicas significativas y enfermedades. Cuando conoció a Leo y a Rosie, su primer y breve lígüe con un egiptólogo.

¿En qué estaría pensando?

El día que conoció a Jake. ¿Cómo podría olvidarlo?

Martes, 6 de abril de 1998

La fecha de su primera relación sexual.

Jueves, 8 de abril de 1998

«No tardamos mucho», meditó. No podían dejar de tocarse y habían quemado el colchón en una habitación escuálida en Yorkshire, cerca del asentamiento mesolítico que estaban estudiando.

Se habían ido a vivir juntos, más o menos, en junio de ese año. No recordaba con precisión cuándo ni cómo se habían transformado en un equipo. Si uno de ellos se iba a El Cairo o a Tennessee, los dos se iban a El Cairo o a Tennessee.

Se habían peleado como fieras, habían hecho el amor como locos. Por todo el mundo.

Introdujo la fecha de su boda.

La fecha en que él se había ido.

La fecha en que había recibido los papeles del divorcio.

«No había pasado mucho tiempo entre las dos cosas», pensó, y meneó la cabeza. El tema era la vida de ella, no la vida de los dos juntos.

Encogiéndose de hombros, tecleó la fecha de su doctorado. Introdujo la fecha en que había ido a ver a Leo a Baltimore, el primer día del proyecto, cuando conoció a Lana Campbell.

El día que llegó Jake.

La fecha en que Suzanne Cullen se había presentado en su habitación.

El viaje a Filadelfia, la vuelta. Cuando contrató a Lana, cuando cenó con Jake, el gamberrismo contra su Rover, el asesinato de Dolan. La conversación con Doug.

El sexo con Jake.

Los análisis de sangre.

La primera visita a los Simpson.

Frunciendo el ceño, volvió atrás, consultó el dietario e introdujo la fecha en que cada miembro del equipo se había incorporado al proyecto.

El disparo contra Jake, el viaje a Atlanta, el incendio. Entrevistas con la viuda del doctor Blakely y Betsy Poffenberger, y los datos descubiertos.

La muerte de Bill McDowell.

Hacer el amor con Jake.

Luego el otro viaje a Virginia que la devolvió al presente.

«Cuando tienes los sucesos, tienes una pauta —pensó—. A partir de eso extrapolas para ver cómo cada suceso, cada capa está conectada con la otra.»

Trabajó un rato colocando los datos bajo enunciados diferentes: educación, datos médicos, profesional, personal, Proyecto Antietam Creek, Jessica.

Paró y vio un elemento en la pauta. Desde el día en que lo había conocido, Jake estaba relacionado con todos los sucesos importantes de su vida. Hasta con el maldito doctorado, que tenía que admitir que había emprendido con furia para no deprimirse pensando en él.

Ni siquiera podía tener una crisis de identidad sin que él estuviera implicado.

Peor, no estaba segura de querer que hubiera sido de otra manera.

Distraída, estiró la mano para coger una galleta y encontró la bolsa vacía junto al teclado.

—Tengo un montón en mi habitación.

Se sobresaltó, se volvió y vio a Jake apoyado en el umbral.

—Pero tendrás que pagar —añadió.

—Maldito seas, no te acerques sigilosamente como si me espieras.

—No puedo evitarlo si me muevo con la gracia y el sigilo de una pantera, ¿no? Y tenías la puerta abierta. Quedarse en el umbral no es espiar. ¿En qué trabajas?

—No te importa.

Y para demostrarlo archivó y apagó el ordenador.

—Estás irritable porque te has quedado sin galletas.

—Cierra la puerta. —Apretó los dientes al ver que la cerraba después de entrar—. Quería decir contigo al otro lado.

—Deberías haber sido más concreta. ¿Por qué no estás echando una siesta?

—Porque no tengo tres años.

—Estás agotada, Dunbrook.

—Tengo trabajo que quiero terminar.

—Si estuvieras trabajando en el horario o los informes, no habrías tenido tanta prisa para cerrar el archivo antes de que yo lo viera.

—Tengo asuntos personales que no tienen nada que ver contigo. —Pensó en la cronología que había elaborado y en la total implicación de Jake en ella—. O debería tenerlos.

—Estás muy cansada, ¿verdad, cariño?

A Callie le bajó el estómago hasta las rodillas al oír el suave tono de su voz.

—No seas bueno conmigo. Me vuelve loca. No sé qué hacer cuando eres bueno conmigo.

—Ya lo sé. —Se inclinó para rozarle los labios con los suyos—. No sé por qué no se me había ocurrido antes.

Callie se volvió y abrió otra vez el archivo.

—Es sólo una cronología, intento establecer una pauta. Adelante. —Se levantó para que se sentara en su silla—. Los momentos altos y bajos de mi vida.

Mientras él leía, Callie se echó sobre el saco de dormir.

—¿Te enrollaste con Aiken? ¿El sórdido egiptólogo? ¿En qué estabas pensando?

—Mejor que lo dejes o empiezo a hacer comentarios sobre todas las mujeres con las que te has enrollado tú.

—No conoces a todas las mujeres con las que me he enrollado. Has olvidado algunos sucesos en este informe.

—No es verdad.

—Has olvidado la conferencia en París en mayo de 2000. Y el día que nos escapamos y nos sentamos en la terraza de un café, bebiendo vino. Llevabas un vestido azul. Empezó a llover, sólo un poco. Volvimos andando al

hotel bajo la lluvia, subimos a la habitación e hicimos el amor. Con las ventanas abiertas para poder oír la lluvia.

No lo había olvidado. Lo recordaba tan bien, tan claramente, que oírsele contar le dolió.

—No es un dato relevante.

—Fue uno de los días más importantes de mi vida. Entonces no lo sabía. Eso es lo complicado de la vida. A menudo no te das cuenta de lo que es importante hasta que ha pasado. ¿Todavía tienes ese vestido?

Callie se volvió de lado, apoyó la cara en una mano y lo miró. No se había cortado el pelo desde que habían empezado a excavar. Siempre le había gustado cuando llevaba el pelo un poco largo.

—En alguna parte estará.

—Me gustaría volver a vértelo puesto.

—Antes nunca te fijabas en lo que me ponía.

—No lo había mencionado nunca. Un descuido.

—¿Qué haces? —preguntó Callie cuando él empezó a teclear.

—Añado mayo de 2000, París, a tu cronología. Me enviaré este archivo a mi ordenador. Lo descargaré más tarde y haré pruebas.

—Bueno, magnífico. Haz lo que te dé la gana.

—Debes de sentirte fatal. Nunca me habías dicho que hiciera lo que me diera la gana.

¿Por qué tenía ganas de llorar? ¿Por qué demonios tenía ganas de llorar?

—Siempre lo hacías de todos modos.

Jake se mandó el archivo a su dirección de correo, se levantó y se acercó a ella.

—Eso pensabas tú. —Se sentó a su lado y le acarició el hombro con los dedos—. Aquel día, en Colorado, no quería marcharme.

«Sí, claro», pensó Callie con amargura. Era por eso por lo que tenía ganas de llorar.

—Entonces, ¿por qué te marchaste?

—Dejaste claro que eso era lo que querías. Dijiste que cada minuto que habías pasado conmigo había sido un error. Que el matrimonio era una broma de mal gusto y que, si no dimitía del proyecto y me iba, te irías tú.

—Nos estábamos peleando.

—Dijiste que querías el divorcio.

—Sí, y tú te apuntaste rápidamente. Tú y la morena estupenda os largasteis como una bala, y recibí una solicitud de divorcio por correo dos semanas después.

—No me marché con ella.

—Entonces fue sólo una coincidencia que se marchara al mismo tiempo.

—Nunca confiaste en mí, Cal. Nunca creíste en mí, ni en nosotros tampoco.

—Te pregunté si te habías acostado con ella.

—No me lo preguntaste, me acusaste.

—No quisiste negarlo.

—No quise negarlo —aceptó él— porque era insultante. Sigue siéndolo. Si creías que iba a romper mi compromiso contigo, que fallaría a mis promesas contigo por otra mujer, entonces el matrimonio era una broma de mal gusto. No tuve nada que ver con ella. Demonios, ni siquiera recuerdo cómo se llamaba.

—Verónica. Verónica Weeks.

—Si tú lo dices —murmuró él—. No tuve nada que ver con ella —repitió—. Pero sí con nosotros.

—Quería que pelearas por mí. —Se incorporó para sentarse. Tenía sus propias heridas—. Por una vez quería que pelearas por mí en lugar de conmigo. Lo quería, Jake, para saberlo. Para saber lo que nunca me habías dicho.

—¿Qué? ¿Qué no te había dicho?

—Que me querías.

Callie no sabía si reír o llorar al ver el impacto en su expresión. Era rarísimo, pensó, verle bajar la guardia, tan desconcertado, tan asombrado.

—Qué tontería, Callie. Por supuesto que te lo dije.

—Ni una sola vez. Ni una sola vez dijiste esas palabras. «Mmm, nena, me encanta tu cuerpo» no cuenta, Graystone. «Oh, sí, yo también»: a veces me decías eso cuando yo te decía que te quería. Pero tú nunca me lo dijiste. Evidentemente no podías. Porque si algo no eres es mentiroso.

—¿Para qué iba a pedirte que te casaras conmigo si no te hubiera querido?

—No me pediste que me casara contigo. Dijiste: «Eh, Dunbrook, ¿nos vamos a Las Vegas y nos casamos?».

—Es lo mismo.

—Ni tú eres tan corto. —Cansada, se pasó las manos por el pelo—. Da igual.

Jake le cogió una mano por la muñeca y la hizo bajar.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me preguntaste directamente si te quería?

—Porque soy una chica, estúpido. —Le pegó un puñetazo en el brazo y se puso en pie—. Que excave la tierra, juegue con huesos y duerma en un saco no significa que no sea una chica.

El hecho de que ella estuviera diciendo cosas que él mismo había deducido en los últimos meses no hacía más que empeorarlo.

—Sé que eres una chica. Por el amor de Dios.

—Pues ya te lo puedes imaginar. Para ser alguien que se ha pasado la vida adulta estudiando, dando clases y analizando culturas, la condición humana y las morales sociales, no eres tan idiota.

—Deja de insultarme y déjame un minuto para pensar en esto.

—Tanto tiempo como quieras.

Se volvió y se fue hacia la puerta.

—No. —Jake no se movió, no se puso en pie ni levantó la voz. La sorpresa, porque todo en su historial indicaba que haría las tres cosas, la detuvo—. No te vayas. Acabemos al menos con esta parte sin que uno de los dos se vaya. No me lo preguntaste —siguió con calma—, porque en nuestra cultura la verbalización de las emociones es una demostración muy importante de las emociones. La comunicación libre entre compañeros es esencial para el desarrollo y la evolución de la relación. De haber tenido que preguntarlo, la respuesta no habría tenido ningún significado.

—Bingo, profesor.

—Porque no te lo decía, creíste que me acostaba con otras.

—Tenías un largo historial, Jake *el Ligón*.

—Maldita sea, Callie. —Había pocas cosas que detestara más que oír aquel apodo concreto. Y ella lo sabía—. Los dos hemos tenido líos.

—¿Qué iba a impedir que siguieras teniéndolos? —contraatacó ella—. Te gustan las mujeres.

—Me gustan las mujeres —aceptó él, y se puso de pie—. Te quería a ti.

A Callie le temblaban los labios.

—Vaya cosa para decírmela ahora.

—No tengo ninguna oportunidad, ¿verdad? Hay otra cosa que debería haberte dicho hace mucho tiempo. Nunca te fui infiel. Y que me acusaras de ello... me dolió, Callie. Me enfadé porque prefiero estar enfadado que dolido.

—¿No te acostaste con ella?

—Ni con ella ni con ninguna. No hubo nadie más que tú, desde el primer minuto que te vi.

Callie tuvo que volverse. Se había convencido de que él le había sido infiel. Era de la única forma que podía soportar estar separada de él. Lo único que le había impedido salir tras él.

—Creía que sí. Estaba convencida de que sí. —Tuvo que volver a sentarse y se limitó a deslizarse hasta el suelo apoyándose en la puerta—. Ella se encargó de que lo creyera.

—No le caías bien. Estaba celosa de ti. Sí, se me insinuó... De acuerdo, lo hizo, pero fue porque no le gustabas.

—Dejó su sujetador en nuestra habitación.

—¿Que hizo qué? Dios mío.

—Debajo de la cama —continuó Callie—. Como si lo hubiera olvidado al vestirse con prisas. La olí en la habitación cuando entré. Su perfume. Y pensé... en nuestra cama. Ha traído a esa furcia a nuestra cama. Me hizo trizas.

—No lo hice. Sólo puedo decirte que no lo hice. Ni en nuestra cama ni en ningún otro sitio. Callie, ni con ella ni con nadie, desde la primera vez que te toqué.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —repitió él—. ¿Ya está?

Callie sintió que se le escapaba una lágrima y se la secó.

—No sé qué más decir.

—¿Por qué no me lo contaste cuando sucedió?

—Porque tenía miedo. Tenía miedo de que, si te enseñaba la prueba, lo que parecía una prueba irrefutable, lo admitieras. Si hubieras dicho que sí, que habías cometido un error y no volvería a suceder, te habría perdonado. Por eso me puse furiosa —dijo con un suspiro—. Porque prefería estar furiosa a estar deprimida o asustada. Me enfadé porque si estaba enfadada podía soportarlo, podía resistirlo. Ya no sé qué hacer. No sé cómo hacerlo.

Jake se sentó frente a ella de modo que las rodillas de los dos se tocaban.

—Esta vez hemos adelantado bastante en lo de hacernos amigos.

—Supongo que sí.

—Podemos seguir intentándolo. Y yo puedo esforzarme por recordar que eres una chica mientras tú te esfuerzas en confiar en mí.

—Te creo en lo de Verónica. Es un comienzo.

Jake le cogió la mano.

—Gracias.

—Todavía quiero poder gritarte cuando lo necesite.

—Adelante. Yo todavía quiero hacer el amor contigo.

Callie sorbió por la nariz y se secó otra lágrima.

—¿Ahora mismo?

—Nunca diría que no, pero puedo esperar. ¿Sabes que nunca llegamos a hacer el viaje al oeste para visitar a mi familia, después de la boda?

—No creo que ahora sea un buen momento para irnos a Arizona.

—No.

Pero podía llevarla allí con palabras. Podía mostrarle una parte de sí mismo que antes nunca se había molestado en compartir.

—Mi padre... es un buen hombre. Silencioso, de fiar, trabajador. Mi madre es fuerte y tolerante. Son una buena pareja, una unidad sólida. —Le miró la mano y empezó a jugar con sus dedos—. No recuerdo haber oído nunca que se dijeran que se querían. Al menos no en voz alta. Tampoco recuerdo que me lo dijeran a mí. Sé que me querían, pero no hablábamos de ello. Si llamara a mis padres y les dijera que los quiero, se sentirían incómodos. Todos nos sentiríamos incómodos.

Callie nunca había pensado que las dos palabras más básicas del lenguaje humano pudieran incomodar a nadie.

—¿Nunca se lo has dicho a nadie?

—No lo había pensado, pero no, creo que no. Si estás segura de que «me encanta tu cuerpo» no cuenta.

—No cuenta. —Callie sintió una oleada de inesperada ternura y se apartó el pelo de la cara—. Nunca nos contamos mucho de las respectivas familias. Aunque tú estás recibiendo un curso acelerado sobre la mía estos

días.

—Me gusta tu familia. Ambas.

Callie apoyó la cabeza contra la puerta.

—En casa siempre hablábamos de sentimientos. Lo que sentíamos y por qué lo sentíamos. No creo que pasara un solo día sin que oyera a mis padres decirse que se querían, o que me querían a mí. Carlyle hizo un trabajo mejor de lo que creía conectando a los Cullen con los Dunbrook.

—¿Qué quieres decir?

—Grandes emociones verbalizadas. Te lo enseñaré.

Se levantó y sacó la caja de zapatos de su mochila.

—Ya las he leído todas. Cogeré una al azar.

Eligió una y volvió a sentarse en el suelo.

—Adelante —dijo—. Léela. Te demostraré lo que te he dicho. Cualquiera de ellas serviría.

Jake abrió el sobre y desplegó la carta.

Querida Jessica:

Feliz cumpleaños en los dulces dieciséis. Hoy debes de estar muy emocionada. Los dieciséis son un cumpleaños muy importante, sobre todo para una chica. Ahora ya una mujer, lo sé. Mi niña ya es una mujer.

Eres preciosa, eso también lo sé.

Miro a las jóvenes de tu edad y pienso, oh, qué bonitas y encantadoras son. Cuan apasionante es para ellas estar al borde de tantos cambios. Y cuan frustrante y difícil.

Tantas emociones, tantas necesidades y dudas. Tantas cosas nuevas. Pienso en lo que me gustaría decirte. Las charlas que tendríamos sobre tu vida y por dónde quieres que vaya. Los chicos que te gustan y las citas que has tenido.

Sé que discutiríamos. Las madres y las hijas están destinadas a discutir. Daría lo que fuera para poder pelearme contigo y que salieras del salón dando un portazo. Que te encerraras en tu habitación y pusieras la música alta para hacerme enfadar.

Daría lo que fuera por vivirlo.

Pienso en cómo iríamos de compras y gastaríamos demasiado dinero, y almorzaríamos solas en alguna parte.

Me pregunto si estarías orgullosa de mí. Espero que sí. Imagínate a Suzanne Cullen como mujer de negocios. Todavía me asombra, pero confío en que te haría sentir orgullosa que tenga una empresa propia y con éxito.

Me pregunto si habrás visto mi foto en una revista mientras esperas en el dentista o en la peluquería. Pienso en ti abriendo una de mis bolsas de galletas y qué variedad te gustará más.

Intento no afligirme, pero es difícil, es tan difícil pensar que estás haciendo esas cosas y no sabrás nunca quién soy. No sabrás nunca cuánto te quiero.

Todos los días y todas las noches, Jessie, estás en mis pensamientos, en mis plegarias, en mis sueños. Te echo de menos.

Te quiere,

MAMÁ

—Esto es difícil para ti. No puedo imaginarme cuánto. —Jake bajó la carta y la miró—. Me he concentrado en pautas y fechas, hechos y conexiones. Y tiendo a olvidar cómo te hace sentir esto.

—¿Qué año era?

—Tenías dieciséis años.

—Dieciséis años. Ella no sabía cómo era, no con certeza. No sabía en qué me había convertido, qué había hecho ni dónde estaba. Pero me quería. No sólo al bebé que había perdido, sino a la persona que yo era. Daba igual. Me quería de todos modos, lo suficiente para escribir eso. Lo suficiente para dármelo, para darme todas esas cartas y que yo supiera que era querida.

—Sabiendo que tú no puedes quererla a ella.

—Sabiendo que no puedo quererla —asintió Callie—. No de esta manera. Porque tengo una madre que hizo todas esas cosas que Suzanne escribió que quería hacer conmigo. Tenía una madre que me dijo que me quería, que me lo demostró. Una madre con la que fui de compras, con la que discutí y de la que pensaba que era demasiado estricta o tonta, y todas las cosas que las adolescentes piensan de sus madres. —Meneó la cabeza—. Lo que quiero decir es que mi madre podría haber escrito eso. Vivian Dunbrook podría haberme escrito una carta así. Esas emociones, esas necesidades, esa bondad, están en las dos.

»Ya tengo algunas respuestas. Sé de dónde procedo. Sé que tuve la suerte de tener una herencia y un entorno que me permitieron ser lo que soy. Sé que tengo dos parejas de padres, aunque sólo pueda amar a una sin restricciones. Y sé que puedo superarlo. Superar el torbellino emocional, la ansiedad, el descubrimiento de unos hechos que nos llevan a otros. Porque la cronología no está terminada hasta que pueda dar a la mujer que escribió esa carta el resto de respuestas.

Lana sabía que había mujeres que trabajaban fuera de casa sin problemas. Dirigían empresas, creaban imperios y criaban a hijos felices, sanos y concienciados que iban a Harvard a graduarse cum laude o se convertían en concertistas de piano de fama mundial. O las dos cosas.

Esas mujeres hacían todas esas cosas mientras cocinaban comidas exquisitas, amueblaban la casa con antigüedades italianas, concedían entrevistas inteligentes e ingeniosas a la revista *Money* y a *People*, mantenían un estupendo matrimonio con una activa y envidiable vida sexual y nunca sobrepasaban ni cien gramos su peso ideal. Daban cenas elegantes e íntimas, pertenecían a las juntas de varias organizaciones de beneficencia y eran elegidas por unanimidad presidentas de la asociación de padres.

Sabía que esas mujeres existían. De haber tenido un arma, las habría buscado a todas, una por una, y las habría matado como perros rabiosos por el bien de la humanidad.

Ella seguía vestida con los pantalones cortos y la camiseta con que había dormido, cojeaba por la herida que se había hecho en el pie al pisar un muñeco de Anakin Skywalker mientras perseguía al perro, que había decidido que las sandalias nuevas de Lana eran más apetitosas que su hueso, y había acabado discutiendo durante veinte minutos con el fontanero que parecía creer que ella estaba dispuesta a esperar unos días a que le arreglara el váter.

Ty se había manchado con mantequilla de cacahuete, y también al perro y el suelo de la cocina, y había ahogado a varios malvados de Star Wars en la taza del váter; de ahí la llamada al fontanero. Y todavía no eran las nueve.

Quería tomar una taza de café con tranquilidad, sus bonitas sandalias nuevas y una oficina organizada fuera de su casa.

Encima, en parte, era culpa suya. Ella había decidido que no valía la pena mandar a Ty con la canguro si se quedaba a trabajar en casa. Había sido ella la generosa y comprensiva cuando su secretaria le había pedido una semana de vacaciones para visitar a su hija en Columbus.

Ella había sido la que había decidido que podía hacerlo todo.

Ahora su hijo estaba arriba enfadado porque ella le había gritado. Su perro le tenía miedo por la misma razón. El fontanero estaba enfadado con ella —y todos saben lo que significa eso— y aún no había logrado hacer nada más positivo que encender el ordenador.

Era un fracaso como madre, como profesional, como propietaria de un perro. Le dolía el pie y no podía culpar a nadie más que a sí misma.

Cuando sonó el teléfono, pensó seriamente en esconder la cabeza entre los brazos. Si alguien creía que era capaz de resolver sus problemas, quedaría amargamente desilusionado.

Pero respiró hondo y lo descolgó.

—Buenos días, Lana Campbell.

Doug llamó a la puerta pero enseguida decidió que era dudoso que pudieran oírlo dado el estruendo que salía de la casa de Lana. Con cuidado, abrió la puerta y metió la cabeza.

El perro ladraba como enloquecido, el teléfono sonaba, algo explotaba en el televisor de la sala y Tyler chillaba.

Oyó la voz frustrada de Lana, al borde de la estridencia, intentando hacerse oír por encima del estruendo.

—Tyler Mark Campbell, te ordeno que dejes de gritar ahora mismo.

—Quiero ir a casa de Brock. Ya no te quiero. Quiero vivir con Brock.

—No puedes ir a casa de Brock porque no tengo tiempo para llevarte. Y yo tampoco te quiero mucho ahora mismo, pero te quedas conmigo a la fuerza. Sube a tu habitación y no bajes hasta que puedas comportarte como un ser humano civilizado. ¡Y apaga el televisor!

Doug estuvo a punto de darse la vuelta. En vista del panorama, nadie iba a notar si volvía al coche y se largaba envuelto en el polvo de la cobardía.

No era asunto suyo, se recordó. La vida ya tenía bastantes complicaciones y conflictos sin tener que buscarse más voluntariamente.

—Eres mala conmigo —sollozó Tyler, con una voz tan estridente que incitó al perro a apuntarse con un agudo aullido—. Si tuviera un papá no serías mala conmigo. Quiero a mi papá y a ti no.

—Oh, Ty, yo también quiero a tu papá.

Suponía que había sido eso, el lastimero sollozo del niño y la absoluta tristeza en la voz de Lana, lo que le hizo entrar en lugar de salir.

De todos modos, primero optó por la negación y entró con una sonrisa relajada y un tono de voz alegre.

—Eh, ¿qué pasa aquí?

Lana se volvió. Él nunca la había visto tan poco arreglada, pensó. Incluso después de hacer el amor se las ingeniaba para estar perfecta.

Ahora tenía el pelo en punta, los ojos húmedos y un poco crispados. Iba descalza y tenía manchas de café en la parte delantera de la camiseta de «Mejor mamá del mundo» que llevaba.

Avergonzada, Lana se ruborizó incluso mientras levantaba las manos en un gesto de disculpa.

A Doug le había atraído la abogada elegante y organizada. Se había dejado seducir por la mujer segura y afectuosa. Le había intrigado la madre viuda que parecía jugar con todas las pelotas sin esfuerzo.

Y para su gran sorpresa, se enamoró de aquella mujer desaliñada, frustrada e infeliz, con juguetes esparcidos a sus pies.

—Lo siento. —Se esforzó por esbozar algo parecido a una sonrisa—. Estamos en plena algarabía. No creo que sea un buen momento...

—Nos ha gritado. —Buscando simpatía, Ty se acercó corriendo a Doug y le abrazó las piernas—. Ha dicho que éramos malos.

Doug levantó a Ty en brazos.

—Algo hiciste, ¿verdad?

Los labios de Ty temblaban. Negó con la cabeza y escondió la cara en el hombro de Doug.

—Me ha pegado en el culo.

—Tyler.

Lana imaginó que si se la tragaba la tierra moriría aplastada por los juguetes que le caerían encima.

—¿Cómo es eso?

Doug dio una palmadita al culo en cuestión.

—Doug. —Lana resistió la tentación de tirarse de los pelos.

—No lo sé. Es mala. ¿Puedo ir a tu casa?

—No, no puedes ir a ningún sitio, jovencito, que no sea tu habitación.

Pálida, Lana se acercó para arrancarle a Tyler, pero el niño se pegó a Doug como un mono a una rama.

—¿Por qué no contestas al teléfono? —propuso Doug, señalando el estridente aparato con la cabeza—. Calmémonos un minuto.

—No quiero que tú... —«Estés aquí. Veas esto. Me veas»—. Bueno. —Cambió de idea y se fue dando zancadas hacia el teléfono.

Doug apagó el televisor y, todavía con Ty en brazos, abrió la puerta y silbó para llamar al perro.

—Una mala mañana, ¿verdad, chico?

—Mamá me ha pegado en el culo. Me pegó con la mano. Tres veces.

—Mi madre me pegaba de vez en cuando. No me dolía en el culo. Me dolía dentro. Creo que tú querías que a ella también le doliera cuando le has dicho que ya no la querías.

—No la quiero cuando es mala.

—¿Es mala a menudo?

—No. Pero hoy sí. —Ty levantó la cabeza y lanzó una mirada que logró ser suplicante, esperanzada e inocente a la vez—. ¿Puedo ir a vivir contigo hoy?

«Demonios —pensó Doug—, vaya panorama.» Había que ser mucho más duro que Douglas Edward Cullen para no quererlo.

—Si lo hicieras, tu madre estaría muy sola.

—Ya no me quiere porque los hombres malos atascaron el váter y se desbordó, y porque nos ensuciamos de mantequilla de cacahuete y su zapato también. —Le saltaron las lágrimas—. Pero no queríamos hacerlo.

—Menudo día. —Sin poder contenerse, Doug le dio un beso en las mejillas húmedas y calientes—. Si no querías hacerlo, seguro que estás arrepentido. Creo que deberías decirle que lo sientes.

—No le importará porque dijo que éramos un par de paganos. —Ty

abrió mucho los ojos, interesado—. ¿Qué son paganos?

—Vaya.

¿Cómo podía resistirse alguien a tanta ingenuidad? Toda su vida había hecho su camino solo y estaba contento de estarlo. Ahora estaba aquella mujer, su hijo y aquel perro tonto. Y todos le habían robado el corazón.

—Es alguien que no se porta bien. Me parece que tú y *Elmer* no os habéis portado bien. Tu madre tenía que trabajar.

—La mamá de Brock no trabaja.

Fue como un eco de su propia voz. Los pensamientos de su infancia, cuando se quejaba y se ponía de mal humor porque su madre estaba demasiado ocupada para dedicarle toda su atención.

«¿Estás demasiado ocupada para mí? Pues yo también estaré demasiado ocupado para ti.» Menuda estupidez.

«Muy bonito —pensó—, que una rabieta de un niño de cuatro años provoque sensación de culpabilidad a un hombre de más de treinta.»

—La mamá de Brock no es tu madre. Nadie es más especial que tu propia madre. Nadie en el mundo. —Abrazó fuerte a Ty, acariciándole el pelo, mientras *Elmer* pegaba saltos con un palo en la boca, manifestando su disposición a jugar—. Cuando haces algo mal, tienes que estar dispuesto a corregirlo. —Dejó a Ty en el suelo y complació a *Elmer* lanzándole el palo—. Estoy seguro de que esto es lo que te diría tu padre.

—No tengo padre. Se fue al cielo y no puede volver.

—Es una pena. —Doug se acucilló—. Es una pena muy grande. Pero tienes una madre estupenda. Lo dice en su camiseta.

—Está enfadada conmigo. La abuela me ayudó a comprar la camiseta por el cumpleaños de mamá, y *Elmer* ha saltado y le ha tirado café encima. Y cuando lo hizo, ella dijo una palabrota. La palabra con «M». —Recordarlo le hizo poner morros otra vez—. Lo dijo dos veces. Muy fuerte.

—Uau. Debió de enfadarse mucho. Pero eso se puede arreglar. ¿Quieres que lo arreglemos?

Ty sorbió por la nariz y se la secó con el revés de la mano.

—Vale.

Lana terminó de hablar por teléfono y estaba a punto de apoyar la cabeza en la mesa un minuto, un minuto de calma, cuando oyó que se abría la puerta.

Se levantó, intentó arreglarse el pelo y recuperar cierta serenidad.

Entonces entró Tyler con un ramillete descuidado de rudbeckias.

—Lo siento, me he portado mal y he dicho cosas feas. No estés enfadada conmigo.

—Oh, Ty. —Llorosa, Lana se puso de rodillas para abrazarlo—. Ya no estoy enfadada. Siento haberte pegado. Siento haberte gritado. Te quiero mucho. Te quiero más que a nada en el mundo.

—He cogido flores para ti porque te gustan.

—Es verdad. Me gustan mucho. —Se apartó un poco—. Las pondré sobre mi mesa y así las veré mientras trabajo. Luego llamaré a ver si puedes

ir un rato a casa de Brock.

—No quiero ir a casa de Brock. Quiero quedarme y ayudarte. Recogeré mis juguetes como me habías dicho.

—¿Lo harás?

—Sí. Y no volveré a matar a los malos tirándolos al váter.

—Bien. —Le dio un beso en la frente—. Está bien. Recoge tus cosas y luego te pondré un vídeo de *La guerra de las galaxias*.

—¡Qué bien! ¡Vamos, Elmer!

Salió corriendo seguido del perro.

Lana volvió a tirarse del pelo, decidió que era inútil, y se puso en pie. Aunque el teléfono empezó a sonar de nuevo, no le hizo caso y entró en la cocina, donde Doug tomaba un café.

—Imagino que ha sido una experiencia educativa. Siento que te hayas encontrado con este jaleo.

—¿Quieres decir que me haya encontrado con esta normalidad?

—Esto no es lo habitual en casa.

—No por eso es menos normal. —Pensó otra vez en su madre, con un poco de vergüenza—. Cuando una sola persona tiene que aguantar todas las cuerdas, alguna se le suelta de vez en cuando.

—Y que lo digas. —Buscó un jarroncito verde en un armario—. Pero es culpa mía. ¿Para qué mandar a Ty con la canguro cuando puede quedarse conmigo? Soy su madre, ¿o no? Qué más da que esté trabajando y que mi secretaria esté de vacaciones. Y cuando las cosas se complican, la tomo con el niño y su perro tonto.

—Diría que el niño y el perro tonto desempeñaron un papel importante. —Cogió una sandalia destrozada de la barra y la mostró—. ¿Cuál de los dos la ha mordido?

Lana suspiró y llenó el jarrón con agua.

—Ni siquiera las había estrenado. El maldito perro las sacó de la caja mientras yo intentaba frenar la inundación del baño.

—Deberías haber llamado al fontanero. —Se rió cuando vio que lo miraba apretando los dientes—. Oh, veo que sí le llamaste. Le echaré un vistazo.

—No es trabajo tuyo arreglarme el váter.

—Así no tienes que pagarme.

—Doug, te lo agradezco, de verdad. Te agradezco que sacaras a Ty de la línea de fuego hasta que se calmó, y que lo ayudaras a recoger las flores, y que te ofrezcas a hacer de fontanero de urgencia, pero...

—No quieres que nadie te ayude.

—No, no es eso. Por supuesto que no. No salgo contigo para que te encargues de la fontanería y otras crisis domésticas. No quiero que pienses que espero que hagas esas cosas porque salimos juntos.

—¿Qué te parece si empiezas a suponer que hago esas cosas porque estoy enamorado de ti?

El jarrón le resbaló de las manos y golpeó contra la barra.

—¿Qué? ¿Qué?

—Me ha sucedido hace quince minutos, cuando entré y te vi.

—Me viste. —Estupefacta, se miró de arriba abajo—. ¿Me viste así?

—No eres perfecta. Casi, pero no eres totalmente perfecta. Es un gran alivio para mí. Intimida pensar en estar con alguien a largo plazo, que es algo que no he intentado con nadie, dicho sea de paso, si ella es absolutamente perfecta. Pero si se derrama café encima, no tiene tiempo de cepillarse el pelo y grita a su hijo cuando se lo merece, vale la pena pensárselo.

—No sé qué decir. —«Ni qué decir, ni qué hacer»—. No estoy...

—Preparada —terminó él—. Pues dime dónde está el desatascador e intentaré arreglarlo.

—Es que..., ah... —Señaló hacia arriba con la mano—. Ya está arriba. Yo... no he podido... Doug.

—Me gusta. Me gusta que tartamudees. —Le cogió la barbilla y la besó—. Me gusta que estés un poco asustada. Así tendré tiempo de pensar cómo manejar esto.

Lana logró hacer un gesto indefenso mientras en su estómago se agitaban murciélagos.

—Ya me lo dirás cuando lo sepas.

—Serás la primera en enterarte.

Cuando Doug salió, Lana se apoyó en la barra. Volvió a mirarse de arriba abajo.

Se había enamorado de ella por las manchas de café y el pelo desordenado. Dios mío, pensó con un vuelco del corazón, tenía problemas.

Esta vez, cuando el teléfono sonó, lo descolgó distraídamente.

—Diga. Sí. —Parpadeó—. Es la oficina de Lana Campbell. ¿En qué puedo ayudarlo?

Unos minutos después subió corriendo al baño, donde estaban Doug, Ty y el perro.

—Fuera. Todos fuera. Tengo que ducharme. Doug, olvida todo lo que te he dicho de no pedirte nada o no esperar nada porque estoy a punto de aprovecharme de ti.

Doug miró a Ty y luego a ella.

—¿Delante de testigos?

—Ja, ja. Por favor, te lo suplico, llévate a Ty abajo, recoge todo lo que te parezca que no debe estar en la casa o la oficina de una buena abogada. Mételo en un armario. Ya lo arreglaré después. Saca al perro. Ty, tú irás a casa de Brock por fin.

—Pero yo no quiero...

—Venga, compañero. —Doug empezó la recogida con Ty—. Tendremos una charla de hombre a hombre sobre lo inútil de discutir con una mujer cuando tiene cierta expresión en la mirada.

—Bajaré dentro de veinte minutos.

Lana cerró la puerta de golpe y se desnudó.

Estaba saliendo de la ducha cuando Doug llamó brevemente a la puerta y entró.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Por Dios; estoy desnuda, Ty...

—Está abajo recogiendo juguetes. Y como pienso estar aquí bastante a menudo, más vale que te acostumbres a que te vea desnuda. ¿Qué mosca te ha picado, Lana?

—Richard Carlyle. —Cogió una toalla, se envolvió el cuerpo con ella, salió y fue al dormitorio—. Ha llamado desde el aeropuerto. Desde Dulles. Quiere que nos veamos. Maldita sea, no he recogido el traje azul de Escada de la tintorería.

—¿Va a venir aquí?

—Sí, llegará a mediodía. Tengo que arreglarme para parecer una profesional serena y compuesta en lugar de una loca de atar. Tengo que llamar a Callie y repasar las notas. —Se puso un sujetador y unas bragas—. Tengo que estar segura de que tengo la información importante en la cabeza y en la punta de los dedos.

Sacó un traje gris de rayas pero lo volvió a guardar.

—No, parecerá que me esfuerzo demasiado. Ya que trabajo temporalmente en casa, mejor algo más relajado, pero que sea... ¡Ah!

Cogió un traje chaqueta azul pizarra.

—Éste irá bien. Tengo que llamar a Jo, la madre de Brock, y preguntarle si puede encargarse de Ty un par de horas. Luego te pediré a ti que lo lleves.

Tiró el traje sobre la cama, sacó el móvil y ya estaba marcando mientras se metía en el baño otra vez para secarse el pelo.

—Lo llevaré, pero volveré. Pienso participar en la reunión.

—Eso no lo decido yo. Lo decide Callie.

—No, lo decido yo —corrigió Doug, y salió.

Estaba serena y arreglada cuando hizo pasar a Callie y a Jake a la sala.

—Creo que es mejor recibirlo aquí. El despacho que tengo arriba es muy pequeño y aquí puede que se sienta más relajado y tranquilo.

—Sírvete té y galletas.

—Callie. —Lana le puso una mano en el brazo—. Sé que no te cae bien y que crees que esconde algo. Pero necesitamos que esté de nuestro bando, o al menos no enfrentado con nosotros, si queremos que nos ayude a encontrar a su padre. Las demás vías que hemos probado han llegado a un punto muerto.

—Una persona no desaparece de la faz de la tierra.

—Estoy de acuerdo. Y estoy segura de que acabaremos por encontrarlo si seguimos buscando. Pero con la ayuda de Richard Carlyle, lo encontraremos antes.

—¿Para qué iba a ayudarme a encontrar a su padre, cuando mi intención es meter a ese hijo de puta en la cárcel para el resto de su vida?

—Probablemente no sea buena idea plantearlo así. —Jake se sentó y estiró las piernas—. Ni llamarle hijo de puta cuando hables con su hijo. —Jake encogió un hombro ante la mirada fulminante que lanzó Callie en su dirección—. Es sólo mi opinión.

—Y la mía. Siéntate, Callie. —Lana indicó un sillón—. Por mucha hostilidad que sientas, no nos servirá de nada apartar a Richard Carlyle. Puede que él y su padre estén distanciados, pero siguen siendo padre e hijo. La verdad es que me preocupa que seamos tantos en la reunión. Carlyle me pidió verme a mí y a mi cliente. No creo que le haga gracia encontrarse tan en minoría.

—Será su problema.

Jake hizo un gesto con la cabeza a Doug. Éste dobló los brazos y no se movió.

—Yo no me muevo. Si Carlyle no se siente cómodo, lo siento. Mi familia se siente incómoda desde hace treinta años.

—Y si tú lo haces responsable de los pecados del padre, es probable que nos mande a paseo. —Pero Lana sabía que se daba de cabeza contra la pared—. No os diré que os marchéis, pero tengo que insistir en que me dejéis dirigir la reunión. Ha venido desde Atlanta. Ha venido a tu terreno —dijo dirigiéndose a Callie—. Dale una oportunidad.

—Le daré todas las oportunidades que quiera cuando nos diga dónde está el hijo de puta de su padre. Sólo me estoy desahogando.

Sonrió ferozmente a Jake.

Al oír un coche en el camino, Lana se acercó a la ventana y apartó la cortina.

—Diría que es nuestro hombre. Doug, por favor, siéntate y deja de poner esa cara de pocos amigos.

—De acuerdo.

Fue al sofá y se sentó al otro lado de Callie.

—Bien. —Callie dio un codazo a Jake y a Doug—. Tengo sujetalibros. Dejadme respirar un poco. Creo que ya se me ha pasado la edad en que pueden secuestrarme y ponerme a la venta.

—Deja de pinchar —dijo Doug de buen humor—. Esto es lo que se llama una demostración de solidaridad.

—Sí, la niña de cincuenta y cuatro kilos, su hermano hace tiempo perdido y su ex marido. Menudo numerito.

Jake le pasó un brazo por detrás, por los hombros.

—Yo me estoy divirtiendo.

Lana abrió la puerta. Su voz era educadamente fría.

—¿Señor Carlyle? Soy Lana Campbell. —Le ofreció una mano—. Le agradezco que haya venido hasta aquí para hablar con nosotros. Por favor, pase. No tenga en cuenta la informalidad. Mi oficina se incendió recientemente y estoy trabajando provisionalmente en casa. Creo que ya conoce a la doctora

Dunbrook y al doctor Graystone.

A Callie le pareció considerablemente fatigado. Más de lo debido para un corto vuelo. Además, agarraba con fuerza el asa de su maletín.

—Le presento a Douglas Cullen —empezó Lana.

—No le dije que quisiera hablar con nadie de la familia Cullen. —Deliberadamente, Richard dio la espalda a Doug y se dirigió a Lana—. Le pedí concretamente una reunión con usted y su cliente. Si no estaba de acuerdo, debería haberme ahorrado tiempo y molestias diciéndomelo.

—Como representante de la familia Cullen, la presencia del señor Cullen no sólo es lógica sino razonable. Mi cliente, por supuesto, referirá cualquier cosa que se diga en esta reunión a los Cullen.

Lana habló con serenidad y sin ceder un centímetro.

—Teniendo al señor Cullen presente nos ahorraremos problemas de mala comunicación. Estoy segura de que no ha venido de tan lejos para poner objeciones a la inclusión de uno de los miembros de la familia biológica de la doctora Dunbrook. Usted convocó la reunión, señor Carlyle. Estoy segura de que es un hombre ocupado y que por lo tanto tuvo buenas razones para hacer este viaje.

—Un viaje muy inconveniente. Que quede claro que no permitiré que me interroguen.

—Si toma asiento, le traeré un café, o ¿prefiere algo frío?

—No me quedará tanto rato. —Pero se sentó frente al sofá—. La doctora Dunbrook y su socio lograron entrar en mi despacho con pretensiones de una relación familiar.

—Usted dedujo lo de la relación familiar —corrigió Callie—. Dijimos que teníamos una relación con su padre. Teniendo en cuenta que ganó mucho dinero vendiéndome, esa relación es cierta.

—Esa clase de acusaciones son difamatorias. Si su abogada no la ha avisado, es que es una incompetente. Revisé los documentos que me dejó en el despacho. Si bien es verdad que los documentos de la adopción por parte de Elliot y Vivían Dunbrook de una niña no se registraron como es debido...

—Eran fraudulentos.

—No se registraron como es debido. Como puede decirle su abogada, estos descuidos pueden achacarse a veces a los juzgados, a un funcionario, un socio o una secretaria.

—No estoy de acuerdo —Lana tomó asiento—, en tanto que la petición de adopción y la sentencia final estaban firmadas por las dos partes y llevaban lo que parecía un sello del juzgado falsificado. Y tampoco estaban registradas con el certificado correcto.

—Algún funcionario sobrecargado de trabajo y mal pagado será el responsable.

—El intercambio, y el pago por la niña, se realizaron en la oficina de su padre, señor Carlyle. En presencia de su padre.

—Durante el ejercicio de mi padre, éste entregó a muchos bebés en adopción. Y como sucede en todos los gabinetes con muchos negocios, trabajaba mucha gente en todos los casos. Mi padre era un abogado muy

respetable, sea como sea personalmente. Acusarlo de haber tomado parte en esa atroz venta de bebés es ridículo. No permitiré que se mancille su reputación y, por asociación, la mía. No permitiré que perjudiquen a mi esposa y a mis hijos con los cotilleos.

—No nos está diciendo nada que no nos dijera antes en Atlanta. —Como vio que Callie se estaba irritando, Jake utilizó la mano que tenía detrás del sofá para ejercer una presión tranquilizadora en su hombro—. No me parece la clase de hombre que pierde el tiempo en repetirse.

—Si me permite repetirme, simpatizo con su situación, doctora Dunbrook, señor Cullen. Por mi propia verificación de los documentos y artículos que me dejó sé que su situación es muy real y muy trágica. Pero aunque creyera que mi padre estuvo implicado, que no es el caso, no podría ayudarlos.

—Si está tan seguro de que no tuvo nada que ver, ¿por qué no se lo pregunta? —inquirió Callie—. ¿Por qué no le enseña los documentos y le pide una explicación?

—Me temo que eso no será posible. Está muerto. Mi padre murió hace diez días. En su casa de Grand Cayman. Acabo de volver de allí, de su funeral y de ayudar a su actual esposa con las disposiciones de su testamento.

Callie sintió que se le hundía la tierra.

—¿Tenemos que aceptar su palabra de que ha muerto? ¿Así de sencillo?

—No tanto. Hacía tiempo que estaba enfermo. Pero no, no espero que crean en mi palabra. —Abrió el maletín y sacó una carpeta—. Tengo copias de los informes médicos, el certificado de defunción y su obituario. —Mirando a Callie, pasó los documentos a Lana—. Los puede verificar con facilidad.

—Nos dijo que no sabía dónde estaba. Si nos mintió entonces, ésta podría ser otra maniobra para protegerlo.

—No les mentí. Hacía años que no veía a mi padre. Trataba de manera lamentable a mi madre. Y por lo que he sabido, repitió lo mismo con su segunda esposa. ¿O era la tercera? No lo sé. Sabía que era posible que estuviera en las Cayman o en Cerdeña. Compró propiedades en ambos lugares a nombre de alguna de sus muchas amantes hace muchos años. Pero no consideré que tuviera ninguna obligación de transmitirle esta suposición. Mi obligación es proteger a mi madre, a mi esposa y a mis hijos, mi reputación y mi gabinete. Esto es exactamente lo que pienso hacer.

Carlyle se puso en pie.

—Ha terminado, doctora Dunbrook. Hiciera lo que hiciese, está muerto. No puede responder a sus preguntas, ni explicarse ni defenderse. Y no permitiré que se castigue a mi familia. No lo permitiré. Dejemos en paz a los muertos. No hace falta que me acompañe.

Jake oyó el sonido grave y lastimero del violonchelo. No supo discernir qué pieza sonaba ni de qué compositor era. Nunca había tenido oído para reconocer a los clásicos. Pero reconocía el estado de ánimo que desprendía y, en consecuencia, el de Callie.

Estaba de mal humor.

No podía culparla. En su opinión, Callie había tenido más que suficiente para un verano. Le habría gustado llevársela a alguna parte. Adonde fuera. Siempre habían sido buenos recogiendo los bártulos y largándose. A lo mejor demasiado, admitió, y se apartó del ordenador.

Nunca habían creado raíces como pareja. Y él, al menos, nunca le había dado importancia. Entonces no, reflexionó paseando por la habitación. Entonces todo giraba en torno al presente. Por mucho esfuerzo que dedicaran a indagar en el pasado de los demás, su propia relación se sustentaba en el momento presente.

Apenas habían hablado de su pasado y no habían pensado nunca en su futuro. Pero Jake había tenido muchísimo tiempo para pensar en ambos durante el último año. La conclusión a la que había llegado era que quería muchos mañanas con Callie. Una forma de hacerlo era desnudar sus respectivos pasados y construir un ahora en lugar de dejarse llevar por él.

Un buen plan, creía. Hasta que el pasado de ella la había atrapado y se la había tragado.

Aquello no había forma de esquivarlo. No podían coger la mochila y jugar a los nómadas. Tenían que quedarse los dos.

Fue a la cocina, donde Dory trabajaba en la mesa.

—Hoy hemos encontrado cosas increíbles. El mango de hacha que ha desenterrado Matt era asombroso —comentó.

—Sí, muy buen hallazgo.

Abrió la nevera y estuvo a punto de coger una cerveza, pero se decidió por el vino.

—Estoy coordinando las notas de Bill. Creí que alguien tenía que hacerlo.

—No es necesario que lo hagas tú, Dory. Puedo encargarme yo.

—No, quiero hacerlo... si te parece bien. No era muy simpática con él. Le tomaba el pelo a veces... A menudo —se corrigió—. Por la manera como trotaba detrás de Callie. Me sentí..., me sentí muy mal cuando murió.

—No lo hacías con mala intención —contestó él.

—Normalmente no hacemos nada con mala intención. Hasta que es demasiado tarde. Me burlaba de él, Jake. En su cara.

—¿Te sentirías mejor si te hubieras burlado de él a sus espaldas? —
Abrió el vino y le sirvió un vaso—. Yo tampoco le hice muy feliz.

—Lo sé. Gracias. —Cogió el vaso pero no bebió—. A ti no te culpo porque los dos ibais detrás de Callie. De formas diferentes —añadió. Miró al techo. La música era suave y distante, casi como los sonidos nocturnos que entraban susurrando por la ventana abierta—. Es muy bonito, pero muy triste.

—El violonchelo nunca es alegre, en mi opinión.

—Supongo que no. Tiene mucho talento. Pero sigue siendo raro. Una arqueóloga que arrastra un violonchelo por las excavaciones para poder tocar a Beethoven.

—Sí, ella no podía tocar la armónica como todo el mundo. No trabajas hasta tarde.

Se llevó el resto del vino y dos vasos arriba. Sabía lo que significaba cuando Callie tenía la puerta cerrada, pero hizo caso omiso de la señal y abrió sin llamar.

Estaba sentada en la única silla, mirando hacia la ventana, mientras pasaba el arco por las cuerdas. La veía de perfil, la larga línea de la mejilla a la vista y el pelo recogido.

Sus manos, pensó, siempre parecían tan delicadas, tan femeninas, cuando tocaba. Y a pesar de lo que le había dicho a Dory, echaba de menos oírla tocar.

Se acercó a la mesa y sirvió el vino.

—Vete. —No volvió la cabeza y siguió mirando hacia la noche y sacando esas notas densas e intensas de la nada—. Esto no es un concierto público.

—Descansa un poco. —Le ofreció un buen vino en un vaso barato—. Beethoven puede esperar.

—¿Cómo sabías que era Beethoven?

—No eres la única que aprecia y conoce la buena música.

—Dado que Willie Nelson es la personificación del artista en tu mundo...

—Cuidado, cariño. No insultes a los grandes o no compartiré mi bebida de adultos.

—¿Cómo es que me traes vino?

—Porque soy un hombre generoso y considerado.

—Que espera que me relaje a ver si hay suerte.

—Naturalmente, pero sigo siendo considerado.

Cogió el vaso y tomó un sorbo.

—Veo que has tirado la casa por la ventana. Es un vino excelente. —
Dejó el vaso en el suelo, inclinó la cabeza y lo miró mientras tocaba las primeras notas de *Turkey in the Straw*—. Más de tu gusto, ¿eh?

—¿Quieres hablar de las etapas culturales y sociales de la música folk y su reflejo en el arte y las costumbres tribales?

—Esta noche no, profesor. —Se inclinó a coger el vaso y volvió a beber—. Gracias por el vino. Pero vete y déjame con mi mal humor.

—Ya has excedido tu límite de mal humor por esta noche.

—Estoy en la prórroga. —Volvió a dejar el vaso—. Vete, Jake.

Como respuesta, él se sentó en el suelo, se apoyó en la pared y bebió.

La expresión de Callie fue primero de irritación, pero luego se suavizó. Colocó otra vez el arco y tocó unas notas de *Tiburón*.

—No pienso molestarte.

Callie apretó los labios y siguió tocando. Ya explotaría. Como siempre.

Jake resistió durante casi treinta segundos antes de que se le pusiera la piel de gallina. Se echó hacia delante y le pegó un manotazo en el brazo con que Callie sostenía el arco.

—Para. —Pero incluso esforzándose por no estremecerse se le escapó la risa—. Mira que eres mala.

—Ya lo creo. ¿Por qué no te vas?

—La última vez que me fui, estuve enfadado, triste y solo casi todo un año. No me gustó.

Callie tenía ganas de encoger los hombros.

—Esto no tiene que ver contigo.

—No, tiene que ver contigo. Y tú me importas.

Tocada, Callie apoyó la frente en el cuello del violonchelo.

—Dios mío, ¿qué he hecho para que oírte decir estas cosas me haga sentir estúpida?

Jake le acarició una pantorrilla.

—¿Qué hacía yo para no ser capaz de decirlas? Pero esta vez no pienso irme. Sé lo que estás pensando, lo que te está matando todo el día. El muy cabrón ha tenido la indecencia de morirse.

—Puede que Carlyle nos mienta. Puede que el certificado de defunción sea falso.

Jake no dejó de mirarla.

—Puede ser.

—Sé lo que estás pensando. ¿Qué diferencia habría? Sabe que le hemos investigado. El cabrón está muerto y nunca podré mirarlo a los ojos y decirle quién soy. Ni hacerle decir lo que quiero saber. Nunca pagaré por lo que hizo. No puedo hacer nada por evitarlo. No hay nada que yo pueda hacer.

—¿Aquí termina, pues?

—Ésta es la conclusión lógica. Carlyle está muerto. Simpson y la bruja de su mujer se han ido. Si tuviera tiempo y dinero podría contratar a un investigador o a un equipo de investigadores indefinidamente para localizarlos. Pero no puedo permitirme ese lujo.

—Aunque no puedas mirar a ese cabrón a los ojos, sabes quién eres. Por mucho que se lo hicieran pagar no cambiaría lo que os hizo a los Cullen, a tus padres y a ti. Lo que tú haces ahora, por ellos y por ti misma, es lo que cuenta.

Todo lo que estaba diciendo lo había repasado mentalmente una docena de veces.

—¿Qué voy a hacer, Jake? No puedo ser Jessica para Suzanne y Jay. No

puedo borrar la culpa que mis padres sienten por la parte que han tenido en todo esto. Lo que sí creía que podía hacer era descubrir la verdad, hacer que se juzgara al responsable.

—¿Qué verdad necesitas?

—La misma de siempre. Toda. ¿Cuántos más hay? Como yo, como Bárbara Halloway. ¿Los busco? ¿Qué hago si los encuentro? ¿Me presento ante alguien y convierto su vida en un caos, como le ha pasado a la mía en los dos últimos meses? O me retiro y abandono. Que sigan las mentiras. Dejo en paz a los muertos.

Jake volvió a apoyarse en la pared y cogió su vino.

—¿Desde cuándo dejamos en paz a los muertos?

—Ésta podría ser la primera vez.

—¿Por qué? ¿Porque estás de mal humor y deprimida? Se te pasará. Carlyle está muerto. Eso no significa que no siga teniendo las respuestas. Tú eres casi la mejor que conozco sacando respuestas a los muertos. El mejor soy yo, por supuesto.

—Me reiría, pero estoy ocupada con mi depresión.

—Sabes dónde vivía. Descubre qué hacía allí. A quién conocía, con quién se mantenía en contacto. Cómo vivía. Explora su estratigrafía y extrapola los datos a partir de las capas.

—¿Crees que no lo he pensado? —Se levantó para guardar el violonchelo en el estuche—. Le he dado vueltas en la cabeza desde todos los ángulos desde que hemos vuelto de la excavación esta tarde. Y ninguno de esos ángulos me da una razón. Nada de lo que se me ocurre me dice de qué serviría, a nadie. Si sigo con esto, sin Carlyle como punto principal, o más bien como objetivo, sólo estoy prolongando la ansiedad de mis padres y la infelicidad de los Cullen.

—Otra vez te dejas fuera del cálculo.

«No se le escapa nada», pensó Callie.

—Yo ganaría cierta satisfacción personal con ello. Satisfacción personal e intelectual por completar el cuadro. Pero cuando lo sopeso frente al resto, no me parece que pese lo suficiente.

Se inclinó para recoger su vino.

—Han muerto dos personas, pero ahora no puedo estar segura de que estén relacionadas con esto. Ni siquiera puedo estar segura de que el incendio del despacho de Lana formara parte de ello. Por lo que sabemos, Carlyle era viejo y estaba enfermo. No hay duda de que no vino al campo de Maryland y mató a dos personas, te disparó, me dejó inconsciente y le prendió fuego a la oficina de Lana.

—Debió de ganar un montón de dinero vendiendo bebés. —Jake estudió el vaso de vino—. Suficiente para contratar a la clase de personas que matan, pegan a mujeres y prenden fuego a casas.

—No permitirás que lo deje, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué? —Dividida entre la curiosidad y la frustración, le dio una

patadita en el tobillo—. ¿Por qué quieres que me obsesione por esto?

—No quiero. Tú no dejarás de obsesionarte hasta que lo termines.

Callie le dio otra patadita, para divertirse, y luego se alejó.

—¿Desde cuándo me conoces tan bien?

—Siempre te he conocido bastante bien. Sólo que no siempre le di la prioridad necesaria a lo que conocía.

—No acabo de entender qué buscas. Ya sabes que me acostaré contigo.

—Pues ¿sabes qué? —Cogió la botella, se llenó el vaso casi hasta el borde y se bebió la mitad antes de contestar—. Quiero que seas feliz. Lo quiero más de lo que era consciente. Porque... —Se calló, bebió un buen sorbo—. Te quiero más de lo que creía.

Callie sintió el impacto, y un estremecimiento que le llegó al corazón y a las puntas de los dedos de los pies.

—¿Tienes que beberte el vino antes de decírmelo?

—Sí. No me atosigues, que soy nuevo en esto.

Callie se volvió y se agachó a su nivel.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, con un poco de vino sale mejor. Sí, lo digo de verdad.

—¿Por qué?

—Sabía que no iba a ser tan sencillo. ¿Cómo quieres que sepa por qué? Lo sé y ya está. Desde que lo sé, quiero hacerte feliz. No serás feliz hasta que resuelvas esto. O sea que me pegaré a ti y te ayudaré. Y cuando terminemos nos dedicaremos a ti y a mí.

—Y así es como están las cosas.

—Así están las cosas. —Le cogió el vaso y se lo llenó—. Ponte a mi altura —ordenó, y le metió el vaso en la mano—. Así podré meterte más fácilmente en el saco.

—Tengo una idea mejor. —Se bebió el vino y dejó el vaso—. Yo te meteré en el saco.

—Todo tienes que hacerlo a tu manera, ¿verdad? —Dejó que le cogiera la mano y tirara de él—: No seas mala conmigo.

—Claro, no te preocupes.

Y le dio un tirón a la camisa sacándosela por la cabeza.

Más tarde, echada al lado de él, con la respiración aún un poco entrecortada y la piel resbaladiza por el sudor, sonrió en la oscuridad.

—Me siento bastante feliz.

Jake le rozó la cadera y la cintura con la mano.

—Es un comienzo.

—Quiero decirte algo.

—No será que una vez fuiste un hombre, algo que he sospechado más

de una vez dada tu sana actitud hacia el sexo.

—No, y ése es un comentario muy tonto y sexista.

—Sexista sí, pero tonto no. Muchas actitudes que no se consideran políticamente correctas son en realidad realistas si tenemos en cuenta que...

—Cállate, Graystone.

—Claro, por qué no.

—Date la vuelta. No quiero que me mires.

—No te estoy mirando. Tengo los ojos cerrados. —Pero se dio la vuelta de mala gana cuando ella le pellizcó.

—Dijiste un par de veces que yo no te necesitaba. Antes. No era del todo exacto. No, no te vuelvas.

—No me necesitabas. Me lo dejabas muy claro.

—Creía que saldrías pitando si pensabas que sí. No eras famoso por la duración de tus compromisos. Y yo tampoco.

—Era diferente entre nosotros.

—Sabía que para mí era diferente. Y me asustaba. Si te vuelves, no diré una palabra más.

Maldiciendo bajito, Jake se quedó quieto otra vez.

—Bien.

—No esperaba sentir nunca lo que sentía contigo. No creo que ni siquiera las personas románticas esperen experimentar algo así.

»Te interpretaba perfectamente, cuando se trataba de trabajo u otras personas..., cosas generales. —Callie suspiró—. Pero nunca te entendía cuando se trataba de nosotros. En fin, tiene algo que ver con lo que tú denominarías mi cultura familiar. No conozco a una pareja más bien avenida que mis padres. Más armoniosa. Y sin embargo, siempre vi que era mi madre la que estaba necesitada.

»Dejó la música, se apartó de su familia, se transformó en la esposa de médico perfecta porque necesitaba la aprobación de mi padre. Ella lo eligió, lo sé. Y es feliz. Pero siempre la consideraré un poco menos por eso. Siempre me prometí que yo no sería la segunda de nadie. Nunca necesitaría tanto a alguien que no pudiera ser una persona completa sin él. Entonces entraste en tromba en mi vida y tuve que correr a recoger los pedazos para no olvidar quién se suponía que era.

—Nunca quise que abandonaras nada por mí.

—No. Pero me daba miedo hacerlo de todos modos. No ser capaz de pensar sin preguntarme antes qué pensarías tú. Mi madre solía hacerlo. «Se lo preguntaremos a tu padre.» «A ver qué dice tu padre.» Me ponía frenética. —Se rió un poco y meneó la cabeza—. Es una tontería, la verdad, cuando lo piensas. Tomar esa pequeña parte de su dinámica conyugal y convertirla en algo personal. No quería necesitarte, porque si te necesitaba, eso me hacía débil y a ti fuerte. Y me volvía loca porque te quería más de lo que tú me querías a mí y eso te daba ventaja.

—¿Era un concurso?

—En parte. Cuanto más en desventaja me sentía emocionalmente, más

te atosigaba. Cuanto más te atosigaba, más te cerrabas tú, y eso me hacía atosigarte más. Quería que me demostraras que me querías.

—Y no lo hice nunca.

—No, nunca lo hiciste. Y no pensaba tolerar a alguien que no podía cooperar lo suficiente para amarme más de lo que yo le amaba, para que yo pudiera controlarle. Quería hacerte daño. Quería herirte muy adentro. Quería hacerlo porque creía que no podría.

—Te sentirías mejor si supieras que me hiciste pedazos.

—Sí. Soy un fracaso como ser humano porque me hace sentir mejor saberlo.

—Me alegro de ayudar.

La rodeó con un brazo y se llevó su mano a los labios.

—Tú casi te ahogas para decirme que me quieres. Yo tengo miedo de quererte. ¿Qué vamos a hacer?

—A mí me suena como una pareja hecha en el cielo.

Callie apretó la cara contra su espalda y se rió.

—Dios mío, creo que tienes razón.

Dejar en paz a los muertos, pensaba Callie mientras apartaba suavemente con un pincel la tierra de los dedos de la mano de una mujer que llevaba muerta miles de años. ¿Estaría de acuerdo esa mujer que Callie calculaba que habría tenido unos sesenta años al morir? ¿Estaría enfadada, horrorizada, desconcertada porque unos desconocidos que vivían en otros tiempos, en otro mundo, perturbaran sus huesos? ¿O lo comprendería y le complacería que aquellos desconocidos quisieran aprender de ella? Mejorar gracias a ella.

¿Estaría dispuesta, se preguntó Callie mientras anotaba rápidamente otra serie de notas, a que la desenterraran, la estudiaran, la analizaran, la catalogaran, para que se difundieran los conocimientos sobre quién era ella y por qué era así?

A pesar de todo, tantas preguntas quedarían sin respuesta. Podían especular sobre cuánto había durado su vida, qué le había causado la muerte, su dieta, sus costumbres, su salud. Pero nunca sabrían quiénes habían sido sus padres, sus amantes y sus amigos. Sus hijos. No sabrían nunca qué la hacía reír o llorar, qué le daba miedo o qué la indignaba. Nunca sabrían con certeza qué fue lo que la hacía una persona.

¿No era eso, en cierto modo, lo que intentaba averiguar de sí misma? ¿Qué había hecho a Callie Dunbrook lo que era, más allá de los hechos que tenía a su disposición, más allá de lo que sabía?

¿De qué estaba hecha? ¿Era lo bastante fuerte, lo bastante dura para buscar respuestas sólo en aras del conocimiento? Porque si no lo era, toda su vida había sido un error. No tenía derecho a estar allí, desenterrando los huesos de una mujer muerta hacía tiempo si se echaba atrás ante la perspectiva de desenterrar los huesos de su propio pasado.

—Tú y yo estamos en el mismo barco. —Suspiró y dejó el cuaderno—. El problema es que la que rema soy yo. Mi cabeza está a favor. Se ha entrenado demasiado para no estarlo. Pero no sé si mi corazón todavía lo está. No sé si mi corazón está a favor.

Tenía ganas de irse. Recoger sus cosas y marcharse lejos de la excavación, de las muertes, de los Cullen, de las capas de interrogantes. Quería olvidar que había oído los nombres de Marcus Carlyle o Henry y Bárbara Simpson.

Llegó a pensar que podría vivir así. ¿No estarían menos traumatizados sus padres si dejaba de indagar? Si se olvidaba de todo. Lo enterraba, lo olvidaba.

Había otros arqueólogos que podían dirigir perfectamente el Proyecto Antietam. Otros que no habían conocido a Dolan o a Bill y no se acordarían de ellos cada vez que miraban el agua salpicada de sol de la poza.

Si se marchaba, podría continuar con su vida, la parte que llevaba en espera desde hacía un año. No tenía sentido negárselo ahora, al menos a sí misma. Una parte de ella se había detenido cuando Jake se había ido.

Si tenían una segunda oportunidad, ¿no debían aprovecharla? Lejos de allí. Lejos, donde pudieran finalmente empezar a conocerse; otra vez las capas. Capas por las que la primera vez habían pasado de largo sin tomarse tiempo para estudiarlas o analizarlas por las prisas que tenían por poseerse el uno al otro.

¿Cuál era su responsabilidad en definitiva, con aquel lugar, o con un lugar en el que apenas había estado dos meses de su vida? ¿Por qué arriesgar su felicidad, incluso la vida de otras personas, sólo para saber los detalles de algo que no podría cambiarse?

A conciencia, se volvió de espaldas a los restos que había excavado tan cuidadosamente. Salió de su sección y se sacudió la tierra pegada a los pantalones.

—Descansa un poco.

Jake le puso una mano en el brazo y tiró de ella alejándola del límite de su sección.

Hacía unos minutos que la observaba, evaluando su cansancio y la desesperación que expresaba su cara.

—Estoy agotada. Absolutamente agotada.

—Necesitas descansar un poco. Ponte a la sombra. Mejor, entra en la caravana y duerme un poco.

—No me digas lo que necesito. Ya no me importa. —Hizo un gesto hacia los restos que había dejado atrás—. Si ya no me importa, no debo estar aquí.

—Callie, estás cansada. Física y emocionalmente. Estás enfadada y ahora te culpas a ti misma porque no tienes a nadie a quien patear.

—Dimitiré del proyecto. Volveré a Filadelfia. Aquí no hago nada y no tengo nada que aportar.

—Yo estoy aquí.

—No me vengas con eso ahora. —Detestaba oír que la voz le temblaba—. No puedo soportarlo.

—Sólo te pido que esperes un par de días. Que descanses un poco. Dedícate al papeleo, ve al laboratorio, haz el trabajo que más te guste. Cuando tengas las ideas más claras, si sigues queriendo marcharte, hablaremos con Leo y le pediremos que nos sustituya a los dos.

—¿A los dos?

—Si tú te vas, yo me voy.

—Por Dios, Jake. No sé si puedo soportar eso tampoco.

—Yo sí. Esta vez te vas a apoyar en mí aunque tenga que arrastrarte.

—Quiero volver a casa. —Tenía lágrimas en la garganta, lágrimas que pugnaban por salir. Tuvo un momento de pánico en que creyó que no podría reprimirlas—. Quiero sentirme normal.

—De acuerdo. —La abrazó y meneó la cabeza cuando vio que Rosie empezaba a caminar hacia ellos—. Nos tomaremos unos días libres. Déjame hablar con Leo.

—Dile... Oh, Dios, no sé qué decirle. —Se apartó e intentó serenarse. Entonces vio que Suzanne paraba su coche a un lado de la carretera—. Vaya. Perfecto. Lo que faltaba.

—Métete en la caravana. Me desharé de ella.

—No. —Se pasó una mano por las mejillas para asegurarse de que estaban secas—. Si me voy, lo mínimo que puedo hacer es decírselo yo misma. Pero no me haría ningún daño que estuvieras cerca.

—Por si no lo has notado, hace tiempo que estoy siempre cerca.

—Callie. —Suzanne parecía feliz al cruzar la verja—. Jake. Estaba pensando que todo esto parece divertido. Antes nunca lo había pensado, pero debe de ser divertido.

Callie se frotó las manos sucias en los pantalones.

—Puede serlo.

—Sobre todo en un día como hoy. Un día precioso, fresco y despejado. Creí que Jay llegaría antes que yo, pero veo que se ha retrasado.

—Perdona, ¿habíamos quedado para algo hoy?

—No. Sólo queríamos... Bueno, no lo esperaré. Feliz cumpleaños. —Le dio una bolsa de regalo.

—Gracias, pero no es mi cumpleaños hasta...

Se dio cuenta de que había metido la pata y le dio un vuelco del corazón que la dejó mirando fijamente la bonita bolsa con brillantes estrellas azules. El cumpleaños de Jessica.

—Me imaginaba que no te acordarías. —Suzanne cogió la mano de Callie y le metió la cinta de la bolsa entre los dedos—. Pero he esperado tanto tiempo para desearte feliz cumpleaños en persona...

Callie no vio pena ni añoranza en la cara de Suzanne. Sólo una alegría que la dejó incapaz de darle la espalda.

—Bueno. —Miró otra vez la bolsa—. No sé cómo tomármelo. Ya es bastante fastidioso cumplir un año más, el último antes del gran tres. Y ahora tengo que hacerlo antes de lo que esperaba.

—Espera a cumplir los cincuenta. Eso es mortal. Te he hecho un pastel.
—Indicó su coche con una mano—. Te ayudará a pasarlo mejor.

—Me has hecho un pastel —murmuró Callie.

—Sí. Y debo decirte que no todo el mundo recibe un pastel de Suzanne's Kitchen hecho con las propias manos de Suzanne. Ahí está Jay. ¿Tienes unos minutos?

—Claro.

—Le diré que vaya a buscar el pastel al coche. Vuelvo enseguida.

Callie se quedó quieta con la bolsa colgando de los dedos.

—¿Cómo lo hace? Por Dios, Jake, estaba farfullando. ¿Cómo lo hace para convertirlo en una celebración?

—Sabes por qué, Callie.

—Porque mi vida es importante para ella. Nunca dejó de importarle. —Miró la bolsa de regalo y luego los huesos de la mujer muerta hacía mucho tiempo—. No dejaré que me marche.

—Cariño. —Se inclinó para besarla—. Tú no ibas a dejarte marchar nunca. Vamos a comer un poco de pastel.

El equipo se abalanzó sobre el pastel como langostas sobre el trigo. Al oír las risas, Callie pensó que quizá era lo que necesitaban para alejar la culpabilidad y la depresión por la muerte de Bill. Un poco de despreocupada glotonería, media hora de simple placer humano.

Se sentó a la sombra de los árboles y cogió el paquete envuelto que le ofrecía Jay.

—Suzanne te dirá que elegir regalos nunca ha sido mi fuerte.

—Esterillas de coche. Para nuestro cuarto aniversario.

Jay hizo una mueca.

—No he logrado que lo olvidara jamás.

Divertida, Callie terminó de romper el envoltorio. Parecían llevarse de maravilla, como si fueran personas diferentes de las que ella había visto en la oficina de Lana.

—Bueno, esto es bastante mejor que lo de las esterillas. —Pasó la mano por la cubierta de un libro de lujo sobre Pompeya—. Es una maravilla. Gracias.

—Si no te gusta, puedes...

—Me gusta mucho.

No fue tan fácil inclinarse y besarle la mejilla. Mucho más difícil fue ver que él se esforzaba por contener su asombrada gratitud por aquel pequeño gesto.

—Qué bien. —Alargó una mano un poco a ciegas y la cerró sobre la de Suzanne—. Es que estoy acostumbrado a que tengan que cambiar mis regalos.

Suzanne soltó un bufido exagerado.

—¿No me quedé aquella caja de música espantosa de cerámica que me regalaste el día de San Valentín? Toca *Feelings* —dijo a Callie.

—Uau, menudo regalazo. He tenido suerte.

Cogió la bolsa y apartó el papel fino en que estaba enterrado el estuche de joyería.

—Eran de mi abuela. —Suzanne siguió entrelazando los dedos con los de Jay mientras Callie sacaba un collar de perlas—. Se las dio a mi madre el día de su boda, y mi madre me las dio a mí el día en que me casé. Espero que no te importe, pero quería que fueran tuyas. Aunque no llegaras a conocerlas, creo que es un vínculo que sabrás apreciar.

—Son una maravilla. Te lo agradezco.

Callie miró otra vez hacia el cuadrado en el suelo donde la esperaban los huesos antiguos. Jake tenía razón, pensó. Nunca podría marcharse.

Volvió a guardar las perlas cuidadosamente en el estuche.

—Un día me contarás cosas de ellas. Y así las conoceré.

Para Lana, una actividad al aire libre sana y divertida eran los picnics de verano a la sombra, tomarse un margarita en la playa, una mañana agradable en el jardín y quizá un fin de semana esquiando, poniendo el énfasis en el *après ski*.

Nunca se habría imaginado a sí misma acampando ni comiendo una salchicha carbonizada mientras ponía al día a su cliente. Pero nada en su relación abogada-cliente con Callie había sido normal.

—¿Quieres una cerveza para acompañar? —Callie levantó la tapa de una nevera.

—No bebe cerveza. —Doug señaló la nevera con el dedo—. Pero yo sí.

—Bueno, se nos ha acabado el Pinot Noir. —Callie lanzó una lata de Coors a Doug—. Esto es de lo más doméstico. Como una salida de dos parejas.

—Cuando vayamos al coche a meternos mano, me pido el asiento de detrás.

Jake metió una mano en una bolsa de patatas fritas.

—Me aseguraré de apuntar la hora para la factura cuando empiece esa actividad. —Meneándose para intentar encontrar un punto blando en el suelo, Lana espantó un mosquito—. No sería ético facturártelo. Por ahora...

Se apartó el pelo de la cara y sacó una carpeta de la bolsa.

—He verificado el certificado de defunción y he hablado personalmente con el médico de Carlyle. Con el permiso del pariente más próximo, estuvo dispuesto a darme algunos detalles de las condiciones médicas de Carlyle. Le diagnosticaron un cáncer hace ocho años y se lo trataron. Recientemente, reapareció. Empezó unas sesiones de quimio en abril y en julio Carlyle fue hospitalizado porque su estado empeoró. Era terminal y permitieron que se marchara poco antes de morir, a principios de agosto.

Dejó la carpeta y miró a Callie.

—De esto podemos extrapolar que Carlyle no estaba en condiciones de viajar y no hay evidencias de que saliera de Grand Cayman. Podría haberse comunicado por teléfono, pero con limitaciones. Estaba muy enfermo.

—Y ahora está muy muerto —declaró Callie.

—Es posible que podamos reunir pruebas suficientes para presentar ante el juez y convencerlo para que requiese sus archivos. Seguramente existen archivos, Callie, y podría ayudarnos mucho verlos. Pero llevará tiempo y no puedo asegurarte que pueda lograrlo con lo que tenemos por ahora.

—Pues conseguiremos más. Encontramos la relación entre Bárbara Holloway y Suzanne, con los Simpson, con mis padres. Y de éstos con Carlyle.

Habrá más.

— Hasta qué punto te importa? —Doug levantó una mano y la dej  caer—. Sabes lo que sucedió. Puede que no puedas demostrarlo, pero lo sabes. Carlyle está muerto, así que  hasta qué punto te importa?

Callie metió una mano en la nevera y sacó algo envuelto con papel de aluminio.

—Me hizo un pastel de cumpleaños.

Doug miró el capullo de rosa sobre el azúcar glaseado y alargó una mano para cortar un pedacito.

—De acuerdo.

—No puedo quererla como t . A él tampoco —añadió pensando en Jay—. Pero me importan.

—Varias personas trabajaron para Carlyle —interrumpió Jake—. En sus oficinas, en su red de secuestros. Tenía una esposa en la época en que secuestraron a Callie. Desde entonces dos esposas más. Y probablemente tuvo otras relaciones íntimas. Por muy cuidadoso que sea un hombre, tiene que hablar con alguien. Para descubrir quién y qué, necesitamos tener una idea clara del hombre.  Qui n era Marcus Carlyle?  Qu  lo impulsaba?

—Tenemos algo de eso en el informe del investigador. —Lana repas  la carpeta—. El nombre de su secretaria en las oficinas de Boston y Seattle. Ya no est  en la zona. Creemos que se casó y se mudó a Carolina del Norte, pero todavía no ha podido localizarla. Había un apoderado, con el que ha hablado. No hay indicios de que estuviera implicado. Tengo informes de otros empleados y tampoco hay indicios de que ninguno de ellos siguiera en contacto con él después de que cerrara la oficina de Boston.

— Y los socios?  Otros abogados, otros clientes, vecinos?

—Ha entrevistado y hablado con algunos. —Lana levantó las manos—. Pero se trata de un hueco de veinte años. Algunas de estas personas est n muertas, o se han mudado o sencillamente no las hemos localizado. Siendo realista, si quieres ampliar la búsqueda necesitaremos un equipo de investigadores y mucho tiempo y dinero.

—Puedo ir a Boston. —Doug cortó otro pedacito de pastel—. O a donde sea. —Se encogió de hombros cuando Callie lo miró—. Yo me dedico a viajar. Y cuando buscas libros, para decidir si son lo que pretenden ser, tienes que hablar con muchas personas e investigar a fondo. Por lo tanto, puedo hacer el viaje y algunas preguntas.  Me haces un favor? —dijo dirigiéndose a Jake.

—Lo que quieras.

—Cuida de mi mujer y mi hijo mientras est  fuera.

—Encantado.

—Sólo un minuto. —Aturdida, Lana cerró la carpeta—. Jake ya tiene bastante sin tener que preocuparse por mí, y no s  cómo me siento cuando te refieres a mí como «tu mujer».

—Empezaste t . Fue ella la que me pidió para salir.

—A cenar, por el amor de Dios.

—Luego no paró de atosigarme. —Doug pegó un mordisco a una

salchicha y siguió hablando—. Y ahora que me tiene pillado, no sabe qué hacer conmigo.

—Atosigarte.

Sin habla, Lana cogió la cerveza de Callie y bebió.

—En fin, estaré más tranquilo si sé que cuidas de ella y de Ty mientras esté fuera. Cuando vuelva —añadió—, puede que ya hayas decidido qué hacer conmigo.

—Bueno, ahora mismo ya tengo algunas ideas estupendas.

—Seguro que son estupendas. —Callie pasó un dedo por el azúcar y lo lamió—. Vosotros dos, tortolitos, me hacéis sentir mejor.

—Pues siento no poder quedarme hasta que te mueras de risa, pero tengo que volver con Ty. Está todo en la carpeta. Si tienes alguna duda, llámame.

—Voy contigo a casa.

Doug se puso en pie y ofreció una mano a Lana para que se levantara.

Como si le sorprendiera encontrársela en la mano, Lana le devolvió la cerveza a Callie.

—¿Hasta qué hora os quedaréis vosotros?

—Matt y Digger nos relevarán a las dos.

Lana miró hacia los montículos de tierra, los agujeros y las trincheras, la poza y los árboles.

—No puedo decir que me gustara pasar parte de la noche ahí fuera. En las circunstancias que fueran.

—No puedo decir que me gustara pasar parte del día en Saks. En las circunstancias que fueran. —Callie levantó la cerveza—. Todos tenemos nuestras pequeñas fobias.

Doug esperó mientras Lana metía a Ty en la cama. Mató el tiempo mirando las fotografías que ella tenía en los estantes. Particularmente una de Lana apoyada en un hombre de pelo claro que le rodeaba la cintura con los brazos. «Steven Campbell», pensó. Parecían llevarse bien. Relajados, cómodos, felices.

El niño tenía los ojos de su padre, observó Doug, y se metió las manos en los bolsillos para no caer en la tentación de coger la fotografía. Y la forma como sonreía él, la forma como apoyaba la barbilla en la cabeza de Lana transmitía diversión, afecto e intimidad.

—Era un hombre estupendo —dijo Lana bajito. Se acercó al estante y cogió la fotografía—. Nos la hizo su hermano. Estábamos visitando a su familia y acabábamos de anunciar que yo estaba embarazada. Fue uno de los momentos más perfectos de mi vida.

Volvió a dejar la foto con cuidado.

—Estaba pensando que hacíais buena pareja. Y que Ty tiene un poco de los dos. Tu boca, sus ojos.

—El encanto de Steve, mi mal genio. Hizo tantos planes cuando nació Ty. Partidos de fútbol y bicicletas. A Steve le encantaba ser padre y se acomodó mucho más rápidamente a la paternidad que yo. A veces creo que, debido a que iba a tener tan poco tiempo para serlo, fue capaz de convertir esos pocos meses que pasó con Ty en años.

—Os quería a los dos. Se nota, por la forma como os abraza.

—Sí.

Se volvió, sorprendida y conmovida porque Doug fuera capaz de ver todo eso en una fotografía.

—No pretendo ocupar su lugar contigo, Lana. Ni con Ty. Sé bastante bien lo difícil que es entrar en un vacío que alguien ha dejado. Cuando era pequeño creía que podría, incluso que debía. En cambio tuve que ver cómo mis padres se separaban y el agujero se hacía más hondo y más ancho. Sentí mucha rabia por eso, una rabia que ni siquiera reconocía. Por eso me aparté del origen de esa rabia, geográfica y emocionalmente. Me mantuve alejado cada vez durante períodos más largos.

—Debió de ser muy difícil para ti.

—Más ahora que ella ha vuelto, porque hace que vea toda mi vida de una forma diferente. No estuve al lado de mis padres, ni de nadie, en realidad.

—Doug, eso no es cierto.

—Es absolutamente cierto. —Era importante que ella lo supiera, que lo comprendiera. Y que entendiera que estaba dispuesto a cambiar—. Me aparté de ellos porque no podía, no quería vivir con un fantasma. Porque descubrí que no era lo bastante importante para mantenerlos unidos y les eché la culpa a ellos. Les eché la culpa —reconoció—. Me aparté de toda relación en potencia desde entonces. Desde que soy adulto nunca he tenido una casa de verdad ni lo he intentado. Nunca he querido tener hijos porque eso significaba responsabilidad y preocupaciones. —Se acercó a ella y le cogió las manos—. No quiero ocupar su lugar. Pero quiero la oportunidad de hacerme un lugar contigo y con Ty.

—Doug...

—Voy a pedirte que me des esa oportunidad. Quiero que pienses en ello mientras estoy fuera.

—No sé si seré capaz de permitirme amar tanto a alguien otra vez. —Le apretó los dedos, pero le temblaban—. No sé si tengo valor.

—Te miro a ti y esta casa, y al niño que está durmiendo arriba, y no tengo ninguna duda sobre tu valor. —Le besó la frente, las mejillas, los labios—. Tómame tu tiempo para pensarlo. Hablaremos cuando vuelva.

—Quédate esta noche. —Lo abrazó para que no se fuera—. Quédate.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

Callie trabajó con el ordenador hasta tarde, luego se levantó para mirar

las estrellas y planificar mentalmente el siguiente día de trabajo. Acabaría la excavación del esqueleto de la mujer y supervisaría su traslado al laboratorio. Seguiría trabajando horizontalmente en ese sector.

Leo tenía que venir pronto y así podría pasarle la película y los informes.

Ella y Jake debían hacer otro estudio y puesta al día de la parcelación.

Tendría que echar un vistazo a la previsión meteorológica a largo plazo y prepararlo todo de acuerdo con ella.

Por ahora parecía que el tiempo caluroso y despejado iba a continuar unos días más. Un tiempo perfecto para excavar, con temperaturas que raramente superaban los treinta grados y una humedad que se mantenía a niveles civilizados.

Se dejó llevar por sus pensamientos, sin hacer caso de la música country que Jake tenía puesta a bajo volumen y concentrándose en los sonidos nocturnos. El ruido de un coche a lo lejos, en la carretera al norte del campo, una rana de vez en cuando o un pez en el agua de la poza por el sur.

El perro de la granja al oeste empezó a ladrar a la luna.

Lana no sabía lo que se perdía, pensó Callie disfrutando del frescor del aire en la cara. Allí se respiraba una calma total, en la noche, al aire libre, que no podía encontrarse entre paredes.

Estaba echada en el suelo donde otros habían dormido. Año tras siglo tras era. Y debajo de ella, la tierra guardaba más secretos de los que podría descubrir jamás la civilización.

Pero lo que descubrieran siempre los fascinaría.

Oía el débil crujido del lápiz de Jake sobre el papel. Dibujaría a la luz de la linterna, pensó Callie, puede que hasta bien entrada la noche.

A veces se preguntaba por qué él no se había decidido por estudios artísticos en lugar de científicos. ¿Qué lo había impulsado a elegir el estudio del hombre en lugar de trasladarlo al lienzo?

¿Y por qué ella no se lo había preguntado nunca?

Abrió un ojo y lo miró a la luz de la lámpara.

Estaba relajado, pensó. Lo notaba en la línea de la mandíbula, en la boca. Se había quitado el sombrero y la ligera brisa le agitaba el pelo hacia atrás mientras dibujaba.

—¿Por qué no intentaste ganarte la vida con esto? ¿Con el arte?

—No era bastante bueno.

Callie se volvió sobre su estómago.

—¿El arte no era bastante bueno o no lo eras tú?

—Ninguno. Pintar, si te refieres a eso, nunca me interesó lo bastante para dedicarle el tiempo y el estudio que exigía. Por no hablar de que no era lo bastante viril para mí cuando entré en la universidad. Ya fue bastante malo que nunca intentara trabajar en el rancho familiar, pero ¿encima hacerme pintor? Vaya, mi viejo se habría muerto de vergüenza.

—¿No te habría apoyado?

Jake la miró, pasó una página del cuaderno de dibujo y empezó otro.

—No me lo habría impedido, ni siquiera lo habría intentado. Pero no lo habría entendido. Yo tampoco. En mi familia, los hombres trabajan la tierra, o con caballos o con reses. No trabajamos en departamentos de arte. Fui el primero de mi familia que se licenció en la universidad.

—No tenía ni idea.

Jake se encogió de hombros.

—Eso es lo que hay. Me interesaba la antropología desde pequeño. Para que no molestara, mis padres me llevaron a un par de talleres de talla en piedra. Era un gran regalo porque me necesitaban en el rancho. Y mandarme a la universidad porque yo quería ir fue un gran sacrificio, aunque me dieran becas.

—¿Están orgullosos de ti?

Se quedó un rato callado.

—La última vez que estuve en casa, hace unos cinco o seis meses, me presenté sin avisar. No les dije que iba. Mi madre puso otro plato en la mesa. Bueno, dos, otro para Digger. Mi padre entró y me dio la mano. Comimos, hablamos del rancho, de la familia, de lo que había hecho yo. Hacía un año que no lo veía, pero fue como si nos hubiéramos visto el día anterior. No tiraron la casa por la ventana, por decirlo de alguna manera. Pero más tarde estaba echando un vistazo al estante de la sala y vi dos libros de antropología mezclados con los Louis L'Amours de mi padre. Significó mucho para mí que hubiera leído algo sobre lo que hago.

Callie le acarició un tobillo.

—Es lo más bonito que me has contado sobre ellos.

—Mira. —Volvió el cuaderno para que ella pudiera verlo—. Es esquemático, pero se acerca bastante a cómo son.

Vio el esbozo de una mujer con la cara larga, ojos apagados con patas de gallo y una boca ligeramente curvada en una sonrisa. Tenía el pelo largo, liso y salpicado de gris. El hombre tenía los pómulos fuertes, la nariz recta y una boca seria. Sus ojos estaban hundidos y la cara, estropeada por el sol y la edad.

—Te pareces a él.

—Un poco.

—Si se lo mandas, lo enmarcarán y lo colgarán en la pared.

—Lárgate.

Callie levantó la cabeza a tiempo de ver su expresión avergonzada y a tiempo de arrancarle el cuaderno de las manos.

—Qué te apuestas. Cien dólares a que, si se lo mandas, lo ves enmarcado y colgado la próxima vez que vayas a casa. Puedes mandárselo por la mañana. ¿Hay agua en la nevera?

—Es probable.

Frunció el ceño y se volvió para abrirla. Estuvo así tanto rato que Callie le pegó una patadita en el tobillo.

—¿Hay o no?

—Sí. He encontrado un poco. —Se volvió—. Alguien está en el bosque

con una linterna.

Lo dijo en el mismo tono informal mientras le pasaba el agua.

Callie lo miró fijamente un momento y luego levantó un poco la cabeza. Con el corazón latiéndole violentamente, desenroscó el tapón de la botella, la levantó para tomar un sorbo y miró cómo se movía la luz entre la silueta de los árboles.

—Podrían ser críos o algún idiota.

—Podría ser. ¿Por qué no entras en la caravana y llamas al sheriff?

—¿Por qué? —Lentamente, Callie volvió a tapar la botella—. ¿Para que mientras estoy fuera vayas a ver qué pasa sin mí? Y si resulta que son un par de brutos ilusionados con la idea de asustar a los arqueólogos, seré yo la que quedaré como una idiota. Primero veremos qué pasa. Los dos.

—La última vez que entraste en un bosque saliste conmocionada.

Como Jake, Callie seguía los avances del haz de luz.

—Y tú esquivando balas. Si seguimos aquí sentados, pueden dispararnos como a un par de patos en un estanque si es lo que pretenden. —Metió una mano en la mochila y cerró los dedos sobre el mango de una pala—. Vamos a la caravana y llamamos juntos o vamos al bosque e inspeccionamos juntos.

Él le miró la mano.

—Ya veo por qué votas tú.

—Dolan y Bill estaban solos los dos. Si el que está ahí fuera pretende repetir la jugada, tendrá que vérselas con los dos a la vez.

—De acuerdo.

Se agachó, sacó una navaja de la bota y Callie abrió mucho los ojos.

—Caramba, Graystone, ¿desde cuándo la llevas?

—Desde que alguien intentó matarme. No nos separaremos. ¿Entendido?

—Por supuesto.

Jake cogió una linterna al levantarse.

—¿Llevas el móvil encima?

—Sí, en el bolsillo.

—No lo pierdas. Se mueve hacia el este. Démosle algo en qué pensar.

Jake encendió la linterna y la enfocó hacia la luz. Cuando la luz se volvió rápidamente hacia el oeste, tanto él como Callie corrieron hacia delante. Se dirigieron hacia el borde de la excavación, hacia la orilla de la poza donde empezaban los árboles.

—Se dirige hacia la carretera. —Instintivamente Callie se desvió en la misma dirección—. Podemos cortar el paso.

Se metieron entre los árboles, siguiendo los destellos de la luz. Callie saltó por encima de un tronco caído y se esforzó por seguir el paso de Jake.

Los dos maldijeron a la vez cuando el haz de luz que perseguían se apagó.

Jake levantó una mano indicando silencio.

Callie cerró los ojos concentrándose en los sonidos. Y oyó el rápido golpe de pasos en el suelo.

—Ha cambiado de dirección otra vez —apuntó.

—No lo atraparemos nunca. Nos lleva mucha ventaja.

—¿Le dejamos escapar y ya está?

—Hemos dejado clara una cosa. —Sin embargo, Jake siguió paseando su luz arriba y abajo—. Fue una estupidez pasearse por aquí con una luz. Hasta un idiota podría imaginar que uno de los dos lo vería.

Estaba diciéndolo cuando los dos se dieron cuenta de la importancia de sus palabras.

—Oh, mierda —fue lo único que pudo decir Callie al tiempo que se volvía y empezaba a correr de regreso al campamento.

Segundos después, la primera explosión cortó el aire.

—La caravana. —Jake observó la lengua de llamas alzándose hacia el cielo—. Hijo de puta.

Callie salió de los árboles a toda velocidad pensando sólo en coger el extintor de su coche. Cayó en el suelo con un impacto que le hizo vibrar todos los huesos y Jake le cayó encima.

Intentó levantar la cabeza, pero Jake se la volvió a bajar de golpe y la protegió con sus brazos.

—¡El propano! —gritó.

Y el mundo explotó.

El calor pasó por encima de ella, como una mano ardiente que le laceró la piel y le robó el aliento. A través del timbre que le resonaba en los oídos oyó que algo rechinaba cerca y caía al suelo. Cayeron diminutas llamas como una lluvia.

Después volaron los restos, esparciéndose por el aire como metralla y cayendo en el suelo como bolas de fuego retorcidas.

A Callie se le pasó el atontamiento cuando sintió que el cuerpo de Jake se agitaba.

—¡Apártate, apártate, apártate!

Se debatió, se agitó y empujó, pero él siguió atrapándola debajo de él.

—Quédate quieta. Haz el favor de quedarte quieta.

Su voz era brutal y la aterrorizó más que la explosión o la lluvia de llamas.

Cuando finalmente se apartó de ella, Callie se puso de rodillas. Estaban rodeados de rescoldos y lo que quedaba de la caravana ardía furiosamente. Se acercó a Jake enseguida cuando vio que se arrancaba la camisa humeante.

—Estás sangrando. Déjame verlo. ¿Te has quemado? Dios mío, ¿te has quemado?

—No mucho. —Aunque no estaba del todo seguro. Pero el dolor lacerante del brazo se debía a un corte, no a las quemaduras—. Llama al nueve uno uno.

—Llama tú. —Se arrancó el móvil del bolsillo de atrás y se lo puso en la mano—. ¿Dónde está la linterna? ¿Dónde está la linterna, mierda?

Pero a la luz rojiza de las llamas ya pudo ver que la herida del brazo de Jake necesitaba atención médica. Se arrastró alrededor de él para examinarle la espalda, palpándola con los dedos temblorosos.

Rasguños, se dijo. Sólo unos rasguños y pequeñas quemaduras.

—Sacaré el botiquín del Rover.

Se levantó y corrió. Calma, se ordenó a sí misma mientras abría bruscamente la puerta. Tenía que mantener la calma, frenar la hemorragia, vendar la herida y llevarlo a urgencias.

No podía permitirse sufrir un shock ahora.

Pero recordó cómo le había protegido la cabeza con los brazos. El cuerpo con su cuerpo.

—Idiota machista.

Se tragó un sollozo, cogió una botella de agua y volvió corriendo.

Jake estaba sentado en el mismo sitio, con el teléfono en la mano y mirando hacia la caravana.

—¿Has llamado?

—Sí.

No dijo nada más mientras Callie le echaba agua en el corte.

—Necesitarás puntos —dijo nerviosamente—. Pero te lo vendaré provisionalmente. Tienes algunas quemaduras, pero parecen de primer grado. ¿Te duele algo más?

—No.

Le había dicho que entrara en la caravana. Le había dicho que se metiera dentro mientras él investigaba la luz en el bosque.

—No me has hecho caso. Es muy irritante.

—¿Qué? —Preocupada, le puso el vendaje y le buscó señales de shock en los ojos—. ¿Tienes frío? Jake, ¿tienes frío?

—No tengo frío. Estoy un poco nervioso. No fuiste a la caravana como te había pedido. Si me hubieras hecho caso...

—No lo hice. —Se esforzó por no estremecerse. Ya oía las sirenas—. Pero tú sí vas a ir al hospital como yo digo. —Puso esparadrapo al vendaje y se sentó sobre los talones—. Ni siquiera pensé en la bombona de propano de la caravana. Suerte que tú sí.

—Sí. —La rodeó con el brazo bueno y entre los dos se pusieron en pie—. Parece que es nuestra noche de suerte. —Soltó un profundo suspiro—. Digger se va a cabrear.

No quiso ir en la ambulancia, no quiso marcharse hasta conocer los daños y lo que podía salvarse. Todos los papeles y objetos que habían guardado en la caravana a la espera de ser trasladados se habían esfumado. El ordenador de Callie era un amasijo de plástico y chips carbonizados.

El ordenador que tenían en la caravana para el equipo estaba carbonizado. Horas de penoso trabajo destruidas en un instante.

Había restos por todo el campo, sobre las zonas cuidadosamente parceladas. Vio una pieza chamuscada de aluminio clavada en un montículo de tierra, como una lanza.

Bomberos, policías y trabajadores de emergencias se movían por todas partes. Tardarían días, quizá semanas, en reparar los daños, en calcular las pérdidas. En empezar de nuevo.

Se quedó junto a Callie escuchando cómo ella relataba, tal como él había hecho antes, los sucesos que habían llevado, a la explosión.

—El que estaba en el bosque quería distraernos. —La voz empezaba a agudizársele por la ira, en sustitución del shock inicial—. Nos alejó para que alguien pudiera prenderle fuego a la caravana.

Hewitt estudió el montón de rescoldos, midió la distancia con el bosque.

—Pero ¿no vieron a nadie?

—No, no vimos a nadie. Estábamos a unos cien metros, entre los árboles. Estábamos regresando cuando oímos la primera explosión.

—La bombona de propano.

—La primera. Sonó como una salva de cañón, y el héroe este me tiró al suelo. Entonces se produjo la segunda explosión.

—¿No oyeron ni vieron ningún vehículo?

—Me silbaban los oídos —soltó ella—. Alguien hizo explotar la bombona, y no fue un fantasma neolítico por algún agravio.

—No se lo discuto, doctora Dunbrook. Alguien hizo explotar la caravana, y tuvieron que venir aquí e irse de aquí. Lo más probable es que lo hicieran con algún vehículo.

Callie soltó un bufido.

—Tiene razón. Lo siento. No, no oí nada después de la explosión. Antes había oído coches, de vez en cuando, o había captado alguno a lo lejos. Pero el que estaba en el bosque se dirigía hacia la carretera. Seguramente tenía el vehículo aparcado allí.

—Es lo que pienso yo —aceptó Hewitt—. No creo en las maldiciones, doctora Dunbrook, pero sí creo en los problemas. Y ustedes los tienen.

—Tiene relación con lo que le conté de Carlyle, de los Cullen. Es una forma de asustarme para que me vaya lejos de Woodsboro y deje de hacer indagaciones.

La mirada de él se fijó con calma en la cara de Callie, que todavía estaba manchada de hollín y humo.

—Podría ser —comentó.

—Sheriff. —Uno de los ayudantes se acercó—. Venga a ver esto.

Siguieron a Hewitt hacia la poza, la sección donde Callie había trabajado más de ocho horas al día. Los restos que había excavado estaban cubiertos de hollín y tierra pero estaban intactos.

Junto a ellos, dentro del agujero, había un maniquí de tienda vestido con unos pantalones de color oliváceo y una camisa. La peluca rubia estaba

metida a toda prisa debajo de una gorra de tela.

Del cuello le colgaba un rótulo escrito a mano que decía «RIP».

Callie cerró los puños a los lados.

—Es mi ropa. Es mi gorra. El hijo de puta ha estado en la casa. El hijo de puta ha rebuscado en mis cosas.

No habría sido difícil entrar en la casa, pensó Jake de nuevo. Ya había registrado toda la casa por dentro y por fuera con la policía la noche antes. Y la había vuelto a registrar por dentro y por fuera él solo dos veces desde el amanecer.

Había cuatro puertas y cualquiera podría haber quedado abierta por descuido. Había veintiocho ventanas, incluida la de su despacho, por cualquiera de las cuales podrían haber entrado.

El hecho de que la policía no hubiera encontrado señales de que se hubiera forzado una entrada no significaba nada. Alguien había estado dentro y había cogido ropa de Callie. Alguien les había dejado un mensaje muy claro.

Callie había estado a punto de rendirse. Mientras exploraba la casa, Jake se metió las manos en los bolsillos y se meció suavemente sobre los talones. Él la había convencido para continuar. Estaba seguro de que habría continuado de todos modos. La conocía demasiado bien para pensar otra cosa. Pero eso no quitaba la parte que le correspondía a él en su decisión.

No tenía ninguna duda de que el que había prendido fuego a las bombonas lo habría hecho también si Callie hubiese estado en la caravana. De hecho, el que lo había hecho estaría desilusionado porque Callie no estaba en ella.

Carlyle estaba muerto. ¿Los Simpson? Pensó en la posibilidad de que hubieran sido ellos. Los dos estaban en forma, bastante en forma, imaginó, para que uno de los dos hubiera corrido por el bosque mientras el otro tiraba el maniquí al agujero y después colocaba una pequeña carga en la bombona.

¿Cuánto tiempo habían estado Callie y él en el bosque? ¿Cuatro minutos? ¿Cinco? Tiempo suficiente.

Pero su instinto le decía que Barb y Hank estaban tan lejos de Callie y Woodsboro como les era posible. Habían sabido cuándo tenían que huir, recordó. Y tenía la sensación de saber cómo.

Caminó hacia la entrada del camino en el momento en que llegaba Doug en coche.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Durmiendo. Finalmente se rindió hace una hora. Te agradezco que hayas venido tan rápidamente.

—¿No está herida?

—No. Un par de rasguños al caer al suelo, pero nada más.

Después de soltar aire, Doug miró el brazo vendado de Jake.

—¿Es muy grave?

—Me he cortado con un poco de metralla. Me han cosido. La peor parte

se la ha llevado la excavación. Tendremos que esperar a que nos den permiso para hacer limpieza. Pero hemos perdido todo lo que teníamos en la caravana y todo lo que guardaba Callie en el ordenador de lo que no tenía una copia aquí. Luego está el regalo que nos dejó.

Le contó a Doug lo del maniquí de Callie, encontrado en la tumba antigua.

—¿Puedes llevártela de aquí?

—Sí, claro, sin problemas. Si le doy un sedante y la encadeno en una habitación en alguna parte. ¿Tienes esposas para dejarme?

—Las tengo en el taller.

—Vaya por Dios.

Se quedaron un momento en silencio.

—Ahora no habrá quien la saque de aquí —dijo Jake finalmente—. Y yo soy uno de los culpables. No se moverá hasta que descubra lo que desea. Si aún piensas en ir a Boston, más vale que vayas con cuidado.

—Iré. Pero cuando esté fuera no podré cuidar de mi familia, ni de Lana y Ty. Puedo pedir a mi padre y a mi abuelo que se queden con mi madre unos días. Será raro, pero lo harán. Pero Lana estará sola.

—¿Crees que le gustaría tener un invitado? Digger podría acampar allí.

—¿Digger?

Jake sonrió, tenso y sin ganas.

—Sí, sé que parece que una niña de doce años podría darle una paliza. No te dejes engañar. Hace quince años que lo conozco. Si necesitara a alguien que cuidara de mi familia, se lo pediría a él. Tu mayor problema será que tu novia no se enamore de él. No sé por qué, pero a muchas mujeres les gusta.

—Me tranquilizas. Esto va a continuar, ¿verdad? —Doug apartó la mirada de la casa—. Esto es lo que todavía no hemos dicho, pero si alguien está tan desesperado como para matar, no va a detenerse. Si no encontramos la verdad, esto no se acabará nunca.

—No dejo de pensar que hemos pasado algo por alto. Un detalle. Debemos volver atrás y tamizar la tierra.

—Mientras tú te dedicas a eso, yo probaré a otro nivel en Boston. —Volvió a abrir la puerta del coche—. Dile a Callie... Dile a mi hermana —se corrigió— que averiguaré algo.

Callie seguía durmiendo cuando Jake subió a su habitación. Muy encogida sobre el saco de dormir y con una almohada de viaje debajo de la cabeza.

Le pareció demasiado pálida para su gusto, y estaba más delgada.

Decidió que se la llevaría lejos de allí. Para un día o dos, en cuanto surgiera una oportunidad. Se esconderían en algún lugar y no harían nada más que comer, dormir y hacer el amor hasta que estuviera más recuperada.

Y cuando estuviera recuperada empezarían una vida juntos. No unos fuegos artificiales, sino una vida.

A modo de manta, le echó una toalla encima. Abandonándose al propio agotamiento, Jake se tumbó a su lado y la atrajo hacia él. Luego cayó por la fatiga y se durmió.

Se despertó con una punzada de dolor cuando se volvió sobre el brazo herido. Maldiciendo entre dientes, intentó acomodarse mejor y se dio cuenta de que Callie no estaba.

El pánico fue como una bola de hielo instantánea que se le formó en el estómago. Olvidado el dolor, se levantó de un salto y salió de la habitación. El silencio de la casa añadía un eslabón más al pánico y le hizo gritar su nombre antes de llegar a media escalera.

Cuando ella salió corriendo del despacho, Jake no sabía si reírse ante la cara de mosqueo de ella o si echarse a sus pies y besárselos.

—¿Por qué gritas?

—¿Dónde te habías metido? ¿Dónde están los demás?

—Necesitas una pastilla. —Se fue a la cocina a buscar el analgésico—. Estaba en tu despacho. Mi ordenador está frito, ¿recuerdas? Trabajo con el tuyo. Tómate la pastilla.

—No quiero pastillas.

—No te portes como un niño tonto. —Le llenó de agua un vaso—. Tómate también el antibiótico como te ordenó aquel médico tan simpático cuando te dio el chupa-chup.

—A ti sí que te voy a dar un chupa-chup. —Cerró un puño y le golpeó suavemente la barbilla—. ¿Dónde están los demás? ,

—Por ahí. En la excavación, esperando a ver si nos dan permiso para empezar a limpiar. En la universidad, haciendo pruebas, en Baltimore, en el laboratorio. No valía la pena que se quedaran todos en casa sólo porque tú hayas decidido que es la hora de la siesta.

—¿No hay nadie más que tú y yo?

—No señor, lo que no significa que sea un buen momento para escarceos sexuales. Tómate tus medicinas como un buen chico.

—¿Cuándo se han marchado todos?

—Hace una hora.

—Pues manos a la obra.

Hizo caso omiso de las pastillas que le ofrecía y salió de la habitación.

—¿Con qué?

—Vamos a registrar sus cosas.

Callie apretó la mano sobre las pastillas.

—De ninguna manera.

—Pues lo haré yo solo, pero tardaré el doble.

Cogió una mochila de un rincón de la sala, la tiró sobre la mesa y abrió la cremallera.

—No tenemos derecho a hacerlo, Jake.

—Nadie tenía derecho a volar por los aires la caravana de Digger delante de nuestras narices. Asegurémonos de que el que lo hizo no está

ahora delante de nuestras narices.

—Esto no es motivo suficiente para...

—Pregunta. —Paró un momento lo que estaba haciendo para mirarla—. ¿Quién sabía que íbamos a Virginia el otro día?

Levantó los hombros.

—Tú y yo, Lana y Doug.

—Y todos los que estaban en la cocina cuando hablamos de los horarios. Todos los que te oyeron decir que tenías asuntos pendientes en Virginia.

Se sentó, abrumada.

—Dios santo.

—La vecina metomentodo dijo que estaban cargando el coche a las diez. Nosotros nos levantamos de la mesa sobre las nueve. Sólo hizo falta una llamada diciéndoles que íbamos para allá y que se largaran.

—Vale, vale, coincide pero... ¿Qué crees que vas a encontrar?

—No lo sabré hasta que lo vea. —Empezó una pila sistemática, dejando a un lado cuadernos, bolígrafos, lápices y un videojuego antes de volver a mirar a Callie—. ¿Vas a ayudarme o a mirar?

—Maldita sea. —Se arrodilló a su lado—. Tómame las pastillas.

Jake refunfuñó, pero se las tragó.

Meneando la cabeza, cogió un cuaderno de Chuck, de Virginia Occidental, y lo hojeó. Luego frunció el ceño, e hizo lo mismo con el segundo.

—Están vacíos, Jake, no tienen nada. Ni notas, ni esbozos, nada de nada. —Les dio la vuelta, los hojeó—. Páginas en blanco.

—¿Llevaba uno encima cuando se marchó?

—No lo sé. Podría ser.

Más decidida que antes, Callie rebuscó entre la ropa, en los bolsillos. Cuando todo el contenido de la mochila estuvo sobre la mesa, Callie se levantó y, después de coger un cuaderno suyo, hizo una lista.

Una vez catalogados los artículos y guardados de nuevo, empezó a hacer lo mismo con la mochila de Frannie.

Encontraron otro cuaderno envuelto en una camiseta y escondido en el fondo de la mochila.

—Es un diario. —Callie se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a leer—. Empieza el primer día que trabajó en la excavación. Bla, bla, bla, estaba muy emocionada con el proyecto y todo eso. Vaya, cree que estás muy bueno.

—¿Ah, sí?

—Si las cosas no funcionan entre ella y Chuck, creo que irá a por ti.

Fue leyendo por encima, pasando hojas.

—Rosie es simpática. Paciente. No se preocupa porque ella le quite a Chuck. Pero no está tan segura de Dory. Es pedante y superior. Sonya es buena chica, pero un poco aburrida.

Se calló y frunció el ceño.

—No doy miedo ni soy mandona.

—Sí que lo eres. ¿Qué más dice de mí?

—Vaya, ella y Chuck se lo montaron en la caravana de Digger mientras estábamos almorzando. Cree que Matt está bien, para ser mayor, pero que seguramente es gay porque no flirtea con ninguna de las mujeres. Bob es regordete y suda demasiado. Bill... —Tuvo que callar y coger ánimos—. Cree que Bill es muy listo, pero un poco cretino. Muchos detalles diarios. «Comimos huevos para desayunar. Llovió.» Lo que encontró ese día, o si no encontró nada. Descripciones de encuentros sexuales.

—Podrías leer eso en voz alta.

—Observaciones —siguió sin hacerle ningún caso—. Enfados, como que no pudo hablar con uno de los periodistas que querían entrevistarla. Cotilleos. No le gusta Dory porque Dory habla mal de ella. Y... describe lo que le sucedió a Bill. Nada nuevo. Nada nuevo —repitió, y cerró el cuaderno—. Sólo es el diario de una universitaria. Inofensivo.

De todos modos, se sobresaltó cuando sonó el teléfono.

—Nos dan el visto bueno —dijo a Jake después de colgar—. Tenemos que ir a la excavación.

—Entendido. —Empezó a guardar las cosas de Frannie—. Pero registraremos las cosas de los demás en cuanto podamos.

Doug sólo tardó un día y medio en encontrar lo que le pareció una pista razonable. Su ventaja sobre el investigador profesional, concluyó, era que ya no buscaba a Marcus Carlyle. Sólo buscaba una conexión cualquiera con ese hombre, por muy alejada que fuera, que pudiera llevarlo a otra, y a otra, como un círculo que va estrechándose.

Encontró ese viejo y tenue vínculo en Maureen O'Brian, que había trabajado en el club de campo del que Carlyle y su primera esposa eran miembros.

—Santo cielo, hace veinticinco años que no veo a la señora Carlyle —contestó Maureen al salir del salón, y sacó un paquete de Virginia Slims del bolsillo del delantal—. ¿Cómo se le ocurrió venir a hablar conmigo?

—Hice preguntas. La señora Carnegy del club de campo me dio su nombre.

—El viejo dragón. —Maureen chupó el cigarrillo y soltó humo—. Me despidió, ¿sabe?, porque perdí muchos días de trabajo cuando estaba embarazada de mi tercer hijo. Eso fue... hace unos dieciséis años. La mala bestia, y perdone que hable así.

Como Carnegy había descrito a Maureen como una cotilla irresponsable y frívola, Doug la perdonó sin problemas.

—Me dijo que usted era la manicura habitual de la señora Carlyle.

—Lo fui. Le hacía las manos todas las semanas, los lunes por la tarde, durante tres años. Le caía bien y me daba buenas propinas. Era una gran dama.

—¿Conoció usted a su marido?

—Oh, sí, por supuesto. Y lo vi una vez cuando fui a su casa a arreglarle las uñas antes de una gran fiesta a la que tenían que asistir. Era un hombre muy guapo y lo sabía. No era bastante bueno para ella, si le interesa mi opinión.

—¿Por qué dice eso?

Apretó los labios.

—Un hombre que no puede ser fiel a sus votos matrimoniales nunca es lo bastante bueno para la mujer a la que se los hizo.

—¿Sabía que la engañaba?

—Una mujer siempre lo sabe, tanto si lo reconoce como si no. En la peluquería había muchas habladurías, y en el club. Él se pasaba el día allí; ella venía de vez en cuando.

—¿Llegó a conocerlas?

—A una de ellas sí. Se rumoreaba que había más. Ésta estaba casada y encima era médico. La doctora Roseanne Yardley. Vivía en Nob Hill, en una casa fantástica. Mi amiga Colleen la peinaba. —Sonrió irónicamente—. La doctora no era rubia natural.

Natural o no, seguía siendo rubia cuando Doug la encontró terminando la ronda de visitas en el Boston General. Doug pensó que era lo que muchas personas llaman una mujer distinguida. Alta, imponente, con la mata de pelo rubio perfectamente peinado alrededor de una cara fuerte y cuadrada, Roseanne tenía una voz bostoniana seca que dejaba claro que no tenía tiempo para perder en tonterías.

—Sí, conocí a Marcus y Lorraine Carlyle. Pertenecíamos al mismo club, nos movíamos en el mismo círculo social. Lo siento, pero no tengo tiempo de hablar sobre viejos conocidos.

—Mi información es que usted y Marcus eran algo más que conocidos.

Los ojos azules se volvieron gélidos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿En qué podría interesarle eso?

—Si me concede unos minutos en privado, doctora Yardley, le explicaré por qué.

No habló, pero después de una mirada breve a su reloj le guió rápidamente por el pasillo. Entraron en un pequeño despacho; la doctora se puso directamente detrás de la mesa y se sentó.

—¿Qué quiere?

—Tengo pruebas de que Marcus Carlyle dirigía una organización que sacaba beneficios con adopciones fraudulentas, para las que se secuestraban a bebés que se entregaban a parejas sin hijos.

Ella ni siquiera parpadeó.

—Es absolutamente ridículo.

—Y que utilizaba a miembros de la profesión médica en su organización.

—Señor Cullen, si cree que puede acusarme de participar en una red ficticia de mercado negro, y asustarme para que me deje extorsionar o chantajear, está muy equivocado.

Doug se la imaginó aplastándole a él o a cualquier otra molestia con un simple manotazo.

—No quiero dinero. Y no sé si usted participó o no. Pero sí sé que tuvo un lío con Marcus Carlyle, que es médico, y que podría tener información que me interese.

—Estoy totalmente segura de que no tengo ninguna clase de información. Por favor, estoy muy ocupada.

Doug no se movió, ni siquiera cuando ella se puso en pie.

—A mi hermana la secuestraron cuando tenía tres meses y pocos días; después fue vendida a una pareja a través del despacho de Carlyle en Boston. Tengo pruebas de esto. Tengo pruebas que relacionan a un médico de Boston con ese caso. Esas pruebas e información han sido puestos en conocimiento de la policía. Un día u otro llegarán hasta usted, doctora Yardley. Pero mi familia necesita respuestas ahora.

Muy lentamente, la mujer se sentó de nuevo.

—¿Qué medico?

—Henry Simpson. Él y su actual esposa dejaron su casa de Virginia bruscamente, muy bruscamente, después de que empezara la investigación. Su esposa actual era una de las enfermeras de obstetricia que estaban de guardia la noche en que nació mi hermana, en Maryland.

—No me creo nada de nada —insistió ella.

—Puede que se lo crea y puede que no. Pero quiero saber más de su relación con Carlyle. Si no quiere hablar conmigo ahora, no tendré ningún escrúpulo en hacer público lo que he averiguado hasta este momento.

—Es una amenaza.

—Es una amenaza —aceptó Doug sin reparos.

—No permitiré que mancille mi reputación.

—Si no participó en ninguna actividad ilegal, no tiene motivos para preocuparse. Necesito saber quién era Marcus Carlyle, con quién estaba asociado. Usted tuvo una aventura con él.

Roseanne cogió una pluma de plata y la golpeó suavemente contra la mesa.

—Mi marido está enterado de mi relación con Marcus. El chantaje no le servirá de nada.

—No me interesa hacerle chantaje —repitió.

—Cometí un error hace treinta años. No pagaré por ello ahora.

Doug buscó algo en la cartera, sacó una copia del certificado de nacimiento original de Callie y una fotografía tomada pocos días antes de que la secuestraran. Lo dejó sobre la mesa de Roseanne, luego cogió los papeles de adopción falsos y la fotografía que habían proporcionado los Dunbrook.

—Ahora se llama Callie Dunbrook. Se merece saber lo que pasó. Mi familia se merece saberlo.

—Si esto es verdad, si algo de esto es verdad, no sé cómo mi lamentable aventura con Marcus puede tener alguna relación.

—Acumulación de datos. ¿Cuánto tiempo estuvieron viéndose?

—Casi un año. —Roseanne suspiró y se recostó en el asiento—. Era veinticinco años mayor que yo y muy fascinante. Tenía carisma y desprendía atractivo y cortesía. Yo creía que éramos muy sofisticados y modernos teniendo una aventura que nos satisfacía a los dos y no hacía daño a nadie.

—¿Hablaban alguna vez de trabajo, de sus pacientes?

—Yo seguro que sí. Soy pediatra. La mayor parte del trabajo de Marcus tenía relación con adopciones. Los dos nos dedicábamos a los niños. Fue una de las cosas que nos unieron. La verdad es que no recuerdo ninguna ocasión en que intentara sonsacarme información, y no secuestraron a ninguno de mis pacientes. Me habría enterado.

—Pero algunos eran adoptados.

—Por supuesto, pero eso no es raro.

—¿Alguno de los padres que le trajeron bebés recién adoptados le llegó a través de su recomendación?

La mujer parpadeó.

—Sí, creo que sí. Seguro que hubo algunos. Primero éramos conocidos, luego intimamos. Era lo más natural...

—Hábleme de él. Si era tan carismático, atento y atractivo, ¿por qué se acabó la aventura?

—También era frío y calculador. —Toqueteó las fotos y los papeles que le había dejado sobre la mesa—. Un hombre muy calculador y sin ningún sentido de la fidelidad. Le parecerá raro teniendo en cuenta que teníamos una relación extraconyugal, pero yo esperaba fidelidad mientras nos veíamos. Y no me era fiel. Su esposa sin duda conocía mi existencia, y si no le gustaba lo disimulaba muy bien. Decían que estaba totalmente dedicada a él y a su hijo, y que hacía la vista gorda con las demás mujeres.

Apretó los labios, dejando claro lo que pensaba de esa clase de mujeres.

—Yo, en cambio, prefería tener las cosas claras. Cuando me enteré de que tenía otro lío mientras nosotros nos veíamos, se lo dije. Discutimos, de mala manera, y cortamos. Yo puedo ser tolerante, pero saber que me estaba engañando con su secretaria era demasiado tópico.

—¿Qué puede decirme de ella?

—Era joven. Cuando Marcus y yo empezamos a vernos yo tenía cerca de treinta años. Ella apenas tenía veinte. Iba vestida con colores llamativos y hablaba con una voz suave, un contraste que no me parecía nada de fiar. Y una vez me enteré de lo suyo, recordé que me recibía a menudo con una sonrisa irónica. Estoy segura de que sabía lo mío mucho antes que yo lo de ella. Oí que fue una de las pocas personas que trabajaban para él aquí que se llevó a Seattle.

—¿Supo algo de Carlyle o de ella desde entonces?

—Su nombre se menciona de vez en cuando. Me enteré de que se divorció de Lorraine, y cuando volvió a casarse me sorprendió que no fuera

con la secretaria. Creo que alguien me dijo que ella se había casado con un contable y había tenido un hijo. —Volvió a jugar con la pluma—. Me ha intrigado, señor Cullen. Lo suficiente para que haga algunas indagaciones por mi parte. No me gusta que me utilicen. Si resulta que Marcus me utilizó, quiero enterarme.

—Está muerto.

La mujer abrió la boca, pero volvió a cerrarla apretadamente.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas. De cáncer. Vivía en las Cayman con la esposa número tres. No puedo conseguir respuestas directamente de él. Su hijo se muestra reticente a tomarse en serio nuestras pruebas.

—Sí, conozco un poco a Richard. Él y Marcus no se llevaban bien, creo. Richard vivía y vive dedicado a su madre y a su familia. ¿Ha hablado con Lorraine?

—Todavía no.

—Imagino que Richard le destrozaría legalmente de todas las formas posibles si lo intentara. Ahora ella ya no se relaciona tanto como antes. Por lo que me han dicho no está bien de salud. Pero nunca fue muy fuerte. ¿Se quedará mucho tiempo en Boston?

—Puede ser, pero puede llamarme esté donde esté.

—Quiero satisfacer mi curiosidad. Déjeme un número donde pueda localizarlo.

Doug se instaló en la habitación del hotel, buscó una cerveza en el minibar y llamó a Lana.

La voz del hombre que contestó sencillamente dijo:

—¡Eh!

—Esto..., querría hablar con Lana Campbell.

—Sí, yo también. ¿Eres Doug?

—Sí, soy Doug. ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está?

—A una distancia prudente por ahora, pero no pierdo la esperanza. Eh, chica sexy, al teléfono.

Se oyeron unos ruidos y unas risitas, que identificó como Ty, y luego una risa femenina vigorosa.

—¿Diga?

—¿Quién era?

—¿Doug? Esperaba que me llamaras.

Algo que sonaba como un simio, seguido de una risa histérica de niño, apagó la voz de Lana. Oyó movimientos y el sonido de fondo disminuyó.

—Esto es una casa de locos. Digger está cocinando. ¿Estás en el hotel?

—Sí, acabo de llegar. Parece que deis una fiesta.

—Fue idea tuya que Digger se instalara en casa sin consultarme, te lo

recuerdo. Por suerte para ti, es una presencia muy tranquilizadora, por no hablar de entretenida. Ty está encantado. Por ahora, a pesar de lo difícil que es, he podido contener mi lascivia. Aunque ya me ha advertido de que es una batalla perdida.

Doug se sentó en la cama y se rascó la cabeza.

—Nunca había estado celoso. Resulta degradante tener la primera experiencia debido a un tipo que parece un enano de jardín.

—Si pudieras oler la salsa de espaguetis que está preparando, te volverías loco de celos.

—Maldito.

Lana rió y bajó la voz.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. He hablado con algunas personas hoy, espero hablar con más mañana. Puede que me acerque a Seattle antes de volver. Me suena a que me echas de menos.

—Creo que sí. Me he acostumbrado a tenerte por aquí, o a kilómetros de distancia. Creía que nunca volvería a acostumbrarme a esto. Supongo que debería preguntarte qué has descubierto.

Doug se estiró en la cama, disfrutando un poco de la idea de que Lana le echara de menos.

—Lo suficiente para saber que a Carlyle le gustaban las mujeres y más de una a la vez. Tengo la corazonada de que la secretaria es un elemento clave. Intentaré centrarme en localizarla. Quería preguntarte algo, ¿se supone que debo llevarte un regalo de Boston?

—Por supuesto.

—Entendido, ya he pensado algo. ¿Novedades que debería saber?

—Se pasaron horas limpiando la excavación. Sé que están todos muy desanimados y angustiados. Creo que están seriamente preocupados por que les anulen las subvenciones, al menos temporalmente. Si la policía tiene pistas, no nos lo ha comunicado.

—Cuídate y cuida de Ty-Rex.

—Cuenta con ello. Vuelve pronto, Doug. Vuelve sano y salvo.

—Cuenta con ello.

A las tres de la madrugada sonó el teléfono y se le subió el corazón a la garganta. Le latía desaforadamente cuando descolgó el receptor.

—Diga.

—Tiene mucho que perder y poco que ganar. Vuelva a casa mientras todavía la tiene.

—¿Quién es?

Sabía que no valía la pena preguntar. Era totalmente inútil, porque le colgaron.

Colgó y se quedó echado en la oscuridad.

Alguien sabía que estaba en Boston y no le gustaba la idea.

Eso significaba que seguía habiendo algo o alguien que descubrir en Boston.

No era sólo la cantidad de horas ni el hecho de que su trabajo fuera exigente tanto física como mentalmente. Callie había trabajado muchas horas y en condiciones mucho más arduas.

Allí el tiempo estaba pasando delicadamente de verano a otoño, ofreciendo días cálidos y noches frescas. Salvo algunos indicios de amarillo en los chopos, las hojas seguían exuberantemente verdes. El cielo seguía azul y despejado. En otras circunstancias, cualquier otra circunstancia, las condiciones de trabajo habrían sido ideales.

Callie habría cambiado aquellos apacibles días de septiembre por un calor abrasador o unas lluvias torrenciales, por nubes de insectos y amenazas de insolación. Porque sus pensamientos iban de un lado a otro y sabía que no volvía a casa agotada todas las noches por el trabajo en sí. Era la falta de definición, la concentración fracturada.

Sólo tenía que mirar hacia el suelo chamuscado donde antes estaba la caravana de Digger para revivirlo todo.

Intelectualmente, sabía que su reacción era precisamente la que ellos perseguían. Pero el meollo del problema era no saber quiénes eran ellos. Si un enemigo tenía una cara, pensaba —o esperaba— que podría vencerlo. Pero no había nadie a quien vencer y ningún sitio hacia donde canalizar su ira.

Sabía que era la sensación de inutilidad lo que le producía ese abrumador cansancio. ¿Cuántas veces podría estudiar la cronología que ella y Jake habían confeccionado? ¿Cuántas veces podría reconfigurar las relaciones, rascar las capas de personas, años y sucesos?

Al menos Doug estaba haciendo algo tangible, hablando con personas en Boston. Sin embargo, si ella lo hubiera acompañado, se habría dado la satisfacción de la acción, pero habría abandonado a su equipo cuando más la necesitaban.

Tenía que estar aquí, siguiendo la rutina, hora tras hora, día tras día. La fachada de normalidad era esencial, o el proyecto se resentiría tanto como su propia moral.

Sabía que el equipo buscaba una guía en ella. Como también sabía que cotilleaban sobre su vida personal. Había visto cómo la miraban disimuladamente, las conversaciones susurradas que se paraban de repente cuando ella entraba en una habitación.

No les culpaba por ello. Un notición es un notición. Y la voz popular decía que la doctora Callie Dunbrook era la tanto tiempo perdida Jessica Cullen.

Se había negado a conceder entrevistas o responder preguntas. Una cosa era querer descubrir la verdad y otra, desnudarse ante los medios y los curiosos. Pero se presentaron curiosos de todos modos. Callie era consciente

de que venía tanta gente a la excavación a verla a ella como el proyecto en sí.

Aunque nunca se había mostrado esquiva con los medios, era muy diferente que el foco se centrara en ella y no en su vida profesional.

Estaba irritable, nerviosa y distraída. Los tres estados de ánimo explotaron cuando la puerta del baño se abrió mientras ella estaba incubando su mal humor en la bañera.

Agarró la alcachofa de la ducha como si fuera un arma mientras le resonaban en la cabeza las notas de violín de *Psicosis*.

Apretó los dedos sobre el extremo de la cortina de la ducha, preparada para correrla.

—Soy Rosie.

—La madre que te parió. —Callie volvió a colgar la alcachofa en su sitio—. Estoy desnuda.

—Eso espero. Me preocuparía más por ti si empezaras a ducharte con la ropa puesta. Me parece que el baño es el único sitio donde podemos hablar en privado.

Callie apartó la cortina un centímetro. A pesar del vapor, vio que Rosie bajaba la tapa del váter y se sentaba.

—Si estoy en el baño es porque quiero intimidad.

—Eso digo yo. Bueno. —Rosie cruzó las piernas—. Tienes que sacarlo fuera, chica.

—¿Sacar fuera qué? —Callie volvió a correr la cortina y metió la cabeza debajo de la ducha—. A mí me parece que me merezco un poco más de respeto. No está bien que uno entre en el baño cuando otro está mojado y desnudo.

—Las bolsas que tienes en los ojos son lo bastante grandes para llevar la compra de la semana. Has adelgazado. Y tu carácter, que nunca ha sido templado, se está volviendo agrio. No puedes decirle a un periodista que le cortarás la lengua con una pala. Son malas relaciones públicas.

—Estaba trabajando. Le advertí de que no comentaría ningún tema personal. Incluso me ofrecí a hablar con él sobre el proyecto. Pero no se dio por vencido.

—Cariño, sé que esto es muy difícil para ti. Tienes que dejar que yo, Leo, Jake, o incluso Digger, nos encarguemos de hablar con los medios a partir de ahora.

—No necesito escudos, Rosie.

—Sí los necesitas. Desde ahora, yo me encargo de los medios. Si quieres discutírmelo, tú y yo vamos a tener nuestra primera pelea. Hace seis años que nos conocemos, que yo recuerde. No me gustaría estropear nuestra amistad. Pero me impondré, Callie, si hace falta.

Callie abrió un centímetro la cortina otra vez y la miró furiosa.

—Es muy fácil de decir cuando yo estoy en remojo y desnuda.

—Sécate y vístete. Te esperaré.

—¿Tan mal aspecto te parece que tengo?

—Te está haciendo polvo. La verdad es que no te había visto tan

hundida desde que tú y Jake os separasteis.

—No puedo quitármelo de encima. —Tampoco pudo quitarse de encima a Jake, recordó. Ni dejar de hablar de él, de sus recuerdos, de pensar en él—. En la excavación, en la ciudad, aquí. No me deja nunca en paz.

—La gente habla. Ése es uno de los problemas de nuestra especie. No sabemos callar. —Esperó a que Callie cerrara el agua y se levantó para darle una toalla—. El equipo no pretende amargarte más de lo que ya lo estás. Pero no haríamos lo que hacemos si no fuéramos curiosos por naturaleza. Queremos saber. Por eso excavamos.

—No les culpo. —Salió de la bañera y cogió la toalla. Como el pudor no era uno de sus fuertes, se envolvió el pelo con ella y cogió otra—. Que todo el mundo pase de puntillas por mi lado me pone nerviosa. Y saber que Digger perdió aquella lata que él denominaba casa porque alguien quería fastidiarme me preocupa. Me preocupa mucho.

—Digger se comprará otra lata. Tú y Jake no resultasteis gravemente heridos. Es lo más importante.

—Conozco las prioridades, Rosie. E, intelectualmente, conozco la pauta para causar miedo, duda y distracción. Pero es una pauta precisamente porque funciona. Estoy asustada, confusa y distraída, y no tengo la sensación de estar más cerca de encontrar lo que estoy buscando.

Se secó con la toalla y cogió la ropa interior que había traído con ella.

—¿Por qué no me has preguntado nada? ¿De los Cullen y de lo que se siente al saber que se empezó la vida como otra persona?

—Estuve a punto un par de veces. Pero decidí que ya me lo contarías cuando te apeteciera. Y no creo que haga falta decirte que el equipo te apoya en todo. Pero te lo digo de todos modos.

—Si yo no formara parte del equipo, el proyecto no estaría en peligro.

Rosie cogió un tarro de crema corporal de detrás del váter. Lo abrió y lo olió. Apretó los labios en señal de aprobación, metió un dedo en el tarro y se untó las manos.

—Formas parte del equipo. Tú me incluiste en él. Si tú te vas, yo me voy. Si tú te vas, Jake se va. Si Jake se va, Digger se va. El proyecto corre más peligro si sucede eso. Y tú lo sabes.

—Podría convencer a Jake para que se quedara.

—Sobrevaloras tus poderes de convicción. No piensa perderte de vista. De hecho, me sorprende y me decepciona un poco no haberos encontrado a los dos en la ducha. Habría constado en la primera página del libro personal de recuerdos de Rosie.

—Ya hay bastantes habladurías en la casa sin que Jake y yo nos duchemos juntos.

—Ahora que lo mencionas. —Le pasó el tarro de crema a Callie, y jugó con un frasco de hidratante mientras Callie se masajeaba los brazos y las piernas con crema—. Si quisiera hacerte una pregunta, sería de este ámbito en particular. ¿Qué hay entre vosotros dos?

Callie se puso unos vaqueros limpios.

—No lo sé.

—Si no lo sabes tú, ¿quién lo sabe?

—Nadie. Todavía estamos... Intentamos... No lo sé —repitió, y cogió la camisa—. Es complicado.

—Bueno, sois personas complicadas. Por eso era interesante observaros la primera vez. Como ser testigo de una reacción nuclear. Esta vez es más bien como observar un fuego de baja intensidad, y no estar del todo segura de si va a seguir ardiendo así o va a avivarse con grandes llamaradas en cualquier momento. Siempre me gustó que estuvierais juntos.

—¿Por qué?

Rosie soltó una risa musical.

—Un par de animales bellos y esquivos al acecho, sin decidir si van a hacerse pedazos o a aparearse.

Se untó la cara de crema hidratante.

—Eres un pozo de analogías.

—Soy de naturaleza romántica. Me gustaba veros juntos desde el principio. Ahora mismo ese hombre sólo quiere abrazarte, pero no sabe cómo hacerlo. Y es lo bastante listo para ser prudente porque si te abraza como no debe lo despellejarás. Eso le plantea un buen problema. Porque tu carácter temperamental es una de las cosas que le gustan de ti.

Despacio, Callie se quitó la toalla del pelo y cogió un peine.

—Me gusta estar segura de las cosas. —Se golpeó la palma de la mano con el peine antes de pasárselo por el pelo mojado—. Nunca estuve segura de que me quisiera. Creía que me engañaba. Con Verónica Weeks.

—Mierda, ella le echó el ojo desde el primer día, y sobre todo porque estaba celosa de ti porque tu hombre es un pedazo de hombre. Quería complicarte la vida. No te podía ver.

Callie se peinó apartándose el pelo de la cara.

—Misión cumplida. —Bajó el peine—. ¿Cómo es que tú sabías eso y yo no?

—Porque tú lo tenías encima, cariño, y yo era una observadora. Pero no creo que metiera un pie en ese estanque, Cal. No era su tipo.

—No me digas. Alta, buen tipo, dispuesta. ¿Por qué no era su tipo?

—Porque no eras tú.

Soltando un suspiro, Callie se estudió la cara en el espejo. Objetivamente, sinceramente.

—No estoy mal. Si me tomara la molestia de arreglarme, incluso sería bastante atractiva. Pero ése es mi límite. Verónica era guapísima. Absolutamente preciosa.

—¿Dónde se te pegó ese complejo de inferioridad?

—Vino con el paquete cuando me enamoré de él. Ya sabes la fama que tiene, sabes que siempre está encima de las mujeres, flirteando con ellas.

—Lo de tocar y flirtear es sólo su forma de comunicarse. La fama era anterior a ti. Y todo eso —continuó Rosie— forma parte de lo que tú te enamoraste.

—Sí. —Fastidiada consigo misma, Callie volvió a pasarse el peine por el pelo—. De lo que me enamoré e inmediatamente me empeñé en cambiar. Qué tonta. No podía creer que dejara de saltar encima de cualquier otra mujer. Especialmente de Verónica Weeks y su evidente buena disposición, sobre todo porque encontré su ropa interior debajo de nuestra cama.

—Oh.

Rosie lo pronunció como si tuviera tres sílabas.

—Me tendió una trampa y yo caí a cuatro patas. —Tiró el peine sobre el lavabo—. Me da mucha rabia. Caí a cuatro patas porque no creía que me amara, al menos no lo suficiente. Por eso lo atosigué y atosigué, y como no lograba que me respondiera como yo quería, lo eché a patadas.

—Ahora le has dejado volver a entrar. No te haría ningún daño disfrutarlo un poco. —Rosie se acercó al lavabo, miró a los ojos de Callie reflejados en el espejo—. ¿Te engañó, Cal?

—No. La jodió en muchas cosas, pero no me engañó.

—Entendido. ¿Tú no la jodiste?

Callie soltó un bufido.

—A base de bien.

—Entendido. Ahora escucha a la sabia tía Rosie. Si mi vida estuviera en el punto en que está la tuya, no me importaría tener a un hombre grande y fuerte dispuesto a estar detrás de mí, además de delante. De hecho, no me importaría tener a un hombre grande y fuerte en cualquier momento. Pero yo soy así.

Callie inclinó la cabeza hasta que golpeó ligeramente la de Rosie.

—¿Por qué no estás casada y teniendo hijos?

—Cariño, el mundo está lleno de hombretones fuertes. ¿Quién puede elegir sólo uno? —Acarició el hombro de Callie—. Tengo unos parches de hierbas que te irían de maravilla para las ojeras. Te traeré un par. Te los pones y te echas media hora.

Callie se sentía bastante tonta echada en el saco de dormir con dos parches que olían a pepino recién cortado encima de los párpados. Y se imaginaba que parecía una versión rubia de la huerfanita Annie.

Pero le estaban sentando bien. Eran frescos y calmantes. Y aunque no solía preocuparse por su aspecto cuando trabajaba, Callie tenía un sano sentido de la vanidad. No le gustaba saber que había deambulado por ahí hecha un adefesio.

A lo mejor se haría un tratamiento facial. Rosie siempre llevaba un montón de artilugios femeninos en la bolsa. Le pediría alguno. Y por la mañana se acordaría de maquillarse.

No había ninguna necesidad de ir por ahí hecha una bruja aunque se sintiera como tal.

No logró resistir los treinta minutos, pero consideró una victoria de su voluntad aguantar quince. Se levantó, se quitó los parches y se miró

críticamente en el espejo de mano que tenía en la mochila.

Había estado peor, sentenció. Pero también había estado mejor, sin duda.

Bajaría, saquearía un poco de comida de la cocina y le pediría a Rosie que le recomendara algo para aplicarse en la cara. Podía llevar la cara untada de potingues mientras trabajaba en los asuntos del día.

Considerándolo un compromiso inteligente, empezó a bajar. Pero se detuvo a mitad de camino cuando vio a Jake en la puerta y a sus padres al otro lado.

Formaban un retablo curioso, pensó. ¿Cuántas veces se habían visto en realidad cara a cara? ¿Un par? No, tres veces, se corrigió.

Otro error, imaginó. Había considerado a Jacob Graystone tan alejado del estilo de vida de sus padres que no había hecho ningún esfuerzo de verdad para que entrara en el círculo familiar. Y no tenía ninguna duda de que él había tenido la misma reserva con ella respecto a su propia familia.

No era raro en absoluto entonces que estuvieran tan poco cómodos juntos. Incluso sin tener en cuenta todo lo que había sucedido desde julio.

Se pasó los dedos por el pelo y bajó corriendo el resto de escalones.

—Vaya sorpresa. —Intentó mostrarse alegre y espontánea, pero la tensión que llevaba dentro y que transmitía se podía cortar con un cuchillo—. Deberíais haberme dicho que veníais. Os habría indicado cómo llegar. No os habrá sido fácil encontrar la casa.

—Sólo nos hemos perdido dos veces —dijo Vivian, abrazando a Callie.

—Una vez —corrigió Elliot—. La segunda vez ha sido sólo un reconocimiento. Y habríamos llegado hace una hora si tu madre no hubiera insistido en parar para comprar esto.

—Un pastel de cumpleaños. —Vivian soltó a Callie y Elliot levantó la caja de la pastelería—. No podíamos venir hasta aquí para desearte feliz cumpleaños y no traer un pastel. Sé que no es hasta mañana, pero no pude resistirme.

A Callie se le heló la sonrisa, pero cogió la caja.

—Nunca es mal momento para comer un poco de azúcar.

Sentía la curiosidad y las especulaciones que se filtraban de la sala donde estaban reunidos los miembros del equipo.

—Ah, os presento a Dory, a Matt y a Bob. Y os acordaréis de Rosie.

—Por supuesto. Mucho gusto. —Vivian acarició el brazo de Callie mientras hablaba—. Me alegro de volver a verte, Rosie.

—¿Por qué no lo llevamos a la cocina? De todos modos es la única habitación que tiene sillas. —Se volvió, poniendo la caja en manos de Jake antes de que pudiera escaparse—. Prepararé café.

—No queremos que te molestes. —Pero Elliot la siguió—. Pensamos que quizá querrías salir a cenar. Tenemos una habitación en un hotel cerca del río. Nos han dicho que el restaurante está muy bien.

—Bueno...

—Esconderé el pastel —se ofreció Jake—. Si no, será sólo un recuerdo

cuando volváis.

—Como si a ti se te pudiera confiar un pastel. —Callie cogió otra vez el pastel y tomó una decisión impulsivamente—. Lo esconderé yo y tú vendrás con nosotros.

—Tengo trabajo —empezó él.

—Yo también. Pero no voy a rechazar una buena comida lejos de las hordas y no te dejaré solo con este pastel. Vuelvo enseguida —dijo a sus sorprendidos padres, y salió apresuradamente con el pastel.

Jake se golpeó el muslo con los dedos, mientras pensaba en una docena de maneras de hacerle pagar a Callie que lo hubiera puesto en ese compromiso.

—Oíd, yo no voy. Sé que queréis estar a solas con Callie.

—Ella quiere que vengas.

Vivian lo dijo con una perplejidad tan ingenua que Jake estuvo a punto de echarse a reír.

—Decidle que he vuelto a la excavación.

—Ella quiere que vengas —repitió Vivian—. Así que vienes.

—Señora Dunbrook...

—Deberías cambiarte la camisa. Y ponerte una chaqueta. Una corbata tampoco estaría mal —añadió—, pero no es obligatoria.

—No tengo ninguna. Aquí, quiero decir. Tengo una corbata, pero ahora mismo... no la tengo aquí —acabó, sintiéndose idiota.

—Una camisa y una chaqueta serán suficientes. Ve a cambiarte. Esperaremos.

—Lo que usted diga, señora.

Elliot esperó a que estuvieran solos y entonces se inclinó para besar a su esposa.

—Ha sido todo un detalle.

—No sé lo que pensar de él, pero si ella lo quiere, lo tendrá. Y no hay más que hablar. Qué mal rato ha pasado con lo de la corbata. Creo que hasta podría perdonarle que hiciera desgraciada a Callie.

No sólo había pasado un mal rato. Estaba incomodísimo. No habría sabido qué decir a aquellas personas en las mejores circunstancias. Y aquellas no eran precisamente buenas.

Descubrió que la camisa estaba arrugada. No tenía una plancha a mano. Sólo tenía la camisa y la chaqueta por si debía salir en la tele o hacer una visita a la universidad.

Intentando recordar si la camisa había pasado por la lavadora después del último uso, la olió. Bien, un punto a su favor. No olía mal. Por ahora.

Seguramente ya estaría toda sudada antes de que entraran en el vestíbulo del restaurante.

Si Callie lo había metido en eso para castigarlo, se iba a enterar.

Se puso la camisa con la esperanza de que la chaqueta disimulara las arrugas. Se entretuvo un poco, negándose a salir hasta el último minuto. Se cambió las botas por un par de zapatos más presentables. Luego se pasó una mano por la cara y recordó que hacía días que no se afeitaba. Cogió el neceser y se metió en el baño para ponerle remedio.

Uno no debería tener que ponerse una chaqueta incómoda y afeitarse para cenar con personas que iban a mirarlo con desconfianza por ser el ex marido. No debería verse obligado a aguantar lo que con toda seguridad sería una velada llena de emociones.

Tenía trabajo y cosas en qué pensar. Y no necesitaba irritarse más.

Estaba afilando la navaja cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Soy Callie.

Jake abrió la puerta con una mano y con la otra cogió a Callie y tiró de ella.

—¿Por qué me haces esto? ¿Te he hecho algo malo últimamente?

—Es una cena. —Arqueó la cabeza para evitar mancharse con la espuma de afeitarse—. A ti te gusta comer.

—Líbrame de ésta.

Callie arqueó las cejas.

—Líbrate tú.

—Tu madre no me deja.

El corazón de Callie se enterneció.

—¿En serio?

—Me ha dicho que me cambiara de camisa.

—Es una camisa bonita.

Jake soltó un suspiro.

—Está arrugada y no tengo corbata.

—No está tan arrugada y no necesitas corbata.

—Te has puesto un vestido —la acusó con rabia.

Se volvió hacia el espejo y, con expresión malhumorada, siguió afeitándose.

—Estás nervioso porque vas a cenar con mis padres.

—No estoy nervioso. —Maldijo al cortarse la barbilla—. No sé por qué tengo que cenar con ellos. Ellos no quieren que me entrometa.

—¿No acabas de decir que mi madre no te ha permitido escaparte?

Jake respiró hondo y le lanzó una mirada furibunda.

—No confundas las cosas.

Mira qué simpático se ponía, pensó Callie divertida. Una simpatía que siempre había pasado por alto.

—¿Intentamos llegar a alguna parte juntos, Graystone?

—Creía que estábamos en alguna parte. —Luego calló y enjuagó la

navaja—. Sí, intentamos llegar a alguna parte.

—Pues esto forma parte del trayecto. Es una parte que no me puedo saltar otra vez.

—Sí, sí, voy a ir, ¿no? —Pero desvió la mirada y la miró de arriba abajo—. ¿Por qué has tenido que ponerte un vestido?

Callie levantó las manos y dio una vuelta para que viera cómo se le pegaba la tela negra al cuerpo.

—¿No te gusta?

—Puede que sí. ¿Qué llevas debajo?

—Si eres buen chico y te comportas, a lo mejor podrás descubrirlo tú solo más tarde.

Jake intentó no pensar en eso. Le parecía grosero pensar en quitarle a Callie el vestidito negro mientras estaban sentados con sus padres.

Y la conversación se ciñó tan estrictamente a cualquier cosa que no fuera su herencia familiar, que era como si el tema resonara como el tañido lejano de una campana.

Hablaron de la excavación. Un tema que parecía bastante seguro. Pero nadie mencionó las muertes ni el incendio.

—Creo que Callie nunca nos ha hablado de por qué te dedicas a este trabajo.

Elliot dio el visto bueno al vino y les llenaron las copas.

—Ah... me interesaba la evolución y la formación de las culturas. —Jake se ordenó a sí mismo no coger la copa y tragarse el vino como si fuera una medicina—. Lo que hace que se formen las tradiciones y se construyan las sociedades de una forma...

El hombre no había pedido que le diera una conferencia.

—La verdad es que empezó cuando era niño. Mi padre es en parte apache, en parte inglés, en parte canadiense francés. Mi madre es en parte irlandesa, italiana, alemana y francesa. Es mucha mezcla. Me interesaba cómo se llegaba a esto. Todas esas piezas pueden seguirse hacia atrás, como seguir una pista.

—Y ahora ayudas a Callie a seguir las suyas.

Todo el mundo se quedó inmóvil un momento. Jake sintió que Vivian se ponía rígida a su lado, al mismo tiempo que veía que Callie levantaba una mano y la ponía sobre la de su padre en un gesto de gratitud.

—Sí. No le gusta que la ayuden, así que tengo que atormentarla.

—La educamos para que fuera independiente y se lo tomó al pie de la letra.

—Entonces, ¿no la intentasteis educar para que fuera obstinada, terca y tozuda?

Elliot apretó los labios y después sorbió un poco de vino con un destello de humor en la mirada.

—No, pero ella tenía sus propias ideas sobre el asunto.

—Yo lo llamo ser autosuficiente, segura y tener las cosas claras. —Callie partió un pedazo de pan y lo mordisqueó—. A un hombre de verdad no le daría miedo.

Jake le pasó la mantequilla.

—Sigo aquí, ¿no?

Callie untó el pan con mantequilla y se lo pasó.

—Ya me deshice de ti una vez.

—Eso es lo que tú te crees. —Volvió a mirar a Elliot—. ¿Pensáis pasar por la excavación ya que estáis aquí?

—Sí, por supuesto. Mañana, si os parece bien.

—Si me disculpáis un momento.

Vivian se levantó de la mesa y al hacerlo puso una mano en el hombro de Callie y lo apretó.

—Ah... voy contigo. ¿Qué? —susurró mientras se alejaban de la mesa—. Nunca he entendido por qué las chicas van al baño de dos en dos.

—Seguramente existe una base antropológica para ello. Pregúntaselo a Jacob. —Una vez en el baño, Vivian sacó los polvos—. Tienes veintinueve años. Eres dueña de tu propia vida. Pero a pesar de todo sigo siendo tu madre.

—Por supuesto. —Preocupada, Callie se acercó y apretó la mejilla contra la de Vivian—. Nada puede cambiar eso.

—Como tu madre, ejerzo el derecho de meter la nariz en tus asuntos. ¿Tú y Jacob os habéis reconciliado?

—Bueno. A ver... No sé si ésa es una palabra que se pueda aplicar a Jake y a mí. Pero estamos juntos otra vez. En cierto modo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres y no es porque ahora tus emociones sean un remolino?

—Él siempre ha sido lo que yo quería —dijo Callie sencillamente—. No puedo explicar por qué. Lo hicimos tan mal la primera vez...

—¿Sigues enamorada de él?

—Sigo enamorada de él. Me vuelve loca y me hace feliz. Me estimula y esta vez, a lo mejor porque lo intenta de verdad o porque yo le dejo, también me consuela. Sé que estamos divorciados y que hace casi un año que no lo veía. Sé lo que dije cuando nos separamos, y lo decía en serio. O quería decirlo en serio. Pero le quiero. ¿Crees que estoy loca?

Vivian pasó una mano por el pelo de Callie.

—¿Quién dijo que el amor fuera un signo de cordura?

Callie soltó una risita.

—No lo sé.

—No lo es siempre, y no suele ser cómodo, sino casi siempre un trabajo duro.

—La primera vez no lo trabajamos mucho. Ninguno de los dos tenía ganas de esforzarse.

—Os llevabais bien en la cama. Venga. —Vivian se apoyó en el lavabo cuando vio la cara de sorpresa de Callie—. Yo tampoco me puedo quejar. Tú y Jacob sentís una fuerte atracción física. ¿Es bueno en la cama?

—Es... excelente.

—Eso es importante. —Vivian se volvió hacia el espejo y se aplicó polvos en la nariz—. La pasión es importante y el sexo es una forma vital de comunicación en el matrimonio, además de un placer. Pero igual de importante, desde mi punto de vista, es que ahora está sentado con tu padre. Que hoy haya venido con nosotros, aunque no le apeteciera mucho. Eso me dice que está dispuesto a esforzarse. Asegúrate de cumplir con tu parte, y a vosotros dos os puede ir bien.

—Ojalá... ojalá te hubiera hablado de él antes. Ojalá te hubiera hablado de nosotros.

—Me habría gustado.

—Quería hacerlo. Hacer que funcionara, controlarlo todo. Y me equivoqué.

—Seguro que te equivocaste. —Puso las manos en las mejillas de Callie—. Pero también estoy segura de que él se equivocó más.

Callie sonrió.

—Te quiero, mamá.

Callie esperó que Jake hiciera algún comentario en el camino de vuelta, pero tuvo que preguntarle.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido?

—¿Qué me ha parecido qué?

—La cena.

—Buena. Hacía meses que no comía costillas.

—La comida no, idiota. Ellos. Mis padres. El doctor y la señora Dunbrook.

—También son buenos. Van aguantando y para eso se necesita mucha entereza.

—Les has caído bien.

—No me han odiado. —Echó atrás los hombros—. Creí que me odiarían. Y que nos pasaríamos la cena haciendo comentarios gélidos, correctos y educados. O que me echarían veneno en el plato cuando no mirara.

—Les has gustado —repitió Callie—. Y tú también has aguantado, así que gracias.

—Una cosa sí me preocupaba.

—¿Cuál?

—¿Vas a recibir dos pasteles de cumpleaños todos los años? No me gusta ir de compras, y si se supone que tengo que hacerte dos regalos, me vas a fastidiar mucho.

—Todavía no he recibido ninguno.

—Ya llegaré. —Se desvió en el cruce y entró en el camino de grava—. Tienes una perspectiva poco halagüena. Es una ciudad pequeña y una excavación aún más pequeña. Hay muchas probabilidades de que tus padres se tropiecen con los Cullen si se quedan más de una noche en la zona.

—Ya lo sé. Veré lo que hago cuando se presente el problema.

Bajó del coche y se quedó un rato quieta inspirando el fresco aire nocturno.

—El amor da mucho trabajo, dicen. Por tanto trabajaremos.

Jake le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Antes nunca hacías eso —comentó ella—. Ahora lo haces muy a menudo.

—Hay muchas cosas que antes no hacía. Espera un momento. —Le metió los dedos en el escote.

Callie soltó una risita.

—Vaya, eso sí que lo hacías.

Jake sacó la mano de su vestido, la sostuvo delante de su cara.

Colgándole del índice y el pulgar tenía un brazalete de oro, reluciente, con un complejo grabado de inspiración bizantina.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

—Uau —fue lo único que se le ocurrió a Callie.

—Feliz cumpleaños.

—Es... una joya. Nunca... me habías regalado una joya.

—Mentira podrida. Te regalé un anillo de oro, ¿no?

—Las alianzas no cuentan. —Le arrancó el brazalete de la mano y lo examinó. El oro era tan bello que parecía que fuera a fundírsele entre los dedos—. Es precioso. En serio, Jacob.

Encantado con su reacción, Jake lo cogió y se lo puso en la muñeca.

—He oído un rumor de que la mujer contemporánea prefiere adornos corporales. Te queda muy bien, Cal.

Callie acarició el oro con un dedo.

—Es... Uau.

—De haber sabido que las chucherías te dejarían muda, te habría enterrado en ellas hace años.

—No podrás estropearlo con insultos. Me encanta.

Le cogió la cara con las manos y lo besó. Se apartó lo suficiente para poder mirarlo a los ojos y verse reflejada en ellos.

Y volvió a besarlo, abrazándolo y metiéndole los dedos en el pelo.

Luego, con un pequeño bufido, el beso se hizo más íntimo. Y el placer. Cálido, lento y dulce, mientras sus brazos la rodeaban. Se mecieron en la noche, fundiéndose el uno en el otro.

Suspirando, juntó la mejilla con la de él y contempló la danza de las luciérnagas que los rodeaban.

—Me encanta, de verdad.

—Eso me ha parecido.

Le cogió la mano otra vez y la llevó hacia la casa. Oyó el sonido de la televisión al abrir la puerta.

—Esto está a tope. ¿Subimos?

—Tu habitación está abajo.

—Me he portado bien —recordó él, y tiró de ella rápidamente hacia arriba—. Ahora quiero saber qué hay debajo del vestido.

—Vale, una promesa es una promesa. —Entró en la habitación y se quedó de piedra—. ¿De dónde ha salido eso?

La cama estaba en el centro de la habitación. Era antigua, con la cabecera de hierro plateada. Había sábanas nuevas en el colchón y un papel escrito a mano apoyado en la almohada: «FELIZ CUMPLEAÑOS, CALLIE».

—El colchón es de la tienda de descuentos del centro comercial. La cabecera y el somier, de un mercadillo. Todos han participado.

—Uau. —Encantada, corrió a sentarse en un lado de la cama y saltó—. Es estupendo. De verdad. Debería bajar y darles las gracias a todos.

Sonriendo, Jake cerró la puerta detrás de él y pasó la llave.

—Primero dámelas a mí.

Puede que fuera la cama nueva o el sexo. Puede que fuera que sentía como si hubiera pasado el cumpleaños en dos etapas, pero el humor de Callie era alegre y firme.

Se sentía tan bien con su equipo y tan culpable por el recuerdo del registro de mochilas que repartió el pastel de cumpleaños durante el desayuno. Se preparó té frío para el termo, se lamió el hielo de los dedos y vio encantada que Leo entraba en la cocina.

—Feliz cumpleaños. —Dejó un paquete sobre la mesa—. Quiero que te quede claro que no tengo nada que ver con esto.

Callie tocó la caja con el dedo índice.

—¿No estará vivo?

—No puedes hacerme responsable.

Callie vertió el té en el termo y se llevó la caja para abrirla. El papel de envolver tenía un motivo de globos y el lazo era enorme y rosa. Una vez abierto, tuvo que meter la mano entre las bolitas de poliespán y después extrajo un cuenco no muy hondo de cerámica de forma cuadrada y rayas azules, verdes y amarillas.

—Uau. ¿Es un... qué?

—Ya te he dicho que no tenía nada que ver —recordó Leo.

—¿Un cenicero? —aventuró Rosie.

—Demasiado grande. —Bob miró por encima del hombro de Callie para estudiarlo—. ¿Un bol de sopa?

—No es bastante profundo. —Dory apretó los labios—. Una fuente, quizá.

—Podrías llenarlo de popurrí. O de algo.

Fran recogió su termo mientras todos se agolpaban alrededor de la mesa para verlo.

—Un atrapapolvo —sentenció Matt.

—Arte —corrigió Jake—. Y no necesita ningún otro propósito.

—Eso. —Callie lo volvió para ver la base—. Mirad, lo ha firmado. Tengo un Clara Greenbaum original. Oye, esto pesa. Bueno, tiene... una forma y un dibujo originales. Gracias, Leo.

—No soy responsable de esto.

—Llamaré a la artista y le daré las gracias. —Callie lo dejó en el centro de la mesa y se apartó para mirarlo. Posiblemente era la cosa más fea que había visto en su vida—. Oye, es... artístico.

—Popurrí. —Rosie le dio un golpecito en el hombro—. Montones y

montones de popurrí.

—Sí. Bueno, ya está bien de frivolidades. —Siguió vertiendo el té en su termo y lo cerró—. A trabajar.

—Cuando le des las gracias, ¿cómo lo vas a llamar? —preguntó Jake mientras iban hacia el coche.

—El regalo.

—Bien pensado.

Suzanne se secó nerviosamente las manos en las caderas de los pantalones mientras iba a abrir la puerta. Sentía un aleteo justo debajo del corazón y otro en la boca del estómago.

Una parte de ella quería dejar aquella puerta firmemente cerrada. Aquello era su casa. Y la mujer que estaba fuera era parcialmente responsable de su aflicción. Pero hizo acopio de ánimos, cuadró los hombros, levantó la barbilla y abrió la puerta a Vivian Dunbrook.

Su primera impresión fue que la mujer era preciosa, perfectamente vestida con un traje gris, pocas y discretas joyas y unos zapatos clásicos elegantes.

Fue una reacción instintiva femenina pero no impidió que Suzanne recordara que ella misma se había cambiado dos veces de traje después de que Vivian llamara. Ahora deseaba haberse puesto el traje azul marino en lugar de los pantalones negros y la blusa blanca, más informales.

La moda como ecualizador.

—Señora Cullen. —Los dedos de Vivian se apretaron sobre el asa de la bolsa que llevaba en la mano—. Le agradezco mucho que me reciba.

—Pase, por favor.

—Es un lugar maravilloso. —Vivian entró. Si estaba nerviosa, su voz no lo traslucía—. Tiene un jardín precioso.

—Es una afición. —La espalda recta, la cara serena, Suzanne la guió al salón—. Siéntese, por favor. ¿Le apetece tomar algo?

—No, por favor, no se moleste. —Vivian eligió una butaca y se impuso a sí misma sentarse lentamente y no abandonarse a la flojera de las piernas—. Sé que una mujer de su posición estará muy ocupada.

—¿Mi posición?

—Su empresa le dará mucho trabajo. Siempre nos han encantado sus productos. A mi marido especialmente. Elliot tiene debilidad por los dulces. Le gustaría conocerla a usted y a su marido, por supuesto. Pero primero, yo quería..., esperaba que pudiéramos hablar. A solas, usted y yo.

Ella también podía ser educada, pensó Suzanne. Igual de elegante y cortés. Se sentó, cruzó las piernas y sonrió.

—¿Piensan quedarse unos días?

—Sólo uno o dos. Queríamos ver el proyecto. No sucede a menudo que Callie esté trabajando tan cerca... Oh, esto es muy raro.

—¿Raro?

—Creía que sabía lo que quería decir y cómo. He practicado lo que quería decirle. Esta mañana me he encerrado una hora en el baño y he practicado frente al espejo. Como si tuviera que salir a escena. Pero... —La emoción empañó la voz de Vivian—. Pero ahora no sé qué decirle, ni cómo. ¿Que lo siento? ¿De qué le va a servir que le diga que lo siento? No cambiará nada. No le devolveré lo que le arrebataron. Y ¿cómo puedo sentirlo, sentirlo de verdad? ¿Cómo puedo lamentar haber tenido a Callie? No es posible lamentar eso, sentir eso. No puedo ni imaginar por lo que usted ha tenido que pasar.

—No, no puede. Cada vez que la abrazaba, debería haber sido yo. Cuando la llevó a la escuela el primer día y la vio alejarse, debería haber sido yo la que sentía tristeza y orgullo. Yo debería haberle contado cuentos en la cama y haberla velado cuando estaba enferma, yo debería haberla castigado cuando desobedecía y haberla ayudado con los deberes. Yo debería haber llorado un poco cuando tuvo su primera cita. Y yo debería haberme sentido deprimida cuando se fue a la universidad. Haber sentido aquel pequeño vacío dentro. —Suzanne cerró un puño sobre su corazón—. Ese vacío que está mezclado con orgullo, pero que de todos modos hace que una se sienta pequeña y triste por dentro. Pero lo único que sentí es un gran vacío. Es lo único que he sentido siempre.

Se quedaron rígidas, sentadas en el elegante salón, con el cálido río de su amargura discurriendo entre las dos.

—No puedo devolverle esas cosas. —Vivian mantuvo la cabeza alta, los hombros rectos—. Y en el fondo sé que si nos hubiéramos enterado de esto hace diez o veinte años, habría hecho lo que fuera para retener a Callie. Para quedarme con ella, costara lo que costase. Ni siquiera puedo desear que las cosas fueran diferentes. No sé cómo.

—La llevé nueve meses dentro de mí. La tuve en brazos momentos después de que respirara por primera vez. —Suzanne se echó hacia delante como si se preparara para saltar—. Yo le di la vida.

—Sí. Y yo no. Nunca tendré ese vínculo con ella y siempre sabré que usted sí. Igual que ella lo sabe y eso siempre le importará. Usted siempre será importante para ella. Parte de la niña que fue mía toda su vida, es suya ahora. Nunca volverá a ser completamente mía. —Se calló para serenarse—. No puedo entender de ninguna manera lo que siente, señora Cullen. Usted no puede entender de ninguna manera lo que siento yo. Y puede que en alguna parte egoísta de nosotras mismas tampoco queramos entenderlo. Pero me duele que ninguna de las dos podamos saber lo que siente Callie.

—No. —El corazón de Suzanne se estremeció en su pecho—. No podemos. Lo único que podemos hacer es facilitarle las cosas.

Tenía que haber algo más que ira, se recordó Suzanne. Tenía que haber algo más, por la hija que se interponía entre las dos.

—No quiero que sufra. Ni por culpa mía ni por culpa suya, ni por las personas que son responsables de esto. Y temo por ella, tengo miedo de hasta dónde puede llegar alguien para impedir que Callie descubra lo que quiere averiguar.

—No cejaré. Pensé pedirle que me acompañara, que las dos le

suplicáramos que lo dejara..., incluso se lo consulté a Elliot. Pero ella no lo dejará, y sólo la haríamos sufrir pidiéndole algo que no puede darnos.

—Mi hijo está en Boston, intentando ayudar.

—Nosotros hemos preguntado entre la comunidad médica. No puedo creer que Henry, mi propio médico... —Se llevó la mano al cuello y retorció la cadena de oro que llevaba—. Cuando averigüe lo que quiere, y lo averiguará, alguien tendrá que pagar. Por ahora, no está sola. Tiene a su familia, a sus amigos y a Jacob.

—Es difícil de adivinar a cuál de los dos grupos pertenece él.

Por primera vez desde que había entrado en la casa, Vivian sonrió sinceramente.

—Espero que esta vez lleguen a descubrirlo. Y que no se equivoquen. Tengo que irme, pero quería darle esto.

Tocó la bolsa que había dejado en el suelo.

—Estuve repasando las fotografías del álbum. Hice copias de las que creí que..., las que me pareció que le gustaría tener. He apuntado detrás las fechas y las ocasiones que recordaba.

Se levantó, recogió la bolsa y se la ofreció. Mirándola, Suzanne se puso lentamente en pie. Tenía un puño que le apretaba el corazón, tan fuerte que le parecía que no sería capaz de respirar.

—Me hubiera gustado odiarla a usted —declaró—. Me hubiera gustado odiarla y quería que fuera una mujer detestable. Me decía a mí misma que eso era una estupidez. ¿Cómo iba a desear que mi hija hubiera sido criada por una mujer horrible y odiosa? Pero lo deseaba de todos modos.

—Lo sé. Me pasaba lo mismo. No quería que tuviera esta casa tan bonita, ni oírle hablar de ella con tanto amor. Quería que fuera furiosa y fría. Y gorda.

Suzanne soltó una risa ahogada.

—Vaya. No sabe lo bien que me hace sentir lo que dice. —Se permitió mirar a Vivian a los ojos. Se permitió mirar—. No sé lo que vamos a hacer.

—No, yo tampoco.

—Pero ahora mismo me gustaría mirar las fotos. ¿Por qué no las llevamos a la cocina? Prepararé café.

—Eso sería estupendo.

Mientras Suzanne y Vivian pasaban un par de horas llenas de sentimiento repasando el historial fotográfico de Callie, con café y pasteles, Doug volvía al despacho de Roseanne Yardley.

—No mencionó que fuera hijo de Suzanne Cullen.

—¿Qué habría cambiado?

—Admiro a las mujeres que alcanzan el éxito por sus propios medios. Hace años asistí a una conferencia sobre salud y seguridad infantil; ella era una de las oradoras. Habló con convicción y elocuencia de su propia experiencia. Entonces pensé que era una mujer muy valiente.

—He podido constatarlo personalmente.

—Me he pasado la vida trabajando por la salud y el bienestar de los niños. Y siempre me he considerado lista. Me es difícil aceptar que puedo haber estado relacionada con un hombre que los explotaba para obtener beneficios.

—Marcus Carlyle lo organizó todo para que secuestraran a mi hermana y la vendió. Sin duda hizo lo mismo con muchos otros niños. Y es probable que la utilizara a usted. Un comentario inocente sobre una paciente. Padres que habían perdido un hijo y no lograban concebir otro. Parientes de padres que no tenían hijos. Uno o más de sus pacientes podría haber sido perfectamente un bebé robado en otra parte del país.

—He pasado unas horas muy difíciles pensando en eso. No podrá hablar con Lorraine —dijo al poco rato—. Richard no se lo permitirá. Y si he de ser franca, ella no es muy fuerte. Nunca lo fue. Tampoco demostró nunca un gran interés por el trabajo de Marcus. Pero... —Empujó un pedazo de papel a través de la mesa—. Éste podría ser un contacto más útil. Por lo que me he enterado, ésta es la dirección de la secretaria de Marcus. Conozco a personas que conocen a personas que conocen a personas —dijo con una sonrisa agria—. He hecho algunas llamadas. No puedo garantizar que sea su dirección actual.

Doug echó un vistazo y vio que se suponía que Dorothy McLain Spencer vivía en Charlotte.

—Gracias.

—Si la localiza y averigua lo que quiere, me gustaría saberlo. —Se levantó—. Recuerdo algo que me dijo Marcus una noche cuando hablaba de nuestro trabajo y de lo que significaba para nosotros. Dijo que contribuir a colocar a un niño en un hogar estable y cariñoso era la parte más gratificante de su trabajo. Le creí. Y habría jurado que él también lo creía.

Lana se encontró sonriendo en cuanto oyó la voz de Doug al teléfono. Aposta, fingió una voz distraída y sin aliento.

—Ah... eres tú. Digger —dijo con un suspiro teatral—, ahora no.

—Eh.

—Siento tener que decírtelo así, pero Digger y yo estamos locamente enamorados y nos vamos a Bora Bora. A menos que tengas una oferta mejor.

—Creo que podría pagar un fin de semana en el Holiday Inn.

—De acuerdo. ¿Dónde estás?

—Camino al aeropuerto. Tengo una pista sobre la secretaria de Carlyle, así que me voy a Charlotte a comprobarla. Con los transbordos, voy a tardar todo el día en llegar. Quería que supieras dónde estaría. ¿Tienes papel y lápiz?

—Soy abogada.

—Es verdad. —Le dio la dirección del hotel que había reservado—. Díselo a mi familia, por favor.

—En cuanto pueda.

—¿Ha pasado algo que debería saber?

—La semana que viene podré volver al despacho. Como máximo dos semanas. Estoy muy ilusionada.

—¿No ha habido ninguna pista sobre el incendio?

—Saben cómo lo hicieron pero no quién. Lo mismo, por ahora, con la caravana. Te echamos todos de menos.

—Es agradable saberlo. Te llamaré en cuanto llegue al hotel. Cuando vuelva, ocuparé el lugar de Digger.

—Ah, ¿en serio?

—Él sale, yo entro. No es negociable.

—Esto es un desafío para una abogada. Vuelve pronto y ya hablaremos.

Seguía sonriendo cuando colgó. Inmediatamente después descolgó de nuevo para poner en marcha el plan que había estado elaborando mentalmente.

—Hora de descansar, jefa.

Con la cara prácticamente enterrada, Callie soplabla suavemente para apartar el polvo de una pequeña protuberancia de piedra.

—He encontrado algo.

Rosie arqueó una ceja.

—Cada día encuentras algo que añadir a tu bonita pila de huesos. Haces que los demás parezcan unos vagos.

—Esto es piedra.

—No se va a escapar. Es hora de almorzar.

—No tengo hambre.

Rosie se sentó y abrió el termo de té de Callie.

—Esto está casi lleno. ¿Quieres que te haga un discurso sobre los peligros de la deshidratación?

—He bebido agua. No creo que esto sea una herramienta, Rosie. Ni un arma.

—Entonces parece trabajo de un geólogo. —Como ya se había servido un poco de té, Rosie se lo bebió antes de bajar a echar un vistazo—. No hay duda de que ha sido elaborado. —Pasó un pulgar sobre el canto pulido que Callie había desenterrado—. Y mucho. Parece riolita. Se parece a lo que hemos estado encontrando.

—Tiene un tacto diferente.

—Es verdad. —Rosie se sentó en cuclillas mientras Callie trabajaba con el pincel y la sonda—. ¿Quieres fotos?

Callie gruñó.

—No molestes a Dory. Coge tú misma la cámara. Aquí hay una protuberancia. No me parece natural.

Siguió trabajando mientras Rosie iba a buscar una de las cámaras.

—Acaba de llegar otro grupo de gente. Esto parece Disneylandia esta mañana. Aparta, que haces sombra.

Callie esperó a que Rosie tomara las fotos, luego cogió la pala y con ella fue palpando cuidadosamente la tierra.

—Noto los cantos. Es demasiado pequeño para ser un mango de hacha y demasiado grande para ser una punta de lanza. Además la forma no coincide.

Cepilló la tierra suelta y siguió tanteando.

—¿Quieres la mitad de este bocadillo?

—Todavía no.

—Me bebo tu té. No tengo ganas de ir a buscar mi Gatorade. —Con el bocadillo y la bebida, volvió a sentarse a ver cómo crecía la forma de piedra—. ¿Sabes lo que me parece?

—Sé lo que empieza a parecerme a mí. —La expectación comenzaba a recorrerle la columna como un estremecimiento, pero sus manos seguían firmes y seguras—. Vaya, Rosie. Hoy es el día del arte.

—Es un bisonte. Un bisonte de piedra.

Callie sonrió mirando el cuerpo redondo, los detalles faciales tallados en la piedra.

—Un adorno. ¿Qué tendrá que decir nuestro antropólogo de la necesidad de chucherías del hombre desde tiempos antiguos? ¿Es chulo, eh?

—Es una preciosidad. —Rosie se frotó los ojos porque se le nublaba la visión—. ¡Uau! Demasiado sol. ¿Quieres que saque más fotos?

—Sí, le pondremos la pala al lado para la escala. —Tomó ella misma la cámara y encuadró. Estaba a punto de coger la carpeta cuando notó que Rosie no se había movido—. Eh, ¿te encuentras bien?

—Estoy un poco floja. Mareada. Creo que es mejor...

Pero tropezó y casi se desplomó al intentar ponerse de pie.

Mientras Callie trataba de cogerla, Rosie se le desplomó en los brazos.

—¿Rosie? Dios mío. ¡Eh! Que alguien me ayude.

Hizo un esfuerzo para aguantar el peso de la otra mientras los demás se acercaban corriendo.

—¿Qué pasa? —Leo se abalanzó dentro del agujero—. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Se ha desmayado. Saquémosla de aquí. Está inconsciente —le dijo a Jake cuando se unió a ellos.

—Déjamela. —Levantó a Rosie en brazos—. Dig, Matt.

La levantó, sesenta kilos de peso muerto. El equipo y los visitantes se agolparon, y alguien la recogió y la dejó en el suelo.

—Que todo el mundo se aparte. Soy enfermera. —Una mujer se abrió paso—. ¿Qué ha pasado?

—Ha dicho que estaba mareada y se ha desmayado.

—¿Tiene problemas de salud? —preguntó la mujer tomando el pulso a Rosie.

—No, nada, que yo sepa. Rosie está sana como un caballo.

Con una mano aún controlándole el pulso, la enfermera levantó uno de los párpados de Rosie para mirarle las pupilas.

—Llamen a una ambulancia.

Callie cruzó la puerta de urgencias justo detrás de la camilla. La única cosa de la que estaba segura era de que Rosie no se había desmayado y basta.

—¿Qué pasa? ¿Qué le pasa?

La enfermera que había acompañado a Rosie en la ambulancia cogió a Callie del brazo.

—Dejémosles trabajar. Tenemos que darles toda la información que sea posible.

—Rosie, Rose Jordan. Tiene treinta y cuatro años. Puede que treinta y cinco. No tiene alergias o enfermedades, que yo sepa. Estaba perfectamente. Perfectamente un momento e inconsciente al siguiente. ¿Por qué no ha recuperado el conocimiento?

—¿Tomaba drogas o medicamentos?

—No, no. Ya le he dicho que no estaba enferma. Y no toma drogas.

—Espéreme allí. Enseguida saldrá alguien para hablar con usted.

Jake entró poco después.

—¿Qué te han dicho?

—No me han dicho nada. Se la han llevado no sé dónde. Me han hecho muchas preguntas, pero no me dicen nada.

—Llama a tu padre.

—¿Qué?

—Es médico. Le dirán a él lo que no quieren decirnos a nosotros.

—Dios, debería haberlo pensado yo misma. No puedo pensar —añadió mientras sacaba el teléfono. Salió fuera, respiró hondo y marcó el número de su padre—. Ahora viene —dijo a Jake—. Ha dicho que venía inmediatamente. —Le cogió la mano cuando vio que salía la enfermera.

—Sentémonos.

—Oh, Dios mío. Dios mío.

—La están tratando. Tienen que ayudarnos. Tienen que decirme qué clase de drogas tomaba. Cuanto antes lo sepamos, antes podrán tratarla con eficacia.

—No tomaba drogas. No consumía. La conozco desde hace años y no la he visto ni fumarse un porro. Está limpia. ¿Jake?

—No consume —confirmó él—. He estado trabajando toda la mañana a tres metros de ella. No ha salido para nada hasta la hora de almorzar. Entonces ha ido directamente al sector de Callie.

—No ha tomado nada. Se ha comido medio bocadillo, ha bebido un poco

de té frío. Yo estaba excavando. Me ha sacado unas fotos. Luego ha dicho algo de que había tomado demasiado sol y se sentía floja.

Se inclinó y cogió la muñeca de la enfermera.

—Míreme. Escúcheme. Si hubiera tomado algo, se lo diría. Es una de mis mejores amigas. Dígame cómo está.

—La están tratando. Los síntomas indican una sobredosis de drogas.

—Eso no es posible. —Callie miró a Jake—. No es posible. Tiene que haber un error. Un... —Se le encogió el estómago y cogió a Jake ciegamente—. Ha sido mi té. Ha bebido mi té.

—¿Había algo en el té? —preguntó la enfermera.

—Yo no le he puesto nada. Pero...

—Alguien debe de haberlo puesto —concluyó Jake. Cogió rápidamente su teléfono—. Voy a llamar a la policía.

Callie estaba sentada en la calle con la cabeza apoyada en las rodillas. Había huido de los olores de la enfermedad y los heridos, de los sonidos de voces y teléfonos. La visión de las sillas de plástico naranja en la sala de espera. La sofocante cortina que velaba tanto dolor y miedo.

No levantó la cabeza cuando su padre se sentó a su lado. Lo intuyó, su olor, el movimiento, y simplemente se apoyó en él.

—Está muerta, ¿verdad?

—No. No, cariño. La han estabilizado. Está muy débil, pero estable.

—¿Se va a poner bien?

—Es joven, es fuerte y está sana. Administrarle el tratamiento enseguida ha sido clave. Ha ingerido una cantidad peligrosa de Seconal.

—¿Seconal? ¿Podría haberla matado?

—Es posible. No es probable, pero es posible.

—Tenía que estar en el té. Es la única posibilidad lógica.

—Quiero que vuelvas a casa con nosotros, Callie.

—No puedo. —Se levantó—. No me lo pidas.

—¿Por qué? —Enfadado, se puso en pie y corrió detrás de ella. Le cogió un brazo—. No vale la pena arriesgar la vida por esto. Podrías haber sido tú. Pesas cinco kilos menos que tu amiga. Quizá menos. Podrías haber ingerido el té. Podrías haber estado trabajando sola y caer en coma sin que se enterara nadie. La dosis que ha tomado podría haberte matado.

—Tú mismo te has contestado. Ya lo he empezado, papá. No puede pararse. No estaría más segura en Filadelfia. Ahora no. Hemos levantado demasiadas capas y no podemos volver a enterrarlas. No estaré segura hasta que las hayamos desenterrado todas. Ahora me temo que ninguno de nosotros lo estará.

—Deja que la policía se encargue.

—No voy a entrometerme en su trabajo, te lo prometo. Hewitt ha llamado al FBI y estoy encantada. Pero tampoco pienso quedarme quieta. Quien lo haya hecho se enterará de que no soy yo la víctima. —Vio que Jake salía y lo miró a los ojos—. Y yo no me rindo.

Era casi de noche cuando Callie estaba con Jake en la excavación desierta.

—Leo va a querer que clausuremos. Al menos temporalmente.

—Y nosotros lo convenceremos para continuar —dijo Callie—. Mantendremos esto en funcionamiento. Y cuando Rosie esté de nuevo en forma, volverá a trabajar.

—Puede que logres convencer a Leo, pero ¿a cuántas personas convencerás para que sigan en la excavación?

—Si sólo quedamos tú y yo, seguiremos tú y yo.

—Y Digger.

—Sí, y Digger —corroboró Callie—. No permitiré que me echen de aquí. No permitiré al responsable de esto que elija el lugar y la hora para venir detrás de mí. Otra vez no.

Estaba pálida y demacrada a la suave luz del crepúsculo, pensó Jake. Angustiada, preocupada y decidida. Y recordó su cara a la luz de la luna cuando se había puesto encima de él en la cama. La forma como le brillaba el rostro de alegría y excitación. Había sido un momento de libertad, para los dos.

Y mientras ellos se entregaban el uno al otro, mientras se empapaban el uno del otro, alguien, cerca, planificaba la forma de hacerle daño a Callie.

—Ha sido alguien del equipo —dijo Jake sin expresión, porque la ira era demasiado honda para manifestarse.

—La excavación estaba a tope de gente. De la ciudad, de los medios, de la universidad. —Callie suspiró—. Vale, fue uno de nosotros. Tenía el termo sobre el mostrador, destapado. He ido a cogerlo. Ha entrado Leo con el regalo. Lo he llevado a la mesa y lo he abierto. He vuelto al mostrador. Todos estábamos por ahí. Todos saben cuál es mi termo y que casi todos los días trabajo sola, al menos hasta la hora de almorzar. Es mi rutina. El que lo ha hecho conocía mi rutina.

—No has bebido té esta mañana.

—No. Tenía más cerca la botella de agua. Rosie...

Se interrumpió, confundida cuando él se volvió y se marchó. Cuando vio que se paraba en el borde de su sector y miraba hacia abajo, Callie se acercó y le puso tímidamente una mano en la espalda.

Él se volvió, la agarró y la abrazó tan fuerte que a ella le pareció que se le iba a quebrar la caja torácica.

—Eh. Uau. Estás temblando —dijo Jake.

—Cállate. —La voz de él sonaba apagada entre el pelo de Callie y después contra su boca—. Cállate, por favor. Vale, estoy temblando. Tengo que sentarme.

—No. Aguanta, maldita sea.

—Aguantó. —Se agarró las dos manos detrás de él—. Empiezo a pensar que me quieres.

—Podrías haberte desmayado. ¿Quién sabe cuánto tiempo habría pasado antes de que alguien lo hubiera notado?

—No me desmayé. No ha pasado. Y Rosie está en el hospital debido a esto.

—Vamos a registrar a todo el mundo. Uno por uno. No sólo vamos a seguir con el proyecto, sino que el equipo continuará intacto hasta que descubramos al responsable.

—¿Cómo mantendremos intacto el equipo?

—Mentiremos. Utilizaremos lo de la maldición de la momia. Crearemos un rumor. Un paleta del pueblo quiere castigarnos por fastidiar la urbanización y han saboteado el proyecto. Les haremos creer que nos lo creemos, los convenceremos para que sigamos juntos.

—¿Para fastidiar?

—En parte, pero en parte por la ciencia, en parte por seguridad personal. Somos una gran familia feliz. Mientras quien lo haya hecho piense que nos tragamos esa patraña, estrechamos el círculo.

—Podemos eliminar a Bob. Estaba en el equipo antes de que me enterara de lo de los Cullen.

Jake meneó la cabeza. No quería correr más riesgos.

—Lo pondremos en una segunda lista. No eliminamos a nadie hasta que tengamos pruebas convincentes. Esta vez trabajamos suponiendo que todos son culpables hasta que se demuestre lo contrario. —Le pasó los nudillos por la mejilla—. Nadie intenta envenenar a mi esposa.

—Ex esposa. Tenemos que poner a Leo al día.

—Tendremos una reunión en casa a puerta cerrada. Lo haremos muy obvio y muy oficial.

Leo argumentó, fanfarroneó, maldijo y finalmente cedió ante el asalto a dos.

—La policía o el estado nos van a clausurar de todos modos.

—Hasta que lo hagan, seguiremos.

Miró a Callie.

—¿Realmente crees que puedes convencer al equipo, entre el que crees que hay un asesino, para que siga trabajando?

—Tú observa.

Leo se quitó las gafas y se apretó el puente de la nariz.

—Voy a seguirlos la corriente, a los dos. Pero con condiciones.

—No me gustan las condiciones. ¿Y a ti? —preguntó Callie a Jake.

—Las detesto.

—Tendréis que aceptar éstas o salgo ahí y digo a los chicos que se vayan a casa. Chicos —repitió.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó Callie.

—Las condiciones son que haré venir a un par de hombres. Hombres de mi confianza. Estarán informados de la situación. Trabajarán, pero su misión principal será observar y extraer conclusiones. Tardaré un día o dos en organizarlo.

—Es aceptable —cedió Callie.

—También quiero hablar con las autoridades sobre la posibilidad de que un policía se una al equipo. De incógnito.

—Por favor, Leo.

—Éstas son las condiciones. —Leo se puso de pie—. ¿Estáis de acuerdo?

Aceptaron y llamaron al resto del equipo a la cocina para celebrar una reunión. Callie repartió cerveza mientras Leo abría la sesión con un discurso vigoroso.

—Pero la policía no nos ha dicho nada. —Nerviosa, Frannie fue mirando todas las caras, apenas posándose en cada una más de un instante—. Sólo nos hicieron un montón de preguntas. Como si uno de nosotros hubiera envenenado a Rosie a propósito.

—Creemos que alguien lo hizo. —Después de la afirmación de Callie reinó un absoluto silencio—. Dejamos a muchas personas sin trabajo —continuó—. Y algunas de esas personas están bastante cabreadas. No comprenden lo que hacemos aquí. Peor, les importa un rábano. Alguien prendió fuego al despacho de Lana Campbell. ¿Por qué? —Esperó un instante y, como había hecho Frannie, repasó todas las caras—. Porque es la abogada de la Sociedad de Conservación y en gran parte responsable de nuestra presencia aquí. Alguien le prendió fuego a la caravana de Digger, e hizo explotar parte de nuestro equipo y de los archivos.

—Bill está muerto —añadió Bob bajito.

—Puede que fuera un accidente, o puede que no. —Jake miró su cerveza, pendiente de cualquier movimiento y cualquier respiración a su alrededor—. Podría ser que alguna de las personas a las que hemos fastidiado le hiciera daño, más del que quería. Pero fue una desgracia más. Y se sumó a lo de no profanar las tumbas o lo de enfrentarse a la maldición, que gusta tanto a los profanos. Hemos tenido mala suerte y no les ha costado nada empezar a comentar que el proyecto estaba maldito.

—Podría ser. —Dory apretó los labios—. Sé lo mal que suena, pero no cesamos de tener mala suerte. No cesamos. Ahora Rosie...

—Los espíritus no echan barbitúricos en termos de té frío. —Callie dobló los brazos—. La gente sí. Esto significa que tendremos que mantener a los extraños alejados de la excavación. No más visitas, no más clases al aire libre, no más visitantes tras la verja. Trabajaremos juntos. Nos cuidaremos mutuamente, nos vigilarémos unos a otros. Es lo que hacen los equipos.

—Tenemos trabajo —empezó Jake—. Vamos a demostrar a esos idiotas de pueblo que no pueden echarnos. El proyecto depende de cada uno de nosotros. O sea que...

Jake estiró una mano por encima de la mesa. Callie colocó la suya encima. Uno por uno, los demás pusieron las manos encima hasta que todos estuvieron conectados.

Callie repasó las caras otra vez sabiendo que le daba la mano a un

asesino.

La llamada de recepción informándole de la entrega de un paquete de parte de Lana Campbell interrumpió a Doug mientras estaba planificando su próximo paso. No sabía por qué Lana le había mandado un paquete, ni por qué no podía subírselo un mozo, pero se puso los zapatos, cogió la llave de la habitación y bajó a recogerlo.

Y allí estaba ella. Absolutamente perfecta, sin ningún pelo fuera de lugar. Era consciente de que sonreía como un idiota mientras cruzaba el vestíbulo; levantó a Lana y le estampó un beso en los labios.

—Menudo paquete.

La dejó en el suelo, pero no la soltó.

—Esperaba que te gustara.

—¿Dónde está Ty?

Ella levantó las manos para cogerle las mejillas y lo besó.

—Dices siempre las cosas correctas en el momento correcto. Está pasando un par de días en Baltimore con sus abuelos. Estaba ilusionadísimo. ¿Por qué no subimos a tu habitación? Tengo muchas cosas que contarte.

—Claro. —Miró a sus pies, donde había dejado el maletín, una maleta con ruedas y el ordenador. Llevaba un bolso de dimensiones descomunales—. ¿Todo esto? ¿Cuánto piensas quedarte?

—Ahora no has dicho lo correcto.

Pasó por su lado y apretó el botón de subida del ascensor.

—¿Qué te parece si digo que me alegro mucho de verte?

—Mejor.

Doug metió las maletas en el ascensor y apretó el botón de su piso.

—Pero no sé qué haces aquí.

—Se acepta. Primero, quería alejar a Ty unos días, y creía que Digger sería más útil con Callie y Jake que conmigo. También he pensado que podría echarte una mano. Por eso estoy aquí.

—O sea, no ha sido porque te morías por verme y tu vida no tenía sentido si tenías que pasar otro momento sin mí.

—Bueno, eso también ha pesado, claro. —Entró en la habitación y echó un vistazo. Tenía dos camas grandes (una todavía sin hacer), una mesita, una silla y un ventanuco—. Eres austero.

—De haber sabido que venías, habría cogido algo... más.

—Está bien. —Dejó el bolso sobre la cama libre—. Tengo que contarte lo que sucedió ayer.

—¿Va a cambiar algo que me lo cuentes ahora mismo?

—No. Pero tienes que...

—Pues lo primero es lo primero. —Le quitó la chaqueta que llevaba—. Bonita tela —dijo, y la echó sobre la cama junto al bolso—. ¿Sabes una de las primeras cosas que noté en ti, Lana?

—No. ¿Qué? —Se quedó muy quieta mientras él le desabrochaba la blusa.

—La suavidad. Tu estilo, tu piel, tu pelo, tu ropa. —Le quitó la blusa—. Un hombre no puede evitar poner la mano encima de tanta suavidad.

Con un dedo le recorrió el centro del cuerpo hasta la cintura de los pantalones.

—¿No deberías poner el cartel de «no molesten» en la puerta?

—Ya lo he hecho.

Bajó la cabeza, y la apretó contra la de ella dejando caer la suave tela.

Lana le sacó la camisa por la cabeza.

—Eres un hombre con la cabeza fría. Es una de las primeras cosas que noté en ti. Es un detalle que me resulta muy atractivo. —Se le cortó el aliento cuando él la levantó en sus brazos—. Y esto también.

—Somos personas prácticas y directas.

—Más o menos —logró decir ella cuando la dejó sobre la cama.

Le tapó el cuerpo con el suyo.

—Muy bonito.

Lana se dejó llevar, permitió que la ansiedad y la excitación de las pasadas horas se esfumaran. Él olía a ducha y a jabón de hotel. Hasta eso le pareció excitante. Estar allí, tan lejos de casa, en aquella habitación anónima, sobre sábanas en las que él había dormido sin ella.

Oía el rugido de una aspiradora en el pasillo. Y un portazo de alguien que se iba.

Oyó el latido de su corazón en la garganta cuando los labios de él se detuvieron allí. La caricia larga y amorosa de sus manos sobre la piel cálida. Su sangre, sus huesos. Y suspiró su nombre cuando acercó los labios a los suyos. Y se entregó totalmente.

Doug había soñado con ella por la noche, y casi nunca soñaba. La había deseado, y casi nunca deseaba nada. Parecía que todo aquello había cambiado desde que ella había entrado en su vida. Lo que antes se había impedido querer era todo lo que quería ahora.

Una casa, una familia. Una mujer que estuviera allí. Valía la pena correr el riesgo si la mujer era ella.

Le apretó los labios sobre el corazón y supo que, si podía ganar aquello, podía hacerlo todo.

Ella se agitó debajo de él, con un movimiento estremecido e inquieto mientras él la saboreaba con la lengua. Ahora tenía una gran necesidad de excitarla, de oír su respiración pesada y captar, sentir el corazón que tanto deseaba proteger. Ya sin tanta paciencia, sin tanta suavidad.

Cuando la respiración de Lana se volvió más agitada, la levantó hasta que los dos se quedaron arrodillados en la cama y se despojaron de las

últimas piezas de ropa.

Cuando ella volvió a echarse, como ofreciéndose, él la repasó precipitadamente con la boca.

Eso era lo que quería Lana ahora. Velocidad e intensidad. Una carrera alocada y húmeda. Un estremecimiento de anticipación la recorrió toda, transformando su cuerpo en una masa temblorosa que deseaba más. Se incorporó un poco, lo abrazó con las piernas y le clavó los dientes en el hombro.

Cuando él la penetró, cuerpo y corazón, ella pronunció su nombre. Sólo su nombre.

Agotado, saciado, siguió abrazándola. Era grande la tentación de meterse en la cama, taparse con la sábana hasta la cabeza y olvidarse de todo.

—Quiero pasar tiempo contigo, Lana. Tiempo que no forme parte de nada más.

—Tiempo normal. —Frotó una mejilla contra su hombro—. No hemos tenido ni un minuto normal. ¿Cómo crees que sería?

—Tranquilo.

Lana rió.

—Pues en mi casa no hay mucho de eso.

—Sí, lo hay. Da una sensación de paz tener a un niño corriendo cerca.

—Perros que ladran, teléfonos que suenan. Soy un alma organizada, Doug, pero en mi vida hay muchos compartimentos. Son muchos para manejarlos todos.

—Porque tú hagas que parezca fácil, no voy a pensar que lo es. Nunca pensé que lo fuera. —Se apartó—. Admiro lo que has hecho con tu vida, y con la de Ty. Cómo lo has hecho.

—Lo ves, ya vuelves a decir lo correcto.

Se levantó un poco para abrir la cremallera del bolso.

Doug notó que la fina y corta bata estaba pulcramente doblada en la parte superior. Eso le hizo sonreír.

—¿Naciste ordenada?

—Me temo que sí. —Se ató el cordón de la bata y se sentó en la otra cama—. Y práctica. Que es por lo que, aunque preferiría retozar en la cama contigo un par de horas más, voy a cortar el rollo. Ayer sucedió algo.

Le habló de Rosie, y vio cómo se helaba su expresión relajada y después se indignaba. Si bien se levantó, se puso los vaqueros y se paseó por la habitación, no la interrumpió con comentarios ni preguntas hasta que ella terminó.

—¿Has hablado hoy con Callie?

—Sí, antes de marcharme, y cuando llegué al aeropuerto de aquí. Está perfectamente, Doug, aunque un poco irritada conmigo por interrumpir su

trabajo con una segunda llamada.

—Esto no puede achacarse a un accidente o un impulso, ni siquiera a una distracción perversa. Esto fue premeditado, y ella era el blanco específico.

—Lo sabe, como sabe que la persona que envenenó el té fue alguien del equipo. No será descuidada. Ahora mismo tenemos que dejar que ella se encargue de esa parte. Nosotros nos encargamos de ésta.

—Tengo una lista de Spencer, el apellido de la secretaria. Al menos, según lo que sabemos. Los saqué de la guía y he hecho una búsqueda por internet. Me quedan seis que podrían ser ella. Los demás hace demasiado tiempo que viven aquí para encajar. Estaba pensando en la forma de acercarme a ella cuando me llamaron de recepción.

—Podríamos utilizar el truco del telemarketing, hacer encuestas por teléfono e intentar eliminar alguno más.

—¿Forma parte o ha formado parte de una organización de venta de bebés?

Lana había abierto el maletín para sacar un cuaderno.

—Yo más bien pensaba en enfocarlo en la mujer de la casa. ¿Trabaja o ha trabajado alguna vez fuera de casa? En qué sector y todo el rollo.

—Tardaremos mucho. Y muchas personas cuelgan cuando se huelen una encuesta o venta telefónica.

—Sí. Yo, por ejemplo. —Garabateó distraídamente en el cuaderno. Vio lo que pensaba Doug, y asintió—. Y sí, es mejor adoptar un enfoque más directo. Llamamos a las puertas como si habláramos con la antigua secretaria de Marcus Carlyle.

—Ése era mi plan. Mira, ya que tengo una compinche, podemos hacer las dos cosas. Yo llamaré a las puertas, tú te quedas aquí y das la bronca con el telemarketing.

—¿Para que puedas tenerme encerrada y a salvo en una habitación de hotel? Ni hablar. Vamos juntos, Douglas. Los compinches trabajan juntos.

—Piénsalo un momento. —La siguió al baño y le abrió los grifos de la ducha hasta que ella estuvo satisfecha con la temperatura—. No sabemos a qué nos enfrentamos. A ti ya te han destruido la oficina y te han asustado como para mandar lejos a Ty. Piensa qué sería de él si te sucediera algo.

Lana se quitó la bata, la colgó pulcramente en el gancho de detrás de la puerta y después se metió debajo de la ducha.

—Intentas asustarme, y lo consigues.

—Bien.

—Pero ni puedo ni pienso vivir así. Después de que mataran a Steve tardé dos meses en tener el valor de entrar en una tienda de ultramarinos a pleno día. Pero lo hice porque no se puede estar constantemente asustado por lo que podría pasar. Si lo haces, pierdes el control de lo que está sucediendo, y toda la alegría y la pena que está ahí para ti.

—Maldita sea. —Doug se quitó los vaqueros, entró en la ducha con ella y le rodeó la cintura con los brazos—. No me dejas argumentos.

Ella le dio un golpecito en la mano y salió antes de que se le mojara el

pelo.

—Soy una profesional.

—La lista está sobre la mesa. Hay un mapa de la ciudad al lado. Podemos elaborar una ruta racional.

—Empezaré a hacerlo.

Se secó y se puso de nuevo la bata.

Pero cuando Doug salió, Lana no estaba trabajando en nada. Estaba junto a la mesa con una gorrita de los Boston Red Sox en la mano.

—La has comprado para Tyler.

—Sí, pensé que le haría mucha gracia. Cuando mi abuelo viajaba, siempre me traía una gorra o un juguete. Alguna cosa pequeña.

Cogió otra vez la camisa, incómodo por la forma como ella estaba quieta, pasándose la gorra entre los dedos.

—No la compré para ganar puntos con él, ni contigo. Bueno, al menos no del todo.

—No del todo.

Doug se irritó ligeramente.

—Como también he sido niño, conozco el valor de una gorra de béisbol. La vi en el aeropuerto y la compré. Cuando la estaba comprando, se me ocurrió lo de los puntos.

—Me preguntó cuándo volverías.

—¿Ah, sí?

Fue la cara de satisfacción de Doug lo que la enterneció. Instantánea, natural y auténtica. Se le rompió el corazón.

—Sí, lo preguntó. Y le encantará. Puntos o no, ha sido un detalle que te acordaras de él.

—Tampoco me he olvidado de ti.

—¿Ah, no?

—No. —Abrió un cajón—. No lo dejé fuera porque no estaba seguro de lo que pensaría la camarera.

Lana miró cómo sacaba una lata de judías de Boston. Cuando se la puso en la mano y le sonrió, a Lana no sólo se le rompió el corazón sino que se le derretió.

—Esto ya es demasiado. Me rindo por una lata de judías.

Las apretó contra el corazón y se echó a llorar.

—Por Dios, Lana, no llores. Era una broma.

—Eres un hijo de puta. Esto no iba a pasarme. —Lo apartó, abrió el bolso y sacó un paquete de pañuelos de papel—. Sabía que tendría problemas cuando saliste del ascensor. Cuando has salido y te he visto, el corazón... —meció la tonta lata de judías junto a su corazón— me ha dado un salto. No había sentido ese vuelco desde Steve. No esperaba volver a sentirlo. Pensaba, esperaba, que algún día conocería a alguien a quien podría amar. Alguien con quien estaría cómoda, con quien podría vivir. Pero si no era así, no me importaba. Porque ya tenía algo extraordinario. Nunca creí que volvería a

sentir algo tan fuerte. Por nadie. No, no hables. No. —Tuvo que sentarse y serenarse—. No quería volver a sentirme así. Así no. Porque cuando lo haces, hay mucho que perder. Habría sido mucho más fácil, mucho más fácil si pudiera haberte amado un poco. Si me hubiera conformado y hubiera sabido que serías bueno con Ty. Bueno para él. Eso habría bastado.

—Alguien me dijo que no puedes pasarte la vida preocupado por lo que podría pasar, o te pierdes lo que está pasando.

Lana sorbió por la nariz.

—Mira qué listo.

—De toda la vida. Seré bueno con Ty. —Se sentó a su lado—. Seré bueno contigo.

—Ya lo sé. —Le puso una mano en la rodilla—. No puedo cambiarle el apellido a Ty. No puedo robarle eso a Steve.

Doug le miró la mano. La alianza que seguía llevando.

—De acuerdo.

—Pero me cambiaré el mío.

Doug levantó la cabeza y la miró a los ojos. La ola de emoción fue tan enorme que casi lo ahogó. Pero le tomó la mano en la que llevaba el anillo de otro hombre.

—Mira, esto empieza a fastidiarme. Primero, me retas a pedirte una cita, después me seduces antes de que pueda hacer nada. Me sigues aquí. Y ahora te declaras.

—¿Me estás diciendo que soy una mandona?

—No, no digo sólo que seas una mandona. Es mi forma de decirte que me gustaría pedirlo a mí esta vez.

—Ah, bueno, no pasa nada. Olvida lo dicho.

Le abrió la mano y le besó la palma.

—Cásate conmigo, Lana.

—Con mucho gusto, Douglas. —Apoyó la cabeza en su hombro, suspiró—. Acabemos con el trabajo para poder volver a casa.

Trabajaban a buen ritmo, decidió Lana al llegar a la casa número cuatro. Se imaginaba que parecían una inofensiva pareja americana. Razón por la que las primeras tres puertas se les habían abierto con tanta facilidad.

Cuando encontraron la puerta que buscaban, Lana dudó que se abriera tan fácilmente.

—Bonito barrio —comentó, mientras pasaban por calles de casas grandes y bien cuidadas, con jardines delante. Los coches aparcados enfrente eran todos últimos modelos.

—Dinero —dijo Doug.

—Sí, dinero. Seguro que tiene dinero. Y seguro que es lo bastante lista para gastarlo bien y discretamente. Nada grande y llamativo que llame demasiado la atención. Una cierta clase pero discreta. La casa tendría que

estar aquí mismo, a tu izquierda.

Era una casa antigua de ladrillo rojizo, con un porche blanco y parras floridas a ambos lados que la resguardaban de los vecinos. El paseo de entrada estaba marcado por dos altas magnolias. Y en él, un Mercedes de lujo de color amarillo.

En el jardín había un rótulo de una inmobiliaria.

—Está a la venta. Interesante. ¿Levantando el campamento? —comentó Doug—. Nadie, aparte de ti y mi familia, sabe que estamos aquí, pero alguien sabía que estaba haciendo indagaciones en Boston.

—Mmm. —Lana estudió las posibilidades mentalmente mientras paraban junto a la acera de la calle sombreada—. Si ella tiene alguna relación con lo que está sucediendo, sabrá que estamos atando cabos. Mudarse sería un paso natural. Y por lo menos nos da una excusa para entrar.

—Buscando casa.

—Una pareja joven, rica y feliz, buscando la casa de sus sueños. —Se alisó el pelo y sacó un pintalabios. Ajustando el espejo del retrovisor, se lo aplicó con hábiles y meticulosos movimientos—. Seremos los Beverly, es mi apellido de soltera, de Baltimore. No nos compliquemos la vida.

Cerró el pintalabios y lo guardó.

—Nos trasladamos aquí porque te han ofrecido una plaza en la universidad. ¿Llevas las gafas?

—A los profesores no les pagan tan bien.

—Dinero familiar.

—Bien. ¿Estamos forrados?

—Un poco. Soy abogada. Nos ceñiremos a eso porque podría darnos una coartada. Ley corporativa. Toco pasta. Lo hará más creíble. Por ahora lo estamos haciendo muy bien. Si logramos entrar en la casa.

Fueron caminando hacia la casa, cogidos de la mano. Llamaron al timbre. Después de una breve espera, una mujer con unos elegantes pantalones negros y una camisa blanca les abrió; a Lana se le cayó el alma a los pies: era demasiado joven para ser Dorothy Spencer.

—¿Puedo ayudarlos?

Decidió seguir el juego.

—Espero que sí. Mi marido y yo hemos visto que la casa estaba en venta. Buscamos una casa en la zona.

—No creo que la señora Spencer tenga previsto enseñarla esta tarde.

—No. —Recuperó un poco la esperanza—. No, no tenemos cita. Pasábamos por aquí, admirando las casas. Pensamos que quizá no les importaría enseñárnosla. ¿Es usted la propietaria? ¿Podríamos quedar para más tarde o mañana?

—No, soy el ama de llaves. —La hospitalidad sureña venció y les dejó pasar—. Si se esperan un momento, se lo consultaré a la señora Spencer.

—Muchísimas gracias. Roger —siguió Lana mientras el ama de llaves se alejaba—, ¿a que es bonita?

—¿Roger? —inquirió Doug.

—Fue lo primero que se me ocurrió. Cuánta luz —siguió—. Y mira qué suelo.

—La otra casa estaba más cerca de la universidad.

Lana sonrió, encantada con él.

—Lo sé, cariño, pero esta tiene más personalidad.

Se volvió y sonrió a la mujer con un elegante traje beis que se dirigía hacia ellos.

«Podría ser la edad que buscamos», pensó Lana. Parecía más joven, pero las mujeres tenían maneras de parecer más jóvenes.

—¿Señora Spencer? —Avanzó un paso con la mano extendida—. Somos los Beverly; increíblemente maleducados, lo sé. Me disculparía, pero estoy demasiado encantada con lo poco que he visto de su casa.

—El agente no me dijo que mandara a nadie esta tarde.

—No, es que todavía no hemos hablado con él. Pasábamos por el barrio y hemos visto el rótulo. Cuando decidimos mudarnos, ésta era la clase de casa con que soñábamos.

—Tiffany. —Doug apretó la mano de Lana—. Acabamos de empezar a mirar. No nos trasladaremos hasta primeros de año.

—¿Se van a instalar en Charlotte?

—Sí —confirmó él—. Desde Baltimore. Es una casa preciosa. Grande —añadió con una mirada cautelosa en dirección a Lana.

—La quiero grande. Y necesitamos espacio para recibir. ¿Cuántos dormitorios...? —Meneó la cabeza como frenándose, y se rió un poco—. Lo siento. Sé que deberíamos dejarla en paz y quedar con el agente. Pero insistiré un poco. Roger cree que queda mucho tiempo hasta enero. Pero cuando pienso que tenemos que embalarlo todo y trasladarnos, adaptarnos a un nuevo barrio, tiendas, médicos, todo nuevo, teniendo en cuenta el trabajo de los dos, se me hace una montaña. Y me entran las prisas por empezar.

—Tengo un poco de tiempo, si quieren verla.

—Me encantaría. —Lana fue hacia la sala —siguiendo a la mujer—. Si no le parece descortés, ¿le importaría decirme lo que pide por ella?

—En absoluto. —Mencionó una cantidad, esperó un momento y siguió—: La casa se construyó a finales del diecinueve y desde entonces se ha mantenido con sumo cuidado. Conserva los elementos de construcción originales, así como una cocina de última generación, un dormitorio doble que incluye vestidor y jacuzzi. Cuatro dormitorios y cuatro baños; también un pequeño apartamento junto a la cocina. Es ideal para vivienda del servicio, o para la suegra.

Doug se echó a reír.

—No conoce a mi suegra. No parece de aquí.

—No soy de aquí. He vivido cuatro años en Charlotte, pero soy de Cleveland. He vivido en muchos sitios.

—Qué maravilla de ventanas. ¡Y la chimenea! ¿Funciona?

—Sí, todavía funciona.

—Un trabajo precioso de artesanía —añadió Lana pasando un dedo por

la repisa de la chimenea para poder mirar de cerca las fotografías que se exponían allí—. ¿Viajaba por su trabajo o por el de su marido?

—El mío. Soy viuda.

—Oh. Yo es la primera vez que me mudo. Fuera del estado. La verdad es que estoy nerviosa. Esta habitación me encanta. Oh, ¿es su hija?

—Sí.

—Es muy guapa. ¿Los suelos son originales?

—Sí. —Mientras la señora Spencer miraba el suelo, Lana le hizo una señal a Doug para que se acercara a la chimenea—. De pino amarillo.

—Imagino que las alfombras no están incluidas. Son extraordinarias.

—No, no lo están. Si hacen el favor de seguirme... —Los guió hacia una pequeña puerta que daba a una salita femenina y acogedora—. Ésta es mi sala de lectura.

—No sé cómo tiene corazón para venderla. Pero imagino que si su hija es mayor y está independizada, se encontrará mejor en una casa más pequeña.

—Diferente, al menos.

—¿Está jubilada, Dorothy?

La mujer parpadeó confusa, desconfiada, antes de volverse a mirar a Lana.

—Sí, ya hace algún tiempo.

—¿Y ha traspasado el negocio a su hija? Como le traspasó el nombre. La llaman Dory, ¿verdad?

Se puso rígida y vio con el rabillo del ojo que Doug le bloqueaba la salida al pasillo mientras Lana se situaba frente a la puerta pequeña.

—Dot —dijo finalmente—. ¿Quiénes son ustedes?

—Soy Lana Campbell. La abogada de Callie Dunbrook. Él es Douglas Cullen, su hermano. El hermano de Jessica Cullen.

—¿Cuántos bebés contribuyó a vender? —preguntó Doug—. ¿Cuántas familias destrozó?

—No sé quiénes son ustedes ni de qué hablan. Quiero que salgan de mi casa. Si no se marchan inmediatamente, llamaré a la policía.

Doug se movió y descolgó el teléfono.

—Adelante. Tendremos una bonita charla.

Ella le arrancó el teléfono y se lo llevó al punto más alejado de la habitación.

—Póngame con la policía. Sí, es una urgencia. Menuda cara tienen entrando así en mi casa —soltó furiosa. Luego levantó la barbilla—. Sí, quiero denunciar un allanamiento de morada. Hay un hombre y una mujer en mi casa que se niegan a marcharse. Sí, me han amenazado, y han hecho comentarios preocupantes sobre mi hija. Sí. Por favor, apresúrense.

Colgó el teléfono.

—No les ha dado el nombre y la dirección.

Lana avanzó y levantó las manos cuando la mujer le lanzó el teléfono.

—Buena —comentó Doug cuando Lana lo cogió al vuelo a pocos centímetros de su cara. Cogió a Dorothy de los brazos y la obligó a sentarse—. Aprieta la tecla de remarcado.

—Ya lo he hecho.

Sonó dos veces antes de que se oyera una voz angustiada que decía:

—¿Mamá?

Lana colgó, maldijo y sacó la agenda del bolso.

—Ha llamado a su hija. Maldita sea. Debería haber memorizado el número de móvil de Callie. Aquí está.

Marcó los números a toda prisa.

—Dunbrook.

—Callie, soy...

—Caramba, Lana, ¿no pararás de llamarme?

—Calla y escucha. Es Dory. Hemos encontrado a Dorothy Spencer. Hemos encontrado a la secretaria de Carlyle. Dory es su hija.

—¿Seguro?

—Seguro. Dot Spencer acaba de llamarla. Lo sabe.

—De acuerdo. Ya te llamaré.

—Está a salvo —dijo Lana a Doug después de colgar—. Ahora sabe a quién buscar. No se le escapará —añadió mientras caminaba hacia Dorothy—. La encontraremos, como la encontramos a usted.

—No conoce a mi hija.

—Desgraciadamente sí. Es una asesina.

—Eso es mentira. —Dorothy apretó los dientes.

—Sabe que no. Hicieran lo que hiciesen usted y Carlyle, o usted, él, Bárbara Halloway, Henry Simpson..., hicieran lo que hiciesen, no llegaron al asesinato. Pero ella sí.

—Lo que haya hecho Dory ha sido para protegerse y para protegerme. Y a su padre.

—¿Carlyle era su padre? —preguntó Doug.

Dorothy se aposentó como si estuviera muy tranquila, pero su mano derecha no paraba de abrirse y cerrarse.

—No lo saben todo, ¿verdad?

—Lo suficiente para comunicarlo al FBI.

—Por favor. —Con un encogimiento de hombros, Dorothy cruzó las piernas—. Yo era una secretaria de nada y estaba locamente enamorada de un hombre poderoso. Un hombre mucho mayor. ¿Cómo iba a saber a qué se dedicaba? Y si logran demostrar que lo hacía, tendrán problemas para demostrar que yo estaba al corriente.

—Bárbara y Henry Simpson pueden implicarla. Lo harán encantados. —Doug sonrió para añadir leña a la mentira—. En cuanto les prometieron inmunidad, no tuvieron ningún escrúpulo en involucrarla.

—Eso no es posible. Están en Me... — Se interrumpió y apretó los labios.

—¿Ha hablado con ellos últimamente? —Lana se acomodó en una silla delante de la mujer—. Los localizaron ayer y ya se están mostrando muy dispuestos a colaborar. Ya han empezado a construir un caso contra usted. Nosotros estamos aquí sólo por el interés personal de Doug. Queríamos hablar con usted antes de que la interrogaran. No se marchó a tiempo, Dot. Debería haber huido.

—Yo nunca huyo. Aquel idiota de Simpson y su esposa trofeo pueden decir lo que les plazca. Nunca tendrán suficiente para procesarme.

—Puede que no. Pero dígame por qué —preguntó Doug—. ¿Por qué se la llevó?

—Yo no me llevé a nadie. Debió de ser Bárbara. Hubo otros, claro. — Soltó un suspiro—. Y en caso de necesidad diré nombres. A cambio de un trato.

—¿Por qué se los llevaban?

—Quiero volver a llamar a mi hija.

—Responda a las preguntas y le daré el teléfono. —Lana se lo colocó sobre las rodillas y dobló las manos encima—. No somos la policía. Sabe lo suficiente de leyes para saber que nada de lo que nos diga es admisible. Es su palabra contra la nuestra.

La mujer miró el teléfono. Lana vio que estaba auténticamente angustiada. «Teme por su hija —pensó—. Sea lo que sea, sigue siendo una madre.»

—¿Por qué lo hacía? —apremió Doug—. Sólo le pido que me diga por qué lo hacía.

—Era la cruzada personal de Marcus y una afición muy rentable.

—Afición —susurró Lana.

—Él lo consideraba una afición. Había tantas parejas con saneadas cuentas corrientes que no podían concebir. Y tantas con problemas económicos que tenían hijo tras hijo. Uno por pareja, era su lema. Negoció varias adopciones legítimas. Eran muy complicadas, agotadoras. Ideó este método como forma de acelerarlas.

—Y los centenares de miles de dólares que ganaba con la venta de los niños no tuvieron nada que ver.

La mujer dirigió una mirada de aburrimiento a Lana.

—Por supuesto que tuvieron que ver. Era un hombre de negocios muy astuto, Marcus era un hombre poderoso en todos los sentidos. ¿Por qué no fue suficiente usted para sus padres? —preguntó a Doug—. ¿Por qué no tenían suficiente con un hijo? En cierto modo, eran padres de alquiler para otra pareja. Una pareja que deseaba un hijo desesperadamente y tenía recursos para criarlo muy bien. Que eran personas cariñosas y tenían una relación estable. Eso era esencial.

—No les dio otra opción.

—Hágase esta pregunta: si su hermana tuviera hoy la posibilidad de elegir, ¿con quién preferiría estar? ¿Con los padres que la concibieron o con

los padres que la criaron? —Hablaban con convicción—. Hágase esta pregunta, y piense cuidadosamente antes de continuar con esto. Si lo deja, no tiene por qué saberlo nadie. Nadie más tendrá que sufrir este torbellino emocional. Si no lo deja, no podrá detenerlo. Todas esas familias destrozadas sólo para satisfacerse a sí mismo.

—Todas esas familias destrozadas —dijo Lana mientras se levantaba—, para que Marcus Carlyle pueda sacar rendimiento de jugar a ser Dios.

Le pasó el teléfono a Doug.

—Llama a la policía.

—Mi hija. —Dorothy se puso en pie de un salto—. Dijo que podría llamar a mi hija.

—Mentí —dijo Lana, y disfrutó especialmente pegando a la mujer un empujón que hizo que se sentara de nuevo en la silla.

A unos centenares de kilómetros, Callie salió de su agujero mientras todavía estaba apagando el teléfono. Fue el mal genio lo que la hizo saltar, lo que le apartó los labios de los dientes cuando vio a Dory cruzando rápidamente el campo hacia los coches y camionetas aparcados junto al camino.

Echó a correr, atajando entre los montículos de tierra y saltando por encima del atónito Digger en el basurero de la cocina.

Fue el grito instintivo de Digger lo que hizo que Dory volviera la cabeza. Sus ojos se encontraron, un solo instante. Callie lo vio todo —la rabia, el reconocimiento de la situación, el miedo— y entonces Dory echó a correr.

A través del zumbido de sus oídos, Callie oyó que los demás gritaban, una risa sorprendida, una guitarra aguda en una radio. Pero todo era lejano, en algún túnel largo y paralelo.

Su concentración estaba puesta en un único objetivo. No veía nada más que a Dory. Y le estaba ganando terreno.

Cuando Bob se cruzó en el camino de Dory, entró en el campo de visión de Callie, con la carpeta en la mano, tarareando alguna melodía que oía por los auriculares. Cuando Dory le pegó un empujón al pasar, cayó como un saco y los papeles salieron volando.

Ninguna de las dos mujeres redujo el paso. Bob seguía en el suelo cuando Callie aceleró el paso, saltó por encima de él, y utilizando el impulso cayó encima de Dory.

El impacto las mandó a las dos rodando encima de los cubos y herramientas, volaron un instante antes de caer en el suelo con un crujido de huesos y una maraña de brazos y piernas.

Delante de los ojos veía una niebla rojiza, un latido primario y violento en la sangre. Oyó que alguien gritaba, pero su propia respiración era sólo un gruñido mientras utilizaba puños, pies, codos y rodillas. Rodaron por el suelo, agarrándose, clavándose las garras. Algo afilado se clavó con fuerza en la espalda de Callie y los ojos se le humedecieron por el dolor al tiempo que le tiraban del pelo furiosamente.

Olió la sangre, la probó, y pataleó con furia ciega cuando la levantaron del suelo.

No podía identificar los sonidos que oía a su alrededor. No veía nada más que a la mujer en el suelo y las personas a su alrededor. Forcejeó y cayó con un golpe sordo. Incluso con los brazos inmovilizados forcejeó para liberarse y caer sobre Dory otra vez.

—¡Para! Maldita sea, Callie, para o tendré que hacerte daño.

—Suéltame. ¡Suéltame! No he terminado.

—Ella sí. —Jake apretó con más fuerza e intentó recuperar el aliento—. Por lo que parece, le has roto la nariz.

—¿Qué?

La niebla se estaba aclarando. Respiraba a ráfagas, con las manos todavía cerradas. Pero la furia salvaje comenzaba a ceder. A Dory le salía sangre de la nariz y el ojo derecho empezaba a hinchársele. Mientras Leo intentaba limpiarle la herida, Dory gemía y lloraba.

—Es ella —jadeó Callie—. Es ella.

—Lo he pillado. Si te suelto, ¿vas a saltarle encima otra vez?

—No. —Callie aspiró un poco de aire—. No.

—Menudo placaje, Dunbrook. —Aflojó las manos, pero no la soltó. Tuvo que maniobrar un poco para moverse y agacharse entre ella y Dory. Después de un breve examen de la cara, hizo una mueca—. Vaya cara. También te ha dado.

—No siento nada.

—Ya lo sentirás.

—Apártate, Jake. No voy a volver a pegarle pero tengo algo que decirle.

Cauteloso, mantuvo una mano en el hombro de Callie, pero se movió un poco para que pasara por su lado.

—Calla. —Aunque miró directamente a Dory mientras hablaba, los demás quedaron en silencio—. El placaje ha sido por Rosie.

—Estás loca.

Sin dejar de llorar, Dory se tapó la cara con las manos y se balanceó.

—La nariz por Bill. El ojo morado por Dolan.

—Estás loca, completamente loca. —Con un sollozo patético, Dory levantó las manos manchadas de sangre como suplicando al resto del equipo—. No sé de qué me habla.

—Cualquier otro daño —siguió Callie—, te lo mereces por ser una puta mentirosa y asesina. Y lo que vendrá es por lo que contribuiste a hacerle a mi familia.

—No sé de qué habla. Me atacó. Todos lo visteis. Necesito un médico.

—Mierda, Callie. —Frannie se mordió el labio y se puso detrás de Dory—. Ostras. Le saltaste encima y te pusiste a golpearla. Está malherida.

—Mató a Bill. Y casi mata a Rosie. —Se soltó una mano y cogió la camisa rota de Dory antes de que nadie pudiera detenerla—. Tienes suerte de que Jake me detuviera.

—No dejéis que se acerque a mí —suplicó Dory encogiéndose—. Ha perdido la cabeza. Haré que te arresten.

—Ya veremos quién pasa la noche en la cárcel.

—Creo que deberíamos calmarnos. Creo que todos deberíamos intentar calmarnos. —Bob se pasó los dedos por el pelo enredado—. Eso es lo que pienso.

—¿Estás segura, Callie? —preguntó Leo.

—Sí, estoy segura. Tienen a tu madre, Dory. Pero eso ya lo sabes. Se te

está desmontando todo el tinglado. Empezó a desmoronarse cuando Suzanne me reconoció. Trabajaste mucho para que no se desmoronara. Mataste para que no se desmoronara. Pero estás acabada.

—No sabes de qué hablas.

—Bien. —Leo soltó un sonoro suspiro y se puso en pie—. Llamemos a la policía y solucionémoslo.

Jake aplicó antiséptico a las marcas del cuello de Callie. La había apartado del resto del equipo, dejando a los demás que cuidaran a Dory.

Miró por encima del hombro y vio que Bob acariciaba a Dory y que Frannie le ofrecía un vaso de agua.

—Es lista, y es buena actriz. Intenta convencer a los demás de que te lanzaste encima de ella porque sí.

—No le durará. Doug y Lana tienen a Dorothy Spencer en Charlotte. Es suficiente conexión para convencer a Hewitt de que la interrogué.

—No está sola aquí.

Callie soltó un suspiro. La llamada de Lana había borrado todo, excepto Dory, de su mente.

—No estaba pensando. Actué y basta. Pero maldita sea, Jake, se habría marchado. Se dirigía al coche. Se habría marchado si no la hubiera detenido.

—No te lo discuto. La detuviste; había que detenerla. Podemos confiar en que Doug y Lana darán la información a la policía de Charlotte. Tenemos más piezas, y las juntaremos hasta que tengamos una visión de conjunto.

—Comió con nosotros. Lloró a Bill, y después de que la caravana saltara por los aires, trabajó más que nadie para limpiar el sitio.

—Y te habría matado de haber podido. —Le apretó los labios en la frente—. Ahora va a ir a la desesperada. Por lo tanto tenemos que estar...

—Tranquilos y centrados —terminó ella—. Tengo que levantarme y moverme o me quedará rígida como una tabla. ¿Me echas una mano?

La ayudó a levantarse y observó que caminaba cojeando.

—Cariño, necesitas un baño caliente, unas friegas y unos analgésicos.

—No sabes cómo. Pero no puedo esperar. Podrías llamar a Charlotte y decirles que tenemos a Dory controlada.

—Sí, lo haré. No te acerques a ella, Cal. —Notó la dirección de la mirada gélida de Callie—. Lo digo en serio. Cuanto menos le digas, menos sabrá. Y más tendrás para contar a la policía.

—No lo soporto cuando te pones lógico, racional y razonable.

—Uau. Eso tiene que doler también.

La hizo sonreír, y maldijo cuando se le hinchó el labio. Al ver que se acercaba el coche del sheriff cuadró los hombros.

—Venga, vamos allá.

El sheriff Hewitt se metió un chicle en la boca. Miraba atentamente al ayudante que ayudaba a Dory a entrar en otro coche patrulla con el que la llevarían a urgencias.

—Es una historia interesante, doctora Dunbrook, pero no puedo arrestar a una mujer sólo por lo que usted diga.

—Es más que mi palabra. Las pruebas están ahí, sólo tiene que relacionarlas. Es la hija de Marcus Carlyle, con Dorothy McLain Spencer, que era su secretaria. Mintió acerca de su identidad.

—Ahora dice que no. No niega el parentesco, sólo dice que es quien dice que es.

—Y se olvidó de mencionarlo cuando la oficina de Lana se incendió, cuando Bill fue asesinado, cuando supo que estaba buscando a Carlyle y a las personas relacionadas con él.

El sheriff soltó un suspiro.

—Dice que no lo sabía.

—Eso es una imbecilidad. ¿Se va a tragar que vino a parar por casualidad a este proyecto? ¿La hija del responsable de mi secuestro se une a mi equipo por casualidad?

—La verdad es que usted apareció en este proyecto por casualidad. Pero no digo que me lo crea. —Levantó una mano antes de que Callie explotara—. Hay demasiadas coincidencias para que me convenza y Dory es una de ellas. Pero esto está muy lejos de acusarla de matar a ese chico o a Ron Dolan. Ni siquiera puedo probar que estuviera aquí cuando asesinaron a Dolan. Volveré a hablar con ella. Hablaré con la policía de Charlotte y con el FBI. Haré mi trabajo.

Volvió la cabeza y le miró la cara magullada.

—No estaría mal que me dejara trabajar sin intentar hacerlo en mi lugar.

—Iba a escaparse.

—No digo que no. Ella dice que estaba estirando las piernas cuando usted le saltó encima. Y los testimonios tienen versiones contradictorias sobre esto. Debe considerar el hecho de que no voy a acusarla de agresión.

—Usted debe considerar el hecho de que ella decidió estirar las piernas cuando su madre la llamó de Charlotte para advertirla de que la habían descubierto.

—Lo comprobaré. Doctora Dunbrook, yo no le digo cómo tiene que excavar este campo. No me diga usted cómo investigar mi caso. Lo mejor que puede hacer es volver a casa y ponerse hielo en la mejilla. Parece un golpe doloroso. Quiero que todo el mundo esté disponible mientras resuelvo este asunto.

—Puede que tenga que descubrir si Dorothy Spencer ha realizado algún viaje a Woodsboro últimamente, porque Dory no ha hecho esto sola.

El hombre la señaló con un dedo.

—Váyase a casa, doctora Dunbrook. Me pondré en contacto con usted

en cuanto descubra algo que necesite saber.

Callie le pegó una patada a una piedra mientras el sheriff se alejaba.

—Calmada y centrada, y una mierda.

Puso en remojo una sinfonía de moratones en la bañera, tomó Percocet y se enfureció. Tenía que haber algo más que pudiera hacer y tenía la intención de hacerlo. Se puso unos pantalones anchos y una blusa y, después de mirar la cama con añoranza, bajó cojeando.

Las conversaciones se interrumpieron como si hubieran cerrado un grifo cuando ella entró en la cocina y fue a la nevera a coger un refresco.

—A lo mejor deberías tomar una infusión. Unas hierbas.

Frannie se levantó y se quedó quieta retorciéndose los dedos.

—¿Tenemos?

—Sí, te prepararé una. Estaba huyendo —soltó Frannie, y después lanzó una mirada desafiante a los demás, sentados alrededor de la mesa—. Huía. Y si les hizo daño a Bill y a Rosie me alegro de que le pegaras una paliza.

Se acercó a la cocina y cogió un cazo. Le saltaban las lágrimas mientras lo llenaba de agua.

—Gracias, Frannie. —Callie se volvió al ver entrar a Jake—. Sé que todos estáis angustiados y confusos. Sé que Dory os caía bien. A mí también. Pero a menos que alguien se levante y confiese que puso Seconal en mi termo, el Seconal que llevó a Rosie al hospital, lo hizo Dory.

—Si Cal dice que lo hizo Dory —Digger meneó con fuerza la cabeza—, es que lo hizo Dory.

—Sí, pero... —Bob se removió en la silla—. No está bien entregarla así. No está bien entregar a uno de los nuestros.

—Te tiró al suelo de un empujón —recordó Digger.

—Sí, lo sé, pero no me gusta.

—¿Huía? —preguntó Callie.

—Creo que sí. No lo sé. No me fijé. Caramba, Callie, fue ella la que llamó a la ambulancia para Rosie. Y cuando Bill... cuando murió, estaba destrozada.

—Le dijo a Sonya que Callie quería echarla del proyecto. —Frannie se esforzó por no llorar mientras ponía el cazo en el fuego—. Pregúntaselo, pregúntale a Sonya. Dijo que Callie quería que se marchara porque creía que se quería ligar a Jake, y que Callie estaba celosa de todas las demás mujeres del proyecto, y que sólo estaba esperando la oportunidad de echarla.

—Por Dios. —Matt se frotó la cara—. Eso no significa nada. Son cosas de chicas. Mira, yo no entiendo nada. No sé ni si quiero entenderlo. Pero no puedo creer que Dory tuviera nada que ver con la muerte de Bill. No puedo creerlo.

—No es necesario que lo creas. —Jake abrió una botella de agua—. Acabo de hablar con Lana. Ella y Doug acaban de aterrizar en Dulles. El FBI está interrogando a Dorothy Spencer. Y van a mandar a un agente aquí para

hablar con su hija. A lo mejor ellos sí pueden creerlo.

Callie se llevó la infusión al despacho de Jake y miró la cronología de su vida.

—Uno de esos sucesos cambia y todo lo que sigue se altera. —Sabendo que Jake estaba en el umbral, sorbió la infusión y siguió estudiando el gráfico—. Todavía no he decidido si cambiaría alguno de estos sucesos en caso de tener la posibilidad de hacerlo. Si no me hubiera roto el brazo, quizá no habría dedicado tanto tiempo a leer libros de arqueología. Si no te hubiera echado de casa, quizá ahora no estaríamos intentando reconstruir nuestra relación. Si no hubiera rechazado el trabajo en Cornualles para tomarme una temporada sabática, no habría estado disponible para este proyecto. Suzanne Cullen no me habría visto nunca, no me habría reconocido. Bill estaría vivo, pero lo que hizo Carlyle seguiría sin conocerse.

Jake se sentó a la mesa de trabajo al lado de Callie.

—La filosofía apesta.

—Casi he terminado de comerme el coco. Sobre esa tontería de que estaba celosa de Dory... Si hubiera pensado con claridad, la habría detenido de otro modo. La habría llamado, le habría pedido que esperara. Algo. Entonces, si hubiera huido, todos lo habrían visto. Pero no estaba pensando. Sólo quería detenerla. —Meneó la cabeza—. Ni siquiera eso, quería hacerle daño.

—Y con razón —comentó Jake.

—Estaba segura de que entenderías mis sentimientos. —Tomó un poco de infusión y se calmó—. Ahora me siento como vacía, espero que la policía y el FBI lo resuelvan, pero aunque he excavado capa tras capa, y veo piezas de lo que hay debajo, es como si no pudiera reconstruir todo el panorama. Y algo me dice que el panorama no me va a gustar nada.

—Un buen arqueólogo no elige lo que encuentra.

—Ya te estás poniendo racional otra vez.

—He estado practicando. —Le cogió la mano, examinó sus nudillos arañados y jugó con sus dedos—. ¿Duele?

—Como si hubiera pegado puñetazos a un esqueleto varias veces.

Aun así, la utilizó para descolgar el teléfono cuando sonó.

—Dunbrook. El sheriff Hewitt. —Callie hizo una mueca a Jake, pero enseguida se quedó paralizada. Sin decir nada, se apartó de la mesa, se puso en pie y escuchó un momento. Luego dejó el teléfono—. La han perdido. —Colgó el teléfono cuidadosamente, antes de abandonarse a la ira y tirarlo por la ventana—. Se ha escapado. Se ha ido del hospital aprovechando una distracción del ayudante del sheriff. Nadie recuerda haberla visto marcharse, nadie sabe adonde ha ido ni cómo. Ha desaparecido y basta.

Doug pasó por casa de su madre. El teléfono, pensó, no era la forma

adecuada de decirle lo que había descubierto. No estaba seguro de cuál sería su reacción y sabía que, a esa hora, antes de que su abuelo cerrara la librería, antes de que su padre volviera de su última clase al otro lado de la frontera del condado, lo más probable era que estuviera sola.

Cuando estuviera seguro de que estaba en buenas manos, iría a casa de Lana y los dos irían a ver a Callie y a Jake.

Paró el coche detrás del de su madre.

Tenía ganas de guardarlo todo en una caja, cerrar la tapa y olvidarse para que todos pudieran seguir con su vida. Quería tener la oportunidad de tener esa vida. Con total normalidad. Quería poder decirle a su madre que estaba enamorado, que pensaba darle un nieto ya crecido, y esperaba que más con el tiempo.

Fue hacia la puerta. No había prestado suficiente atención a la vida que su madre se había construido, tenía que admitirlo. Cómo había levantado una empresa y creado un hogar. Cómo se había rodeado de cosas hermosas, meditó, mientras levantaba un cuenco verde iridiscente de una mesa. El valor y la voluntad que debió de necesitar para crear aquellos pequeños detalles de normalidad cuando su espíritu estaba hecho pedazos.

Se arrepintió mucho, no sólo de la forma como había hecho caso omiso de lo que había logrado hacer su madre, sino de que ello le hubiera ofendido.

—¿Mamá?

—¿Doug? —Su voz le llegó del piso—. ¡Has vuelto! Bajo enseguida.

Doug fue a la cocina y olió con placer el aroma de café recién hecho. Se sirvió una taza y decidió llenar otra para su madre. Se sentarían a su mesa y tomarían un café mientras le contaba lo que había descubierto.

Y le diría algo que hacía más años de los que recordaba que había dejado de decirle. Diría a su madre que la quería.

Oyó sus tacones sobre la madera, rápidos, femeninos. Y cuando se volvió, casi vertió la segunda taza de café.

—Uau —logró decir—. ¿Qué te ha pasado?

—Pues, nada..., nada.

Se ruborizó. Doug no sabía que las madres podían ruborizarse. Y había olvidado lo bonita que era su madre.

Llevaba el pelo apartado de la cara y los labios y las mejillas tenían un agradable toque rosado. Pero el vestido era lo que tiraba de espaldas. Azul profundo y sedoso, lo bastante corto para insinuar unas piernas estupendas, lo bastante escotado para insinuar unos buenos senos, y lo bastante ajustado para insinuar unas curvas con las que Doug no se sentía del todo cómodo sabiendo que pertenecían a su madre.

—¿Te paseas por la casa vestida así muy a menudo?

Todavía bastante ruborizada, Suzanne se dio un tirón avergonzado a la falda.

—Voy a salir. ¿Es para mí el café? Te traeré unas galletas.

Se acercó a un armario a coger un bote transparente.

—¿Adonde vas?

—Tengo una cita.

—¿Una qué?

—Una cita. —Avergonzada, colocó unas galletas en un plato, como hacía cuando Doug volvía de la escuela—. Voy a salir a cenar.

—Ah.

¿Una cita? ¿Salía a cenar con un hombre? Vestida así..., apenas vestida. Suzanne dejó el plato sobre la mesa y levantó la barbilla.

—Con tu padre.

—¿Cómo dices?

—He dicho que salgo a cenar con tu padre.

Doug se sentó.

—¿Tú y papá estáis saliendo?

—No he dicho que estuviéramos saliendo. He dicho que salíamos a cenar. A cenar. Una cena informal.

—Ese vestido no tiene nada de informal. —La primera impresión de sorpresa se estaba transformando en diversión y, por debajo de esto, en una sensación cálida y agradable—. Se le van a salir los ojos de las órbitas cuando te vea.

—¿Me queda bien? Sólo me lo he puesto en un par de cócteles. Cosas de trabajo.

—Estás espectacular. Eres espectacular. Eres muy guapa, mamá.

Sorprendida, a Suzanne se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vaya por Dios.

—Debería habértelo dicho todos los días. Debería haberte dicho todos los días que te quería. Que estoy orgulloso de ti, todos los días.

—Oh, Douglas. —Se puso una mano sobre el corazón, que le latía vertiginosamente—. A paseo los treinta minutos que he pasado arreglándome la cara.

—Siento no habértelo dicho. Siento no haber podido. Siento no haber hablado contigo porque tenía miedo de que me culparas.

—Culparte a ti por... —Incluso con las lágrimas, le apoyó la mejilla en la cabeza—. Oh, Douglas. No. Mi hijito —murmuró, y se le cerró la garganta—. Mi pequeño. Te dejé tan abandonado.

—No, mamá.

—Sé que lo hice. Lo sé. No sabía cómo ayudarte. Pero que pensaras eso... Oh, hijo. —Se apartó para besarle las mejillas y después cogerle la cara con las manos—. Ni por un segundo. Nunca. Te lo prometo, ni una sola vez, ni en los peores momentos te culpé. Eras sólo un niño. —Le apretó los labios en la frente—. Mi pequeño. Te quiero, Doug, y siento no habértelo dicho todos los días. Siento no haber hablado contigo. Te aparté. Aparté a tu padre. A todos. Y cuando intenté volver a abrirme era demasiado tarde.

—No es demasiado tarde. Siéntate, mamá. Siéntate. —Le cogió las manos mientras Suzanne se sentaba en una silla a su lado—. Voy a casarme con Lana Campbell.

—Que... Oh, Dios mío. —Le apretó los dedos y rió y lloró al mismo tiempo—. ¡Oh, Dios mío! Casarte. Vas a casarte. ¿Para qué tomamos café? Tengo champán.

—Otro día. Otro día, cuando estemos todos.

—Estoy muy contenta por ti. Pero tu abuelo se volverá loco. Completamente loco de alegría. Oh, no puedo esperar a decírselo a Jay. No puedo esperar a decírselo a todo el mundo. Daremos una fiesta. Y...

—Calma. Todo llegará. La quiero, mamá. Me enamoré de ella y todo cambió dentro de mí.

—Así es como debe ser. Dios, necesito un pañuelo. —Se levantó y cogió tres de una caja—. Me gusta mucho. Siempre me ha gustado. Y su hijo... —Se le quebró la voz—. Oh, vaya, ya soy abuela.

—¿Qué te parece?

—Espera un momento. —Se apretó una mano sobre el estómago y respiró hondo—. Me parece bien —afirmó—. Sí, me parece estupendo.

—Es un niño simpatiquísimo. Siéntate otra vez, mamá. Quiero hablarte de otra cosa. Acerca de Jessica.

—Callie. —Suzanne volvió a la mesa y se sentó—. Debemos llamarla Callie.

—¿Adonde puede haber ido? —Callie paseaba por el despacho de Jake, parándose de vez en cuando para estudiar la cronología—. No iré a Charlotte, donde su madre está bajo custodia. Su padre está muerto. Pero ¿se arriesgará a salir del país, a ir a las Cayman?

—Allí puede haber dinero —convino Lana—. El dinero viene bien cuando estás huyendo.

—Hemos comprobado que Carlyle estaba enfermo, básicamente incapacitado —siguió Callie—. Si continuaban comerciando con bebés, no es probable que él tuviera un papel importante. Era viejo, estaba enfermo, fuera del país. Se moría. Si habían dejado el negocio, ¿para qué complicarse tanto la vida intentando impedir que los localizara? ¿Que lo descubriera? Aunque lo localizara, cuando hubiera acumulado bastantes pruebas para presentarlas a las autoridades, ya estaría muerto. O casi.

—Lógicamente, sus relaciones no deseaban ser descubiertas. —Jake siguió escribiendo en el cuaderno—. Pérdida de reputación, posible proceso y condena. O el negocio seguía en marcha, lo que nos lleva de nuevo a temer ser descubiertos, procesados y encarcelados, con el incentivo añadido de perder los ingresos.

—No sé cómo puedes hablar de esto como si se tratara de un negocio. —Doug se metió las manos en los bolsillos—. Perder ingresos, maldita sea.

—Tienes que pensar como ellos —contestó Callie—. Verlo como ellos. Así es como entiendes su... —Hizo un gesto hacia Jake—. La cultura, la estructura social de su comunidad.

—Tu propia comunidad puede seguir amenazada. —Lana señaló la puerta que daba a la sala—. Esto no lo hizo sola.

—No es uno de ellos. —Jake buscó entre los papeles que tenía esparcidos sobre la mesa, comprobó unos datos y volvió al cuaderno—. Ella se infiltró porque tenía una profesión útil, así como unas credenciales falsas. No es tan difícil falsificar una identificación, sólo se necesitan unos pocos conocimientos de informática para inventarse una relación con la universidad. Una excavación como ésta atrae a muchos estudiantes, a licenciados y a arqueólogos itinerantes. Pero ella tenía una profesión específica.

—La fotografía —confirmó Callie—. Es una fotografía estupenda.

—A lo mejor se gana así la vida. —Doug se encogió de hombros—. Su vida legítima.

—No sabía mucho de excavaciones, pero aprendía con rapidez. Trabajaba con ganas —añadió Callie—. Bob y Sonya ya estaban antes de que empezara todo. Están descartados. Frannie y Chuck son inseparables. Ella no sabía mucho, pero él sí. Es imposible que ésta fuera su primera excavación. Diría lo mismo de Matt. Tiene demasiados conocimientos del oficio.

—Desde julio hemos tenido otros que han ido y venido y no podemos estar seguros de ellos. —Jake dejó el lápiz—. Pero este grupo creo que está descartado.

—Es probable —convino Doug.

—Trabajamos sobre especulaciones, basándonos en datos y en el instinto —observó Jake—. Introducimos lo que tenemos, obtenemos la mejor imagen posible y hacemos una deducción.

Cogió un rotulador y, llevándose el cuaderno, se acercó al gráfico de la cronología.

—Creo que la policía la encontrará, y que encontrarán a los Simpson. —Lana levantó las manos—. En cuanto los encuentren, descubrirán el resto. Tú ya has roto el esquema de la organización. Has averiguado lo que querías.

—Hay más. Hay algo más. No lo sé todo. —Callie dejó de pasear para colocarse detrás de Jake—. ¿Qué estás haciendo?

—Mezclando datos. Tuyo, de Carlyle, de Dory.

—¿Para qué? —preguntó Doug.

—Cuanto más datos, más lógicas serán las posibles especulaciones. Callie fue repasando las nuevas referencias a medida que Jake las conectaba. La fecha del primer matrimonio de Carlyle, el nacimiento de su hijo, su traslado a Boston.

—Un gran hueco entre el matrimonio y la llegada del niño —comentó Callie.

—La gente a menudo espera varios años antes de tener descendencia. Steve y yo esperamos casi cuatro.

—No era tan normal esperar tanto hace cuarenta o cincuenta años. Y más de seis años, es raro. Lana, ¿tienes los datos de su oficina de adopciones antes de Boston a mano?

—Puedo buscarlos. He traído todos los archivos en disco. ¿Puedo usar tu ordenador, Jake?

—Adelante. Estoy añadiendo las fechas de los abortos de tu madre y el niño que nació muerto. Sería interesante, ¿no os parece?, poder ver el historial médico de la señora Carlyle.

—Mmm. Tampoco puedes estar seguro de que ésa sea la fecha real del nacimiento de Dory.

—No puede ser muy diferente. Tiene más o menos tu edad, Cal. Eso la hace veinte años más joven que Richard Carlyle. Según mis cálculos, Carlyle tendría más de sesenta años cuando ella nació.

—No es la primera vez que el esperma de un sexagenario da en el blanco —comentó Callie—. ¿Cuántos años tiene Dorothy?

—Casi cincuenta, diría yo —contestó Doug por detrás de Callie.

—Más de cincuenta —corrigió Lana sin levantar la cabeza—. Pero muy bien conservada.

Jake asintió y siguió calculando.

—Unos diez años mayor que Carlyle hijo.

Doug los observó trabajar. Era algo parecido a ver cómo preparaban el

desayuno, pensó. Los movimientos, el ritmo.

—No os sigo.

—¿Lana? —Callie estudió los segmentos, las líneas, la cuadrícula que Jake estaba creando—. ¿Lo tienes?

—Enseguida. La primera petición de adopción que encontré se presentó en 1946. Dos el mismo año.

—Dos años después de la boda —murmuró Callie—. Bastante tiempo. Llevaba ejerciendo... ¿cuánto?, seis años antes de interesarse por las adopciones.

Se apartó, estudió el gráfico y observó la pauta y las conexiones que se formaban.

—Es un poco arriesgado —dijo a Jake.

—Una hipótesis lógica basada en los datos disponibles.

—¿Qué? —Doug se acercó al gráfico, intentando averiguar qué veían ellos que él no podía ver.

—Richard Carlyle fue el primer bebé robado por Marcus Carlyle. Pero no por dinero. Porque quería un hijo.

Doug se subió las gafas por la nariz.

—¿Has deducido eso de aquí?

—Tú mira —insistió Callie—. Cambia la orientación de su despacho dos años después del matrimonio, seis años después de empezar a ejercer. ¿Y si él y su esposa tenían problemas para concebir? Empieza a interesarse personalmente por la adopción, lo investiga, y se entera de todos los entresijos del asunto.

—Entonces, ¿por qué no adoptó? —intervino Lana.

—Sobre esto debemos especular.

Jake cogió la cafetera, la meneó y miró a Callie con expresión suplicante.

—Ahora no.

Jake se encogió de hombros y dejó la cafetera.

—Le gusta controlar las cosas, dominar la situación. Su famoso historial de infidelidad indica a un hombre que utiliza el sexo y que considera sus proezas como parte de su identidad.

—No ser capaz de concebir un niño perjudicaría a su ego. —Doug asintió—. Son cosas que pasan a los demás, no a él. Y no va a dejar que los demás sepan que dispara balas de fogeo. Pero entonces cómo...

—Espera. —Callie levantó una mano—. Una capa tras otra. No va a hacer pública una adopción. No encaja con la imagen que tiene de sí mismo. Pero quiere un hijo y él es de la clase de hombres que desearía un varón. Una hija no serviría. Querría saber exactamente de quién y de dónde procedía ese niño. No toleraría las normas que tenían entonces sobre el anonimato de los padres biológicos. Y echa un vistazo. Y ve a todos esos padres con hijos. Dos, tres, cuatro hijos. Personas menos valiosas que él. Con menos seguridad económica, menos importantes. Menos.

—Tiene lógica. —Lana dio la vuelta a la silla—. Por lo que sabemos de él

hasta ahora, se ajusta a su perfil.

—Ya hace años que representa a padres adoptivos. Conoce los pasos, conoce médicos, otros abogados, agencias. Se relaciona con ellos socialmente. La gente crea sus propias tribus dentro de las tribus —siguió Jake—. Forman círculos con mentes parecidas, o con aquellos que aportan conocimientos o habilidades al grupo. Utilizando este sistema, él encuentra a padres que pueden ajustarse a sus criterios. Se lo toma con calma. Entonces, con o sin un acuerdo privado con los padres biológicos, se lleva a su hijo. Apuesto mi colección de CD de Waylon Jennings a que no hay solicitud de adopción ni sentencia sobre Richard Carlyle presentada en el juzgado, pero que existe una falsa en alguna parte.

—Poco después se traslada a Houston. Nueva ciudad, nuevo despacho, nuevo grupo social.

—Y como funcionó, como obtuvo lo que quería tal como lo quería, lo vio como un medio para... ¿cómo lo llamó Dorothy? —preguntó Doug a Lana.

—Su misión, su afición rentable.

—Lo vio como un medio para satisfacer las necesidades de otras parejas honestas sin hijos. Su medio —asintió Doug—. Y vio que podía sacar rendimiento de ello. Es un poco..., no sé, cogido por los pelos.

—¿Cogido por los pelos? —repitió Callie.

—No muy exagerado, pero sí un poco.

—Bueno. Exagerado o no, es una suposición razonable. Entonces le añadimos que en algún momento Richard se enteró. Eso provocó un altercado entre padre e hijo. Marcus trataba mal a su madre, y quizá era porque no le había dado un hijo a la manera tradicional; eso se agravó o fue la causa de sus infidelidades.

—No se divorciaron hasta que Richard tenía veinte años. —Jake jugueteó con el lápiz sobre la cronología—. El año en que nació Dory.

—El matrimonio funcionaba para Carlyle. Pero su hijo ya es mayor. Y es posible que fuera en esta época cuando Richard descubriera la verdad. La familia se fracturó. El matrimonio se acabó.

—Y Carlyle tuvo un hijo ilegítimo con su secretaria. Eso debió de ser una bofetada para madre e hijo. —Le tocó a Doug coger la cafetera y volver a dejarla—. Es una teoría interesante, pero no sé en qué puede ayudarnos a localizar a Dory.

—Eso es otra capa. —Callie volvió a mirarse la cronología. Todo le parecía ahora claro. Sólo tenía que apartar la última tierra de encima y todo estaría en su sitio—. Vuelve a mirar las fechas. El traslado de Boston a Seattle. Lo más lejos posible. ¿Por qué? Porque tu secretaria, con quien has mantenido una relación íntima, que conoce tu negocio personal, tus actividades criminales, que ha formado parte de ambos durante años, acaba de decirte que está embarazada. Pero no de un hijo tuyo. De un hijo de tu hijo.

—¿Dorothy Spencer y Richard Carlyle?

Lana pegó un salto y fue a mirar el gráfico.

—Un joven impresionable, que quizá acaba de descubrir que no es quien

creía ser. Está angustiado —conjeturó Callie—. Es vulnerable. Y está enfadado. La mujer mayor y atractiva. Si sabe que su padre ha estado con ella, eso sólo hace que añadirle incentivo. «Le demostraré a ese malnacido...» Dory está cerca de los treinta. Ha trabajado para Carlyle y se ha acostado con él mucho tiempo. Le ha dado su juventud. Quizá él le ha hecho promesas y, aunque no sea así, está cansada de ser la otra mujer. Lo típico. Y de no sacar nada de esa situación. Ahí está el hijo. Joven e ingenuo. Otro golpe a Carlyle.

—Si suponemos que se acostaba con él desde que ella tenía dieciocho o diecinueve años —intervino Lana— y no se quedó embarazada antes, podría ser que Carlyle fuera estéril.

—O fueron con cuidado y tuvieron suerte —dijo Jake—. Es más lógico creer que fue el joven Carlyle quien la dejó embarazada que el viejo. Él tiene sesenta años y, según los datos que conocemos y las suposiciones actuales, nunca había concebido un hijo.

—Carlyle no protegía a su padre moribundo y lejano —concluyó Callie—. Protegía a su hija.

—La pregunta era: ¿adonde iría ella? —Jake dibujó un círculo alrededor del nombre de Richard Carlyle en el gráfico—. Con papá.

—Si presentáis esta teoría a la policía, creerán que estáis locos o que sois muy inteligentes. —Doug soltó un suspiro—. Pero si os hacen caso y encuentran a Dorothy, podría ser que confesara.

—Déjamelos escribir. En papel. —Lana se arremangó—. Lo más objetivo y detallado posible. —Esta vez cogió ella la cafetera—. Pero me iría bien un poco de cafeína.

—Vale, vale. Ya voy.

De mala gana, Callie cogió la cafetera. Salió a grandes zancadas, pero aminoró el paso cuando entró en la sala. Reconoció los estruendosos ronquidos que sólo podían ser de Digger. El bulto del sillón tenía que ser Matt.

Sabía que los pichoncitos habían cogido una habitación arriba, y Leo se había quedado a dormir y se había apoderado de otra.

Aunque estaba de acuerdo con Jake en descartar a su equipo, se desvió hacia el piso y metió la cabeza en las habitaciones para contar a los durmientes. Satisfecha, fue a la cocina y llenó el filtro.

—¿Están todos? —preguntó Jake por detrás—. Pensé que lo comprobarías..., y si no, pensaba hacerlo yo.

—Están todos los que tienen que estar. —Echó sal en el café y luego vertió el agua y puso en marcha la cafetera—. Si estamos en lo cierto, esto ha pasado a través de tres generaciones. Tanto si Richard Carlyle participó como si no, lo sabía. Esto todavía es más asqueroso de lo que parecía. Que haya pasado la perversión de padre a hijo y a hija.

—Un patriarca poderoso utilizando su influencia, la fuerza de su personalidad, la lealtad familiar. Era la estructura con que crecían las generaciones precedentes. Su base.

—¿Y si Richard descubrió que estaba en la misma posición que yo? Peor, mucho peor, porque sus padres, o al menos su padre, lo sabían. Lo sabía y lo organizó. ¿Cómo pudo seguir perpetuándolo, pasándolo por alto, aprovechándose de ello?

Jake se acercó a ella y le acarició cariñosamente la mejilla magullada.

—Sabes tan bien como yo que el entorno y la herencia ayudan a estructurar a un individuo. Naturaleza y crianza. Eligió una opción y ésta lo llevó por un camino diferente del que cualquiera de nosotros habría tomado. Tus genes, tu educación, tu propio sentido del yo no te lo habrían permitido.

—¿Habría protegido yo a mi padre a pesar de todo? ¿El padre que conocí y amé? Si descubría que era un monstruo, ¿le habría protegido?

—Yo sé la respuesta. ¿Y tú?

Callie suspiró y buscó tazas limpias.

—Sí. No habría podido. Me habría hecho pedazos pero no habría podido.

—Has encontrado lo que querías, Cal.

—Sí. Ahora está a la vista. Y tengo que hacer que lo vean los demás. No tengo elección.

—No. —La cogió por los hombros, la atrajo hacia él y le besó la cabeza—. No tienes.

Callie se volvió al oír que sonaba el teléfono.

—Caramba, son las dos de la madrugada. ¿Quién llamará? Dunbrook.

—Hola, Callie.

—Hola, Dory. —Callie cogió un lápiz y escribió en la pared junto al teléfono: «Llama a la policía. Que localicen la llamada»—. ¿Cómo está tu nariz?

—Duele como un demonio. Y créeme, me las vas a pagar.

—Pasa por aquí. Disputaremos otro asalto.

—Lo disputaremos, te lo prometo. Pero tendrás que venir adonde estoy yo.

—¿Cuándo y dónde?

—Te crees muy lista, muy inteligente. Hace semanas que juego contigo. Y sigo haciéndolo. Tengo a tu madre, Callie.

A Callie dejó de correrle la sangre por las venas, se le heló.

—No te creo.

Se oyó una risa truculenta.

—Sí te lo crees. ¿No quieres saber cuál? ¿No te gustaría saberlo?

—¿Qué quieres?

—¿Qué estás dispuesta a pagar?

—Dime lo que quieres y lo conseguiré.

—¡Quiero a mi madre! —La voz se le agudizó. La rabia enfurecida de su tono hizo que a Callie se le encogiera el estómago—. ¿Me la vas a devolver, puta? Le has estropeado la vida y yo te estropearé la tuya.

—Sólo la están interrogando. —Como empezaba a temblar, Callie se agarró a la mesa—. Ahora ya la habrán soltado.

—¡Mentirosa! Otra mentira sobre mi madre y usaré el cuchillo que tengo en la mano con la tuya.

—No le hagas daño. —El terror era como unos dedos helados que le subían por la columna—. No le hagas daño, Dory. —Cogió la mano de Jake y se la apretó con fuerza—. Dime lo que quieres que haga y lo haré.

—Si llamas a la policía, la mato. ¿Entendido? Si llamas a la policía será como si la hubieras matado.

—Sí. Nada de policía. Esto es entre tú y yo. Lo comprendo. ¿Puedo hablar con ella? Déjame hablar con ella, por favor.

—Déjame hablar con ella, por favor —imitó Dory—. ¡Hablas conmigo! Aquí mando yo ahora, doctora puta. Mando yo.

—Sí, tú mandas.

Callie se esforzó por mantener la voz firme.

—Y tú hablarás conmigo. Hablarás sobre lo que me pagarás, sobre lo que vas a tener que hacer. Solas tú y yo. O vienes sola o la mato. La mataré sin pensarlo un segundo. Sabes que lo haré.

—Iré sola. ¿Adonde?

—Al Simon's Hole. Tienes diez minutos o empiezo a hacerla pedacitos. Diez minutos y el reloj ya ha empezado a avanzar. Más vale que te apresures.

—Era un móvil —dijo Jake en cuanto Callie colgó—. Intentarán localizar la zona.

—No hay tiempo. Tiene a mi madre. Dios mío, sólo diez minutos.

Corrió hacia la puerta.

—Espera. Maldita sea, no puedes irte sin pensar.

—Me ha dado diez minutos para ir a la poza. Apenas es suficiente. Tiene a mi madre. Va a matarla si no voy. Ahora y sola. Qué horror, ni siquiera sé a cuál de las dos tiene.

Jake la retuvo un momento y se sacó el cuchillo de la bota.

—Llévate esto. Yo estaré detrás de ti.

—No puedes. Ha dicho...

—Tienes que confiar en mí. —Volvió a cogerle los brazos—. No hay espacio ni tiempo para nada más. Debes confiar en mí. Yo confío en ti.

Callie lo miró a los ojos y cedió.

—Apresúrate —dijo, y salió.

Le resbalaba el sudor por la espalda mientras ponía el Rover a una velocidad vertiginosa por carreteras estrechas y llenas de curvas. Cada vez que los neumáticos chirriaban sobre el asfalto, aceleraba más. Cada vez que miraba la esfera luminosa de su reloj, el corazón le daba un vuelco.

Podía ser mentira, podía ser una trampa. Aun así condujo más deprisa de lo que la cordura permitía, concentrándose en la luz de sus propios faros cortando la oscuridad.

Llegó en nueve minutos.

No vio nada en el campo, en el agua, en los árboles. Eso no le impidió bajar y saltar la verja.

—¡Dory! Estoy aquí. Sola. No le hagas daño.

Caminó hacia el agua, hacia los árboles, con el miedo subiéndole y bajándole por la columna.

—Esto es entre tú y yo, recuérdalo. Entre tú y yo. Puedes dejarla marchar. Estoy aquí.

Vio la luz de una linterna, corrió hacia allí.

—Haré lo que quieras.

—Párate ahí mismo. Has llegado a tiempo. Pero podrías haber llamado a la poli por el camino.

—No les he llamado. Por el amor de Dios, es mi madre. No la pondría en peligro para castigarte.

—Ya me has castigado. ¿Y para qué? ¿Para demostrar lo lista que eres? Ahora ya no lo eres tanto, ¿no crees?

—Era mi vida. —Se movió hacia delante con unas piernas que notaba débiles y temblorosas—. Sólo quería saber cómo había sucedido. ¿No harías tú lo mismo, Dory?

—Quédate donde estás. Pon las manos donde yo pueda verlas. Marcus Carlyle era un gran hombre. Un visionario. Y era listo. Más de lo que tú serás nunca. Incluso muerto es mejor que tú.

—¿Qué quieres que haga? —Ya se había adaptado a la oscuridad. Vio a Dory, con la cara deformada por las magulladuras y el odio. Y percibió algo, alguien más, al borde de su visión—. Dime lo que quieres que haga.

—Sufrir. Quédate donde estás.

Dory se echó atrás y entró en las sombras. Segundos después, una forma se tambaleó hacia delante, casi al borde de la poza.

Callie vio un atisbo de pelo rubio, un atisbo de piel clara, y empezó a correr hacia delante.

—La mataré. Quédate quieta o la mataré. —Levantó un arma—. ¡Mira esto! Dije que tenía un cuchillo, ¿verdad? Pues me equivoqué. Esto parece una pistola. De hecho, parece la misma pistola que utilicé para disparar contra tu sexy ex marido. Podría haberlo matado.

La deslumbró con la linterna, de modo que Callie se vio obligada a taparse los ojos.

—Habría sido fácil. Ya había matado a Dolan. Fue una especie de accidente. Sólo quería dejarlo inconsciente. Fue algo impulsivo cuando lo vi fisgando, igual que estaba fisgando yo.

Se rió y pegó un empujón a la figura atada y amordazada que tenía a sus pies. Callie creyó oír un gemido y rezó.

—Pero le di más fuerte de lo que pretendía. Tirarlo al Simon's Hole me pareció lo más acertado. Esperaba que te lo cargaran a ti, pero no me salió bien.

«Estaré detrás de ti», había dicho Jake, recordó. Debía confiar en él. Tenía que mantener la calma y confiar.

—Incendiaste el despacho de Lana.

—El fuego purifica. Nunca deberías haberla contratado. No deberías haber metido la nariz en algo que no era asunto tuyo.

—Sentía curiosidad. Suéltala, Dory. No servirá de nada que le hagas daño. No te ha hecho nada. Fui yo.

—Podría matarte. —Levantó la pistola y apuntó a la cabeza de Callie—. Todo habría terminado para ti. Pero no es suficiente. Ya no.

—¿Por qué Bill?

Callie avanzó un paso mientras Dory se echaba hacia atrás.

—Se puso a tiro. Y hacía muchas preguntas. ¿No lo habías notado? ¿Qué es esto, qué es aquello, qué haces? Me sacaba de quicio. Y siempre quería hablar de las clases de postrado que había hecho y de mis estudios. No podía ir a lo suyo. Era igual que tú. Caramba, mira lo que he encontrado.

Dio otro empujón con el pie y otra figura rodó hacia el agua.

—Estoy jugando contigo. ¿Lo ves? Tengo a tus dos madres.

Jake entró por el lado oriental del bosque. Silenciosa y lentamente, sin luz que lo guiara.

Dejar que Callie se marchara había sido lo más duro que había hecho en su vida. Se quedó quieto aguzando los oídos y los ojos, intentando captar cualquier movimiento.

El sonido de las voces le provocó un vuelco del corazón, pero se obligó a no precipitarse y correr hacia ellas. Sólo estaba armado con un cuchillo de cocina. Había sido lo único que había encontrado y el tiempo era lo más importante.

Cambió de dirección, atravesando la oscuridad hacia el sonido de las voces. Y se paró, con el corazón desbocado, cuando vio el perfil de una figura humana de pie frente a un roble. No, de pie no, se corrigió, y, pidiendo silencio a los demás, se acercó sigilosamente.

Dos figuras, dos hombres. Los dos padres de Callie estaban atados a un árbol, amordazados. Las cabezas les caían sobre el torso.

Levantó una mano de nuevo al oír un bufido sofocado detrás de él.

—Seguramente están drogados —susurró—. Suéltalos. —Le pasó el cuchillo a Doug—. Quédate con ellos. Si se despiertan, no permitas que hagan ruido.

—Por el amor de Dios, Jake, las tiene a las dos.

—Lo sé.

—Iré contigo. —Cerró una mano sobre los dedos inertes de su padre, luego le pasó el cuchillo a Digger—. Cuida de ellos.

A Callie casi se le paró el corazón. La madre que le había dado la vida, la madre que la había criado. Ahora la vida de las dos dependía de ella.

—Tienes... tienes razón. Estás jugando conmigo. Pero no lo hiciste sola. ¿Dónde está tu padre, Dory? ¿No puede dar la cara Richard? ¿No puede dar la cara, ni siquiera ahora?

—Lo has adivinado, veo. —Sonriendo como una loca, Dory gesticuló con la mano libre—. Puedes salir, papá. Apúntate a la fiesta.

—¿Por qué no podía dejarlo? —Richard se colocó junto a su hija—. ¿Por qué no podía dejarlo como estaba?

—¿Es lo que hizo usted? Aceptarlo. ¿No investigó nunca? ¿Cuánto

tiempo lleva preguntándose cosas, Richard? ¿Cómo es capaz de ignorarlo? Es igual que yo. Fue robado por él. No le dio ninguna oportunidad. No se la dio a nadie.

—Lo hizo por mi bien. Fuera como fuese, me dio una buena vida.

—¿Y a su madre también?

—Ella no lo sabía. O no quería saberlo, que viene a ser lo mismo. Me alejé de él, me alejé de mi padre y de lo que hacía.

A Callie le sudaban las manos y se le iban sin querer hacia el cuchillo que llevaba en la bota. Podría matar, pensó, para salvar a su madre, a sus madres, podría matar sin vacilar.

—¿Y eso fue suficiente? Sabiendo lo que sabía, no hizo nada por detenerlo.

—Tenía que pensar en mi propia hija. En mi propia vida. ¿Por qué destrozarla con un escándalo? ¿Por qué debía echar a perder mi vida?

—Pero usted no crió a su hija. Lo hizo Dorothy. Con toda la influencia de Marcus.

—No fue culpa mía —insistió—. No tenía ni veinte años. ¿Qué podía hacer!

—Ser un hombre. —Con el rabillo del ojo vio que Dory miraba a Richard. «Toca los puntos débiles», se ordenó a sí misma. «Con cuidado, con cuidado»—. Ser un padre. Pero le dejó a él que se encargara de todo. De nuevo. La moldeó, Richard. ¿Puede saber eso y quedarse tan tranquilo? ¿Puede formar parte de eso? ¿Puede protegerla ahora sabiendo que ha matado?

—Es mi hija. Nada de lo que ha pasado es culpa suya. Fue culpa de mi padre y no permitiré que le hagan daño a mi hija.

—Es verdad. No es culpa mía —se apuntó Dory—. Es culpa tuya, Callie. Tú te lo buscaste. —Miró a las mujeres tendidas en el suelo—. Y las has puesto en peligro a ellas.

—Lo único que tiene que hacer es marcharse unas semanas —dijo Richard—. Desaparecer el tiempo suficiente a fin de parar la investigación de la policía para que yo pueda llevar a Dory a un lugar seguro. Para que consiga que suelten a Dorothy. Sin usted, pierden a su testigo principal. Es lo único que tiene que hacer.

—¿Es eso lo que le ha dicho? ¿Así lo convenció para que espiara la casa y la ayudara a hacer explotar la caravana? ¿Es así como lo ha convencido para que la ayude esta noche? ¿Está tan ciego que no ve que a ella sólo le interesa causar dolor? ¿Y la venganza?

—Nadie más saldrá herido —insistió él—. Le pido que me dé más tiempo.

—Te mentirá. —Dory se echó el pelo atrás—. Dirá lo que cree que quieres oír. Quería que mi abuelo pagara. Que mi madre pagara. Que todos pagaran. Pero le tocará pagar a ella.

Agachándose, apuntó una cabeza rubia con la pistola.

—¡Dory, no! —gritó Richard antes de que Callie tuviera tiempo de gritar.

—¿A cuál salvarás? —Empujó a una de las figuras dentro del agua—. Si te sumerges detrás de ésta, dispararé contra la otra. Si intentas salvar a ésta, la otra se ahogará. Dificil elección.

—Dory, por favor.

Richard se precipitó hacia delante, pero se quedó paralizado cuando ella le apuntó con la pistola.

—No te metas. Eres patético. Bueno, dejaremos que se ahoguen las dos. —Empujó el cuerpo inerte hacia el agua y apuntó con la pistola a Callie—. Mientras tú observas.

—Vete a la mierda.

Se dispuso a saltar para esquivar la bala. Percibió un movimiento, casi vio a Jake salir corriendo de los árboles. Ya estaba saltando hacia el agua cuando oyó el disparo.

Sintió un pinchazo, como un doloroso mordisco sobre el hombro, pero estaba en el agua, nadando desesperadamente hacia donde había visto hundirse a la primera de sus madres.

Todavía no sabía cuál.

Pero sabía que no lograría salvarlas a las dos.

Se llenó de aire los pulmones y se sumergió. No veía nada y buceó en la oscuridad, esperando discernir algún movimiento, alguna forma.

Le dolían los pulmones, los miembros le pesaban y se le debilitaban en las frías aguas, pero siguió sumergiéndose, más abajo. Y cuando vio una sombra temblorosa, apretó los dientes y se sumergió con más fuerza.

Cogió unos cabellos y tiró. Como no tenía tiempo para utilizar el cuchillo, metió una mano por debajo de la cuerda y pateó con todas sus fuerzas para salir a la superficie. Con los pulmones a punto de estallar, los músculos doloridos, arrastró el peso muerto hacia fuera.

Veía lucecitas delante de los ojos. Esperaba que hubiera luz de luna en la superficie. Se debatía en el agua, esforzándose por no dejarse llevar por el pánico, pero sentía que el agua cobraba vida y la arrastraba hacia abajo. Le pesaban las botas como plomo y el brazo derecho le temblaba por la tensión.

Cuando se quedó sin aire, se desplomó, luchando contra la necesidad de aire de su cuerpo. Debilitada, forcejeando, empezó a hundirse.

En aquel momento, unas manos tiraron de ella hacia la superficie.

Al salir, tosió y escupió, intentando llenarse los pulmones de aire. Aun así se resistió débilmente cuando Jake tiró de ella hacia la orilla.

—No. La otra. La otra se ha hundido. Por favor.

—Doug está en el agua. No te preocupes. La sacaré. ¡Vamos a llevarnos a ésta! ¡Cógela!

Callie creyó que gritaba a alguien en la orilla, pero no veía nada. Los puntos blancos que le volaban delante de los ojos se habían vuelto rojos y no paraban de girar. Le zumbaban los oídos. Otras manos tiraron de ella cuando intentó arrastrarse hacia la orilla.

Se dejó caer junto a la figura inconsciente. Y vio la cara de Suzanne.

—Oh, Dios mío, Dios mío. —Echó una mirada de desesperación al

agua—. Jake, por favor, Jake.

—Quédate aquí. —Se sumergió en el agua.

—¿Respira? —Con los dedos temblorosos, apartó un poco de pelo para intentar buscarle el pulso—. No creo que respire.

—Déjame a mí. —Lana la apartó—. Fui socorrista, tres veranos. —Echó la cabeza de Suzanne hacia atrás y empezó a hacerle el boca a boca.

Callie se levantó y fue tambaleándose hacia el agua.

—No. —Matt tenía la pistola en la mano, apuntando a Dory, que estaba echada boca abajo en el suelo. Richard estaba sentado a su lado, con la cabeza entre las manos—. No lo lograrías, Cal. Y otro tendría que tirarse a salvarte. Ya viene la policía —dijo al oír el sonido de las sirenas—. Y la ambulancia. Los llamamos en cuanto oímos los disparos.

—Mi madre.

Callie miró hacia el agua, luego hacia Suzanne. Después cayó de rodillas justo cuando tres cabezas salían a la superficie.

Oyó una tos ahogada detrás de ella.

—Respira —gritó Lana.

—Que alguien la desate. —Intentando no llorar, Callie se arrastró para ayudar a sacar a Vivían a la orilla—. Que alguien la desate, por favor.

Una mano salió del agua y cogió la muñeca de Callie.

—Tenemos a la tuya —logró decir Doug.

Callie le apretó la mano.

—Tenemos a la tuya.

EPÍLOGO

Poco después del amanecer, Callie entró en la sala de espera del hospital. Era una escena que había visto demasiadas veces para contarlas, pero esta vez la enterneció.

Su equipo, todos y cada uno de ellos, estaban esparcidos por todas las superficies disponibles. Como le entraron ganas de llorar, se alegró de que ninguno estuviera despierto para verla así.

Habían venido para estar con ella. En el peor momento de su vida la habían apoyado.

Primero se acercó a Lana y la despertó tocándole suavemente el hombro.

—¿Qué? Dios mío. —Se alisó el pelo—. Me habré quedado dormida. ¿Cómo están?

—Todos están bien. Mi padre y Jay ya tienen el alta. Pero van a quedarse a mi madre y a Suzanne unas horas más al menos. Doug y Roger siguen con Suzanne, pero saldrán dentro de poco.

—¿Cómo estás tú?

—Agradecida. Más de lo que puedo expresar. Te agradezco todo lo que hiciste, todo, hasta lo de traerme ropa seca.

—Ha sido un placer. Ahora somos parientes. Creo que en más de un sentido.

Callie se acuclilló a su lado.

—Es un gran tipo, ¿verdad? Mi hermano.

—Sí que lo es. Te tiene mucho afecto. Tienes a una familia aquí —dijo, señalando los cuerpos dormidos— que va variando de vez en cuando. Y tienes otra familia. Ésa también ha cambiado.

—No sabía que era a Suzanne a la que sacaba. —El horror de aquel momento iba a vivir dentro de ella durante mucho tiempo—. Tenía que tomar una decisión. Sacar a la que llevaba más rato dentro.

—Podría haber muerto si no hubieras tomado esa decisión. Por eso era la correcta. ¿Cómo está tu hombro?

Callie lo agitó cuidadosamente.

—Duele mucho. ¿Sabes que siempre dicen que no es nada cuando es una herida de la carne? Pues la perspectiva cambia mucho cuando se trata de tu carne. Llévate a Doug y a Roger a casa, ¿de acuerdo? Doug está agotado, y Roger es demasiado mayor, para tantas preocupaciones. Jay no va a marcharse hasta que le den el alta a Suzanne. Creo que hay algo entre ellos. Otra vez.

—Sería una bonita forma de cerrar el círculo.

—Me gustaría. Lana, convéncelos de que todo irá bien a partir de ahora.

—Todo está bien ya, o sea que no me costará mucho. La policía tiene a Dory y a Richard. Ya no hay más secretos.

—Cuando se sepa todo, habrá otros como yo. Otros como Suzanne y Jay, como mis padres.

—Sí. Unos querrán investigar, descubrir. Otros querrán dejarlo como está. Tú hiciste lo que te convenía, y al hacerlo impediste que fuera más allá. Espero que sea suficiente para ti, Callie.

—La persona más responsable nunca fue castigada.

—¿Puedes creerlo con el trabajo que haces? ¿Crees que realmente todo termina con los huesos bajo tierra?

Lana se miró la mano y el dedo donde antes llevaba la alianza. Se la había quitado y la había guardado amorosamente. Y al hacerlo había sentido que Steve la observaba con cariño.

—No —añadió.

Callie pensó en cuan a menudo oía los murmullos de los difuntos cuando trabajaba.

—Entonces, mi consuelo es que si hay infierno, Marcus Carlyle se estará friendo en él. —Se lo pensó un momento—. Creo que eso me basta.

—Vete a casa tú también. —Lana le acarició el brazo—. Coge a esta familia y llévatela a casa.

—Sí. Buena idea.

Tardó una hora en llevárselos. Todos quisieron entrar a ver a Rosie, a pesar de que iban a darle el alta aquella mañana.

Por el camino a casa, Callie tuvo los ojos cerrados.

—Tengo mucho que decirte —dijo a Jake—. Pero tengo la cabeza bastante confusa.

—Ya habrá tiempo.

—Acudiste en mi ayuda en el momento justo. Sabía que vendrías. Quería que supieras que sabía que vendrías. Estaba allí de pie, asustada hasta la médula y pensaba «Jake está detrás de mí. Por lo tanto todo saldrá bien».

—La mala bestia te disparó.

—Bueno, podrías haber aparecido treinta segundos antes. Pero no te lo tendré en cuenta. Me salvaste la vida y eso es lo que hay. No podía sacarla yo sola e iba a hundirme con ella. Te necesitaba y estabas allí. No voy a olvidarlo nunca.

—Bueno, ya lo veremos.

Callie abrió los ojos cuando sintió que el coche se paraba. Parpadeó y se encontró delante de la excavación.

—¿Qué demonios hacemos aquí? Por Dios, no creo que sea un buen momento para ponerse a trabajar.

—No, pero es un buen sitio. Es importante que recordemos que éste es un buen sitio. Ven conmigo, Cal.

Jake bajó del coche y la esperó. La tomó de la mano y la condujo hacia

la verja.

—Crees que el sitio me va a poner nerviosa, que me va a dar miedo la poza.

—No va a hacer ningún daño poner las cosas en su lugar. —La acompañó a través de la verja—. Lo superarás.

—Sí, lo superaré. Y tienes razón. Es un buen sitio. Un sitio importante. Eso tampoco lo olvidaré.

—Quiero decirte algunas cosas, y yo no tengo la cabeza confusa.

—De acuerdo.

—Quiero volver contigo, Callie. Quiero recuperarlo todo.

Todavía contemplando la poza, Callie movió sólo los ojos para mirar a Jake.

—¿Ah, sí?

—Quiero que volvamos a estar juntos como antes. Pero mejor. —Le puso el pelo detrás de la oreja porque quería verle mejor la cara—. No volveré a dejarte marchar. No dejaré que nos volvamos a separar. Oí el disparo, vi cómo te sumergías en el agua. Podría haber sido el fin.

Se interrumpió y se volvió.

—Podría haber sido el fin —repitió—. No puedo esperar más para arreglar las cosas entre nosotros. No puedo perder más tiempo. —Se dio la vuelta y la miró con los ojos velados por la luz tenue. Su expresión era grave—. Puede que metiera la pata.

—¿Puede?

—Tú también.

Los hoyuelos de Callie se marcaron.

—Puede.

—Necesito que me quieras como me querías antes de que todo se nos escapara de las manos.

—Eso es una tontería, Graystone.

—No lo es. —Empezó a tirar de Callie, se acordó de su hombro y se colocó delante de ella—. No te respondí como esperabas. Esta vez lo haré.

—Es una tontería porque nunca dejé de quererte, tonto. No. —Levantó una mano y le pegó un manotazo en el torso, para apartarlo, cuando le vio el centelleo en los ojos—. Esta vez pídemelo.

—¿Pídirte qué?

—Ya sabes qué. Quieres recuperarme, pues hazlo bien. Ponte de rodillas y pídemelo.

—¿Quieres que me ponga de rodillas? —Estaba sinceramente horrorizado—. ¿Quieres verme arrastrarme y suplicar?

—Sí, lo quiero. Claro que sí. Ponte en posición, Graystone, o me marchó.

—Por el amor de Dios.

Se volvió y caminó arriba y abajo, murmurando para sí mismo.

—Estoy esperando.

—De acuerdo, de acuerdo. Maldita sea. Me estoy preparando.

—Anoche me pegaron un tiro. —Agitó las pestañas cuando él volvió a mirarla—. Casi me ahogo. Podría haber sido el fin —añadió, devolviéndole sus propias palabras—. Y alguien está perdiendo el tiempo.

—Siempre has peleado sucio.

Frunciendo el ceño, se apartó un poco, la fulminó con la mirada y se arrodilló.

—Se supone que debes tomarme la mano y ponerte sentimental.

—Cállate y déjame hacerlo. Me siento como un idiota. ¿Vas a casarte conmigo o qué?

—Así no se pide. Inténtalo de nuevo.

—Madre mía. —Soltó un bufido—. Callie, ¿quieres casarte conmigo?

—No has dicho que me querías. Y creo que tienes que decírmelo diez veces por cada vez que te lo diga yo durante cinco años para que estemos empatados.

—Ya veo que vas a aprovecharte de la situación.

—Cuanto pueda.

—Callie, te quiero. —Y la sonrisa que vio en la cara de Callie le soltó la tensión acumulada en el pecho—. Maldita sea, te quise desde el primer momento en que te vi. Me asustó mucho y me fastidió. No lo hice bien. No lo hice bien porque, por primera vez en mi vida, había una mujer que podía hacerme daño. Que me importaba más de lo que podía soportar. Eso me fastidió un montón.

Conmovida, Callie le tocó una mejilla.

—De acuerdo, ya te has arrastrado bastante.

—No, quiero terminar. Te llevé a la cama enseguida. Creí que así lo quemaría. No fue así. Te empujé al matrimonio. Pensé que eso lo calmaría. Parecía lógico. Y tampoco fue así. Y eso...

—Te fastidió.

—Ya lo creo que sí. Y lo estropeé todo. Permití que tú lo estropearas todo. Y me marché porque estaba seguro de que me vendrías detrás. No lo hiciste. No volveré a marcharme nunca más. Te quiero como eres. Incluso cuando me vuelves loco. Te quiero como eres y basta. Te quiero. Lo estoy haciendo bien, ¿verdad?

—Sí. —Callie se esforzó por no llorar—. Muy bien. Yo tampoco me marcharé, Jake. No esperaré que sepas qué necesito o qué quiero. Ni decidiré que sé lo que sientes o piensas. Te lo diré. Te lo preguntaré. Y encontraremos la manera.

Se inclinó para besarla, pero cuando él empezaba a incorporarse, ella lo obligó a seguir arrodillado.

—¿Ahora qué?

—¿Tienes un anillo?

—¿Me tomas el pelo?

—Ahora toca que me des un anillo. Pero, por suerte para ti, resulta que tengo uno.

Buscó la cadena que llevaba alrededor del cuello, la abrió y sacó la alianza.

Él la miró con un remolino de emociones.

—Ese anillo me suena.

—No me lo quité hasta que tú apareciste por aquí. Le pedí a Lana que lo trajera cuando fue a buscarme ropa seca a la casa.

Estaba ardiendo por su cuerpo, y de no haber estado ya arrodillado, Jake habría caído de rodillas.

—¿Lo llevaste todo el tiempo que estuvimos separados?

—Sí, soy una sentimental.

—Qué coincidencia. —Tiró de una cadena que llevaba metida dentro de la camisa y le enseñó una alianza idéntica—. Yo también.

Callie lo cogió con la mano y tiró de la cadena para obligarlo a ponerse en pie.

—Menuda pareja estamos hechos.

Jake puso su boca sobre la de Callie, con la mano cerrada sobre la alianza de ella en su espalda.

—Quería demostrar que podía vivir sin ti.

—Igual que yo.

—Los dos hemos demostrado que podemos. Pero soy mucho más feliz contigo.

—Yo también. Dios mío. —A pesar del dolor del hombro, lo rodeó con los brazos—. Yo también. Esta vez no será en Las Vegas.

—¿Eh?

—Buscaremos un sitio y celebraremos una boda de verdad. Y nos compraremos una casa.

—¿Ah, sí?

—Necesito una base. Ya pensaremos dónde. Quiero una casa contigo. Algún sitio donde podamos echar raíces.

—¿No es broma? —Le cogió la cara y apoyó la frente en la suya—. Yo también lo necesito. No me importa dónde, podemos clavar una chincheta en el mapa. Pero esta vez quiero una casa. Callie, quiero hijos.

—Así me gusta. Nuestra propia tribu, nuestro propio poblado. Esta vez construiremos algo. Éste es un buen sitio. —Callie soltó un suspiro—. Encontraremos uno igual de bueno. Encontraremos el nuestro.

—Te quiero. —Le besó todos los hoyuelos—. Te haré feliz.

—Por ahora ya lo haces muy bien.

—Y me quieres. Estás loca por mí.

—Eso parece.

—Muy bien. —Le tomó la mano y tiró de ella hacia el coche—. Porque quiero decirte una cosita... sobre la boda.

—Nada de disfraces de Elvis ni de Las Vegas. Ni hablar. Esta vez lo haremos en serio.

—Totalmente en serio. Es sólo que la boda es un poco superflua, teniendo en cuenta que seguimos casados.

Callie se paró de golpe.

—¿Cómo dices?

Jake abrió la cadena y sacó su alianza.

—Nunca firmé los papeles del divorcio. Como se suponía que vendrías detrás de mí a metérmelos por la boca... Era la escena que tenía pensada.

Abrió su cadena y sacó su anillo mientras ella lo miraba con la boca abierta.

—¿No los firmaste? ¿No estamos divorciados?

—No. Toma, pónelo otra vez.

—Un momento. —Cerró los dedos—. ¿Y si me hubiera enamorado de otro, si hubiera querido casarme con otro? ¿Entonces qué?

—Lo habría matado, lo habría enterrado en una tumba cualquiera. Y te habría consolado. Venga, Cal, deja que te ponga el anillo. Quiero ir a casa y dormir con mi esposa.

—Esto te parece divertido, ¿verdad?

—Bueno, sí. —Le dedicó su sonrisa deslumbrante—. ¿A ti no?

Callie dobló los brazos y lo miró fijamente. Pegó una patada en el suelo. Él siguió sonriendo.

Luego alargó la mano.

—Tienes suerte de que mi sentido del humor sea tan retorcido como el tuyo.

Dejó que le pusiera el anillo; le cogió la mano y le puso el suyo. Y cuando la levantó en brazos y cruzó con ella la verja como un novio cruzando el umbral de la puerta de la casa con la novia en brazos, Callie se echó a reír.

Miró por encima del hombro el trabajo que quedaba por hacer, el pasado que quedaba por desenterrar. Lo excavarían, pensó.

Todo lo que se pudiera encontrar lo encontrarían. Juntos.